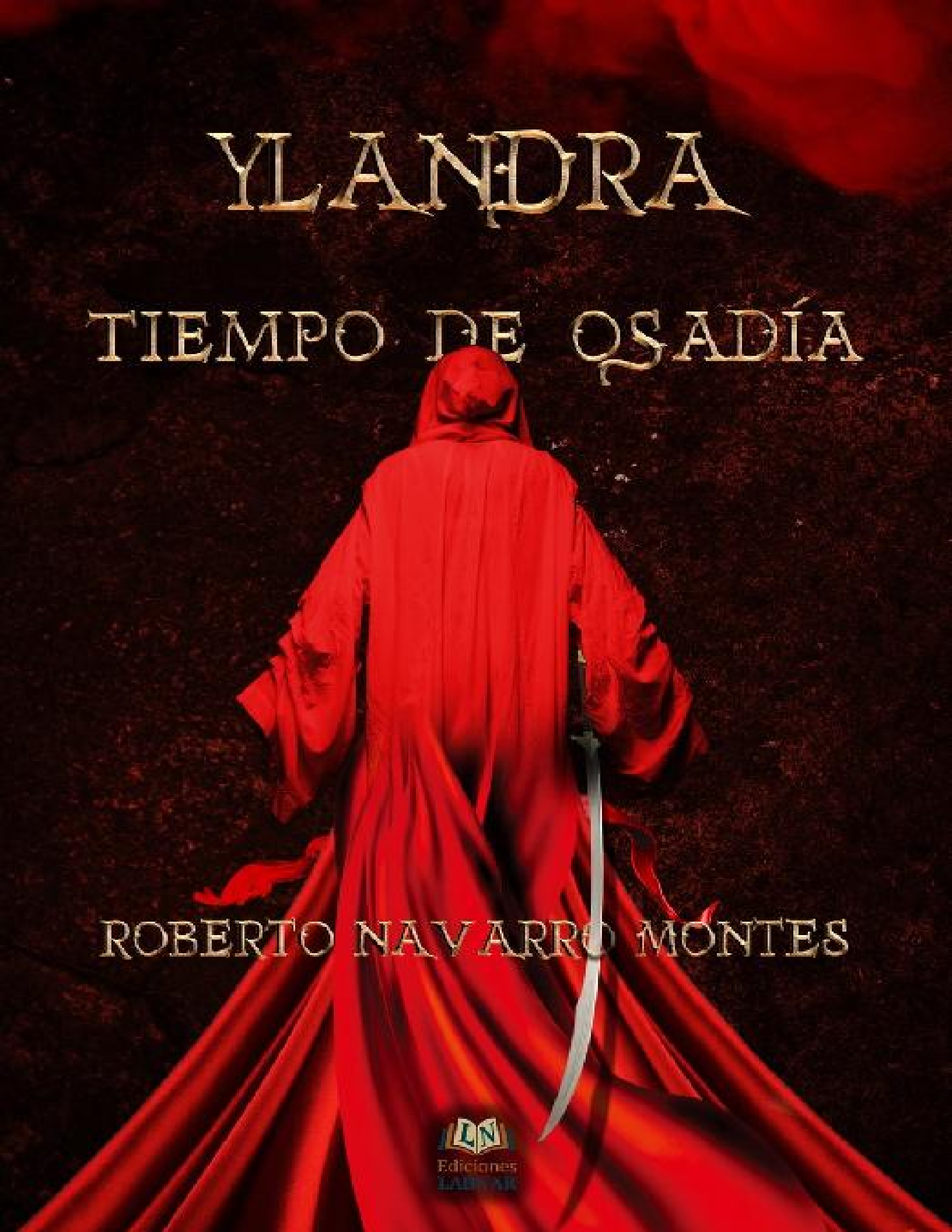
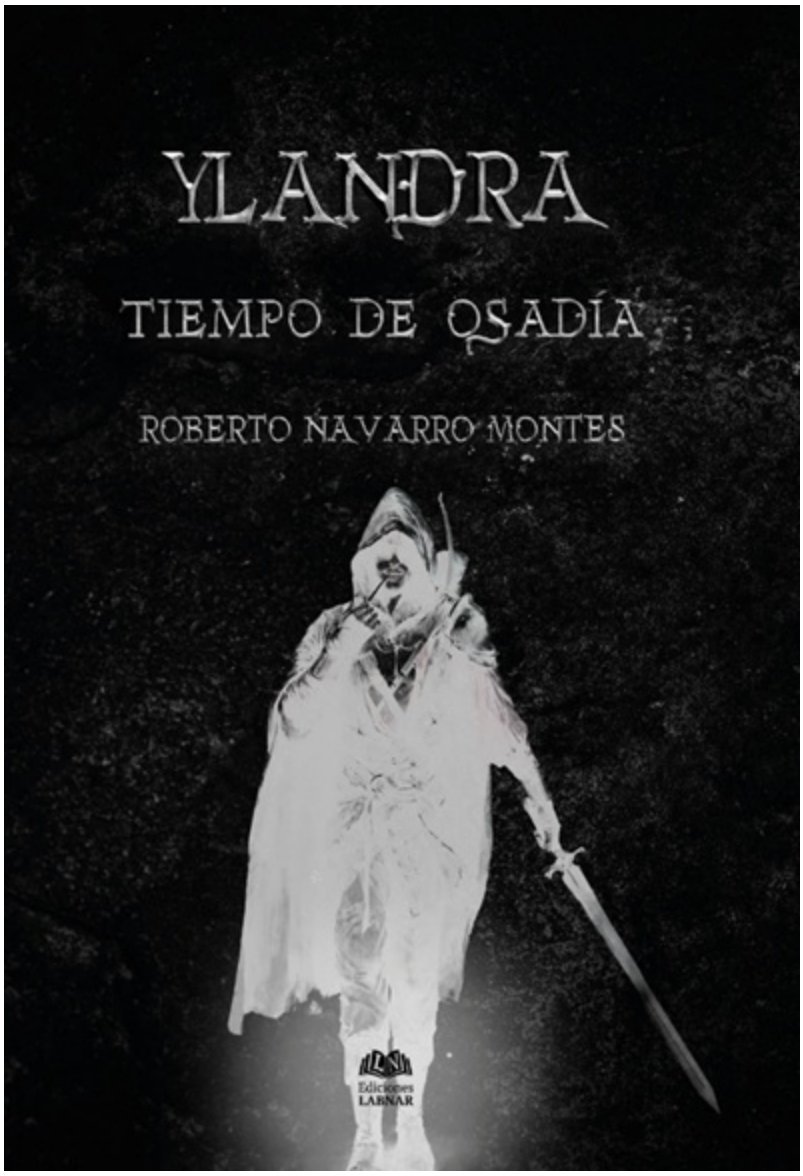
YLANDRA

TIEMPO DE QSADÍA



ROBERTO NAVARRO MONTES

Ediciones



OceanofPDF.com

Prólogo

El torreón se elevaba quince varas sobre el suelo. Una escalera reptaba por sus paredes interiores, iluminada únicamente por la luz titilante que despedían decenas de antorchas dispuestas cada pocos pasos. Kevyn subió con paso seguro y expresión seria e inmutable. Les debía a sus compañeros al menos eso. Los terribles rumores sobre lo ocurrido se habían extendido por cada rincón de la orden, pero solo Kevyn tenía certezas.

Alcanzó su destino, se armó de valor, cerró el puño sobre la aldaba y llamó. Una voz firme le ordenó que pasara. El salón estaba desnudo, sin ornamentación ni estandartes de ningún tipo, a excepción de cuatro antorchas, dos columnas y ocho sillas. Siete de ellas, colocadas en forma de media luna, estaban ocupadas y apuntaban a la única silla vacía, en el centro de la sala. En la pared sur se exhibía un enorme rosetón, gracias al cual la sala quedaba iluminada por una luz roja, recuerdo de la sangre de cuantos miembros habían muerto por el devenir de la orden.

—Ancianos —dijo Kevyn, haciendo una ligera reverencia.

—Siéntese, *addai* Kevyn —pidió el anciano situado en el centro, de nombre Mendeleo.

—Díganos qué ha descubierto —demandó Nuza, una mujer de mediana edad y pelo cano sentada en el extremo izquierdo de la hilera de ancianos. Transmitía impaciencia y también miedo.

—Los templos de Daxal y Dyara han sido brutalmente saqueados, al igual que lo fue el de Rótalo.

Las paredes de aquella vieja sala y los corazones de sus ocupantes se estremecieron al unísono. Era la noticia que habían estado esperando y, aun así, era una noticia terrible.

—¿Algún superviviente de la orden? —preguntó Mendeleo.

—No —respondió Kevyn—. Los cuerpos… Mis compañeros… Sufrieron, señor. Murieron sufriendo.

—¿Qué ocurrió con las tumbas? —inquirió Mendeleo.

Kevyn agachó la cabeza.

—Abiertas, y los libros desaparecidos.

Los siete ancianos dejaron de respirar al mismo tiempo. Kevyn comprendía el impacto de la noticia, pero desaprobaba tales expresiones medrosas. Los ancianos habían guiado la orden desde su creación y se suponía que solo a aquellos capaces de afrontar cualquier amenaza se les concedía el honor de sentarse en una de esas sillas. Lo que Kevyn vio delante suyo se parecía mucho a siete viejos anquilosados por el miedo.

—La profecía se está cumpliendo —suspiró Nuza.

Todo *addai* conocía la leyenda y, por supuesto, la profecía. El único legado tangible que el gran *Addai* les había dejado. Un legado de muerte y sufrimiento.

—Ya ha empezado. Sabemos que en Isla Hueso un maestro llamado Azael, de raza aniria, mató a los *addais*, se introdujo en el templo de Rótalo y liberó su alma. Luego se desplazó a los templos de Dyara y Daxal, abrió sus tumbas y se llevó sus libros —les recordó Nuza.

—No podemos estar seguros de que lo hiciera la misma persona —observó otro de los ancianos, al que Kevyn jamás había visto, de rostro enjuto y ojos vidriosos.

—Por supuesto que podemos estarlo, Liemenum. De no ser así, Ylandra ya estaría agonizando.

—Si estás en lo cierto, Nuza —dijo Mendeleo—, aún tenemos tiempo. Rótalo no es lo bastante poderoso para doblegar esta tierra. Necesitará a sus hermanos.

—Es solo cuestión de tiempo que ellos también despierten —opinó Zita.

—Y lo importante será lo que hagamos con ese tiempo —convino Mendeleo.

La sala quedó en plena quietud, bajo el crepitar de las antorchas. Siete brillantes mentes incapaces de abordar aquel problema. Perdidas en razonamientos debilitados por la angustia.

—Si los Tres se alzan, será el fin.

—¡No tenemos con qué enfrentarnos a ellos! —exclamó otro anciano, al que todos los *addais* conocían como Pielescama—. Hace siglos, desde la gran diezma, que no estamos preparados para su regreso. En las últimas semanas, catorce buenos *addais* han muerto bajo la espada de lo que, según parece, es un solo hombre. ¿Cómo evitaremos que la profecía se cumpla?

—Tenemos el *Libro de Rótalo* y él no lo sabe —apuntó Nuza—. Es su escudo y está en nuestro poder.

—¿De qué puede servirnos? La última *addai* con los conocimientos para leer irylio murió hace años —dijo Pielescama.

—Jörk tiene razón —admitió Mendeleo—. Ahora mismo, el libro no nos sirve de mucho. Lo que me lleva a concluir que no podemos hacer esto solos. Necesitamos ayuda.

—¿Ayuda? —ironizó Pielescama—. ¿Quién va a ayudarnos? En toda Ylandra se venera el nombre de los Tres. La república se mofaría de nosotros si les contáramos la verdad. Los maestros ya se encargaron de ello antes incluso de la llegada de su mesías.

—Peor aún, nos matarían —corroboró otro de los ancianos, casi riéndose.

—Y aunque consiguiéramos su confianza, serían incapaces de vencer. Cuando Dyara le haya conseguido un ejército a Rótalo, cualquier intento de derrotarlos será baldío. Los hombres jamás vencerán a los dioses.

Todos quedaron en silencio, de izquierda a derecha, cada cual más incapaz que el anterior de abordar un problema como aquel. La actual orden solo era la debilitada sombra de lo que había sido. Estaba vencida y humillada.

—Nos hemos preparado para esta guerra durante miles de años y, ahora que llega, ¿no podemos ganarla? —se asombró Kevyn.

—Necesitamos meditar. Necesitamos más tiempo.

—Necesitamos mucho más que eso. Necesitamos la fuerza que ya no tenemos. La fuerza que nos arrebataron. Y si ellos pudieron vencernos, es posible que…

Dejó la frase en el aire, temeroso de continuar.

—¿Qué, *addai* Kevyn? —se interesó Pielescama.

—Los hombres no pueden vencer a los Tres. Jamás seremos capaces de reunir un poder que nos permita hacerlo. Pero hay quien sí tiene ese poder. Sus descendientes. Sus hijos.

En la sala se extendió un rumor inquieto, seguido de alguna sonrisa sarcástica y voces de desaprobación.

—Durante toda nuestra historia hemos dado caza a los maestros —proclamó Liemenum—. Son ellos los que se aseguraron de tergiversar la historia, los que escribieron todas las mentiras del *Libro del Camino* y los que allanaron el regreso de los Tres. ¿Y tú insinúas que les pidamos ayuda para matarlos? Mendeleo, ¿de dónde has sacado a este soldado? Jamás escuché tamaña tontería.

Kevyn fue a protestar, pero Mendeleo le hizo un gesto para que callara.

—No podemos confiar en los maestros, Kevyn. Son unos tiranos.

—No todos —objetó Kevyn—. ¡Y usted, señor, se equivoca! —añadió, señalando en dirección a Liemenum.

—¡*Addai* Kevyn! —le reprendió Mendeleo.

—¡Tengo razón! Están cegados por el odio hacia La Escuela y lo alimentan recordando sus crímenes del pasado. Puede que los maestros tergiversaran la historia en favor de los Tres. Puede que fueran los asesinos que nuestras crónicas relatan. Pero, por el amor del cielo, estamos hablando de cosas que ocurrieron hace cientos de años. Nuestra historia también está plagada de sangre, mentiras y asesinatos. Ambos hemos cambiado. Ningún maestro conoce la verdadera historia de La Escuela. Ninguno conoce los actos de sus antecesores. Hoy en día La Escuela cree que su misión es servir a la República de Ylandra y, si les pedimos ayuda, lo harán.

—Si les pedimos ayuda nos matarán —sentenció Pielescama—. No habrá tiempo para mucho más. La pena por pertenecer a nuestra orden es la muerte. La Escuela cumplirá con ello incluso antes de pararse a escucharnos.

Kevyn agachó la cabeza, sintiendo cómo toda esperanza se marchitaba. La Orden de *Addai* se presentaba desnuda y desarmada frente al mayor enemigo de su historia. Antaño podría haber entablado combate, pero ya no. No después de haber sido derrotada por todos y cada uno de sus enemigos.

Medio centenar de miembros eran todos los recursos tácitos con los que contaban. Miles de personas por toda Ylandra servían a sus propósitos, pero ninguno de forma consciente. La clandestinidad había sido la única forma de sobrevivir y la orden la había aprovechado al máximo, reuniendo información, influyendo en la política y tratando de controlar el rumbo del continente, pero llegado el momento la información ya no era suficiente. La orden echaría de menos el tiempo en el que un gran ejército la sustentaba.

Después de un prolongado silencio, únicamente roto por cuchicheos improductivos, Nuza se aclaró la garganta.

—Creo que el *addai* Kevyn está en lo cierto. Los hombres no pueden ganar esta guerra. Los maestros tal vez sí.

—¿Tú también, Nuza? La Orden de *Addai* y La Escuela jamás lucharán unidos.

—Entonces todos moriremos. Aun con eso, es posible que todos muramos —dijo Nuza, se puso en pie y se dirigió a sus iguales, dando la espalda a Kevyn—. Señores, esta orden nació con un fin. No era dar caza a los maestros. No era introducir sus influencias en la política. Tampoco era conservar los textos antiguos guardados en esta fortaleza. Su único objetivo siempre fue estar preparados para el regreso de los Tres. Estar preparados para derrotarlos, señores. Es obvio que hemos fracasado, pero quiero pensar que aún podemos vencer. La Escuela, como ha dicho este *addai*, ha cambiado. Los últimos resquicios de tiranía que quedaban en ella murieron hace catorce años en Ciudad Gloria.

—Eso no lo sabes —intervino Pielescama—. El seno de La Escuela podría continuar podrido. Al fin y al cabo, condenaron a muerte a su salvador días después de que terminara la guerra.

—Por eso propongo que sea a él a quien acudamos —dijo Nuza.

—¿Buscar al traidor?

—Sabemos dónde está. La República de Ylandra y La Escuela creen que está muerto o escondido. En cualquier caso, el traidor no encontrará el apoyo de nadie para enfrentarse a nosotros. Y sabemos que su corazón no alberga la búsqueda de poder. Ya lo tuvo y decidió perderlo para hacer lo que creía correcto.

—¡Arrasó una ciudad por hacer lo que creía correcto! —protestó Pielescama.

—En efecto. Fue capaz de arrasar una ciudad para seguir sus convicciones. Eso es lo que necesitamos. Alguien con el poder de hacer cosas horrorosas y la convicción de hacerlas cuando es necesario —terció Nuza—. He hecho una propuesta. Votemos.

Cinco a dos. La orden buscaría al maestro Aleyn Somerset y pondría el destino de Ylandra en sus manos.

OceanofPDF.com



La plantación Wellington se extendía a lo largo de una decena de hectáreas y se situaba a unas cinco leguas al noroeste del centro de Viendavales. Mara podría haber llegado la noche anterior, pero no le pareció adecuado reaparecer ante su familia desaliñada, con aroma acre a sudor y a punto de caer extenuada. En lugar de eso, y tras su obligado paso por el humilladero para encenderle una vela a los Tres, decidió buscar una habitación en alguna de las posadas de la ciudad, tomar un baño, lavar la ropa, comer y dormir bien y aclarar las ideas antes de ver a su padre.

Gracias a las cartas recibidas, escritas la mayoría por su hermano Jules en representación de toda la familia, Mara sabía que su madre había sido asesinada por un grupo fugado de anirios; que su hermana mayor, Eyra, se había casado con un político local de Porterris, ciudad en la que residía en la actualidad; que su padre, el juez Wellington, se había vuelto a casar con la tercera hija de un importante terrateniente del condado de Helia; que Viktor había sido padre y que Jules era, en resumen, feliz, aunque ni se había casado, ni había engendrado hijos. En sus cartas Mara les hablaba de

su vida en La Escuela, de la dureza de los estudios y de la casi crueldad del entrenamiento físico.

Conforme se aproximaba a la plantación, fue reconociendo los alrededores y los recuerdos acudieron en tropel a su mente, hasta el punto de que la felicidad que ya sentía se fusionó con una nostalgia lacrimógena reflejo de unos sentimientos que hacía tiempo había aprendido a obviar. Verse obligada a irse a un lugar desconocido a la tierna edad de once años le había arrebatado no solo a su familia y amigos, sino también su infancia y el futuro que siempre había imaginado. Había llegado el momento de recuperarlo y Mara se sentía expectante.

Llegó a la entrada de la plantación y apuró el paso de su caballo. A lo lejos, divisó la gran casa de blanca fachada, la escalinata con sus columnas y capiteles ornamentados con motivos florales y sus enormes ventanales. Rodeándola se extendían decenas de pobres chamizos de adobe destinados al descanso de los esclavos anirios y un enorme pabellón para los guardias. Un atisbo de insatisfacción relampagueó en su mente al sentir que el tamaño de la casa no era tan imponente como el que guardaba en sus recuerdos. Incluso el parterre, que recordaba bañado de las más variadas y preciosas flores y fragancias, se le antojaba ahora pequeño, gris e insípido. Mara había crecido y, al parecer, el mundo había empequeñecido.

Ató el caballo a un poste y se dirigió a la entrada de la casa. Tiró de una pequeña cuerda y una campanita tintineó en el interior. Una aniria de piel blanca, baja y regordeta, apenas a un paso de la ancianidad, le dio la bienvenida con gesto sumiso y mirada confusa.

—¿Deseaba algo, señorita?

La cara de Mara se ensanchó en una enorme sonrisa.

—¡Cazi! —exclamó—. Soy yo. ¡He vuelto!

—¡Bendito Daxal! —respondió con los ojos iluminados como dos farolillos—. ¿Mara?

Mara se abalanzó sobre ella y la abrazó mientras reía. A Cazi, por el contrario, unas lágrimas empezaron a surcarle las mejillas. Cuando por fin se apartaron, Cazi se secó los ojos con un pequeño pañuelo blanco y se fijó en la persona que tenía frente a ella.

—Por la gracia de los Tres, ¡te has convertido en una mujercita, niña!

La vieja Cazi tenía mucha razón. La niña que se había marchado poco tenía que ver con la persona que ahora regresaba. Su pelo seguía siendo de ese castaño cobrizo, sus ojos continuaban siendo verdes y las pecas de sus pómulos se mantenían firmes en sus posiciones, pero el resto de su cuerpo había madurado. Se había convertido en una muchacha dulce y bonita, igual que antaño hicieran su madre y su hermana.

—Pero entra, cariño. No te quedes ahí en la puerta —dijo Cazi—. ¿Dónde tienes tu equipaje?

—Es solo una bolsa con un par de prendas. No te preocupes, luego lo meto yo.

—¡Tonterías! —desdeñó—. ¡Güido!

Al cabo de unos segundos un chico anirio apareció en la estancia.

—¿Me llamaba, madre?

—Ve fuera y recoge el equipaje de la señorita Wellington, ¿quieres?

—¿La señorita qué?

Güido miró alrededor y se cruzó con la sonrisa de Mara. En sus ojos, una profunda emoción de sorpresa, alegría y lo que parecía ser miedo estalló en apenas un segundo. Mara, al igual que había hecho con Cazi, se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—Te he echado de menos —dijo apoyando la cabeza sobre su pecho.

Güido no devolvió el abrazo. Permaneció quieto y tenso, con su mirada de anirio viajando por el infinito.

—¡Qué alto estás! —observó Mara separándose de él, pero sin dejar de agarrarle los hombros.

Al sentir la frialdad de aquel encuentro, que había imaginado de mil y una formas diferentes y nunca como aquella, Mara frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Güido asintió y esbozó una sonrisa triste.

—Sí, señorita Wellington.

¿Señorita Wellington? Güido jamás se había referido a ella de esa forma. Siempre había sido Mara para él.

Ni Mara le había tratado nunca como su esclavo, ni Güido se había referido a ella como su dueña. Al parecer, siete años cambiaban muchas cosas.

—El equipaje, hijo.

Güido miró a su madre, asintió y echó a andar, evitando en lo posible la presencia de Mara.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mara.

—Sí, que tiene dieciocho años y que cada día está más tonto. No le hagas caso, niña. Ya se le pasará —dijo Cazi—. ¿Quieres comer algo o darte un baño? Mandaré que preparen tu habitación y podrás descansar.

Mara sonrió.

La casa podía ser más pequeña de lo que recordaba y Güido podía haberse olvidado de ella, pero Cazi seguía siendo la misma Cazi, tierna y cariñosa, de siempre. Era imposible no quererla.

—Muchas gracias, Cazi, pero me encuentro bien —dijo Mara—. Estoy bien alimentada y descansada. Me gustaría ver a padre y a los chicos.

—¡Oh, claro, claro! ¡Qué tonta!

—¿Están aquí?

Cazi torció el gesto e hizo un mohín con los labios.

—El señor y la señora salieron temprano. Tenían concertado un desayuno con un amigo de la familia.

—¡Vaya! —se desilusionó Mara—. ¿Y mis hermanos?

Cazi negó con la cabeza.

—Ambos viven en la ciudad ahora. Puede que Viktor venga a comer después con su mujer y la niña.

—¿Y Jules?

—No creo que Jules venga, pero una vez sepa que estás aquí…

—Bueno, no importa.

—Lo siento, niña.

—Da igual. Debería haber enviado una carta, pero quería daros una sorpresa. Creo que sí iré a mi habitación. ¿Podrías avisarme cuando padre llegue?

Mara subió las escaleras, anduvo por el pasillo, entró en la que había sido su habitación y se dejó caer sobre la cama. Abrió los brazos y sonrió al notar que el tamaño del colchón seguía siendo capaz de acoger toda su envergadura. En comparación con el camastro que tenía en La Escuela, apenas lo bastante grande como para no caerse al girar el cuerpo, aquella cama suponía un mundo entero. El dormitorio ni siquiera podía compararlo con el de La Escuela, ya que allí no había podido disfrutar de una estancia individual, reservadas en exclusiva a los aspirantes veteranos y a los maestros.

Al cabo de un rato, Mara se levantó de la cama y paseó por la pieza. Tocó todos los objetos a la vista: peines, tiaras, adornos y complementos. Luego abrió los cajones y finalmente el enorme vestidor. Todos aquellos

vestidos, signo inconfundible de la alta sociedad a la que su familia pertenecía, le parecieron recuerdos de una realidad lejana.

El tiempo pasaba y Mara cada vez estaba más aburrida. De no ser porque quería estar en la casa cuando su padre regresara, ya se habría ido a recorrer los terrenos de la plantación como hacía de niña. En lugar de eso, salió de la habitación y fue directa al despacho de su padre. Con cautela, repasó los muebles, fijó su atención en la rodela colgada sobre la pared, recuerdo de los tiempos en los que su padre había comandado las tropas del oeste sobre Cienaguas y, finalmente, se detuvo ante los volúmenes que plagaban los anaqueles, casi todos ellos manuales jurídicos. No tocó nada. Únicamente se permitió leer los títulos impresos sobre los tejuelos y se detuvo cuando uno de ellos captó su atención: Ascenso y caída del gran maestro Aleyn Somerset. Crónica de un traidor. Estaba a punto de cogerlo cuando la puerta se abrió.

—Mara —dijo una voz grave y masculina.

Giró de golpe y sonrió al ver a su padre. Alto, fuerte, con una rala barba blanca, los ojos grises y hundidos; una mata de pelo castaño cada vez menos poblada.

—He vuelto, padre —anunció conteniendo el impulso de abrazarle.

El juez Wellington nunca había destacado por su ternura y Mara no quería incomodarle con un comportamiento inadecuado. En su presencia, la más absoluta deferencia era la única conducta permitida y aceptada.

—Me alegra tenerte de vuelta, hija —afirmó en un tono frío y respetuoso—. No estaba seguro de si volverías durante la Deliberación Bimestral.

La Deliberación Bimestral era el período de dos meses que se les concedía a los aprendices de La Escuela para que pudieran tomar una decisión sobre su futuro. También era la primera vez que los alumnos tenían

permitido abandonar los terrenos de La Escuela y volver a su casa o ir allí donde quisieran. Antaño esos dos meses estaban empapados de meditación, simbología y consejo, pero en la actualidad dicho proceso se había desvirtuado.

La deliberación era, en esencia, sencilla. El hasta entonces alumno obligado de La Escuela debía decantarse entre convertirse en aspirante, camino que concluiría con la obtención de la maestría, o abandonar por completo su adhesión a La Escuela y retornar a la vida civil.

—¿Sabes qué es lo que vas a hacer? —se interesó el juez.

—Creo que sí, pero me gustaría escuchar su consejo primero.

El juez asintió y avanzó a través de la sala. Rodeó su imponente mesa de nogal y se sentó en una silla que casi podría confundirse con el trono de uno de los antiguos grandes reyes.

—Tienes dos opciones. Cada camino supone diferentes ganancias y sacrificios. Eso es lo que debes valorar.

—Así es —respondió Mara.

—¿Qué obtendrás si decides volver?

Mara suspiró, se acercó a la mesa de su padre y se sentó frente a él, sobre una silla mucho más humilde.

—La mayor ventaja de continuar como aspirante es la oportunidad de adquirir unos conocimientos y habilidades que no se encuentran en ningún otro lugar. Tendría en mi mano la oportunidad de convertirme en maestra de alguna de las artes más esquivas de toda Ylandra. Mi futuro estaría resuelto y formaría parte de una de las instituciones más poderosas de este país.

—Exageras —dijo el juez—. Es posible que antes de la guerra eso fuera cierto, pero hoy en día, y después de lo ocurrido en Ciudad Gloria, yo no afirmaría tal cosa. La decisión de Aleyn de atacar fue francamente decadente para La Escuela, como imagino sabrás.

Mara podría haber discutido tal afirmación. Su padre tenía razón en que los hechos ocurridos hacía más de una década habían arrebatado un número importante de privilegios a La Escuela, pero no por ello dejaba de ser cierto que el poder de esa institución no descansaba en las concesiones de este u otro gobierno. El verdadero poder residía en el conocimiento de cada uno de sus maestros. No obstante, no deseaba una discusión al respecto con su padre, más aun conociendo su pasado como oficial de los ejércitos comandados por Aleyn.

—De cualquier forma, La Escuela continúa siendo una de las instituciones más respetadas, y pertenecer a ella sería, sin duda alguna, un gran honor —alegó Mara, esquivando el conflicto.

—¿Cuáles son los sacrificios? —preguntó el juez.

—A todos los efectos dejaría de ser miembro de esta familia. Abandonaría el apellido Wellington y lo sustituiría por el de mi mentor, en caso de conseguir alguno. No podría engendrar hijos y mi vida estaría dedicada a los designios de La Escuela. Podría casarme, siempre y cuando el gran maestro otorgara sus bendiciones, pero el matrimonio estaría supeditado a los intereses de La Escuela. Elegir la senda del mesías equivale a entregar tu vida al servicio de algo más grande que uno mismo.

—¿Crees que eso es malo? —cuestionó el juez.

—Creo que es un sacrificio enorme. No soy yo quien debe juzgar la bondad de ese acto.

El juez asintió, satisfecho.

—Tienes razón —refrendó, tamborileando la madera con los dedos—. ¿Qué ventajas tendría quedarte?

—Muchas, creo —respondió—. Por un lado, recuperaría la vida que me arrebataron. Volvería a formar parte de esta familia y podría estar presente en los momentos más importantes. —Se detuvo y en un instante los ojos se

le anegaron de lágrimas—. Sentí mucho no poder estar cuando madre… —… fue asesinada —concluyó el juez—. No tuviste opción, hija. Es uno de los sacrificios de los que hablabas. La Escuela no deja lugar para la familia. A todos nos hubiera gustado tenerte aquí, pero entendimos que era imposible.

—Aun así, lo siento.

—Gracias por decirlo. Esos asquerosos anirios no tienen rastro de conciencia o humanidad. Jamás entenderé las sociedades abolicionistas. Son solo un reflejo de la cobardía que yace en los corazones de los hombres —expresó antes de caer en la cuenta de la persona que tenía frente a él—. Espero que La Escuela no te haya convertido en uno de ellos, Mara.

El tono en el que pronunció ese último indicio de acusación hizo que Mara meditara cuidadosamente su respuesta.

—En La Escuela no existen esclavos, padre —explicó, consciente de que ni apoyaba ni desmentía su acusación.

—Sí, lo sé. Incluso hay maestros *anno*s.

El vello de Mara se erizó al escuchar aquella palabra. Dicha en un contexto inadecuado, lejos del oeste, por supuesto, podría convertirse en motivo de lucha e incluso de muerte. No se trataba solo de unas cuantas letras colocadas en un orden determinado, era el término que mayor odio y repugnancia transmitía. Resultaba ofensivo como ningún otro y, a pesar de estar en la casa de un esclavista convencido, en el estado más restrictivo en cuanto a los derechos de los anirios se refería, a Mara le pareció una completa falta de educación y respeto decir aquello.

—No debería utilizar esa palabra, padre —se atrevió a reprenderle.

—¿Por qué? —replicó él, envalentonándose.

—Es demasiado dañina.

El juez se levantó de su asiento, rodeó la mesa y se plantó frente a su hija.

—Son peores que animales, Mara. Tú no viste el cadáver de tu madre. Ella siempre les trató bien, les alimentó y redujo los castigos a algo casi irrisorio y, a pesar de ello… —dijo, rememorando un recuerdo doloroso—. Dos asquerosos *anno*s la raptaron por miedo a que les delatase. La golpearon repetidas veces antes de ser encontrados y ejecutados. —Escupía odio en cada palabra—. Fue torturada. Son bestias, y la única forma de convivir con las bestias es domarlas. Así que no vuelvas a recriminarme el uso de ninguna palabra, y menos aún en mi casa, en mi despacho, sentada en una de mis sillas. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, padre —concedió Mara con la cabeza inclinada.

—De acuerdo, entonces. Bien, estabas hablándome de las ventajas de no regresar a La Escuela.

—Sí —retomó Mara entre susurros—. Con la educación que he recibido me aceptarán en cualquier universidad de Ylandra. Podré estudiar lo que quiera y no tendré que preocuparme por el dinero. Todo el mundo sabe que a los aprendices que abandonan la senda les financian los estudios.

—¿Desventajas?

—Ninguna. No tendré ataduras. Seré libre. Podré hacer lo que quiera.

El juez juntó las manos y las apoyó sobre su barbilla.

—¿Y bien? ¿Sigues necesitando mi consejo?

Mara se encogió de hombros y luego asintió.

—Quédate —demandó el juez, tajante—. Te hemos echado de menos y a todos nos gustaría que te quedaras. Verte marchar fue una de las cosas más duras que esta familia se ha visto obligada a soportar y, como bien dices, aquí te espera un buen futuro.

Mara asintió. Lo cierto es que había decidido quedarse o, para ser más exactos, no había tenido que decidir nada, porque la opción de no regresar ni se la había planteado. Pero en ese momento, tras las palabras racistas de su padre, se sentía desesperanzada.

—Antes me has dicho que ya tenías tomada tu decisión —apuntó el juez. Mara le miró, apretó los labios con fuerza y dijo:

—Me quedo, padre. Creo que es la mejor opción para mí.

—Yo también lo creo. —El juez se puso en pie—. Acompáñame, quiero presentarte a tu madrastra. Creo que os llevaréis bien.

OceanofPDF.com



La dichosa brújula señalaba el Norte. Durante doce años había señalado el Norte, para desesperación de Siara. ¿Por qué, en nombre de Daxal, no funcionaba? La fórmula era correcta. La interacción entre los diferentes potenciales alquímicos —los relativos a la materia y al propio alquimista— debería haber conseguido que aquel estúpido instrumento indicara la dirección correcta, pero no lo hacía. En lugar de eso, apuntaba hacia el Norte.

—Ya sé dónde está el Norte, estúpida brújula inútil —masculló Siara entre dientes.

Lo había intentado añadiendo otros elementos, inscribiendo runas y mezclando diferentes estados emocionales sin que aquello diera resultado alguno. Podría haberse rendido hacía años, pero se negaba a hacerlo.

Abandonar era sinónimo de perderle o, peor aún, de aceptar que, como creía todo el mundo, estaba muerto.

Siara se negaba a creer que aquello fuera cierto.

Agarró el artilugio y lo apretó en su puño. Quería lanzarlo y destrozarlo, encontrar la fuerza y el tesón para abandonar toda esperanza, pero en su

lugar volvió a guardarlo entre los pliegues de un pañuelo de seda.

Desesperada, frustrada e impotente, sintió cómo una lágrima se precipitaba desde sus ojos. La capturó con la punta del dedo índice, sintió la violenta vibración de la materia e introdujo la lágrima en un pequeño frasco cilíndrico sin advertir las explosivas características alquímicas de los elementos que estaba a punto de mezclar.

En cuanto la pequeña gota salada tocó la miel, una gran llamarada salió disparada hacia el techo. Siara se apartó, dejando que el frasco cayera al suelo y provocara un pequeño incendio.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Corrió a por una jarra de agua, regresó al lugar del incendio y se detuvo un segundo antes de lanzar el líquido. ¿De dónde había salido esa agua? ¿Puede que fuera agua de lluvia? ¿Agua del río? ¿Del lago? ¿Del pozo?

Introdujo la mano en el líquido y cerró los ojos, concentrándose en las vibraciones de las moléculas. Sí, parecía ser agua del pozo. Entonces volcó la jarra y el fuego se extinguió. Exhausta, Siara se desplomó sobre una silla.

A punto había estado de incendiar el laboratorio y todo por no ser meticulosa.

Decidió dejar la alquimia para otro momento. Emociones violentas desencadenaban reacciones violentas y con el incendio Siara se sentía ya saciada.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —dijo una voz afable desde la entrada del laboratorio.

Siara se giró e hizo un aspaviento con las manos.

—¿Cómo está, director?

—Mejor que tú, según veo —observó sonriendo—. ¿Se te ha quemado algo?

—Algo —admitió Siara—. No te preocupes.

—No lo hago. ¿Puedo pasar?

El director Kremy avanzó, rodeando un mostrador repleto de objetos extraños. Recogió los pliegues de su capa celeste al pasar por encima de la tarima incendiada y buscó un lugar donde sentarse. Una queja fue emitida mientras lo hacía, indicio de los achaques característicos de una edad avanzada.

—He traído pastelitos de mantequilla. ¿Has desayunado?

—¿Son de la panadería de Anto?

El director asintió y le tendió uno de ellos, envuelto en una tela suave. Siara le dio las gracias y se lo llevó a la boca.

—Las manos de ese chico deben de ser mágicas, te lo juro —dijo con la boca llena.

Comieron en silencio, disfrutando de los aromas y del sabor. Al terminar, Siara se llevó los dedos a la boca y se limpió el glaseado, aún cerrados los ojos. Para cuando volvió a abrirlos, su mirada había cambiado.

—Cuéntame.

—¿Has oído lo del aspirante que entró en las habitaciones del maestro Kolvak?

—Sí. Lo oí hace un par de días, el año pasado, el anterior y también el anterior a ese. Si lo que quieres es convencerme de que has venido a cotillear sobre las pésimas ideas de algunos aspirantes, te tendrías que haber ahorrado el desayuno. Los aspirantes investigan sobre la vida de sus potenciales mentores. Ninguno desea quedarse sin padrino. Ya ocurría cuando yo estudiaba. Yo misma lo hice. Todos lo hacen —dijo sin apartar su mirada inquisitiva del director—. Así pues, Kremy, ¿por qué estás aquí?

El director apretó los dientes.

—¿Lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Eso es lo que hace que el resto del mundo se aleje de ti. Todo ese sarcasmo, la desconfianza y el humor de perros.

—¡El gran maestro mentalista! ¿Es necesario estudiar mucho para deducir que un humor de perros aleja a las personas?

El director se echó a reír. Trató de ocultarlo tapándose la boca con las manos, pero el sonido las atravesó.

Se quitó los anteojos y se frotó los párpados.

—Con lo divertida que podrías ser, Siara. Es una pena.

—Lo es. ¿Me dices ya qué quieres?

—Sí. —El director sofocó el último rastro de sonrisa—. He venido a pedirte que seas la nueva profesora de Alquimia. También me gustaría que este año aceptaras tutorizar a algún aspirante, para variar.

Siara apretó sus gruesos labios y los movió a un lado y al otro.

—Gracias, pero no.

—Eres una cobarde.

—Y tú un viejo inútil.

—Es verdad. Ambas cosas lo son, pero solo una tiene remedio. ¿Qué problema tienes en hacerlo, Siara?

—¿Por qué necesitas que lo haga yo? Ya tienes un profesor y no hay tantos aspirantes a alquimistas como para necesitar otro. ¿Cuántos alumnos van a la clase de Jubén? ¿Seis? No me necesitas. Tema zanjado.

El director suspiró. Siara sintió el juicio expresado en su mirada y un atisbo de culpabilidad nació en su interior.

—Ese es justo el problema que me preocupa, maestra alquimista. Ese bendito número. ¿Seis alumnos?

¡Por Daxal, es ridículo! Antaño la alquimia era una de las artes más perseguidas. Muy pocos se convertían en maestros, pero muchos lo intentaban. Hoy en día, en esta villa tenemos seis aspirantes, de los cuales,

¿cuántos, uno se convertirá en maestro? ¿Dos, si tenemos suerte? Es un desastre, y no creo que en las otras villas la situación sea mucho mejor.

—¿Y qué culpa tengo yo de que los aprendices quieran dedicarse a artes mucho más mundanas, como la que esa capa representa? —protestó Siara mientras señalaba a la capa celeste que vestía el director—. Hoy en día los jóvenes no quieren vestir el gris. Les aburre. Son el fiel reflejo de en qué se está convirtiendo esta escuela. En algo ridículo.

—Siara…

—¿Qué, director? Lleva catorce años siendo algo ridículo.

—Está bien —se rindió—. ¿Podemos dejar la política a un lado, por una vez?

Siara estuvo a punto de reprocharle que no era de política de lo que hablaba, sino de algo mucho más profundo. De traición e hipocresía. De engaños. Pero se mordió la lengua. La mañana no había empezado bien y no quería continuar estropeándola.

—Además, ¿qué te hace pensar que la situación mejoraría si yo fuese profesora?

—Bueno, muchos alumnos se sentirían más atraídos hacia una clase que no estuviera impartida por un anciano como Jubén. Al fin y al cabo, sigues siendo una belleza.

Siara le atravesó con la mirada.

—Y tú eres un viejo impertinente.

—Sí, cosas de la edad. Cuando pases los sesenta, si quieres, volvemos a comentarlo.

—Eso dependerá. Para serte sincera, no creo que vivas tanto.

—¡Y ahí está otra vez! ¡La encantadora Siara Roscharch!

—Vete al infierno.

—Sí, ahora. Pero antes tengo que lograr convencerte. Probaré con la verdad, entonces.

Siara fingió estar indignada:

—¿Significa eso que no soy una belleza?

—Lo serías, si quisieras —señaló el director, serio y apenado—. Pero parece que también en eso has claudicado.

Siara había sido la maestra más joven en vestir el gris desde hacía décadas, y el director aún recordaba a esa muchacha de piel oscura y oscuros ojos por la que muchos hombres perdían la cabeza. Era una chica menuda, con la nariz fina y unos labios carnosos. Orgullosa de su feminidad, más inteligente que ninguno de los patanes que, como moscas molestas, rondaban a su alrededor. La mujer en la que se había convertido, sin embargo, lucía desgreñada, cansada, con bolsas en los ojos. Su capa, que antes ondeaba a su paso dejando ver una figura bien cuidada, ahora lucía vieja y sucia, con remiendos mal colocados aquí y allá.

—Lo cierto, Siara —continuó el director—, es que eres una gran alquimista. Cualquier aspirante a tu cargo sería muy afortunado. No deseo privar de eso a esta escuela.

Siara detuvo su mente y se centró en las palabras del director. La maestría, la pertenencia a La Escuela, tenía un precio. Un precio más alto que ningún otro, pues te arrebataba la vida y la ponía a su servicio. Desde el primer momento. Desde que te colocaban la primera capa blanca tu vida dejaba de pertenecerte. Si lo que decía el profesor era cierto, Siara no podría rechazar la oferta. Si sus habilidades podían servir de algo a La Escuela, debía dárselas, pues eran suyas.

—Nadie querrá que yo sea su tutor —siseó Siara con tono lastimero.

—Eso no lo sabes.

—Claro que lo sé. Los alumnos investigan a sus posibles mentores antes de decidir. ¿Cuánto tiempo tardarán en descubrir quién fue mi marido? Y cuando lo hagan, ¿quién querrá…?

—¡Jamás creí que fueras tan ingenua!

—No lo soy. Sabes bien todo lo que se ha dicho sobre mí durante estos años. Nada va a cambiar eso.

—Llevo ya bastante tiempo sin escuchar nada, la verdad. A la gente se le olvidan estas cosas, pero tienes razón. Los alumnos escucharán esas historias y ¿qué? Creo que los subestimas.

—¿Eso crees?

—Sí, y dado que soy maestro mentalista deberías escucharme. No hay nada que incendie más rápido las mentes de las personas que un jugoso chisme. Estoy seguro de que esos chicos escucharán las historias y también sé que querrán conocer a su protagonista. Irán a clase solo para oírte hablar. Solo para verte.

—¡Qué gran logro! —bufó Siara.

—Y una vez estén allí te conocerán. Y entonces se olvidarán de esas estúpidas historias y tendrás la oportunidad de moldear a los futuros alquimistas. ¿Eso te parece mejor?

—Creo que sí —respondió a regañadientes.

—¿Qué me dices, maestra alquimista? ¿Aceptas ser la nueva profesora de Alquimia?

Siara, con gesto mohíno y pensamientos timoratos, asintió.

OceanofPDF.com



La cena estaba alargándose más de lo habitual y la postura enhiesta exigida a los anirios encargados del servicio hacía que a Güido le doliera la espalda. Le hubiera gustado desprenderse del chaleco, los pantalones de franela y la camisa y estirar la espalda, pero se mantuvo firme. El señor Wellington era muy estricto en cuanto a protocolos de etiqueta se refería y cualquier mínima incorrección tenía consecuencias, así que Güido se armó de paciencia y se esforzó por distraerse viendo como la familia cenaba, conversaba y reía. Sentados en torno a la gran mesa del comedor se encontraban el señor y la señora Wellington, su hijo Viktor, su joven esposa y su pequeña, de apenas tres años de edad, y Mara.

Hacía ya tres días de su inesperado regreso y desde entonces la casa parecía haber recobrado la vitalidad que perdió la noche en la que asesinaron a la anterior señora. Para Güido aquello no eran buenas noticias. La presencia de Mara, de su risa y su alegría, complicaba lo que hacía solo una semana se antojaba algo sencillo.

Sentirla, de nuevo, tan cerca, hacía daño. Avivaba unas emociones que empapaban miles de recuerdos: la muchacha correteando por la plantación a su zaga, su eterna sonrisa, las mil y una veces que se escapó de la casa para

acudir a los cultivos a ayudar a los anirios, las mil y una noches que se escapó de la casa para dormir junto a él. Güido se esforzaba por empujar esos recuerdos al fondo de su memoria, donde pudieran ser encadenados, pero a cada palabra que oía surgir de los labios de ella, su cuerpo cedía.

La presencia de Mara no solo le afectaba a él. Al señor Wellington se le percibía incómodo cada vez que su hija rompía una de las estrictas reglas protocolarias. Danea, su joven mujer, apenas hablaba, aunque, al igual que a su marido, se la notaba molesta. Viktor actuaba con el desdén y la altivez acostumbrados. Su mujer, Neire, hablaba con Mara sobre su hija, la pequeña Aulyn, mientras la recién llegada jugueteaba con la niña ante la atenta mirada de su padre. En un brinquito, Aulyn puso una extraña expresión, estornudó, se rio y después vomitó sobre el vestido de Mara.

El bebé comenzó a llorar.

—Lo siento —dijo esta, azorada.

—No te preocupes. No es culpa tuya —respondió Neire—. Tiene muchos reflujos y vomita con facilidad.

—¿Y eso es normal?

—No, pero el médico dice que a algunos niños les ocurre. Desaparece con la edad —respondió Viktor—. Deberías limpiarte el vestido. ¡Güido, trae un paño húmedo!

Güido asintió y abandonó la estancia. Llegó a las cocinas, donde cuatro anirias se afanaban en limpiar cubertería, vajilla y demás utensilios de cocina y miró en derredor, buscando la figura de su madre.

—¿Qué quieres, Güido? —le preguntó una de las anirias. Una anciana a la que apenas le quedaba algo de

pelo.

—¿Mi madre?

—Ha salido un segundo. ¿Qué querías?

—Mara… La señorita Wellington se ha manchado su vestido. Necesito un paño húmedo.

Una de las anirias cogió uno, lo humedeció y se lo tendió.

—¿A dónde ha ido mi madre? —preguntó.

—¡Y yo qué sé! —respondió la otra de mala gana—. Anda, corre y ve. Las manchas cuanto antes se froten mejor se van. Apúrate.

Güido emitió un gruñido y volvió al comedor. Le tendió el paño a Mara.

—Señorita.

—Gracias, Güido —contestó Mara de forma automática, sin siquiera percatarse de su presencia. Extendió un brazo, cogió el paño y empezó a frotarse la mancha.

Güido retrocedió dos pasos y volvió a formarse, recto y atento a las órdenes de sus amos.

—Es una lástima que Jules no haya podido venir —dijo Mara—. Me hubiera gustado verle.

Al oír aquel nombre, Güido levantó la cabeza y durante un segundo fijó su atención en la reacción del señor Wellington. Desde hacía algún tiempo, ese era un nombre que no se pronunciaba. Nadie lo había prohibido, pero el recuerdo de fuertes discusiones disuadía por sí mismo.

—Tú hermano… está muy ocupado —dijo el juez.

—Jules no es un gran admirador de los eventos familiares, todos lo sabemos —añadió Viktor—. Además, Mara, le verás mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche?

—Es el Día de la Liberación. Todas las familias importantes acuden al baile del gobernador, ¿recuerdas?

—¡Oh, sí, claro! —recordó Mara—. La verdad es que se me había olvidado. En La Escuela no lo celebran.

—¿No? —se escandalizó Danea—. ¡Creí que se celebraba en toda Ylandra!

—Sería muy hipócrita para La Escuela celebrar la caída de Ciudad Gloria —intervino el señor Wellington—. Al fin y al cabo, ese día perdieron mucho.

Güido dejó de prestar atención a la conversación. Lo único que sabía él de la guerra era que había durado mucho y que los defensores de la república habían vencido, aunque la forma en la que lo consiguieron no había sido la correcta. Con esa información le parecía que ya sabía demasiado acerca de algo que, como anirio, poco le incumbía.

—Cariño, deberíamos irnos —dijo Neire en un momento en que la conversación comenzó a decaer.

—Tu mujer tiene razón —sentenció el señor Wellington—. Es tarde para la niña. Ordenaré que preparen la berlina.

El señor buscó la mirada de Güido y este volvió a salir disparado. Se dirigió a los establos y dio el aviso de que estuvieran preparados. Luego regresó a la escalinata principal, donde la familia se despedía.

—Aulyn está preciosa —dijo Mara viendo cómo el carruaje se alejaba.

—Es una niña débil —respondió el juez.

Mara se encogió de hombros, se giró y volvió a la casa. Su padre y su madrastra la siguieron. Güido cerraba la marcha. Antes de que pudiera cruzar el umbral de la puerta, su amo se giró.

—Güido, puedes retirarte.

—Sí, señor. Gracias, señor —dijo, viendo que la puerta se cerraba antes de que él pudiera terminar de hablar.

Anduvo hasta el destartalado chamizo que compartía con su madre y se encontró a Cazi allí, remendando unos pantalones.

—Madre —saludó.

—¿Qué tal, hijo? ¿Cómo ha ido la cena?

—Estupenda, como siempre —respondió sin demasiado entusiasmo—. Fui a las cocinas y no estabas.

—Lo sé. Tenía algo que hacer.

Cazi dejó los pantalones a un lado con delicadeza, se levantó y abrió uno de los cajones. De allí extrajo un objeto envuelto en hojas de roble. Se lo tendió a su hijo, sonriéndole con cariño.

—¿Qué es eso? —interrogó, agarrando el objeto.

—Tu regalo.

—¿Mi qué?

—¿No sabes qué día es hoy, hijo?

Güido reflexionó unos segundos y echó cuentas.

—Es mi día del nombre.

—Así es. ¿De verdad no te acordabas?

Güido se llevó una mano a la cabeza y se la rascó.

—Últimamente tengo muchas cosas en las que pensar —comentó, antes de centrarse en su regalo. Lo abrió, tratando de no destrozar el envoltorio, y descubrió un libro con una cuidada encuadernación—. Las andanzas del pícaro Josué —leyó—. ¿De dónde has sacado esto?

—¿Acaso importa? —respondió Cazi.

En cierto sentido sí que importaba. Los esclavos tenían prohibido leer o, en su caso, ser el propietario de cualquier documento escrito. La mayoría de los amos estaban convencidos de que ningún anirio sabía leer.

Algunos, incluso, defendían la tesis de que solo una parte insignificante de ellos tenían la capacidad cognitiva suficiente para aprender a leer o escribir, aunque no por eso eran más transigentes a la hora de castigar la infracción de la norma. Eso significaba que, para una aniria como su madre, conseguir un libro era harto complicado y también peligroso.

—¿De dónde lo has sacado, madre? —insistió Güido.

—Eso no te importa —replicó—. ¿Te gusta?

—Sí, claro, pero… podría ser peligroso. Creo que deberías devolverlo. Si el amo se entera de que tenemos esto aquí… —dijo devolviéndole el tomo.

Cazi lo cogió, lo miró y le golpeó a su hijo con él en la cabeza.

—Coge el maldito libro, Güido —le ordenó—. Lo lees, lo escondes y aquí no ha pasado nada. Tampoco es que vaya a ser la primera vez que tengas uno en tu cuarto.

Su madre tenía razón, aunque al mismo tiempo estaba equivocada. Güido había aprendido a leer a la tierna edad de cinco años, época en la que muchos textos habían pasado por sus manos, pero eran tiempos muy diferentes. En primer lugar, el señor Wellington se ausentaba durante semanas, dificultando el descubrimiento de la transgresión. En segundo lugar, la persona que solía encargarse de la disciplina era su mujer, la madre de Mara, y Güido dudaba de que ella se hubiera enfadado por encontrar un libro entre sus manos. Por último, la persona que le daba los libros era la misma que le había enseñado a leerlos y Mara hubiera hecho todo lo posible por encubrirle. Ahora ya no estaba tan seguro de eso. Durante los últimos años solo había habido una certeza en su vida. No se podía confiar en los irios. El libro que acababa de regalarle su madre suponía una amenaza.

—De veras, madre…

—Güido, no me obligues a azotarte, porque ten por seguro que lo haré. Es tu día del nombre y me ha costado mucho encontrar esto, así que dame las gracias, entra a tu cuarto y no vuelvas a mencionarlo.

Güido asintió, abrazó a su madre, le plantó un fuerte beso en la mejilla y le dio las gracias. Leyó durante unos minutos, a solas en su cuarto, a la luz

de una parpadeante vela, hasta que oyó que alguien llamaba a la puerta de la caseta. Guardó el libro bajo el colchón y permaneció a la espera.

—Mara, cariño, ¿qué haces aquí? —oyó decir a su madre.

—Hola, Cazi. ¿Puedo pasar?

Güido escuchó unos pasos y luego el sonido de la puerta al cerrarse.

—¿Necesitabas algo, cariño?

—No es nada, Cazi. Solo que no recordaba que mañana era el Día de la Liberación —dijo.

—¡Oh, claro, entiendo!

—¿Está aquí? —preguntó Mara.

Güido ya se había levantado y abierto la puerta.

—Buenas noches, señorita Wellington —saludó desde el umbral, con la cabeza caída hacia delante en un gesto de completa sumisión.

—Hola, Güido. ¿Te importa que hablemos? —preguntó.

—Lo que usted quiera, señorita.

El silencio se paseó por la estrecha sala, susurrando taciturnas y tristes palabras.

—Será mejor que os deje a solas —decidió Cazi.

—No, no, por favor —dijo Mara—. No quiero echarte de tu casa. Preferiría que Güido y yo diéramos un paseo, si a él no le importa.

—Claro —respondió Güido. Las palabras surgidas de la garganta de un autómata carente de voluntad.

Salieron de la caseta y Mara puso rumbo hacia la arboleda que delimitaba los terrenos de la plantación. Durante todo el trayecto ninguno de los dos dijo nada. Solo caminaron, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Al internarse en el bosque, Güido no pudo aguantar más.

—¿Podría decirme a dónde vamos, señorita? —preguntó.

Mara paró en seco, con la cabeza ladeada de forma que el pelo tapaba su rostro. Güido también se detuvo, a escasos metros de ella.

—¿Cuándo me he convertido en la señorita Wellington, Güido? —cuestionó—. ¿Cuándo dejé de ser simplemente Mara?

Entonces volvió su rostro. Había cólera en sus ojos.

—Lo siento, señorita —respondió Güido, apretando las mandíbulas.

—Está bien —dijo Mara y echó a andar—. ¿Vienes?

Güido la siguió durante unos minutos, unos pasos por detrás del caminar seguro de Mara. Se internaron en un bosquecillo poblado de encinas, se acercaron a uno de los árboles y se detuvieron.

—Yo no me he olvidado, Güido —comentó—. ¿Tú sí?

Güido alzó la cabeza y la giró hacia su izquierda. Sobre el tronco de una enorme encina alguien había tallado unas letras con la ayuda de una navaja. Eran una M y una G, rodeadas de un círculo. Güido recordó el momento exacto en el que lo hizo, hacía algo más de siete años.

—¿Recuerdas lo que significa? —preguntó Mara. Güido asintió—. ¿Y qué significa, Güido?

—Éramos críos —musitó sin apenas mover los labios.

—¿Qué significa?

Güido suspiró.

—Que siempre seríamos amigos —respondió.

—¿Y qué ha pasado? ¿¡Señorita Wellington!? ¿En serio? Hemos sido amigos toda la vida. Más que amigos.

Aprendimos a correr juntos, a leer juntos. ¡Por Daxal, mi nombre fue la primera palabra que pronunciaste! ¡Y la mía fue Cazi! Antes que mamá o papá, dije el nombre de tu madre. Tú y yo nunca nos tratamos así —alegó —. ¿Por qué ahora sí?

Güido apretó los puños, luego los dientes, el corazón y el alma, hasta que sintió que los ojos se le anegaban de lágrimas.

—¡Porque soy tu esclavo, Mara! ¡Eres mi dueña! No podemos ser amigos porque solo soy una propiedad.

—Eso no son más que… —discutió Mara, bajando el tono a casi un susurro.

—No, no lo son.

Mara negó y señaló la inscripción del tronco del árbol.

—¿Entonces era mentira? ¿Mentiste cuando escribiste esto?

—¡No! —protestó—. Tú te ibas. Cuando lo escribí… Pero en siete años las cosas cambian mucho y ahora… —dudó, pero no se frenó—. Ahora soy tu esclavo y tú eres mi ama.

Los hombros de Mara cayeron hacia delante y al momento su cabeza empezó a dar sacudidas de arriba abajo.

—Está bien —dijo Mara—. Ese es el problema. De acuerdo. Haremos un trato. Te prometo que haré que te den la libertad. A ti y a tu madre. A los dos.

El interior de Güido se agitó al oír aquello. La libertad. Era el sueño de todo anirio esclavizado. Era mucho más que eso. Era algo tan grande que ningún anirio se atrevía a hablar de ello o siquiera pensarlo.

—El señor nunca nos liberará.

—El señor es mi padre, Güido. Puede ser testarudo e irascible a veces, pero no es una mala persona.

Encontraré la forma de conseguirlo, créeme.

Güido no la creía y no confiaba en que nadie pudiera hacer cambiar de parecer a su amo. Por otra parte, estaban hablando de libertad.

—Está bien —se rindió, tras un momento de vacilación, sintiendo cómo se agarraba a un clavo ardiendo, pero exhausto por tratar de contener sus

emociones—. Acepto el trato.

Mara sonrió.

—Pero me tienes que prometer algo —pidió—. Desde hoy me tratarás como lo que soy. Una amiga.

—Una amiga —repitió y después, escondiendo su mirada entre su vergüenza, añadió—: Te he echado de menos.

Mara se acercó y le envolvió en un abrazo. Güido se lo devolvió y sintió por primera vez cuánto habían cambiado sus cuerpos. La recordaba incluso más alta que él, pero ahora la cabeza se apoyaba sobre su pecho.

Era liviana y frágil.

Al separarse del abrazo, ambos se quedaron callados y sonrientes.

—Debería regresar —dijo Güido—. ¿Te importa?

Cuando salieron de entre los árboles, la luz de un millar de estrellas les acunó, bañando sus rostros. Güido tenía la piel paliducha y el pelo castaño y era de los anirios más enjutos de la plantación, gracias en parte a que sus labores siempre se habían circunscrito a los quehaceres de la casa. Nada de tratar con bestias. Nada de recoger cultivos. Era más bien feo, con algún que otro grano en el rostro. La adolescencia no le estaba tratando bien. Sus ojos eran como los de cualquier otro anirio puro. En el centro del ojo la pupila y en el resto un baño lechoso roto solo por algunos nervios enrojecidos.

—Oye, ¿es cierto que en La Escuela algunos maestros son anirios? —preguntó.

—Y no solo algunos. Más o menos la mitad de los maestros son anirios.

—¿Cómo es?

Mara levantó la vista hacia las estrellas, evocó sus recuerdos y se perdió en ellos. Sonrió.

—Es un lugar maravilloso. Está en el norte del país y todo el terreno está rodeado de altas montañas hasta el mar. No hay forma de llegar hasta la costa si estás dentro, porque vayas a donde vayas siempre hay montañas. La única forma de entrar es por la capital, Lanti's Cloe, o por el valle de Caldaso. La capital es una ciudad enorme, casi tan grande como Viendavales. Hay un gran lago de agua cristalina, ríos, campos para pastar, antiguas cuevas. Y aunque está en el norte apenas hace frío. Las montañas detienen el viento y hacen que el clima sea agradable durante todo el año. Es un lugar mágico.

—¿Y por qué no vuelves? —preguntó Güido.

—¿Cómo sabes que no voy a volver? —Güido se encogió de hombros y Mara le sonrió—. No lo sé. Creo que no está hecho para mí. Durante estos años mi vida ha consistido en dos cosas. Estudiar y entrenar. Estudiaba durante ocho horas y entrenaba otras seis. El resto del tiempo que te queda lo dedicas a comer y a dormir. Es demasiado. No me arrepiento de haber ido. He aprendido muchísimo sobre muchísimas cosas, pero ahora quiero estar aquí. Con mi familia. Con Cazi y… contigo.

Se aproximaron al chamizo y se despidieron, deseándose las buenas noches. Mara echó a andar hacia la casa, pero antes de haber dado el tercer paso, se giró.

—¡Qué tonta! Casi se me olvida —dijo—. Tienes que perdonarme. De pequeña siempre me acordaba por el Día de la Liberación y hasta que no lo han dicho hoy en la cena no he caído. Feliz día del nombre, Güido —felicitó sonriendo, al tiempo que sacaba algo del bolsillo y se lo entregaba.

Era una esfera de vidrio ennegrecido, del tamaño de un puño. Dentro, aunque no se apreciaba bien, parecía haber un líquido espeso.

—Gracias —expresó Güido sorprendido a la par que extrañado.

—¡Agítalo! —propuso Mara, sonriente—. Solo una vez, con delicadeza.

Güido obedeció y la esfera comenzó a emitir una débil luz azulada.

—¡Es un iluminador! —anunció Mara triunfante.

—¿Un qué?

—¡Un iluminador! —repitió—. Un invento alquimista. Lo compré en una tienda de objetos raros en Lanti's Cloe. Cuanto más lo agites más brillará. El vidrio es muy resistente, así que no hay riesgo de que se te rompa.

Agítala un poco más.

Güido movió el objeto de arriba abajo y este comenzó a brillar más y más.

—¿Lo ves? Ahora sóplale.

Al hacerlo, la luz fue perdiendo intensidad hasta desaparecer.

—¡Es… alucinante! —se asombró Güido completamente absorto en la esfera.

—¿Te gusta?

—¡Es increíble! ¡Esto es pura magia!

—Más o menos. Es alquimia. Me alegro de que te guste. Feliz día del nombre.

Se dio la vuelta y se marchó, dejando un rastro de alegrías a su paso. Solo cuando se hubo alejado varios metros pudo Güido salir de su ensimismamiento.

—Buenas noches —susurró.

Se quedó allí plantado, vigilando los pasos de su amiga, feliz por volver a tenerla en su vida e incapaz de recordar por qué aquello no era algo bueno. Entonces una voz le devolvió a la realidad.

—¡Güido! ¿Vienes o qué? ¡Llegaremos tarde!

Procedía de un fardo de paja tras el que se escondía otro anirio. Güido echó una última ojeada en la dirección en la que Mara se había marchado y

se guardó su regalo en el bolsillo. Luego siguió a su compañero.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó Coco.

—Nada.

—¿Esa era la señorita Wellington?

—Sí. Tenía algo que decirme.

—¿Sí? ¿Qué?

—¿Qué te importa? —bufó hastiado de tanta pregunta—. Acelera, anda. Que no llegamos.

Caminaron hasta llegar al granero, lo rodearon y se encontraron con un grupo de unos treinta anirios, todos ellos esclavos de la plantación. La mayoría de los congregados eran chicos jóvenes, algo mayores que Güido, aunque también había un chico de dieciséis años y un par de ancianos. Uno de ellos pidió al resto silencio y se dispuso a hablar.

—No tenemos mucho tiempo, así que hablaré rápido. Todo está preparado para mañana. A las tres de la madrugada atacaremos la plantación. Una hora antes os daremos las armas que hayamos podido reunir.

Hemos intentado conseguir pistolas, arcabuces y mosquetes, pero no ha sido posible. Casi mejor. Esas armas son demasiado ruidosas. Os proveeremos de espadas, pero no tenemos suficientes para todos, así que cogedlas solo los que penséis que podréis manejar una. El resto haceos con martillos, rastrillos, cuchillos, antorchas o lo que podáis. Troto y otros veinte se dirigirán primero al pabellón de guardias y capataces y el resto irán a la casa —explicó el anciano señalando a un anirio fuerte y con cara de pocos amigos—. ¿Alguna duda?

Los treinta anirios permanecieron callados, salvo uno.

—Deberíamos esperar —repuso Güido.

Un murmullo se extendió entre los asistentes. Algunos preguntaban qué había dicho, otros quién lo había dicho. Independientemente de ello, nadie parecía acoger las palabras con cariño.

—¿Qué dices, hijo? —preguntó el anciano.

Los que estaban a su lado se apartaron de Güido. El resto se giró y decenas de ojos le atravesaron.

—Dice que no hay espadas suficientes para todos y que solo las cojan los que sepan usarlas. Ninguno sabemos usar una espada. No he cogido una en toda mi vida y dudo que alguno de vosotros lo haya hecho. Deberíamos esperar. Entrenar antes con ellas.

—No podemos esperar —replicó el anciano—. Mañana es el Día de la Liberación. Los capataces y los guardias estarán de celebración. Comerán y beberán hasta caer rendidos. Es nuestra mejor oportunidad. Acabaremos con ellos en sus camas.

—¿Y si alguno está despierto? ¿Y si nos ven y dan la alarma?

—Aunque lo hagan seremos muchos más y estaremos bien armados —dijo el anciano—. Güido, ¿qué ocurre? ¿A qué vienen todas estas dudas?

—Es por su amiguita. La señorita Wellington —intervino una desagradable voz a su derecha.

Güido se volvió hacia aquella voz y le señaló con un dedo tenso.

—Mara no tiene nada que ver.

—¿No? ¡Venga ya!

—Es verdad —apostilló Coco—. Antes los he visto hablando.

El anciano se puso de pronto en pie.

—Güido —recalcó en un tono reprobatorio que exudaba ansiedad—. Ella no sabe nada, ¿verdad?

—¡Claro que no! Pero es cierto. Ella no se merece que le hagamos esto. Siempre nos ha tratado bien. No es justo lo que le va a pasar. Deberíamos

esperar y pensarlo mejor.

Todos volvieron a quedarse en silencio y Güido percibió el nulo apoyo con el que contaba. Cada uno de sus compañeros le transmitía decepción y también rabia.

—Tampoco fue justo lo que le ocurrió al hermano de Josú, ni al hijo de Ascar. A ambos los mataron por nada, Güido. Y sabes bien que no son los únicos. Puede que esa jovencita no se merezca lo que le va a pasar o puede que sí. Pero no por ello vamos a abandonarlo todo. Además, no somos la única plantación que atacará mañana. Otras cinco granjas y plantaciones lo harán al mismo tiempo. Y, cuando se enteren, muchos de nuestros hermanos nos seguirán. Esta es nuestra oportunidad y no la dejaremos marchar.

Esa noche, recostado en su cama e incapaz de dejarse llevar por el sueño, Güido rompió a llorar.

OceanofPDF.com



El ciervo permanecía inmóvil y aterrorizado, atrapado en una red que se mecía con el rumor del viento. Era la imagen de la más pura indefensión. Aleyn desató la cuerda del tronco del árbol y tanto el animal como una roca que hacía de contrapeso se estrellaron contra el suelo. Al caer, el ciervo intentó zafarse de su captura, pero con las patas enredadas lo único que hacía era caerse, levantarse y volver a caer. Aleyn se aproximó, susurró un par de palabras tranquilizadoras y le cortó el cuello con un pequeño puñal. El ciervo emitió un par de ruidosos sonidos de desesperación y luego, cuando un enorme caudal de sangre bañaba el suelo, se desplomó.

Limpió el puñal con un pañuelo viejo y ensangrentado y lo guardó en su funda. Se agachó, agarró las patas del animal y se echó su peso en los músculos de la espalda y los brazos.

Cargado con al menos el doble de su peso, recorrió el lejano bosque de Odris, donde las primeras heladas del otoño habían dejado un manto de escarcha sobre la hierba. El bosque de Odris, situado en el extremo norte de Ylandra, era un horrible paraje para vivir. Apenas dos poblados constituían la única vida civilizada que se podía encontrar en cientos de leguas a la redonda, en mitad de un paisaje escarpado y quebradizo.

Aleyn detestaba vivir allí, pero sospechaba que quizá no había lugar más seguro para un condenado a muerte como él. La única alternativa al bosque, con tan escasa demografía, se encontraba en el Gran Desierto del sur y, entre un mar de árboles y un océano de fuego, prefería el primero. Al menos allí ni el agua ni la comida le habían faltado nunca.

Conforme avanzaba sintió otra presencia humana aproximándose por uno de sus flancos. Se ajustó el cadáver del ciervo en la espalda y apresuró el ritmo de sus pisadas. Lejos de aumentar la distancia con su perseguidor, esta menguó. Luego sintió otra presencia más, en su flanco derecho. Luego otra, esta vez en el izquierdo, y finalmente una última frente a él. Allí parado, con las piernas abiertas, las manos a la espalda y la postura erguida, le esperaba un joven vestido de rojo y negro.

Aleyn dejó caer el cuerpo del animal. Se giró y vio a las otras tres figuras aproximándose. Dos eran equivalentes estéticos del hombre que ya había visto. La última era una mujer de mediana edad, vestida con una túnica nada elegante de color granate.

—Buenos días, señor —saludó Nuza—. Una buena presa la que transporta.

—Gracias, señora.

—Yo no como ciervo. No me gusta el sabor.

—No estaba en mis pensamientos compartirlo —dijo Aleyn.

Nuza se rio, seguida de Aleyn. Una risa tensa y comprometida.

—Dígame, ¿qué están haciendo en el bosque? ¿Se han perdido? —preguntó Aleyn.

—No, señor. En realidad, estamos buscando a una persona que creemos que vive aquí. —Aleyn reevaluó la situación, ya no como un incordio sino como una amenaza. Su cuerpo se tensó y su mano se preparó para

desenfundar el puñal, única arma con la que contaba—. Al parecer estábamos en lo cierto —terminó de decir Nuza.

Aleyn sonrió. Desde luego aquello se parecía mucho a una amenaza, aunque algo fallaba. Tres hombres y una mujer. Ninguno de ellos maestro de La Escuela. O no eran lo que parecían o Aleyn había envejecido mucho más de lo que su reflejo le decía.

—Así que están aquí por la recompensa. Han decidido venir al norte, perderse en un bosque y buscar fortuna. Espero que al menos sean buenos luchadores.

—Así es, señor.

Aleyn sonrió, desconcertado. Sus cuatro adversarios permanecían tranquilos, siguiendo un guion previamente acordado. Aleyn se fijó en que no portaban arcabuces ni espadas, aunque aquello no quería decir que estuvieran desarmados. Un pistolete o un cuchillo podía esconderse en decenas de lugares bajo la ropa.

—¿De cuánto es la recompensa? —preguntó Aleyn—. No he podido seguir sus progresos todos estos años. La última vez creo recordar que rondaba las quince piezas de oro.

—¡Oh, de eso hace ya tiempo! La república rebajó su precio a tres oros hace tres años.

Aleyn se sorprendió y el dolor de una pequeña aguja atravesando su orgullo ensombreció su rostro.

—No lo dice en serio —dijo Aleyn.

—Lo siento —respondió Nuza—. La versión de su muerte ha terminado por calar en la ciudadanía. Hubo un par de asesinatos a personas con cierto parecido con usted y se decidió rebajar la recompensa para disuadir a los estafadores.

Aleyn se estremeció al saberse en parte responsable de la muerte de dos personas más, pero rápidamente regresó a la normalidad. Hacía mucho tiempo que había dejado atrás la culpa. El día que decidió que o bien la vencía o esta le vencería a él.

—¿Así que han venido hasta aquí por tres miserables piezas de oro? Creo que no lo han pensado bien.

—¿Le parece que seamos cazarrecompensas?

Aleyn se encogió de hombros.

—Me he equivocado otras veces.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Nuza—. Le prometo dos cosas, maestro Aleyn. Ni yo ni ninguno de estos jóvenes le haremos daño alguno. Dudo mucho que pudiéramos aunque quisiéramos. Mi único deseo es charlar con usted y después, pase lo que pase, nos marcharemos. Mi segunda promesa es que jamás le diremos a nadie dónde está. No lo hemos hecho durante todos estos años.

Aleyn volvió a mirar a los tres jóvenes y trató de auscultar el interior de sus almas.

Algo no estaba bien.

—De acuerdo, ¿quiénes sois? —interrogó Aleyn serio.

—Mi nombre es Nuza. Mis acompañantes son Kevyn, su hermano Jemy y Mein.

—Un dudoso placer —comentó Aleyn—. ¿Quiénes sois?

—Antes de poder llegar a eso, necesitaría pedirle un favor —dijo Nuza —. ¿Sería tan amable de desarmarse?

Aleyn se echó a reír, emitiendo sonoras carcajadas. La risa se fue apagando poco a poco y el cuerpo recuperó la tensión anterior.

—No. Ni de lejos soy tan amable.

—Por favor, maestro. Me sentiría más segura si ambos gozáramos de la confianza del otro.

—Ustedes no gozan de mi confianza, señora Nuza.

—Nuza, a secas.

—Lo que sea —replicó Aleyn en un tono despectivo—. No confío en ustedes. No confío en nadie que sepa quién soy. No confío en nadie que venga a mi casa a charlar conmigo. No me desprenderé de mi arma, señora.

Si han venido para cobrar una prima por mi cadáver o si no, es irrelevante. Son una amenaza y no tengo reputación de ceder ante ellas.

Nuza suspiró y agachó la cabeza. Miró a sus tres compañeros y se encogió de hombros.

—Recuerde que yo he confiado en usted —dijo derrotada—. Somos miembros de la Orden de *Addai*.

Aleyn extrajo el puñal y lo blandió frente a si, vigilando los ángulos muertos, sus flancos y las distancias lejanas. En cualquier momento más hombres podrían aparecer armados, una flecha atravesarle el corazón o, mucho menos probable, una bala de plomo incrustrarse en su cabeza.

—Estamos solos, maestro —advirtió Nuza.

—¡Cállate, furcia!

Aleyn no vio ni sintió nada en la lejanía, así que volvió a centrar su atención sobre los cuatro *addais* que le rodeaban. No se habían movido. Permanecían quietos, pero esta vez observaban el puñal con algo más que duda y miedo.

—Tampoco llevamos armas —confesó Nuza—. Si quisiera podría matarnos ahora mismo. Sospecho que sería muy fácil para alguien como usted.

—¡Oh, sí, lo sería! —dijo Aleyn con el cuerpo aún ligeramente encorvado, en posición hostil—. ¿Y por qué no debería hacerlo?

—Porque no somos sus enemigos.

—Ya, bueno, llámelo como más le guste. Durante siglos su orden dio caza a los maestros por toda Ylandra.

—Hasta que dejamos de hacerlo —le informó Nuza.

—Hasta que les obligamos a dejar de hacerlo —puntualizó Aleyn—. Creía que la orden había muerto hacía cuatrocientos años.

—Algo así debió de ocurrir. No estuve allí. Imagino que usted tampoco. Pero sé que desde entonces no hemos asesinado a ningún maestro.

—Nunca se ha hecho nada hasta que se hace, ¿no cree?

—Sí, pero este no va a ser el día. Se lo prometo.

—No confiaba en usted antes, señora. ¿Cree que algo ha cambiado? El hecho de que os denominéis miembros de la Orden de *Addai* no ha mejorado las cosas.

Por primera vez la expresión de Nuza dejó entrever sus emociones. Estaba frustrada y eso le había llevado a cabrearse. Dejó su posición y avanzó hacia Aleyn. Cuando casi estuvo a su altura, este levantó el puñal y lo interpuso entre su cuerpo y el de la mujer.

—En algo sí tiene razón. Yo tampoco confío en ustedes. No le daría a un maestro de la gloriosa Escuela ni un vaso de agua, aunque estuviera literalmente ahogándome en ella —dijo con un rutilante odio en su voz antes de empezar a caminar en círculos, obligando a Aleyn a girar con ella —. El odio que sentimos el uno por el otro es natural. Durante toda la historia que conocemos hemos sido enemigos. ¿Quiere saber qué ha cambiado? La Escuela. Usted la cambió y por eso hemos venido.

—Genial, pero se me han terminado los trofeos.

—Es usted gracioso —observó Nuza—. Jamás le hubiera imaginado así.

—Pues usted está cumpliendo todas mis expectativas —respondió Aleyn.

—¿Sí?

—Desde que la he visto he pensado que sería un incordio que me arruinaría el desayuno y, de momento, cualquiera apostaría que soy maestro Cronista.

Nuza volvió a reír, esta vez de forma sincera.

—No tiene el carácter típico de La Escuela. Allí todos parecen tan serios, sabios y honorables… Va bien descubrir que no todos fingen ser eso.

—Oiga, me encanta esta charla, pero me gustaría ir terminando. ¿Por qué no cogen sus mentiras y se marchan de aquí?

Nuza se detuvo y volvió a encararse a Aleyn.

—¿Mentiras? Su mundo es una mentira, maestro Aleyn. Todo lo que sabe es falso. Todo lo que siempre le contaron sobre sus gloriosos dioses, su Escuela, su misión en Ylandra y su vida es mentira. La Escuela, nacida de los mismos descendientes de los Tres para guiar a la humanidad hasta la gloria. Para tiranizar a la humanidad —se corrigió.

—Cualquier rastro de tiranía en La Escuela se extinguió hace catorce años.

—Lo sé. Usted se encargó de ello. Por eso vive aquí, alejado de toda presencia humana —ironizó Nuza—. Pero no le hablo de la tiranía de algunos maestros malvados. Le estoy hablando de un mundo doblegado a la voluntad de los Tres. Los maestros creéis que os cedieron su poder para guiar a los hombres, pero no fue así, Aleyn. Los Tres fueron derrotados por *Addai* y cedieron su poder solo para que, llegado el día, pudieran recuperarlo. Creéis que sus descendientes fundaron La Escuela y así fue, pero no hubo nobles intenciones en aquello.

—¿Qué edad tiene, señora? —preguntó Aleyn.

—Soy más joven que usted, maestro. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque debe de estar loca o senil para decir lo que está diciendo. Y dado que es más joven que yo…

—Continúe haciendo bromas, maestro. Mientras, el enemigo avanza.

—El enemigo.

—Rótalo vuelve a caminar entre nosotros. Pronto sus hermanos le acompañarán y, cuando eso pase, las diferencias entre la Orden de *Addai* y La Escuela no importarán.

—Rótalo —musitó Aleyn como si hubiera escuchado la cosa más absurda del mundo.

Era inverosímil, estúpido y una locura. Y a pesar de ello, aquella mujer, que parecía lúcida y cuerda, lo creía.

De eso estaba seguro.

—Le digo la verdad —confesó Nuza.

Aleyn bajó el puñal y lo volvió a guardar en su funda.

—Y la creo —dijo—. Está convencida de decir la verdad. Simplemente creo que se equivoca.

—¿Equivocarme? ¿En qué parte?

—¡En todo! Cada libro de historia, cada documento antiguo cuenta un relato de Ylandra completamente diferente al suyo. No sé quién les ha dicho eso, pero mentía.

—Puedo enseñarle pruebas. La orden no solo se dedicó a matar maestros. También recopiló y guardó libros antiguos. Contamos con una gran biblioteca abarrotada de volúmenes que relatan lo que le he dicho.

—¿Cree que un libro es prueba suficiente? —preguntó Aleyn.

—Estos sí.

Aleyn dudó. No le gustaba aquel bosque, ni le gustaba la soledad, ni la ausencia de música, ni la vida que llevaba. Le ofrecían algo. Poca cosa. Tonterías probablemente. Por otro lado, decían ser *addais* y Aleyn debía

concederles cierta credibilidad histórica. Podría acompañarlos, ver qué tenían, desacreditarlo y volver a su retiro. ¿Qué podía perder? A menos que fueran asesinos con un plan muy elaborado. E incluso eso supondría un alivio a sus rutinas.

—¿Dónde está esa biblioteca? —preguntó Aleyn.

—Seis días a caballo.

Entonces Aleyn sintió una ligera tanda de vibraciones en el suelo, extrajo su puñal y lo colocó sobre el cuello de Nuza.

—Así que estáis solos —masculló entre dientes.

Los ojos de Nuza se estremecieron de pánico y Aleyn aflojó la presión de la hoja sobre la carne. Unas gotas de sangre se precipitaron hacia el suelo.

—Los demás quietos —les advirtió Aleyn.

Un jinete, de vestimenta similar a los otros hombres, se acercó al grupo al galope y, al ver la tensión de la situación, maldijo para sí y detuvo el caballo. Aleyn, un hombre de piel negra, metro noventa de estatura, musculoso, de cara estrecha y frente ancha, tenía bajo su dominio a la mujer a la que había ido a buscar.

—¿Es de los tuyos? —preguntó Aleyn al oído de Nuza.

—Sí, pero no venía con nosotros.

—Ya, ¿y qué hace aquí? —Nuza negó con la cabeza—. ¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí?

El jinete se dio por aludido.

—Debo entregarle un mensaje a la anciana. Es urgente —dijo sacando un trozo de pergamino de entre sus mangas.

—¿Estás armado? —preguntó Aleyn.

El jinete miró a Nuza y esta asintió.

—Sí, señor. Llevo una espada, dos puñales y un pistolete.

—Vas muy bien armado, soldado.

—Corren tiempos difíciles, maestro. Conviene estar preparado.

Aleyn dudó entre el abanico de opciones que tenía delante. Lo que quería hacer podía ser lo más absurdo que hubiera hecho en su vida y, sin embargo, continuaba queriendo hacerlo. Soltó a Nuza y le indicó que fuera a por el mensaje.

La anciana se acercó al jinete, leyó el pergamino e intercambiaron un par de breves comentarios.

—Espera aquí —indicó finalmente Nuza.

—Anciana, debemos apresurarnos.

—Lo sé. Será solo un segundo —dijo y se acercó a Aleyn.

—¿Qué sucede? —preguntó este.

—Todo avanza demasiado rápido —respondió—. Escúcheme. Existe una profecía. Una profecía dictada por el mismísimo *Addai* antes de que su cuerpo muriera. Dice que llegará el día en que los Tres volverán y ese día Ylandra se doblegará, sangrará y morirá. La Orden de *Addai* nació para evitar que eso sucediera. En el camino perdimos de vista nuestro destino y es posible que eso nos haya condenado. La Escuela, sin embargo, nació para allanar el regreso de los Tres, pero, al igual que la orden, también perdió de vista su destino. Creo que es posible que eso pueda salvarnos. Le necesitamos, Aleyn, y le pido que venga con nosotros. Vea nuestros documentos, escuche nuestras historias. Créanos y ayúdenos a redimir esta tierra.

Aleyn frunció el ceño y, aunque trató de evitarlo, la palabra redención retumbó en cada partícula de su ser.

Se rascó la mejilla y aceptó.

—Gracias, maestro —dijo Nuza—. Ahora debo irme. El consejo debe votar y deben estar todos sus integrantes para poder hacerlo. Con usted se

quedará Kevyn. Él le guiará.

Kevyn se adelantó y asintió.

—Maestro —saludó.

—Seis días a caballo, ¿eh? Nunca me ha gustado viajar con prisas.

—Tómese el tiempo que necesite, maestro, pero sepa que, a partir de ahora, corre en nuestra contra.

—Eso ya lo veremos, señora. De momento haré el viaje para revisar unos cuantos documentos antiguos. Entonces hablaremos.

—Sí, lo haremos —afirmó Nuza sentándose tras el jinete—. Ha sido un placer, maestro.

Inclinó la cabeza y el caballo comenzó a cabalgar. Los otros dos chicos echaron a correr tras ellos.

—Una vez más, eso ya lo veremos —gritó Aleyn.

Se giró hacia Kevyn y le miró de arriba abajo, negando.

—Si esto es algún tipo de treta estás en un buen apuro —le advirtió—. ¿Quieres desayunar? Tengo té, huevos, leche de cabra y pan.

OceanofPDF.com



El Día de la Liberación se había convertido en la celebración más importante, orgullosa y pomposa de la República de Ylandra. Ni siquiera la Semana de los Tres o el Día del Diálogo, que conmemoraba las últimas horas del mesías en Ylandra, tenían tal grado de repercusión, aunque fueran mucho más antiguas.

A pesar de los discursos, las palmadas en los hombros, los relatos de gloriosas batallas y demás, el Día de la Liberación podía suponer una auténtica oportunidad para extender relaciones y hacer contactos, más aún para un joven inteligente, instruido y con ambiciones en la política local.

Aquella noche, en el palacio de Valar se reunirían las personalidades más importantes de Viendavales y, por ende, del Estado del Oeste. Acudirían representantes públicos de la ciudad, empresarios y terratenientes acaudalados y poderosos, altos oficiales del ejército, senadores de la capital y, por supuesto, el gobernador del estado. Para Jules, tercer consejero del secretario de asuntos raciales de la ciudad, aquella masa de gente suponía la oportunidad de posicionar sus piezas de forma ventajosa sobre el caótico tablero de la política.

Había una segunda razón para que a Jules no le atormentase participar en aquella fiesta: su hermana Mara.

Había llegado a la ciudad hacía unos días y Jules aún no había tenido ocasión de verla o, para ser más precisos, había rechazado tales ocasiones. La había añorado y se alegraba al saberla de regreso, pero no pensaba traicionar sus convicciones por carecer de paciencia. Hacía años prometió que jamás volvería a pisar la plantación y, hasta donde fuera capaz, pensaba cumplirlo.

Jules, sin acompañante y vestido con un frac azul marino, avanzó por el gran salón, saludando a aquellas personas que conocía, pero sin detenerse a hablar con nadie. Había llegado temprano y los personajes realmente ilustres aún tardarían en hacer su entrada. No quería que su aparición le cogiera distraído y mucho menos enfrascado en una discusión de la que salir apresuradamente pudiera resultar complicado o descortés.

Con un incesante goteo de personas, la enorme estancia fue llenándose de personalidades elegantemente vestidas y de los esclavos que los acompañaban. El suelo era de mármol blanco con vetas negras, los enormes ventanales, decían, constituían una perfecta obra de vidriería, pero lo que convertía a aquel salón en uno de los lugares más emblemáticos de Ylandra eran los haces de luz blanca que proyectaban tres arañas de cristal suspendidas en el aire y que bañaban hasta el último rincón de la estancia. Se trataba, por supuesto, de artilugios fabricados en La Escuela y, según decían, únicos. Para Jules eran auténticas obras de arte.

Un grupo grande hizo su aparición, entre los que se contaban el gobernador Theodore Barbrow, un comandante del Ejército de la República de Ylandra, una maestra de La Escuela y una bella mujer ataviada con un precioso vestido azul. Eran, probablemente, el grupo más poderoso de esa sala y, aunque tentador, Jules no creía estar a la altura de tales celebridades.

No podía aproximarse, presentarse y esperar nada más allá que mera formalidad. El encuentro se prolongaría diez segundos y se compondría de un par de comentarios educados. Para llegar de verdad a ellos, Jules necesitaba la intervención de un padrino y estaba empeñado en encontrarlo.

Después de otros dos grupos de personas, vio aparecer a su familia. En primer lugar, avanzaban su padre y su hermano Viktor. Tras ellos, la mujer de su padre y su cuñada mantenían una conversación intermitente. Y en último lugar se encontraba Mara. Sonriente. Maravillada por el espectáculo de luces. Al bajar, sus ojos fueron a parar sobre los de Jules. Frunció el ceño, revisó que su hermano Viktor continuara a su lado y luego echó a correr. Al llegar hasta él, saltó y le abrazó.

—Quiero que sepas que estoy muy cabreada contigo —le susurró al oído antes de separarse de él—. ¡Llevo aquí cuatro días! ¿Cuándo pensabas venir a verme?

—¿Tanto me has echado de menos, hermanita?

—¡Pues que sepas que no! —respondió Mara, fingiendo sentirse indignada—. He podido estar con Viktor.

Al fin y al cabo, los dos sois iguales.

—¡No somos iguales! —protestó Jules.

—Jules, sois gemelos idénticos.

—Lo sé, lo sé, pero fíjate en ese colgajo que tiene en el estómago. ¿No me irás a decir que yo también tengo eso?

Mara miró a su hermano Viktor y se echó a reír.

—Daxal, sí te he echado de menos —dijo Mara.

—Yo a ti también, hermanita.

El padre de ambos apareció en la espalda de Mara, la agarró del brazo y la obligó a girarse con una brusquedad desmesurada.

—¿Qué demonios te ocurre? Aquí no puedes correr ni reírte como una niña ingenua. Tu actuación está avergonzando a esta familia. Haz el favor de comportarte como es debido.

—Lo siento, padre.

—Buenas noches, hijo —saludó Deian en dirección a Jules.

—Hola, padre.

—¿Has venido solo?

—Así es.

—Luego me gustaría hablar contigo. Debo ir a dar mis saludos a algunas personas. Mara, por favor, te pido que te comportes.

Dijo antes de marcharse, recto y con gesto de autoridad. Jules suspiró y arrastró a su hermana en un paseo por el salón.

—¿Entonces el regreso bien? —preguntó.

—Más o menos —respondió Mara—. ¿Qué le pasa a padre? ¿Por qué parece que…?

—¿… que tiene un palo atravesado por el culo?

Mara soltó una carcajada, que enmudeció al instante con sus manos.

—Siempre ha sido así, en realidad —aclaró Jules.

—Yo no le recuerdo tan estricto y estirado.

—Eso es porque madre suavizaba las cosas. Era la que se encargaba de reñirnos, castigarnos y educarnos.

El juez —pronunció la palabra de forma despectiva— siempre ha sido un repugnante tirano.

Pasaron cerca del ilustre grupo del gobernador y continuaron adelante. Unos pasos más allá se toparon con una maestra de La Escuela. Miró a Jules un segundo y luego se centró en su hermana.

—Bienvenida a casa, señorita —dijo la maestra.

Vestía una túnica de seda escarlata, con broches de plata y oro adornando los bordes y piedras preciosas engastadas en los hombros. Tenía la piel tersa y blanca, ojos azules y una larga melena negra que le caía en forma de rulos.

—Maestra Cronista —saludó Mara inclinando ligeramente el cuerpo.

—Veo que ya has tomado una decisión. —La maestra chasqueó la lengua—. Una pena. Podrías haber sido una buena maestra. Quizás en otra vida, querida —añadió, acariciándole la mejilla—. Señor —se dirigió a Jules y se marchó.

—¿De qué conoces a Allyson Lumeni? —preguntó Jules extrañado.

—De nada. No la había visto en mi vida.

—No ha dado esa impresión.

—Es una maestra cronista, Jules —dijo Mara, expresando obviedad.

—Imagino que para ti eso tiene algún significado, hermana, pero yo estoy muy perdido.

—Los cronistas son capaces de percibir las vibraciones en las cuerdas del tiempo.

—En serio. No estás ni cerca.

Mara gruñó y escogió las palabras con más cuidado. No todo el mundo comprendía las capacidades extraordinarias de los maestros de La Escuela.

—Pueden ver el pasado y el futuro de las personas. —Jules se detuvo y torció el gesto—. ¿De verdad no lo sabías?

—Algo había oído, sí, aunque… ¿De veras pueden ver el futuro?

—No es que «vean» nada, ese no es el verbo correcto. Pueden sentir e interpretar las vibraciones que se forman en el hilo del tiempo. Por ejemplo, ella sabía que yo venía de La Escuela y que había decidido no volver. Aunque no tuvieras ese poder, es algo que podrías deducir. Mi comportamiento esta noche me delata. No sé mostrarme en sociedad y sin

embargo soy la hija de un juez de la Alta Corte muy respetado. Cualquiera podría deducir que llevo fuera mucho tiempo. Si atas cabos…

—Me dejas impresionado —reconoció Jules—. No te recordaba tan lista. De hecho, te veía más bien tontita.

—¡Serás…! —bufó Mara golpeando el brazo de Jules.

—Ya, bueno, de nada por el cumplido. Ahora en serio, ¿qué tal es aquello? ¿Cómo han sido estos años?

Mara sonrió con tristeza y se encogió de hombros.

—Duros. Muy duros. Los primeros días siempre me iba llorando a la cama. Después ya llegaba tan exhausta que no me quedaban fuerzas ni para derramar lágrimas. Pero al final vale la pena.

—¿Tú puedes hacer algo de eso? —preguntó Jules.

—¿Como lo de la maestra? No, no. Para aprender a hacer eso tendría que volver y, bueno, entregarles mi vida.

—¿Por poder predecir el futuro? —se interesó Jules—. Daxal, yo me lo pensaría.

—¿Quieres que me vaya o qué? —dijo Mara ofendida.

—Bueno, ser el pequeño tiene sus ventajas. —su hermana sonrió—. Pero prefiero volver a tenerte cerca. Solo digo que si me lo ofrecieran a mí… Mira, por allí viene la causa de mis penas.

Su padre se dirigía hacia ellos, con un par de copas de champaña en las manos. Al llegar, le tendió una de ellas a Jules.

—¿Te importa que hablemos?

—No.

—¿Nos disculpas, Mara?

El juez indicó el camino y Jules le siguió. Atravesaron el salón y salieron a una terraza semicircular aislada de la fiesta.

—¡Buena noche la de hoy! —exclamó el juez.

—¿Qué quiere, padre?

—La gente está hablando, hijo.

—Sana costumbre.

—Sobre ti —sentenció—. Has rechazado a seis jóvenes estupendas en el último año. La gente empieza a preguntarse por qué. Y yo también.

—Por mi podéis seguir haciéndolo. No me supone molestia alguna.

—A ti no —dijo el juez apretando el antebrazo de su hijo—. Pero a mí sí, ¿entiendes? Tienes veinticuatro años y una larga lista de familias que estarían encantadas de entregarte a una de sus hijas. Conforme pasen los años esa lista irá reduciéndose y la reputación de nuestra familia sufrirá un duro golpe. Necesito que te esfuerces en encontrar una mujer que te haga feliz. Y si no lo hace, da igual. Conque sea capaz de engendrar una criatura es suficiente.

Jules dio una violenta sacudida y se soltó del agarre.

—Sabe perfectamente que estoy centrado en mi carrera, padre. Cualquier otra cosa no me interesa.

—Si lo que te interesara fuera tu carrera estarías ya casado y con algún hijo. A los políticos les encanta la estabilidad y nada aporta más que una familia. Así que replantéate tus prioridades y encuentra una chica con la que casarte.

Jules cerró los puños e inspiró con fuerza.

—Veré qué puedo hacer, padre —respondió.

—Y otra cosa más. Ni Danea, ni tu hermano ni su esposa merecen ese desprecio que pareces sentir por mí. Ni siquiera te has dignado a saludarles.

—¿Quiere que vaya ahora? —preguntó.

—Quiero que cambies esa actitud y que dejes de ser una decepción constante.

Le retó durante unos segundos y luego se marchó, empujándole ligeramente a su paso. Jules ardía por dentro, pero se contuvo de hacer o decir nada. En lugar de eso miró la copa de champaña y derramó el líquido por el balcón. Luego hizo lo propio con la copa.

—¿Una mala noche? —preguntó una voz a su espalda.

Jules se giró, reconoció a Brendan y volvió a girarse.

—Normal, tratándose del juez.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Trabajo, dinero, familia, amigos, mujeres?

—Familia y mujeres.

—Podría haber sido peor.

—Con él siempre es posible.

—Sí —dijo Brendan, apoyándose sobre la barandilla de piedra—. ¿No deberías estar ahí dentro bailándole el agua a algún político repelente?

—Ese era el plan. Pero se me han quitado las ganas. Creo que escucharé el discurso, me tomaré una copa más y me marcharé a casa.

—No es mala idea —coincidió Brendan—. Te veo dentro.

Jules se despidió con un cabeceo y esperó unos minutos antes de regresar al salón, donde el gobernador estaba subido sobre un estrado desde el que se dirigía al público.

—Buenas noches, señoras y señores, y feliz Día de la Liberación. Hoy celebramos el decimocuarto aniversario del final de la guerra. Por ello, pronunciará el discurso el hombre que nos llevó al éxito. Déjenme decirles que para mí es un completo honor presentarles al comandante Rommel Edvard.

Por todo el salón se extendió una salva de educados aplausos, al tiempo que un hombre alto y atractivo, de piel bronceada, ademanes deferentes y mirada serena, subía las escaleras del estrado, daba la mano al gobernador y se presentaba ante el público.

Conforme dictaba el protocolo, el comandante dio las gracias a las autoridades allí reunidas por concederle el honor de hablar en tan distinguida ocasión, respiró y se enzarzó en una lección de historia, explicando el desarrollo de una guerra demasiado larga, demasiado violenta y demasiado cruel. Una guerra que, según su opinión, había conducido a Ylandra hasta el último límite del ser humano.

—Durante más de quince años este país luchó contra un enemigo poderoso y despiadado, y me apena decir que cientos de miles de personas murieron durante la contienda. Todos perdimos amigos, compañeros, maridos, esposas, padres y a nuestros hijos. Pero nosotros sobrevivimos, continuamos luchando y finalmente vencimos. Dimos paso a una paz larga y estable. Somos un país próspero, porque nos hemos ganado el derecho a serlo.

Continuó hablando sobre el porvenir de la sociedad y terminó alzando una petición dirigida a la concordia, el compromiso y la estabilidad de la república.

La sala imitó los aplausos previos al discurso, el comandante los agradeció y bajó del estrado.

Jules terminó de aplaudir y, percibiendo que su ausencia no se haría notar en esos momentos de revuelo, echó a andar hacia la salida y se marchó.

OceanofPDF.com



El único que entre el escándalo vio a Jules marcharse fue Viktor. En silencio negó con la cabeza y le juzgó. Aún sufría cuando escuchaba a su padre despotricar por la conducta de su hermano, pero cuanto más tiempo transcurría más de acuerdo estaba con las palabras del juez. Esa noche ni siquiera se había dignado a saludar, ya no a él, sino a su mujer y a Danea. La única persona de la familia con la que parecía seguir manteniendo una buena relación era Mara, y únicamente porque había estado fuera los últimos siete años. Solo era cuestión de tiempo que también se distanciara de ella. Su hermano estaba empeñado en quedarse solo y a Viktor le costaba comprender sus motivos.

Su padre le hizo un gesto para que se aproximara y Viktor obedeció al instante, dejando atrás a Neire y a Danea.

—Señoras, caballeros —dijo Viktor incluyéndose en el grupo—. Un discurso fantástico, si me permite el cumplido, comandante.

—Gracias, señor…

—Wellington —respondió Viktor.

—Mi hijo, comandante —intervino su padre.

—Un placer conocer al hijo de un oficial tan respetado.

—¿Se conocían? —preguntó Viktor extrañado.

Su padre tenía cincuenta y dos años y el comandante no debía sobrepasar los cuarenta.

—Por supuesto. Estuve a las órdenes del comandante Wellington en el asedio de Cienaguas.

—Pero se perdió la batalla —dijo el juez.

—Sí, me reclamaron en otro lugar, señor. Me hubiese gustado participar. Oí que fue digna de una canción.

Viktor se sintió inseguro al no ver la oportunidad de intervenir en la conversación. Deseaba destacar, pero era difícil hacerlo cuando dos hombres comenzaban a hablar de sus glorias pasadas. Por suerte, en ese momento, otro nutrido grupo de personalidades se aproximó, abriéndose un hueco. Entre ellos se encontraban el gobernador, el alcalde, la representante de La Escuela en el oeste, la señorita Annelyn Vyvas y el señor Dreider, un importante terrateniente vecino de su padre con aspiraciones políticas. Hubo un momento de saludos y presentaciones y luego todos ellos alabaron el discurso del comandante, para regocijo suyo.

—¿Entonces ha venido usted a Viendavales solo para el Día de la Liberación, comandante? —preguntó el señor Dreider.

—En realidad hace un mes que estoy destinado en la ciudad, señor.

—¿Destinado? —se sorprendió el juez.

—Así es. Corren rumores de un hombre que está envalentonando a los anirios. Hasta la fecha creemos que ha asesinado a diecisiete tratantes de esclavos, casi todos en poblaciones de la costa. Incluso hay quien dice que está formando un ejército.

—Yo no le daría tanto crédito —intervino el gobernador—. Solo es un asesino con la cara cubierta. El resto no son más que rumores, comandante.

—Y a pesar de ello, aquí estoy.

—Me gusta atajar los rumores antes de que se conviertan en algo más serio.

—Una sabia estrategia.

—He oído hablar de ese hombre —dijo la señorita Vyvas con el encanto propio de una belleza casi dolorosa.

Annelyn Vyvas era una mujer influyente y poderosa, gracias en parte a sus espléndidas habilidades para desenvolverse en sociedad y en parte a la fortuna heredada de sus padres, unos acaudalados mercaderes fallecidos durante la guerra. Era, por lo demás, rubia, de piel clara, lisa y perfecta, ojos azules, nariz fina y con una sonrisa capaz de calmar a cualquier bestia. Viktor no sabía qué más era lo que poseía, pero cuando Annelyn hablaba el resto callaba y escuchaba.

—Oí que se referían a él como «Inferus» —comentó Annelyn—. Me pareció un nombre muy dramático. Si me permite, gobernador, debo decirle que no estoy del todo de acuerdo con usted. Ese hombre, sea quien sea, está adquiriendo demasiada notoriedad. Los anirios podrían envalentonarse, como bien ha dicho el comandante. Quizá incluso podrían hacer estallar una revolución.

—Tonterías, señorita —intervino el juez—. Eso no ocurrirá nunca. Esos anirios no tienen la capacidad de hacer algo así. No poseen ni el valor, ni la inteligencia, ni la habilidad.

—¿Qué piensa usted, comandante? —preguntó la maestra Lumeni.

—Para serles sincero, y dado que nací en el sur y crecí en el centro, no estoy muy familiarizado con la esclavitud y no sé qué esperar de los anirios. Tiendo a esperar lo mejor, mientras me preparo para lo peor. De momento, ese hombre, el tal Inferus, no supone riesgo alguno para el oeste, pero conviene no subestimar a un enemigo solo porque juzguemos débiles sus inicios.

—Bien dicho —dijo el señor Dreider.

—¿Entonces ha comprado ya a su primer esclavo, comandante? —preguntó Viktor.

—Esclava, joven —respondió—. Resulta una experiencia muy interesante la de ser el propietario de una persona.

—De un anirio —le corrigió el juez.

—¿La ha traído? —se interesó el señor Dreider.

—Así es.

—¿Podría verla? —pidió, ante el asombro del comandante—. Verá, uno de mis negocios es la trata de anirios y conozco las fraudulentas tácticas que utilizan los mercaderes de esclavos cuando vienen compradores de fuera. Solo deseo estar seguro de que ha obtenido justo lo que ha pagado.

El comandante asintió, levantó el brazo y chasqueó los dedos. Al cabo de unos segundos, una aniria apareció a su lado.

—¿Deseaba algo, señor? —se ofreció mirando al comandante a los ojos.

—El señor Dreider quiere examinarte, Niara. Teme que haya podido ser víctima de una estafa.

—Yo no diría tanto —dijo el señor Dreider mientras escrutaba a la aniria.

El comandante miró a su esclava y frunció el ceño, como si le estuvieran faltando al respeto. El resto, incluso la maestra Lumeni, actuaban con total naturalidad, como si auscultar a una persona en público fuera algo rutinario.

El señor Dreider agarró las muñecas de Niara, les dio la vuelta y repasó los brazos con la yema de los dedos índice y corazón.

—Buenos músculos —opinó.

Niara era una aniria de no más de dieciocho años, estatura baja y cuerpo enjuto. Tenía los ojos rasgados y, además de las pupilas, en el ojo derecho

aparecían dispersas unas motas de negro iris.

—Mestiza —observó el señor Dreider mirándole los ojos.

—¿Supone algún problema? —preguntó el comandante.

—Ninguno.

Continuó explorándola, agarró su cara y la giró de un lado a otro, deteniéndose en las orejas y en el cuello.

Luego descendió y le agarró los pechos, como si los pesara. Continuó bajando hasta las caderas y las apretó.

Durante todo el proceso, Viktor vio sorprendido cómo la esclava iba poniéndose cada vez más tensa. Era la primera vez en su vida que veía a un esclavo alarmarse ante un examen físico.

—¿Cuánto pagó por esta aniria? —quiso saber el señor Dreider.

—Treinta y dos piezas de plata.

—Es una locura de precio, pero no temo equivocarme al asegurar que nadie le ha estafado, comandante.

Es un magnífico ejemplar.

—Gracias, señor.

El señor Dreider asintió y volvió a girarse hacia la aniria, que le miraba amenazante.

—¿Qué demonios estás mirando? —cuestionó en un tono completamente contrario al que había utilizado

hasta entonces.

Sin saber de dónde había salido, Viktor vio el dorso de una mano golpear la cara de aquella aniria. Niara se

tambaleó y se llevó la mano al labio, de donde comenzaban a emanar gotas de sangre.

—Ve fuera y espérame en la berlina —ordenó el comandante, serio y furioso. Niara le miró con odio en los

ojos—. ¡Ya!

Niara, temerosa de recibir un segundo golpe, obedeció.

—¿De dónde demonios ha sacado a esa aniria? —preguntó el juez—. ¡Qué carácter!

—Discúlpenme todos, por favor —dijo el comandante—. Como usted ha dicho, señor Dreider, es un

magnífico ejemplar, pero necesita disciplina.

—Ya lo creo —intervino el juez.

Viktor estaba impresionado, no por la escena que acababa de vivir, sino por la velocidad con la que el comandante había lanzado aquel golpe. El movimiento parecía no haber siquiera existido.

—Pero, por favor, caballeros, no desearía continuar acaparando la atención —añadió el comandante—. Cuéntenos, gobernador, el año que viene es año electoral. ¿Tiene ya preparada su estrategia para la campaña?

El gobernador se sonrojo y sonrió. Un hombre de aspecto afable y saludable, a pesar de su avanzada edad.

—Lo cierto es que sí —confesó—. Pienso retirarme.

A Viktor se le paró el corazón y supuso que lo mismo le habría ocurrido a su padre. Sin embargo, el resto del grupo acogió la noticia sin sorpresa.

—Es un buen gobernador, señor —dijo el juez—. Me apena oír que se retira.

—Se lo agradezco, Deian. De veras. No ha sido una decisión sencilla, pero creo que es la correcta. He gobernado durante tres legislaturas seguidas. Diecisiete años. He visto la guerra, la transición y la paz, y he tratado de aportar todo lo que he podido.

—Lo ha hecho bien. Siempre tendrá mi apoyo, señor —comentó Shanti Roshan, alcalde de Viendavales.

—¿Apoyará a algún sucesor, gobernador? —preguntó la señorita Vyvas.

—Así es. —El gobernador miró hacia el alcalde—. No creo que exista una persona mejor que el señor Roshan para dar continuidad a este gobierno.

—¡Felicidades! —exclamó Viktor.

La elección de un sucesor era una antigua tradición practicada a lo largo y ancho de toda Ylandra. El elegido solía disfrutar de las influencias y los apoyos de su antecesor, con lo que en la mayoría de las ocasiones terminaba ganando las elecciones.

—Espero que el señor Roshan pueda contar con el mismo apoyo que ustedes me han brindado durante estos años —sugirió el gobernador.

El grupo asintió, felicitó al alcalde y se perdió en alabanzas algo desmesuradas. Salvo el comandante, que en ese momento parecía estar fuera de lugar, el resto demostraron poseer unas habilidades políticas sutiles y extraordinarias. Todos los comentarios que se hicieron sobre la elección del gobernador quedaron suspendidos en un mar de ambivalencia, donde cualquier interpretación pudiera ser bien encajada.

La conversación sobre estrategia política se prolongó durante la siguiente media hora y Viktor, incapaz de captar las sutilezas de aquel enrevesado juego, comenzó a perder el hilo y a aburrirse. Aprovechó un momento de silencio para, previa disculpa, alejarse de ese grupo. De camino al lugar en el que Neire y Danea compartían chismes con otras señoras, se encontró con algunos jóvenes a los que conocía desde la infancia. Se detuvo a su lado y saludó.

Habían sido buenos amigos y compartido algarabías durante más de una década, pero todo había sido antes del enlace matrimonial de Viktor. Desde entonces, se habían distanciado. A pesar de ello, recibieron a Viktor con el buen humor acostumbrado y le permitieron participar en una conversación destinada a categorizar a las jóvenes del resto de la sala. Disfrutó de la

charla hasta que una aniria se acercó portando una bandeja con copas de vino y otros licores. Declinó el ofrecimiento, pero eso no evitó que su mente vagara por los sinsabores de un placer prohibido. Cuando empezó a notar el sudor frío escalando su espalda, decidió que era suficiente.

—Creo que deberíamos irnos —le dijo Neire en cuanto llegó a su altura.

La mirada de Viktor cruzó el salón hasta dar con su padre.

—Marchaos vosotras. Ford está fuera con la berlina. Danea, si quieres podemos llevarte a la plantación.

—¿Y tú?

—Esperaré a padre. Tal vez me necesite.

Durante el resto de la velada, mientras los invitados iban marchándose, el juez ni siquiera percibió su presencia. Estaba a punto de irse por fin cuando sus ojos se cruzaron con el cuerpo repantingado y la mirada perdida en brumas de hastío y aburrimiento de Mara. Se acercó a ella.

—Pensaba que te habías marchado.

—No estoy segura de si mi marcha infringiría algún tipo de inútil norma protocolaria, pero no me apetece averigüarlo. ¿Crees que padre tardará mucho en querer irse?

—Apenas quedan unos pocos grupos de invitados. Imagino que nos iremos pronto. ¿En La Escuela no hay protocolos?

Mara levantó la cabeza y se encogió de hombros.

—Hay normas, por supuesto. Pero son… diferentes.

La atención de Viktor se diluyó cuando vio que el gobernador Barbrow y el alcalde Roshan abandonaban el salón. Interrumpió la explicación de Mara y empezó a avanzar hacia su padre. Se detuvo al ver que la señorita Vyvas invitaba a este y al señor Dreider a acompañarla. Avanzaron por el salón y se perdieron a través de una puerta que se confundía con los tapices que decoraban las paredes.

—¡Perfecto! —masculló Viktor.

Para cuando su padre volvió a salir, apenas sí quedaba nadie en la fiesta. Los anirios habían ocupado el salón y se afanaban en recoger las copas de cristal, las bandejas con los tentempiés, los adornos florales y demás. Viktor percibió la preocupación en el rostro de su padre, esperó a que se hubiera despedido del señor Dreider y se acercó a él.

—¿Todo bien, padre?

—¿Solo quedas tú?

—Creo que Mara nos está esperando fuera.

Deian esbozó un ligero gesto de disgusto y se acercó a su hijo. Le puso la mano en el hombro.

—Voy a necesitar tu ayuda, hijo —dijo el juez—. He tolerado la actitud impertinente, infantil e irrespetuosa de tus dos hermanos, pero debo conseguir que cambien. Muy pronto todos los ciudadanos de Viendavales se fijaran en mí y, por extensión, en toda nuestra familia, y no me puedo permitir sus desmanes ni su incorrección.

—¿Ocurre algo, padre?

—Con la retirada del gobernador Barbrow, las piezas de la política se están moviendo. Se avecinan cambios. —El juez fijó su mirada en la de su hijo y asintió—. Hay mucha gente que no desea que Roshan se convierta en el nuevo gobernador de este estado.

—Creí que le caía bien.

—Voté a Roshan en las últimas elecciones, sí, pero la señorita Vyvas tiene razón en una cosa. Las políticas del oeste, desde que terminó la guerra, han estado dirigidas a cerrar heridas y construir estabilidad. La labor de Barbrow en lo que respecta a estos objetivos ha sido intachable, pero la guerra empieza a verse como algo lejano. Es el momento de que el oeste deje de hacer concesiones a la república. Es el momento de que dejemos de

ceder competencias y de que este estado se sitúe en el lugar que le corresponde. Si Roshan se convierte en gobernador tendremos otros seis años de políticas continuistas y no conseguiremos nada. Es el momento de cambiar.

—¿Va a presentarse a gobernador? —preguntó Viktor incrédulo.

—El señor Dreider se presentará al cargo de gobernador. Yo trataré de ocupar el puesto de Roshan, aquí,en Viendavales. Y necesito que toda mi familia lo apoye y se comporte como es debido. Por eso necesito tu ayuda.

OceanofPDF.com



El Mercado de Maestros en Lanti’s Cloe era una suerte de escaparate del poder de La Escuela. Se extendía a lo largo de diez gloriosas manzanas y, si el comprador era hábil, podía encontrar casi cualquier cosa que necesitara, desde poderosas pociones hasta artilugios con propiedades extraordinarias. Si bien la mayoría de los artículos no eran más que supercherías destinadas a comerciantes y curiosos foráneos, ciertos puestos podían esconder verdaderas maravillas, más aún a los ojos expertos de un maestro.

Siara tenía por costumbre bajar a Lanti’s Cloe durante la noche del Día de la Liberación, dado que con motivo de la celebración el mercado tendía a estar mucho más despejado. Esa noche, Enara, maestra sanctorum y profesora de Artes Sagradas, acompañaba a Siara, rutina establecida desde hacía ya diez años.

Siara guio a su compañera por lúgubres y solitarios callejones iluminados con la única ayuda de carburos dispuestos cada demasiados pasos.

—¿Dónde me estás llevando? —preguntó Enara en un momento dado.

—¿Puedes dejar de incordiar? Estamos llegando.

Giraron un par de esquinas, bajaron por unas estrechas escaleras y se encontraron con un cartel demasiado borroso para entender lo que decía. Siara llamó a la puerta y ambas maestras entraron.

—¡Jon! —exclamó Siara a la única persona presente.

—¡Qué sorpresa, maestra alquimista! ¿Quién es la maestra sanctorum? —preguntó al ver la capa negra sobre los hombros de Enara.

—Enara Stapel, maestra sanctorum y profesora de Artes Sagradas en Villa Lumeni —respondió Enara—. Un placer, señor.

Jon era un hombre de mediana edad, de aspecto desaliñado y, bajo la opinión de Siara, un poco chiflado.

Dada su afición por la bebida, la punta de la nariz solía estar enrojecida, al igual que sus ojos.

—Estupendo, maestra. Yo soy Jon y esta es mi tienda.

—¿Es usted maestro? —preguntó Enara.

Jon vestía una camisa gris y pantalones de cuero, y no llevaba colocada ninguna capa que lo identificara como tal.

—¿De qué? ¿De La Escuela? No, no —se apresuró en decir—. Los Tres me libren.

Enara se acercó a una pared y examinó los diferentes frascos delicadamente colocados y etiquetados. Ácidos, extractos de belladona, amapola, celidonia o ajedrea, entre otras muchas, oro líquido, esencias de algunos de los elementos más exóticos del continente y mucho más.

—¿Qué es todo esto, Jon? —curioseó Enara.

—Ingredientes para brebajes. ¿Le interesa alguno? Podemos negociar un precio.

—He visto que tiene aquí diferentes esencias.

—Vaya… —murmuró Siara.

—Así es, maestra. Y son caras. No podrá comprarlas por menos de quince piezas de bronce. Y eso solo algunas.

—No quiero comprar nada —protestó Enara con desdén—. Las esencias son productos controlados. Solo los maestros pueden comerciar con ellas.

—Enara… —dijo Siara.

—¿Cuándo has encontrado este sitio?

—Hace unos meses. Y ahora, por favor, cállate y disfruta de lo que tienes delante. No encontrarás otro lugar como este.

Jon se encogió de hombros, satisfecho y agradecido por la mediación.

—Por cierto, Siara, tú aún no lo has visto, ¿verdad?

—¿Qué? ¿El qué?

—¿Cuándo estuviste aquí por última vez?

—No sé. ¿Primavera?

—Esto te va encantar, sígueme —le pidió Jon—. Las dos, por favor.

Les guio a lo largo de un pasillo flanqueado por altas estanterías hasta una sección mucho más pequeña de la tienda, resguardada con una cortinilla.

—Me lo trajo un comerciante el verano pasado. Dijo que lo había conseguido en el lago Elbrus.

—¿Qué es, Jon? Déjate de misterios —dijo Siara impaciente.

El estraperlista apartó un par de botes de la balda de una estantería y agarró el que estaba tras ellos. Una gran masa de un extraño líquido viscoso reposaba en su interior. El líquido variaba de color, textura y apariencia continuamente, convirtiéndolo en algo hipnótico. Se retorcía y tensaba, volviéndose más sólido, hasta que se rompía y estallaba en un fluido.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Enara.

—¡Es alucinante! —exclamó Siara—. ¿Es lo que creo que es?

—Sangre de Ngen-ko, señora —dijo Jon—. Ahora dime que me adoras.

El Ngen-ko era una criatura acuática que habitaba en grandes lagos. Se rumoreaba que podía llegar a tener el tamaño de diez carretas colocadas en hilera, aunque no había evidencias de que tal dato fuera cierto. Los Ngen-ko poseían la capacidad de mimetizarse con el agua, variando su color y textura a placer, lo que convertía su avistamiento en obra divina. Por lo demás, se decía que eran animales mansos y tímidos, por lo que en muy raras ocasiones entraban en contacto con seres humanos.

—¿Cómo diablos has conseguido tú esto? —quiso saber Enara.

Jon y Siara la miraron y esta última le ofreció un gesto de desesperación. Era obvio que el mercado con el que trabaja Jon estaba lejos de la legitimidad, siendo este su mejor y más atractivo activo. Aquel hombre era capaz de nutrir sus existencias con todo tipo de sustancias imposibles, ya que no tenía que dar cuenta de ello a ninguna autoridad burocrática incapaz de diferenciar entre un vaso de agua y uno de alcohol. Siara no quería ni pensar en las infinitas dificultades por las que el gobierno de La Escuela habría obligado a pasar a un comerciante honrado para poner a la venta sangre de Ngen-ko. En opinión de Siara, la generalidad de cualquier sistema legal lo destinaba a ser corrompido en ciertas circunstancias.

—¿Te gustaría llevarte unas gotas, maestra alquimista? —le ofreció Jon en un tono juguetón—. No soy capaz de imaginar lo que podría hacer esta sustancia en manos de alguien diestro.

—¿Cuánto? —preguntó Siara.

—¿Por un frasco pequeño? —Jon fingió debatir una respuesta—. Dos piezas de oro.

—¡Vete al infierno, Jon! No estoy para bromas.

—Yo tampoco.

Siara chasqueó la lengua y se mordió el labio inferior.

—No puedo —dijo.

—¿Estás segura? Esto no se encuentra todos los días.

—¡Sí, maldito estafador, estoy segura! —respondió Siara—. Devuelve el bote a su sitio antes de que me olvide de nuestra amistad.

Jon sonrió y obedeció.

Siara le dijo que quería echar un vistazo y que tardaría un buen rato en localizar y seleccionar sus compras.

Jon hizo una reverencia y dejó a las dos mujeres a solas.

Durante la siguiente media hora, Siara se paseó por toda la sección de alquimia, escogiendo diferentes sustancias, leyendo sus características, comparando precios e ideando fórmulas para probar en el futuro. Enara seguía los pasos de su amiga, algo impaciente ante la delicada atención que Siara prestaba a cuanto las rodeaba. Por lo demás, veía a su amiga meter frascos con sustancias extrañas en una bolsita de tela gris. Cada vez que le preguntaba para qué quería este u otro elemento —saliva de perro, sangre de lobo, acero para fundir, lágrimas de una madre y demás—, Siara le respondía con un enigmático «ya veremos».

Cuando terminó de ojear las estanterías y los muebles, la bolsa pesaba un par de kilos. Se dirigió al mostrador donde Jon leía un libro y colocó todos los frascos y objetos sobre la madera.

—¿Todo esto? —le preguntó extrañado.

—Creí que te gustaría, pero, si no es así, puedo comprar en otras tiendas.

—No encontrarías ni la mitad de estas cosas, maestra —opinó Jon examinando los artículos—. Una selección muy nutrida. Veo que te llevas un poco de todo. ¿Qué piensas hacer con ello?

—Enseñar, espero.

—¿A quién? ¿A los potrillos a los que cuidas?

Siara se rio.

—No, Jon. Soy la nueva profesora de Alquimia en Villa Lumeni.

—¡Vaya! ¡Felicidades! —bramó aplaudiendo—. No olvides quién ha estado suministrándote material durante los últimos meses, profesora.

—No lo haré, Jon. ¿Qué te debo?

—Veamos… —calculó—. Ocho piezas de plata y cuatro de bronce. Para la nueva profesora eso son siete platas y media.

Siara le pagó, se despidieron y Enara y ella volvieron a salir a la agradable noche de Lanti's Cloe. Tomaron la ruta más rápida para dejar atrás los callejones y terminaron en la vía principal del mercado. A pesar de ser el Día de la Liberación, aquella calle se mostraba abarrotada de personas, la mayoría de ellas foráneos maravillados con los objetos expuestos en los escaparates de las tiendas. Entonces, Siara tuvo una idea y se dirigió a una de ellas.

—¿Adónde vas ahora?

—Quiero coger un par de cosas más.

—¿Qué? ¿Aquí? Siara, hemos estado casi una hora en esa sucia tienda y te has gastado siete platas en frasquitos. ¡Quiero ir a escuchar música!

—¿Música? —preguntó Siara incrédula.

—¡Sí, música! ¿Recuerdas lo que es? Se escucha y se baila. Es lo único bueno que tiene la celebración de este maldito día.

—Está bien. Música. Me apetece mucho —dijo, ensombreciendo las palabras con un intenso sarcasmo—. Pero antes quiero comprar algunas cosas más. Tardaré cinco minutos. Diez a lo sumo.

Se dio la vuelta y entró en la tienda. Cuatro minutos más tarde había salido con cinco nuevos objetos en la bolsa y nueve platas menos en el bolsillo. Siara salía enfadada y despotricando.

—¿Todo bien?

—Nueve platas por cinco objetos inútiles que no sirven ni para tomar por…

—¡Eh, eh! Alto ahí, maestra —le interrumpió Enara—. ¿Por qué los has comprado si no te sirven para nada?

—¡Oh, sí van a servirme para algo! Esa no es razón para no sentirme estafada.

Enara le apoyó una mano sobre el brazo y fue aumentando la presión hasta que Siara echó a andar. Cuando dejaron atrás el mercado, a Siara ya se le había pasado el enfado, dando lugar a esa resignación huésped habitual en sus estados emocionales.

Cerca de la plaza central de la ciudad, se introdujeron en un local bien iluminado y muy concurrido. Encontraron una mesa vacía, lejos del escenario, y pidieron que se les sirviera una copa de vino a cada una. Al poco rato el sonido de una melodía arrancada a las cuerdas de un violín meció sus emociones.

Allí sentadas, emborrachándose poco a poco, mantuvieron una conversación que las llevó a hablar sobre La Escuela, los alumnos y las clases. Enara llevaba siendo profesora de Artes Sagradas ocho años y, año tras año, había ido ganando autoridad dentro de su disciplina. Siara, por el contrario, nunca había dado clases y únicamente durante dos años había consentido tener aspirantes a su cargo. De eso hacía muchísimo tiempo.

Enara adivinó que, a pesar de la máscara con la que Siara se presentaba al mundo, se sentía insegura con sus nuevas responsabilidades, de ahí el gasto de dinero, tiempo y esfuerzo que había hecho esa noche. No obstante, cuando quiso hablar de ello, Siara la cortó y cambió de tema. De ahí pasaron a hablar de política local, luego de los chismes habituales de La Escuela y finalmente abordaron el tema del que año tras año no conseguían

escapar. Esta vez lo que motivó la conversación fue la interpretación de Las piedras de doña Rosalita, una canción popular que relataba en clave de humor el asesinato de un rey a manos de su doncella, con la que, por supuesto, mantenía una aventura. Bien tocada e interpretada tenía el poder de desencajar la mandíbula de cualquier público.

—¿Recuerdas la noche en que se subió al escenario, ofendido porque el músico estuviera desafinando, le quitó la guitarra y empezó a tocar? —preguntó Siara.

—Consiguió que un público de muchachos aterrorizados se desternillaran de risa. A todos se nos olvidó que a la mañana siguiente podíamos estar muertos.

—Tenía ese don, ¿verdad? Te hacía confiar en la victoria, aunque todo apuntase en la dirección contraria.

Siara le dio un trago a su copa de vino y sintió brotar un mareo en su cabeza.

—No se merecía lo que ocurrió.

Enara imitó a Siara y tomó un largo trago de vino, enmudecida ante las palabras de su amiga. La conocía lo suficiente como para saber que la mezcla de alcohol y música, más aún ese día, liberaría recuerdos dolorosos.

—Le llaman traidor, pero fue este mundo quien le traicionó —continuó Siara, perdida en sus recuerdos—.

Sus propios hermanos.

Enara se mordió el labio y giró la cabeza en dirección al escenario.

—¿Por qué lo hicisteis? —insistió Siara con tono acusatorio.

—¿Vamos a empezar otra vez? —respondió Enara, temerosa de mirarla.

—Solo pienso que, si hubierais hecho lo correcto, él aún seguiría aquí.

Enara apoyó la copa de vino sobre la mesa y se inclinó hacia su amiga, en actitud amenazante.

—Hicimos lo correcto —murmuró apretando los dientes—. Puede que no estuviera bien o que no fuera justo, pero era lo correcto.

—¿Lo correcto era condenar a muerte al hombre que salvó este país de la tiranía? —escupió Siara, con los ojos llameantes.

—A Aleyn no se le juzgó por eso.

—¡Claro que sí! Hizo lo que tenía que hacer para ponerle fin a la guerra y se le condenó a morir por eso.

—¡Por Daxal, Siara! No es la primera vez que discutimos esto. Sabes muy bien lo que hizo. Desobedeció las órdenes del gobierno que pretendía defender y arrasó una ciudad de arriba abajo. ¿A cuántos condenó él esa noche?

—¡Era una guerra!

—No, no lo era. Iban a entregar la ciudad y abandonar las armas. Solo querían una rendición honorable. En lugar de eso, Aleyn ordenó acabar con hasta el último de ellos. Eso no estuvo bien, Siara. No importa cómo intentes defenderlo o justificarlo. No estuvo bien.

Siara apoyó las manos sobre la mesa y se ayudó de ella para incorporarse. Buscó un par de piezas de cobre y las tiró sobre el tablero.

—Disfruta de tu música.

Enara no hizo gesto alguno de detenerla y, cuando Siara comenzó a marcharse, le gritó:

—¡Me encanta charlar contigo, por cierto!

En la mente de Siara estallaron una serie de improperios, todos ellos demasiado cargados de crueldad para utilizarlos contra quien era, a pesar de todo, su única amiga.

OceanofPDF.com



Tumbado sobre el duro colchón, su mente no cesaba de castigarle con perturbadoras imágenes. Cavilaba sobre Mara, sobre sus compañeros y sobre su madre. No tenía la menor idea de qué hora era, pero sabía que la hora de los dioses estaba próxima. Hacía un buen rato que el banjo de la fiesta que habían montado capataces y guardias había dejado de sonar y Güido se los imaginaba durmiendo en su pabellón, tranquilos y despreocupados, sin sospechar la horda de anirios que estaba a punto de echárseles encima. Güido se imaginó a Mara, acostada en su cama, y el golpe que sintió en el pecho fue tan intenso que creyó volverse loco. Aunque había tenido incontables oportunidades para advertirla, no lo había hecho. Algo en su interior le había convencido de que nada de lo que iba a ocurrir era real. Solo eran pensamientos, conversaciones sin importancia de un grupo de cansados esclavos. Pero, conforme se acercaba la hora, Güido se sentía más y más indispuesto, al borde de un colapso nervioso.

Repasó cada uno de los momentos en los que podría haberle dicho la verdad a Mara. La noche anterior, sin ir más lejos. Esa misma mañana, mientras desayunaba leyendo un periódico. Después de comer o antes de que marchase para la ciudad. Lo último que le había dicho era «que lo

pasase bien en la fiesta». Mirando al suelo como el perfecto e imbécil esclavo que creía ser.

Durante la gestación y planificación del levantamiento se había sentido valiente y orgulloso. Decidido a atacar a un tiránico amo y su séquito. Convencido de la importancia de incendiar los anhelos de la revolución en los corazones de sus hermanos. Tumbado sobre su cama, con el cuerpo entumecido e incapaz de hacer lo que debía, se dio cuenta de lo cobarde que era. Mara no se merecía que la apresaran en su cama y la asesinaran.

Güido lo sabía, pero ni con esa certeza rondando en su mente pensaba hacer nada por evitarlo.

Buscó en el suelo y agarró la esfera luminosa que le había regalado. Era lo más maravilloso que jamás le había pertenecido. La agitó un poco y su luz interior tintineó. La agitó un poco más y el tintineo se convirtió en un resplandor estable e intenso. Vio su rostro torpemente reflejado en la superficie de la esfera y suspiró. La luz se apagó. Sonaron las tres campanadas. Apretó las mandíbulas, escondió la esfera bajo el colchón y se incorporó. No sabía si salir o no, pero no tenía otra opción. Coco le pasaría a buscar y Güido no quería que su ausencia lo alarmase, llamara a la puerta y despertase a Cazi. Su madre no sabía nada de lo que iba a suceder y así debía continuar siendo. A ella no podía ponerla en peligro. Eso era, por encima de todo, lo más importante.

Salió de su cuarto sin hacer ruido y rápidamente se escabulló por la puerta abierta del triste chamizo. Al percibir la paz de aquella noche, tan diferente del caos reinante con el que la había imaginado, se sintió extraño, confuso y perdido. Solo la descontrolada brisa otoñal parecía capaz de vaticinar el inicio de una cruel tormenta.

Güido se sobresaltó al notar una mano sobre su hombro.

—Sigiloso, ¿verdad? —dijo Coco—. Esos malnacidos no se van ni a enterar. —Escupió al suelo y levantó una espada hasta su hombro—. Bonita, ¿eh?

—¿Qué sabes tú de usar una espada? —preguntó Güido.

—Lo verás esta noche, muchacho.

Coco realizó un par de amplios movimientos con la espada, ufano y sonriente. Luego advirtió movimiento a unos cincuenta metros.

—Ahí están. Es la hora.

Las piernas de Güido temblaron y el corazón se le paró.

—Yo no voy —murmuró.

—¿Qué dices? ¡No me fastidies!

—¡Y tú tampoco deberías ir, idiota! ¡Os van a matar a todos! Puede que no hoy, pero mañana os azotarán y os colgarán.

Coco pareció dudar unos momentos y Güido aprovechó para agarrarle del brazo con el que sostenía la espada.

—¡Suéltame! —le exigió a Güido.

—¡Escúchame, en serio!

Coco trató de zafarse del agarre, retrocediendo un par de pasos y dando de sí su camisa.

—¡Que me sueltes! —balbuceó y, al no encontrar otra forma de conseguirlo, soltó un puñetazo con su mano libre.

Güido encajó el golpe directamente en el labio y cayó de espaldas al suelo. Al llevarse la mano sintió la sangre calentando sus dedos.

Coco, de pie frente a él y la espada en alto, le escupió en el pecho y, al ver cómo el resto les adelantaba, echó a correr en su dirección.

Güido se levantó con esfuerzo, se fijó en aquel grupo de treinta hombres dispuestos a convertirse en asesinos, dispuestos a matar a la chica con la

que había compartido los momentos más felices de su infancia, y decidió que no podía permitirlo. Echó a correr.

Tuvo que dar un rodeo y atravesar unos cultivos. Notó cómo el corazón se desbocaba en cada latido y cómo su pecho ardía en la agonía de mil brasas, pero consiguió llegar antes de que hubiera rastro del grupo de anirios que se acercaba. Sin dudar un segundo, se protegió tras un fardo de paja, cogió una piedra del suelo y se la lanzó a la manada de perros de los guardias. Cayó cerca, pero los animales, encadenados y dormidos, no le hicieron el menor caso. Miró a su izquierda e intuyó, a lo lejos, el movimiento de varias personas.

Alcanzó una segunda piedra, se concentró en su objetivo y la lanzó. Quedó corta, golpeó el suelo a unos metros de los perros, rebotó y le alcanzó a uno en la cabeza. El animal emitió un aullido suplicante y empezó a ladrar con fuerza. Un segundo después el resto de la jauría le imitaba.

Cuando el silencioso grupo de anirios llegaba, uno de los guardias, a pecho descubierto, salió del pabellón mascullando maldiciones. Vio al numeroso grupo de anirios avanzando hacia él, se cagó en la memoria de Daxal y echó a correr a lo largo del porche.

Los anirios le siguieron. El hombre, algo mayor, alcanzó la campana. Tiró de la cuerda y el molesto sonido despertó y alertó al resto de los guardias.

Güido, atento a la escena, vio que tres anirios se abalanzaban por fin sobre el cuasi anciano, y, a pesar de sus defensas, una estocada le cercenó el cuello. Se oyeron vítores.

Los anirios irrumpieron en el pabellón. Durante algunos eternos segundos, todo se quedó tranquilo. Güido permaneció a la espera, temiendo que su carrera hubiera sido en balde. Comenzó a impacientarse. Se oían los

golpes de metal contra metal. Quejidos dolorosos, órdenes gritadas y macabros insultos.

Al cabo de un minuto, tres anirios salieron corriendo por una de las puertas y Güido se temió lo peor.

Entonces vio salir a dos irios, blandiendo una espada cada uno y con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—¡Vamos, niñitas! ¿Quién se atreve conmigo? —dijo uno de ellos.

Uno de los anirios le atacó. El guardia esquivó el filo de la espada y lanzó un duro puñetazo a su enemigo.

Este se tambaleó y cuando quiso incorporarse recibió una patada en la boca. Cayó al suelo.

—A estos hijos de perra no los mataremos, Dave, ¿verdad que no? A estos les espera un infierno de noche.

Cuando hayamos terminado con vosotros no tendréis ni idea de todo lo que habéis tenido metido por el culo.

Un segundo esclavo levantó la espada y atacó a la desesperada. El guardia buscó su espalda, evitó la estocada y lanzó al anirio al suelo, boca arriba.

—Creo que contigo haré una excepción —comentó mientras clavaba la punta de la hoja en uno de los ojos del anirio.

Un gran chorro de sangre fue despedido justo antes de que el cráneo cediera y la espada lo atravesara por completo.

Otro grupo de anirios y de guardias salió del resto de las puertas y los primeros, al verse en clara inferioridad, echaron a correr despavoridos, seguidos de varios guardias que, ya en sus monturas, iniciaban la persecución. Güido intuyó que era el momento adecuado para irse. Había cumplido. Algunos de esos hombres saldrían disparados hacia la casa principal y salvarían a Mara del grupo que se había dirigido hasta allí.

En cuanto a sus compañeros, Güido no se hacía ilusiones. A todos los involucrados en el levantamiento los castigarían e, incluso, los colgarían. Sabía que aquello no estaba bien, pero por alguna razón no le provocaba duelo alguno. Había que hacerlo y él lo había hecho.

OceanofPDF.com



Tumbada en la cama y tapada con suaves sábanas de seda, Mara se dio la vuelta. Agarró la almohada y la acomodó bajo su cabeza. Un rato después se quitó una de las capas y sacó una pierna al exterior. Sintió cómo se aliviaba el calor, pero al cabo de unos minutos empezó a sentir frío y volvió a cubrirse. Giró su cuerpo hasta estar boca arriba y abrió los ojos, desesperada. Era la quinta noche consecutiva que no conseguía pegar ojo.

En La Escuela había adorado y casi venerado el momento de llegar a la cama, cerrar los ojos y dejarse llevar, pero desde su llegada a Viendavales y sin importar qué hiciera, no conseguía dormir. Le faltaba actividad, estimulación física y mental, necesitaba cansar sus músculos y su mente. Durante esos días en casa su actividad más exigente había sido pasear con la mujer de su padre por los terrenos de la plantación.

A Mara le costaba admitirlo, pero estaba hastiada de Viendavales. Su padre era una persona mucho peor de lo que recordaba, su mujer era un ser insulso, su hermana Eyra se había marchado, Viktor estaba empeñado en

convertirse en su padre y Jules, aunque ingenioso y divertido, parecía llevar una vida muy alejada de la familia.

Incluso Güido se comportaba de forma extraña, aun con la conversación de la noche anterior. La única persona que lograba dibujarle una sonrisa

sincera todos los días era Cazi. La dulce Cazi. Mara sonrió al rememorar su ternura y entonces sonaron las tres campanadas, indicadoras de la hora de los dioses.

Se dijo a sí misma que ya bastaba de pensamientos agoreros y volvió a cerrar los ojos, con la intención de alcanzar el sueño. A punto de conseguirlo, a lo lejos, unos perros empezaron a ladrar. Abrió los ojos y gruñó.

—¿Y ahora qué?

Los perros continuaron ladrando y el tañido de una campana la alertó. Oyó gritos lejanos.

—¿Adónde vais, ciegos? —oyó decir a uno de los hombres que hacía guardia cerca de la casa—. ¡Alto ahí! ¡Qué demonios!

Mara se levantó de la cama y trató de mirar por la ventana, sin lograr ver nada. Oyó a su padre avanzando por el pasillo y salió a ver qué ocurría.

—¿Padre?

Caminaba descalzo y en pijama. Y blandía una larga espada.

—Vuelve a tu cuarto y cierra la puerta.

—¿Qué está pasando?

Su padre llegó al final del pasillo, se asomó por la barandilla y comenzó a descender por las escaleras que bajaban a su izquierda.

Mara, desoyendo la orden, le siguió, aunque se detuvo en la barandilla, desde donde podía ver el vestíbulo principal.

De fuera de la casa llegaron unos gritos, justo antes de que la puerta se abriera, entrara un hombre apresurado y volviera a cerrarse.

—Marlo, ¿qué demonios ocurre? —preguntó el juez.

—Esos anirios, señor.

—¿Cuántos?

—Diez, más o menos. Tienen espadas.

—¿De dónde han sacado…? —Se interrumpió—. No importa. ¿Han podido mandar a alguien a dar aviso?

—No, señor.

Choques de espadas se hicieron eco en el exterior.

—De acuerdo, Marlo. Si consiguen entrar les haremos frente aquí.

Ambos hombres se miraron y asintieron.

Mara observaba incrédula mientras los ecos de la lucha de fuera anunciaban la llegada de la muerte.

Danea apareció de pronto al lado de Mara, vestida con un deshabillé de seda similar al que ella misma lucía.

—¿Qué ocurre, Deian? —gritó a su marido.

El juez se giró y vio a ambas asomadas por la barandilla.

—¡Por Daxal! ¡Volved a vuestros cuartos y cerrad las puertas! ¡Maldita sea!

Los ruidos procedentes de la batalla exterior cesaron de golpe, precedidos de una agonía sofocada. Al segundo, algo arremetió contra la puerta, haciendo temblar goznes y bisagras. Se produjo un segundo golpe. Y luego un hacha atravesó la madera.

—Prepárate —le dijo el juez a Marlo.

El canto del hacha atravesó una segunda vez la madera y después una tercera. Entonces la puerta cedió y un enorme anirio se lanzó, hacha en mano, hacia Marlo. Este retrocedió un par de pasos, sorprendido y asustado a partes iguales, y el hacha se le clavó en lo alto de la cabeza. Tanto Mara como Danea emitieron un chillido.

Dos anirios más entraron por la puerta, uno de ellos bastante malherido, y se lanzaron sobre el juez. Lejos de retroceder, el padre de Mara avanzó un par de pasos, reafirmó sus pies y atacó. Uno de los anirios detuvo la espada

con la suya, el juez giró su cadera y aprovechó el movimiento para lanzar un segundo golpe que acabó definitivamente con el anirio malherido.

No vio llegar el hacha hasta el último momento. Logró esquivarlo alejando la cabeza y perdiendo el equilibrio. Se tambaleó, trastabilló y terminó con la espalda apoyada en la pared. El enorme anirio volvió a atacar, el juez se agachó y el hacha quedó clavada en la madera. El juez aprovechó la tesitura y escapó de aquel hombre realizando un corte horizontal en su estómago. El anirio cayó al suelo, gritando de dolor, y el juez le atravesó la espalda.

Mientras su compañero caía muerto, el otro anirio se movió con agilidad, se acercó al juez y le golpeó en el hombro con la espada, sin producirle corte alguno, pero lanzándole de bruces contra el suelo.

—¡No! —gritó Mara, viendo a su padre a merced de un hombre que no pensaba titubear al matarlo.

Echó a correr, bajó las escaleras a toda velocidad y, antes de llegar al final, posó las manos sobre la barandilla y saltó por encima de ella. Flexionó las rodillas al hacer contacto con el suelo y salió disparada hacia el esclavo.

El anirio se colocó frente al cuerpo del juez, le escupió y levantó la espada. Mara dio un brinco, giró en el aire y golpeó con sus pies desnudos la espalda del anirio. Se estrelló contra un armario. Mara cayó al suelo con todo el cuerpo encorvado, defendiendo el cuerpo tendido de su padre.

Permaneció a la espera, evaluando el estado del anirio. Por cómo se movía y los gestos que hacía, Mara sospechó que le había roto una o más costillas. De lo que estaba segura era de que ya no suponía ninguna amenaza. Cuando se giró para ver a su padre, lo encontró ya en pie.

El juez recogió su espada del suelo y avanzó hacia el anirio.

—¡Padre, no! —gritó Mara en el instante justo en el que su padre le atravesaba el pecho—. ¡No! —volvió a gritar.

Se acercó hasta el cuerpo de aquel hombre y se arrodilló frente a él. El juez se incorporó, emitiendo gruñidos dolorosos.

—Está muerto —anunció.

—¿Por qué lo has hecho? —inquirió Mara—. ¡Estaba desarmado y malherido!

—Ha intentado matarnos, Mara —respondió, antes de salir al exterior.

Mara se puso en pie, se estiró el camisón y siguió a su padre. Unos metros más allá de la casa yacían los cadáveres de dos guardias y cinco anirios.

Por el campo, tres jinetes se acercaban galopando a toda velocidad.

—¡Señor! ¿Se encuentran todos bien? —preguntó uno de ellos.

El juez asintió, aunque Mara veía su brazo izquierdo colgando flácido.

—¿Qué demonios ha pasado, Carles? —quiso saber el juez.

—Nos han fastidiado bien, señor. Han matado a Iscar, a Edrá, al pequeño Lipo, el rubio está malherido…

—¿Los han cogido a todos?

—Estamos en ello, señor.

—Enviad a alguien a Viendavales a dar aviso. Que manden patrullas. Coged a todos esos rebeldes y traedles aquí —decretó, reflexionó y añadió —. Traed a todos los anirios y que formen frente a la casa.

Dos de los jinetes salieron disparados, cada uno en una dirección.

—¿Su brazo, señor? —señaló Carles.

—Está bien. Solo necesito ponerlo en cabestrillo.

El juez y Mara volvieron a entrar en la casa, directos a sus habitaciones para vestirse. Mara se sentía confusa y asustada. Nunca antes había vivido nada así y no podía creerse que los anirios, que ella consideraba personas

cálidas y amables, hubieran intentado matarlos. Entonces pensó en Güido y en Cazi y unas enormes olas de angustia inundaron su interior.

Salió de su cuarto, vestida con ropa cómoda y se dirigió hacia el vestíbulo principal, donde la afluencia de gente aumentaba. Seis personas, incluido su padre, discutían alguna cosa con verdadera incredulidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mara alcanzando al grupo.

—Vuelve a tu cuarto, hija —le ordenó el juez.

—¡No voy a volver a mi cuarto! ¡Quiero saber qué está pasando!

El juez agachó la cabeza. Fue otro de los hombres que allí estaban quien le respondió.

—Han atacado otras granjas. Aún no sabemos cuántas.

—¿Cómo han podido organizar algo así? —cuestionó el juez—. Al menos cuatro granjas atacadas al mismo tiempo. ¿Cómo han podido hacerlo? ¿De dónde demonios han sacado las armas?

Discutieron esas preguntas durante un buen rato, emitiendo sobre todo opiniones y apenas certezas, hasta que tres hombres aparecieron en la puerta, exhaustos y sudorosos.

—¡Han matado a los Dreider! —anunció uno de ellos.

El juez se salió del grupo, apartó a uno de sus integrantes para abrirse paso y se acercó al hombre que acababa de hablar.

—¿Los Dreider? ¿Están muertos? ¿Los tres?

—Sí, señor. A él le han encontrado degollado en su cama, junto a su mujer. A su hijo lo mataron cuando intentaba escapar. Esos malnacidos le descerrajaron un tiro de pedreñal en la cara.

A Mara cada vez le costaba más incorporar esos sucesos a su sistema de creencias. Todo lo que pensaba acerca del funcionamiento del mundo se tambaleaba. Con una jaqueca inminente gestándose en su cabeza, se dirigió hacia la salida de la casa y respiró algo del frío aire de la noche.

—¡Caminad, diablos! —se oyó un grito, seguido del restallido de un látigo y un grito de dolor.

A lo lejos comenzaban a llegar los prisioneros. El primer grupo, de unos dieciséis varones, avanzaba con esfuerzo. La mayoría de ellos estaban manchados de sangre y heridos de diversa gravedad. Era el grupo al que el hombre montado a caballo gritaba y azotaba a placer. Detrás de ellos venían el resto, unas noventa personas más.

Conforme se acercaban, Mara fue fijándose en la cara de los esclavos, desesperada por encontrar a Cazi y a Güido. Echó a correr hacia ellos en cuanto les distinguió, con lágrimas asomando en sus ojos.

Se abrió paso a través del grupo y, cuando estuvo a su altura, se tiró a sus brazos.

—¡Estáis bien! ¡Estáis bien! —sollozó estrujándoles—. ¡Gracias a Daxal!

Cazi la apartó ligeramente. También lloraba.

—No sabíamos nada, cariño —dijo desesperada—. No lo sabíamos.

—Lo sé. Lo sé. Debo volver, pero estad tranquilos. Esto va a acabar pronto.

Cazi tenía agarrada a Mara por el brazo y no la soltaba. El miedo reflejado en sus ojos le arrancó el corazón del pecho.

—Cuida de mamá Cazi, Güido —le pidió, soltándose de su agarre y acompañando el cuerpo de Cazi hasta el de su hijo.

Volviendo a la entrada de la casa, se percató de la feroz mirada con la que su padre escrutaba cada uno de sus pasos. Se estremeció.

OceanofPDF.com



Por las calles de Viendavales el revuelo había ido en aumento desde las tres de la madrugada, logrando que casi toda la ciudad entrara en vigilia antes de tiempo. Viktor despertó al escuchar algunos voceríos y, temiendo haberse quedado dormido, se incorporó rápido y nervioso. Al ver que por las ventanas aún no entraba la luz del amanecer se extrañó, musitó unas palabras tranquilizadoras a su mujer, se colocó una bata y salió a la calle a ver qué ocurría.

—Disculpe, caballero, ¿sucede algo? —preguntó Viktor a un vecino.

—Esos cerdos acaban de ganarse una buena represalia.

—¿Disculpe?

—Los anirios. Esos cegatos —dijo—. ¡*Anno*s asquerosos! Han atacado algunas granjas de las afueras.

El vello de los brazos de Viktor se erizó y sus músculos se tensaron.

—¿Qué granjas? —preguntó—. ¿La plantación Wellington?

—Oiga, no lo sé. Es posible. ¿Les conoce?

—Es la plantación de mi padre.

Retrocedió unos cuantos pasos y cerró la puerta. Mientras se vestía le explicó a Neire lo poco que sabía sobre el incidente. Se mostró aterrorizada e insistió en que deseaba acompañarle.

—Será mejor que no. Además, hay que estar pendientes de Aulyn.

—¿Dónde están Elba y Ford? —preguntó Neire.

Elba y Ford eran un matrimonio de esclavos con una hija que convivían con la familia de Viktor. Tenían cedidas un par de habitaciones en el sótano donde podían dormir, comer y tener intimidad.

—¡Elba! ¡Ford! —gritó Viktor.

Los dos anirios aparecieron al cabo de un minuto, vestidos con los harapos con los que Viktor imaginaba que dormían.

—¿Sabéis qué está pasando ahí afuera?

—No, señor —respondió Ford.

—Muy bien. Volved al sótano —ordenó.

En cuanto desaparecieron, Neire se echó sobre los brazos de su marido.

—No puedes dejarnos solas con ellos.

—No te preocupes por eso —dijo recorriendo el pasillo y cerrando con llave la puerta que daba acceso al sótano—. Si intentan salir les dices que no pueden, y si continúan intentándolo coges a la niña y vas a buscar a algún guardia, le das un par de bronces y que les recuerde quién es su dueño. Volveré en cuanto pueda.

Se despidió de su mujer, montó en su caballo y cabalgó en dirección a las afueras de Viendavales, donde las granjas y plantaciones de los terratenientes se extendían a lo largo de cientos de hectáreas.

Por el camino, incluso antes de dejar atrás las murallas interiores de la ciudad, pudo percatarse de la gravedad del incidente, pues una gran masa de personas curioseaba en plazas, parques y tabernas abiertas en exclusiva para la ocasión.

Cuando salió de la ciudad puso su montura al galope y se dejó llevar por el viento que le azotaba la cara. A mitad de camino reconoció el caballo de

su hermano, avanzando a paso ligero. Disminuyó su velocidad y se colocó a su lado.

—Hermano —saludó, tocándose el sombrero.

—Hola, Viktor —respondió Jules con su peculiar falta de entusiasmo.

—¿Sabes si la plantación de padre…?

—Sí. Esa y otras cinco, creo. También he oído que han matado a los Dreider.

—¿Y padre? —interrogó, inquieto y asustado.

—He oído que sigue vivo. Mala hierba…

—¡Jules! —le reprendió—. ¡Es tu padre!

—Lo que no quita para que sea un miserable.

—No deberías decir eso.

—Hay tantas cosas que no debería hacer…

Viktor, quien ya había tenido esa misma discusión con su hermano cientos de veces, lo dejó estar y cambió de tema, buscando aguas más tranquilas.

—El señor Dreider… Era un buen hombre —comentó.

—Era otro asqueroso tratante de esclavos. Solo eso.

—¡Vamos, Jules! —protestó Viktor, harto de la actitud de su hermano —. ¡Esos anirios acaban de asesinarlo! A un hombre que siempre ha tratado bien a nuestra familia. Se merece al menos algo de respeto ¿no crees?

—Claro que sí, Viktor —dijo en un tono sarcástico—. Claro que sí.

—¿Qué? ¿Crees que no?

—Sé que no —respondió—. Ese buen hombre al que tanto respetas, hermano, no era más que un torturador y un sádico.

—¡Eso no es cierto!

—Trabajo en la oficina de asuntos raciales, Viktor. Algunos de los esclavos de la ciudad vienen de estas granjas. Son baratos y lo son porque a

menudo los venden en estados deplorables. Palizas, latigazos y mutilaciones.

—¡Eso no tiene nada que ver! —discutió—. Son anirios. No son como tú o como yo.

—Ya, claro. No lo son. Pero cuando ves a una aniria de ocho años con moretones por todo el cuerpo y miembros destrozados te cuestionas algunas cosas.

Viktor sintió un fogonazo de culpa que se extinguió casi al instante.

—Son bestias. No son otra cosa diferente que perros o burros de carga.

Jules estalló.

—¿Y por qué los humilláis, eh? ¿Por qué los torturáis? ¿Acaso los amos se follan a sus burros? —gritó—. Lo que les hacéis… lo que todos les hacemos es horroroso. Lo de esta noche es solo una tímida respuesta a un infierno constante.

Viktor se quedó perplejo ante tal afirmación y miró a su hermano como si fuera un perfecto extraño.

—¡Maldita sea, Jules! No puedes hablar en serio. —Su hermano permaneció callado, con la mirada fija en el horizonte—. ¿Cómo puedes defenderlos? ¡Han tratado de matar a padre! ¡A Mara!

Jules dio un respingo, como si hasta entonces no se hubiera acordado de su hermana.

—Y me alegro de que no lo hicieran —dijo—. Pero eso da igual. No les quita razones para haberlo intentado.

Viktor dejó de intentar encontrar en esa persona a quien una vez fuera su hermano. Estaba traspasando los límites, ya no de la decencia o el respeto, sino de la ley. Defender a un grupo de anirios rebeldes estaba a un paso de ser un intencionado acto de traición.

—¿Tanto le odias? —preguntó Viktor y ante el silencio de su hermano, añadió—. ¿Tanto nos odias? ¿A mí? ¿A Neire? ¿A tu sobrina?

—¿Qué dices ahora?

—¿Cuánto hace que no las ves? Vivimos a ocho manzanas el uno del otro y ¿cuánto hace? ¿Dos meses? ¿Tres?

—He visto a tu mujer hace un rato, Viktor.

—Sí, y ni siquiera te has molestado en saludar.

Jules enmudeció ante la acusación y la seguridad de sus argumentos y convicciones empezó a difuminarse.

—Te callas. Como siempre —le acusó.

Jules, esta vez sin perder los estribos, aparentemente calmado y racional, dijo:

—Si hace meses que no estoy con tu familia es porque no soporto ver cómo te conviertes en una persona tan horrible como padre.

—Eres un bastardo.

Jules le miró y sonrió, satisfecho.

—Démonos prisa —dijo iniciando el galope.

Alcanzaron la plantación en apenas unos minutos, encontrándose a un par de guardias en la entrada de los terrenos que los saludaron con un cabeceo. Viktor les devolvió el saludo y se apresuró a cabalgar hasta la casa.

Jules se quedó atrás, en la linde de la propiedad. Suspiró, negó con la cabeza y espoleó su caballo.

Conforme se acercaban vieron varias hileras de anirios formando frente a la casa, con guardias paseándose entre las filas mientras los gritaban e insultaban. Dejaron los caballos al cuidado de un par de hombres y entraron.

Al ver la puerta hecha añicos y sangre por el suelo y las paredes, Viktor palideció. Se obligó a respirar.

—Hijo —dijo el juez al verle.

—Padre, ¿se encuentra bien?

El juez tenía el brazo entablillado y se le veía, ahí sentado en una butaca, cansado y abatido. Al ver la preocupación en el rostro de su hijo se puso en pie, recuperando su habitual porte viril.

—Estoy bien. Gracias por venir —manifestó antes de fijarse en la figura que le acompañaba—. ¡Qué sorpresa!

—¿Mara está bien? —preguntó Jules.

—Sí, Danea y tu hermana están bien —respondió—. Están en las cocinas.

—Voy a verlas.

—¿Qué ha pasado, padre? —interrogó Viktor.

El juez asintió e invitó a su hijo a sentarse en una de las butacas. Entonces se lo explicó todo, sin entrar en demasiados detalles y plagando su relato de maldades, insultos y denuestos contra los anirios. Hizo un recuento de los hombres que habían muerto y despotricó contra los esclavos que él mismo había matado.

—Empieza a amanecer —advirtió el juez, incorporándose—. Es hora de terminar con esto.

Llamó a uno de los guardias y le dio unas instrucciones que Viktor no pudo oír. Luego se giró hacia él.

—Avisa a los demás. Esto nos afecta a todos.

Fuera, las primeras luces del alba bañaban el rostro de decenas de anirios agotados, confusos y aterrorizados. Un centenar de almas en pena perfectamente formadas. La mayoría vestían ropa de cama, salvo dieciséis de ellos, que lucían ropa de trabajo, aunque estaba tan ajada y manchada de

sangre que apenas se distinguía. El juez, con el resto de la familia a su lado, se aclaró la garganta y elevó la voz.

—Los sucesos de esta noche son imperdonables. Habéis demostrado ser las bestias que decís no ser.

Esos hombres —proclamó señalando a los dieciséis anirios que habían participado activamente en el levantamiento— han atacado a sus amos, han intentado matarnos y, por ello, serán colgados. ¡Ron! —gritó.

Un guardia empujó, uno tras otro, a cuatro esclavos, colocándoles bajo una viga de madera construida sobre un cadalso improvisado de la que colgaban cuatro sogas. Les obligó a subirse a un taburete y colocó la cuerda alrededor de sus cuellos. Viktor observó cómo los anirios se revolvían en su sitio, sin elevar una mínima queja o protesta.

El juez asintió y Ron fue tumbando los taburetes con una patada. Los anirios empezaron a ahogarse. Los ruidos de sus inútiles intentos por coger aire y su pataleo constante revolvieron las tripas de Viktor, que apartó la mirada. A su derecha, se encontró con Jules agarrando el brazo de una Mara de gesto furioso y contraído.

Jules le decía cosas al oído, tratando de calmarla.

Cuando los cuatro anirios murieron, Ron y otros dos hombres bajaron los cuerpos y los lanzaron al suelo.

Se acercaron a otros cuatro y les obligaron a avanzar.

—Suéltame —oyó decir a Mara.

—No puedes hacer nada —le susurró Jules.

—¡No puedo no hacer nada!

Casi con suavidad, Mara se soltó del agarre de su hermano y comenzó a avanzar en dirección a su padre.

Un ligero brote de ansiedad se extendió por el pecho de Viktor.

—¡No deberíamos ahorcarlos! —gritó de pronto Jules. El juez se volvió hacia él, con un gesto contrito de ira—. La ciudad necesita esclavos. Sería una lástima desperdiciar trabajadores de esta forma.

El juez sonrió e hizo un gesto a Ron para que se detuviera.

—Te escucho, hijo.

—En el estado en el que están, mi oficina podría abonarte dos o tres platas por todos ellos. Es mejor que no obtener nada —explicó tras valorar que para su padre dos piezas de plata significaban bien poco —. Y sería un gesto que la ciudad agradecería, estoy seguro.

—¿No quieres que los colguemos? —preguntó.

—Solo digo que quizá podamos sacar algún provecho de esta situación.

—La ley condena con la pena capital a todo hombre culpable de asesinato.

—Lo sé, padre. Pero no son hombres. Solo son anirios —dijo Jules.

Deian sonrió, casi orgulloso por la agudeza de su hijo. Le susurró unas palabras a uno de los guardias y este se giró hacia los anirios condenados.

—Tenéis mucha suerte, pobres diablos. Hoy no os colgaremos. A partir de este momento pertenecéis a la respetable ciudad de Viendavales.

Los doce anirios levantaron la mirada incrédulos, temiendo que aquello no fuera más que una absurda broma que hiciera aún más humillante los momentos previos a su muerte.

—Sacadlos de aquí —dispuso el juez—. Llevadlos a la ciudad y deshaceros de ellos. Y quedaos con el dinero que os den.

Esta vez sí, alguno de los doce anirios esbozó sonrisas de alivio. La misma cara puso Mara, quien volvió al lado de Jules y le susurró un enorme «muchas gracias». Jules le guiñó un ojo y le revolvió el pelo.

—En cuanto al resto —dijo el juez elevando la voz—, sabed que me habéis traicionado. No importa que anoche no salieseis de vuestras casetas.

Sabíais lo que iba a pasar y no dijisteis nada. Debería colgaros a todos, pero mi hijo Jules tiene razón. Como bestias sois útiles y sería una estupidez no utilizaros. —Se alejó de su familia y comenzó a deambular entre las líneas de esclavos—. Dieciséis anirios merecían colgar de una viga hoy y sabed que dieciséis colgarán.

En la sexta fila tocó el hombro de dos anirios ancianos y los guardias se los llevaron a rastras, ante la atenta y horrorizada mirada del resto de esclavos. En la tercera fila seleccionó a otro y en la primera a otro más.

—Mara, si le cabreas será peor, en serio. Deja que termine —le aconsejó Jules.

Viktor, por primera vez esa noche, estuvo de acuerdo con su hermano. El juez tenía intención de cambiar la vida de doce chicos jóvenes que ya no le servían para las labores de la plantación por doce ancianos que, desde hacía tiempo, habían dejado de ser útiles. A su forma, el juez siempre ganaba. No solo había conseguido deshacerse de los esclavos más rebeldes, sino que había encontrado la forma de sacrificar a las bestias más improductivas.

Los cuatro ancianos colgaron del cuello y fallecieron, sin que nadie pronunciara queja alguna. Entonces el juez continuó su paseo. Tocó a un par de ancianas de la segunda fila, a un hombre en la tercera y se detuvo frente a la espalda de Cazi. Le puso la mano en el hombro. Temblorosa, la pobre mujer se dio la vuelta, de forma lenta y pausada, aterrorizada ante lo que se avecinaba.

—¿Se… señor? —consiguió balbucear.

—Ha llegado el momento, Cazi. Camina —ordenó el juez, sin mostrar un mínimo de compasión.

—Pero, señor, yo no sabía nada. ¡Se lo juro! —se agarró a los brazos del juez, llorando desesperada—. Le he servido bien. Toda la vida. ¡No puede,

no puede!

Güido se arrodilló frente al juez y le agarró las piernas mientras suplicaba por la vida de su madre.

—Lléveme a mí, señor, por favor. Ella no tiene la culpa.

El juez se sacudió los agarres de Güido y señaló a Ron.

—¡Lleve a esta aniria a la palestra!

—¡No! ¡Ya basta!

El desgarrador grito desesperado de Mara retumbó en toda la plantación. Viktor jamás había oído tanta rabia ni tanta determinación en boca de nadie.

—Mara… —dijo Jules.

—¡Cállate, Jules! —le gritó—. ¡Se acabó! ¡Esta locura se termina ahora!

Mara se arrancó a andar y se plantó frente al juez, retándole a desafiar sus palabras.

—Mara, apártate —le advirtió su padre.

—¡Déjala en paz, miserable! —masculló con algo más que odio.

El juez abrió muchísimo los ojos, sorprendido por el insulto, y envío un fuerte bofetón contra la cara de su hija. Mara, como si fuese un movimiento habitual en ella, se agachó, dejó pasar el golpe y lanzó un derechazo directo al estómago de su padre. El juez escupió todo el aire acumulado en los pulmones y cayó de rodillas, frente a su hija.

Tres guardias se apresuraron a agarrar a Mara, pero el juez les disuadió con aspavientos.

—¿Sabes, hija? —dijo levantándose y escupiendo—. No puedes hacer nada para evitarlo. Cazi es mi propiedad. Las leyes de este estado me permiten hacer con mi propiedad lo que yo quiera. ¿Entiendes eso o los años en La Escuela también te han hecho olvidarlo?

Mara cerró los ojos, capturando un par de lágrimas furtivas.

—No dejaré que lo hagas, te lo juro —amenazó.

—Señores, si mi hija intenta evitar que esta mujer sea colgada haced lo necesario para apresarla. Será juzgada y condenada.

—Tú, tú… —balbució ella deshaciéndose en lágrimas y luego, masticando cada palabra que emitía, concluyó—: Si lo haces… si la matas, me iré y jamás volverás a verme.

El juez se acarició el lugar donde Mara le había golpeado y asintió en su dirección.

—Bien —resolvió—. Colgad a esta mujer.

—¡No! —gritó Mara, cayendo arrodillada, la cara anegada en lágrimas, mocos y babas.

A pesar de ello, nadie se detuvo. Los guardias, ignorando los gritos y los llantos, llevaron a Cazi y a los otros tres anirios hasta el cadalso, les colocaron las sogas y golpearon los taburetes. Viktor pudo ver el rostro roto de su hermana cuando la cuerda se tensó y Cazi se ahogó.

Mara se puso en pie, con la espalda erguida, la cabeza levantada y los puños cerrados. Se secó las lágrimas de la cara y comenzó a caminar hacia la casa, hasta perderse en su interior.

—Traigan otros cuatro ancianos —ordenó el juez—. ¡Deprisa! Quiero terminar con esto pronto.

Viktor apartó la mirada cuando los taburetes de los últimos cuatro anirios cedieron. Estaban pasando tantísimas cosas, todas al mismo tiempo, que se sentía incapaz de procesar ninguna de ellas. Únicamente una esquiva emoción de culpa y pesar se iba agarrando a su pecho.

Apenas cinco minutos después de su entrada, Mara volvió a salir, portando una bolsa con ropa arrugada.

Se dirigió directamente hacia su hermano Jules, dejó la bolsa en el suelo y le abrazó. Se enganchó a su cuello como si se agarrara a la vida y le dijo algo al oído que Viktor no pudo escuchar. Se separó de él.

—Te echaré de menos.

—Yo también, pequeñaja.

Mara recogió su bolsa y se giró hacia Viktor.

—Tienes una familia estupenda, hermano, y no eres una mala persona. No seas como él. No es más que un asesino.

—¡Mara, ya basta! —dijo el juez a su espalda.

Mara se acercó a su padre. Le clavó una mirada asesina:

—Debí dejar que lo mataran, padre. Ahora apártese de mi camino.

Algo en el tono de su voz hizo que su padre obedeciera sin oposición y Mara se alejó, abandonó la plantación y se perdió en la distancia.

OceanofPDF.com



Habían atacado dos plantaciones y cuatro granjas, de forma coordinada, armados con espadas, hachas, rastrillos, azadas y algún que otra arma de proyectiles. Rommel había estado en el centro de la acción desde las cuatro y media de la madrugada, cuando acudió a la granja Dreider, el único lugar en el que los amos habían sido asesinados. Envió hombres a investigar al resto de lugares, pero supuso que tanto la granja Dreider como la plantación Wellington pertenecían a personajes lo bastante ilustres y relevantes como para tener que ser él mismo quien asistiera en persona.

El amanecer se le estaba echando encima y aún no había terminado de realizar sus pesquisas en la granja Dreider. Al igual que en el resto, los anirios habían atacado los puestos de los guardias y capataces al sonar las tres campanadas, pero Rommel estaba convencido de que los señores habían sido asesinados antes de esa hora. Ambos habían muerto en la cama, de un corte recto, profundo y habilidoso en el cuello. Los anirios supervivientes interrogados habían declarado que al llegar a la casa los amos ya estaban muertos. Además, sus hombres habían encontrado otra cosa bajo la cama. El grueso eslabón de una cadena de hierro. Algo con lo que ya se habían topado otras dos docenas de veces, siempre junto a los cadáveres que dejaba a su paso el Inferus.

Una vez todos los anirios hubieron sido interrogados y la casa registrada, Rommel dio instrucciones a sus hombres de marchar. Mantuvo una breve conversación con un alguacil de la ciudad y puso rumbo al este.

Montaba un semental tordo de pura raza, una bella y veloz bestia de las tierras del sur. Los hombres que lo seguían iban a pie, por lo que debía mantener el caballo a paso lento. Era deseo de Rommel que los soldados a su cargo pudieran verlo como un oficial afín a ellos, por lo que, en un gesto de deferencia, había abandonado su habitual uniforme blanco y dorado de la república para lucir los colores característicos del Estado del Oeste.

Se componía de una casaca de telas nobles teñidas de morado con una solapa vuelta de color cobalto, guarnecida por ambas caras con un galón de oro de una pulgada, con dos hileras de siete botones dorados repartidos a igual distancia en el pecho. En los hombros se localizaban dos charreteras de oro y del derecho descendía un cordón que simbolizaba su grado de comandante. Debajo de la casaca, Rommel vestía un ajustado chaleco de cuero, más propio de un soldado raso, y era esa piel sobre la que había decidido colocar la única insignia que alguna vez se permitía lucir: un tridente que Aleyn le había dado tras la pacífica rendición de las tropas lideradas por el maestro Izan.

Conforme avanzaba, el pelotón se cruzó con una joven sentada en el borde del camino, las rodillas abrazadas y la cabeza escondida. Al acercarse, Rommel se percató de que estaba llorando. Acercó su caballo y se inclinó sobre él.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó.

Mara levantó la cabeza, se enjugó las lágrimas y miró a Rommel con la cara ahogada en tristeza.

—Eres la hija de Deian Wellington, ¿verdad?

El mismo Deian se la había presentado poco antes durante la velada en un encuentro algo atropellado y fugaz. Sin embargo, su aspecto actual parecía ser el de poco más que una mendiga, con ropa gastada y el pelo enredado. Nada que ver con el bonito vestido y el cuidado peinado que lucía la noche anterior.

—Ya no —respondió Mara.

—¿Cómo dices? —cuestionó Rommel creyendo haber oído mal—. Te llamas Mara.

—Sí.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

Rommel permaneció en silencio al sentir la hostilidad que emanaba de aquella mujercita.

—Nos dirigimos a la plantación Wellington. ¿Quieres acompañarnos?

—No —respondió.

Mara se puso en pie, terminó de limpiarse la cara y se echó la bolsa al hombro.

—Puedo ordenar a uno de mis hombres que te acompañe a algún otro lugar, si quieres.

—¿A Lanti’s Cloe? —preguntó Mara sarcástica.

—Entiendo —dijo Rommel—. Le deseo buen viaje, señorita.

—Gracias. Ojalá pudiera decirle lo mismo. Buenos días.

Cuando llegaban a la entrada de la plantación vieron salir tres carros tirados por burros. El primero de ellos llevaba una carga tapada con mantas, pero los otros dos la portaban al descubierto. Decenas de anirios muertos, con los ojos abiertos para que todo el mundo supiera cómo tratar esos cuerpos, temblaban con el traqueteo de las ruedas, unos encima de otros. Rommel se extrañó al ver una cantidad demasiado grande de ancianos entre

los cadáveres. Detuvo su caballo y observó su lento avanzar, con las mandíbulas apretadas y apenas un cabeceo horizontal de su cabeza. Cuando los carros se hubieron alejado, Rommel reanudó la marcha.

—¡Eh, eh! ¡Alto ahí! —ordenó un corpulento hombre que custiodaba la entrada de la plantación.

—Soy el comandante Rommel Edvard, señor. Me encargo de investigar el levantamiento.

—¿Investigar? —El hombre escupió al suelo—. ¿Qué hay que investigar? ¡Esos perros se han vuelto rabiosos! Unos cuantos latigazos y solucionado. No son más que animales.

—Preferiría discutirlo con el señor Wellington, señor.

—El patrón está ocupado.

Rommel saltó de su caballo y se acercó al hombre. Era más alto, esbelto y fuerte que su interlocutor.

—Discúlpeme, señor —dijo Rommel—. Soy el comandante Rommel Edvard, al cargo de la investigación de los sucesos de esta noche. Si no se aparta de mi camino, yo mismo lo prenderé por obstrucción a la justicia. Pasará la noche en el calabozo y yo, personalmente, elegiré a sus compañeros de celda.

El hombre ni lo dudó. Se apartó, disculpándose con Rommel, y le indicó el camino hasta la casa.

—¡Soldados, desplegaos por la granja e interrogad a los anirios! Ya conocéis la información que estamos buscando. Yo hablaré con el patrón y le diré que ordene a sus trabajadores que os den el apoyo que necesitéis. ¡Vamos!

Los soldados se dispersaron en grupos de tres personas y Rommel se quedó a solas con un oficial de grado medio.

—Conozco al señor Wellington, Gael. Es un hombre serio y un tanto irascible. Ante todo, deja que sea yo quien hable.

—Por supuesto, señor.

A pesar de lo que había ocurrido durante la noche, Rommel percibió cierta normalidad cínica en el ambiente. Los anirios trabajaban en el campo mientras los guardias y capataces les vigilaban, gritaban y humillaban. Frente a la casa había un anirio de no más de dieciocho años amarrado a un poste, con la mirada perdida y la ropa hecha jirones.

Rommel y el capitán Gael dejaron los caballos amarrados y se dirigieron hacia la entrada de la casa, en la que un par de hombres se esforzaban por colocar una pesada puerta mientras otro les observaba.

—¡Señores! Soy el comandante Rommel Edvard. ¿Podría hablar con el señor Wellington?

—El señor está descansando ahora mismo, comandante. Ha sido una noche larga y no quiere ser molestado.

Aquel hombre, a diferencia del guardia de la entrada, parecía educado y respetuoso. Solo un empleado obedeciendo las órdenes de su patrón. Rommel rehusó sacar a lucir sus galones y se decantó por la persuasión.

—¿Qué hace ese anirio atado al poste? ¿Es uno de los atacantes?

—¿Ese? No, no. Ese es un mierdecilla sin valor para hacer una cosa así. Trabaja en la casa, bajo el servicio directo del señor Wellington, pero hoy se ha negado a trabajar.

—¿Se ha negado?

—Sí. Pero ya se le pasará. En cuanto le entre hambre o sed. ¿Me oyes, Güido? ¡No vas a comer ni a beber hasta que vuelvas al trabajo! —dijo alzando la voz. El esclavo ni siquiera hizo mención de oírle—. Tiene una rabieta, nada más.

—¿Y eso?

—Su madre. La hemos colgado hace un rato.

—¿A su madre? ¿Participó en el ataque? —preguntó Rommel extrañado.

—No. A esos hijos de mil padres los hemos vendido al gobierno de Viendavales. Son buena mano de obra y no creo que la ciudad les trate muy bien. A los ancianos los colgamos para compensar. Así sus hijos aprenden a no rebelarse.

—Una estrategia interesante —comentó Rommel.

—Además, esos viejos ya no valen para el trabajo. Se pasan todo el día fingiendo que hacen algo. Con tanto tiempo libre no me extrañaría que fueran ellos los que han montado esto.

—Siento disentir, señor. Sabemos muy bien quién ha planeado esto.

—¿Sí? ¿Quién?

—Es una de las cosas que desearía comentar con el señor. ¿Está seguro de que no preferiría interrumpir su descanso y dedicarme unos minutos?

El hombre dudó un momento y después sonrió a Rommel.

—Sí, creo que el juez estará dispuesto a escucharlo. Iré a llamarle. Ustedes pasen y esperen en el salón.

Rommel y el capitán Gael entraron y avanzaron, fijándose en los restos de sangre seca y en el hachazo sobre la pared.

—Comandante Edvard —saludó Deian—. Capitán.

—Disculpe que hayamos interrumpido su descanso, señor.

—No se disculpe, comandante. A decir verdad, me preguntaba cuándo llegaría.

—Nos han tenido ocupados en la granja Dreider —se excusó Rommel —. He oído que acabó usted personalmente con tres de ellos.

—Sí. Aquí mismo.

—Me alegra ver que aún puede luchar tan bien como hace años.

—No tan bien, me temo —dijo señalándose el brazo entablillado—. ¿Qué noticias trae, comandante?

El juez les invitó a él y al capitán a tomar asiento e hizo lo propio. Se sirvió un vaso de whisky y ofreció uno a ambos hombres, quienes lo rechazaron con educación.

—¿Qué sabe? —insistió.

—No mucho, aún —admitió Rommel—. Han atacado cuatro granjas y dos plantaciones y han asesinado a los Dreider.

—Lo sé. Esos *anno*s…

—Creemos que no han sido ellos, la verdad.

El juez frunció el ceño y tomó un sorbo de whisky.

—¿Quién, si no?

—El Inferus —respondió Rommel—. Encontramos un eslabón de hierro junto a los cuerpos. Deja siempre uno en sus escenas. Lo que no sabemos es cómo ha conseguido organizar todo esto ni de dónde ha sacado las armas. Estamos interrogando a todos los anirios. Esperamos que alguno de ellos nos diga cualquier cosa que nos ayude a llegar hasta él.

—¿Han conseguido algo ya? —preguntó el juez.

—Aún no. En la granja Dreider todos los esclavos apuntaban a uno de los anirios abatidos. Ninguno sabía nada de ningún Inferus. Tengo hombres en otras cuatro granjas y he ordenado a los soldados que me acompañaban interrogar a sus esclavos. Espero que no le importe.

—Desde luego que no, comandante. Pero no le servirá de mucho. Colgamos a cuatro de los atacantes que sobrevivieron y vendimos el resto a la ciudad. Imagino que podrá localizarlos e interrogarlos.

—Lo haremos. Gracias —dijo Rommel—. También ejecutó a otros doce anirios ajenos al levantamiento.

—Así es —afirmó Deian con firmeza—. ¿Ocurre algo?

—No, señor. ¿Le importaría que interrogara al esclavo atado al poste?

—¿Güido? ¿Cree que podría saber algo?

—No lo sabré hasta que le interrogue. Necesitaría que le quitarán las cadenas.

—Mis hombres le ayudarán —aseguró el juez poniéndose en pie—. ¿Me mantendrá informado de sus avances?

—Por supuesto, señor. Espero que se recupere pronto —dijo al tiempo que se despedía con un respetuoso apretón de manos.

Afuera, los hombres del juez, bajo el mando de Rommel, soltaron las cadenas de Güido y lo llevaron a un lateral de la casa. Lo dejaron sentado en un taburete improvisado y llevaron una silla para que Rommel pudiera sentarse frente a él.

—¿Revisaron el chamizo donde dormía? —preguntó, y uno de los guardias asintió—. ¿Y bien?

—Encontramos un libro y una especie de esfera de cristal.

—¿Una esfera de cristal?

—Sí, algo muy raro. Seguro que lo encontró por ahí tirado y decidió cogerlo.

—¿Sabe leer? —interrogó entonces Rommel, señalando al esclavo.

—¿Ese pobre diablo? Dudo mucho que sepa limpiarse el culo. No, ¡qué va! Roban los libros y luego intentan venderlos. Algunos aún creen que algún día podrán comprar la libertad.

—Ya veo. ¿Podría enseñarme la esfera?

—Claro, señor.

El hombre se marchó y Rommel se fijó en el anirio al que estaba a punto de interrogar. Parecía completamente deshecho, como si la vida, la muerte, el dolor o el sufrimiento le fueran ajenos. Era un cascarón roto que se había vaciado.

El hombre regresó y colocó la esfera de cristal en la mano de Rommel.

—Gracias. Puede irse.

Rommel observó la esfera, de color negro, la giró a ambos lados y se encogió de hombros, guardándosela en el bolsillo. Se sentó frente al esclavo.

—Necesito hacerte unas preguntas, chico —dijo Rommel—. ¿Sabías algo de lo que iba a pasar esta noche?

Güido permaneció en silencio, sin apenas ser consciente de lo que ocurría.

—¿Sabes quién ha organizado el levantamiento?

Güido continuó inmutable.

—¿De dónde sacaron las armas?

Rommel aplaudió frente a la cara del esclavo, airado, pero sin conseguir la menor reacción. No le importaba ser azotado, ni golpeado, ni asesinado. No tenía miedo. No era la primera vez que Rommel presenciaba ese estado.

Decidió probar otra estrategia. Rebuscó en uno de los bolsillos, sacó una manzana y le dio un mordisco.

Aquello provocó que Güido levantara la cabeza un segundo y Rommel le lanzó la pieza de fruta. Güido la cogió al vuelo y permaneció a la espera, con una pregunta plasmada en sus ojos.

—¡Adelante, come! —le animó Rommel—. No tienes de qué preocuparte.

Güido le dio un mordisco, masticó y tragó. Luego le dio otro y otro.

—Oye, chico, necesito información sobre lo que pasó anoche.

Güido le miró y negó con la cabeza, cerrando los ojos.

—No oíste a ningún otro esclavo hablar de ello.

—No. Yo trabajo en la casa. No hablo mucho con los demás esclavos.

—Ya… ¿Has oído alguna vez hablar del Inferus?

Güido entrecerró los ojos, le dio un último mordisco a la manzana y la dejó caer al suelo. Volvió a su estado anterior de ausentismo.

—¿No quieres trabajar? —preguntó entonces Rommel—. Si no trabajas, tarde o temprano a ti también te matarán.

Güido se encogió ligeramente de hombros. Rommel asintió y se levantó.

—Bien —dijo antes de marcharse.

Ordenó a uno de los guardias que volvieran a prender al esclavo y les pidió que le indicaran cómo llegar al chamizo donde vivía. Una vez allí, se sentó sobre el camastro de aquel pobre diablo, sacó la esfera que le habían encontrado y la escondió bajo la cama.

OceanofPDF.com



El viaje estaba siendo duro y aburrido. Su única compañía era un buen soldado, de esos que apenas hablan y nunca se distraen. Después de ocho años sin contacto humano, a Aleyn le hubiera gustado una compañía con la que, al menos, pudiera compartir alguna broma o anécdota. Dudaba de que su acompañante entendiera el significado de esas palabras.

Kevyn era un chico rubio y alto, de facciones masculinas y mirada profunda. Por cómo se movía y cabalgaba, Aleyn tenía claro que tenía buena mano para el combate, aunque su mejor arma era la lealtad. Seguía las órdenes de sus superiores sin dudas ni cuestionamientos. Era todo lo que un general podía desear de sus subordinados y eso a Aleyn le sacaba de quicio, más aún cuando iba directamente en contra de sus intereses y su propia vida.

La conversación con Nuza había sido breve e intensa y decenas de cuestiones relevantes habían quedado en el aire. Aleyn había acudido a Kevyn para que le informara de algunas de ellas. Le había preguntado acerca de la supuesta verdadera historia de los Tres, de la profecía que anunciaba su regreso y de todos los demás cuentos de los que Nuza había hablado, y todas las preguntas se habían estrellado contra la misma pared:

—El consejo le hablará de ello cuando lleguemos, maestro.

Así pues, habían descendido desde el bosque de Odris, cruzado el río Tíjer y puesto rumbo al extremo oeste de la Cordillera Quebrada evitando cualquier núcleo de población y sin apenas nada de conversación.

Aleyn recordaba las campañas militares, cuando, después de una larga jornada de marcha, montaban el campamento, cocinaban, repartían la pitanza entre los soldados y bebían, cantaban y peleaban hasta caer rendidos frente a un camastro improvisado. Aun cuando la muerte viniera a visitarte al día siguiente, aquello merecía la pena.

Durante los nueve días que tardaron en llegar a la fortaleza, Aleyn solo consiguió atravesar la barrera de aquel chico una vez. Después de darse por vencido en la tarea de sustraer algo de información útil de aquel muchacho, de probar con anécdotas y bromas con idénticos resultados y de que ni siquiera una reflexión filosófica despertara en lo más mínimo la curiosidad de Kevyn, casi se había dado por vencido. Sin embargo, una pregunta despertó su interés, para regocijo de Aleyn.

—¿Cómo pasaste a formar parte de la orden? —preguntó, y Kevyn suspiró—. ¿Se lo pregunto también al Consejo de Ancianos?

—Jemy y yo entramos en la orden debido a nuestro padre. Él era un *addai* y quiso que nosotros continuáramos con la labor.

—¿Así que es una especie de título nobiliario? —curioseó Aleyn—. ¿Algo que se hereda?

—No —respondió Kevyn—. Tengo más hermanos, aparte de Jemy. Mi padre no vio en ellos lo necesario para pertenecer a la orden.

—Entiendo. ¿Y tus hermanos saben quiénes sois realmente?

—No —dijo Kevyn y dejó una explicación muerta en sus labios.

—Pero sí colaboran con la orden, ¿verdad? —continuó Aleyn—. Así es como funcionáis. Hay muy pocos *addais*. Si hubiera muchos, Ylandra os descubriría y os destruiría. Sois un número muy reducido, pero tenéis

cientos de colaboradores por todo el país que, sin saberlo, contribuyen a vuestros propósitos. ¿Me equivoco?

Kevyn detuvo su montura y Aleyn le vio mudar de expresión por primera vez. Por fin mostraba alguna emoción, aunque fuera ira.

—Una guerra no la gana el más fuerte ni el más preparado. Una guerra siempre la gana el que mejor se adapta a sus circunstancias. Si eres el fuerte puedes aplastar a tu oponente. Si tu enemigo se equipara a ti aún puedes guerrear y ganar. Pero si eres el débil y combates, solo puedes perder. Por otro lado, si eres el débil puedes ser invisible, puedes desaparecer o morir y continuar luchando sin que ni siquiera tu enemigo lo sepa.

Hace miles de años la orden comandaba un ejército de un millón de hombres. Hoy en día no somos más de cincuenta y, a pesar de ello, según en qué situaciones, tenemos más poder que antes.

—Y sin embargo aquí estáis, pidiendo ayuda a vuestros enemigos.

—Sí, aquí estamos —repitió Kevyn—. El resto de las preguntas que tengas se las puedes hacer al consejo.

Ahí terminó la conversación y siguieron horas interminables de un silencio incómodo y tenso. Era el precio de la verdad. Para más inri, conforme se adentraban en las montañas el camino se iba haciendo más incómodo, rodeados de un paisaje escarpado y arduo de transitar.

A unas cuatro horas de su destino, decidieron hacer un alto y pasar la noche. Sin madrugar demasiado podrían llegar al torreón al mediodía, una buena hora para almorzar mientras le respondían preguntas. Además, Aleyn prefería llegar cuando el sol estuviera en lo alto y ninguna presencia oscura pudiera dispararle una flecha invisible desde cualquier lugar apartado. Durante el camino había confiado en que Kevyn, un solo hombre, no intentaría matarlo, pero en cuanto a confiarles su vida a los *addai* que le esperaban tenía ciertas reservas.

—Última oportunidad, muchacho. ¿Esto es algún tipo de treta para matarme?

—¿Sigue sin confiar en nosotros? —preguntó Kevyn.

—¿Esperabas otra cosa? —respondió Aleyn—. Lo que te quiero decir es que si esto no es lo que me habéis dicho serás el primero en morir. Lo sabes, ¿no? —Kevyn negó con la cabeza al tiempo que esgrimía una sonrisa irónica y condescendiente—. ¿Oír cómo hablo de tu muerte te divierte?

—Continúa sin creernos —alegó Kevyn—. Escúcheme, maestro. No estamos interesados en su vida. La orden conoce su paradero desde que decidió instalarse allí y nunca nos planteamos hacerle ningún mal. Esto es serio. La amenaza es real. Usted no me cae bien y aun así propuse que le buscáramos y le pidiéramos ayuda. No lo habría hecho si no…

—¡Calla! —dijo Aleyn, levantando una mano. Se concentró y realizó una lenta y larga inspiración. Luego ex- pulsó el aire con fuerza—. Algo se está quemando. ¿A cuánto dices que estamos?

Apuraron sus monturas y se lanzaron al galope campo a través. Más allá de una colina vieron la fortaleza de la orden, o lo que quedaba de ella. Apenas unos días antes, era una robusta estructura rodeada por una muralla de seis varas de altura que alternaba hileras de ladrillos rojos con bloques de arenisca, delineando un perímetro en forma de pentágono. En cada uno de los ángulos de unión entre los lienzos sobresalía un baluarte que hacía las veces de atalaya para los oteadores. En el exterior de la muralla se repartían de forma desordenada algunos chamizos de adobe y los establos, mientras que el interior se reservaba para las estancias de los miembros más reconocidos de la orden, la antigua biblioteca, la herrería, la cocina, la enfermería y el gran torreón donde tenían lugar las reuniones del Consejo de Ancianos. Cuando Kevyn y Aleyn llegaron a ella, sus muros estaban

ennegrecidos por la acción de las llamas ya extintas y algunas de sus estructuras más débiles aparecían derruidas.

—¡No! —masculló Kevyn.

Cargó su peso sobre las patas delanteras del caballo y lo instó a galopar colina abajo.

—¡Kevyn! —gritó Aleyn, parado a su espalda.

Maldijo para sí e imitó a su acompañante. Dada la situación, le hubiera gustado acercarse poco a poco, evaluando la situación e identificando las amenazas. En lugar de eso corrían como dos locos hacía una situación desconocida y peligrosa. Aleyn había sobrevivido toda su vida evitando hacer disparates como esos.

Cuando llegó a la entrada de la fortaleza se bajó del caballo y desenvainó su yatagán, un sable recurvado, cóncavo en sus primeros dos tercios y convexo en la punta, la cual contaba con un contrafilo que le confería la polivalencia suficiente para asestar tajos y estocadas. Dos maderas opuestas se unían en la empuñadura metálica y terminaba con sendas protuberancias redondeadas que evitaban que la mano se deslizase. La hoja se había forjado con acero extraído de Isla Dante, si bien el material que componía su lomo era principalmente hierro, lo que le otorgaba una mayor flexibilidad y durabilidad.

Al acercarse a la fortaleza, Aleyn vio la puerta de madera destrozada, como si un ariete la hubiese atravesado y machacado. Más allá la situación empeoraba. Sangre, cadáveres y humo. Al menos treinta cuerpos dispersos por el suelo, la mayoría con sus armas cerca de ellos. Aleyn vio que ninguna de esas espadas caídas estaba manchada de sangre. Entonces se fijó en Kevyn, arrodillado sobre un cuerpo ensangrentado. Tenía la cabeza caída y los ojos cerrados.

Aleyn se acercó a Kevyn por su espalda y le puso la mano en el hombro.

—¿Tu hermano? —preguntó.

Kevyn asintió y se secó los ojos.

—Sí.

—Lo siento.

—Seguro que sí.

Kevyn le atravesó con la mirada. A continuación se levantó, se secó una lágrima y se puso a revisar y contar los cadáveres, con gesto sombrío, pero realizando su labor con diligencia y atención. Aleyn no se había equivocado con él. Era un buen soldado.

—Falta el anciano Mendeleo —advirtió Kevyn.

—¿Cómo dices?

—El consejo está compuesto por siete ancianos. Los cuerpos de seis de ellos están aquí, pero no el de Mendeleo.

—¿Es posible que no estuviera aquí cuando atacaron? —cuestionó Aleyn.

—No. Iban a votar. Debían estar los siete.

Aleyn asintió y se puso a deambular por el patio, mirando los cuerpos, el suelo, los destrozos y tratando de componer una escena de lo sucedido. Sus pasos le llevaron hasta el patio grande y de ahí a la entrada de la biblioteca, completamente chamuscada y derruida. Vio la cabeza abrasada de un hombre yacer entre escombros y ceniza.

—Ahí está —dijo Aleyn.

Kevyn se acercó y apretó los puños al ver el cadáver.

—¡Es horrible! ¿Por qué quemarle vivo? —preguntó Kevyn.

—No lo hicieron.

—¿Quemaron su cadáver? ¿Por qué?

—No quemaron su cadáver. Se quemó vivo. Pero se lo hizo él mismo.

—¿Qué demonios está diciendo?

Aleyn frunció el ceño y clavó sus ojos en Kevyn. Aquella situación le estaba desbordando y necesitaba la voz de un general para relajarse.

—Escúchame. Necesito que mantengas la calma y te comportes como un buen soldado —le ordenó Aleyn—. Fíjate en las huellas. Alguien vino corriendo desde el patio pequeño hasta aquí mientras otra persona le seguía. No se ven marcas de arrastre y, si le hubieran cargado hasta aquí, no habría dos juegos de pisadas.

—Huía de él. Quiso esconderse en la biblioteca y le prendieron fuego, junto a todos los libros —supuso Kevyn.

Aleyn negó con la cabeza y se dio media vuelta, en dirección al centro del patio. Por suerte para él, las lluvias otoñales habían dejado el suelo embarrado. Era como un lienzo donde estuviera dibujada una historia. En este caso, la historia de unos crueles y extraños asesinatos.

—No fue así como ocurrió. Fíjate en todas estas pisadas. Están aquí, en el patio, mirando hacia la biblioteca. Luego todas ellas se dirigen hacia la entrada de la fortaleza y solo dos vuelven hasta aquí.

—¿Qué significa eso?

—Es obvio —dijo Aleyn—. Lo primero que se originó fue el fuego en la biblioteca. Estuvo ardiendo minutos hasta que todos tus compañeros bajaron a verlo. Pero sabían que ya era tarde. Entonces alguien atacó la puerta y todos fueron hacia allí. Se prepararon para luchar y murieron. El único superviviente vino corriendo hasta la biblioteca y saltó hacia las llamas.

—¿Por qué haría nadie algo así?

Aleyn se encogió de hombros.

—Quizá quería esconder algo.

—¿En las llamas?

—Tal vez. Quizá quería esconder algo que su verdugo no sabía que tenía y que no se perdería en las llamas.

Aleyn se introdujo en la biblioteca, donde el incendio había devorado cada libro, legajo, pergamino o escrito y se acercó al cuerpo tiznado. Con cuidado, agarró los lados de una estantería y la apartó. La madera ennegrecida se partió en pedazos al chocar contra el suelo y un estruendo alertó a un par de cuervos.

Entre los brazos quemados del anciano Mendeleo descansaba un trozo de tela gris que envolvía alguna cosa. Aleyn frunció el ceño y pasó la yema de sus dedos por aquel tejido.

—Para odiar a los maestros, Kevyn, tu orden aprecia demasiado nuestros inventos.

—¿Cómo es posible que no se quemara?

—Es una tela ignífuga. Cualquier brebajista podría hacerte una, aunque se estropearía con el uso. El alquimista adecuado… —explicó Aleyn. Se detuvo al recordar aquellos ojos negros—. Bueno, veamos qué esconde aquí.

Aleyn estiró el brazo y apartó el trozo de tela de la superficie de un libro. Aparte de unos grabados de oro y plata preciosos, lo que más destacaba era el título en antiguo irylio. La llamada lengua de los Tres. Como Aleyn bien sabía, era una lengua muerta, que solo algunos estudiosos sabían empezar a interpretar. Aun así, cualquier documento escrito en ese idioma era una rareza digna de ser admirada. Aleyn alargó el brazo con la intención de tocar sus grabados, pero Kevyn interrumpió su movimiento.

—¡No lo toque! —dijo Kevyn.

—¿Cómo dices?

—No debe tocarlo. Es peligroso.

—Es un libro —señaló Aleyn.

—Es el Libro de Rótalo.

—Así que el Libro de Rótalo. ¿Y si lo toco aparecerá y nos matará? —se mofó Aleyn.

—¿Quiere probarlo?

Aleyn se encogió de hombros, volvió a tapar el libro, lo cogió con una mano y se lo arrebató al cadáver. Al levantarlo, unos pliegues de la tela se deshicieron y un pequeño trozo de pergamino cayó al suelo. Ambos se quedaron mirándolo, sin saber qué hacer.

—¿Eso también es peligroso? —preguntó Aleyn.

—No lo sé. Podría serlo.

—Ya —bufó agachándose—. Nos arriesgaremos.

Lo cogió entre los dedos, esperó cinco segundos en actitud vigilante, generando tensión, y luego sonrió y se levantó.

—Aleyn uno, Rótalo cero —dijo.

—¿Cómo puede mofarse de una cosa así? ¡Esto es real! ¡Los Tres son reales y son una gran amenaza!

—Sinceramente, chico, ni siquiera creo que los Tres existieran realmente. Creo que es un cuento. Una mentira que ha servido para darle una identidad a Ylandra, nada más.

—¡Pero ha venido hasta aquí! Si no nos creía… —protestó Kevyn.

—Sí, he venido hasta aquí. A revisar unos documentos y a escuchar unas historias —respondió Aleyn—. Y no hay ni documentos ni historias.

—¡Los había!

—Sí, pero ya no los hay —dijo elevando las cejas y chasqueando la lengua. A continuación, se centró en el trozo de pergamino que había recogido del suelo. Lo desenrolló y leyó en voz alta su contenido—: Samael Río. *Última ubicación conocida*: Orfanato de Detry, paseo de Gracia,

Cienaguas. Anirio mestizo con el iris marrón en forma de medialuna en el ojo derecho. Siete a cero. —Aleyn se giró hacia Kevyn—. ¿Tiene algún sentido para ti?

—Es uno de los anirios. La profecía habla de tres destinados a albergar el alma de cada uno de los Tres.

Localizaron a uno de ellos —aclaró Kevyn, se incorporó y salió de la biblioteca, ensimismado en sus deducciones—. Eso es lo que han votado. Siete a cero.

—Chico, me estás sacando de quicio. ¿Qué ocurre?

—Ese anirio alojará el alma de Daxal. El maestro Azael albergó la de Rótalo y debe ser una mujer la que albergue la de Dyara. Por lo tanto, ese tal Samael Río se convertirá en Daxal, a menos que lo impidamos. Si Daxal no regresa, los hombres tendremos una oportunidad para vencerlos. Rótalo y Dyara pueden ser muy poderosos, pero necesitan a Daxal para estar completos. Por lo tanto, debemos evitarlo. —Kevyn se detuvo, cogió aire y lo soltó, casi esperanzado—. Eso es lo que han votado. Siete a cero. Debemos matar a ese anirio.

—¡Alto ahí! —dijo Aleyn invadido de incredulidad.

—¡Debe hacerse! Es nuestra única opción. Ha venido aquí a por respuestas. ¡Esta es la respuesta!

Aleyn levantó la mano y retrocedió dos pasos.

—Tienes razón, Kevyn. He venido aquí a por respuestas y no las he encontrado, ¿recuerdas? Lo único que veo delante de mí es una situación muy extraña adecentada con un montón de estupideces. Y no tengo por costumbre matar a una persona inocente por una estupidez.

—¿No se da cuenta? Esto debe hacerse y, tanto si es junto a usted como si no, se hará —anunció Kevyn.

Aleyn percibió la hostilidad en la voz de Kevyn y notó cómo todos sus sistemas se preparaban para el combate.

—No solo no voy a ayudarte, Kevyn. De hecho, voy a impedirte que mates a una persona inocente.

—No lo comprende.

—Comprendo que crees que tienes que hacerlo. Te pido que, antes de que decidas hacer una estupidez, comprendas que yo no puedo permitírtelo. Lo mejor será que mantengas la calma.

La duda barrió el rostro de Kevyn, pero al instante siguiente sacó su espada y atacó a Aleyn, que esquivó la estocada, agarró la muñeca de su oponente, la partió con un movimiento rápido y preciso y le asestó un puñetazo en la cara. Kevyn soltó la espada y cayó al suelo, tan mareado que era incapaz de volver a ponerse en pie.

Aleyn desenfundó su yatagán y se acercó a Kevyn. Le pisó el pecho y le colocó el filo del sable en el cuello.

—Nos condenarás a todos —aseguró Kevyn con sangre en la boca.

Algo fugaz atravesó el corazón de Aleyn, haciéndole meditar sobre sus actos.

—Has intentado matarme, Kevyn —dijo—. Y aun así no quiero matarte, así que te haré una promesa. Enviaré este libro a La Escuela. Conozco a una persona que podría interpretar su contenido. Si lo que dices es cierto, eso les alertará. En segundo lugar, buscaré a ese anirio, pero no lo mataré. Al menos no en un comienzo. Veré quién es, qué hace y le mantendré cerca de mí. Si en algún momento sospecho que la vida de ese chico destruirá Ylandra, lo mataré. A cambio, tú no harás ni intentarás hacer nada. Nunca te acercarás a ese anirio, ni tampoco a mí.

Kevyn arrugó la frente y tosió, escupiendo sangre.

—¿Y debo creer en tu palabra?

—Haz lo que quieras, pero puedes creer esto. Si vuelves a cruzarte en mi camino, aunque solo sea una coincidencia, te cortaré la cabeza. —Apartó el sable del cuello de Kevyn y lo guardó en su vaina—. Siento la muerte de tu hermano —dijo antes de marcharse.

OceanofPDF.com



Annelyn vertió agua sobre una copa de cristal y, con extremo cuidado, echó dos pequeñas cucharadas de un polvo blanco en su interior. Revolvió el líquido y, cuando vio disuelta la medicina, extrajo la cuchara, dio un par de golpes con ella sobre el canto, provocando un agradable tintineo, y se llevó el vaso a los labios. La jaqueca le estaba matando y no podía permitirse guardar reposo.

El asesinato del señor Dreider había echado a perder años de minuciosa preparación y Annelyn no quería que la propicia oportunidad que se le presentaba se esfumara también. Theodore Barbrow había sido un gobernador querido, apoyado y respetado por casi la totalidad de la región. Ningún otro ciudadano hubiera sido capaz de vencerle en unas elecciones justas. Annelyn, consciente de ese hecho, le había manipulado durante meses para que dejara el cargo y nombrase a un sucesor. Un sucesor al que ella pudiera vencer de forma legítima. Si perdía, Roshan gobernaría el oeste durante seis años y, si lograba desempeñar un buen papel, se convertiría en un enemigo difícil de derrotar.

Había invertido cada hora desde la noche del levantamiento en reajustar sus planes, valorar las opciones y tomar decisiones en función de sus avances. La conclusión que había extraído era que aún podía hacerse.

Uno de los esclavos de la casa solariega en la que se hospedaba le hizo saber que su visita había llegado y Annelyn le ordenó que les hiciera pasar. Se frotó las sienes con la yema de los dedos y se preparó para la actuación.

El juez se presentó en el salón acompañado por su hijo Viktor y, al ver a ese chico, Annelyn supo que la balanza se inclinaba a su favor. Viktor Wellington había estudiado leyes en la Universidad de Viendavales y desde que concluyera sus estudios había estado trabajando bajo la cercana supervisión de su padre. Para Annelyn ese chico no era más que un pusilánime convertido en poco más que un servil perro. No obstante, el perro adecuado siempre podía resultar de utilidad.

Tomaron asiento y se les sirvió una copa de vino, que ninguno de los tres se atrevió a rechazar. Tras unos comentarios educados, sujetos a la cortesía del oeste, Annelyn ordenó a los tres anirios que los acompañaban que salieran de la sala y cerraran las puertas.

—Oí que lo hirieron, señor Wellington —señaló Annelyn, apuntando hacia el brazo ya sano del juez—. Me alegra ver que se ha recuperado bien.

—Gracias, señorita. Acudí a un maestro sanador para que acelerara la curación. Presiento que están a punto de suceder ciertos eventos de los que me gustaría formar parte—dijo el juez antes de tomar un sorbo de vino—. Verá, señorita Vyvas…

—Annelyn, por favor.

—Annelyn, el comandante Edvard y usted tenían razón con respecto al Inferus y los anirios. Mi familia estuvo en peligro. No deseo culpar a nadie acerca de lo ocurrido, pero creo que se han de depurar las responsabilidades oportunas. Desde el final de la guerra el gobernador ha buscado acercar posturas hacia nuestros compatriotas del este, lo que llevó a una legislación más permisiva en asuntos de esclavitud. Siempre creí que no era más que

papel mojado, pero ahora veo que fue el inicio de este levantamiento. No podemos permitir que algo así ocurra de nuevo.

Annelyn apenas podía creerse lo que estaba escuchando. Se había preparado para un profundo y complejo enfrentamiento dialéctico y se había encontrado con un hombre dispuesto a ponerse bajo su servicio.

—¿Qué quiere decirme, señor Wellington? —preguntó, dejando que la conversación siguiera el rumbo planeado por el juez.

—Querría presentarme al cargo de gobernador —anunció.

El pecho del juez se hinchó después de la declaración, como si el solo hecho de ofrecerse para el cargo le llenara de orgullo.

—Comprendo —dijo Annelyn y luego decidió jugar con él—. Verá, señor Wellington…

—Deian, por favor.

—Deian, durante mucho tiempo allané el camino para convertir al difunto señor Dreider en gobernador. Destiné innumerables recursos a esa empresa. No puedo cambiar al candidato y esperar que los apoyos conseguidos para uno se mantengan para otro —argumentó Annelyn.

El juez se descruzó de brazos y se inclinó hacia ella.

—Su candidato ya no existe.

—Buscaremos otro o probaremos en próximas elecciones.

—Yo soy ese otro.

—Deian, con el debido respeto, usted ni siquiera deseaba participar en un primer momento. Ahora está convencido, pero hace unos días continuaba defendiendo las políticas de Barbrow. Quien quiera que sea quien se convierta en su oponente debe estar dispuesto a acabar con su rival. Creo que la lealtad que le profesa interferirá en esa lucha.

Annelyn estaba utilizando todos aquellos argumentos que había imaginado que tendría que vencer antes de que el juez aceptara su

propuesta. Ahora el juego había cambiado. Ya no debía hacer propuestas. Solo debía aceptarlas y pensaba sacar un buen crédito por hacerlo. En algún momento del futuro el juez comenzaría a cuestionarse ciertos aspectos de su relación con ella y no podía tolerar que eso ocurriera. La mejor manera para evitarlo era sacudir el polvo ahora que tenía el control.

—La situación ha cambiado. No puedo ignorar los acontecimientos de los últimos días ni las situaciones que los han propiciado —dijo Deian—. Fui comandante durante la Guerra de la Liberación y desde entonces he desempeñado un papel como juez de la Alta Corte. Mi expediente es impoluto y mi reputación fuerte. No encontrará un mejor candidato para vencer a Roshan.

Annelyn se acomodó en su asiento, fingiendo evaluar las palabras del juez.

—¿Qué piensas, joven? —preguntó a Viktor.

—¿Acerca de que mi padre se presente a gobernador? Pienso que este estado se merece a alguien como él, por supuesto.

—¿Por qué?

El juez frunció el entrecejo y miró a su hijo. Viktor titubeó, buscando las palabras.

—Mi padre es un buen hombre. Es honesto e inteligente. Conoce nuestras leyes, conoce nuestro pasado y estoy seguro de que sabrá llevarnos hacia un buen futuro.

Bonitas palabras, aunque a ella no le interesaban demasiado sus palabras, sino todo lo que escondían. Miedo, duda y culpa. Percibió esas emociones de una forma tan pura y perfecta que casi pensó en la palabra «belleza» para describir la sensación que le transmitían. No se conocía a un hombre hasta que no se sabía lo que sus seres más cercanos pensaban en

realidad de él. A Annelyn le gustó que el juez fuera capaz de transmitir esas emociones. Necesitaría transmitírselas a su pueblo cuando lo gobernara.

—Debo entender que también es un estupendo padre, Deian —dijo, sonriendo y alzando su copa—. Además de un héroe. —El juez esbozó un gesto de asombro—. Salvó a su familia de los rebeldes. Hizo lo que el señor Dreider no pudo hacer.

Los tres alzaron sus copas y bebieron. Annelyn se puso en pie, se dirigió al lateral del salón y se sirvió una nueva copa de vino.

—De acuerdo, Deian, le daré mi apoyo y mi consejo en su carrera a gobernador. —Dejó la jarra sobre la mesa y regresó a su asiento—. Conocí al señor Dreider dos años después de las últimas elecciones y durante todo este tiempo trabajamos juntos para hacer viable su candidatura. Debe comprender el esfuerzo que invertimos en asegurarnos una posición fuerte en el panorama político. Mi cometido ahora será traspasar el poder del señor Dreider a usted.

—Lo comprendo y se lo agradezco —respondió el juez.

—Hay un segundo asunto del que me gustaría hablar con usted, Deian —dijo Annelyn—. Su hijo Jules.

El juez abrió la boca y frunció el ceño.

—¿Qué le sucede?

—Ha sido ascendido a consejero en la oficina del alcalde. La contribución que realizó a la ciudad con doce esclavos sanos ha resonado en ciertos lugares y el alcalde Roshan ha decidido ocupar un puesto que estaba vacante.

—¿Jules lo ha aceptado de buen grado? —preguntó el juez algo desconcertado.

Hacía ya varios días que Jules estaba desempeñando su labor en la oficina del alcalde. Para ese joven era, sin duda, un importante ascenso en

su carrera política. El hecho de que el juez no lo supiera confirmaba la teoría de Annelyn de que la relación entre ambos era alarmantemente mala. No obstante, también sintió otra cosa. Viktor sí lo sabía. Jules se lo había contado y él se lo había ocultado a su padre. Era, cuanto menos, una información interesante.

—¿Por qué no iba a aceptarlo? Han sido sus éxitos los que le han colocado en esa posición —respondió Annelyn—. Y dado que el alcalde será su rival político más fuerte, la ayuda de su hijo tendrá un inestimable valor.

El juez se acomodó sobre su butaca.

—Mi hijo no estará dispuesto a vigilar a su jefe por mí.

—No lo hará por usted. —Giró hacia Viktor—. Será usted quien se lo pida.

La expresión de Viktor mudó del desconcierto a una seriedad nerviosa. Su padre se giró hacia él y frunció el ceño al ver la indecisión reflejada en el rostro de su hijo.

—Yo no creo que pueda convencerle de hacer algo así —opinó Viktor tembloroso—. Mi hermano tiene sus principios y no los dejará de lado.

La voz de Annelyn se volvió suave y melódica. El canto de una sirena en los oídos de un marinero borracho.

—Lo hará si se lo pides —aseguró—. Sois hermanos gemelos. Estáis conectados por mucho más que la sangre. Si se lo pides de la forma correcta, lo hará.

Viktor permaneció en silencio, meditando sus opciones, cuando escuchó la voz autoritaria de su padre.

—Lo hará.

Aquello suponía la conclusión de la reunión. Se despidieron con las clásicas fórmulas de cortesía y Annelyn les vio dirigirse hacia la salida.

Antes de que pudieran llegar, la puerta se abrió y un anciano calvo y delgado, que caminaba ayudado con un bastón, entró.

—Señor Wellington, es un placer conocerle —saludó y le tendió la mano.

—Para mí también lo es, ¿señor…?

—Solo señor. Soy un contribuyente que aprecia demasiado su intimidad. Espero no ofenderle.

—Desde luego que no, señor —dijo el juez—. Vámonos.

Padre e hijo salieron por la puerta con paso tembloroso y gesto contrariado. Annelyn percibió el desagrado que su maestro les había provocado a ambos. Una llama de rabia latente reptó desde su corazón.

—¿Puedes decirme qué ha sido eso? —preguntó a su anciano maestro.

—Un hombre saludando a otro hombre, querida —respondió con la mirada pérdida—. ¿Y bien?

—Se presentará —respondió Annelyn.

Se dirigió a un lateral y se desprendió de las joyas que la adornaban. Se quitó los pendientes de oro blanco, el collar de perlas y la pulsera de plata. La única joya que dejó en su lugar fue el anillo que llevaba colocado en el dedo corazón de la mano derecha y lo último que hizo fue deshacerse el peinado, dejando que una preciosa melena dorada cayera sobre su espalda. Cuando se giró, Annelyn no parecía la misma persona. Todo en ella, desde su mirada hasta su postura, se había vuelto más salvaje e indómito.

—¿Estás segura de querer continuar? —inquirió el anciano.

Annelyn dio media vuelta hacia él y avanzó un par de pasos.

—Lo estoy, maestro.

—No es prudente.

—La prudencia se terminó cuando asesinaron al señor Dreider.

El anciano chasqueó la lengua, le tendió el bastón a Annelyn y tomó asiento en una de las butacas.

—¿Estás convencida de que ese hombre puede ganar unas elecciones? —preguntó.

—Seré yo quien las gane para él.

—¿Y llegado el momento cumplirá con su parte?

Annelyn sonrió y se giró para ver la puerta por la que el juez había salido. Llegado el momento, ese hombre bailaría una danza sureña sobre las brasas de un fuego por ella.

—Necesito disponer de algunos recursos, maestro.

El anciano tragó saliva y se mojó los labios.

—Nuestros recursos son limitados —dijo—. Y esta no es la única operación donde los estamos invirtiendo. El norte. La Escuela.

Annelyn gruñó y su maestro se quedó en silencio.

—Esta es la única operación que importa. Si fallamos aquí, ni el norte ni La Escuela nos servirán de nada. Necesito recursos, maestro. Necesito espiar al juez y a todo su entorno. Esa familia esconde mucho más de lo que dice y no quiero encontrarme con sorpresas por el camino. Seis buenos espías.

El anciano negó con la cabeza.

—Es muy arriesgado. El juez podría descubrirlo y perderíamos su confianza. Si eso ocurre…

—Si eso llegara a ocurrir lo afrontaríamos. Ahora mismo hay problemas más acuciantes.

—Me recuerdas a tu padre, niña —comentó el anciano, perdido ahora en sus recuerdos—. Él también creía que todo podía hacerse. Convenció a miles de que lo siguieran. Cuando sus planes empezaron a fallar continuó

adelante, cada vez más airado y cada vez más perdido hasta que finalmente cometió su último error.

—Mi padre fue un héroe.

—Y murió como un héroe. Bajo el sable del traidor en combate singular. Ahora ya nadie le recuerda.

Annelyn recordó aquel día. Aleyn había vuelto a comandar los ejércitos de la República de Ylandra y siguiendo la estrategia marcada por un joven capitán Edvard engañaron al ejército de su padre, le obligaron a avanzar y finalmente lo rodearon. El padre de Annelyn era un excepcional guerrero. Diestro con la espada y agudo con las palabras; con decenas de miles de personas dispuestas a dar su vida por él. No fue suficiente para vencer a Aleyn.

El combate se prolongó varios minutos en los que Aleyn humilló a su contrincante. Venció con soltura y casi sin esfuerzo. Pudo haberlo matado en apenas diez segundos, pero, rodeado de público, tanto aliado como enemigo, quiso utilizar la muerte del padre de Annelyn para enviar un mensaje. El mensaje de que él, el gran maestro Aleyn Somerset, máxima autoridad de La Escuela, era invencible.

—Yo no cometeré los mismos errores que mi padre —dijo, acercándose al anciano, arrodillándose y agarrándole la mano—. Pero esto debemos hacerlo, porque se lo debemos a él. A tu protegido. Es lo que él hubiese querido. De esta forma honraremos su memoria.

OceanofPDF.com



—¡Última oportunidad, cegato! —gritó el capataz, dejando caer el cuerpo azotado de Güido sobre el suelo de su habitación—. Si al amanecer no estás trabajando, mi hacha y yo vendremos a por tu cabeza.

Escupió sobre las heridas de su espalda y le clavó la punta de la bota en las costillas. Güido tosió y se estremeció de dolor, soportando las risas del capataz y de sus dos hombres. Mascullaron un par de insultos más y se marcharon.

Güido apenas se sentía con fuerza para llegar a lo alto de la cama. Con el torso desnudo y la marca de ocho latigazos sangrantes en la espalda se sentía a punto de morir. Eso era lo último que le quedaba por hacer. Desde el momento en el que vio morir a su madre supo que ya estaba muerto. Solo era cuestión de esperar el momento oportuno. La mañana siguiente le parecía adecuada.

Desde que colgaran a su madre se había negado a trabajar. Había soportado palizas, insultos, humillaciones, privaciones de comida y agua, así como latigazos, pero no había cedido. Por fin había comprendido que la única libertad que a veces le quedaba a un esclavo era decidir el momento de su muerte.

Cogió aire y se levantó como pudo, ayudándose con los temblorosos brazos. Luego se sentó en la cama y buscó bajo el colchón la esfera de cristal. Agitó el objeto y una luz azul comenzó a brillar, iluminando sus ojos de anirio. Aún no lograba comprender por qué nadie se lo había arrebatado, pero no le importaba. Lo tenía y le gustaba.

—Curioso artilugio —dijo una voz rasgada desde la puerta.

Güido se sobresaltó. Un hombre de extraña indumentaria estaba ahí parado, observándole. Tenía el rostro tapado con una tira de tela negra y la capucha proyectaba una sombra sobre sus oscuros ojos. El torso estaba rodeado por la misma tira de tela negra que tenía en la cabeza y que ocultaba un peto de cuero. Los pantalones eran anchos y flexibles. El hombre no iba armado.

—¿Sabes quién soy? —preguntó, con una cadencia intrigante en su voz.

Güido se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en la esfera. Volvió a agitarla un par de veces más y la luz iluminó toda la sala.

—¿Te importaría apagar eso, por favor? —demandó el hombre.

Güido sopló sobre la esfera y la luz se fue mitigando poco a poco, hasta que la oscuridad volvió a reinar sobre aquel estrecho cuarto.

—Usted es el Inferus ese del que la gente habla —comentó Güido entre dientes.

—Así es.

—¿Qué hace aquí?

—Disculparme.

—¿Porque han matado a mi madre debido a un levantamiento que usted provocó? —El hombre asintió—. Usted no ordenó que la mataran.

—Lo sé —dijo.

El Inferus se acercó a Güido y se sentó a su lado. Le miró de arriba abajo, centrándose en las heridas de su espalda.

—¿Te duele mucho?

Güido volvió a encogerse de hombros.

—Me da igual. Además, mañana ya no importará.

—¿Entonces estás decidido a hacerlo? ¿Dejar que te maten?

El corazón de Güido se quedó helado, atenazado por el miedo. Durante esos días le habían amenazado con la muerte decenas de veces, pero siempre era un enemigo quien se lo decía y Güido no pensaba ceder ante ellos. Sin embargo, el hombre que se había sentado a su lado ni parecía un enemigo, ni parecería disfrutar con la idea de asesinarlo. No quería infundirle miedo. Solo le estaba preguntando si de verdad iba a dejar que lo mataran.

El Inferus se puso en pie, caminó hacia la puerta y se giró.

—Dejarás que te maten, pero te gustaría no tener que hacerlo —dijo ante la atenta mirada de Güido—. Es un buen comienzo. Tu madre ha sido asesinada. Tú aún tienes elección. Puedes permitir que esas mismas personas te ejecuten o puedes hacer algo más. ¿Qué quieres hacer?

La imagen del señor Wellington colgando por el cuello, envuelto en penosos pataleos mientras Güido lo veía cambiar del rosa al rojo y del rojo al morado cruzó su mente. No se sintió alegre al imaginarlo, pero sí en calma. Como si algo hubiera sido colocado de nuevo en el lugar que le correspondía.

—¿Por qué está aquí? —preguntó de nuevo Güido, esta vez con brasas en su boca—. ¿Qué quiere de mí?

—Eso depende —respondió el Inferus—. ¿Qué quieres tú? ¿Quieres morir al alba o crees que no te queda otra opción?

Güido se levantó de repente y se encaró al Inferus. Temblaba mientras hablaba.

—¡Yo no quiero morir, pero no viviré ni un día más en este lugar!

—Comprendo —afirmó el Inferus.

Güido, al sentir la parsimonia de aquella voz, volvió a tomar asiento. Sus emociones estaban descontroladas y pasaban de un extremo al otro en cuestión de segundos. En el momento en el que sintió que la rabia se extinguía, la tristeza ante el recuerdo de su madre volvió a embargarlo. Nunca antes se había sentido tan desorientado.

—Los anirios no sois una raza inferior, Güido —dijo el Inferus—. Pero los esclavos muchas veces lo creéis. ¿Sabes lo que me habría dicho un hombre libre en tu posición? —Güido negó con la cabeza—. Habría dicho que su único deseo era matar al asesino de su madre. Habría reclamado justicia y cuando esta le hubiera sido negada habría buscado venganza.

—Supongo que un hombre libre puede hacer muchas cosas.

—Un hombre puede hacer muchas cosas. Más aún si está debidamente motivado —respondió el Inferus—. He venido hasta aquí para ver si estaba ante ese hombre.

¿Estaba oyendo bien? El Inferus le estaba insinuando que… ¿qué?

—¿Qué quiere decir?

—¿Te gustaría vengar la muerte de tu madre?

—¿Y usted va a ayudarme?

—No. Serás tú quien me ayude. Luego podrás vengarte. Es posible que cuando llegue el momento ya no necesites mi ayuda.

Güido mantuvo la respiración unos segundos mientras interpretaba lo que estaba escuchando.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Muerto no conseguirás hacer demasiado, así que lo primero será sobrevivir. Después tendrás que volver a ganarte la confianza de tu amo. He oído que antes del incidente trabajabas en la casa, al lado del señor.

—Sí.

—Recuperarás tu posición en la casa.

—No quiero trabajar allí. No podré mirarle a la cara y no…

El Inferus frenó su lengua con un chasquido.

—¿Quieres tener la oportunidad de vengarte? —preguntó y Güido asintió—. La venganza nunca es fácil, chico. No se trata solo de matar a una persona. Hay que vencerla. Destrozar su vida, su identidad y su persona. Matarle es solo el final de un glorioso camino.

Güido tragó saliva. No se sentía con la suficiente entereza para hacer lo que le pedían, pero tampoco deseaba dejar marchar esa oportunidad.

—¿Qué necesita de mí?

—Información. Toda la que puedas darme. Como esclavo tendrás la oportunidad de oír ciertas conversaciones, de leer algunos mensajes…

¿Cómo sabía aquel hombre que Güido sabía leer?

—Lo haré —dijo Güido.

—Sí. Lo harás.

El Inferus le tendió la mano. Güido miró primero el brazo y luego los ojos oscuros de aquel hombre. Güido se la estrechó, inundado de una extraña sensación similar al orgullo.

—Bien, muchacho, una última cosa. He oído que tu señor va a presentarse al cargo de gobernador. ¿Sabes lo que es eso?

—Los ciudadanos libres eligen a alguien para que les diga lo que tienen que hacer.

—Algo parecido. Solo lo sabe un reducido grupo de personas, pero cuando se haga público el señor Wellington empezará a tener innumerables visitas. Visitas de personas importantes con las que charlará de cosas importantes. Necesito que estés lo más cerca posible de esas visitas. —El Inferus buscó en algunos bolsillos escondidos entre sus ropas y sacó un frasco lleno de un líquido amarillento. Se lo tendió a un sorprendido Güido

—. Tiene un sabor horrible, así que asegúrate de no vomitarlo cuando lo bebas.

—¿Qué es?

—Un brebaje. Te aliviará el dolor físico durante unas horas sin afectar tu mente. Tómalo mañana antes de vestirte o esas heridas harán que apenas puedas moverte.

El Inferus le colocó la mano en el hombro.

—¿Si descubro algo…?

—Vendré a verte. Ten cuidado.

—Gracias, señor.

No le agradecía la advertencia. Güido ya no se sentía triste. Sabía que aquel sentimiento continuaba ahí y que en algún momento de su vida tendría que lidiar con él, pero ahora tenía otro al que agarrarse. La ira. Una ira dirigida contra el autor de la muerte de su madre. Por un segundo, embriagado por el aroma de la fantasía de la venganza, imaginó que era libre y se sintió como tal. Eso era lo que le estaba agradeciendo.

Pasó la que hacía un rato iba a ser su última noche, en vela, anhelante ante el futuro que se le avecinaba. Al oír los primeros cantos de los gallos se puso en pie, se tomó el amargo brebaje que el Inferus le había dado y se vistió para volver al trabajo. Tal y como le había dicho, el brebaje hizo efecto enseguida y Güido dejó de sentir el dolor de su espalda.

Se presentó en la casa junto al resto de esclavos que servían en ella. Todos en posición de firmes para que el capataz Jonah pudiera asegurarse de que estaban los ocho. Sus compañeros le miraron con una mezcla de curiosidad y pena, pero ninguno se dirigió a él. Güido se fijó en la aniria que había sustituido a su madre. Se llamaba Naría y recordó que a Cazi le caía bien.

El capataz Jonah hizo su aparición junto a dos guardias. Güido conocía a Mac, pero la cara del otro le era desconocida. Seguramente se trataba de una nueva incorporación para sustituir a los guardias que habían perdido.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Jonah cuadrándose frente a Güido—. Mira a quién tenemos aquí, Mac.

Jonah parecía feliz de ver allí a Güido, casi henchido de orgullo.

—¡Venga hombre! —exclamó Mac—. ¿Pero qué haces aquí, muchacho? —le preguntó a Güido.

Güido permaneció en silencio.

—Mi compañero te ha hecho una pregunta, cegato.

—He venido a trabajar —susurró Güido.

—¿Cómo dices? ¡Habla más alto, maldita sea!

—He venido a trabajar —insistió.

El capataz se echó a reír, apoyando su mano sobre el hombro de Güido.

—Bien dicho, *anno* —dijo—. Mac, ya sabes, eran siete cobres.

Mac se acercó a Güido.

—¿Qué diablos te pasa a ti, anirio asqueroso? ¡Estabas convencido de lo que querías! ¿Te has cagado de miedo? ¿No recuerdas a tu madre? ¡Eres patético!

—Patético o no, aquí está, Mac —señaló el capataz—. Suelta las piezas y acabemos.

Mac estrujó la cara y escupió al suelo. Buscó el dinero y se lo puso en la mano al capataz. Luego se giró hacia Güido y le apuntó con un dedo.

—Tú, cobarde, acabas de costarme siete malditos cobres. Será mejor que de ahora en adelante te portes bien, porque si no… —Mac le apoyó el dedo sobre el pecho y le dio un par de golpes en él—… me comeré tu corazón.

OceanofPDF.com



El gran maestro Andiles Sydenvile, máxima autoridad de La Escuela, golpeó un mazo de madera tres veces haciendo que el ruido de decenas de conversaciones se extinguiera en la Cámara de los Maestros. Siara, que no había hablado aún con ninguno de sus compañeros, se recostó en su asiento y se preparó para horas de insulso debate.

La cámara, situada en Villa Adahy, era el órgano donde descansaban los tres poderes fundamentales de toda democracia. La cámara legislaba, juzgaba y ejecutaba en todo el territorio cedido a La Escuela. Estaba compuesto por ciento ocho maestros; treinta y seis profesores, uno por cada disciplina y villa de La Escuela, treinta y seis consejeros territoriales elegidos por los ciudadanos de La Escuela y treinta y seis consejeros de asuntos exteriores nombrados por los gobernadores de los seis estados de la república.

La cámara tenía forma de semicírculo con gradas que escalaban hacia el perímetro en curva. Todo en aquella sala le recordaba a Siara, sentada junto a los otros cinco profesores alquimistas, todo lo que aborrecía de La Escuela. La ineficiente burocracia, los juegos de poder y el uso indebido de sus conocimientos para construir burdos utensilios destinados a impresionar a las mentes más débiles.

Colgando del alto techo de la cámara, una lámpara en forma de araña, similar a las dos que podían encontrarse en el gran salón del palacio de Valar, proyectaba una luz blanca y resplandeciente. Había quienes pensaban que era una obra de vidriería y alquimia, pero Siara sabía que eso no era cierto. Allí no había alquimia por ninguna parte, aunque la intención fuera que lo pareciera. No era más que un brebaje líquido que se iluminaba al contacto con el cristal. Una pequeña pera suministraba el brebaje en cada pata de la araña cuando este comenzaba a extinguirse. Si hubiera habido alquimia en aquel invento, ese último detalle no habría existido. La alquimia representaba la eternidad y la sabiduría. Aquella lámpara habría tenido un líquido en su interior, es posible, pero este jamás se habría extinguido y solo habría lucido cuando la situación así lo requiriera. Lo que Siara tenía sobre su cabeza era una burda imitación que ocultaba una gran mentira, al igual que el gobierno de la cámara. Una burda imitación de la República de Ylandra que albergaba una gran mentira en su interior.

Las únicas piezas que tenían algún valor real por la calidad de su acabado eran las placas doradas que cada miembro de la cámara tenía frente a sí. Se trataba de una lámina rectangular, de veinte centímetros de largo por cinco de ancho clavada sobre el respaldo del asiento delantero de cada miembro. Brillaban tanto como el oro, pues, aunque no eran de oro, las runas inscritas en todas ellas la conectaban a la del gran maestro, la pieza original, fabricada en ese material. La precisión con la que las complejas runas estaban talladas en las láminas suponía un trabajo admirable, pero para Siara aquello no era más que la punta de la genialidad. Lo mejor de aquellas láminas era la función que cumplían. Cada maestro contaba con un tiempo predeterminado en cada reunión de la cámara para intervenir en el debate. Conforme un maestro gastaba su tiempo, la placa perdía su color dorado, hasta quedar completamente cubierta de óxido, momento en el que

a ese maestro no se le permitía volver a intervenir. Cuando terminaba la reunión, las placas volvían a su estado inicial y permanecían así hasta la siguiente. Aquello sí impresionaba a Siara. Era bello, sencillo y útil. Era alquimia.

El gran maestro Andiles dedicó toda una hora al gran discurso trimestral, enumerando los logros conseguidos por La Escuela durante los últimos tres meses. Hizo un repaso del extraordinario balance económico y de las actividades políticas y sociales en las que los maestros se habían visto involucrados en toda Ylandra.

Después pasó a hablar de la situación general en los territorios de La Escuela, centrando su atención en la capital, Lanti's Cloe, y finalmente comentó algunos aspectos referidos a las villas, pequeños núcleos de población repartidos por La Escuela y encargados de la enseñanza.

Siara trató de ocultar un bostezo, maldiciendo que la placa del gran maestro Andiles fuera la única que no se oxidaba. Siara recordaba esas reuniones mucho más enérgicas e, incluso, violentas. Aunque, por supuesto, eran otros tiempos. El mundo estaba en guerra, La Escuela a un paso del desastre y Aleyn ocupaba el puesto de gran maestro. Con Aleyn era difícil que nada fuera aburrido.

Un instante después de haber dejado a su mente vagar por el pasado, los recuerdos de la última vez que Siara había estado allí se filtraron en sus pensamientos. Ocurrió durante una reunión convocada de forma urgente, con solo un tema para tratar, debatir y votar: la condena y ejecución del gran maestro Aleyn Somerset por los cargos de conspiración, traición y genocidio. Aquel día la placa de Siara fue la primera en verse invadida por el óxido. Protestó y maldijo. Amenazó e insultó el honor de La Escuela y, cuando quisieron echarla, se enfrentó a sus compañeros, hasta que golpeó al hombre que ahora se sentaba en el sillón del gran maestro, rompiéndole la

nariz y un diente. Horas después supo que el resultado de la votación había sido la de condenar a su marido a morir ahorcado. No había vuelto a entrar desde entonces.

Cuando el gran maestro Andiles concluyó su discurso, dio paso al primero de los siete temas que se discutirían durante aquella sesión. Dos de ellos eran elegidos por los profesores, dos por los consejeros territoriales, dos más por los consejeros de asuntos exteriores y el último por el gran maestro.

La intención de Siara durante el desarrollo del debate era permanecer sentada y en silencio, evitando que nadie se fijara en ella. Era consciente de que su regreso a la cámara había dado mucho que hablar desde que el director Kremy la nombrara profesora de Alquimia en Villa Lumeni, pero estaba convencida de que los molestos cuchicheos se extinguirían en el momento en el que vieran a Siara tal cual se veía ella misma. Como una persona solitaria y aburrida.

Se trataron temas de diversa índole académica, se discutió en profundidad un aspecto de sus relaciones con Isla Ka’andra, se habló de impuestos, inversiones y tratados y, por último, el gran maestro Andiles se puso en pie y presentó el tema que él había elegido tratar: la recuperación del valle de Caldaso como territorio de La Escuela. A Siara se le heló el corazón y al mirar a su alrededor supo que cada uno de los maestros de la cámara sentía lo mismo.

La recuperación del valle de Caldaso era un tema controvertido y peligroso. Durante catorce años solo se había tratado una vez y había sido uno de los debates más acalorados desde la condena a Aleyn. Había llegado a generar tal cantidad de conflicto que los maestros decidieron olvidar todo el asunto, sacrificando justicia por paz.

El conflicto se remontaba a los años más duros de la contienda, cuando el enemigo avanzaba por el norte, en dirección a La Escuela. Gracias a la cadena montañosa que rodeaba sus territorios, los maestros solo debían preocuparse por defender dos puntos en los que las montañas daban paso a extensos valles por donde introducir un ejército. Uno de ellos era el valle de Cloe, sobre el que se había edificado una de las ciudades más grandes de Ylandra; Lanti's Cloe. Las murallas de la ciudad convertían cualquier intento de ataque en un disparate. El segundo era el valle de Caldaso, mucho más vulnerable. Caldaso era una ciudad mucho menor que Lanti's y su cultura, aunque muy influenciada por La Escuela, se había mezclado con la del norte. La Escuela siempre había tratado a ese valle desde una postura altiva, desoyendo sus anhelos e intereses, y cuando aquel ejército amenazó la integridad del territorio, la cámara decidió ceder el valle al norte, permitir que el ejército del estado lo defendiera y centrar todos los recursos de La Escuela en la defensa de Lanti's Cloe. La medida tuvo éxito. Los ejércitos enemigos perdieron y se retiraron y La Escuela decidió mantener el acuerdo con el norte hasta el fin de la guerra, momento en que el valle sería devuelto.

Al terminar la guerra y tras la visceral polémica por la decisión unilateral del gran maestro Aleyn de ignorar los tratados de paz y tomar Ciudad Gloria, el norte rompió el acuerdo relativo a Caldaso y mantuvo su ejército en el valle. La Escuela podría haberlo recuperado, pero su reputación había sufrido un golpe muy duro y temía las represalias del Gobierno de Ylandra si lo intentaba. Decidió ceder o, más bien, decidió no hacer nada. Ignorar el conflicto hasta que desapareciera por sí solo. Durante años así había sido, pero ahora el gran maestro Andiles parecía querer desenterrarlo.

—La recuperación del valle de Caldaso, maestros —anunció el gran maestro—. Es una reclamación legítima que olvidamos por unas circunstancias de las que ninguno de los aquí presentes es responsable. Propongo desarrollar un plan de actuación para terminar con esta situación.

La cámara se removió y por unos momentos apenas se escuchó la respiración de los ciento ocho integrantes. Uno de los consejeros de asuntos exteriores nombrado por el gobernador del norte se puso en pie, se aclaró la voz y comenzó a hablar, viendo cómo su placa dorada se oxidaba a una velocidad alarmante.

—Con el debido respeto a todos los integrantes de esta cámara, creo que no es el momento adecuado para debatir este tema. Todos sabemos la repercusión que lo dicho aquí puede tener en nuestras relaciones con uno de nuestros aliados. Me gustaría impugnar la decisión del gran maestro sobre la elección del tema a debatir.

—Eso no ocurrirá, maestro Dilan —dijo Andiles.

—Entonces no tengo más remedio que exigir la decisión de la cámara, gran maestro.

Andiles se revolvió iracundo en su asiento.

—¿Una votación ahora? —preguntó—. No, maestro, la recuperación del valle de Caldaso se debatirá.

—¡Usted no tiene derecho a negarme una votación!

Siara olvidó sus intenciones, su pasado y enterró sus recuerdos. Antes de darse cuenta estaba en pie y su voz inundaba la sala.

—¡Somos La Escuela, Dilan! ¡Maldita sea! ¿También permitiremos que los gobiernos extranjeros, esos que tanto nos deben, coarten nuestra libertad para debatir y elegir nuestro propio futuro?

La cámara volvió a quedarse en silencio. La tensión era tan espesa que un hombre podría haberse alimentado de ella. Al sentir lo que había

provocado, Siara suspiró y volvió a sentarse.

—Maestra Siara Roscharch, a todos nos alegra volver a oír su voz en esta cámara —dijo el gran maestro Andiles—. Y me sorprende estar de acuerdo con usted. Maestro Dilan, como ha dicho la maestra Siara, no podemos dejar que gobiernos extranjeros censuren esta cámara. La propuesta se debatirá. Las votaciones se producirán más tarde.

Un rumor sordo se extendió por la sala y el maestro Dilan se sentó, hecho una furia, mientras comentaba algo con sus compañeros.

A continuación se produjo un agitado debate. Salvo algunas intervenciones realizadas al inicio del mismo, el resto no consiguieron aportar nada a su conclusión. Con el calor de una conflictiva idea, los maestros dejaron de lado el respeto y comenzaron a lanzarse pequeñas blasfemias hirientes que caldeaban más y más el debate.

Llegó un momento en el que los turnos dejaron de respetarse y varios maestros comenzaron a gritar al mismo tiempo, haciendo ininteligibles sus palabras. El gran maestro Andiles agarró el mazo de madera y golpeó con él sobre la base. Los ruidos se extinguieron y la vergüenza asomó al rostro de algunos maestros. Rara era la ocasión en la que el gran maestro debía mandar callar a sus colegas.

Una vez recuperada la calma, el maestro Dilan se puso en pie.

—Si estamos dispuestos a debatir un tema tan frágil, deberíamos poder estar a la altura. Utilizar la lógica y el raciocinio —aconsejó con un tono conciliador—. Gran maestro, ha dicho que deseaba desarrollar un plan de actuación para recuperar el valle. ¿A qué tipo de plan se está refiriendo?

—Gracias, maestro Dilan —dijo Andiles—. La respuesta es sencilla. Aquel plan que nos lleve a la recuperación de aquello que nos pertenece.

—¿Eso incluye acciones militares? —preguntó Dilan.

La cámara se agitó ante tal perspectiva. El gran maestro pidió silencio.

—El norte es nuestro aliado más antiguo. Ninguno de los aquí presentes desea iniciar un conflicto militar con ellos. Propongo comenzar por acciones diplomáticas. En caso de no funcionar, probaremos con acciones judiciales.

—Será juzgado por un juez de la Alta Corte —decretó Dilan.

—Lo que asegurará la legitimidad del proceso.

—No gustará a nuestros aliados. No gustará en Ylandra.

—Es momento de dejar de temer lo que la república opine de nosotros. El hecho es el siguiente, maestros: ese valle pertenece a La Escuela. La República de Ylandra nos ha castigado por los delirios de un loco, sin asumir que fueron ellos y solo ellos los que le proporcionaron todo su poder. Es hora de dejar de pagar por los errores de un traidor genocida.

A Siara le habían temblado las mandíbulas al escuchar la palabra «loco». «Traidor» le había desbocado el corazón y «genocida» le había disparado la lengua. Se puso en pie y golpeó con fuerza el asiento.

—¡No permitiré que la memoria de Aleyn sea pisoteada de esta forma!

—Maestra, por favor —dijo Andiles.

—¡No! No dejaré que tilden a Aleyn de loco, traidor y mucho menos genocida. Aleyn salvó esta escuela. Salvó Ylandra. La única razón por la que hoy no es venerado como un héroe es la cobardía de esta cámara. Prefirieron arrodillarse en lugar de ser leales. —Recorrió la sala con la mirada y se detuvo ante los ojos de Enara, que negaba abatida. Algo parecido a la culpa se agarró a las vísceras de Siara—. El valle de Caldaso representa el último insulto que le hicieron. Creo que debemos recuperarlo, de forma pacífica, pero también inmediata. Es hora de votar —demandó Siara.

Nadie en la cámara se puso en pie, ni dijo nada.

—Si es todo, votemos —propuso Andiles—. Nombraré a cada uno de los maestros y estos levantarán la mano para designar su acuerdo con la propuesta de recuperar el valle de Caldaso. Dejarán la mano abajo para designar rechazo.

Andiles fue nombrando a los maestros uno a uno. La mayoría levantó la mano al oír su nombre. Siara lo hizo y Enara también. Finalmente dos tercios de la cámara votaron a favor y el resto, la mayoría consejeros de asuntos exteriores, votaron en contra. La propuesta de recuperar el valle de Caldaso fue aprobada y la resolución se incluyó en el acta oficial. Después el gran maestro dio por terminada la sesión y el óxido de las placas desapareció, descubriendo el reluciente dorado de su superficie.

Cuando los maestros volvieron a salir al exterior el sol estaba comenzando a ocultarse tras las montañas. Enara se reunió con Siara y le propuso regresar a Villa Lumeni juntas. Suponía un viaje de tres horas ir de la una a la otra, principalmente porque la primera parte del camino implicaba bajar una montaña por caminos tortuosos. Siara aceptó el ofrecimiento, subieron a sus caballos y se marcharon.

Ya en campo abierto, las dos amigas pasaron a hablar sobre el inicio del nuevo curso. En apenas unos días, los aprendices que desearan continuar en La Escuela iniciarían su aprendizaje para convertirse en maestros y los aspirantes que ya llevaban un tiempo continuarían perfeccionando sus habilidades.

—El día se va acercando —advirtió Enara—. ¿Nerviosa?

—¿Quieres dejar de preguntarme lo mismo? ¡Pareces una cría!

—¿Eso es que sí? —dijo Enara sonriendo—. Sí. Lo veo en tus ojos. Te asusta.

—Mira, profesora, hace falta mucho más que una pandilla de ignorantes para asustarme.

—De acuerdo, profesora —repitió Enara con un tono de burla—. También escogerás pupilos, ¿no?

—Dudo mucho que ninguno de esos críos esté a la altura de lo que espero en un pupilo. Así que supongo que la respuesta más prudente es que no. No tendré pupilo.

—Quizá alguno te sorprenda.

—Lo dudo mucho. La única persona cuyas habilidades consiguieron sorprenderme fue… —dejó la frase en el aire. No quería pronunciar otra vez su nombre.

—Bueno, pero si aparece otro hombre así, por favor, no te cases con él —dijo Enara.

Siara giró la cabeza y, al ver a su amiga sonreír, la furia que tenía dentro se disipó. Solo había sido una inocente broma. No podía cabrearse cada vez que alguien bromeara con ella. Menos aún la última amiga que le quedaba.

—¿Una carrera? —retó a Enara, mientras se recogía el pelo.

Enara frunció el ceño y esbozó una sonrisa traviesa.

—Eres una pésima amazona, Siara.

—Lo sé. Pero tengo ventaja.

Antes de que Enara pudiera reaccionar, Siara espoleó su caballo y este se lanzó al galope por el camino. Enara sonrió impotente y echó a galopar, viendo cómo la distancia entre ambas se acrecentaba rápidamente.

A pesar de ello, a mitad de camino Enara alcanzó el caballo de Siara y para cuando entraron en Villa Lumeni había dejado de escuchar los pasos de su perseguidora. Siara maldijo para sí. Cuando llegó a la altura de Enara, la vio discutiendo con un hombre. No llevaba capa, ni parecía de La Escuela. Tenía aspecto de mercader y eso era raro. Por lo general, los foráneos nunca se adentraban tanto en los territorios de La Escuela. Lo

normal era que los productos se vendieran en Lanti’s Cloe y que, desde ahí, se trasladaran tierra adentro.

—¿Ocurre algo, Enara?

—Este caballero dice que tiene un paquete para mí. Pero dice que el hombre que se lo dio le prometió dos platas en el momento de su entrega.

—Lo tenía escrito en una carta, señora —dijo el hombre.

—Maestra, señor —le corrigió Enara—. Debe dirigirse a mí como maestra, no como señora.

—Por supuesto, señora, maestra.

Enara levantó las cejas, desesperada. Siara sabía que la relación de su amiga con el dinero era tan buena que le costaba demasiado desprenderse de él y aquel hombre no parecía poseer ninguna habilidad intelectual capaz de vencer eso. Decidió echarle una mano.

—¿Dónde está la carta? —le preguntó.

—Eso quería decirle a la señora, maestra. Me pilló una tormenta viniendo hacia aquí y la carta se mojó. La tinta se corrió y ya no se puede leer *na*.

—¿Y quién le dio la carta y el paquete? —preguntó Enara.

—Un hombre en El Paso. En una taberna. Me dio el paquete y me dio la carta. Me dijo que no abriera el paquete bajo ningún concepto hasta habérselo dado a la maestra Enara Stapel de Villa Lumeni. He llegado aquí y me han dicho que no llegaría hasta la noche, así que la he *esperao*. He hecho un desvío muy grande en mi viaje y tendrá que darme las dos platas, señora.

Enara suspiró, entre cabreada y desconfiada.

—Vamos, Enara, dale las dos platas al caballero.

—Oye, dáselas tú si quieres —le respondió.

—¿En serio? ¿Dos platas?

Enara rezongó, rebuscó en sus bolsillos y le dio el dinero al mercader. Este le tendió un paquete bien envuelto con una tela de seda. Enara lo cogió, le quitó el envoltorio y descubrió un libro.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo.

Siara vio que su amiga ya no estaba molesta ni enfadada. Parecía encantada con la compra.

—Y bien, ¿qué es?

—Es un libro escrito en antiguo irylio. Es una rareza encontrar algo así tan bien conservado. Debe tener más de dos mil años —dedujo y se giró hacia el mercader—. ¿Qué le dijo la persona que se lo entregó? ¿Qué ponía en la carta?

—Me dijo que no abriera el paquete bajo ningún concepto hasta habérselo *dao* a la maestra Enara Stapel de Villa Lumeni.

—Eso es lo que me ha dicho antes —protestó Enara, concentrándose en parecer calmada—. ¿Le dijo algo más? ¿Le habló del paquete? ¿Le dijeron dónde lo había conseguido?

El hombre pensó unos instantes y luego negó con la cabeza.

—¿Cómo era el hombre? —preguntó de pronto Siara.

—Un tipo normal, señora.

—¿Alto, bajo, gordo, delgado, blanco, negro, anirio, irio? ¿Cómo era?

El hombre frunció el ceño y se mojó los labios con la lengua.

—Pues veamos, era más bien bajo y *delgao*. Castaño y blanco. Irio. —Enara miró a Siara y esta negó con la cabeza mientras se encogía de hombros—. Aunque no creo yo que ese hombre fuera el que quería enviar el paquete, señoras.

—¿Por qué?

—Parecía que no sabía mucho del tema. Como si le hubieran dao unas instrucciones a seguir. Sí, seguro que es eso. —El mercader asintió

convencido—. Y ahora, si me disculpan, señoras, es tarde y tengo camino que recorrer. Buenas noches.

Una vez se hubo ido, Siara se bajó del caballo y se acercó a Enara, que ojeaba las páginas centrales del libro, repletas de extraños símbolos.

—¿Sabes leerlo?

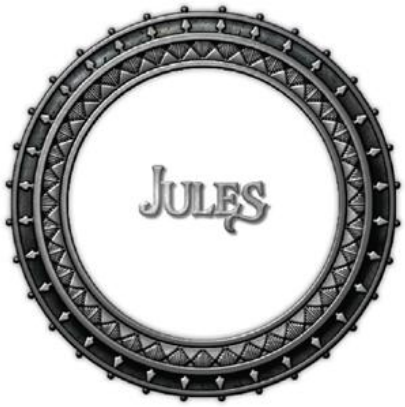
—No estoy ni cerca de saber. Pero en la portada pone Libro de Rótalo.

—¿El Libro de Rótalo? ¿Quién te mandaría algo así? —preguntó Siara.

—No tengo ni idea. Si ese estúpido mercader no hubiera destrozado la carta… —dijo Enara—. Es igual. Esto va directo a mi estantería.

Siara miró el libro, se encogió de hombros y echó a caminar.

OceanofPDF.com



El cuerpo extasiado de Jules se desplomó sobre el colchón, con el corazón latiendo desbocado, los músculos sudorosos y el miembro aún erecto. Cerró los ojos y se dejó llevar por la maravillosa sensación de estar enamorado. Sonreía. Sin reservas.

Todavía con los ojos cerrados, notó que unos labios jadeantes se posaban sobre los suyos. Jules los aceptó con una sonrisa y se consumió en los sabores mezclados de menta y sexo. Anhelante del cuerpo de su amante, le acarició el pelo, los hombros y el pecho. Luego una mano descendió hacia la cintura, en busca del pene de Brendan.

—¿Listo para otro combate? —preguntó sonriendo, moviendo la mano con la que le acariciaba el miembro de arriba abajo.

Brendan sonrió, emitió un ligero jadeo y con ternura apartó la mano de Jules. Luego le dio un cálido beso, se recostó sobre su pecho y le abrazó.

—Has estado bien —comentó Brendan—. Estás mejorando.

Jules se asomó para ver los ojos de su amante y sonrió.

—Tengo un buen maestro —respondió.

—Conseguirás que me sonroje.

—Eso mismo dice él.

—¿Quién?

—Mi maestro —dijo Jules.

Brendan se incorporó ofendido y se encaró a Jules.

—Espero que estés bromeando.

Ambos amantes se sonrieron, se besaron y se recostaron, el uno junto al otro, con los cuerpos desnudos encajados casi a la perfección.

La relación de los dos hombres estaba a punto de alcanzar el medio año y para Jules había sido una auténtica revelación de deseos y sensaciones. Antes de Brendan su condición sexual siempre le había provocado más dolores de cabeza que satisfacciones. Durante su adolescencia negó toda atracción hacia los hombres, fingió ser normal. Incluso se acostó con un par de chiquillas que parecían tan perdidas como él. Unos años más tarde aceptó que era diferente y buscó otras áreas a las que dedicar sus energías mientras sus amigos y compañeros se afanaban por arrebatar las virtudes de cuantas jóvenes pudieran. Luego llegó Brendan.

Las conductas homosexuales no solo estaban mal vistas en el oeste. Suponían un crimen. Los hombres que se acostaban con otros hombres eran acusados de perversión sexual, conducta desviada y traición contra su propio género. La pena podía variar desde una reprimenda verbal hasta la castración. Que fuera una u otra dependía de los antecedentes del acusado, de las pruebas en su contra y de la benevolencia del juez encargado de dictar sentencia.

El oeste era sin duda alguna el estado más represivo contra la homosexualidad. En el norte y en el sur mantener relaciones con otros hombres también era ilegal, aunque salvo denuncias explícitas los alguaciles no solían actuar. El centro y el este habían despenalizado la homosexualidad hacía ya dos décadas, si bien continuaba siendo una conducta muy criticada, de forma que, según en qué círculos se moviera uno, desvelar una conducta homosexual podía acabar con todo el prestigio

social acaparado hasta entonces. Las islas eran, como en otros muchos aspectos, la tierra del progreso y la libertad. En las islas había nacido la democracia. En las islas, los anirios no eran ni esclavos ni ciudadanos de segunda categoría. En las islas cada persona podía hacer el amor con cualquier otra sin temor a ser señalado, insultado o perseguido.

Fue en Alecio, su capital, donde Jules conoció por primera vez el verdadero deseo. Durante una visita de dos semanas a la universidad conoció a un chico, se hicieron amigos y unos días después se acostaron juntos. Ambos, niños inexpertos en el arte del amor. Relaciones sexuales fogosas y fugaces, rápidas, sucias y placenteras. Esa había sido la experiencia de Jules antes de Brendan. Ahora todo había cambiado.

Brendan era hijo de un importante empresario del este. Su padre se dedicaba al diseño, la fabricación, el transporte y la venta de textiles por toda la República de Ylandra. Bajo su mando trabajaban más de mil personas en las diferentes secciones de su negocio y, por lo que Jules sabía, posiblemente fuera una de las personas más ricas del país. Según decía nunca se había acostado con una mujer, pues siempre había sabido lo que deseaba. Ahora deseaba a Jules y, por supuesto, lo tenía.

Brendan le había enseñado a hacer el amor. A tomarse su tiempo. A disfrutar de las caricias, los besos y la ternura; a ser fuente de provocaciones. Le había enseñado a disfrutar del cuerpo de otro hombre y hacer del amor algo bello. Jules le amaba por eso. Había pasado toda su vida evitando ser quien era y Brendan le había mostrado cuán maravilloso podía ser siendo quien era. Jamás podría encontrar palabras para agradecérselo, así que, en lugar de eso, le entregaba su amor.

—¿Estás contento en la oficina del alcalde? —preguntó Brendan.

—Algo así —respondió Jules—. Es más tranquila que la oficina de Asuntos Raciales. Mucho más pacífica. Aunque también me siento mucho

menos valioso.

—Apenas llevas unos días. Tendrás que ir haciéndote un hueco.

—Supongo —respondió Jules con gesto contrariado—. Solo que mis compañeros e incluso el alcalde parecen tener reticencias a la hora de incluirme dentro del equipo, ¿sabes? Es como si tuvieran miedo de que pueda ver o escuchar algo inadecuado. Creo que es por mi padre.

—¿Tu padre? —cuestionó Brendan con tono de hastío—. Creí que habías investigado la influencia de tu padre y que no habías encontrado ninguna.

—Así es.

—¿Entonces?

—Quizá no haya tenido nada que ver en que consiguiera este trabajo, pero creo que el hecho de ser su hijo está provocando ciertos recelos.

Brendan se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Allí cogió una gran bocanada de aire y lo expulsó despacio.

—Mira, amor, sé que lo que te voy a decir no va a gustarte, pero debo hacerlo. Creo que estás obsesionado con tu padre.

—¿Obsesionado? Yo no diría tanto.

—¡Por Daxal, Jules! No recuerdo una sola conversación en la que tu padre no haya estado presente. Y no solo eso. Te ofrecen un nuevo trabajo que sin duda mereces y te obsesionas con la posibilidad de que tu padre haya intercambiado influencias para colocarte ahí. Dices que te desprecia, pero que te soporta porque no le queda opción. Y lo que más pareces temer es que descubra que te gusta acostarte con otros hombres. Eres un hombre adulto. Tienes que olvidarte de tu padre.

—No es tan fácil, Bren. Mi padre es, bueno, un buen miserable. A esa clase de personas no puedes simplemente ignorarlas.

—¿Por qué no?

—¡Pues porque no! —gritó Jules poniéndose en pie y cubriéndose con una bata de algodón.

Brendan suspiró, levantó las cejas y negó. Era la forma en la que solían terminar sus conversaciones cuando implicaban al maldito juez Wellington. Jules salió de la habitación y, una vez fuera de la vista de su amante, cerró los puños y se imaginó diciéndole a Bren todas las cosas que nunca se atrevía a decirle por miedo a perderlo. La primera cosa era que él, un niño bien nacido en el seno de una familia progresista y liberal, no tenía ni idea de lo que era capaz de hacer su padre.

Cuando se hubo relajado llenó dos copas de un buen vino tinto y volvió a la habitación. Se obligó a sonreír y buscar un nuevo tema de conversación. No quería continuar prolongando una discusión cuyo único desenlace posible era el conflicto.

—Hoy vinieron a hablar con el alcalde el comandante Edvard y la maestra Lumeni. Estuve presente al inicio de la reunión.

—Tres personalidades de primer orden reunidas en el mismo despacho —dijo Brendan—. Algo importante, me imagino.

—El levantamiento de los anirios. El comandante parece preocupado.

—¿Porque unos cuantos anirios hayan decidido devolverles a sus amos años de torturas, humillaciones y asesinatos?

—No. Eso no es lo que le preocupa. Está preocupado por el Inferus. Cree que el oeste se enfrenta a alguien excepcional, capaz de provocar algo mucho más grande. Le ha pedido al alcalde más recursos y libertad de acción.

—¿Y la maestra Lumeni qué dice?

—Poca cosa. Aunque según mi hermana es capaz de ver el futuro.

—Es maestra cronista —aclaró Brendan, resaltando la obviedad.

—Ya empezamos —respondió Jules—. No sé si es capaz de ver el futuro o no, pero lo que aportó a la reunión fue poco o nada. Solo dijo que estaba de acuerdo con el comandante, aunque recalcó que también creía que este se equivocaba.

—¿Cómo es eso?

—Algo así dijo, en serio. —Jules se rio y luego se esforzó por recordar los detalles de la conversación—. Dice que el Inferus es una pieza de algo mucho más grande que está gestándose. Algo que podría implicar a la ciudad de Viendavales, al oeste, a La Escuela y a la república entera, aunque no fue capaz de concretar nada. Lo único que hizo la maestra Lumeni fue repetir el mensaje del comandante, soltar un par de chorradas angustiosas sobre el futuro y dárselas de persona sabia. Si te digo la verdad, no sé cómo la eligieron a ella para representar a La Escuela.

Brendan levantó la cabeza y se giró en dirección a Jules. En su rostro se marcaba una absoluta incredulidad.

—¿Qué? ¿No lo sabes? —preguntó Bren con sus ojos marrones abiertos de par en par.

—¿Qué tengo que saber?

—¡Santo Daxal, amor! ¡Allyson Lumeni! ¡La maestra Lumeni!

—¿Qué?

Brendan soltó una sonora carcajada.

—¡Aleyn, Jules! Allyson Lumeni dirigió la expedición que le dio caza cuando escapó. Fue la que mató al traidor.

—Si es que está muerto.

—¡Oh, por supuesto que está muerto! La misma Allyson dice que atravesó su pecho con una espada, antes de que el cuerpo de Aleyn se precipitase por una cascada. Ni siquiera él podría haber sobrevivido a algo así.

—Y sin embargo sigue habiendo una recompensa por su cabeza.

—¡Bah! Eso solo es política. Nada más. Después de catorce años todo el mundo sabe que Aleyn está muerto. ¿Dónde iba a estar si no? —dijo Brendan—. Me parece increíble que no supieras eso.

Jules se encogió de hombros.

—Cuando era más joven mi padre no paraba de hablar de la guerra. Hablaba del gran maestro Aleyn Somerset, de su esposa, la maestra Siara Roscharch, de las batallas que había luchado a su lado y de un montón de chorradas más. Si te soy sincero me aburría bastante, así que nunca presté demasiada atención a las lecciones de historia moderna.

—Es una lástima. Se puede aprender mucho de la historia.

—Se puede aprender mucho de casi todo. Lo mío no es la historia.

—¿Y qué es?

—La política. Es algo que entiendo. Cómo el mundo es capaz de avanzar basándose en mentiras que solo sirven a los intereses de unos pocos. Eso lo entiendo muy bien —anunció Jules—. Por ejemplo, aunque el alcalde no quiere darle al comandante lo que quiere, lo hará. ¿Quieres saber por qué?

—¿Porque es difícil negarle algo a ese hombre y a su piel bronceada?

Jules estalló en una carcajada y Brendan le siguió.

—No creo que el alcalde tenga unos gustos tan particulares —respondió al fin—. No, no, verás. El alcalde se presenta a gobernador. Ahora mismo no puede permitirse ningún gran escándalo y esto de los anirios lo es. Seguramente ya haya perdido apoyos por lo que ocurrió hace una semana, pero si no lo controla seguirá perdiendo. No importa que tenga el apoyo del actual gobernador. Si no consigue terminar con esta situación las elecciones pueden escapársele. Y lo mejor de todo es que el comandante lo sabe. Por lo visto, hace más o menos un mes, antes del levantamiento, el comandante,

el gobernador y el alcalde tuvieron una conversación algo acalorada. Ni el gobernador ni el alcalde creían que el comandante tuviera razón a la hora de valorar la amenaza de los anirios y rehusaron proporcionarle los recursos que les pidió. Ahora amenaza con hacer pública esa conversación. Si lo hace tanto el alcalde como el gobernador estarán…

—Entiendo —afirmó Bren—. ¿Y qué van a hacer?

—No lo sé. Fue salir este tema y el alcalde me invitó a marcharme de la reunión. Ya te digo que no se fía mucho de mí.

Jules dio un sorbo de vino y se apoyó sobre un armario de cedro. La madera crujió bajo su peso.

—Es solo cuestión de tiempo —dijo Bren—. No tiene razones para desconfiar de ti. Solamente te está probando.

Jules torció el gesto, se encogió de hombros y se sobresaltó al oír golpes en la puerta de la casa. Tanto Bren como Jules permanecieron en silencio. Y entonces los golpes volvieron a oírse.

—¿Qué hora es? —preguntó Jules.

—Pasada la medianoche.

Los golpes, más fuertes e insistentes, volvieron a tronar en el interior de la habitación.

—¡Jules! —se oyó un grito desde fuera—. ¡Abre la puerta!

El gesto de Jules se contrajo al reconocer la voz de su hermano. Miró a Brendan y negó con la cabeza, mientras el corazón se le encabritaba.

—Quédate aquí y no hagas ningún ruido —le ordenó—. Ahora vuelvo.

Se colocó la bata de algodón gris, se la ató a la cintura y salió al pasillo, cerrando la puerta del cuarto tras de sí.

La casa de Jules era una de tantas apelmazadas en hilera en el centro de Viendavales. Una casa destinada a las clases acomodadas que preferían el bullir de la vida urbana a la soledad que ofrecían las afueras. Antes de abrir

la puerta, Jules se acercó al mirador y echó una ojeada desde la ventana. Confirmó que era Viktor quien llamaba y le mandó callar cuando este insistió golpeando la puerta. Tomó una honda bocanada de aire y la expulsó con intención de relajarse. Abrió.

Su hermano gemelo estaba plantado ahí afuera, con el puño en alto, la espalda encorvada y los ojos bañados en rojo. Apestaba a alcohol y apenas sí se tenía en pie.

—Madre de Daxal, Viktor. ¿Qué demonios…? —dijo Jules, con gesto de repugnancia—. ¿Qué haces aquí?

—*Temos que blar, hemano* —respondió Viktor, incapaz de articular ninguna de las palabras.

—¿Cómo puedes estar así? —le reprendió Jules—. Tú no estás para hablar con nadie, Viktor. ¿Dónde está tu mujer?

Viktor balbuceó alguna palabra y dio un manotazo al aire.

—¡No he *venío pablar* con ella! —gritó, esforzándose por pronunciar correctamente.

Jules le chistó para que bajara la voz, le miró furioso y le obligó a pasar dentro de la casa. Dio un portazo al cerrar.

—¿Qué demonios te pasa? —le gritó—. ¿¡Te presentas en plena noche y empiezas a gritar en la entrada de mi casa!?

—¡No *brías*! —protestó Viktor.

—¡Cállate!

Viktor bajó la cabeza y Jules se compadeció de su hermano. No era la primera vez que lo veía en un estado tan deplorable, pero hacía años que no ocurría. Viktor había desarrollado demasiado entusiasmo por las bebidas alcohólicas tras obtener su licenciatura. Había montado algún jaleo en un par de tabernas y le habían echado a patadas de un par de trabajos, dejando en evidencia a su padre. Cuando este se enteró de los verdaderos motivos

decidió poner fin a tantos problemas, así que obligó a Viktor a trabajar bajo su supervisión y le encontró una bonita esposa con la que casarse y sentar la poca cabeza que tenía. Desde entonces, Jules no había vuelto a verle ebrio. De vez en cuando podía verle con una copa de vino o champaña en la mano, pero nada más. El olor que le llegaba se asemejaba al del whisky barato.

Apiadado por el patético estado de su hermano, le guio hasta un sillón del comedor y le dijo que se sentara.

—¿*Tenes* vino? —preguntó Viktor en cuanto tocó el cojín.

Jules le miró y enarcó las cejas. Luego avanzó hasta un mueble, donde vertió un par de chorros de un líquido entre rojo y morado en dos copas de fino cristal. Mientras lo hacía, pensó que aquel exquisito brebaje no estaba destinado a su hermano, sino al hombre que lo esperaba en el cuarto.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al fin.

—Tenemos que hablar —dijo sin cruzar su mirada con la de su hermano.

—¿Y Neire y la niña?

—Fuera.

—¿Fuera?

—Sí, con *su* padres. Fueron ayer.

Jules se encogió de hombros, un poco desesperado.

—¿Va todo bien entre vosotros?

—¿Qué? Sí, sí, claro. Se van *vez en cuando*. Les gusta el campo. Yo no lo aguanto.

Jules dio un sorbo de vino y suspiró.

—¿Qué quieres, Viktor?

Un ruido sordo procedente de la habitación, similar al de un objeto pesado al caer, se dejó oír en la sala. Viktor levantó la cabeza en su

dirección y Jules cerró los ojos.

—¿*Ka sio eso*?

—Nada —dijo Jules.

Viktor frunció el ceño y luego empezó a sonreír y a mirar a su hermano asintiendo.

—No estás solo, ¿verdad?

—Viktor.

—¿Quién es? ¿La conozco?

—No y no vas a conocerla, te lo aseguro. Menos en tu estado.

—¿Es guapa?

—¡Maldita sea, Viktor! —gritó Jules—. ¡Qué te importa cómo sea!

—¡Me importa! Es la primera vez que te veo con una mujer desde… desde aquella fea del baile de máscaras. ¿Cómo se llamaba? ¿Muna?

—Myna —le corrigió Jules.

—Si padre supiera…

—¡Que se vaya al infierno! ¿Me oyes? Él no sabe nada y no va a saberlo.

—Pero esto es bueno, hermano. Se alegrará por ti.

—¡Que se vaya al maldito infierno, Viktor! No quiero que se alegre por mí. No quiero que se alegre por nadie. No quiero que ese hombre vuelva a alegrarse en lo que le queda de vida. ¿Viste lo que les hizo a esos pobres anirios? ¿Lo que le hizo a Mara? Estuvo a punto de ordenar que la arrestaran.

—¡Ella le pegó!

—Mató a Cazi, Viktor. Para ti o para mí esa aniria no significaba mucho, pero para Mara sí. Lo sabes, y él también lo sabía, y aun así ordenó que la mataran por nada. Ese hijo de perra tuvo suerte de que Mara se contuviera.

Viktor estaba perplejo y, a pesar de la borrachera, algo de lucidez logró irrumpir en su mente.

—¿¡Que se contuvo!? ¿Qué más querrías haberla visto hacer? Delante de todos sus empleados, de todos sus esclavos, le golpeó. Padre fue muy *benelente*.

Ahora fue el rostro de Jules el que se contrajo en muecas incrédulas. Miró a su hermano y lo que hasta entonces había sido pena se convirtió en repugnancia.

—Está bien, Viktor. Es hora de que te largues.

—¿Qué? ¿Me echas?

—Eso mismo. No quiero que estés aquí.

—¡Pero aún no hemos hablado! —protestó.

Jules se detuvo y espiró con fuerza el aire que tenía en los pulmones. Luego hizo un ademán en dirección a su hermano.

—Muy bien. Habla. —La boca de Viktor se abrió, pero de ella no salió una sola palabra—. ¿Qué? ¡Vamos, habla! —insistió Jules.

—Primero tendríamos que calmarnos un poco —dijo Viktor.

—O hablas ya o te largas. No pienso aguantar a un borracho toda la noche. Así que habla.

Viktor se hundió en el sillón, rendido. Cuando comenzó a hablar lo hizo con una voz débil y arrepentida.

—Padre se presentará a gobernador.

La noticia atravesó el pecho de Jules y el odio que sentía por su padre se intensificó hasta quemarle las entrañas.

—¿Es todo? —quiso saber, mordiéndose el labio.

Viktor negó con la cabeza y Jules adivinó lo que Viktor había ido a pedirle. Era tan cobarde que había tenido que emborracharse para atreverse a hablar con él.

—No lo haré, Viktor —dijo, serio y furioso—. ¡Ni aunque mi vida dependiera de ello!

—¿Hacer qué?

—No espiaré a Roshan. No le daré información a padre. No le daré una mierda. Y tú eres un malnacido por venir aquí a pedírmelo. Quiero que te largues.

—Oye, hermano, yo…

—¡Fuera!

Viktor se incorporó, pero no se levantó. Jules bajó el brazo, se serenó cuanto pudo y cerró el puño con fuerza.

—Viktor, o te vas o te juro por Daxal que te saco yo mismo a golpes.

Aquella amenaza ofendió tanto a Viktor, que soltó un empujón sin fuerza sobre el hombro de Jules y, antes de que pudiera recoger el brazo, recibió un puñetazo en la cara. Se cayó del sillón al suelo y empezó a gemir de dolor, mientras Jules sacudía la mano, también dolorida. Cuando vio que Viktor intentaba ponerse en pie se acercó a él y le agarró del cuello, impidiéndole completar el movimiento.

—Dile a padre que la respuesta es no —dijo—. Y que si quiere saber las razones puede venir él mismo a pedírmelas. Dile también que no vuelva a enviar a su perro aquí. Y ahora lárgate.

Viktor se marchó. Jules estaba cabreado, pero había algo más. Orgullo, satisfacción. Fuerza y vida. Se sentía excitado y quiso celebrarlo. Regresó a la habitación.

OceanofPDF.com



La ceremonia de inicio para los aspirantes era tan antigua como La Escuela misma y Mara, que se había levantado cuando el sol aún no había asomado su dorada calva, no acertaba a decir por qué. El director de la villa y los seis profesores aguardaban sentados sobre sus rodillas de frente a las ocho hileras de aprendices que esperaban en pie oír pronunciar su nombre. Durante un rato demasiado prolongado habían escuchado el discurso del director, repleto de trivialidades y mil veces masticado y escupido. Después del discurso, el director nombraba a seis alumnos y estos se acercaban, se arrodillaban frente a uno de los profesores y se dejaban vestir con la capa nívea, indicadora de su grado en La Escuela. A continuación nombraban a los seis siguientes hasta terminar con todos. El proceso se eternizaba, se hacía pesado, cargante y muy aburrido. Mara bostezó, trató de ocultarlo y al levantar la cabeza vio los amenazantes ojos negros de la profesora de Alquimia clavados en los suyos.

Debido a su apellido, Mara fue la última en avanzar hacia los profesores, buscó aquel que le correspondía según el orden y se arrodilló frente a la profesora de Artes Sagradas. Agachó la cabeza y sintió que la capa de seda se acomodaba suavemente sobre su espalda. Al volver a su

sitio el director les dio la última bienvenida y les informó de que aquel día los maestros aceptarían a sus protegidos.

—Elegid con sabiduría y buena suerte, aspirantes.

Las hileras de nuevos aspirantes se dispersaron. Mara vio partir al grupo de profesores, acarició su nuevo y delicado atuendo y trató de alzarse sobre las puntas de los pies para buscar alguna cara amiga entre la multitud, sin apenas suerte. Una mano se cerró sobre su brazo y Mara escuchó una voz familiar a su espalda. Al girarse se encontró con la sonrisa de Kiara.

—¿Mara? ¡Creí que volvías a casa!

—Yo también —confesó Mara con tono taciturno.

—¿Ocurrió algo?

—Me aburría en Viendavales. Después de tantos años sin tiempo para descansar, mi cuerpo se había olvidado de lo que es no hacer nada. Al parecer no le gusta.

—Bienvenida entonces —dijo Kiara y la estrechó entre sus brazos.

Kiara había sido una de sus mejores amigas durante los años de estancia obligada en La Escuela y Mara era consciente de la desilusión que le había provocado el día que le dijo que volvería al oeste. Era una chica fornida, de pelo negro y corto y más alta que la mayoría de chicos. Tan corpulenta que pocos se atrevían a entablar un combate con ella y de una agudeza mental extraordinaria. Kiara quería convertirse en mentalista y Mara estaba segura de que llegaría a serlo sin demasiado esfuerzo.

—¿Quién más está por aquí? —preguntó Mara.

—Pues casi todos…. Lewis y Ezra, Tate, Otylia y Amilia, creo. Nomí se marchó al sur.

—Sí, lo sé, fuimos juntas hasta Astra. ¿Dónde están?

Kiara levantó la cabeza y buscó entre la multitud, cada vez más dispersa.

—Allí están Ezra y Tate —señaló—. Lewis quería probar suerte con el profesor Kolvak, de Brebajes. Cada año escoge a los cinco primeros aspirantes que consiguen superar sus pruebas y se marcha. Lewis quiere ser el primero en examinarse, así que habrá ido para allá corriendo. Otylia iba a intentarlo con el maestro sanador

Senén y Amilia no recuerdo, pero también tenía prisa.

—¿Tú a quién vas a ir a ver? —preguntó Mara.

—Maestro cronista Hondo.

—¿Cronista?

—Es de los mejores en el manejo del hacha y he oído que le gusta apostar en las peleas de Lanti's Cloe. Creo que le gustaré. ¿Tú?

Mara no tenía la menor idea. Había llegado a Villa Lumeni la tarde anterior, dejado su nombre sobre la cesta de aspirantes e ido a dormir. La elección del mentor era muy importante para alguien vestido con el blanco, algo así como tener un padre y una madre, un profesor y un entrenador encarnados en una sola persona. La mayoría de los aprendices decididos a ser aspirantes se pasaban los dos meses de la Deliberación Bimestral viajando de aquí para allá, investigando en las diferentes villas y haciendo preguntas en los callejones más sórdidos de Lanti's, todo con la esperanza de encontrar algún dato que los ayudara en la elección de su mentor. Los aspirantes llegaban a ese momento con las decisiones fijas en su mente. Mara no había tenido tiempo ni de leer la lista de los maestros que ofrecían su mentoría, mucho menos de saber nada de ninguno de ellos.

Disponía de solo un día para presentarse a las pruebas de cuantos mentores deseara. Caída la noche, podía lucir el broche de su mentor en la capa o ser huérfana. Largas colas de alumnos se extendían frente a las zonas asignadas de algunos maestros, con lo que cada aspirante podía esperar horas antes de que le llegara su turno. Los maestros más codiciados solían

ser los profesores de la villa y el resto dependían de la reputación que les precediera. Ser huérfano significaba ser un aspirante de segunda categoría.

—¿Alguna recomendación? —preguntó finalmente Mara con el gesto torcido.

Kiara sonrió y le dio un par de palmadas en el hombro.

—Eso depende —dijo—. ¿Alguna disciplina que te interese más?

Mara repasó sus opciones en silencio, sin decantarse por ninguna. Era una decisión importante. Mentalista, cronista, alquimista, brebajista, sanador y sanctorum. Las seis grandes disciplinas. Mara no tenía la menor idea de cuál estaba hecha para ella y cuál no.

—Eres de lo más desastre —le reprendió Kiara entre risas.

—¿Qué quieres que diga? ¡No pensaba volver! No pensé en qué no quería convertirme.

Continuaron avanzando hasta llegar al lugar donde Ezra y Tate discutían alguna cosa. Ezra era un chico de cuerpo esbelto, sonrisa fácil y pelo rubio. Era mestizo, con unos ojos que conseguían transmitir un encanto propio. El iris, de un azul intenso, se dejaba ver solo por debajo de la pupila formando un segmento circular. Era como si la zona del iris fuera un recipiente y el azul el agua en el fondo de él. Tate era una chica tan menuda como Mara, de piel oscura y dientes y encías grandes. Era una joven dulce y buena y también extremadamente tímida, como si una leve brisa pudiera acabar con ella.

Cuando vieron llegar a Mara se sorprendieron. Tate la abrazó y Ezra se rio.

—Sabía que volverías, señorita del oeste —comentó Ezra—. Tanto anirio esclavizado debe ser molesto a la vista.

—Ni te imaginas cuánto —respondió Mara con la voz apenada.

Conforme avanzaban por la villa se percataron de las largas colas que asomaban de algunos de los antiguos edificios. Algunas rodeaban los enormes porches y volvían a cruzarse, lo que provocaba gritos y empujones, aunque nada más. La violencia descontrolada no estaba bien vista entre aspirantes. Si dos de ellos querían pelear, solo tenían que decirlo, elegir el tipo de combate y pedir a algún monje de Ka'andra que observara el cumplimiento de las normas.

—Yo me quedo aquí, chicas —dijo Ezra, parándose en la cola de la profesora sanctorum Enara Stapel.

—¿Quieres vestir el negro? —preguntó Mara, con cierto tono de repugnancia.

—¡Oye! Me gusta la historia de los Tres y el estudio del alma. ¡Déjame en paz! ¿Qué quieres ser tú?

Mara se encogió de hombros, sacó la lengua y sonrió.

—Aún no lo he decidido.

Tate y Kiara se echaron a reír y Ezra arrugó la nariz. Entonces otro apirante les abordó por la espalda. Era un anirio de piel clara, pelo rasurado y altura considerable. Llevaba un broche dorado con forma de águila colgado sobre la capa. Mara apretó las mandíbulas y bajó la cabeza.

—Hola, Max —saludó.

—Creí que te habías ido a dar latigazos a los anirios de tu padre, Mara Wellington.

Su enemistad con Max era algo lejano en el tiempo y se reducía al apellido de la familia de Mara. Max era un anirio nacido libre en las islas, pero sus padres habían sido esclavos en el oeste. Fue durante los últimos años de la guerra, cuando los guardias, vigilantes y capataces de las granjas y plantaciones escaseaban, cuando habían conseguido fugarse, llegar al norte y emprender viaje a las tierras más progresistas que se conocían. Por

alguna razón, Max atribuía todo el sufrimiento de sus antepasados a los antepasados de Mara y, dado que ellos quedaban fuera de su alcance, tendía a pagarlo con ella.

—¿Y bien, señorita Wellington, a qué maestro intentará engañar para que sea su mentor? Ningún anirio, eso seguro.

—¡Venga ya, Max! —intervino Ezra—. ¡Deja de incordiar!

—¡Tú calla, mestizo!

—¿Así que me insultas por maltratar a los anirios y lo siguiente que haces es insultar a Ezra por ser un mestizo? Estás mal de la cabeza —objetó Mara—. ¿A quién le has robado el broche?

—Te gusta, ¿verdad? —dijo acariciando el metal—. Puedes acostumbrarte a mirarlo de lejos porque no creo que seas capaz de conseguir uno propio.

—No te pases, Max —defendió Kiara—. ¿De quién es?

—Del profesor mentalista Sairon Kote. —Una ola de perplejidad se extendió entre los amigos de Mara—. ¿Qué dices, Mara, crees que podrás conseguir el broche de algún profesor? —preguntó Max con sorna.

—Lo que estoy viendo ahora mismo es un burro adornado con un metal dorado. Imagino que cualquier otro burro podría conseguir el mismo adorno.

Max fue ensanchando la sonrisa conforme Mara hablaba, hasta terminar emitiendo una carcajada.

—¿Eso crees? ¡Muy bien! Te daré diez bronces si mañana amaneces con un broche de profesor en la capa. ¿Qué me dices, esclavista?

Mara frunció el ceño y sintió el sudor humedecer su espalda. Se estaba metiendo en un terreno muy peligroso del que le sería difícil salir indemne. Antes siquiera de plantearse aceptar el reto, buscó la forma de escapar de él sin mostrar cobardía ni vacilación.

—Lo que menos me apetece ahora es pasarme horas haciendo fila para que un profesor pueda hacerme preguntas.

—¿Así que no quieres hacer cola? —preguntó Max.

Su voz, su tono, su cara y su sonrisa escondían una trampa, pero Mara no la vio.

—No, no es algo en lo que piense dedicar todo el día.

—Porque si no fuera así, estoy seguro de que me machacarías, ¿verdad? Una chica del oeste como tú no perdería la oportunidad de humillar a un anirio como yo.

—Me importa bien poco cómo sean tus ojos, Max. No perdería la oportunidad de humillar a un imbécil como tú.

La sonrisa de Max se ensanchó, arrugó el rostro y abrió los brazos.

—Trato hecho, entonces. Diez bronces.

—¡Yo no he aceptado nada! —protestó Mara.

—Así lo veo yo, esclavista. La fila de la profesora alquimista está vacía. Puedes ir y hacer su examen ahora mismo. Si lo haces, aceptas la apuesta. Si no lo haces quedas como lo que eres. Una cobarde y una fanfarrona.

Por la cabeza de Mara desfilaron numerosas ideas para demostrar que no era ni cobarde ni fanfarrona, pero todas ellas tenían el mismo problema. Max terminaría bajo las manos de un maestro sanador y Mara en una sala dando explicaciones. La única opción que le quedaba era aceptar la apuesta y arriesgarse con la profesora de Alquimia. Solo dudó un momento al recordar que antes de su partida a Viendavales la profesora alquimista era en realidad un anciano profesor alquimista. ¿Pero qué importancia podía tener?

—Trato hecho. Diez bronces —confirmó tendiéndole la mano.

Max se la estrechó. Apretaron y soltaron. Apenas un segundo. Luego se separó de ellos, comenzó a reírse como si hubiera descubierto el humor

aquella misma mañana y se alejó.

—Mucha suerte, princesita —dijo entre risas.

—¡Menudo imbécil! —exclamó Mara cuando le perdió de vista. Al girarse hacia Kiara supo que algo no iba bien—. ¿Qué?

—¿Estás loca, Mara?

Mara se encogió de hombros. No entendía nada.

—No tiene ni idea de lo que ha hecho —dijo Ezra.

—¡Ay, madre! —comentó Tate.

Mara miró a uno, luego al otro y explotó.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué se supone que he hecho?

—¿Sabes quién es la nueva profesora de Alquimia?

Mara asintió.

—¿La mujer de piel negra y capa plateada que estaba en la ceremonia de iniciación?

—¿Sabes quién es? —repitió Kiara. Mara negó con la cabeza, cansada de tanta pregunta—. Es Siara Roscharch.

Entonces el mundo de Mara se detuvo.

—¿Qué? —preguntó asustada y perpleja—. ¿La maestra Siara Roscharch? ¿La mujer de Aleyn, el traidor? ¡No me fastidies, Kiara! —dijo Mara—. ¿Por qué no me lo habéis dicho?

—Parecías muy dispuesta a ir con todo. ¿Lo siento?

—Ahora entiendo por qué no hay nadie en la fila. ¡Siara Roscharch!

—Dicen que desde que ejecutaron a su marido está desquiciada. Que perdió la cabeza. Dicen que es peligrosa —advirtió Tate.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kiara.

Mara les miró con ira en los ojos, aunque en el fondo sabía que la culpa había sido suya y solo suya. Dejarse engañar por Max. Había caído en el pozo más estúpido en el que se podía caer.

—Lo hecho, hecho está. No pienso darle esa satisfacción. Deseadme suerte.

Empezó a caminar, ante el asombro de sus amigos. Ninguno intentó detenerla. Ninguno le dijo nada. Por un segundo, Mara les odió por eso. Ahora ya no podía parar. Por mucho que le temblaran las piernas, estas seguirían avanzando hasta colocarla frente a la profesora alquimista Siara Roscharch. El solo hecho de pensarlo ya la aterrorizaba.

Se internó en la oscuridad del edificio, avanzó por un pasillo desnudo y atravesó una puerta entreabierta. Una enorme sala apenas iluminada se extendía ante ella. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas opacas, impidiendo que ni un solo rayo de luz se colara en la estancia. Mara entrecerró los ojos y esperó unos segundos para acostumbrarse a la oscuridad. Frente a ella la sala fue perfilando sus contornos y, en cuestión de segundos, Mara fue capaz de verla en su totalidad. Era una sala rectangular, con ventanas a ambos lados y una profundidad considerable, suficiente para albergar a docenas de personas. Al igual que en el pasillo, no había rastro de decoración u ornamentos. Mara sabía que aquella era la sala que se utilizaba para las clases de Alquimia, aunque la había imaginado repleta de artilugios interesantes. Lo único que había era una enorme mesa de madera oscura y una silla. Y sobre la silla la profesora de Alquimia.

Siara estaba inclinada sobre la mesa, atenta a sus manos y al dibujo al carboncillo que estaba delineando con la ayuda de sus dedos. Mara, desde la entrada, titubeó, echó una ojeada a su espalda y decidió avanzar. O lo hacía o echaba a correr. Y estaba cansada de huir.

—¿Profesora Roscharch? —dijo plantada en mitad de la sala.

La profesora continuó concentrada en su dibujo. En ese momento extendía una gota de polvo de carbón por el borde del lienzo. Lo hacía con

mimo y delicadeza y Mara se vio invadida por una extraña sensación de calma y paz. Sacudió la cabeza y avanzó otro par de pasos.

—¿Hola?

La profesora encogió los dedos y apartó las manos del dibujo. Lentamente levantó la cabeza y observó el cuerpo de Mara. Fue más que un vistazo, fue un interrogatorio a cada partícula de su ser. La mirada de Siara se detuvo en el verde de los ojos de Mara, hizo una mueca de disgusto y volvió a bajar la cabeza.

—¿Nombre? —preguntó.

—Mara Wellington, profesora.

La cabeza se levantó de nuevo. Una ligera chispa había nacido y muerto en los ojos de la profesora en cosa de un segundo.

—¿La hija de Deian Wellington?

La frente de Mara se tensó, negó con la cabeza y susurró.

—Ya no.

—¿Cómo dices, niña? —dijo Siara, elevando a propósito el volumen de su voz—. ¿Tu padre es Deian Wellington?

Algo en el tono de la profesora le indicó a Mara la necesidad de no dar una respuesta ambigua.

—Así es, profesora.

—Un hombre rígido, ambicioso, narcisista y cruel —opinó, sin dejar de evaluar cada mínima reacción de Mara, quien se mantuvo impasible—. La prueba ha terminado. Puedes irte.

—¿Disculpe?

—Puedes irte, niña. No serás mi protegida. Buenos días.

—¡Pero no me ha hecho ninguna pregunta!

Las palabras salieron solas de la boca de Mara, en un volumen y con un tono claramente irrespetuoso. Se arrepintió cuando vio temblar la

mandíbula de la profesora.

—Ni siquiera mínimamente observadora. Te he hecho dos preguntas, he tenido que repetir una de ellas y la respuesta que has dado para ambas ha sido inadecuada. Ahora largo.

—¿Por qué? ¿Por qué ha sido inadecuada? —insistió Mara.

Era consciente de que no debía insistir, de que debía dejarlo correr y marcharse, pero no podía. Se había ido de su casa a los once años, se había marchado de La Escuela a los dieciocho y se había vuelto a marchar de Viendavales una semana después de llegar. Si continuaba marchándose se quedaría sin ningún sitio al que ir. Ahora estaba frente a la profesora de Alquimia y, sin razón alguna, no quería irse.

—Eres la hija de un hombre influyente, un héroe de guerra y un esclavista. Creciste en una enorme casa repleta de criados y sirvientes. Antes de llegar aquí no sabías cocinar, ni coser, ni mucho menos luchar. Tu destino era casarte con algún pobre diablo y engendrar un par de criaturas. Todo en ti es inadecuado, niña, empezando por tu apellido— sentenció Siara, segura de sí misma—. Ahora, largo.

Siara indicó a Mara que se marchara, apartando su atención de ella y volcándola sobre su dibujo. Mara no se movió. Solo tembló, consumida por una rabia ciega.

—¡No! —gritó.

—¿Disculpa?

—Mi padre es una mala persona. Puede ser rígido, ambicioso, narcisista y cruel. Puede ser un asesino. Ha sido mi padre durante dieciocho años y durante todo ese tiempo ha destruido gran parte de las cosas que amaba. No dejaré que siga haciéndolo. Así que lo siento mucho, pero si quiere que me vaya tendrá que darme razones más convincentes que mi apellido.

Por la cara de la profesora cruzó un rayo de enfado, pero también de algo más. Apartó la silla de la mesa y se puso en pie. A Mara le sorprendió ver que la envergadura de Siara era muy similar a la suya.

—Niña, tú no quieres conocer esas razones. Hazte un favor y márchate, ¿quieres?

Mara permaneció en su sitio, sin sombra de duda, sin titubeos o vacilaciones, sin temblores.

—No —repitió.

Siara suspiró.

—Está bien, niña. ¿Quieres razones? ¿Qué armas sabes usar?

—La espada —respondió Mara.

Siara torció el gesto.

—Vaya… —dijo—. Aquí solo hay un palo. —Siara señaló hacia su izquierda y Mara vio un palo largo apoyado sobre la pared. No lo había visto al llegar—. Yo cogería esa arma, niña. Tu oponente ya está armada.

La profesora abrió la capa plateada y extrajo un cilindro de un brazo de longitud. Lo sacudió un par de veces y los extremos se extendieron, hasta formar un palo más alto que un hombre. Era de madera oscura y resistente, con dibujos tallados sobre su superficie.

Al tiempo que la profesora rodeaba la mesa, Mara se acercó a la pared lateral y agarró el palo que allí descansaba. Era duro y ligero, tan alto como el de la profesora, pero mucho más básico. No había nada grabado. No podía extenderse. Era solo un palo. Mara lo agarró con ambas manos, sopesó su equilibrio y lo apoyó sobre su pecho y su hombro, con una punta tocando las piedras del suelo y la otra apuntado al cielo. Siara se acercó a ella y se detuvo a unos tres metros.

—¿Por qué quiere ser alquimista, señorita Wellington?

Al oír la pregunta, Mara se hizo otra. ¿Quería ser alquimista? Antes de que pudiera responder a ninguna de las dos, la punta del palo de la profesora se le clavó en la tripa. Los pulmones expulsaron el aire con violencia y Mara cayó de rodillas. El palo de la profesora giró en sus manos y la punta opuesta a la que había golpeado a Mara se acercó en un movimiento ascendente. Golpeó la barbilla y Mara cayó de espaldas. El palo se desprendió de su mano.

—Respuesta inadecuada, cariño —calificó Siara, sonriendo—. Y yo no soltaría el palo. Tu oponente continúa armada.

Con esfuerzo y dolor, Mara se levantó, agarró el palo y lo interpuso entre ella y la profesora. Lo mantenía cruzado en diagonal frente a su cuerpo, pero no estaba segura de que fuera la guardia correcta. ¿Cómo podía estarlo? Aquella era la primera vez que utilizaba un palo como arma.

—¿Qué es la alquimia? —preguntó Siara.

—Es la disciplina encargada de estudiar los cambios en la esencia de los objetos, de forma que, al cambiar dicha esencia, se cambia su estado, su función, su forma.

—Respuesta correcta —dijo Siara—. Esa es la definición del maestro Gü.

Mara asintió y, aunque le dolía la barbilla, la mandíbula y la boca, consiguió sonreír.

El palo de la maestra aceleró y barrió los pies de Mara, llevándola nuevamente al suelo y haciéndole perder el arma.

—No obstante, es una respuesta inadecuada —añadió Siara—. Coge el palo, niña, y no lo sueltes.

Mara se levantó con energía, ignorando el dolor que le recorría el cuerpo entero. Recogió el palo y se preparó. No importaba cuáles fueran sus respuestas, Siara le golpearía después de cada una de ellas, así que debía

estar preparada. Flexionó las rodillas, giró su cuerpo hasta colocarlo de lado a Siara y apuntó con el palo hacia su oponente, como si fuera una lanza.

Siara sonrió y comenzó a caminar en círculos, dejando a Mara en el centro.

—¿Cuál es la ley universal de la conservación de la materia?

Mara conocía la respuesta. Era una pregunta sencilla.

—La materia no se crea ni se destruye, solo se transforma.

En cuanto terminó de hablar, Siara atacó, pero Mara estaba preparada. Esquivó el primer golpe, alejando la cabeza, y detuvo el segundo, directo a las costillas.

—Sin embargo, un alquimista es capaz de violar esa ley. ¿Cómo lo hace?

—No lo hace —respondió Mara, más concentrada en el siguiente golpe que en dar la respuesta correcta.

Siara no atacó. Detuvo su movimiento y frunció el ceño.

—¿Entonces cómo es que hacemos lo que hacemos? —preguntó.

Era una trampa y Mara lo sabía. Lo único que la profesora pretendía era hacerla meditar, distraerla del combate y golpearla entonces. Mara respondió, pero ni siquiera pensó en lo que decía.

—La materia se relaciona con la energía. Un alquimista puede influir en las energías y por tanto en la materia. Actúa como recipiente. Extrae y entrega energía.

Siara la atacó, pero Mara volvió a defenderse y aguantó en pie. Entonces se sucedieron preguntas y respuestas, ataques y defensas. La profesora de Alquimia le preguntó sobre las leyes fundamentales de la alquimia, sobre la extracción del poder, sobre las propiedades alquímicas de algunos elementos, plantas y objetos. Le preguntó por fórmulas de brebajistas, por historia antigua, por la percepción de los colores y su

importancia. Mara respondía sin dudar ni pensar. Imaginaba que a veces acertaba y otras no. La velocidad fue en aumento hasta que el combate dejó de detenerse en las preguntas, por lo que las dos mujeres comenzaron a gritar para oírse por encima del ruido de la madera al chocar. Mara esquivaba algunos golpes, paraba otros y encajaba el resto. Siara era demasiado rápida y diestra para luchar contra ella. Incluso centrada en defender, recibía más golpes que los que conseguía evitar. Pero ninguno consiguió llevarla al suelo de nuevo y no volvió a perder el arma.

Después de una buena respuesta acerca de los usos básicos del oro en la elaboración de pociones alquímicas, Siara le preguntó:

—¿Por qué quieres ser alquimista?

Mara dudó y Siara no perdonó. Golpeó la corva de la pierna derecha de Mara y esta apoyó la rodilla, entre gemidos de dolor. Luego golpeó sobre los dedos de una de las manos que agarraba el palo. El golpe fue fuerte y seco, y los huesos de tres dedos se hicieron astillas. Mara se ahogó entre gritos. Finalmente, recibió un duro golpe en la parte posterior de la cabeza y su cara se estrelló contra el suelo. Mara tosió sangre al caer y soltó el palo.

—Respuesta inadecuada, niña. Y has soltado el palo —dijo Siara decepcionada—. Muy bien, última oportunidad, si la quieres. La próxima vez que caigas al suelo o sueltes tu arma habremos terminado. Con eso tendrás suficientes razones para largarte por fin. —Dio un par de palmas y dijo—. ¡En pie, vamos, niña Wellington!

Desde el suelo, Mara alargó el brazo, buscó el palo y cuando lo encontró cerró su mano sobre él. Era la mano que tenía los tres dedos rotos. Le ardían, pero aún le obedecían. Mara sentía que por sus venas corría algo más que sangre. Era la misma sensación que había tenido la noche del levantamiento, cuando había golpeado a su padre. Solo que entonces tuvo que contenerse. Ahora no tenía que hacerlo.

Se puso en pie, ayudándose del dolor para mantenerse erguida. Miró a la profesora, levantó el palo por encima de su cabeza y lo bajó. Lo estrelló contra su rodilla y el palo se partió en dos, con un corte casi limpio en los extremos. Mara puso cada parte en una mano y sonrió. Ya no tenía un palo. Ahora tenía dos espadas.

Siara frunció el ceño, entre curiosa y divertida. Se puso en guardia y entonces, por primera vez, Mara atacó.

El combate había cambiado. A Mara había dejado de interesarle el examen, la maestra y su dolor. Solo quería ganar. Y Siara había dejado de jugar. En un comienzo intentó tantear las habilidades de su oponente, pero, tras casi ser alcanzada por un par de golpes muy bien dirigidos, se olvidó del tanteo y empezó a esforzarse. Segundos después, las dos mujeres, una con más del doble de edad que la otra, una de piel oscura y capa plateada, la otra de rojos cabellos y capa blanca, se enzarzaban en una lucha frenética, con movimientos invisibles y embates mortales.

Mara era rápida, escurridiza e inteligente. Nunca atacaba sin asegurarse la próxima defensa y rara vez dudaba. Pero, a pesar de ello, aún era joven e inexperta y, al cabo de un minuto, Siara empezó a ver los huecos, percibió los errores y empezó a predecir sus movimientos. Cuando ya creía tener el combate bajo control, Mara la sorprendió. Dejó la cautela a un lado, desplazó su cuerpo hasta perder el equilibrio y atacó desde aquella precaria posición. Siara quiso apartarse, pero una de las espadas de madera le alcanzó en el hombro. Miró a Mara con fuego en los ojos.

—Se terminó la prueba —dijo.

Se acercó, empezó a girar el palo a tal velocidad que parecía estar cortando el viento e inició un ataque inclemente. Mara le hizo frente, al principio con confianza, luego con miedo. En cuatro movimientos Siara le rompió la muñeca derecha y le arrebató esa espada, golpeó sus piernas, su

pecho y finalmente giró sobre su cuerpo, cogió impulsó y soltó el palo sobre el rostro de Mara. Su cuerpo salió volando. La sangre inundando su boca.

Cayó al suelo y todo se volvió oscuro.

OceanofPDF.com



El cuartel general del batallón de Viendavales se situaba en el este de la ciudad y era, en sí mismo, una pequeña ciudadela, bien protegida por altos muros de piedra y lo bastante alejada del centro como para no interferir en la vida de sus ciudadanos. En su interior se encontraban los aposentos de los oficiales superiores, cuarteles para la tropa, un pequeño mercado, un par de burdeles, cuatro tabernas e inmensos patios de armas donde reunir a la soldadesca.

El mando estaba dividido entre los seis comandantes de Viendavales, y cada uno tenía asignada una función que cumplir. Tres de ellos se encargaban de la seguridad al sur del condado, con lo que el grueso de la tropa solía estar ausente. Los tres restantes tenían como objetivo mantener la paz en los alrededores de Viendavales, así como dar apoyo al cuerpo de alguaciles de la ciudad.

Desde hacía algunos meses la ciudadela tenía un séptimo comandante, Rommel Edvard, con una sola misión asignada: encontrar y eliminar al hombre conocido como Inferus. Para ello, el alcalde y el gobernador le habían proporcionado un capitán y treinta soldados. Viendo a sus hombres entrenar por primera vez la lucha con espada supo que el resto de los comandantes habían utilizado su llegada para deshacerse del peso muerto

de sus batallones. Durante aquellos meses había progresado mucho en su adiestramiento, pero cuando les miraba aún le parecían niños jugando a ser guerreros. La única pieza que sentía valiosa de aquel equipo era el capitán Gael, aunque habían tenido que transcurrir varias semanas antes de que su actitud fuera la adecuada. Rommel le comprendía. A ningún oficial le gustaba que le apartaran de sus hombres y le escupieran bajo el mando de cualquier comandante extranjero. Durante los primeros días se había mostrado hostil, hasta el punto de rozar la insubordinación en varias ocasiones. Sin embargo, desde el levantamiento su actitud había mejorado.

Durante un combate de entrenamiento uno de sus hombres tropezó y cayó en un fallido intento de esquivar un golpe. Rommel se llevó los dedos a los ojos y se los frotó. Escuchó una risita a su lado.

Niara, su esclava, observaba al comandante y, aunque trataba de ocultarlo, no conseguía dejar de reír. El comandante le clavó la mirada y la cogió del brazo.

—Deja de reírte —le ordenó.

—Son tan patéticos —respondió Niara.

—Lo son, pero si ven que te ríes de ellos tendré que castigarte, así que déjalo.

Niara bajó la cabeza y apretó la mandíbula.

—Como mande, amo —dijo entre dientes. Aspiró lentamente el aire y frunció el entrecejo—. Ahí viene tu capitán.

El comandante miró en todas direcciones, sin ver a nadie. Unos segundos después apareció Gael, con paso rápido y firme y la cara desencajada. Sus dedos se cerraban sobre un pergamino enrollado.

Rommel se aproximó más a Niara.

—Eso ha sido increíble —comentó y Niara sonrió—. Ahora mantén esa boca cerrada y los ojos clavados en tus pies. Eres una aniria y eres una

esclava, recuérdalo.

Se separó de ella y la fulminó con la mirada.

—¡Comandante! —exclamó Gael cuando llegó a su altura, saludó y le tendió el pergamino que llevaba en la mano—. De la oficina de alguaciles, señor.

Rommel desenrolló el papel, leyó su contenido y volvió a enrollarlo. Se lo devolvió a su capitán.

—¿Los alguaciles se han llevado los cadáveres?

—Sí, señor.

—¡Maldito Roshan! —dijo entre susurros, cerrando los puños y con el gesto contraído—. ¿Cuál es la versión oficial?

—Deudas y una rencilla por una pelea de taberna.

Al comandante casi le entraron ganas de echarse a reír, aunque se contuvo al ver el gesto impertérrito de su capitán.

—¿Encontraron los eslabones?

—Al lado de los cuerpos, señor. Fue la razón de que nos informaran.

—¿Qué más le han dicho? ¿Algún testigo?

Gael negó con la cabeza, el gesto resignado.

—Desde arriba les han ordenado no interrogar a nadie, salvo que un ciudadano se presente de forma voluntaria. Y aun así no creo que lo hicieran.

—¡Maldito Roshan! —repitió Rommel.

Eran las víctimas número dieciséis, diecisiete y dieciocho del Inferus desde la noche del levantamiento. Aquel día el comandante y sus treinta hombres habían interrogado a decenas de anirios. La información había volado desde ahí, hasta los columnistas y después directa a la población y a la oficina del alcalde. La noticia no había gustado. La definición del alcalde para describir las actuaciones de Rommel fue «alertar sin causa suficiente al

conjunto de la población» y las consecuencias de hacer tamaña estupidez eran, según dijo, incitar a la violencia, a los disturbios y comprometer la seguridad de la ciudad. El comandante sabía que lo único que podía verse comprometido eran las futuras elecciones a gobernador.

No podían degradarle ni tampoco apartarle de la investigación, pero le habían limitado sus movimientos hasta tal punto que Rommel se asfixiaba. Aguantó en silencio apenas una semana, mientras el número de esclavistas asesinados y el de anirios fugados continuaba ascendiendo. Aquello había llevado a que las calles de la ciudad donde era más probable que el Inferus actuase se patrullaran desde la caída del sol hasta el amanecer. No era suficiente para evitar sus asesinatos, pero era mejor que no poder hacer nada.

—Señor, diez hombres patrullando las calles no son suficientes. Los asesinatos continúan —advirtió Gael. La cabeza de Rommel se movió de arriba abajo, con el ceño fruncido—. Deberíamos avisar a la población, a los mercaderes de esclavos y defenderlos directamente a ellos. Establecer toques de queda. Poner carteles y ofrecer una recompensa a cualquiera que nos dé información que nos ayude a caer sobre ese malnacido.

Las palabras del capitán salían envueltas en rabia, pero no carecían de respeto. Rommel lo comprendía y lo valoraba. Un buen capitán decía verdades. Un buen comandante ocultaba mentiras. La diferencia suponía un abismo entre aquellos dos hombres.

—Cumplimos órdenes, capitán. Respetamos la cadena de mando. Puede no gustarnos, pero no podemos hacer nada.

El capitán cerró los ojos y bajó la cabeza. Una profunda decepción recorría su cuerpo.

—¿Puedo hablar con franqueza, señor?

—Adelante, capitán.

—No me gustó cuando me apartaron de mis hombres y me colocaron bajo su mando. No me gustó que un oficial extranjero viniera a encargarse de los asuntos del oeste. Me pareció un insulto —confesó, ante la atenta mirada de Rommel—. Pero luego le vi trabajar. Le vi entrenando a los muchachos, interrogando a los testigos y charlando con altos cargos. Nunca se altera y por lo general consigue que todos le obedezcan. Ha ganado el respeto de mis hombres y también él mío, señor.

—Gracias, capitán —dijo Rommel.

—Aunque lo está perdiendo. Lo siento, señor, pero es la verdad. Se ha dejado pisar por el alcalde y mientras tanto los cadáveres que deja ese asesino continúan aumentando. ¿Hasta cuándo va a estar parado, señor?

Las comisuras de la boca del comandante se ensancharon en una mueca casi de ternura.

—Le agradezco su sinceridad, capitán —respondió—. Como ha dicho, soy un oficial extranjero a cargo de los asuntos del oeste. No crea que no reflexiono en lo que piensa, capitán, porque lo hago. Pero a veces la mayor virtud de un mando es la paciencia. El tiempo coloca todo en su lugar. El Inferus no se detendrá. La amenaza seguirá creciendo y finalmente el alcalde y el gobernador se verán forzados a intervenir.

—Y, entretanto, ciudadanos honrados seguirán siendo asesinados con total impunidad —susurró el capitán.

—Así será, me temo. —El capitán suspiró. Su cuerpo exhalaba impotencia—. Pero tiene razón, Gael. No podemos permanecer a la espera. No podemos hacer mucho, pero algo sí. Escuche, quiero que se lleve a tres hombres a la oficina del alguacil y moléstelos. Hágales todo tipo de preguntas y asegúrese de que nuestra presencia hace eco en la oficina del alcalde.

—Los alguaciles de Viendavales son los perros del alcalde, señor. ¿Cree que servirá de algo interrogarles?

—¿Para atrapar al Inferus? Desde luego que no. Pero aumentaremos la presión de aquellos con los recursos para hacerlo. Llegado el momento, sacudiremos esa olla y veremos qué sale de ahí dentro. ¡Vaya!

El capitán se cuadró y se llevó la mano al esternón.

—Comandante —dijo, dio media vuelta y comenzó a marcharse.

Rommel se giró hacia Niara y se encogió de hombros.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Parece un buen soldado y tiene razón. Necesitamos que el Inferus sea mucho más conocido.

—Y lo será. Ten solo un poco de paciencia, Niara. Sabíamos que esto no sería ni rápido ni fácil. Continuemos avanzando con cautela e inteligencia.

Niara bufó.

—¿Te has encargado de la maestra?

—¿De Allyson Lumeni? Sí, está solucionado —respondió Rommel.

—¿Cómo?

—Alteré su mente. Se mantendrá alejada.

—¿Cómo? —insistió Niara.

—Le insinué que sabía que Aleyn estaba vivo. Le insinué que sabía que había mentido sobre el hecho de haberle dado muerte y que todo lo que dijo no fueron más que absurdas invenciones. Le dije que era una cobarde y que no necesitaba la ayuda de alguien como ella.

Niara enarcó las cejas y silbó.

—¿Se cabreó?

—Y no solo eso. Parecía aterrorizada cuando se lo dije, aunque intentaba ocultarlo. Ella es la persona que más sufriría si se supiera la

verdad. Se mantendrá alejada. No pensará en nosotros, ni tampoco en el Inferus. No debería darnos ningún problema.

—Eso espero, porque si lo hace…

—Si lo hace, será un problema. Confiemos en que sea la incompetente que todo el mundo dice que es.

OceanofPDF.com



La luz de la conciencia fue abriéndose paso en la mente de Mara y con ella llegó el dolor. Cadenas con púas de acero deslizándose alrededor de cada músculo, hueso y víscera de su cuerpo. Desde la cabeza a los pies. Al tratar de mover la mano, los huesos de los dedos aullaron. Cuando intentó mover el brazo, un nuevo martillazo le golpeó la muñeca rota. La boca aún continuaba impregnada del sabor metálico de la sangre. Uno de sus ojos estaba completamente cerrado e imaginaba que toda su cara estaría hinchada y deforme. No habría rastro de sus mofletes sonrojados, de sus labios carnosos ni de su barbilla redondeada. Tenía el cuerpo repleto de feos cardenales y algunas costillas debían estar fisuradas o rotas. Pero, cuando por fin abrió el único ojo que aún respondía a sus órdenes, todo su dolor físico desapareció y una oleada de sufrimiento emocional la invadió. Era de noche. Las pruebas de todos los maestros para seleccionar a sus protegidos habían concluido. Mara no había conseguido el broche. Era una huérfana.

Cerró el ojo con fuerza y una lágrima se abrió paso entre la suciedad y la sangre de su rostro. Tragó saliva y se obligó a serenarse. De nada le serviría derrumbarse ahora.

Tras unos minutos de incesante llanto logró controlar sus emociones y se armó de valor para intentar ponerse en pie. Fue una maniobra lenta y

penosa. Cada músculo estallaba en mil pedazos cuando intentaba moverlo y pese a ello no podía parar, porque entonces volvería a caer y ya no se levantaría.

Cuando casi había conseguido arrodillarse, tropezó con un trozo del palo. Evocó el recuerdo de la lucha y se sintió orgullosa, aunque no entendía por qué. Cogió el pedazo de madera y, con su ayuda, logró ponerse en pie y comenzó a caminar, avanzando un pie, apoyando el palo sobre el suelo y avanzando después el otro. Una procesión de lamentos.

Al salir a la calle miró al cielo y se encontró con todas las estrellas alumbrándola. No había nadie por las calles de la villa, así que supuso que todos sus compañeros estarían descansando ya en sus barracones. Mejor así. No quería que la gente la viera en ese estado. Se sentía incapaz de soportar tanta vergüenza.

Con paso lento pero cada vez más seguro, se dirigió al sanatorio y una vez allí no le hizo falta decir nada. La capa blanca que aguardaba en la entrada corrió a socorrerla, evitó que cayera al suelo y la acompañó hasta una de las camas.

—Iré a buscar al maestro Senén.

Mara cerró los ojos y se dejó llevar por el tacto de aquellas sábanas limpias. Despertó al oír su nombre y se encontró con el mismo aspirante frente a ella.

—El maestro Senén está ocupado. Vendrá en cuanto pueda. Entre tanto, me ha dicho que comience valorando las heridas.

Mara asintió y, aunque notaba la boca seca y amarga, se obligó a hablar.

—Tengo varios dedos rotos y la muñeca también. Quizá una o varias costillas, aunque es posible que se trate de una fisura. Golpes en las piernas, los brazos, el tronco y, bueno, la cara. ¿Qué aspecto tengo? —preguntó. El

chico, unos años mayor que Mara, titubeó en su respuesta y luego le lanzó una dolorosa sonrisa—. ¿Tan mal? —dijo a punto de echarse a llorar.

—¿Quién te ha hecho esto?

—La profesora Siara Roscharch.

El chico abrió mucho los ojos y emitió un silbido musical.

—Así que eres tú, ¿eh? ¿Mara Wellington?

Mara levantó la cabeza extrañada al oír su nombre en boca de un completo desconocido y luego se arrepintió, cuando toda su espalda protestó por el movimiento. El chico se alejó de la cama y regresó con un vaso de agua. En el poso se apreciaban unos restos de medicina. Dado que Mara no podía levantar el brazo y sostener un vaso, permitió que aquel chico le diera de beber.

—Con esto se reducirá el dolor.

—¿Cómo sabes quién soy? —preguntó Mara.

—Tu nombre ha sonado hoy por toda la villa. Dicen que fuiste la primera y la última en presentarse a la prueba de la nueva profesora alquimista. Nadie te ha visto durante todo el día —dijo y luego añadió—: Ahora entiendo por qué.

—¿Lo sabe todo el mundo?

—¿El qué?

—Que me presenté y no pasé las pruebas. Que soy una huérfana.

El chico miró al suelo, incómodo.

—No —respondió—. Nadie sabía dónde estabas.

Aquello debería haberla hecho sentir un poco mejor, pero no fue así.

—Da igual. Ya se enterarán.

El chico chasqueó la lengua, se frotó las manos y decidió ignorar ese último comentario. Apartó la sábana del cuerpo de Mara y agarró unas tijeras.

—Lo siento, pero tendré que cortarte la camisa y los pantalones.

Mara se encogió de hombros, apartó la mirada y dejó trabajar al aspirante a sanador. Al poco estaba desnuda. Su cuerpo era un cuadro de colores que variaban entre el casi negro, el amarillo y el morado. Tragó saliva y logró capturar una furtiva lágrima con el párpado.

—No es tan malo, ¿sabes? —le animó el chico.

—¿Qué?

—Digo que no es tan horrible ser huérfano durante tu primer año como aspirante. Los mentores están bien, pero no son imprescindibles para convertirse en un buen maestro.

Era la estupidez más grande que Mara había oído y le importaba bien poco que aquel chico solo quisiera consolarla.

—¿Fuiste huérfano? —preguntó Mara, los dientes apretados.

El chico negó con la cabeza. Mara quiso aguijonear aquel filón, pero se contuvo. No necesitaba más enemigos. No esa noche. Sin embargo, ninguno de los dos volvió a decir una palabra hasta que el maestro sanador Santro Senén apareció. Era un hombre de piel oscura, ojos grandes, bajo, gordo y con el pelo blanco. Unos anteojos se apoyaban sobre su nariz.

Al ver a Mara se sorprendió de su estado y sonrió con dulzura.

—Ay, Siara —susurró exhalando—. Bien, señorita, perdona el retraso. Hoy soy el único maestro que atiende heridos y el maestro cronista Kerwin tiene la mala costumbre de jugar con los aspirantes a su mentoría a «quita el huevo a la serpiente». Sería una buena prueba si no utilizara cobras para hacerlo. En fin, señorita, veo que tienes varios huesos rotos y algunos músculos que desearían estarlo. Veamos qué podemos hacer contigo.

El maestro se aproximó a la camilla y examinó cuidadosamente su cuerpo. Había tanta profundidad y profesionalidad en su mirada que Mara

apenas fue consciente de que estaba desnuda. Al concluir su examen, el maestro suspiró y torció la cabeza.

—¿Me recuperaré?

El maestro se extrañó por el tono lastimero de la pregunta y ensanchó una sonrisa.

—Estás en un sanatorio de La Escuela, señorita. Es una pregunta de lo más ofensiva —dijo—. ¿Estás preparada?

—¿Preparada? —preguntó Mara.

Senén colocó sus manos sobre la muñeca rota de Mara y un dolor cien veces más insoportable que lo que hasta ahora había aguantado le atravesó el cuerpo, bañándolo en un sudor frío. Al principio sintió cómo sus huesos se movían y luego como si una reacción térmica los fundiera de nuevo. Cuando el maestro separó sus manos, el cuerpo de Mara chorreaba, aunque sentía la muñeca recuperada. Aún le dolía, pero ya podía moverla.

—¿Repetimos? —preguntó el maestro.

Mara asintió y dejó que Senén repitiera el doloroso proceso con sus dedos. Cuando concluyó, Mara hiperventilaba.

—Tienes un par de costillas fisuradas, pero no puedo aplicarte esta cura más. Aún estás muy débil. Este joven te extenderá un ungüento por todas las heridas, lo que acelerará su curación. Yo iré a verte mañana para encargarme de esas costillas. La cara es delicada. Tienes cortes e hinchazones. Al salir recuerda llevarte una mascarilla de esencia de chía y linaza y extiéndetela antes de dormir. Te aviso. Los primeros treinta minutos con ella en la cara harán que quieras arrancarte la piel. No lo hagas. No la toques. Si aguantas con ella toda la noche mañana parecerá que la paliza te la dieron hace meses. Por lo demás, nada de combates durante al menos dos semanas. Así tendrás más tiempo para centrarte en las clases.

—Gracias, maestro.

Senén asintió y sonrió. Veía en Mara algo que le gustaba.

—¿Conseguiste el broche? —preguntó. Mara negó con la cabeza—. Una lástima. Si hubieras aparecido por aquí hace unas horas… Bueno, quizá el año que viene —dijo y comenzó a marcharse—. Recuerda, los treinta primeros minutos son los peores. Después te acostumbras.

Cuando el maestro se hubo marchado, el aspirante extendió el ungüento por todo el cuerpo de Mara sin decir palabra, la tapó con la sábana y le dijo que iría a buscar algo de ropa para prestarle.

Tardó en regresar más de veinte minutos y, para cuando lo hizo, Mara volvía a sentir que podía caminar. El dolor, tanto el generalizado como el localizado, se había diluido y ahora solo era un molesto zumbido en sus oídos.

—¿Te ayudo a vestirte?

—No, gracias. Puedo sola —negó Mara, cogiendo el bulto con la ropa. Pantalón de cuero y camisa de lana. La ropa oficial de La Escuela. Exactamente igual que la que le habían destrozado.

Se vistió con cuidado, controlando los movimientos más comprometidos, y cuando se sintió capaz, se puso en pie.

—¡Bien hecho! ¡La cura funciona! —observó el aspirante—. Aquí tienes la mascarilla que te ha dicho el maestro y esto es un bocadillo de salmón. —Mara alargó el brazo y cogió ambas cosas, extrañada por la comida—. Imaginé que no habías comido nada desde el desayuno. Es pasada la media noche. Te vendrá bien llenar el estómago.

De camino a su barracón se comió el bocadillo, con una voracidad inusual en ella. Al terminar pensó que podría comerse diez más como aquel sin pestañear, pero al ver perfilarse el edificio donde dormía se olvidó de su estómago y se dio cuenta de lo cansada que estaba. Abrió la pesada puerta, ayudándose del escaso peso de su cuerpo y avanzó por la penumbra hasta

encontrar su nuevo camastro. El resto de sus compañeros, tres docenas, chicos y chicas, dormían a pierna suelta, ajenos a su presencia. Colgadas junto a sus camas estaban las capas blancas y Mara se percató de que en casi todas ellas había un broche. Mara había perdido la oportunidad y todo por dejarse llevar por una apuesta estúpida. Y entonces se vino abajo. ¡La apuesta! No se había acordado de la apuesta. Debía a ese engreído de Max diez bronces y tendría que pasar los próximos días soportando sus burlas y humillaciones. No se le ocurría ningún comienzo peor que aquel.

Al llegar a su cama se agachó y apartó la sábana. Algo brillaba sobre el colchón de plumas. Un trozo de plata en forma de media luna. A su lado había un pergamino enrollado. Mara, con los nervios candentes, se abalanzó sobre él y lo desenrolló.

Enhorabuena, Mara Roscharch.

—¡Sí! —exclamó en voz alta. Algunos compañeros mandaron callar al resto y Mara se sentó en la cama y se escondió de las miradas curiosas.

De repente ya no le dolía el cuerpo. Ya no se sentía triste. Volvía a sentirse ella misma. Agarró el broche y lo aplastó contra su pecho. Luego suspiró y toda la negatividad que había acumulado durante aquella noche se disipó.

Cuando despertó, los efectos de la medicina habían desaparecido. Mara volvía a padecer las puñaladas de cientos de cuchillos. Antes de abrir los ojos se llevó la mano a la cara y se fijó en que la mascarilla había sido absorbida por su piel. Repasó toda su cara y fue sonriendo conforme sus dedos le iban informando de que todo volvía a estar casi como antes.

—¿Mara? —oyó decir a alguien.

Al abrir los ojos se encontró con todos sus amigos de pie frente a su cama, todos ellos con cara desconsolada.

—Hola, chicos —saludó Mara.

Dedicó una breve sonrisa a los que aún no había visto e intentó incorporarse, pero el dolor de las costillas la empujó de nuevo contra el colchón. Esbozó una mueca de dolor.

—¿Cómo estás? —preguntó Tate.

—Algo magullada, pero mucho mejor que anoche. El maestro Senén se ocupó de mí.

—Oye, Mara, sentimos mucho que no consiguieras ningún broche —dijo Lewis.

—¿De dónde sacáis eso?

—Lo sabe toda la villa. Alguien del sanatorio contó lo que te había ocurrido y cuando Max se enteró, bueno, digamos que desde antes de que amaneciera ya estaba repartiendo octavillas.

Entonces Mara estalló en una profunda y sincera carcajada. Duró solo dos segundos. Luego el dolor volvió a noquearla, aunque no logró quitarle del todo la sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Ezra, extrañado y asustado.

Mara, acompañada de una sonrisa traviesa, sacó la segunda mano de debajo de las sábanas, la extendió frente a sus amigos y abrió el puño. Sobre su palma descansaba el broche de plata.

—Estaba sobre la cama cuando llegué. Junto a aquella nota.

Ezra agarró el trozo de pergamino y sonrió.

—¿Mara Roscharch? Esto es demasiado incluso para ti, chica del oeste.

El grupo al completo se echó a reír y las tensiones y las tristezas se disiparon. Mara les preguntó qué tal les había ido a ellos. Los seis habían conseguido algún broche, aunque solo Kiara y Ezra lo habían logrado en su primer intento. Quien más parecía sentirlo era Lewis, que, según dijo, se había esforzado mucho para pasar la prueba del profesor de Brebajes Kolvak. Había logrado el broche de otro maestro brebajista, pero

igualmente se sentía decepcionado. Tras un buen rato, Ezra golpeó el hombro de Lewis y se acercó a Mara.

—Oye, Mara, habíamos pensado bajar a comer a Lanti's y pasar la tarde allí. Podríamos ir a escuchar música o a ver algún espectáculo. He oído de una buena troupe cerca del Mercado de Maestros. ¿Crees que podrías venir?

Mara se miró el cuerpo y negó con la cabeza.

—Yo me quedo con ella, chicos —dijo Tate.

—¡No, no, no! —protestó Mara—. ¡Estáis de celebración! Id a Lanti's y pasadlo bien. Yo me voy a pasar el día en la cama, durmiendo casi todo el tiempo. Y el maestro Senén dijo que se pasaría más tarde para curarme las costillas. Te lo agradezco, Tate, pero prefiero que os vayáis y lo paséis bien.

El grupo no insistió. Felicitaron de nuevo a Mara y se despidieron de ella.

—¿Antes de dejar la villa podéis hacerme un favor? —preguntó Mara.

—Siempre que sea fácil… —dijo Lewis.

—Aseguraos de que Max se entere de lo del broche. Y recordadle que me debe diez bronces. Cuanto antes me los pague, mejor.

—Eso está hecho —respondió Ezra riéndose—. ¡Cuídate!

El día fue tal y como Mara había predicho. Al poco de marcharse sus amigos cayó en un profundo sopor. Salió de él a medio día, empujada por la apremiante voz del maestro Senén. Soportó que la volviera a llevar a aquel infierno que los maestros sanadores llamaban cura, comió un tazón de arroz con gambas que le llevaron y volvió a quedarse dormida. Cuando el sol ya estaba descendiendo, una voz conocida la despertó.

—Así que una apuesta —dijo la voz.

Mara la reconoció al instante y, aún en sueños, empezó a sudar. Abrió los ojos y se encontró con la oscura mirada de la profesora de Alquimia, su nueva mentora, penetrándola.

—¿Pro… profesora? —dudó incorporándose. Aquel movimiento reavivó su dolor, pero Mara lo ignoró, concentrada en que ningún gesto o movimiento la delatara.

—Al parecer eres famosa. Por ahí hay un anirio muy enfadado contigo ahora mismo. Por lo que he oído consiguió engañar a una chica para que aceptara una apuesta y se presentara en mi sala. Creo que ha perdido diez piezas de bronce.

—Yo… —dijo y calló.

—Explícame lo de la apuesta.

—Fue una estupidez, lo sé.

—Lo fue.

—No sé qué pudo pasarme. Simplemente… Lo siento mucho, profesora.

—¿Sí? —preguntó, los ojos negros semi abiertos—. Te diré algo, Mara. Un maestro mentalista jamás hubiera entrado en aquella sala. En un instante hubiese adivinado las intenciones de ese chico y rehusado su ofrecimiento. A cualquier maestro cronista le hubiera ocurrido más o menos lo mismo. No habría sabido las intenciones del chico, pero habría adivinado las consecuencias de entrar y no lo habría hecho. Un maestro brebajista no habría sido tan audaz, pero antes de aceptar nada se habría lanzado a investigar y, una vez tuviera toda la información, la habría sometido a examen, ideado planes y preparado para lo que se le avecinaba. Un maestro sanador jamás hubiera aceptado una apuesta y un sanctorum… no sé. ¿Quién demonios es capaz de saber qué hacen esos tipos? —Siara rio su propio comentario—. Sin embargo, un alquimista sí se habría dejado engañar. Y habría dejado que sus emociones le dominasen y habría entrado en esa sala sin una sola palabra preparada en los labios. Y a pesar de todo, únicamente con la ayuda de su ingenio y su poder, habría salido triunfante

—dijo, y observó a Mara con ternura y satisfacción en los ojos—. No me he equivocado contigo, Mara. Eso me alegra.

—Gracias —respondió algo intimidada por la sinceridad que emanaba de la profesora.

—No olvides esto. Un buen alquimista se deja mecer por sus emociones. No se para a pensar en lo que hace. Confía en que, lo que sea que su cuerpo decida hacer, estará bien. ¿Comprendes esto? —Mara asintió —. Bien. ¿A qué clases habías pensado acudir?

La pregunta sorprendió a Mara, quien no tenía la menor idea de qué responder. Siara comenzó a reírse, primero en voz baja y luego a carcajadas.

—¡Santo Daxal! No lo habías pensado, ¿verdad?

—No… bueno, no he tenido demasiado tiempo para pensar en esas cosas.

—Eres un buen elemento, niña. Veamos, ¿qué te parece si durante la primera semana asistes a clases de las seis disciplinas? Luego podrás decidir cuáles te gustan y cuáles no. Con dos excepciones. Por supuesto, deberás asistir a mis clases.

—Eso sí pensaba hacerlo —bromeó Mara.

—Y también a Brebajes.

—¿Brebajes? —preguntó con fastidio.

—Brebajes, señorita. Es aburrida y tediosa, pero para un aspirante a alquimista es casi imprescindible. No es negociable.

—Brebajes, entonces.

—Muy bien, te veré el segundo y el quinto día de la semana en mi clase. Volveremos a hablar entonces. Y recupérate pronto. El entrenamiento físico con los monjes de Ka’andra tampoco es optativo.

—Lo haré.

La profesora Roscharch sonrió, asintió y se marchó, con la capa plateada ondeando a su paso.

OceanofPDF.com



Meditaba. Las piernas cruzadas, el trasero apoyado sobre la tupida hierba, la espalda recta y los ojos cerrados. Sentía la caricia del otoño en sus pómulos y percibía las vibraciones en las cuerdas del tiempo meciéndose. Un movimiento lento, constante y por lo demás aburrido. Raras eran las ocasiones en las que Allyson se había detenido a meditar desde que ganara la capa escarlata. Los antiguos maestros habían dejado escritas verdaderas maravillas sobre las bondades de la meditación, pero para ella siempre había supuesto una práctica desdeñable. No obstante, aquella mañana meditaba.

Sentía su mente quebrada desde que ese comandante arrogante mencionara la muerte de Aleyn, robándole toda confianza, seguridad y concentración. Allyson era consciente de que, en su momento, mucha gente dudó de la historia que contaron, tanto que incluso el Gobierno de la república decidió establecer una cuantiosa recompensa por la cabeza del traidor. Sin embargo, nadie volvió a ver el cuerpo de Aleyn, con lo que su historia fue ganando adeptos y defensores hasta que cada ciudadano de Ylandra les hubo creído. Lo que importunaba a Allyson no era la acusación de mentir, sino la seguridad con la que lo dijo. Rommel Edvard no parecía

intuir la verdad, sino que se comportaba como si la conociera. De ser eso cierto…

Allyson abrió los ojos y los verdes campos acudieron a su mente, otorgándole un pequeño descanso. Se dijo que era inútil continuar con ello en la cabeza. El comandante no sabía nada. Era imposible. Y aunque lo supiera ni tenía forma de demostrarlo ni conseguiría que, después de catorce años, alguien le creyera. Se levantó y se despojó del recuerdo de la conversación y de la figura de Rommel, aconsejándose no volver a pensar en él.

Como representante de La Escuela en el oeste, Allyson había sido alojada en un palacete grande, elegante, capaz de albergar todo tipo de invitados, celebrar banquetes, reuniones, alojar a cualquier personalidad y gastar el oro de La Escuela de forma rápida e inefectiva. A su cargo tenía cuatro sirvientes y doce esclavos, todos ellos destinados a asegurar la comodidad de Allyson y de su única huésped: una anciana catatónica a la que había que llevar de aquí para allá, dar de comer, vestir y bañar. Un cuerpo inerte y una mirada imperturbable dirigida hacia el infinito. Al igual que Allyson, la anciana vestía una capa de seda escarlata, aunque el paso del tiempo la había decolorado tanto que el rojo se había transformado en un rosa pálido.

Aquel era un día especial para la anciana; el vigésimo segundo aniversario desde que la maestra Mailen Lumeni, mentora de Allyson, se precipitara por el acantilado de la locura para no regresar jamás. Desde entonces, Allyson, la única de sus protegidos en alcanzar el grado de maestro, se encargaba de cuidar lo poco que quedaba de ella. Era una tarea compleja que exigía ternura y dedicación. Una tarea vitalicia. Presente y futuro condenados a ese deprimente estado de ausencia e inmovilismo.

Allyson entró en una sala con las paredes decoradas de inmensos y bellos tapices y quedó a la espera, mientras dos esclavas terminaban de dar el desayuno, una pasta de avena molida y leche de cabra con trocitos de fresa y frambuesas, a la anciana. Las anirias debían llevarle la cuchara a la boca, abrírsela, introducir el alimento y cerrársela. Por fortuna, el reflejo de masticar y tragar parecía intacto, aunque era lento. Cuando las esclavas terminaron, recogieron el cuenco y los cubiertos, colocaron el cuerpo de la mujer en una postura cómoda, sentada sobre un sillón, y se marcharon.

—La meditación no me ha ayudado, maestra —dijo Allyson limpiando un resto de frambuesa de la comisura de la boca de su mentora—. ¿Recuerdas cuando me obligabas a pasar horas escuchando el viento, aprehendiendo el movimiento del agua, de las hojas y observando el crepitar de las hogueras? Decías que para conocer el tiempo había que observarlo. Al cabo de unas horas me decías que el tiempo no se puede observar, ni medir, porque entonces lo perdemos. Pues bien, después de tantos años continúo convencida de que la meditación es una forma muy elegante de perder el tiempo. No vuelvas a pedirme que lo intente, ¿de acuerdo?

Allyson miró el cuerpo carente de voluntad de Mailen y sonrió con ternura. Veintidós años la habían despojado de toda belleza, pero los ojos no habían cambiado. Eran tan sabios y profundos como el día en el que su mente se quebró.

—Veintidós años ya, maestra —comentó—. Es mucho tiempo. ¿Qué pasó? —preguntó—. ¿Simplemente perdiste la razón? ¿Se te escapó todo raciocinio y voluntad? Los maestros sanadores dicen que no es inusual, que muchos maestros pierden la cabeza y ya nunca se recuperan, aunque ninguno de ellos había visto un caso tan grave como el tuyo. —Observó la expresión inmóvil de Mailen y le acarició los pocos pelos que aún le

quedaban en la cabeza—. Mañana pediré que te lo tiñan. Nunca estuviste muy preocupada por las menudencias del aspecto físico, pero aún hay muchos maestros que vienen a entregarte sus respetos y, ya que no me dejas renovarte la capa, al menos lucirás una melena negra y bonita.

No había melena alguna, solo algunos mechones de pelo blanco y encrespado, pero la anciana no tenía por qué oír aquello. Allyson estaba segura de que no se levantaría para ir a mirarse a un espejo, así que lo mismo daba lo que le dijera.

La puerta del servicio se abrió y uno de los sirvientes avanzó hasta Allyson.

—Maestra, ha llegado una carta de La Escuela. Lleva el sello de la Cámara de los Maestros. El hombre que la trae insiste en dársela a usted personalmente.

—¿Dónde está?

—Esperando en la entrada. ¿Quiere que le haga pasar?

Allyson miró a la anciana y decidió que no. No quería que cualquier desconocido pudiera verla.

—Olyver, ¿querrías llevar a la maestra Mailen al patio? Hay un manto de hojas secas que recorre todo el camino lateral. Creo que le gustará verlo.

—Claro, maestra. ¿Qué desea que le diga al mensajero?

—Nada. Yo me encargaré de él.

Observó a Olyver trasladar el cuerpo de la anciana desde su cómodo asiento hasta una silla con ruedas en los laterales y les vio desaparecer. Luego se aseguró de que su capa escarlata no estuviera manchada de césped, se sacudió dos hojas secas, se arregló los rizos y salió al encuentro del mensajero.

El hombre realizó una elegante y cuidada reverencia al verla. Permaneció en aquella incómoda posición hasta que Allyson le dio permiso

para incorporarse.

—¿Qué noticias trae, guardián?

—Noticias de la cámara, maestra. Las últimas resoluciones.

—¿Se han muerto las palomas y los cuervos?

El hombre titubeó.

—No que yo sepa, maestra.

—¿Y por qué un guardián trae el correo?

Guardián era el título que se le otorgaba a toda persona que, sin contar con el don, sin poder formar parte de La Escuela, servía a la misma. Dentro de la institución ocupaban los escalafones más bajos, pero fuera de ella contaban con cierto prestigio. Al fin y al cabo, ser aceptado como guardián reflejaba unas habilidades extraordinarias en alguna de las áreas mundanas de la vida humana. La cocina, la música, la limpieza, el adiestramiento y cuidado de bestias y un largo etcétera. Por supuesto, lo mejor de la labor era la desorbitada paga. Un guardián podía ganar entre cinco y quince veces más que un jornalero de la república por realizar, básicamente, la misma labor.

—Tengo entendido que el acta oficial llegará por los cauces habituales, maestra —dijo el guardián—. No obstante, nos dieron órdenes de llevar esta carta a su destino lo antes posible, asegurándonos de que nadie la leyera.

Allyson agarró el sobre sellado y le agradeció al guardián su servicio, indicándole que podía marcharse. Rompió el sello y extrajo la hoja de papel amarillo. Tal y como el guardián le había dicho, eran las resoluciones adoptadas durante la última reunión de la cámara. Las leyó todas por encima, sin mostrar demasiado interés e impaciente por encontrar la razón que había motivado enviar un guardián con aquella información. Entonces leyó valle de Caldaso y todo se volvió oscuro.

Una rápida sucesión de imágenes desfiló por su mente, tan reales y tangibles que el cuerpo de Allyson se estremeció de pánico. Desde el cielo vio una enorme ciudad rodeada por una muralla natural de altas y escarpadas montañas. Un ejército, en perfecta formación, esperaba a sus puertas. La siguiente imagen la transportó a su interior. Los soldados avanzaban haciendo estragos en la aterrorizada población, saqueando y asesinando. Edificios de ladrillo rojo ardían, enviando columnas de humo negro al cielo. Eran imágenes de ira y muerte. Cuando por fin desaparecieron, las piernas de Allyson flaquearon y cayó al suelo. Acababa de presenciar la caída de Lanti's Cloe a manos de un ejército indómito e inclemente. El ocaso, la destrucción de La Escuela.

—¿Maestra? —preguntó una voz conocida y preocupada.

Allyson se encontró con el bueno de Olyver arrodillado e inclinado hacia ella. A su lado, se sorprendió al ver a una belleza rubia de ojos azules observando la escena con el ceño fruncido. Conocía a esa mujer. Se recompuso tan rápido como pudo y se puso en pie.

—Estoy bien, Olyver —dijo Allyson, antes de centrarse en Annelyn —. ¿Señorita Vyvas? No esperaba el placer de su compañía.

Annelyn sonrió, luciendo una perfecta, elegante y deslumbrante dentadura.

—¿Se encuentra bien, maestra? —preguntó con cortesía.

Allyson suspiró, escapó de la penetrante mirada de aquella mujer y se centró en Olyver.

—¿Dónde está Mailen?

—En el jardín, con una de las anirias.

—Vaya con ellas —le ordenó—. ¿Quiere dar un paseo, Annelyn? Creo que necesito respirar algo de aire fresco.

Emprendieron la marcha por el Camino del Algodón. Durante un largo rato ninguna dijo nada. Allyson caminaba completamente ausente y ajena a la mujer que la acompañaba. De haber sido cualquier otra persona la habría despachado tan rápido que días después ni siquiera habría sido capaz de recordar el encuentro. Necesitaba pensar acerca de lo que había visto y necesitaba elaborar un plan. Sin embargo, Annelyn Vyvas no era una persona cualquiera. Su influencia se extendía más allá de las fronteras del oeste y, para alguien como Allyson, una visita suya requería cumplir con ciertas cortesías. Así pues, la visión de la destrucción de Lanti's Cloe tendría que esperar.

Los bordes del camino estaban plagados de plantaciones de algodón, la mayoría de ellas bien cuidadas y atendidas por anirios de diferentes sexos, tamaños y edades. Sin embargo, cuando alcanzaron la antigua plantación Dreider, Allyson se detuvo, mirando cómo las malas hierbas se abrían paso entre la tierra descuidada, echando a perder la cosecha.

—¿Sabe qué harán con estos terrenos? —preguntó Allyson.

Annelyn se acercó a Allyson, colocándose a su altura y centrando la mirada en la lejanía.

—El señor Dreider era hijo único y su heredero murió durante el levantamiento. Según la ley, si ningún otro familiar reclama la propiedad, la ciudad podrá subastarla en unos seis meses.

—Entiendo —dijo Allyson ensimismada.

Annelyn se giró hacia ella y se arriesgó a ponerle una mano sobre el hombro.

—¿De veras se encuentra bien, maestra?

Ni siquiera comprendió la pregunta. La visión de La Escuela siendo destruida evocó los conocimientos referidos a todas las guerras que había sufrido Ylandra desde que se tenía constancia. Eran demasiadas. Como si el

solo hecho de buscar la paz fuera suficiente para provocar una guerra. Los escritos antiguos hablaban de amor y prosperidad en la edad de los Tres, pero, cuando estos desaparecieron, el odio, la rabia y la crueldad se extendieron por el continente. Durante siglos, la Orden de *Addai* tiranizó las tierras, hasta que los antiguos maestros y los hombres que anhelaban la libertad se unieron contra ella y vencieron. Sobre la memoria de los caídos se fundó La Escuela y la monarquía. De aquello hacía más de mil años. Después llegaron las guerras por los reinos, guerras entre aquellos que deseaban unificar Ylandra bajo el mandato de un solo hombre y los pueblos que buscaban la autodeterminación y, una vez más, el pueblo de Ylandra sangró y sufrió. Entonces vencieron los que buscaban una Ylandra unida y durante mucho tiempo hubo paz. Ese dulce sueño terminó el día que Gadiel IV falleció sin haber engrendado un heredero legítimo, pero sí siete bastardos. Su hermano, a la postre Abdiel III, asesinó al mayor de los hijos bastardos de su hermano, se proclamó rey y persiguió al resto de sus sobrinos hasta que estos se unieron, formaron un poderoso ejército y le derrotaron. El reino, entonces, se dividió en seis partes. Un trozo para cada uno de los seis hermanos. Una estrategia inteligente para evitar las intrigas de palacio.

Años después, los descendientes de los seis bastardos empezaron a luchar de nuevo y el pueblo volvió a sangrar. Ylandra estuvo en guerra durante trescientos años, hasta que el pueblo llano, cansado de luchar y morir por unos reyes a los que no conocía, decidió que ya había tenido suficiente. Asaltaron el palacio de Alecio, pusieron la cabeza del rey de turno en una guillotina e inventaron la democracia. En los años siguientes, el resto del territorio les siguió hasta que la actual República de Ylandra fue fundada. Muchos pensaron entonces que las guerras habían terminado. Lo llamaron la nueva era. Una era de paz y prosperidad. Se equivocaron. La

república no trajo ni una cosa ni la otra. Con los reyes, La Escuela ostentaba un inmenso poder. El estado lo constituían el monarca y el gran maestro. La república acabó con los monarcas, sí, pero también redujo los privilegios de La Escuela. Ahora era el pueblo el que tenía poder para decidir cuánto darle a los maestros. Muchos no quisieron darles nada y algunos maestros se rebelaron. La Escuela nació para guiar, aconsejar y ayudar a los hombres, no para gobernarlos. Su carta magna así lo testificaba. Sin embargo, cuando los hombres libres quisieron arrebatarles su poder, algunos maestros se revolvieron, renegaron de todos sus juramentos y decidieron que ellos y solo ellos debían estar frente al Gobierno de Ylandra. Y entonces empezó una nueva guerra. Quizá la más cruel de todas ellas. Hacía catorce años de su conclusión y, ahora, Allyson escuchaba los tambores de la sangre y el sufrimiento aproximándose de nuevo.

—La paz es algo bello y frágil, tanto que si la abrazáramos se rompería —susurró ensimismada.

Dejó las palabras en el aire, se frotó los ojos y echó a andar. Annelyn la siguió, en silencio. Cuando alcanzaron la entrada de la granja Wellington, algo en las cuerdas del tiempo golpeó la mente de Allyson y entonces se dio cuenta de lo egoísta y maleducada que estaba siendo.

—Discúlpeme, Annelyn —dijo—. Estoy siendo ruda y descortés. No está siendo una buena mañana. Así que quiere que el juez Wellington se presente a gobernador del oeste.

Annelyn esbozó esa sonrisa suya.

—Son asombrosos los dones con los que cuenta, maestra.

—Gracias —respondió Allyson—. Y desea que La Escuela le transfiera el apoyo que pensaba darle al señor Dreider.

Annelyn abrió los brazos, volvió a asentir y después se agarró las manos.

—Si todas las conversaciones fueran como esta, el mundo sería un lugar mucho más sencillo.

—E imagino que también más aburrido —añadió Allyson—. No obstante, tendrá que convencerme de la conveniencia de apoyar a su nuevo candidato. No conozco demasiado bien a Deian Wellington, pero me atrevería a decir que es un hombre rígido de ideas aún más rígidas.

—Me atrevería a decir, maestra, que es una forma injusta de definirlo. Yo prefiero pensar en él como un hombre de fuertes y honorables convicciones morales.

Allyson echó la cabeza hacia atrás riendo.

—¡El fascinante mundo de la retórica política! —dijo ante la seria y casi ofendida mirada de Annelyn—. No me malinterprete. Estoy segura de que es necesario, pero, para una maestra como yo, esconder terribles verdades en preciosas palabras resulta molesto. Preferiría que pudiéramos despojarnos de toda esa verborrea y hablar con sinceridad.

El rostro de Annelyn se suavizó y su cabeza asintió.

—Si le resulta más fácil… —manifestó—. El juez Wellington es una persona rígida. Tiene razón. ¿A quién prefiere como gobernante? ¿A alguien rígido o a un pusilánime?

—Yo no diría tanto del alcalde Roshan. Voluble, quizá.

—¿Ahora quién juega con el lenguaje?

Allyson emitió una mueca crispada, pero le concedió la razón a Annelyn. Si pedía sinceridad, le correspondía entregar lo mismo.

—Está bien. El alcalde Roshan es el perfecto animal adiestrado de nuestro querido gobernador.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Annleyn—. Seamos claras, ¿qué necesita para entregar el apoyo de La Escuela al juez?

—Está bien, seamos claras. Nuestro apoyo a Dreider se basaba en ciertos compromisos. ¿El señor Wellington estaría dispuesto a mantenerlos?

—Por supuesto que sí. Todos y cada uno de ellos. Se lo garantizo. La Escuela recuperará el derecho a cobrar impuestos por la venta de ciertos artículos, se reabrirán las escuelas de adoctrinamiento y sus edificios volverán a estar exentos de toda responsabilidad con la oficina del gobernador. Se restablecerá todo aquello que se perdió tras la guerra.

—A La Escuela no le gustaría dar su apoyo al perdedor. ¿Cree que el señor Wellington tiene posibilidades de vencer?

—Más de las que tenía el señor Dreider —respondió Annelyn, con tal grado de convencimiento que Allyson quedó sorprendida.

—¿Tan segura está?

—No me cabe la menor duda.

—¿Y por qué no se decantó por él desde el principio?

—Caprichos del destino. Fue el señor Dreider quien me presentó al juez hará un año. Hasta entonces ni siquiera sabía quién era. Pero, en cuanto le conocí, percibí su enorme potencial político. Si no me fijé antes en él fue por los rumores que se oían acerca de su primera esposa.

—¿Rumores?

—Deian Wellington contrajo matrimonio con una norteña de aspecto dulce y creencias abolicionistas. Ese matrimonio frenó toda aspiración en la carrera del juez. Nadie en este estado querría dar poder a un hombre casado con una abolicionista confesa.

Entonces Allyson recordó algo. Una noticia leída o escuchada hacía algunos años.

—¡Espere! —dijo—. ¿No fue la mujer a la que dos anirios raptaron y mataron?

Annelyn asintió.

—Tras haberla torturado, así es. Una historia de lo más desagradable.

—Ya lo creo.

—Sin embargo, tras aquello, cualquier duda sobre las creencias esclavistas del juez quedaron resueltas. Los grupos de influencia del oeste volvieron a incluirlo en sus círculos y, desde entonces, no ha hecho otra cosa que ganarse adeptos. Hoy en día, todo aquel que lo conoce, lo respeta e, incluso, admira. Su familia casi parece perfecta. Eso encanta a los votantes. Y podemos poner la guinda a un pastel muy goloso. El juez Wellington actuó como un verdadero héroe durante el levantamiento. Él solo acabó con la vida de tres anirios que querían asesinar a su familia. Sinceramente, Allyson, no creo que necesite el apoyo de La Escuela para convertir al juez en gobernador del oeste, pero creo que se lo debo.

Allyson no estaba tan segura de la veracidad de esa última parte. Tradicionalmente, el apoyo de La Escuela suponía una ventaja de entre cinco y diez puntos en las elecciones. No era una diferencia que un candidato serio pudiera desdeñar.

—Entiendo que todo esto es confidencial —adivinó Allyson.

—Sí. Al menos durante un tiempo. Antes de hacer oficial la candidatura quiero asegurar cierta posición política. ¿Cuento con su apoyo?

Allyson lo pensó unos segundos. No le atraía demasiado la figura del juez, pero, por lo que Annelyn le estaba diciendo, parecía una candidatura inteligente.

—Necesitaré que deje por escrito los compromisos adquiridos con La Escuela.

—Por supuesto —afirmó Annelyn—. Nosotros también querríamos pedirle algo. Cuando decidamos hacer oficial la candidatura nos gustaría que usted apareciese al lado del señor Wellington. Será un golpe de efecto muy positivo. ¿Podrá hacerlo?

—Lo intentaré. Pero me temo que estaré fuera de la ciudad algún tiempo. Si a mi regreso aún no se ha hecho oficial, estaré a su lado.

—¿Se marcha?

—Sí, debo ir a La Escuela. Debo reunirme con la cámara. Temas ajenos al oeste, descuide —dijo al ver aparecer la preocupación en los ojos de Annelyn.

—¿No puede postergarlos?

—Me temo que no.

OceanofPDF.com



Cienaguas no era la ciudad que Aleyn había conocido. Tras su asedio y caída durante la Guerra de la Liberación, cientos de edificios, barrios enteros, habían sido restaurados, dando lugar a una arquitectura moderna, sobria y funcional. A diferencia de otras grandes ciudades como Arcania, Viendavales o Lanti's Cloe, Cienaguas parecía un lugar sin identidad. La calle Central, de gran anchura, atravesaba la urbe de punta a punta, desde la conocida como Puerta del Sol hasta más allá de la encrucijada donde los dos grandes ríos se unían en uno solo. A sus lados se extendían numerosos barrios. Cuanto más alejados, más pobres y herrumbrosos se sentían.

Aleyn iba ataviado con una capa negra y gastada, una zamarra marrón que había conseguido en El Paso, botas de cuero, camisa de lana y pantalones de piel. Lo bastante discreto como para que nadie reparara en su presencia. No quería ni imaginarse las repercusiones de que alguien le reconociera y aquello trascendiese.

Por fortuna, el orfanato de Detry estaba situado en uno de los barrios periféricos, por lo que la afluencia de gente era escasa. Al llegar, Aleyn se quitó la capucha y golpeó la puerta de madera desvencijada un par de veces. Esperó hasta que una muchacha de no más de veinte años abrió. En sus ojos se dibujó el asombro al observar la envergadura de Aleyn.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Aleyn forzó una sonrisa amable.

—Me gustaría hablar con la persona responsable del orfanato.

—¿Sobre…?

—Estoy buscando a alguien. Me han informado de que estuvo hospedado aquí.

—¿Sí? ¿Quién?

Aleyn suspiró.

—Si pudiera hablar con el responsable…

—No, no puede. Está ocupada.

Se fijó en la muchacha, en su acento descuidado e infantil, sus ropas baratas y rasgadas y su mirada huidiza y desconfiada. Seguramente se trataba de una huérfana que, tras cumplir la mayoría de edad, se había quedado a trabajar en el orfanato. Nunca confiaría en un extraño. Nunca le daría la información que necesitaba. Aleyn volvió a sonreír, se alejó un par de pasos de la muchacha, concediéndole mayor espacio y sensación de seguridad y, con un gesto natural y disimulado, le lanzó una pieza de plata. La muchacha la atrapó con dedos ágiles, la sopesó y asintió.

—Será mejor que entre. Iré a avisarla.

El interior era un pasillo lúgubre, con la pintura de las paredes desconchada y olor a antiséptico. El rato que estuvo esperando vio pasar correteando a niños de todas las edades, sexos y razas. A pesar de la tristeza que emanaba de aquel edificio, los niños parecían felices. Para un huérfano, aquello era mejor que la calle.

—¡Alto ahí, jovencito! —oyó decir a una mujer cuarentona y rechoncha al final del pasillo.

—¡Yo no he hecho nada, señora Claver! —protestó el niño.

A su lado, una chica algo menor que él gimoteaba con la mirada clavada en el suelo.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Tiró la muñeca y se rompió. ¡Está rota! —respondió la niña.

—¡Mentirosa! Yo no la tiré.

—No me engañes, Robi. ¿Le tiraste la muñeca?

—¡Ella me llamó mocoso!

—¡Solo lo dije porque estábamos jugando y…!

—¡Ya basta! —gritó la señora Claver—. ¿Se puede saber qué os pasa? Se supone que debéis cuidar el uno del otro. Ahí fuera nadie más se va preocupar por vosotros. Robi, ¿verdad que te gusta saber que Hilda está a salvo? —El niño asintió, a regañadientes—. Y tú, Hilda, sabes perfectamente que a Robi no le gusta que le llamen mocoso, ¿no es cierto? —La niña también asintió—. En ese caso quiero que os pidáis perdón.

—Pero mi muñeca… —protestó la niña.

—A Robi se le da bien trabajar la madera. Estoy segura de que podrá arreglártela. ¿Robi?

El niño miró a la señora, se agachó a recoger los trozos en los que se había convertido la muñeca y agarró a la niña de la mano. Luego, empezaron a andar en la dirección en la que estaba Aleyn.

—Vamos. Te enseñaré a arreglarla —dijo, aunque la niña continuaba con expresión triste—. Y le haremos un vestido, ¿quieres?

Los ojos de la niña se abrieron de par en par y en su cara surgió la chispa de la alegría.

—¿Un vestido rosa?

—Tendremos que pedirle la tela a la señorita Tucha, así que no sé.

—¿Y si no tiene rosa?

El niño miró hacia atrás, comprobando que la señora Claver estaba lo suficientemente lejos como para poder oírle.

—Si no tiene cortaremos un trozo de tela de ese vestido rosa que tiene.

Al decir aquello ambos niños se echaron a reír y salieron corriendo. Aleyn levantó las cejas y sonrió. Aún reía cuando la señora Claver llegó a su altura.

—¿Quería verme, señor?

—Unos niños estupendos —respondió Aleyn.

—Son unos trastos, pero son buenos chicos. Solo hay que darles la oportunidad. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Podríamos hablar en algún otro lugar?

La experiencia le había enseñado que, cuanto más adentro se llegara, mayores éxitos se cosechaban. Despedir a un hombre en la puerta de una casa era una tarea sencilla. Echarle de un pasillo también, pero, una vez se llegara a una sala, la cosa se complicaba. La señora Claver, aunque con ciertas dudas, le guio hasta su despacho, un cuarto pequeño y oscuro, y le invitó a tomar asiento sobre un taburete.

—Cuénteme.

—Estoy buscando a un chico. Su última localización conocida es este orfanato.

—¿Un chico?

—Anirio mestizo, con el iris marrón en forma de medialuna en el ojo derecho. Su nombre es Samael Río.

—¿Es usted alguacil? —Aleyn negó con la cabeza—. ¿Entonces por qué lo busca?

—Me gustaría hablar con él. Solo eso. ¿Sabe dónde…?

—¿Hablar? ¿Acerca de qué, señor? —preguntó y, antes de darle tiempo a responder, añadió—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de ese chico, en

realidad?

Aleyn se agarró las manos y se las apretó, disgustado e impaciente.

—Verá, señora, es largo de contar. Si pudiera decirme dónde encontrar al chico…

—El chico tendrá ahora veintidós años. Hace mucho tiempo que no vive aquí. No creo que pueda ayudarle —dijo en un tono que no admitía réplica —. Ahora, si me disculpa…

La mujer se levantó, pero Aleyn no. No había llegado hasta allí exponiéndose a que cualquier persona le reconociera para irse con las manos vacías.

—¿Vienen muchos alguaciles preguntando por él?

El cuerpo de la mujer quedó paralizado un instante y luego se encogió de hombros.

—Alguno —respondió.

—¿Por qué?

—Es largo de contar.

Aleyn sonrió, cerró los ojos y asintió. Aquella mujer empezaba a caerle bien.

—Está bien, señora. Vuelva a sentarse, por favor —le pidió—. ¿Quiere saber por qué busco a ese chico? Está bien. Está en peligro. Quieren matarle.

La mujer recibió las palabras con parsimonia, apartó la mirada de Aleyn y dio unos golpecitos sobre la mesa. Parecía estar decidiendo alguna cosa.

—¿Quién? ¿Quién quiere matarle? —dijo al fin.

—Gente peligrosa.

—¿Y usted va a protegerle? ¿Por qué?

Aleyn sopesó la pregunta, sintió desfilar mil y una mentiras por su mente y, al volver a fijarse en la mujer, decidió ser sincero. Algo le decía

que ese era el camino que debía recorrer.

—No sé si voy a protegerle, la verdad. Incluso es posible que sea yo quien termine con su vida. Pero al menos meditaré la decisión antes de tomarla y, si finalmente le dejo vivir, créame, no permitiré que nadie le haga daño.

La anciana se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Así que es algo más que un soldado.

—¿Disculpe? —preguntó Aleyn desconcertado.

—Supe que era un soldado nada más verlo. He conocido muchos. Su forma de moverse, de mirar a su alrededor, de hablar, lo delatan. Pero no es solo un soldado. No está acostumbrado a recibir órdenes, sino a darlas, ¿no es cierto?

—Lo es —respondió Aleyn gratamente sorprendido—. Aunque hace mucho tiempo de aquello. ¿Qué importancia tiene?

—Ninguna, supongo.

—¿Me ayudará a encontrarlo?

—No —contestó, tajante.

—Señora, necesito…

—No me importa, señor de nombre desconocido. Sam es un buen chico. No le pondré en peligro.

—Ya lo hace, señora. Ahora mismo le está poniendo en peligro. Respóndame a algo. Parece saber distinguir muy bien a las buenas personas de las malas. ¿Le parezco una mala persona?

—Mala no. Pero sí capaz de hacer cosas terribles; como asesinar a un chico porque sí.

Aleyn torció el gesto.

—Es posible que tenga razón sobre mí. Soy capaz de casi cualquier cosa. Daxal lo sabe bien. Pero me esfuerzo. Llevo muchos años

esforzándome. No conozco a ese chico, pero resulta que sé que alguien quiere matarle por un motivo que se me antoja estúpido. Por una vez me gustaría no solo hacer lo que debo, sino también lo que está bien. Lo que le pido a usted es que me ayude a conseguirlo.

Por un instante la mujer no dijo nada, no cogió aire y ni siquiera parpadeó. Solo clavó su profunda mirada en los ojos de Aleyn.

—¿Sabe cuántas camas hay en este orfanato? —interrogó, y Aleyn negó con la cabeza—. Noventa. ¿Sabe a cuántos niños atendemos todos los días? Más de doscientos. La ciudad nos da el dinero justo para atender a los noventa niños que cree que tenemos.

—Podría hacer una donación si es eso lo que quiere.

—Guarde su dinero en su bolsa, señor. Si decido ayudarle no será por unas cuantas piezas de plata. Le digo esto para que comprenda la bondad del chico al que está buscando. Sam trabaja en los muelles.

—¿En los muelles?

—Así es. En los muelles, donde el comercio florece. Día tras día, el oro fluye como el agua entre los dedos de personas a las que no les importa nada más que ellos mismos. Los alguaciles vienen preguntando por Samael porque su trabajo consiste en quitar a esos hombres un poco de su oro. Y le aseguro una cosa: él se queda muy poco de ese dinero. Gracias a sus donaciones el orfanato sobrevive.

—Parece un buen chico.

—Lo es, señor. Lo es. Si consigue encontrarlo, recuérdelo.

—¿Si consigo encontrarlo?

—Los alguaciles de la ciudad llevan años tras él. Los muelles son como su casa. No es fácil atraparle allí.

Aleyn se puso en pie.

—Bueno, supongo que si yo no consigo dar con el chico, nadie más lo hará.

Desde que la guerra terminara, Cienaguas se había convertido en la ciudad más próspera y rica de Ylandra, principalmente debido al incansable comercio de los muelles. Las cosechas del este eran las mejores del país y gracias a los enormes ríos, que permitían la navegación de grandes galeones, los comerciantes del estado podían transportar su carga desde cualquier punto del este hasta Cienaguas y Porterris, la capital del sur. Incluso caído el sol, el ritmo en las calles del muelle era frenético. No solo había comerciantes y marinos, sino también una ingente cantidad de compradores, juerguistas y, cómo no, prostitutas. La mayoría de las edificaciones eran de tres pisos y estaba tan abarrotado de edificios que, salvo las cinco calles principales, el resto eran callejones oscuros y angostos en los que perderse era casi obligatorio. Al recorrer las calles, Aleyn comprendió por qué un ladrón elegiría esa zona para actuar. Despistar a un perseguidor en aquellos callejones suponía una tarea de lo más sencilla.

Con ello en mente, decidió dedicar la noche entera a reconocer el terreno. Anduvo durante horas, se perdió más de una y de dos veces y para cuando el sol asomaba en el horizonte creyó que conocía el lugar lo suficiente para poder iniciar una persecución con alguna esperanza de éxito.

Cuando las tiendas empezaron a abrir sus puertas se dirigió a la calle más lujosa de las que había visto, entró en una sastrería y se dejó gran parte del dinero que le quedaba en ropas elegantes, vistosas y caras. Después se dirigió a las plazas de mayor afluencia y paseó, fingiendo ser un extranjero ingenuo y adinerado.

El sol se elevó hasta lo alto del cielo sin que Aleyn hubiera tenido ningún contratiempo. Almorzó en una taberna salmón asado con salsa de ostras y champiñones y volvió a salir en busca de su objetivo.

Las horas continuaron pasando y Aleyn fue perdiendo poco a poco la esperanza. De no funcionar aquel plan tendría que pensar en algún otro. Ver a un extranjero paseándose por los muelles de Cienaguas durante un día podía no ser sospechoso. No era el único que lo hacía. Repetir el procedimiento un segundo día comenzaría a atraer las miradas indiscretas de algunas personas y ya le parecía que, con lo que estaba haciendo, se estaba exponiendo demasiado.

Cuando el sol volvía a esconderse y todo grano de fútil esperanza iba desapareciendo sintió un tirón en el dedo meñique. Esa misma mañana se había anudado una cuerda fina y casi transparente desde el dedo hasta la bolsa con parte del dinero que le quedaba y, por fin, el pez había picado el anzuelo. Al notar el tirón, la mano de Aleyn salió despedida hacia su espalda, atrapando el brazo de un chiquillo de no más de catorce años. Al girarse, su rostro se crispó. No era Samael Río. Solo otro ladronzuelo. Por un momento había creído que, si alguien le robaba, sería el chico al que buscaba. No se había detenido a pensar en que fuera otro.

El chico dejó caer la bolsa al suelo y trató de zafarse del agarre. Aleyn sintió la ansiedad en los movimientos infructuosos de aquel niño, el pánico y por un momento estuvo tentado de soltarle. En cambio, lo atrajo hacía sí.

—Cálmate, chico. No voy a hacerte daño.

Al oír aquello, el niño entró en pánico y Aleyn maldijo por haber escogido tan mal sus palabras. Cambió de estrategia.

—Está bien. La verdad es que puedo hacerte mucho daño, pero no te lo haré si me dices una cosa.

—¡Suélteme! ¡Yo no he hecho nada! —gritó el niño.

El gentío que les rodeaba empezó a centrarse en ellos y el corazón de Aleyn se encabritó. Una cosa eran las miradas furtivas y otra muy diferente la atención al detalle. Estaba arriesgando demasiado.

Decidió que aquello no valía la pena. Si alguien le reconocía estaba perdido. En el momento en el que iba a liberar al chico una piedra le golpeó en la cabeza. Aleyn soltó al muchacho, este cogió la bolsa con el dinero, rompió la cuerda que la mantenía atada y echó a correr. Aleyn le dejó irse, miró en todas direcciones en busca de quién le había lanzado la piedra y se encontró mirando un ojo con el iris marrón en forma de media luna.

—¡Tú! —dijo entre dientes y empezó a correr.

Samael sonrió y, antes de que Aleyn pudiera alcanzarle, se escabulló entre la multitud. Trató de seguirle, pero aquel chico se movía como una serpiente entre el gentío. Era rápido, escurridizo y ágil.

En cuanto vio la oportunidad, Samael se introdujo en uno de los callejones y desapareció. Al llegar Aleyn, se encontró con un callejón vacío. Miró en todas direcciones y golpeó con fuerza la pared de dura piedra, magullándose los nudillos.

—¡Eh, tú, el grandullón! —oyó que le llamaban desde uno de los tejados—. ¿No te parece muy feo amenazar a un crío?

Aleyn estiró el cuello y se encontró con Samael sentado en el borde de un tejado, a unos ocho metros de altura. Parecía tranquilo y divertido.

—No me parece tan feo como enviar a un crío a hacer el trabajo de un adulto —respondió.

—Bueno, ya sabes lo que dicen. La práctica hace al maestro. Prefiero que aprendan el oficio cuando yo estoy vigilando. Así, si algo sale mal, puedo echarles una mano.

Aleyn se olvidó del chico un momento y buscó la forma de subir a aquel tejado tan rápido como lo había hecho él. No la encontró.

—¿Por qué no bajas y lo hablamos?

La carcajada de Samael se escuchó a lo largo y ancho de toda la ciudad.

—Yo podría preguntarte lo mismo. ¿O es que eres demasiado viejo para escalar? Desde aquí arriba no pareces tan grande.

Continuaba sentado en el borde, totalmente seguro y relajado. Era una demostración de destreza y superioridad.

Aleyn se dijo que debía reconocer su humillante derrota. La persecución apenas había durado un minuto y ya había perdido. Aquel chico era posiblemente más ágil, rápido y diestro que él. No obstante, Aleyn no solo era un hombre. Era un maestro. Conocía los entresijos de dos de las grandes disciplinas. Era maestro brebajista y maestro sanctorum. Decidió que, si no podía atraparle con las artes humanas, lo haría con las divinas. Dado que no tenía ningún brebaje preparado para la ocasión, se afanó por evocar algún conjuro sanctorum que pudiera serle útil. No era su disciplina principal. Nunca había llegado a vestir el negro, pero sabía que era mejor que la mayoría de los inútiles sanctorum de La Escuela. Musitó unas palabras en antiguo irylio y acto seguido se hizo invisible a los ojos de Samael.

Para aquel chico, Aleyn había desaparecido, aunque la realidad era muy distinta. Aquellas palabras habían conectado la esencia de sus almas, de forma que todo lo relativo al mundo material que los conectaba se había desvanecido. Puesto que el chico no tenía la capacidad de percibir las almas, Aleyn había pasado a ser una simple sombra.

Le costó casi un minuto subir hasta el tejado y cuando estuvo al lado del chico volvió a musitar las mismas palabras.

—Hola, Sam —dijo a su lado.

Samael se sorprendió tanto que resbaló y cayó desde el tejado. Aleyn se lanzó tras él, le cogió del brazo y se reafirmó con el otro en el borde. A pulso, trató de elevar su peso y el del chico, pero Samael se movía tanto y tan rápido que finalmente resbaló y cayó. Aleyn temió que la caída le dejara malherido, pero el chico flexionó las rodillas al contacto con el suelo, hizo

una voltereta y echó a correr. Aleyn maldijo, saltó hacia otro tejado y reanudó la persecución.

Contaba con la ventaja de estar en una posición elevada, lo que le permitía no perder de vista a su presa, pero, a pesar de sus esfuerzos, el chico alargaba su ventaja a cada paso que daba.

Percibiendo que, de no hacer algo pronto, terminaría perdiéndole, musitó de nuevo unas palabras en irylio y utilizó toda su voluntad para separar el alma del cuerpo de aquel chico. Una descompensación de un segundo, teniendo en cuenta la velocidad con la que Samael corría, sería suficiente. En efecto, al llegar a una esquina, el cuerpo del chico, dos pasos por delante de su alma, no giró, pues pensó que aún no debía hacerlo, y chocó contra la pared. Al caer al suelo, Aleyn vio cómo los dos entes volvían a unirse.

Llegó a su lado antes de que Samael pudiera levantarse de nuevo. Se arrodilló ante él, detuvo un intento desesperado por clavarle una pequeña navaja en el cuello y le observó con el ceño fruncido. En ese momento casi deseaba matarlo.

—¿Quién demonios eres tú?

—Tu verdugo o tu salvador, ya veremos —respondió, antes de encajarle un puñetazo en la sien y dejarle inconsciente.

OceanofPDF.com



Su vida se había convertido en una pesadilla: siervo del asesino de su madre y con la soga preparada ante cualquier mínimo error, descuido o mirada confusa. Cada segundo que pasaba atendiendo las necesidades del señor Wellington sentía sus ojos clavados en su nuca, aguardando una excusa para condenarle.

Cuando estaba junto a su amo la rabia apenas le permitía pensar y, cuando caía la noche y Güido podía por fin descansar, debía soportar las vejaciones de Mac, el guardia que había apostado sobre su vida y había perdido. Insultos, risotadas, escupitajos, golpes al menor indicio de provocación, despertares intempestivos para obligarle a correr, hacer flexiones y transportar cargas hasta que el cuerpo de Güido, extenuado, se desplomaba sobre el frío suelo. Luego lo castigaba por no obedecer y lo dejaba ahí hasta el alba, con la promesa de que, si no cumplía con sus labores diurnas, lo colgaría, al igual que habían hecho con su madre. Cada mañana, antes de comenzar su jornada de esclavo, Güido lloraba. Luego se obligaba a repetirse las razones por las que aún deseaba vivir, se levantaba e iba a servir.

Descubrió que lo hacía bien. Al cabo de un par de semanas, el señor Wellington volvió a depositar su confianza en él y Güido pudo retomar las

funciones que había perdido la noche del levantamiento. Se encargaba de preparar la ropa del señor, llevarle las comidas y mantener su despacho limpio y ordenado. Güido suponía que el señor lo consideraba una suerte de perro derrotado, incapaz de levantar un solo dedo en contra de su amo. Era justo lo que el Inferus le había dicho que hiciese.

—En una hora acompañaremos al señor a la capital —le dijo Mac una mañana, después de haberle obligado a asearse con agua helada—. Prepáralo todo. El coche, los caballos, provisiones para el camino. ¡Todo! ¿Has entendido, anirio inútil?

Astra era una ciudad grande y bella, repleta de preciosos parques naturales, enormes edificios y gentes amables y elegantes. Era lo que la capital de Ylandra debía ser. Esplendor y magnificencia en su estado más puro.

—Aquí los anirios no son esclavos, cegato. ¿Los ves? —preguntó Mac —. Paseándose de aquí para allá como si fueran nuestros iguales. Pero tú, Güido, tú no eres como ellos. Tú solo eres una propiedad. Que no se te olvide mientras estemos aquí. Que no se te ocurra desobedecer ni una sola orden porque, si lo haces, cuando volvamos a casa, te colgaremos y luego me haré un collar con tus dientes.

Al ver que Güido no le respondía, le dio un bofetón. Güido agachó la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué se dice cuando tu amo te habla?

—Sí, señor.

—Así me gusta.

El juez y su séquito se hospedaron en una elegante y próspera posada al margen del río Pinaut. El edificio, de perímetro cuadrado y cuatro pisos de altura, ocupaba toda una manzana y tenía más de trescientas habitaciones de

diferentes tamaños, precios y calidades. Era un armatoste de piedra blanca, ventanas azules y ornamentos en la fachada.

A los esclavos que los acompañaban les ordenaron montar una tienda cerca del agua y asentarse allí. La esclavitud había sido abolida en el centro hacía ya muchos años, pero, según las leyes de la república, un esclavo del oeste seguía siendo un esclavo en el resto del territorio mientras solo estuviera de visita. No obstante, los extranjeros debían respetar ciertas normas locales. Por ejemplo, matar a un esclavo en el oeste no constituía delito alguno, salvo que se matara a un esclavo de propiedad ajena. En tal caso, el responsable era acusado de daños contra la propiedad y obligado a pagar al dueño del anirio una cantidad reparadora. Sin embargo, en los estados donde la esclavitud había sido abolida, no se permitía el maltrato o asesinato de esclavos, independientemente de a quién perteneciera. En el centro, norte, este y en las islas, los anirios eran considerados personas y, hasta cierto punto, debía tratárselas como a tales.

El grupo del juez permaneció en la capital durante cuatro días en los que Güido tuvo que transportarle de aquí para allá, en lo que suponían incansables jornadas de reuniones con todo tipo de personas a las que Güido no conocía. A él le ordenaban esperar en el coche y Mac se encargaba, siempre que podía, de recordarle las consecuencias de distraerse de tan importante labor. Aquello le imposibilitaba enterarse de ningún dato relevante sobre las actividades de su amo. Pasados los primeros días, Güido se dio cuenta de lo inútil que era. En cualquier momento, el Inferus volvería a aparecer, le exigiría algún tipo de dato relevante y él no tendría nada que decirle. No conocía a aquel hombre, pero imaginaba que, si no podía serle útil, la ayuda que le había prometido se difuminaría. Debía pensar algo. Debía averiguar la forma de espiar las conversaciones del juez, aunque eso supusiera poner en peligro su vida.

Comenzó a interesarse más por los movimientos de su amo, trató de recordar los nombres que escuchaba a hurtadillas cuando hablaba con alguno de sus guardias y se afanó por encontrar excusas que le permitieran aumentar su presencia en los encuentros que el juez mantenía con desconocidos. Fue en balde. Los únicos momentos que pasaba con el juez se limitaban al coche y, allí, el señor, siempre precavido, no decía ni una sola palabra de interés.

Güido, como la mayoría de los anirios, no era demasiado devoto de los dioses, pero por primera vez en su vida se entregó a ellos y ensalzó una plegaria silenciosa. Le pidió a Rótalo el valor para espiar, a Dyara la inteligencia para conseguirlo y a Daxal, el más grande de ellos, la oportunidad para hacerlo y, casualidad o no, esa misma noche los dioses le respondieron.

Sentado en el borde del río, con la esfera luminosa sujeta entre las manos, vio cómo un carruaje paraba en la entrada de la enorme posada. No reparó en ello hasta que vio que el juez y un par de sus guardias, entre ellos Mac, salían a la puerta a recibir a un hombre de aspecto pulcro, piel oscura y barriga prominente. Al fijarse en la escena, le pareció percibir cierto grado de sumisión en los movimientos de su amo. Aquel hombre rechoncho era alguien importante. Se puso en pie, respiró un par de veces infundiéndose el valor que le había pedido a Rótalo y se dirigió hacia el edificio.

Entró esquivando la mirada de un joven ensimismado tras un mostrador y se introdujo por los pasillos silenciosos. No había lámparas de gas ni luces artificiales propias de La Escuela, así que agitó un poco la esfera y se abrió paso entre los largos pasillos, en silencio y con cautela.

Cuando por fin alcanzó la puerta de la habitación del juez, sopló sobre la esfera, la guardó en uno de sus bolsillos y la oscuridad le inundó. Se

colocó en cuclillas frente a la entrada y pegó la oreja a la madera. Apenas sí se oían algunos murmullos. Güido maldijo entre dientes. Estaba corriendo un riesgo mayúsculo para nada. Las manos empezaron a temblarle y el corazón se le encabritó, pero decidió no marcharse. Aún no.

Al cabo de unos minutos escuchó pasos al otro lado y los murmullos amortiguados se convirtieron en palabras. Cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo casi en el momento en el que la puerta se abría. Retrocedió un par de pasos y se agazapó apoyado en la pared. Por segunda vez aquel día, rezó.

Mac y otro guardia salieron de la habitación, se dirigieron un par de palabras y comenzaron a caminar en la dirección contraria a Güido. Ninguno de los dos miró atrás, hacia el hombrecillo asustado de ojos suplicantes. Cuando desaparecieron, Güido se dijo que ya había tenido suficiente. Sin embargo, cuando quiso ponerse en pie, el pánico frenó sus piernas. Estaba petrificado en aquella posición, a punto de echarse a llorar.

Con la esperanza de que le diera algo del valor que había perdido, metió la mano en el bolsillo y agarró la esfera. Al tocarla, unas voces, nítidas y reales, estallaron en su cabeza. Güido se sobresaltó, soltó la esfera y cayó sobre su rabadilla. Pensó que se había vuelto loco. Hasta el anirio más analfabeto sabía que escuchar voces en la cabeza suponía haber perdido la razón. Luego recordó las palabras de Mara. ¿Qué le había dicho? Algo así como que aquella esfera era una tontería en comparación con lo que se podía encontrar en La Escuela.

Entonces pensó que quizá, solo quizá, aquella esfera no solo tenía el poder de iluminarse.

Con manos temblorosas, volvió a agarrarla y entonces… ¡Pum! La voz del juez inundó su cerebro.

—Creí que tendría que marcharme de Astra sin la ocasión de charlar con usted, senador.

¿Qué clase de magia era aquella? ¿Cómo era posible? ¿Mara había sido consciente del verdadero poder de aquel artilugio? Güido no conocía la respuesta a ninguna de aquellas preguntas y, para ser sincero, le importaban muy poco. Sabía lo suficiente. Sabía que se iluminaba al agitarla, que se oscurecía al soplar y que, en algunos momentos, permitía a quien la tocara escuchar conversaciones privadas. Con tener esas respuestas, le servía. Envolvió la esfera entre sus dedos y escuchó.

—¿… presentarse a gobernador del oeste? —dijo la voz desconocida—. Le tenía por un hombre leal al gobernador, Deian. Creí que apoyaría a su elegido.

—Los sucesos recientes me hicieron reconsiderar mi posición.

—La señorita Vyvas le hizo cambiar de parecer, ¿no es cierto? ¡Por Daxal, qué mujer! Jamás vi tanta belleza y tanta inteligencia unidas en un mismo cuerpo. Si fuera más joven… ¡Oh, vamos, no diga que no lo ha pensado siquiera! Daría todo lo que tengo por tenerla postrada en mi cama, desnuda y suplicándome que la tomara. Le aseguro que iba a jugar toda la noche a quién es el topo que abre más agujeros. —Tras decir aquello, el hombre estalló en una carcajada—. Por eso mismo creo que las mujeres no deberían dedicarse a la política. Nos dejan en desventaja, Deian. Cada vez que hablo con esa mujer no puedo pensar en otra cosa que no sea arrancarle el vestido y esconder la cabeza entre sus pechos. Un caldo excelente, por cierto. ¿De la cosecha de Terentena?

—De los viñedos de la familia de mi esposa, sí.

—Es maravilloso, aunque debemos reconocer que en cuestión de tintos ninguno supera a los del sur, me temo.

—No discutiré con usted —respondió el juez—. ¡Salud!

—Bien, Deian, como sabrá, si quiere que los senadores del oeste le den su apoyo, es a mí a quien tiene que convencer. Pero no se equivoque conmigo, no soy fácil. Si quiere mi apoyo, tendrá que ganárselo.

—Le agradezco la oportunidad, senador.

—¡Por Daxal, Deian, deje el titulito para el Senado! Llámeme Clay. Es mi nombre. Me gusta. Mi padre me lo puso por el maestro mentalista Clay Rothjus. Mi nombre es casi mi mejor cualidad —dijo y se echó a reír—. Bromas aparte, dígame, ¿por qué debería apoyar su candidatura?

—¿Preferiría apoyar al alcalde Roshan?

—¿A ese pusilánime? ¡Ni muerto! No obstante, un senador como yo no tiene por qué apoyar a nadie. Mi ámbito es la política nacional, no la estatal. Así que se lo vuelvo a preguntar, ¿por qué debería apoyar su candidatura?

—Seré un buen gobernador. Seré firme y justo. Actuaré guiado únicamente por los intereses del oeste y…

—Bla, bla, bla —le interrumpió el senador—. El discurso guárdeselo para los votantes. Creo que terminaremos antes si yo le digo lo que quiero de un gobernador, usted me dice que lo hará, brindamos y todos tan amigos, ¿de acuerdo?

—Como usted mande.

—Un hombre inteligente, me gusta —respondió—. Quiero que el oeste vuelva a ser lo que era. Quiero que la cultura del oeste gobierne este maldito país. Quiero que esos maricones del este y de las islas dejen de incordiar a los que queremos mantener las tradiciones que soportaron el peso de Ylandra durante siglos. ¿Me sigue? Estoy cansado de tanto progreso social. Si seguimos así este país se consumirá como una vela. El presidente de la república es un inútil progresista, al igual que el gobernador del este, de las islas y, me entristece decirlo, de nuestra propia casa. Son todos y cada uno de ellos unos cobardes y ha llegado el momento de

apartarles del poder. Le explicaré algo acerca de nuestra gran nación. Durante las últimas tres décadas, el oeste únicamente ha contado con el apoyo del sur. No tengo nada en contra de ellos. ¡Maldita sea, mi madre era sureña! Pero es un estado sin identidad ni principios. Son esclavistas, sí, pero no demasiado. Tribus de anirios liberados recorren el desierto de Jatxico como si tuvieran algún derecho sobre la tierra que pisan. La guerra les destrozó. El maestro Izan y los suyos se aprovecharon de su debilidad y les utilizaron. Y Aleyn terminó con ellos cuando arrasó Ciudad Gloria. A pesar de todo, siempre han mantenido su apoyo al oeste, así que, maldita sea, son nuestros aliados. No nos queda otra que cargar con ellos.

»El este y las islas son nuestros rivales históricos. Nunca nos apoyarán. Son la noche y nosotros el día. Si de mí dependiera enviaría un ejército a acabar con ellos hoy mismo, pero no sería una estrategia inteligente. Nos queda el norte y el centro. El centro apenas tiene importancia. Cuenta con algunos millones de votantes, pero siempre votan lo que les dice el presidente de la república. Son, digamos, volubles. De momento votarán lo que les diga ese despreciable oriental desde el palacio presidencial. No pasa nada. Lo que importa ahora es el norte. No nos han apoyado durante estos años, pero el este se ha olvidado de ellos y ahora ha surgido la oportunidad de ganarnos su confianza. ¿Conoce la polémica del valle de Caldaso?

—Estoy informado, sí. Aunque no sabía que hubiera ninguna polémica. Históricamente pertenece a La Escuela, aunque desde hace años está bajo el dominio del norte.

—Por poco tiempo, amigo mío. ¿No se ha enterado?

—No.

—Creí que usted era juez de la Alta Corte.

—Así es, pero salvo circunstancias excepcionales mi circunscripción se limita al oeste.

—Lo mismo da. Deje que le ponga al día. La Escuela ha interpuesto una denuncia en los tribunales reclamando los derechos de explotación y gobierno sobre el valle de Caldaso. Esos norteños desarrapados están echando humo por las orejas. El problema es que, esta vez, los maestros tienen razón. El valle les pertenece, así que al gobierno de la república no le queda otra que devolvérselo. ¿Qué le parece?

—¿Qué tiene que ver con el oeste?

—¡Vamos, Deian! La señorita Vyvas ya lo habría cogido. ¡Por Daxal! Tendrá suerte de tenerla a su lado. Llegado el momento, el oeste debe apoyar las aspiraciones del norte de controlar el valle. De esa forma nos ganaremos su afecto. Se meterán en la cama con nosotros y entonces les haremos esas cosas que hacen que las mujeres chorreen del gusto, ¿comprende?

—Pero, como ha dicho, La Escuela tiene razón.

—¡Que le den a La Escuela! ¿Es usted maestro, Deian? ¿No? ¡Pues que les den! Nosotros somos occidentales. Del oeste. Y vamos a luchar por el oeste. Los maestros ya tuvieron su oportunidad y la cagaron. Ahora nos toca a nosotros.

—Aunque decidamos apoyar al norte en todo el asunto de ese valle, luego no podremos mantener nuestras promesas. Quedaremos como mentirosos. Al fin y al cabo, la ley es la ley.

—¡A la mierda la ley! Si va a convertirse en un político debe dejar de pensar como un juez y empezar a pensar como un político, señor Wellington. Con el apoyo del norte y del sur, gobernaremos este país. Es nuestro momento, y que me cuelguen si voy a dejar que se nos escape.

—Hay otro problema —observó el juez—. Necesitaré el apoyo de La Escuela para convertirme en gobernador. No lo conseguiré si apoyamos al norte en este asunto.

—Como un político, Deian, piense como un político. ¡Maldita sea! Usted diga a esa estúpida de Allyson Lumeni lo que quiere escuchar, gane las elecciones y después haga lo que quiera. Pero no se atreva a contrariarme.

Güido escuchó ruidos fuera de su cabeza, pasos que se aproximaban, y se marchó. Le habría encantado escuchar el resto de la conversación, pero el riesgo de que lo descubrieran era demasiado alto y ya tenía por fin algo jugoso que contarle al Inferus.

De vuelta en Viendavales, la primera noche, recibió la visita del Inferus. Güido le contó todo aquello que recordaba de las personas con las que el juez se había reunido, dedicándole una especial atención al intercambio con el senador. No recordaba cada detalle, pero sí lo que le parecía más relevante. El Inferus le acosó a preguntas de toda índole, hasta que en sus ojos surgió el brillo del asombro y el respeto.

—¿Cómo te enteraste de todo eso, chico? —Güido se encogió de hombros, orgulloso, y no dijo más.

Sonrió. Estaba feliz.

OceanofPDF.com



Aparte de los diez bronces que le había ganado a Max, Mara debía agradecerle la morbosa fama que su nombre había adquirido en toda la villa. Todo tipo de rumores, cuchicheos y susurros de admiración se extendían al paso de una dolorida y amoratada Mara. En lo que todas las historias coincidían era en que Mara era un ser extraordinario, la reencarnación de algún tipo de deidad superior, capaz de hacer lo que se propusiera.

A Mara tanta atención mediática le encantó. Durante un par de horas. El tiempo justo para cobrar la deuda de Max y burlarse de él. Al poco empezó a sentirse incómoda y finalmente comenzó a detestarlo.

—¿Cómo demonios pueden creerse esas tonterías? —preguntó Mara.

A su lado, ayudándola a caminar, iban Kiara, Tate y Lewis.

—Eres famosa. ¡Disfrútalo! Te lo has ganado —le dijo Kiara.

—¿Qué voy a haberme ganado nada? Vosotros sabéis la verdad. Ese imbécil de Max consiguió engañarme para que me metiera en la boca del lobo. Es un milagro que saliera de allí con vida y con un broche. En todo caso, no soy más que una chiquilla ingenua con mucha, mucha, mucha suerte.

—Como sea. Salió bien. Es lo único que importa —resolvió Lewis.

—¡No es lo único que importa! ¿Qué pasará cuando descubran que soy un fraude? Que ni resucité, ni vencí a Siara, ni nada. Solo me llevé una paliza brutal. ¿Qué dirán entonces?

Una chica aniria de piel clara y pelo corto y rubio, con la capa blanca de aspirante y el broche del profesor mentalista Sairon Kote prendado a ella, se acercó al grupo y se introdujo en la conversación.

—En realidad no dirán nada. Saben que ninguna de las historias es cierta. Pero les encantan los chismes. Hablarán de ti un par de días, quizá hasta tres o cuatro, y luego se olvidarán —dijo con ternura. Era una chica unos cuatro o cinco años mayor que ellos, de sonrisa fácil y ojos sinceros. Ninguno de los tres la conocía—. Soy Nala Kote, por cierto. Siento haberos interrumpido, pero quería conocer a la gran Mara Roscharch. Espero no haberos importunado.

Lewis se distanció de sus amigas y cogió el testigo de la conversación.

—Perdónanos. Es nuestro primer día como aspirantes y no estamos muy acostumbrados a que los veteranos nos hagan caso. Yo soy Lewis Arsac, aspirante de Brebajes. Estas son mis amigas Kiara Hostie, aspirante de Cronismo, Tate Senén, aspirante de Sanación y, bueno, Mara Roscharch, aspirante de Alquimia.

—Encantada de conoceros —saludó Nala—. ¿Tate Senén? Debes tener un corazón de lo más bondadoso. El maestro Senén no escoge a cualquiera como su protegido.

Tate se ruborizó y agachó la cabeza.

—Gracias —balbuceó al fin.

—Así que vais a la clase del maestro Sairon Kote. ¿Puedo acompañaros?

Durante aquella semana, Mara siguió la sugerencia de su mentora y asistió a todas las clases, salvo al entrenamiento físico de los monjes de

Ka’andra, para el que aún no estaba recuperada.

La clase de Mentalismo era impartida por el profesor Sairon Kote, un hombre de mediana edad, mirada profunda y cabeza calva. Durante dos horas habló a sus alumnos de lo que denominaba la tríada humana. La relación entre los pensamientos, las emociones y las conductas de las personas.

—Para llegar a romper como mentalistas debéis conocer el funcionamiento exacto de las personas. Debéis intuir los engranajes de su mente y ser capaces de explicar cualquier cosa que hagan o digan, así como de predecir lo que harán, sentirán y pensarán. Si lanzo una manzana a cualquiera de vosotros, debo saber quién la agarrará con confianza, quién dudará y a quién le dará en la cara. —Los alumnos rieron—. Un aprendiz de Mentalismo debería ser capaz de manipular las mentes de cuantos tenga alrededor. Debe ser capaz de extraer de ellas las piezas necesarias para que se arrodillen ante su voluntad.

Hablaba acerca de impulsos nerviosos, aspectos biológicos, genéticos y conductas aprendidas. También de diferentes formas de aprendizaje. Divagaba sobre el funcionamiento de la memoria, de la percepción, de la importancia del lenguaje y del apasionante, así lo describía, mundo de las emociones. Los alumnos alrededor de Mara levantaban la mano y hacían cantidad de preguntas sobre la lección del profesor y este, encantado, se enzarzaba en confusas explicaciones que a Mara le embotaban la mente, las ideas y las ilusiones. Luego les enumeraba una serie de libros imprescindibles que debían leer y memorizar. Al menos diez de ellos eran obligatorios, otros veinte muy recomendables y otros cincuenta de lectura interesante. Como tareas, el profesor Sairon Kote dibujó un punto en la pizarra y de ahí saco cuatro líneas, donde escribió observación, explicación, predicción y manipulación. Les dijo que a partir de ese momento debían

observar cada nimia conducta de cuantas personas les rodearan, ser capaces de generar hipótesis explicativas de esa conducta, emitir predicciones sobre las consecuencias a corto, medio y largo plazo y, por último, influir en los resultados.

Tras la primera semana de clases, Mara sabía que jamás volvería a entrar en esa aula. Por el contrario, a Amilia, Lewis y Kiara la clase les entusiasmó, hasta el punto de que ninguno de ellos fue capaz de comprender cómo a Mara podía no haberle gustado.

Por alguna razón, Mara había depositado una mayor confianza en la clase de la profesora cronista Kian-Zia-Tiu. El estudio del tiempo le parecía algo seductor. No obstante, tras la primera clase, todas sus expectativas se vinieron abajo.

La profesora Kian-Zia-Tiu, natural de la isla de Ka'andra, se pasó una hora entera haciéndoles preguntas sobre cómo pensaban que había llegado una pera podrida a su mesa. No solo buscaba respuestas lógicas y rápidas. Para nada. Quería historias. Historias lógicas, bien fundamentadas, coherentes e interesantes. Cuando le llegó el turno a Mara lo único que pudo decir fue lo que muchos antes que ella habían dicho.

—Creo que la ha puesto usted ahí para después preguntarnos por ella.

Una respuesta que no gustó en absoluto a la profesora, quien la definió como incompleta y carente de imaginación. Después de ese ejercicio, comenzó con una intrigante lección de historia. No hablaba de personajes importantes ni de acontecimientos dramáticos y relevantes. Les contaba pequeños acontecimientos llevados a cabo por hombres y mujeres comunes, animales u objetos inanimados y les detallaba las consecuencias que cada pequeño acontecimiento había tenido en la vida de estas personas. Por último, les introdujo en el concepto del tiempo como algo abstracto, unidimensional y unidireccional y les dijo que la mayoría de las cosas que

les estaba enseñando eran mentiras que no servían para nada, salvo para que comprendieran la ininteligibilidad del concepto del tiempo. Mariposas que aleteaban sus alas, teoría del máximo caos y fichas de dominó cayendo unas detrás de otras. Cuerdas que se entremezclaban, que variaban sus vibraciones al contacto con otras y tecnicismos, tecnicismos y más tecnicismos. Mara no estaba segura de cuál de las dos disciplinas la amargaba más: Mentalismo o Cronismo.

Cuando le dijo a Kiara que tampoco pensaba estudiar Cronismo, esta le explicó que era algo lógico.

—Van de la mano, Mara. El estudio de la psicología humana y el estudio del tiempo comparten muchísimas cosas. Lo dice en el libro que la profesora nos ha mandado leer.

—¿Cuál? ¿El de El tiempo: concepto y contraste. La mejor forma de perder aquello que quieres estudiar? ¿A ese te refieres? ¡Por Daxal, el título ya es completamente absurdo!

La disciplina que desde un principio no había generado ni un ápice de motivación en el corazón de Mara era la de Artes Sagradas, que enseñaba la profesora sanctorum Enara Stapel. A diferencia de lo que le había ocurrido con Cronismo, esta vez Mara no se equivocó. A pesar de que la profesora parecía ser una persona afable y cercana, Mara detestó todo aquello de lo que hablaba. Que si el bien y el mal. Que si la historia de los Tres. Que si las enseñanzas de Rótalo esto, que si las enseñanzas de Dyara aquello. Que si Daxal dio a los hombres el don para hacer y deshacer. Conjuritos con palabras extrañas por aquí, antiguo irylio para conocer el alma de las personas por allá. Durante una de sus clases, a Mara se le cerraron los ojos y se durmió. Cuando volvió a abrirlos, toda la clase, profesora incluida, se reía de ella.

—Esta clase no es para ti, chiquilla —le dijo Enara—. Si te sirve de consuelo, tu mentora también mostraba cierta tendencia a aburrirse y hacer el ridículo en clase de Artes Sagradas. Dile de mi parte que no te deje volver aquí, ¿quieres?

Y cuando ya pensaba que nada podía ir a peor se encontró en clase del profesor brebajista Kolvak Lombard. Clase que, según le había dicho Siara, sería obligatoria. El maestro Kolvak llenaba pizarras de fórmulas matemáticas, símbolos químicos y operaciones algebraicas a tal velocidad que a Mara no le daba tiempo siquiera a copiar todo lo que escribía, mucho menos a comprenderlo o memorizarlo. Llegó a pensar que aquel hombre hablaba en otro idioma, dado que muchas de las palabras que decía le resultaban completamente desconocidas. Ácidos de extraños nombres, sales de nombres aún más raros, disoluciones, solutos, moles, núcleos, valencias, fuerzas de diferentes tipos, teorías no comprobadas, reducciones, extracciones, esencias y demás términos que a Mara le entraban por un oído y, a pesar del inhumano esfuerzo que hacía por retenerlos, le salían por el otro.

Muy diferente fue la clase de Sanación, con la profesora Desislava Jawo. La materia era dura, había que aprenderse el nombre de cada hueso, músculo, nervio y órgano del cuerpo humano, leer una cantidad inmensa de manuales sobre biología y enfermedades y aprender técnicas médicas de una complejidad apabullante, pero a Mara no le importaba. Era un esfuerzo que hacía casi sin despeinarse, con alegría y motivación. Además, Tate la acompañaba y la ayudaba a comprender los conceptos que a Mara se le escapaban. De no haber sido aceptada bajo la tutela de Siara, Mara habría elegido Sanación como disciplina principal, estaba segura.

No obstante, Mara tenía alma de alquimista, aspecto de sí misma que descubrió tras cinco minutos en la clase de la profesora Siara Roscharch.

Según había oído, hacía siglos, la alquimia había sido una disciplina perseguida por cientos de aspirantes. Era, por así decirlo, el diamante en bruto de los maestros. La mayoría lo buscaba y lo perseguía, pero muy pocos lo encontraban. De eso hacía ya años. Durante los últimos tiempos, la alquimia había caído en desgracia y, en la actualidad, apenas unos pocos aspirantes se atrevían con ella. De ahí que fuera extraño que la clase estuviera tan abarrotada aquella mañana. Al parecer, la presencia de la mujer del traidor había atraído más curiosos de los esperados.

Mara se sentó en primera fila, acompañada de Nala y sus amigos.

Siara entró en el aula como un vendaval, arrojó unos cuantos objetos sobre su mesa y observó el aula abarrotada.

—¡Alquimia! —dijo—. La alquimia ni se enseña ni se aprende. La alquimia es algo tan puro que, si tratáramos de explicar qué es, agotaríamos cuantas palabras existen. La alquimia es pura creación y, cuando creamos, todo influye. De ahí que dar una explicación de lo que es y de lo que se puede hacer con ella sea poco más que un acto de vanidad y orgullo desmedido. Pero sí os diré algo. Cualquier creación alquímica debe cumplir con tres aspectos claves. Debe ser bello, sencillo y útil. Cualquier objeto, poción o instrumento que no cumpla con estas tres leyes no será alquimia.

»Dicho esto, es hora de empezar. Encima de mi mesa hay seis objetos. —Cogió cada uno de ellos y se los fue pasando a sus alumnos —. Observadlos bien. Sopesad qué son, qué forma tienen, a qué huelen, qué os transmiten y para qué sirven. Después quiero que apuntéis cuáles de ellos pensáis que son creaciones alquímicas y cuáles no.

Tras aquello, la profesora se sentó en su silla y se ausentó de la clase y de sus alumnos.

Durante un buen rato, los alumnos estudiaron las propiedades de cada objeto. Había una pluma con tinta en su interior que, tras dos segundos en el

papel, se hacía invisible. Al soplar sobre el folio, el mensaje volvía a leerse para, pasados unos segundos, volver a desaparecer. Un reloj de arena, que no atendía las leyes más primitivas de la física, provocó la admiración de casi toda la clase. La arena no caía, salvo si la persona que lo tenía frente a sí comenzaba a hablar. Un tercer objeto era una regla sin marcas. Se colocaba encima del lugar que se quisiera medir y al instante una mano invisible inscribía sobre la madera la medida exacta con una precisión escandalosa. El cuarto objeto era un simple juguete de cuerda con la capacidad de caminar. El quinto una botella con un líquido espeso, negro y maloliente. El alumno que lo destapó por primera vez vomitó sobre las rodillas de una compañera y, a pesar de la rapidez con la que volvió a colocar la tapa, el nauseabundo hedor impregnó toda el aula. La gente se rio del chico y Siara, con una sonrisa traviesa en los labios, tuvo que abrir las ventanas para ventilar la estancia. El último objeto era una planta con vida propia. Si acercabas cualquier parte del cuerpo hacia ella, la atrapaba y comenzaba a estrangularla, con una fuerza desmesurada. Mara evaluó todos los objetos, uno a uno, vio que sus amigos y compañeros escribían en sus hojas y, cuando la profesora les pidió que los devolvieran a su mesa, se encontró con su hoja de papel en blanco.

—¿Qué os han parecido? —preguntó Siara y la clase permaneció en silencio—. ¿Os han dejado sin palabras? Muy bien. ¿A ver, quién cree que la pluma de tinta invisible es producto de las manos de un alquimista? —Aproximadamente un tercio de la clase levantó la mano, algunos con una mayor seguridad que otros—. Ya veo. La verdad es que un objeto bello, sencillo y útil, ¿no os parece? Bien, mis jóvenes aspirantes, ¿quién diría que el reloj de arena ingrávida es alquimia? —En esta ocasión más de la mitad de la clase levantó la mano—. Bien, bien. Os veo muy seguros a algunos —señaló, con una sonrisa maliciosa en los labios y después continuó

preguntando por el resto de objetos. El único que no consiguió levantar ninguna mano fue el juguete de cuerda y la única mano que no se levantó ni una sola vez fue la de Mara.

Al terminar el repaso, Siara se acercó a su protegida y le ordenó que se pusiera en pie.

—Mara Roscharch, ¿no tienes intención de participar en la clase? Al fin y al cabo, por los rumores que corren por ahí, esperaba ver al mismísimo Daxal reencarnado dándonos una lección de alquimia —dijo, y sus palabras provocaron alguna carcajada en el aula—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué, profesora? —respondió Mara con las mejillas enrojecidas.

—¿Cuáles de estos seis objetos crees que son la obra de un alquimista? —Mara titubeó, miró a sus amigos buscando apoyo o consuelo y después empezó a escuchar las risitas de otros alumnos. Agachó la cabeza—. Sabes que los broches se pueden perder, ¿verdad? —Mara asintió, con pánico en los ojos—. ¡Pues di algo ya, niña!

Mara cogió una gran bocanada de aire, se irguió, levantó la cabeza y clavó sus ojos sobre los de la profesora.

—Ninguno.

—¿Cómo?

—No creo que ninguno de ellos sea producto de un alquimista.

—Estamos en clase de alquimia, niña. ¿Te parece coherente que ninguno de ellos sea una creación alquímica? ¿Crees que mi intención con este ejercicio es engañaros?

—No sé absolutamente nada sobre sus intenciones, profesora. No soy ni pretendo ser maestra mentalista —dijo y, solo algunos de sus compañeros, los más incautos, se rieron ante la broma. Por suerte para Mara, una leve

sonrisa surgió en los labios de la profesora—. Lo que sí sé es que ninguno de estos objetos tiene alquimia por ningún lado.

—Bueno, bueno, bueno. Tengo delante de mí a una auténtica maestra alquimista. No me lo puedo creer. Adelante, niña, ilumínanos con tus grandes conocimientos. ¿Por qué ninguno de ellos es una creación alquímica?

—Está bien —comenzó Mara, ganando algo de seguridad—. El lápiz sirve para ocultar mensajes, pero soplando sobre el papel el mensaje se descubre. No es útil, ni sencillo ni, ya que estamos, algo bello. El reloj de arena es un contador de palabras, ni más ni menos. Es sofisticado, pero, desde mi punto de vista, bastante inútil. La regla mágica, en fin, es una regla. Hace lo mismo que una regla de una forma más complicada. No creo que la alquimia se dedique a hacer difíciles las cosas fáciles. El juguete es muy bonito, pero ya. El líquido ese asqueroso es… asqueroso. Y la planta tiene fuerza, pero deme unas tijeras.

Siara frunció el ceño. Por la expresión que tenía, Mara no sabía si estaba feliz, furiosa o si iba a coger su palo y golpearla de nuevo con él.

—De ser eso cierto, ¿por qué habría traído yo todos esos objetos? Y ya sé que no eres aspirante de Mentalismo, pero haz un esfuerzo, Mara.

Mara se encogió de hombros y torció los labios.

—¿Para dejarnos claro que, por muy vistoso y extraordinario que pueda ser un objeto, la alquimia es algo diferente?

Siara se giró, le dio la espalda, se sentó en su silla, tras su mesa, y sonrió con los ojos llameantes de algo parecido al orgullo.

—Ya ven, mis queridísimos alumnos. Por esta razón la señorita Mara Roscharch lleva mi broche y el apellido de mi linaje. Como ella ha dicho, ninguno de estos objetos se parece en nada a la alquimia. Ahora dejen de inventarse historias y rumores sobre nuestra primera reunión. Resulta

molesto y cargante. Les diré una serie de libros que deberán leer. No les servirán de mucho, pero al menos tendremos de qué hablar en las próximas clases.

Aquel día Mara se ganó la admiración de todos cuantos la rodeaban sintiendo, por fin, que era una victoria sincera y merecida.

OceanofPDF.com



Amanecía y el chico continuaba maniatado e inconsciente. Aleyn temía haberle golpeado demasiado fuerte y suponía que cuando despertara tendría la cabeza embotada y dolorida. Si hubiera colaborado, aunque solo hubiera sido un poco, la situación sería muy diferente, pero no lo había hecho.

Bien resguardados bajo la mirada de un bosque de enormes pinos, lejos de Cienaguas, Aleyn había pasado la noche confeccionando un brebaje con las plantas que logró encontrar. No era su mejor obra. A decir verdad, era una chapuza descuidada, más propia de un aspirante que del mejor maestro brebajista de los últimos tiempos pero, a pesar de todo, sabía que cumpliría con su función.

Desayunó una manzana arenosa y se calentó un té de hierbas. Luego se tumbó a esperar a que el chico despertara. Una parte de su mente, la más humana, se quedó dormida, aunque cuando la tenue respiración de Samael dejó de ser profunda y cadenciosa la mente del maestro se activó y Aleyn abrió los ojos. Se desperezó, estiró los músculos y se puso en pie. Miró al chico.

—Sé que estás despierto —dijo—. Abre los ojos, anda. —Samael permaneció quieto, fingiendo que no lo había oído—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Evaluar la situación mientras tu captor está desprevenido? Pues

tengo malas noticias para ti, chico. No estoy desprevenido. —Samael se mantenía ausente—. Como quieras. Evaluemos tu situación. Tienes las manos atadas. Tienes los pies atados. Y la persona que te ha capturado es, seguramente, el mayor déspota que ha pisado este mundo en mucho, mucho tiempo. Al menos, si atendemos a lo que se ha dicho de mí durante estos años. ¿Quieres saber cómo se llega a tener esa reputación? Siendo muy bueno en lo que haces. En todo lo que haces. Y ahora eres mi prisionero, así que seguirás siendo mi prisionero el tiempo que yo estime oportuno. Tiempo que se alargará más de lo debido si no dejas de comportarte como un niñato y abres ya los malditos ojos.

El chico suspiró y levantó los párpados. Su ojo izquierdo era el de un anirio puro, pero el derecho tenía dibujado un iris marrón en forma de medialuna. En cierta forma, era un detalle bonito.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó tras parpadear un par de veces.

—Esa es una buena pregunta. Pero, dado que desde anoche estás inconsciente, yo tengo algunas mejores. ¿Te duele la cabeza? —Samael asintió, sin dejar de atravesar a Aleyn con una mirada repleta de odio—. Si te sirve de consuelo, chico, no quería darte tan fuerte. Nunca se me ha dado demasiado bien controlar ciertos impulsos y, cuando alguien me ataca con la intención de matar, en fin… Espero que puedas olvidarlo —dijo, ante el gesto imperturbable del chico—. ¿No? ¡Vaya! ¡Cuánto rencor!

—Aún no ha respondido a mi pregunta —protestó Samael.

Aleyn levantó una mano y le pidió que se calmara, fingiendo sentirse ofendido.

—Tranquilo, chico. No hay ninguna prisa. No te confundas, ¿quieres? Vamos a estar aquí un buen rato. Charlando. Sé que anoche no empezamos de la mejor forma posible y puede que yo tuviera algo que ver con ello, pero reconoce que tú tampoco te mostraste de lo más comprensivo. Me

gustaría que pudiéramos cambiar esa primera impresión y para eso necesito un poco de ayuda. ¿Estamos de acuerdo?

Samael levantó las cejas y en su rostro quedó reflejada una enorme incredulidad. Fuera cual fuese el juego que Aleyn quería jugar con él, era obvio que resultaba nuevo para Samael.

—Lo que usted diga. ¿Puede soltarme?

—No, creo que no. Harías alguna estupidez como atacarme o huir y tendría que perseguirte y volver a golpearte y tendríamos que volver a empezar y, bueno, entiendes adónde quiero llegar, ¿verdad? Eso no va a pasar. ¿Tienes hambre? ¿Una manzana?

—No me gustan.

—Pues solo tengo manzanas. Y te aviso, son de las arenosas. —Aleyn se encogió de hombros—. ¿Una manzana?

El chico asintió y Aleyn le colocó la fruta entre las manos. Samael le dio un mordisco, arrugó la cara y se esforzó por tragar. Luego bajó las manos.

—Está bien. Imagino que ya hemos cambiado ligeramente esa primera impresión. Creo que tenías alguna pregunta que hacerme. Adelante.

—¿Quién demonios es?

Aleyn se encogió de hombros.

—Me llamo Aleyn Somerset. Maestro Aleyn Somerset, para ser más específicos —dijo, y sonrió con amargura.

La boca de Samael se fue abriendo poco a poco, con los ojos bien abiertos y los músculos petrificados. Al cabo de unos segundos parpadeó un par de veces, apartó la mirada de Aleyn y negó con la cabeza. Luego ensanchó una enorme sonrisa y se empezó a reír.

—Sí, claro. Daxal, ha estado cerca.

—Ya, yo tampoco lo creería.

Samael volvió a mirarle, esta vez con el ceño fruncido, escrutando cada rasgo de Aleyn.

—No puede ser cierto —comentó—. ¡Aleyn está muerto!

—Es una historia un poco larga, en realidad. La versión corta es que las personas que dijeron que me habían matado, mintieron.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Pues porque no querían morir! Y si se hubieran enfrentado a mí, habrían muerto. No es difícil de comprender.

—¿Y qué demonios quiere de mí?

—Pues verás, resulta que me han contado un cuento un poco increíble y tú eres una pieza clave en él. No lo creería de no ser porque las personas que me lo contaron gozan de cierta credibilidad histórica. Resumiendo: debo decidir si vives o mueres.

Samael abrió la boca mientras un torrente de palabras confusas se le atropellaban en los labios y morían antes de ser pronunciadas.

—¿Qué? ¿Por qué? ¡Yo no he hecho nada! ¿Qué tengo que ver yo con usted? ¿Por qué va a matarme?

Aleyn volvió a levantar la mano y le pidió que se calmara. Sin embargo, esta vez, sus facciones se endurecieron mientras lo hacía. Su cara dejó de ser amistosa para convertirse en una roca fría y cruel.

—¡Relájate! No he dicho que vaya a matarte. Pero necesito que no te alteres.

—¿Cómo no voy a alterarme? —protestó el chico—. ¿Aparece el hombre más…? —dejó las palabras en el aire mientras buscaba un modo ajustado de describir a Aleyn—. ¡Maldita sea! ¿El tío que decidió arrasar una ciudad por nada y dice que tiene que decidir si me mata o no y debo estar tranquilo?

—Así que soy un genocida, ¿eh? ¿Algo más que quieras llamarme? ¿Traidor? ¿Asesino? ¿Algo peor? ¿Crees que me gusta que me llamen esas cosas? Y sin embargo, cuando te alteras dejas de pensar con claridad y me llamas todas esas cosas. ¿Y qué es lo que ocurre entonces? Que me cabreo. ¿Y qué pasa cuando el gran maestro Aleyn Somerset se cabrea? Todos sabemos la respuesta. Se han gastado litros de tinta en dejar bien claro qué es lo que pasa. El hombre decide arrasar una maldita ciudad. ¿Quieres que me cabree, chico? —Samael negó, con la cabeza agazapada entre sus hombros—. En ese caso, ¡relájate! Si decido que mueres, en fin, mueres. Pero piensa que también puedo decidir que vives. Yo me agarraría bien fuerte a esa posibilidad.

Samael bajó la cabeza y apretó los párpados con fuerza. Le dio un nuevo mordisco a la manzana y el rostro volvió a crispársele.

—¡Por Daxal, está malísima!

Aleyn sonrió y asintió.

—Nunca tuve buen ojo para la fruta. No me ocurre lo mismo con las personas, aunque supongo que poder ver sus almas ayuda mucho.

—Supongo que sí —respondió Samael más tranquilo—. ¿Por qué quiere matarme?

—Yo no he dicho que quiera matarte —corrigió Aleyn.

—¡Como sea! ¿Por qué me está haciendo esto?

—¿Has oído hablar de la Orden de *Addai*? —Samael negó con la cabeza —. ¡Increíble! ¿Qué aprendéis los jóvenes hoy en día?

—Yo aprendí a sobrevivir —dijo con orgullo.

—Estoy seguro de que sí. Robando a otros, ¿no?

—Sea un anirio mestizo y huérfano en una gran ciudad y después venga a juzgarme cuanto quiera.

—Lo que tú digas —murmuró Aleyn—. La Orden de *Addai* es una congregación antiquísima. Se dice que, después de que los Tres abandonaran nuestro mundo, millones de hombres y mujeres pertenecían a la orden. Eran nómadas con un único objetivo: perseguir y asesinar a todos los descendientes de los dioses, es decir, a todos los maestros. Aún no se llamaban maestros, claro, por aquella época solo eran personas con dones extraordinarios, capaces de hacer cosas que ningún otro ser humano podía hacer. Durante más de mil años se produjo una guerra entre los antiguos maestros y los *addai*, hasta que, finalmente, el mesías reunió a todas esas personas extraordinarias, formó un gran ejército y acabó con el poder de la orden. Su último acto fue la fundación de La Escuela, hace dos mil años.

Samael bostezó y después se aclaró la garganta.

—¿Te estoy aburriendo, chico? —preguntó Aleyn.

—No, no. Estoy muy interesado. Lo que no consigo comprender es qué tiene que ver conmigo lo que ocurrió hace dos mil años. Yo, desde luego, no estuve ahí.

Aquello hizo sonreír a Aleyn. Le había secuestrado, le tenía retenido bajo la amenaza de una muerte inminente y aquel chico aún se atrevía a insultarlo y a mofarse de él. Aleyn no sabía si le sobraba valor, arrogancia o estupidez pero, en cualquier caso, le empezaba a caer bien. Odiaba la prudencia, la firmeza y los protocolos. Aquello era lo que le había enamorado de Siara, su total falta de decoro. Eran personas sin máscaras. Lo que veías era lo que había. Eran personas sencillas y Aleyn apreciaba la sencillez.

—Hace unas semanas, los que parecían ser los últimos miembros de la orden acudieron a mí pidiéndome ayuda. Me dijeron que Ylandra estaba a punto de enfrentarse al mayor enemigo de su historia. Después me dijeron que tú serías ese enemigo. En caso de ser cierto, tendría que matarte.

Samael se echó a reír.

—¡Eh, eh, eh! Yo solo soy un ladrón. Nada más. Así que ya puede soltarme para que podamos irnos a casa.

—Sería estupendo que fuera tan sencillo, ¿verdad? Por desgracia, no lo es. La orden cree que eres la reencarnación de Daxal.

Esta vez Samael no solo se rio, sino que estalló en una profunda y sonora carcajada mientras su cuerpo se retorcía. Aleyn se esforzaba por no reír, tanto que su piel negra empezó a tornarse morada.

—Esto es serio, chico —reprendió, aunque su tono no se correspondía para nada con sus palabras.

—¡Qué va! ¿La reencarnación de Daxal? ¡Por el amor del cielo, del mesías y de los malditos Tres! No puede estar hablando en serio. Es imposible. ¿Se ha vuelto loco?

—Eso explicaría tantas cosas… —dijo Aleyn—. Pero me temo que no.

—¿De verdad cree que soy un dios reencarnado? Si fuera un dios reencarnado, desde luego, me hubiera metido en el cuerpo de alguien mucho más guapo, fuerte y rico.

—En eso sí estamos de acuerdo —bromeó Aleyn y Samael le miró con el ceño fruncido—. Yo también puedo hacer alguna broma, ¿no te parece?

—Oye, en serio, esto es un despropósito. Solo soy un chico de veintidós años que intenta sobrevivir lo mejor que puede. No soy ningún dios. ¿Podemos terminar con esto de una vez? Tengo hambre y sueño y la cabeza aún me duele.

Aleyn suspiró. Aquel chico tenía razón. Aquello parecía un despropósito, una auténtica locura y, en definitiva, una completa estupidez, pero la Orden de *Addai* no lo era. La orden había sido muy real durante decenas de siglos y a algo así no se lo podía simplemente ignorar. Además,

no había llegado hasta ahí y corrido tantos riesgos para retirarse a la primera oportunidad.

—Sé lo que parece, chico. De verdad que sí. Pero me toca interpretar el papel de creyente. Además, los *addais* no son una amenaza que pueda tomarse a la ligera. Quieren matarte y, si te dejo volver a Cienaguas, es muy probable que te encuentren y lo hagan. Ellos no tendrán tanta consideración como estoy teniendo yo —explicó apenado—. A decir verdad, me caes bien. No me gustaría dejarte marchar y enterarme dentro de un tiempo de que te han asesinado.

—¿Entonces no va a matarme?

—Eso aún está por ver. Al fin y al cabo, imagino que si fueras la reencarnación de Daxal no me lo dirías.

Aleyn buscó en su bolsa y extrajo un pequeño frasco con un líquido verde en su interior. Era el brebaje que se había pasado la noche elaborando. Se lo tendió a Samael.

—Bébete esto, ¿quieres?

Samael lo cogió con una mezcla de prudencia y desconfianza.

—¿Qué es?

—Una poción. Te ayudará a ser sincero en tus respuestas.

Lo olió y, rápidamente, lo alejó de sí mientras una fuerte arcada le devolvía los restos de manzana a la garganta.

—No, gracias.

—Huele fatal, lo sé. A podrido o algo así, pero sabe bien. Tiene cierto toque dulzón, como a fresas. Coge aire y para dentro. ¡Va!

—Paso —dijo Samael.

—¿Estoy siendo razonable?

—¿Qué?

—¿Te parece que estoy siendo razonable?

—Bueno.

—Entonces bébete el condenado brebaje y deja de fastidiarme. Tengo una mecha algo corta, chico. Soy simpático, amable, divertido y cordial. Pero también soy un genocida, ¿recuerdas? Intenta deducir en qué situaciones dejo de ser de una forma y paso a ser de la siguiente. Bébete esa asquerosidad. ¡Ahora!

Samael cogió aire, cerró los ojos y apuró el contenido del frasco. Tragó con desagrado y aparente dificultad y, para cuando ya no quedaba ni una gota en el frasco ni en su boca, emitió un ruidito de aprobación.

—No está mal —admitió.

—Te lo dije.

—¿Y ahora qué? ¿Se supone que no puedo mentir?

—Algo así. ¿Cómo te llamas?

—Samael Río.

—¿Edad?

—Veintidós años.

—¿Eres la reencarnación de una deidad superior?

—No —respondió sonriendo.

—¿Eres una buena persona?

Samael fue a responder algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Hizo un esfuerzo por hablar, pero no lo consiguió.

—Lo estás haciendo mal, chico.

—¿Qué?

—La poción te impide mentir. Si vas a decir algo que sabes que no es cierto, no te deja hablar. Sin embargo, tampoco te descubre cuál es la verdad. La verdad la tienes que hallar tú solito. Sin ayuda. Te repetiré la pregunta. ¿Crees que eres una buena persona?

Samael meditó durante unos segundos y, después, se encogió de hombros.

—A veces sí, aunque también he hecho cosas malas. Supongo que no soy mejor que la mayoría.

—Bien. ¿Por qué robas?

Al tratar de responder le ocurrió lo mismo que en su respuesta anterior. Las palabras se convirtieron en silencio, y acabó sorprendido.

—Es una buena poción, ¿verdad? —opinó Aleyn—. Es curioso descubrir lo que uno sabe en realidad acerca de sí mismo. Todas las mentiras que nos contamos una y otra vez hasta casi creérnoslas. ¿Si no estuvieras bajo el efecto del brebaje, qué me habrías respondido?

Samael le miró con rabia en sus ojos.

—Te habría dicho que robo para ayudar a los míos.

—¿Y la verdad es…?

—¡Eres un hijo de perra! —dijo Samael—. No quiero seguir respondiendo tus preguntas.

—¿Y crees que existe alguna forma de librarte de ello?

Los labios se le torcieron y la mandíbula le empezó a temblar.

—¡Hijo de perra!

—Responde la pregunta. ¿Crees que puedes librarte de responder?

—No.

—¿Por qué robas?

—Porque me gusta —respondió—. Porque disfruto sabiendo que soy mejor que todos esos estúpidos ricachones.

—Lo suponía. Si te sirve de consuelo, lo vi en cuanto empezaste a burlarte de mí, ahí arriba, sentado en el tejado. Exponerse de tal forma no sería propio de un ladrón que solo buscara el botín.

—Me al… —trató de decir, pero el efecto del brebaje se lo impidió.

—El sarcasmo tampoco está permitido, chico —dijo Aleyn—. Sigamos. ¿Has creído alguna palabra de lo que te he contado?

—Alguna —respondió.

—Bien. ¿Si pudieras escapar, si vieras la ocasión de hacerlo, lo intentarías?

—Sí.

—¿Y si tuvieras que matarme para conseguirlo?

—Sí —afirmó entre dientes—. ¡Esto es injusto! ¿Por qué no se toma la maldita poción y me deja a mí hacer las preguntas?

Aleyn sonrió e ignoró el comentario.

—Solo una más. ¿Cuál es tu deseo más profundo?

El chico cerró los ojos y su respiración se agitó.

—No quiero responder —dijo al fin.

—Tienes que hacerlo.

—¿Por qué?

—¿En serio tenemos que volver a eso? Déjate de evasivas y contesta a la pregunta. ¿Tu deseo más profundo?

Samael cogió aire, agachó la cabeza y susurró…

—Volver a tener a mis padres…

Aleyn asintió. Samael lo había hecho bien. Había sido sincero. Ahora sabía mucho mejor qué esperar de él y cómo manejarle durante el que, sospechaba, sería un largo viaje juntos. Se levantó, sacó un puñal afilado y cortó las cuerdas que ataban manos y pies.

—¿Ya está? ¿Hemos terminado?

—¡Oh, no! No, no. No estamos ni cerca del final —le advirtió Aleyn—. Es hora de ponernos en camino. Viendavales está muy lejos.

—¿Viendavales? —preguntó Samael confundido—. ¿En el oeste? Yo no pienso ir al oeste. No se me ha perdido nada allí.

—Resulta que a mí sí. Debemos ver a alguien y está en Viendavales.

—¡En el oeste los anirios son esclavos y no voy a ir a una tierra donde somos tratados como poco más que animales!

—No te preocupes, chico. Estarás conmigo. No te pasará nada.

—¿Con usted? ¿Quiere decir con el hombre más buscado de toda la república? ¿Está de broma?

—Estoy muerto, ¿recuerdas? Nadie me reconocerá. Habrá que ir con cuidado, pero todo saldrá bien.

—¡Yo no voy! —dijo Samael—. Además, aquí me ne…

—Aquí no te necesita nadie y el efecto de la poción continúa, así que no intentes mentirme.

—Me da igual. Yo no voy.

Aleyn le atravesó con una mirada furibunda, pero luego se echó a reír.

—¿Qué demonios le pasa ahora?

—¿Sabes, chico? Hubo un tiempo en el que una orden mía se obedecía al instante. Había quién incluso se peleaba por ser el primero en obedecer. En estas ocasiones echo de menos aquellos tiempos. Todo era más fácil.

—Me al… —trató de decir, pero las palabras murieron en su boca.

—¿Qué te he dicho del sarcasmo?

—¿Cuándo se termina el efecto de esta porquería?

—Pronto —respondió Aleyn—. Oye, piénsalo bien porque venir, vas a venir. Puedes hacerlo caminando por tu propio pie o amordazado en la parte de atrás de un carro. Si terminas por dar mucho la lata, te golpearé o te daré una poción que te convertirá en poco más que una piedra. Es un camino largo y preferiría hacer las cosas más fáciles. Además, si estás libre tendrás la oportunidad de intentar escapar. Podrás pasarte todo el viaje hasta Viendavales planeando la forma de huir de tu captor. Incluso es posible que

lo consigas, ¿qué me dices? —Dicho eso, Aleyn dio media vuelta y empezó a caminar—. ¿Vienes o qué? —gritó.

Samael, a regañadientes, empezó a caminar.

OceanofPDF.com



—Lanti’s Cloe caerá y La Escuela será destruída —concluyó Allyson y la Cámara de los Maestros enmudeció.

Había llegado durante el alba del día anterior y la misiva de la sesión extraordinaria había paralizado las actividades de La Escuela y reunido a todos los maestros de la cámara. La sesión había provocado ansiedad y tensión antes de empezar y, ahora que Allyson había terminado de contar la visión que había tenido, el pánico se extendía entre los asistentes. El gran maestro Andiles Syndevile se levantó de su butaca central y se aclaró la garganta.

—¿Está segura de haber presenciado una premonición, maestra Lumeni?

—Sí, gran maestro. Más segura de lo que he estado en toda mi vida.

—¿Qué ejército osaría enfrentarse a La Escuela? —preguntó un maestro de entre los asistentes.

—No lo sé —dijo Allyson—. No vi estandartes. No vi ningún rostro reconocible. Pero vi nuestra ciudad perecer.

—¿Qué suscitó la visión, Allyson? —preguntó la profesora cronista Kian-Zia-Tiu, una vieja amiga.

—La carta que enviaron con las resoluciones de la última reunión de la cámara. El valle de Caldaso.

Aquello produjo un revuelo en la sala. Los murmullos se convirtieron en protestas y las protestas en acusaciones. El gran maestro Syndevile tuvo que golpear su mesa con un mazo, reclamando silencio. Toda la sala obedeció, pero el maestro Dilan, consejero de asuntos exteriores elegido por el gobernador del Estado del Norte, permaneció en pie.

—¡Advertí que la recuperación del valle de Caldaso traería funestas consecuencias para La Escuela! Debemos retirar nuestra denuncia de la Alta Corte.

Un nuevo estruendo de voces, protestas y acusaciones cruzadas inundó la sala y el mazo tuvo que ser golpeado de nuevo.

—¡No hay ninguna certeza de que el valle de Caldaso sea la razón de la visión! —debatió otro maestro.

—¿Allyson? —preguntó de nuevo la profesora Kian-Zia-Tiu.

—Fue al leer aquel nombre. No hay duda ni discusión posible.

—¡Entonces está claro! —sostuvo el maestro Dilan—. Debemos retirar nuestra denuncia.

—¿Y mostrar debilidad ante el gobierno de la república? ¡No podemos hacer eso! —opinó otro de los asistentes—. ¡Si mostramos debilidad ahora nuestros detractores se nos echarán encima!

Todos volvieron a hablar al mismo tiempo. La profesora Siara Roscharch se levantó y clamó silencio.

—¿Cómo es posible que ningún ejército, por numeroso y fuerte que pueda llegar a ser, ponga en peligro nuestra ciudad? Lanti’s Cloe está defendida por murallas naturales y ningún loco se atrevería a atacarla. La Escuela tiene la mejor posición defensiva de Ylandra. ¿Cómo sería posible vencernos?

Nadie dijo nada. Nadie tenía respuesta. Siara tenía razón. Durante dos mil años absolutamente ningún ejército había conquistado Lanti’s Cloe. Nunca. Durante la guerra el ejército del maestro Izan había amenazado la ciudad, pero ni siquiera él había llegado a cargar contra sus puertas.

—No tengo respuestas para esas preguntas, profesora Roscharch —dijo Allyson—. Pero caerá. Si no hacemos algo, la ciudad será devastada. Eso sí lo sé.

El maestro Dilan volvió a ponerse en pie, pero el gran maestro le ordenó tomar asiento.

—Conocemos su opinión, maestro. Es una opción, pero no la única. Debemos discutirlo en profundidad. ¿Sabemos de cuánto tiempo disponemos, maestra Lumeni?

—No.

—¿Algún otro cronista ha tenido una visión que arroje un poco de luz a este problema? —Los maestros cronistas se miraron unos a otros y ninguno añadió nada—. En ese caso, es momento de discutir sobre nuestras posibilidades. El maestro Dilan ha hecho una propuesta. Sin embargo, como muchos de vosotros creéis, pienso que abandonar nuestra reclamación ahora sería un acto de manifiesta debilidad. La Escuela no sobrevivirá si Ylandra cree que somos débiles. Salvo que no seamos capaces de vislumbrar una alternativa mejor, no retiraremos nuestro justo reclamo.

—¡Es una insensatez! —rugió el maestro Dilan.

—No estoy de acuerdo —comentó un maestro brebajista, ataviado con la capa esmeralda—. Creo que hay razones suficientes como para no mostrar debilidad. El daño que se haya podido producir por nuestro reclamo sobre las tierras del valle de Caldaso ya está hecho. Renunciar a ello ahora podría acelerar la destrucción de La Escuela, en lugar de detenerla. Es un acto impulsivo. No hemos sobrevivido los últimos dos mil años actuando

con impulsividad. Propongo actuar con precaución, firmeza y sabiduría. Los hilos de la caída de Lanti’s Cloe están en marcha, de eso no hay duda. Ahora lo sabemos y podemos prepararnos.

—¿Cómo vamos a prepararnos ante una amenaza que ni siquiera conocemos? —preguntó el maestro Dilan.

—Ahí está la respuesta —dijo el profesor brebajista Kolvak Lombard, cogiendo el testigo de su colega de disciplina—. ¿No se da cuenta? Aunque retiráramos la denuncia no existirían garantías de éxito. Nadie tendrá una visión acerca de la no caída de Lanti’s Cloe. Creer eso es absurdo. Necesitamos prepararnos ante una amenaza desconocida. ¿Cómo lo haremos? Conociendo la amenaza. Debemos saber quién quiere acabar con La Escuela y cómo piensa hacerlo. Debemos averiguar los recursos con los que nuestros enemigos cuentan. Debemos saber su plan antes que ellos mismos. Actuar con prudencia y elaborar un programa de actuación detallado para frenar nuestra destrucción. Solo de esta forma podremos estar seguros de haber alcanzado la victoria.

—Gracias, maestro Lombard —intervino el gran maestro—. Son palabras sabias y creo que válidas. ¿Alguien más desea añadir algo?

La sala permaneció en silencio.

El maestro Dilan estuvo a punto de intervenir, aunque en el último momento decidió no hacerlo.

—En ese caso crearemos una mesa de crisis con doce maestros, dos de cada disciplina, para que nos guíen en estas horas sombrías. Durante nuestra próxima reunión se informará a la cámara sobre sus decisiones y avances. Sin embargo, maestra Lumeni, contamos con su enorme sabiduría y poder para que nos apoye. Al fin y al cabo, usted es la abanderada de esta amenaza. Mantenga los ojos y los oídos bien atentos.

—Haré mucho más que eso, gran maestro. Sin duda el oeste está implicado en esta visión. Llevaré a cabo una investigación minuciosa e informaré a La Escuela de todo cuanto descubra.

Aquello provocó unos pocos aplausos.

—Se da por concluida la sesión extraordinaria. Muchas gracias.

Los maestros se levantaron de sus asientos y con cierto caos y griterío fueron abandonando la sala. Algunos de ellos, sin embargo, se acercaron a hablar con Allyson. Había un poco de todo. Curiosos que deseaban conocer su opinión sobre lo que había sucedido, otros que deseaban obtener información más precisa sobre su visión, antiguos amigos a los que hacía años que no veía e, incluso, algunos maestros jóvenes que únicamente querían saludar a la maestra que había acabado con la vida del traidor. Durante más de una hora, Allyson se vio inmersa en conversaciones afables y cercanas. Sabía que su destino era regresar a Villa Lumeni, tomar bajo su protección a algunos aspirantes, de forma que su histórica línea de sucesión no se perdiera y participar en la política de La Escuela. Necesitaría amigos y cualquier momento era bueno para extender sus redes.

Cuando salió de la cámara ya había anochecido y, a pesar de que los terrenos de La Escuela solían contar con un clima suave durante todo el año, hacía frío. Cerró la capa escarlata sobre su cuerpo y echó a andar en dirección al pequeño puerto de Villa Adahy. Allyson se sorprendió al ver la soledad en la que la villa se había sumido. Sus recuerdos eran de grandes algarabías y aglomeraciones, aunque eran otros tiempos. El mundo estaba en guerra y sus habitantes mucho más alterados. Nunca se sabía cuándo la muerte podía asomar su fea cabeza, por lo que cada momento se aprovechaba cuanto se podía. Al parecer, los años habían cambiado también eso.

Al cruzar una esquina se encontró de bruces con una maestra de piel negra, baja estatura y cuerpo enjuto. Llevaba la capa plateada de los alquimistas. En cuanto la reconoció su corazón se detuvo.

Hubo un tiempo en el que Allyson y Siara se conocían, se respetaban y se profesaban algo parecido a una amistad. Aquello cambió cuando el traidor decidió incluir dentro de sus famosas purgas al amante de Allyson. En ese momento, la relación entre ambas mujeres se rompió. Unos años más tarde, Allyson fue la encargada de darle caza. Nunca habían vuelto a cruzarse desde entonces.

Se sorprendió sintiéndose aterrorizada. Conocía a Siara. Conocía tan bien su potencial que hubiera preferido enfrentarse a diez Aleyns antes que a una sola Siara cabreada. Y, por los rumores que había oído de ella durante aquellos catorce años, imaginaba que no solo estaría furiosa con ella, sino también loca de atar por vengarse. Era una mujer impredecible y sí, le tenía miedo.

—Hola, Allyson.

—¡Siara! —respondió titubeando.

—Cuánto tiempo.

—Mucho.

—¿Tienes unos minutos para charlar?

La voz y el tono eran suaves, algo que desconcertaba y alertaba aún más a Allyson.

—Tengo algo de prisa. Querría salir cuanto antes hacia Viendavales.

—Solo serán unos minutos.

—Siara, yo…

—Creo que me debes ese tiempo. Sería muy grosero negármelo.

Allyson tragó saliva. Le hubiera gustado decirle que, desde su punto de vista, no le debía nada. Ella había obedecido las órdenes de la cámara, nada

más. No le debía nada a la esposa de un traidor. Sin embargo, Siara estaba comportándose con cierta racionalidad. Incluso había algo de dulzura en su voz.

—Unos minutos —respondió y se esforzó por emitir una ligera sonrisa.

Siara la guió hacia una pequeña taberna casi desierta. Un guardián tabernero de mirada dura y dientes amarillentos les sirvió una copa de vino tinto y un vaso de fuerte aguardiente de cerezas. Se sentaron en una mesa oscura y, tras haber dado un par de sorbos a sus respectivas bebidas, enfrentaron las miradas.

—¿Cómo te va por el oeste? —preguntó Siara.

Su tono continuaba siendo cordial y Allyson estaba cada vez más desconcertada.

—Las historias de siempre, imagino. Mucha política, asesoramiento y trabajo. Ahora la situación está un poco revuelta por allí, entre las elecciones a gobernador y ciertos problemas con los anirios. Por si no fuera suficiente, la visión sobre la caída de Lanti’s Cloe ha conseguido quitarme el sueño.

—No es para menos.

—¿Tú cómo estás, Siara?

Siara esbozó una sonrisa apagada e inclinó la cabeza, con lo que su rostro quedó tapado por su melena rizada.

—Eres profesora de Alquimia. Es un gran honor.

Siara se encogió de hombros.

—No me importa el honor —respondió—. Aunque me gusta enseñar.

—Me alegro. ¿Has aceptado a algún aspirante como tu protegido?

Entonces Allyson vio algo que no esperaba ver. Siara sonrió. Un gesto natural, sincero y maravilloso.

—Sí. Una jovencita medio loca. Tú debes conocer a su padre.

—¿Sí?

—Deian Wellington.

—¿Deian Wellington? ¿Tu protegida es Mara Wellington?

—Mara Roscharch desde hace unas semanas, sí.

—Vi a esa chiquilla en Viendavales. El Día de la Liberación, en plena fiesta con todas las personalidades importantes de la ciudad. Recuerdo que su comportamiento consiguió enojar a su padre.

Siara cerró los ojos y se echó a reír.

—Me hubiera extrañado que no lo hubiera hecho. Es pura emoción, la niña.

—Alma de alquimista —dijo Allyson, sumándose a las risas.

—Sin duda alguna.

—Su padre se presenta a gobernador del estado. Aún no se ha hecho oficial, pero algunas personas cercanas a él me han pedido el apoyo de La Escuela.

—¿Sí? ¿Apoyar a Deian Wellington? Recuerdo a ese hombre. No tengo una buena impresión de él.

—Lo sé, yo tampoco. Pero tendrías que ver a su rival. En serio, Siara, la política de la república está cada día peor. Todo era mucho más sencillo cuando éramos jóvenes.

Se arrepintió nada más decir aquello. La juventud de aquellas dos mujeres había quedado marcada por un hecho: la muerte de Aleyn, y era el tema que Allyson deseaba evitar con todas sus fuerzas. Hasta entonces la conversación casi había sido agradable. Hasta entonces…

Allyson buscó algo de consuelo en su copa de aguardiente y apuró un sorbo, rezando porque Siara dejará pasar aquel fatídico comentario. Sin embargo, no sintió ninguna vibración negativa en las cuerdas del tiempo. No sintió ninguna tormenta acercándose. No oyó los truenos ni vio los

relámpagos. El tiempo estaba en calma. Quizá sus temores estuvieran solo en su mente, aunque con alguien como Siara nunca se podía apostar, aun cuando se contara con el don de predecir el futuro.

Cuando volvió a mirar a Siara la encontró ensimismada, con los ojos fijos en su copa de vino.

—¿Llegaste en barco? —le preguntó.

—Así es. Por el Paso de los Picos. Cuando pagué al capitán del barco me aseguró que era imposible llegar a La Escuela navegando. Aún hay a quien le cuesta creer que puedan existir ríos navegables por debajo de las montañas.

—No les culpes. La Escuela está llena de mitos y falsas leyendas. La mayoría de la gente no sabe qué es cierto y qué no. Ni siquiera aquí lo sabemos.

El Paso de los Picos, en el norte de La Escuela, era su única salida al mar. Conectaba con el río Arquetos y este serpenteaba bajo la montaña, la cruzaba e introducía a sus tripulantes directamente en los dominios de los maestros. El único problema para la gente normal era encontrar el inicio del paso desde el mar de Ka’andra. Según se decía, las únicas personas capaces de encontrarlo eran algunos maestros. Su nombre se debía a que, leguas antes de la costa, el mar se llenaba de altas rocas picudas que dificultaban la navegación, convirtiendo la ruta en un auténtico suicidio si no se conocía el camino. Cientos de barcos continuaban encallados en aquellas rocas y otros miles yacían en el fondo del mar.

—Quiero hacerte una pregunta, Allyson. Pero necesito que prometas ser sincera —dijo entonces Siara. En su voz se apreciaba un deje de advertencia. Allyson tragó saliva y se preparó para el momento. Era lo que había estado esperando—. ¿Me dirás la verdad, sea cual sea?

—Lo intentaré, Siara —respondió.

Aquella respuesta no gustó a Siara, pero al menos la aceptó. Allyson ocultó un suspiro de alivio.

—¿De verdad mataste a Aleyn?

Lo dijo sin más. No preparó el terreno. No introdujo la pregunta de ninguna forma ni la suavizó. Allyson se quedó sin aliento. ¿De verdad le estaba preguntando si había matado a su marido?

Tras recuperar el aire, Allyson suspiró y se encogió de hombros.

—No lo sé, Siara. Lo he dicho cientos de veces. No sé si llegamos a matarlo.

Trató de sonar convincente y creyó conseguirlo, aunque sentía sus extremidades frías y temblorosas. Siara dejó de ser amable. Dejó de ser cordial. Todo rastro de paz desapareció y la ira, una ira viva y ardiente, acudió a sus ojos.

—No intentes engañarme, Allyson. Sabes muy bien qué es lo que te estoy preguntando. Conozco la historia que tú y esos otros dos maestros contasteis a todo el que os quiso escuchar. Es evidente que no te estoy preguntando por ella —dijo entre dientes—. ¿De verdad le atravesaste el pecho con una espada? Eso es lo que necesito saber, Allyson. La historia que nos relatásteis, ¿fue cierta o solo fueron mentiras?

Si existía una pregunta en la vida de Allyson, era esa. Durante catorce años había respondido de la misma forma, siempre igual, independientemente de la persona o la forma en que se enunciara la pregunta. Sin titubeos, sin dudas, había respondido que sí, todo lo que habían contado era cierto. Sin embargo nunca se había enfrentado a Siara y, por un instante, dudó.

—Fue mentira, ¿no es cierto? —preguntó Siara al momento.

—¡No! —se apresuró a decir Allyson—. Fue verdad. Todo. Perseguimos su rastro durante diez días. Lo encontramos. Luchamos y le

vencimos. Todo es cierto.

—¿Cómo?

—¿Qué?

—¿Cómo le vencisteis? Aleyn era más fuerte, mejor luchador, más listo, sabio, capaz y tenaz que ninguno de vosotros. ¿Cómo conseguisteis vencerle? ¿Cómo es posible que no os matara?

—Éramos tres maestros contra uno, Siara.

—¡Ni aunque hubierais sido diez!

—No sé qué decirte —dijo Allyson.

—¡Pues inténtalo! ¡Inténtalo porque necesito creerte! Si es verdad lo que cuentas, necesito entenderlo.

Entonces Allyson dejó de ver ira en los ojos de Siara. No, no había ira, ni rabia, ni enfado. Su mirada y toda su postura le hablaban de tristeza, pero también de esperanza. ¿Esperanza? ¿En qué? ¿Por qué? Decidió darle lo que creía que necesitaba. Una explicación. Algo que pudiera creer.

—A Aleyn le afectó lo que hizo. Lo sabes tan bien como yo, Siara. Él nunca fue una mala persona, a pesar de que en ocasiones hiciera cosas malas. Imagínate. Le encontramos destrozado. ¿Pudo matarnos? Imagino que sí. Tienes razón. Aunque creo que vernos tras él le produjo… una suerte de alivio. Supongo que no quería morir ejecutado frente a miles de sus hermanos. Pero creo que sí quería morir.

Las lágrimas empezaron a recorrer el rostro de Siara.

—¿De verdad? —insistió Siara entre llantos susurrados.

—Te doy mi palabra.

Terminaron sus bebidas y salieron de la taberna. Hacía frío.

—¿Sigues cuidando de Mailen? —preguntó Siara.

—Sí, aunque ni siquiera sé por qué. Sigue igual que hace veintidós años.

—Eso no importa. Tú cuídala. Aleyn le tenía mucho aprecio.

—Lo sé. Lo haré.

Y entonces Siara la abrazó. Allyson se quedó tan sorprendida que ni siquiera tuvo tiempo de devolverle el gesto.

—Que tengas un buen viaje —dijo.

Y se marchó.

OceanofPDF.com



El amanecer había sembrado de cadáveres algunos puntos de Viendavales. Cuerpos de esclavistas asesinados con el pecho rajado, formando el mensaje «Libertad para los anirios». Debajo de cada cadáver, la firma del responsable de aquellos crímenes; la firma del Inferus: un eslabón de hierro. El rumor de lo ocurrido se estaba extendiendo tan rápido como la peor de todas las enfermedades, imparable. El plan de contención del alcalde y del gobernador había fracasado. Rommel, mientras contemplaba a dos alguaciles examinar uno de los cuerpos, sonrió.

—¡Es horrible! —gritó el capitán Gael a su lado.

—Es la consecuencia de la inacción, capitán. Solo eso.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo que deberíamos haber hecho. Atrapar al asesino.

—¿Cómo? No tenemos nada. Ni una pista, ni un rumor. ¡Nada!

—Y no lo conseguiremos a menos que nuestros gobernantes nos dejen libertad para actuar como debe hacerse. Hablaré con el alcalde —dijo—. Capitán, quiero que se encargue de identificar los cadáveres y hablar con sus familiares. Estarán muy afectados, tenga tacto, pero interrógueles. Estos asesinatos han sido cuidadosamente planeados y ejecutados. Cabe la

posibilidad de que vieran a alguien siguiéndolos durante los días previos a su muerte. Sea exhaustivo. Quiero un informe mañana a primera hora.

—Por supuesto, comandante.

Rommel se abrió paso entre la multitud de curiosos que contemplaba la escena con una mezcla de morbo y miedo. Llegó a la altura de su caballo, se apoyó sobre la capizana y de un salto subió a la montura.

Cabalgaba a paso lento, captando las palabras y las emociones de los habitantes. No se veían anirios por las calles y los comentarios iban desde el más puro odio hacia esa raza hasta el más colosal miedo. En el clima se respiraba caos e incertidumbre. Rommel sabía que ese día un gran número de anirios serían torturados, interrogados y privados de sueño y alimento. Era la única forma que aquellas personas, que siempre habían considerado a la raza esclava como seres inferiores, tenían de retomar algo parecido al control de sus vidas. No estaba bien, pero resultaba inevitable. El Inferus estaba ejerciendo presión contra una cultura de esclavitud y esa cultura respondía de la única forma que sabía o podía.

Dos manzanas más allá del edificio donde se instalaba la oficina del alcalde, la afluencia de personas se hacía más y más grande. Rommel bajó del caballo, ató las riendas al poste de una taberna y continuó a pie.

No le gustó lo que vio. Una turba cada vez más furiosa poniendo el grito en el cielo y, al fondo, frente al ayuntamiento, soldados en posición defensiva con las picas al frente y los mosquetes en las horquillas, listos para disparar. No había cosa que cabreara más a una población en busca de respuestas que la amenaza de la represión armada.

Al pasar junto a un grupo de muchachos jóvenes empezó a oír gritos airados a su espalda que se referían a él. Rommel no miró atrás. Alcanzó las primeras líneas, se separó de la turba y avanzó en dirección al oficial de la guardia. Unos cinco metros separaban a los soldados de la multitud enojada.

En aquel lugar todo parecía casi en calma. Solo un edificio protegido por hombres armados. Quien mirara atrás se encontraría con decenas de personas muy furiosas.

—¡Alto ahí, señor! —le ordenó un comandante desde lo alto de un caballo tordo.

Conocía al hombre de la ciudadela fortificada del ejército. Apenas sí habían cruzado un par de palabras y Rommel sospechaba que ambos se despreciaban.

—Soy el comandante Rommel Edvard. Debo ver al alcalde.

—Comandante Edvard —respondió con un tono de burla y desdén. Luego escupió al suelo, al lado de Rommel—. ¿Se da cuenta de lo que nos está costando su incompetencia?

—No recuerdo su nombre, comandante —respondió Rommel, en un ejercicio aún mayor de altivez.

—Soy Derek Nutz. Legítimo comandante de la ciudad de Viendavales. Haría bien en recordar mi nombre.

—Si no lo recuerdo es porque en su vida ha hecho nada importante. Pero me temo que eso está a punto de cambiar. Si sus hombres continúan apuntando con sus armas a la turba, muy pronto cargarán contra usted y mañana todo el oeste sabrá el nombre del comandante que ordenó matar a una multitud de ciudadanos indefensos, señor.

—¡Será miserable! No le permitiré que me hable de ese modo.

—¡Exigimos una explicación! —rugió parte de la multitud y entonces se elevaron diferentes consignas—. ¡Basta de asesinatos! ¡Basta de mentiras!

—¡Atención, soldados! —gritó el comandante Derek—. ¡Preparados para cargar!

Rommel se llevó las manos a la cabeza, sorprendido de lo rápido que una mala decisión podía desmadrar cualquier escenario.

—¡No pasarán! ¡No pasarán! —respondió la multitud.

—Comandante, esa gente está cabreada y busca un enemigo. ¡No cometa la estupidez de dárselo! —gritó Rommel.

—¡Cállese ya! —le ordenó—. Este es mi batallón. Yo soy su comandante. Usted no pinta nada aquí. ¡Soldados, atentos!

Rommel apretó los puños, observó a la multitud y tomó una decisión. Rodeó el caballo de su homólogo hasta quedar casi a su espalda, desenfundó un pequeño puñal y se lo clavó en el muslo al animal. Este relinchó, se levantó sobre sus cuartos traseros y se sacudió al jinete de encima. Derek salió despedido en una amalgama de gritos. Al llegar al suelo, Rommel se agachó y, con cuidado de que nadie le viera, golpeó el rostro del comandante, dejándole inconsciente. La multitud dejó de emitir consignas amenazadoras y unas fuertes carcajadas se extendieron por cada garganta. La tensión se había disipado.

Un capitán se aproximó corriendo a su posición.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Capitán, soy el comandante Rommel Edvard. Su comandante ha sufrido un accidente. Ahora yo estoy al mando.

—Señor, eso no…

—Mire mis galones, capitán. Desobedecerme será considerado un deliberado acto de insubordinación. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ordene a sus hombres que envainen las espadas y, por Daxal, que dejen de apuntar los mosquetes hacia la multitud. No cargarán, capitán. Tampoco abrirán fuego.

—Señor, ¿qué hacemos si nos atacan?

—¡Están montados a caballo, armados y en formación! No les atacarán si ustedes no les dan motivos. Y que dos de sus hombres trasladen a su comandante al interior del edificio. Avisen a un médico para que pueda valorar su estado. —Se giró hacia la multitud y se aproximó a ella, con los brazos en alto—. ¡Soy el comandante Rommel Edvard, a cargo de la situación! ¡He ordenado a mis hombres no atacar a menos que su vida esté en peligro! ¡Buenos ciudadanos de Viendavales, les pido su colaboración, por favor!

Cruzó el muro exterior, atravesó lo más rápido que pudo el jardín y se introdujo directamente en la oficina del alcalde. El revuelo era casi tan grande como en el exterior. La gente estaba nerviosa y todos corrían de un lado a otro, dando órdenes que nadie escuchaba ni obedecía.

Atravesó una enorme puerta de nogal y, al cerrarla tras de sí, una extraña calma quedó suspendida en el aire. Rápidamente, una joven de ojos castaños se acercó a él.

—¿Puedo ayudarle en alguna cosa, señor?

—Soy el comandante…

—Sé quién es usted, comandante —le interrumpió—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Necesito hablar con el alcalde, señorita.

—Está reunido con el gobernador.

—Bien, él también debería escuchar mi mensaje.

—¿Tiene que ver con cómo solucionar las aglomeraciones creadas en el exterior?

—No. Tiene que ver con lo que ha creado esas aglomeraciones. Los asesinatos. El Inferus. ¿Comprende?

—Lo siento, señor, pero en este momento nuestra principal preocupación es dispersar a la multitud.

—¿Dispersar a la multitud?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se plantean hacerlo?

—El comandante Derek Nutz ha sido puesto al mando.

Rommel resopló. Así que, después de todo, el comandante solo era un pobre diablo que cumplía órdenes. Los autores de la gran idea de cargar contra una población cabreada procedían del zoquete alcalde Roshan y del bueno del gobernador Barbrow. ¡Increíble!

Rommel se desembarazó de la joven y avanzó hacia el despacho del alcalde.

—¡No puede entrar ahí, comandante! —le gritó, más asustada que airada.

—El comandante Derek Nutz ha sufrido un accidente que le ha dejado indispuesto para el mando. Ahora yo soy el oficial superior. Si es ahí dentro donde se están tomando las decisiones, es ahí dentro donde debo estar.

Abrió la puerta y se encontró al alcalde, al gobernador y a dos de sus consejeros asomados a la ventana. Ninguno se percató de su presencia. Cerró la puerta con delicadeza y avanzó. El suelo estaba cubierto por una bonita alfombra en tonos púrpuras y amarillos, los colores del oeste, por lo que sus pisadas pasaron desapercibidas para el resto.

—¿A qué demonios está esperando Derek? ¿Por qué no carga contra ellos? —cuestionó el alcalde realizando aspavientos airados con las manos.

—Siento insistir, señor, pero no me parece una buena idea —dijo uno de sus consejeros.

—Ya lo hemos discutido, Jules. No podemos permitir este tipo de levantamientos espontáneos. Son actos de rebeldía y la rebeldía hay que cortarla de raíz.

—No parecen rebeldes. Solo personas asustadas.

El comandante se aclaró la garganta, sobresaltando a los cuatro hombres.

—El chico tiene razón, alcalde. Cargar contra la multitud sería lo más estúpido que podríamos hacer.

—¿Comandante Edvard? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha conseguido pasar?

—Por la puerta —respondió—. Debo informarle de que el comandante Nutz ha sufrido un percance en el exterior. Se encuentra indispuesto para el mando, por lo que, como el oficial de rango superior, he tomado el control de las tropas y he ordenado no cargar contra la multitud.

—¿Qué ha hecho qué? ¿Cómo demonios se atreve?

—Intento mantener el orden en la ciudad.

—¿Y eso de ahí afuera le parece a usted orden? —preguntó el gobernador.

—No, señor. Pero prefiero mil veces una multitud protestando frente a sus gobernantes a una multitud rebelándose contra ellos. ¿Quiere ver arder esta ciudad? ¿Quiere ver disturbios durante días? Entonces dé la orden de cargar. Luego tendrá que dar explicaciones. Aunque estoy seguro de que podrá inventarse alguna excusa que explique sus decisiones.

—¡Maldita sea, Rommel! ¡No puede entrar aquí y hablarme de este modo!

—¿No? ¿Cómo debería hablarle, señor? Siento ser franco, pero es usted el responsable de la situación que se vive ahí afuera.

—¿Cómo se atreve?

—El Inferus, señor. Ha ignorado el problema y ahora le está estallando en la cara.

El alcalde estaba rojo de ira, a punto de comenzar a soltar todo tipo de improperios por su boca.

—Allen, Jules, déjennos solos, por favor —ordenó el gobernador.

Barbrow se sentó en la silla del alcalde y este y Rommel se sentaron en otras dos, tras la gran mesa de trabajo del alcalde. Nada más posar su trasero en la silla, Roshan cargó contra Rommel.

—El culpable, de haber uno, es usted, comandante. Debería haber arrestado o ejecutado a ese Inferus hace semanas. ¿Qué demonios ha estado haciendo desde entonces? Se le encomendó una misión y no la ha cumplido.

Rommel se rio, incrédulo.

—Daxal, es usted más estúpido de lo que pensaba si de verdad cree esa bazofia.

—No le permitiré que me hablé así en mi propio despacho.

—¿Su despacho? Ni siquiera está sentado en su silla. Oiga, Roshan, ¿por qué no cierra la boca y deja que los adultos hablemos?

—¿Va a permitir que me hable así? —dijo en dirección al gobernador.

—La ha fastidiado, Roshan. No hay duda. Traje a Rommel para que terminara con un problema y usted no le ha permitido desarrollar su trabajo como debiera hacerlo.

El alcalde estuvo a punto de protestar, pero, en el último momento, decidió callarse. Rommel entendía la situación. Roshan no era el único que había cometido errores. El gobernador había sido testigo y, probablemente, adalid de cada una de las decisiones del alcalde. Sin embargo, ahora le estaba lanzando a los leones y Roshan sabía que debía aceptarlo. Si quería su apoyo en las elecciones no le quedaba otro remedio que tragar con lo que fuera.

—Infórmenos, comandante. ¿Cuál es la situación? ¿Qué pistas tienen para atrapar a ese bastardo?

—Siento decir que, de momento, no tenemos nada, señor —respondió Rommel—. Lo único que puedo decirle es que la amenaza crece cada día.

—¡Menuda novedad! —protestó el alcalde.

—¿En qué se basa para afirmar eso? —quiso saber el gobernador, más inteligente y conciliador.

—Lo que ha ocurrido durante esta noche no es la obra de un solo hombre. Han aparecido catorce cuerpos en diferentes puntos de la ciudad. La información preliminar indica que fueron capturados en lugares diferentes de donde luego expusieron sus cadáveres. Estos hechos son indicativos de una exhaustiva planificación. Estoy hablando de vigilancia, preparación y ejecución de un plan sofisticado, complejo y arriesgado. Mis hombres, los pocos con los que he podido contar durante estas semanas, patrullan las calles cada noche y, sin embargo, ninguno de ellos ha visto nada. O bien nuestros enemigos tuvieron mucha suerte o bien conocían las rutinas de los soldados.

—¿A qué se refiere con que no es la obra de un solo hombre? Es el Inferus, ¿verdad? Hasta el momento no se había planteado que fuera un grupo organizado.

—Porque probablemente hasta ahora no lo era. Desde la noche del levantamiento han desaparecido más de setenta anirios en Viendavales y sus alrededores. Creíamos que la mayoría de ellos estaban siendo ejecutados por sus amos como represalia, pero tras lo ocurrido esta noche… Es probable que el Inferus esté formando un ejército, señor.

—No habla en serio.

—No lo sabemos —respondió Rommel—. Pero si sé que para llevar a cabo lo que ha sucedido esta noche hacen falta más de una, de dos y de tres personas. Hasta ahora, todo lo ocurrido se podía achacar a los actos de un hombre. Ya no.

—¡Eso son memeces! —rugió el alcalde—. ¿Un ejército? ¡Por el amor de Dyara! ¿Dónde está ese supuesto ejército? ¿Cómo es posible? Gobernador, este hombre está loco.

—Negándolo solo conseguirá que la situación empeore —señaló Rommel con voz calmada, casi dulce—. Es hora de actuar. Déjeme traer hombres de mi confianza, deme los recursos que le pida y le entregaré la cabeza del Inferus en una bandeja de plata.

—No le daré una mierda —gruñó el alcalde—. ¿Me oye? Lo único que le está esperando es su carta de despido.

—Roshan, cálmese —dijo el gobernador.

—¿Mi carta de despido? —preguntó Rommel en tono burlón, a punto de echarse a reír. Era la mayor broma que había oído en su vida.

—Me temo que sí, comandante —dijo entonces Barbrow y a Rommel se le heló el corazón.

—¿Cómo? No, no pueden hablar en serio.

—Admito que, dados los recursos de los que disponía, ha hecho un buen trabajo. Sin embargo, la situación se ha descontrolado. Es nuestra obligación, como gobernantes, reaccionar ante el desafío.

—¿Y piensan reaccionar despidiendo a la única persona que se ha dejado la piel en acabar con la amenaza? —El alcalde se quedó en silencio, sin ni siquiera mirar a Rommel—. Soy un chivo expiatorio —alegó, cayendo en la cuenta de lo estúpido que hasta entonces había sido. Estaba jugando a algo diferente, más repugnante, complejo y perverso que la guerra. Estaba jugando a la política.

—Entiéndalo. Los ciudadanos querrán una explicación. Querrán poder señalar a alguien y responsabilizarle por lo que ha pasado. Y yo no seré ese alguien.

—Yo tampoco, desde luego —dijo Roshan.

—Queda usted, Rommel. Es un servicio que debe hacer, por su país.

Rommel pensó en amenazarlos con filtrar todo cuanto sabía sobre la gestión de la captura del Inferus, pero muy pronto lo descartó. No podría

luchar contra el aparato propagandístico de la oficina del alcalde y el gobernador juntos y tampoco necesitaba hacerlo. Con una sonrisa recorriendo todo su interior, aunque con la cara petrificada, se puso en pie, se llevó el puño derecho al pecho y dio un cabeceo.

—Señores —saludó, antes de marcharse.

Esa misma noche, cuando la ciudad había vuelto a la calma, hizo su equipaje y se preparó para marchar rumbo a Alecio.

—Esto no era lo planeado, Rommel —le dijo Niara.

—Las guerras las ganan aquellos que mejor se adaptan. Es un dicho tan antiguo como Ylandra.

—Me dan igual tus dichos. ¿Qué pasará si…?

—Ya lo hemos hablado —le interrumpió Rommel—. Todos tenemos nuestro papel. Sabes cuál es el tuyo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues cúmplelo. Esto ha sido un pequeño percance y yo soy el único culpable. No imaginaba hasta qué punto la política puede oscurecerlo todo. Pero aprendo rápido y cualquier arma puede estar disponible para unos y para otros. Solo hay que aprender a utilizarlas. Volveré y, cuando lo haga, seremos más fuertes. Créeme —le advirtió, se acercó a ella y la abrazó—. Eres una esclava, Niara. Por Daxal, no lo olvides mientras estoy fuera.

—Soy aniria —respondió ella.

—Aquí eso es solo un sinónimo.

—Por ahora.

OceanofPDF.com



Atul-Kía-Mont, monje de isla Ka’andra e instructor de lucha en Villa Lumeni, golpeaba el suelo con una enorme lanza de madera, marcando el ritmo para que los aspirantes a su cargo realizaran los movimientos de la danza shuan-shai. Era la primera vez que Mara realizaba aquellos pasos y se sentía torpe, lenta y pesada.

—¡Alto! —gritó Atul, y todos los aprendices se detuvieron en la postura indicada, con la espada apuntando hacia el frente en una prolongación perfecta del brazo derecho, el brazo izquierdo ligeramente flexionado, con la palma de la mano en posición protectora, el cuerpo inclinado en la dirección del ataque y la pierna izquierda levantada, preparada para el siguiente movimiento—. ¡Aguantad! Equilibrio y concentración. —Atul se acercó a Mara, corrigió la inclinación de su cuerpo y golpeó con fuerza sobre su abdomen, desequilibrando su postura—. Músculos tensos, niña. Postura rígida y mente flexible. Fuerza a través de la respiración. —Atul cogió aire, llenó sus pulmones y lo soltó—. Tensión y relajación deben ser uno. Un todo.

Atul volvió al frente de la clase y continuó golpeando el suelo. Cuando la lección se dio por concluida, tras la repetición de esa y otras dos danzas, varios combates cuerpo a cuerpo y unos prolongados estiramientos, Mara

estaba agotada. Durante sus años de estancia obligada en La Escuela había realizado entrenamientos físicos muy duros, pero ninguno que se pareciera lo más mínimo a esas clases. Suponían un nivel superior de destreza, resistencia, concentración y superación personal. Sin embargo, a pesar de los dolores, del cansancio, del sudor y del sufrimiento generalizado, lo que sentía era vitalidad. Como si su cuerpo le recompensara por el duro esfuerzo.

—Aspirantes, antes de marchar recordad plazo para inscribir nombre en Torneo de Primavera. Concluye próxima semana —anunció el instructor con un marcado acento, propio de isla Ka'andra.

Realizaron el saludo oficial de los monjes, juntando el puño de la mano derecha con la palma de la izquierda y pronunciaron la expresión xuekymu-joy, que en Ka'andres tenía un significado próximo a «con su respeto, me marcho».

A todos se les veía ilusionados con la llegada del Torneo de Primavera, un evento especial que se repetía todos los años durante la Semana de la Sal y que conmemoraba el pacto entre La Escuela y la Isla de Ka'andra, aunque ninguno de ellos, salvo Nala, podría participar, dado que solo los aspirantes veteranos eran aceptados como campeones.

Comieron en el comedor principal de la villa un revuelto de huevos, espinacas y champiñones y charlaron sobre planes, puesto que la mayoría tenía la tarde libre.

—¿Bajamos a Lanti's? —propuso Ezra.

—¿Otra vez? —protestó Kiara—. ¡Se tarda una vida en llegar! Casi pasamos más tiempo en el camino que en la ciudad.

—Ezra quiere ir para ver a Sandrín —dijo Lewis en tono de mofa.

—¿Sandrín? —preguntó Mara—. ¿Quién es Sandrín?

—¡Nadie! No es nadie.

—No sé qué viste en esa chica, Ezra —comentó Tate.

—¡Oh, la, la! ¡Yo sí que lo sé! —se burló Lewis, realizando un gesto obsceno con las manos a la altura del pecho—. En concreto sé qué dos cosas vio en esa chica.

Ezra le lanzó un trozo de pan a la cara, Lewis lo esquivó y el proyectil terminó rebotando en la cabeza de una chica de otra mesa. Era mayor que ninguno de ellos, incluso que Nala, y al ver que eran aspirantes novatos, negó con la cabeza.

—¡La comida no está para jugar! —les reprendió—. Si vuelve a repetirse tendré que informar a vuestros mentores.

—Lo siento mucho. No volverá a pasar —dijo Ezra.

En cuanto la chica volvió a darse la vuelta, el grupo entero rompió a reír. Entonces Mara se dio cuenta de lo tarde que era y se levantó.

—Perdonad, chicos, me encantaría saber qué más encantos tiene esa tal Sandrín, pero tengo una reunión con la profesora Roscharch y no me apetece descubrir qué castigo tiene preparado para la gente que llega tarde.

Fue corriendo hasta el edificio donde se encontraba el laboratorio de alquimia, recorrió los pasillos desiertos y llegó hasta la sala donde su mentora la estaría esperando. Comprobó en su reloj de cuerda que llegaba a tiempo, llamó a la puerta y entró, con más indecisión de la que deseaba mostrar.

Era la primera vez desde el día de las pruebas que se reunía a solas con su mentora y estaba nerviosa por lo que pudiera llegar a pasarle. Por alguna razón, en aquellas dos semanas, Siara le había transmitido un enorme respeto y un sincero cariño, pero Mara no olvidaba ni las historias que había oído sobre ella ni su primer encuentro.

El laboratorio de alquimia era una suerte de bazar caótico repleto de frascos, instrumentos, cachivaches, libros, materias primas, mesas, polvo y

desorden. Algunos decían, en tono de burla, que era el reflejo de las mentes alquimistas. En comparación, el laboratorio de los brebajistas era un lugar impoluto y ordenado, donde cada sustancia estaba debidamente etiquetada e inventariada. Era posible que ambos laboratorios reflejaran la esencia de cada disciplina.

Mara avanzó por los huecos libres del pasillo hasta que vio a Siara sentada sobre un taburete, enfrascada en la lectura de un libro antiguo.

—¿Profesora? —se atrevió por fin a pronunciar.

Siara, sin apartar la vista de su libro, levantó el dedo índice y Mara se quedó paralizada. Permaneció así durante cinco minutos, mientras Siara pasaba las páginas de su libro. Todo rastro de miedo y prudencia fue perdiendo terreno hasta que Mara se olvidó de dónde estaba y empezó a deambular de aquí para allá. Se detuvo frente a una pequeña mesa con lo que parecía ser una brújula apoyada sobre la madera. Algo en aquel pequeño objeto captó su atención, así que se acercó y, con mucho cuidado, la agarró. Si bien, antes de tenerla entre sus manos, la flecha apuntaba al Norte, en cuanto la cogió la flecha varió su trayectoria, apuntando al Este, justo en la dirección en la que se encontraba Siara.

—Ese trasto no funciona —dijo Siara, levantando por fin los ojos de su libro.

—Ya lo veo —respondió Mara y volvió a dejarlo en su sitio. En cuanto la soltó la flecha volvió a apuntar al Norte—. ¿Qué está leyendo?

—Una basura repleta de misticismo y mentiras. Estoy pensando en convertirlo en lectura obligatoria para mis clases.

—¿Por qué? —preguntó Mara.

—Porque la vida está repleta de misticismo y mentiras, jovencita.

—¡Oh! Siendo así…

Siara se levantó y se acercó a su protegida. Cuando estuvo frente a ella, le sonrió.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo te van las cosas?

Mara se encogió de hombros.

—Bien, supongo.

—¿Sí? ¿Cómo han ido las primeras clases? ¿Estás embelesada por el glorioso conocimiento de nuestra queridísima Escuela?

—Algo así —respondió Mara sin ningún entusiasmo.

—Vamos, niña, no me obligues a azuzarte y cuéntame.

Mara tragó saliva. No sabía qué tal se tomaría Siara que hubiera renunciado a estudiar tres de las seis disciplinas y que otra de ellas, Brebajes, solo la estudiara por obligación. Decidió que no le quedaba más opción que contárselo.

—La verdad es que no creo que sirva para Mentalismo ni para Cronismo.

—Son tediosas, ¿verdad? —opinó Siara.

—¿Solo tediosas?

—¿Qué me dices de Artes Sagradas? La profesora Enara Stapel es muy amiga mía.

—Bueno, es una buena profesora y parece amable y todo eso, pero no creo que me quiera en su clase.

—¿Por qué?

—Porque me quedé dormida —confesó Mara con los ojos clavados en la punta de sus sandalias—. Y la profesora se dio cuenta y todos se rieron de mí.

Siara trató de ocultar una sonrisa, apretó las mandíbulas y se tapó la boca con las manos, pero sus ojos la traicionaron.

—¿Enara se enfureció mucho contigo?

—En realidad, no. Dijo que mi mentora tampoco tenía paciencia para las artes sagradas.

Siara arrugó la frente.

—Con que sí, ¿eh? —dijo—. Tendré que arreglar cuentas con ella por el comentario. Aunque tiene razón. Nunca me dormí en una clase, pero solo porque Aleyn… —se detuvo antes de terminar. Tragó saliva, suspiró y volvió a centrarse en Mara—. ¿Sanación y Brebajes?

—Sanación me gusta mucho. Es interesante. Complicada, porque hay que estudiar mucho y ser muy hábil, pero me gusta. Además, tengo a una buena amiga que me ayuda a entenderlo todo, así que estoy muy contenta con la clase —comentó Mara sonriendo.

—¿Brebajes?

—Brebajes… —dijo y se paró a meditar—. ¿De verdad es obligatoria?

—Sí, sin discusión.

—Entonces supongo que me toca decir que está bien. Me encantan las fórmulas, las matemáticas y toda esa… En fin, estoy encantada.

Siara chasqueó la lengua.

—No la soportas, ¿verdad?

—Es… —trató de buscar los adjetivos adecuados para describirla, pero fue incapaz—. No sirvo para eso.

—Si sirvieras no serías mi protegida, Mara —señaló Siara—. No pretendo que te conviertas en maestra brebajista, pero sí que sepas lo básico. Un alquimista debe conocer las sustancias, su química y su poder. No quiero que seas capaz de modificar ninguna de esas cosas, pero sí de conocerlas. Tendrás que aplicarte y estudiar duro. No hay otra forma.

—Lo intento —dijo Mara y, en honor a la justicia, era verdad. Por el momento era la disciplina a la que más tiempo había dedicado, aunque

también era en la que menos había progresado—. Hoy he empezado la instrucción con los monjes, también.

—Estupendo. Pero dejemos el repaso. Es hora de hacer algo de alquimia, ¿te parece?

Mara asintió ilusionada y su corazón se llenó de vitalidad. Durante aquellas semanas, en la clase de Alquimia, habían hablado sobre multitud de teorías sobre los principios de la disciplina, pero hasta ese momento no había podido ver de verdad nada que estuviera bañado por la esencia de la alquimia. Lo cierto es que estaba deseosa de ver algo así.

—Yo me encargo de cuidar de los potros de la villa, especialmente de los recién nacidos —explicó Siara—. Intervengo durante el embarazo, el parto y participo en su entrenamiento hasta que cambian los dientes de leche. Llevo haciéndolo y disfrutándolo casi una década. De alguna forma, son como mis pequeños. ¿Entiendes por qué te cuento esto? —Mara se encogió de hombros—. Cuando queremos crear una poción, un instrumento o cualquier otra cosa y darle propiedades alquímicas todo influye. No solo los materiales que escogemos. Uno de los principales elementos alquímicos son las emociones del propio alquimista. Sus intenciones, deseos, motivaciones y expectativas. Estoy a punto de crear una sustancia alquímica que tiene que ver con los potrillos a los que cuido, por lo que debo conocer y comprender cuáles son mis emociones hacia ellos, porque cualquier cosa que cree, extraerá parte de su poder de ellas. ¿Ahora lo comprendes? Otro alquimista cualquiera, por sabio que fuera y aunque imitara cada paso del procedimiento que voy a realizar, no conseguiría mis mismos resultados, ya que los potrillos no le evocarían las mismas reacciones que a mí. Muchos alquimistas olvidan esta sencilla lección y, créeme, cuando eso pasa el resultado es catastrófico. —Mara asintió, fijando las palabras de su mentora a fuego en su cerebro—. Anoche asistimos al parto de un potrillo. No lo

esperábamos aún y fue un parto complicado. La yegua sufrió muchísimo y el potrillo nació débil y enfermizo. Se ha negado a comer durante toda la noche de ayer y también durante esta mañana. Si sigue así, morirá más pronto que tarde. No voy a dejar que eso pase. Acércate y dime qué ves sobre esta mesa.

Sobre la mesa había una gran fuente con un líquido blanco, avena, heno y un frasco con un líquido transparente y espeso. Mara los nombró uno a uno, pero no supo decir cuál era el contenido del frasco.

—Es un brebaje sencillo destinado a abrir el estómago de seres herbívoros. ¿De estos elementos, cuál crees que posee la propiedad alquímica más importante, teniendo en cuenta nuestros objetivos?

—No lo sé —respondió Mara con absoluta sinceridad.

—Piensa un poco —le reprendió Siara.

—Bueno, la avena, el heno y la leche son alimentos. ¿Los potros recién nacidos pueden comer avena y heno?

—Eso da igual. No se alimentará ni de una cosa ni de la otra. Cuando hayamos terminado con ello, la alquimia del resultado será lo que lo alimente. ¿Y bien? Aún no me has respondido a la pregunta.

Mara se fijó en los elementos y negó con la cabeza.

—Está bien —dijo Siara—. Verás, Mara, hay elementos en la naturaleza muy poderosos. La sangre que brota tras una herida de guerra, por ejemplo. Habrá rabia, fuerza y miedo en cada gota de esa sangre. El agua de una tormenta, el semen producto de una relación sana y satisfactoria o el sudor del esfuerzo. Todos ellos son elementos poderosísimos. En este caso, el elemento que guarda un mayor potencial alquímico es la leche. Y es que no es solo leche. Bueno, lo sería si tú o yo la bebiéramos sin más, pero si lo utilizamos como componente alquímico, puede ser algo maravilloso —aclaró—. Esto de aquí es leche materna. Hay sacrificio y amor. Hay dolor

en ella, pero también esperanza. Hay fuerza. Piensa en todo lo que una madre debe hacer y sentir para criar a un niño. Todas esas emociones están condensadas en este líquido, latentes, esperando a que las manos del alquimista adecuado extraigan todo su poder.

Dicho eso, Siara cogió la avena y el heno y los dejó caer sobre la leche. Luego vertió un par de gotas del líquido transparente, introdujo las manos en la mezcla y empezó a amasar el conjunto. Al cabo de unos minutos de silencio, sacó las manos, miró el contenido de la fuente, lo olió y sonrió.

—¿Ya está? —preguntó Mara.

—¿Esperabas alguna cosa diferente?

—A decir verdad, sí. No parece que haya ocurrido nada. Únicamente has mezclado unas cuantas cosas. ¿Cómo sabes que ha funcionado?

—Porque lo siento —respondió Siara—. Terminemos nuestra obra.

Se levantó y agarró la fuente. Salieron del laboratorio, recorrieron a pie parte de la villa y llegaron a los establos, donde una de las guardianas saludó a Siara con una cuidada y respetuosa reverencia.

—¿Cómo está el bebé?

—En las últimas —respondió la mujer.

—Tendremos que solucionarlo.

Llegaron hasta el lugar donde un escuchumizado potro permanecía a la espera de su muerte. Siara se acercó a él y colocó la fuente en el suelo.

—Vamos, pequeño, ven y come un poco —le animó con voz dulce y suave. El potro se acercó, inseguro—. ¡Eso es! Lo estás haciendo muy bien. Tú mamá estaría orgullosa.

El potro se acercó, metió el hocico en la fuente y empezó a alimentarse. Siara casi saltó de alegría.

—¿Qué te parece, Mara?

—No sabría decirle —respondió.

—¿Te parece que lo que hemos hecho es sencillo?

—Sí, eso sí.

—¿Útil?

—Si finalmente el potro sobrevive, supongo que sí.

—¿Y bello?

—No sé —respondió—. Es una pasta para que se alimente. No me parece especialmente bello.

—Vuelve aquí mañana y observa bien.

A la mañana siguiente, antes siquiera de ir a desayunar con el resto de los aspirantes, Mara pasó por los establos. No vio al potro y, al principio, creyó que todo lo que Siara había hecho no había servido para nada. El pequeño había muerto. Luego se fijó en uno de ellos. Corría tras una yegua, tenía los mismos colores que el que habían alimentado el día anterior y estaba rebosante de vida. Al verlo correr, saltar, jugar y comer, Mara se quedó con la boca abierta.

—Sí, es precioso —se dijo a sí misma, y una sonrisa acudió a sus labios.

OceanofPDF.com



En la plaza de la Alegría de Viendavales se había dado el que inequívocamente era el discurso más célebre de la historia reciente de Ylandra. El presidente de la república, Margo Sans, había proclamado ante una población ansiosa el final de la Guerra de la Liberación, mientras a cientos de leguas de distancia el traidor escupía sobre los acuerdos de paz y arrojaba su brutal ejército sobre las murallas de Ciudad Gloria, devastando edificios y asesinando a decenas de miles de personas inocentes. Desde entonces, la plaza había sido utilizada por diferentes personalidades para sus discursos, aunque ninguno de ellos había tenido ni la expectación ni la acogida del conocido como Discurso de la Victoria.

La Plaza de la Alegría era el lugar perfecto para que la voz del orador llegara hasta el último de los asistentes. De perímetro rectangular y proporciones gigantescas, podía acoger a cuatro millares de personas y, gracias al poder de los maestros, que habían grabado con complejas runas varias columnas desnudas repartidas por la plaza, la voz resonaba y se extendía incluso más allá de los edificios que rodeaban el lugar.

En uno de los extremos de la plaza se elevaba una suerte de escenario y sobre él esperaban, sonrientes y aparentemente seguros, los llamados a ser protagonistas de aquel día. Deian Wellington vestía un traje sobrio y

elegante de tela negra, camisa gris oscuro y un sombrero de copa plana y fieltro, con ala corta y ligeramente curvada hacia arriba. A su lado descansaba, agarrada de su brazo, su joven esposa Danea. A su derecha, charlando entre sí, se encontraban Annelyn Vyvas, la maestra Allyson Lumeni, un par de terratenientes del norte del estado y el senador Clay Dugor. A su izquierda Viktor, junto a su mujer y su hija pequeña. Y bajo ellos una multitud expectante.

A pesar de todo, Viktor hubiera preferido no estar ahí. Habían comido en los salones de la Alta Corte y Viktor no se había atrevido a saciar su sed pidiendo una copa de vino tinto. Su padre no lo toleraría. Había tenido que conformarse con beber agua y solo cuando llegó la hora de brindar se atrevió con el champán. A esas horas de la tarde empezaba a sentir los efectos de la abstinencia. Las manos le sudaban, las piernas le temblaban y una fuerte jaqueca se abría paso entre los huecos aún sobrios de su mente. Necesitaba whisky. Uno o dos. Solo eso. No veía el momento de que su padre pronunciara su maldito discurso, sonrieran a su público, aceptaran sus vítores y se marcharan a casa, donde se encerraría en su despacho con la excusa de avanzar trabajo y se consumiría en litros de alcohol.

—¡Ciudadanos de Viendavales! —gritó el senador Clay, y su voz se extendió a lo largo y ancho de la plaza, acallando a la multitud—. ¡Hermanos occidentales! ¡Me honra poder dirigirme a los ciudadanos más grandes de toda Ylandra! —dijo, y la multitud estalló en aplausos. El senador Clay mantenía su cargo desde hacía más de una década y dominaba la retórica—. Os hemos convocado hoy aquí con un objetivo: que oigáis al hombre que ha prometido devolver al oeste al lugar que le corresponde, a lo más alto de esta, nuestra gran república. Muchos aún no le conocéis, así que permitidme presentároslo. Es un héroe de guerra. Comandó los ejércitos del oeste en la gran batalla de Cienaguas. ¡Diablos! Es posible que vosotros o

vuestros padres lucharais a su lado. Codo con codo. ¡Preguntadles! Preguntadles por el comandante cuyo arrojo y valor acabó con nuestros enemigos. Juez de la Alta Corte. Un hombre de leyes, un hombre amante de la justicia. Un hombre cuya única bandera es el honor y el respeto. Un amigo. Un padre de familia que arriesgó su vida para salvar a sus hijos y a su esposa de la traición del pueblo anirio. Quiero pediros a todos que recibáis como se merece al hombre que, sin duda, cambiará el rumbo de nuestra historia. ¡Deian Wellington!

La multitud obedeció el mandato de su senador y los sonidos y gritos de entusiasmo ensordecieron cualquier otro pensamiento. Deian Wellington sonrió, henchido de orgullo, se abrazó al senador y se colocó frente al atril del orador. Al verlo ahí arriba, Viktor sintió una punzada en el estómago y a punto estuvo de sufrir una arcada. Necesitaba beber algo y lo necesitaba ya.

—¡Gracias! —dijo Deian—. ¡Gracias a todos por venir! ¡Gracias a todos por el apoyo! No tengo palabras. Sin duda, sois los mejores ciudadanos que un occidental como yo podía pedir —proclamó y, de nuevo, la multitud aplaudió, esta vez con menos entusiasmo—. Nos hemos reunido hoy aquí para anunciaros algo importante. Yo, Deian Wellington, comandante del ejército durante los años sombríos de la guerra, juez de la Alta Corte y hombre temeroso de los Tres, anuncio de forma oficial mi candidatura al puesto de gobernador de este glorioso estado. Querría que todos y cada uno de nuestros ciudadanos comprendieran las razones que han motivado mi inicio en la carrera electoral. Como muchos de vosotros, durante catorce años, he apoyado a nuestro actual gobernador. He sido un fiel defensor de su persona y de sus decisiones. He estado a su lado y jamás le he traicionado. Sé que muchos de vosotros creéis que deberíamos apoyar a su elegido, el alcalde de Viendavales Shanti Roshan, pero siento disentir. Hace dos meses los anirios nos atacaron. Yo lo vi. Mi casa fue una de las

atacadas y, de no haber sido por mi experiencia en combate, mi familia y yo estaríamos hoy muertos. ¿Qué hizo el alcalde Roshan para evitar que algo tan terrible ocurriera? ¡Nada! ¿Qué está haciendo para que no se vuelva a repetir? ¡Nada! El gobernador y el alcalde pasarán a la historia por su inacción y su cobardía. Nuestra historia reciente ha sido sencilla, pero ya no lo es. La resaca de la guerra está terminando y nuevos retos, nuevas amenazas, se extienden sobre nuestro gran estado. Necesitamos a alguien fuerte que pueda hacerles frente. Vencí en Cienaguas, vencí en la Alta Corte innumerables veces y vencí durante la noche del levantamiento. Si de algo estoy seguro es de que soy un ganador. La Escuela confía en mí, el ejército confía en mí, los senadores confían en mí y, lo más importante, mi familia confía en mí. Os pido a todos que confiéis en mí y os garantizo que jamás, ni un solo día de los que pase ostentando el cargo de gobernador, traicionaré vuestra confianza. Votad por un oeste fuerte, por un oeste ganador. Votad por mí.

Aquellas palabras levantaron a la multitud y, en algunos puntos de la plaza, se empezó a corear el apellido Wellington. Al cabo de unos segundos, casi todos los asistentes se habían unido a los vítores.

Deian hablaba encolerizado. Transmitía pasión y fuerza. Gesticulaba y acompañaba cada mensaje con enérgicos cambios de tono, ritmo y emoción. En un momento dado, mientras le observaba, Viktor tuvo una suerte de alucinación. Vio a su padre, tan rabioso como en ese momento, gritando algo a alguien, con los brazos bañados en una sangre tan roja como los primeros rayos del amanecer. Las piernas le flaquearon y por un momento pareció caer. Se repuso lo bastante rápido como para recuperar el equilibrio. Su mujer le miró con cara de preocupación y le preguntó si se encontraba bien. Viktor mintió.

Dejó de centrarse en el discurso y en su padre. Alejó su mente tanto como pudo de aquel lugar y se imaginó en otro diferente, completamente solo y a salvo.

El resto de la tarde fue una completa pesadilla de aplausos, enhorabuenas, felicitaciones y demás lisonjas vacías. A la población le había convencido el discurso del juez y en unas semanas todo el oeste conocería sus palabras, sus promesas y sus intenciones. La señorita Vyvas no cabía en sí de gozo, al igual que el senador Clay. La maestra Lumeni, por su parte, parecía más ausente que contenta, aunque mostró cierta satisfacción con el éxito cosechado. Por supuesto, la persona más orgullosa por el devenir de los acontecimientos era el propio Wellington, que ya se veía sentado en el sillón del gobernador. Tan contento estaba que invitó a todos sus acompañantes a cenar en su casa. Un Viktor tembloroso y enfermizo rehusó asistir aludiendo a las ineludibles atenciones que su hija necesitaba. Su padre apenas sí dio muestras de sentirlo y, cuando el sol se escondía tras las montañas, Viktor, su mujer y su hija se despidieron del resto del grupo y marcharon a su casa.

Como ya era rutina en ellos, de camino a su hogar, apenas se dirigieron un par de palabras. Neire quiso comentar el discurso de su suegro, pero Viktor no dio pie a una conversación prolongada y su mujer no insistió.

Una vez en casa, Viktor se excusó y fue directo a su despacho, con la indicación de que nadie le molestara. Cerró la puerta antes de que su mujer tuviera oportunidad de opinar o protestar.

Corrió a destapar la botella de whisky. Bebió un vaso y luego otro y después otro más. Con la avidez de un sediento en el desierto. Incapaz de controlar sus ansias por embotar su mente y contener sus emociones. Solo en ese estado se atrevió a preguntarse cómo había llegado a ser como era.

Recordó que había comenzado hacía ya más de un lustro, mientras estudiaba en la universidad. Recordó que no había sido accidental. Su adicción no se había desarrollado de forma insidiosa, abriéndose camino poco a poco, al tiempo que destrozaba su vida y su persona. Nada de eso. Había un acontecimiento traumático que lo había disparado: el asesinato de su madre a manos de unos asquerosos anirios.

Apenas recordaba nada de aquella época. Vagos retazos de la noche en la que sucedió todo. Rememoraciones de un funeral triste y de unas emociones confusas. Para Viktor fue horrible. Adoraba a su madre. Era una mujer jovial, alegre y buena. Tras su muerte recordaba haberse deprimido. Tanto que su padre le llevó a ver a un maestro que exploró su mente y le curó, o eso pensaron. Después comenzaron las pesadillas. Pesadillas carentes de contenido y rebosantes de terribles sensaciones. Cada noche, a la misma hora, se despertaba envuelto en sudor, temblando de frío y muerto de miedo. Cada noche se sentía incapaz de volver a conciliar el sueño. Un día probó el alcohol. Se emborrachó hasta vomitar. Bebió hasta olvidar y logró dormir. La noche siguiente hizo lo mismo. Y así siguió, hasta que el alcohol se convirtió en la única medicina que le permitía conciliar el sueño.

Un año después su situación llegó a ser tan inestable que su padre se vio obligado a intervenir. A fuerza de golpes le forzó a dejar de beber y para asegurarse de que los progresos se mantenían, le buscó una buena esposa con la esperanza de que lo obligara a sentar la cabeza.

La noche del levantamiento todo cambió. Los cadáveres de todos aquellos anirios; Mara, que tanto le recordaba a su madre, desgarrándose la garganta al grito de «¡Ya basta!»; la ira asesina en los ojos de su padre. Todo eso le recordó algo tan enterrado entre los pliegues de su mente que ni siquiera fue capaz de decir qué era. No obstante, las consecuencias se

hicieron visibles y las pesadillas, las mismas pesadillas que ya creía extintas, volvieron a poblar sus sueños. Con ellas volvió el alcohol.

Viktor terminó la botella, vomitó sobre su cuerpo, se limpió la boca con la manga de la camisa y se quedó dormido.

OceanofPDF.com



Enara dio un brinco, encogiendo las piernas en el aire. El palo de Siara barrió el suelo, su capa plateada ondeó en el aire y su cuerpo se encorvó, esquivando la estocada de Enara. Esta gruñó, reafirmó su defensa, esperó un golpe inexistente y, cuando lo vio claro, atacó. Siara conocía el movimiento. Se desplazó lo justo como para que el filo de la espada de la profesora de Artes Sagradas cortara el aire y no a ella y, cuando el arma pasó, golpeó con el palo el pecho de Enara, desestabilizándola, le ganó la espalda, golpeó, barrió las piernas y apuntó el palo hacia la cabeza de Enara. Sonrió victoriosa y le guiñó un ojo.

Enara bufó desairada.

—Cinco-cero, profesora —dijo Siara.

—¡Eres tediosa! —respondió Enara desde el suelo—. ¡Quítame el palo de la cara!

Siara hizo un vistoso bamboleo con el palo y lo dejó posado en posición vertical sobre su hombro derecho. Le tendió la mano a su amiga.

—Dilo —le exigió cuando tuvo su mano bien agarrada.

—¿Que diga qué?

—Solo dilo —repitió.

—Eres una pésima amazona.

—¿Y qué más?

—Y una excelente luchadora —admitió Enara a regañadientes y Siara terminó por levantarla.

Enara se desprendió del polvo de su capa y se atusó el pelo.

—¿Otro más? —preguntó Siara.

—Estoy servida. Además, creo que ese último golpe me ha dejado algo tocada.

—¿Quieres que vayamos a ver a algún sanador?

—¿Te burlas de mí? No quiero que mañana todo el mundo cotillee sobre una pelea entre nosotras dos. Ya sabes cómo son. Me saldrá un cardenal. Puedo vivir con un cardenal. ¿Por qué demonios me has golpeado tan fuerte? Habías ganado mi espalda, no hacía falta golpear así.

Siara esbozó una sonrisa pícara.

—Así que era pésima en clase de Artes Sagradas, ¿eh?

—¿Cómo dices?

—No te hagas la tonta, Enara.

—Esa diablilla tuya te lo cuenta todo.

—Es un encanto de niña, ¿verdad? —dijo Siara.

—Un encanto, sí. ¿Te dijo también que se quedó dormida en mi clase?

—¿Y te extraña? ¡Por Daxal! ¿Artes Sagradas? Lo que nunca comprenderé es cómo no retumba toda la villa por los ronquidos de todos tus alumnos.

—Ja ja ja —ironizó Enara y, olvidando toda precaución, añadió—: Recuerdo que a Aleyn le encantaban.

Enara se arrepintió nada más decir aquello. Cerró los párpados y arrugó la cara. Al instante siguiente se consumía en disculpas.

—No pasa nada —respondió Siara, casi con una sonrisa triste en sus labios.

Durante catorce años Aleyn había sido un tema prohibido. La sola mención de ese nombre había generado tantas disputas y peleas entre las dos amigas que era una verdadera suerte que aún siguieran denominándose de ese modo.

—Se acabó, Enara. Han pasado catorce años. Es hora de olvidarme de él. De dejar atrás todo lo que ocurrió y mirar hacia delante.

La boca de Enara estaba abierta, al igual que sus ojos. Habría apostado su vida a que jamás llegaría a escuchar a su amiga decir nada parecido.

—Para un segundo —dijo—. ¿Hablas en serio?

Siara se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada, y ese es el problema —respondió Siara—. Llevo catorce años esperando… no sé qué. Algo. Una señal. Un rumor. Cualquier cosa que pudiera indicarme que Aleyn estaba vivo. Incluso creé una brújula para encontrarle. Un maldito aparato que señalara la dirección en la que debía buscarle. ¡Señala el Norte, Enara! Lleva señalando el condenado Norte todos estos años. Y, además, hablé con Allyson.

—¿Lumeni?

—Sí.

—Daxal, estaría aterrorizada.

—Menos de lo que imaginas, seguro —respondió sonriendo—. Me confirmó su historia. Me dijo que le atravesó el pecho con una espada.

—¿Y la creíste?

—¿Por qué no hacerlo?

—Porque llevas catorce años sin hacerlo.

—Llevo catorce años consumiéndome en la esperanza de que el único hombre que he amado siguiera vivo. ¿Sabes qué creo ahora? Que Aleyn

está muerto. Que murió a los pocos días de escapar y que yo me he perdido los mejores años de mi vida esperando que regresara.

Ninguna añadió una sola palabra tras aquello. Había tanta tristeza en el ambiente que cualquier palabra hubiera destrozado el momento. Era una emoción necesaria que debía permitirse fluir. Por fin, después de catorce años, Siara estaba dispuesta a afrontar la pérdida y elaborar el duelo. Solo después de unos minutos, se atrevió Enara a hablar.

—¿Quieres un té?

Siara se lo pensó y, finalmente, rechazó la oferta.

—Gracias, pero creo que me iré a dormir.

—Tonterías —le espetó su amiga—. Volví a la tienda de tu amigo Jon y me convenció para venderme el que, según dijo, es el mejor té de hierbas de toda Ylandra. No sé si lo será, pero por lo que pagué por él ya puede serlo o tu amiguito va a tener un problema muy serio.

Siara se rio, despojándose de esa tristeza que la había embargado.

—Probablemente te estafó, eso tenlo claro. Jon no es ni tonto ni honrado, por eso me cae tan bien. Pero bueno, siendo así, tendré que probarlo. A veces, incluso dice la verdad.

Entraron en la villa caída ya la noche y se encontraron un cuadro lúgubre y solitario. Apenas había nadie por calles, parques y plazas. Los aspirantes estarían descansando en sus barracones, al igual que los aprendices más jóvenes y los maestros estarían emborrachándose, jugando a los dados en alguna taberna o en sus aposentos haciendo Daxal sabía qué.

Las dos profesoras se dirigieron al despacho de Enara, comentando ciertos asuntos menores de La Escuela. Cotilleos sin importancia que hacían más llevadero el día a día.

—He oído que el profesor Kolvak tiene una amante —dijo Siara.

—¿Sí? —respondió Enara—. No me extrañaría nada. Es muy atractivo.

—¿El profesor Kolvak? ¿En serio?

—¿Qué? ¿Vas a decirme que no te parece atractivo?

—Sí es atractivo, pero es… No sé cómo decirte. Demasiado intelectual y académico. No me imagino a ese hombre haciendo un chiste y mucho menos riéndose de alguno.

—¡La gran Siara Roscharch! ¡La chistosa! ¡La divertida profesora de Alquimia! ¡No me fastidies!

—¿Te cuento un chiste? —propuso Siara. Enara suspiró como única respuesta—. No, en serio. ¿Quieres oír un chiste?

—Adelante, cuéntame un chiste.

—Ahí va. Ya verás. Es muy bueno. Están buscando setas un maestro cronista, un maestro mentalista y un maestro sanctorum. Después de un rato buscando, el maestro cronista encuentra una seta muy extraña, de colores brillantes y formas imposibles. La arranca del suelo y se la enseña a sus compañeros. Durante un rato discuten sobre si será comestible o no y entonces hacen una apuesta. Deben decidir sobre su comestibilidad y actuar en consecuencia antes de que sus compañeros sepan qué ha hecho el resto. El maestro cronista interpreta en las cuerdas del tiempo que si se come la seta morirá, así que decide no comerla. El maestro mentalista lee la mente a su compañero cronista y decide no comer la seta. Sin embargo, el maestro sanctorum come la seta y se muere, ¿sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó Enara con tono de hastío.

—Porque, a diferencia de cualquier otro maestro, un sanctorum no sirve para hacer nada —dijo y empezó a reírse a carcajadas.

Enara se ofendió en un primer momento, pero después acompañó a Siara en sus risas. Hacía demasiado tiempo que no veía a su amiga reírse de aquella forma. Cuando por fin paró, Enara negó con la cabeza.

—Así que es verdad —comentó.

—¿El qué?

—Esa niña que tienes como protegida te está cambiando.

—¿Mara?

—Sí, Mara o como sea. He oído que es un vendaval de vida e ilusión. Te está llenando de esas cosas.

—¡Qué va!

Llegaron al edificio donde estaba el despacho de Enara. Al igual que muchos edificios de la villa, tenía forma cuadrada y el centro lo ocupaba un jardín bien cuidado rodeado por un porche. La conversación continuó mientras atravesaban el jardín.

—No creo que Mara tenga nada que ver con mi estado de ánimo. Yo era así, Enara. Era una persona feliz, ¿recuerdas?

—Sí me acuerdo, sí. Pero también recuerdo estos últimos catorce años y te aseguro que no te he escuchado reírte tanto desde entonces. Aparece esa niña en tu vida y *voilá*.

—Coincidencias.

Entraron en el despacho y cualquier palabra que fuera a ser emitida por ambas mujeres murió antes de que pudieran siquiera pensarla. Un hombre, de aspecto joven y atlético, con la capa oliva de los maestros brebajistas, rebuscaba en las estanterías de la profesora de Artes Sagradas. Cogía un puñado de libros, examinaba sus cubiertas y, al ver que no era el que estaba buscando, los lanzaba en cualquier dirección, mientras gruñía palabras sin sentido.

—¡Qué demonios! —susurró Siara con el ceño fruncido.

—¡Eh, tú! —gritó Enara—. ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

El maestro, de espaldas a ellas, no hizo ademán de haberlas oído. Continuó centrado en su labor, ignorando a las dos profesoras.

—¡Eh, imbécil! Mi amiga te ha hecho una pregunta —le insistió Siara y esta vez sí, el hombre se giró hacia ellas.

Tenía la cara cuadrada, sucia y pálida, los ojos oscuros, extraños, y la mirada penetrante. El pelo, graso y desgreñado, le caía sobre los ojos y le cubría las orejas. La capa estaba deshilachada y con grandes roturas y el resto de la ropa estaba manchada de sangre. Enara agarró el brazo de Siara.

—Ten cuidado. No es lo que parece.

El maestro dio un par de pasos en la dirección de ambas mujeres. Se detuvo y extrajo una espada reluciente. Sonrió. Una sonrisa confiada y cruel.

—Mi libro —dijo con una voz espectral y un acento extranjero y extraño.

—¿Quién eres? —preguntó Enara.

—¿Dónde está? —demandó—. ¿¡Dónde!? —gritó y su voz hizo retumbar las paredes.

Enara desenvainó la espada, una burda espada fina sin filo, destinada a entrenar y Siara, a su lado, extendió su palo. El hombre saltó hacia ellas. Siara se movió hacia su flanco izquierdo, lo más rápido que pudo y consiguió esquivar la primera estocada, pero, sin saber cómo, el maestro se revolvió y sacó una patada de ninguna parte que impactó sobre su rostro. Su cuerpo salió despedido con una fuerza brutal, atravesó una ventana y terminó cayendo sobre el porche exterior.

Del interior le llegaron los sonidos del metal contra metal. Intentó incorporarse, pero las piernas le fallaron. Todo le daba vueltas. Sentía su mente aturdida y desconectada del resto de su cuerpo. Era una sensación extraña y desconocida. Mientras, la lucha en el interior continuaba.

—¿¡Dónde está mi libro!?

Aquel extraño sonido le hizo recuperar su voluntad, sus fuerzas, y se puso en pie. Al mirar por la ventana que había atravesado se encontró con una estampa aterradora. La mano de aquel hombre se cerraba sobre el cuello de Enara. Dos palmos separaban el suelo de los pies de su amiga, que no cejaban de moverse mientras el resto de su cuerpo moría asfixiado.

—¡Suéltala! —gritó Siara, muerta de miedo.

El hombre giró la cabeza para mirarla, esbozó una mueca cruel y lanzó el cuerpo de Enara hacia el exterior. Ambas mujeres chocaron, cayeron y se levantaron con rapidez.

—Lárgate, Siara —le suplicó Enara—. Ve a pedir ayuda.

—Ni lo sueñes. No pienso dejarte sola.

El hombre saltó por el hueco de la ventana y ambas mujeres retrocedieron hasta el centro del jardín.

—Seas quien seas, estás cometiendo un grave error —le advirtió Siara.

—¿¡Errores!? —gritó el hombre.

Se lanzó al ataque. Siara empujó a Enara para apartarla de su enemigo, flexionó las rodillas y logró encajar un golpe en las piernas del hombre. Este apenas sí hizo ademán de haberlo notado, recuperó su posición e impactó una patada frontal en el pecho de Siara. Salió despedida. Enara le atacó por la espalda. El hombre se movió con una velocidad sobrehumana, se apartó del golpe, se volvió y comenzó a lanzar estocadas. Enara paró las que pudo y esquivó el resto, mientras retrocedía de vuelta al porche.

El combate era desigual. Aquel hombre se movía con una soltura, rapidez y destreza apabullantes mientras Enara hacía todo lo posible por no ser alcanzada. Retrocedía y se defendía, pero apenas tenía tiempo de asegurar una defensa sólida. Cuando trataba de buscar los flancos del hombre, se encontraba con un nuevo ataque. Cuando quería convertir una defensa en un contraataque, el hombre ya lo había previsto y volvía a atacar.

Enara aguantó lo que pudo, con la mente en blanco, dejándose fluir por los movimientos y la intensidad del combate, pero aquel ser la superaba en cada habilidad. En un momento dado, Enara erró en su defensa y el hombre no perdonó. Rajó su cuerpo desde el hombro derecho hasta su cadera izquierda. La sangre brotó de la herida y Enara cayó al suelo. Un cuerpo al borde de la muerte.

—¡No! —gritó Siara.

El hombre, preparado para rematar a su presa, se volvió hacia Siara y sonrió. Sus dientes eran negros. Abandonó el cuerpo inerte de Enara y empezó a aproximarse a la profesora de Alquimia. Las lágrimas pugnaban por salir y recorrer su cara, pero el resto de su cuerpo empezó a gritarle que se vengara. Cogió el palo con ambas manos y lo cruzó frente a sí. Esperó a que el hombre estuviera lo bastante cerca.

—Esto ya ha durado demasiado —dijo Siara entre dientes—. Estás muerto.

El hombre se detuvo a un par de metros de Siara e hizo un mohín con los labios, expresando incredulidad.

Blandió tan rápido su arma que el viento silbó. Fue directa a por la cabeza, pero el hombre esquivó el golpe agachándose y utilizó esa posición para atacar las piernas de Siara. A diferencia de lo que había hecho Enara, Siara no retrocedió más que lo justo para esquivar la estocada. Luego volvió a atacar y el hombre esquivó de nuevo. Se sucedieron una serie de movimientos rápidos hasta que el maestro saltó sobre Siara con la espada en alto. Era un movimiento letal y ambos lo sabían. Siara elevó su arma por encima de su cabeza, en posición horizontal, y casi percibió la sonrisa en la cara de su enemigo. La madera no podría detener el afilado acero. Cuando la espada de aquel hombre cayera, cortaría el palo y seguiría su camino hasta el rostro de Siara.

La espada descendió y al impactar con la madera rebotó. Saltaron chispas y el sonido del metal contra metal retumbó por todo el jardín. El hombre trastabilló, sorprendido, y cruzó su mirada con la de la profesora Siara Roscharch. Había una interrogación en sus ojos.

—Alquimia —gruñó Siara, pasó el palo por encima de su cabeza, cogió impulso y lo estampó contra la cabeza de aquel hombre.

El ruido que hizo al chocar no fue el de madera contra hueso. El palo de Siara, que no había cambiado en absoluto de aspecto, parecía tener las propiedades del más duro acero. El hombre salió despedido, cayó al suelo, rodó y volvió a ponerse en pie. Escupió una sangre oscura y espesa y atravesó a Siara con la mirada. Detrás de aquellos ojos se presagiaba la muerte.

Siara no retrocedió ni se asustó. Conocía la muerte. La había saludado decenas de veces y no la temía. Volvió a lanzarse al ataque. Lucharon durante unos segundos antes de que las esperanzas de Siara se diluyeran. Aquel hombre parecía moverse más rápido a cada segundo que pasaba. Sus ataques contenían mayor fuerza y velocidad que los de cualquier persona a la que Siara se hubiera enfrentado. Le había encajado un buen golpe y el hombre apenas había tardado un segundo en recuperarse, cuando cualquier otro habría tenido su cráneo esparcido por el suelo. Sus dudas se convirtieron en pánico y el pánico le arrebató el poco valor que le quedaba.

El hombre atacó en un movimiento ascendente y Siara apartó su cuerpo y su cara, pero no lo suficiente. El filo de la espada le rajó la mejilla y de la herida empezó a manar sangre. En un intento desesperado, Siara atacó, pero fue inútil. El golpe apenas tenía fuerza. Apenas tenía intención. Solo era un vano intento de sobrevivir. El hombre ni siquiera se apartó. Detuvo el palo con la palma de la mano, lo agarró y lo lanzó a unos metros. Siara no soltó

el palo y, cuando este salió volando, Siara lo siguió. Solo se le escapó al contacto con el suelo.

Tumbada sobre la hierba, desarmada e indefensa, Siara creyó que ese sería el final. Quien fuera aquel hombre había conseguido vencer a dos maestras sin apenas alterarse. Cerró los puños, abrió los ojos y vio cómo unas gotas de su sangre caían desde su mejilla hasta la hierba. Entonces lo sintió.

Se alejó gateando del hombre que se acercaba, en dirección a su palo. Escuchó la risa gutural de aquel monstruo a sus espaldas y supo que era el momento. Antes de ponerse en pie, se frotó la mejilla ensangrentada con la mano, la apoyó en el césped, esparció la sangre sobre él y utilizó el apoyo para ponerse en pie. Echó a correr hasta el palo. Pisó con fuerza una de sus puntas y salió volando hasta su mano. Se giró y esperó.

El hombre avanzaba con aparente tranquilidad. Siara le esperaba, herida y agotada. Cuando los pies del hombre llegaron al lugar donde Siara había extendido su sangre se detuvieron. El hombre trató de avanzar, pero no pudo. Unas raíces gruesas y fuertes se enlazaban sobre sus pies y empezaban a escalar por sus piernas. Intentó zafarse y, al verse incapaz, trató de cortarlas. Cortaba una y aparecían dos. Entonces elevó la cabeza y se encontró con el cuerpo de Siara frente a él. Sonreía en una mueca demencial.

—Una vez más: ¡alquimia! —dijo.

Estampó la punta de su arma en el rostro del hombre en un movimiento frontal, cogió impulso y le golpeó la cabeza por el lateral. El cuerpo cayó al suelo, y esta vez no rodó, ni se levantó. Esta vez su espada salió despedida. Siara no sabía si lo había matado y, aunque le hubiera gustado comprobarlo, no podía permitirse dedicar más tiempo a aquel hombre.

Corrió hacia Enara. El cuerpo de su amiga permanecía tendido en el suelo. Comprobó su estado, rezando a todo lo que conocía porque siguiera con vida. Sintió su pulso. Lento y débil.

—Aguanta un poco —rogó.

Se echó su cuerpo sobre la espalda y salió corriendo en dirección al sanatorio. No se cruzó con nadie en la villa. Llegó, abrió la puerta de una patada y gritó. Al cabo de unos segundos, cuatro aspirantes y el maestro Senén la miraban sorprendidos y preocupados.

—¿Qué demonios, Siara? —preguntó el maestro Senén.

—Está muy mal —dijo al borde de las lágrimas—. Tienes que hacer algo.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ahora! —gritó encolerizada—. ¡Haz algo ya!

—Traed una camilla. ¡Vamos! —ordenó Senén.

Los aspirantes obedecieron y en menos de un minuto dejaron el cuerpo de Enara acostado sobre una colcha blanca. El maestro le quitó la capa, rajó su ropa y se centró en el corte diagonal que le atravesaba el pecho.

—¡Santo Daxal! —murmuró.

—¿Puedes curarla? —Senén puso las manos sobre el pecho desnudo de Enara y cerró los ojos—. ¿Puedes curarla? —insistió Siara.

Senén abrió los ojos y miró a Siara con una expresión cargada de ira.

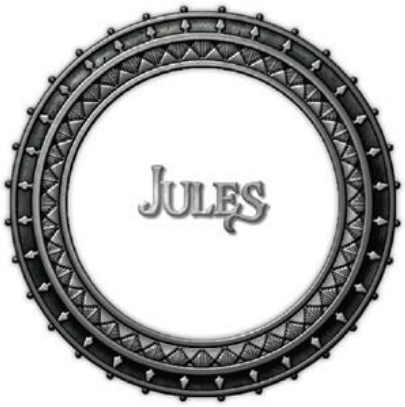
—¡Fuera, Siara! —demandó.

—¿Qué? ¡No pienso irme!

—Está al borde de la muerte. Necesito concentrarme, así que, por tu vida, deja de molestar y sal de aquí.

Siara obedeció. Salió de la sala y, una vez fuera, se dejó caer contra la pared y empezó a llorar.

OceanofPDF.com



—Quiero escuchártelo decir, Jules —le recriminó Roshan, sentado en su butaca y con un vaso de bourbon a medio terminar.

Jules permanecía de pie, pues no había recibido permiso para sentarse.

—No estoy aquí para espiarle, señor —repitió por segunda vez esa mañana.

—¿Así que entras a trabajar aquí a mi lado, unos meses más tarde tu padre anuncia su candidatura a gobernador, lo que lo convierte en mi oponente directo, y debo confiar en que me serás leal? —dijo encolerizado. Estaba borracho, con las pupilas ligeramente dilatadas y escupía al hablar —. ¿Y bien?

Jules suspiró.

—¿Qué, señor?

—¿Qué te han pedido que hagas? Y nada de mentiras o tu carrera política estará acabada, ¿me oyes?

—¿Quiere saber la verdad? —preguntó Jules. Empezaba a cansarse de tantos gritos y acusaciones. Empezaba a enfurecerse—. No ayudaría a mi padre ni por todo el condenado oro del mundo, señor.

El alcalde le miró sorprendido, apuró su bourbon y dejó el vaso sobre la mesa.

—¿No?

—No le daría ni un vaso de agua en medio del desierto.

—Ya veo… —musitó Roshan mientras se servía un nuevo vaso de alcohol—. ¿Sabes quién te consiguió este trabajo, hijo?

—Sé que mi padre no tuvo nada que ver. Lo investigué en cuanto empecé a trabajar aquí. De haber encontrado algún indicio de su influencia lo hubiera rechazado.

—¿De veras?

—Mi padre es una persona repugnante, señor. Hace años me prometí no aceptar nada que luego tuviera que agradecerle. Eso incluye dinero, trabajos, consejos o influencias.

—Eso está bien —concedió Roshan—. Pero te equivocas en una cosa. Tu padre sí influyó en que consiguieras este trabajo.

—No puede ser.

—Pues lo es. No fue directamente él, cierto. Fue su asesora la que me convenció. La señorita Vyvas.

Jules se quedó sin aire unos segundos, perdido en sus pensamientos.

—No tenía ni idea —confesó.

—Eso es lo que levanta mis sospechas hacia ti, hijo.

—¿Qué quiere decir?

—Esa mujer no da palos de ciego. Cuando vino a verme para recomendarte me mintió. Me dijo que, contratándote, me ganaría el afecto y el apoyo de tu padre. Es obvio que eso nunca fue verdad. ¿Por qué interceder para que te contratara como consejero entonces? ¿Qué ganaba ella?

—Está dando por hecho que la señorita Vyvas conocía la relación que tengo con mi padre. Quizá movió sus hilos antes de saberlo.

—No es propio de ella —dijo el alcalde y luego se detuvo a meditar—. Aunque, según he oído, tu padre no era su primera opción. Quizá todo la cogió desprevenida y tuvo que improvisar. Todos sabemos lo que pasa cuando se improvisa. Aunque sigue habiendo algo que no me encaja.

Le clavó una mirada acusadora a Jules.

—A mí hay muchas cosas que no me encajan, señor.

El alcalde, totalmente ebrio, sonrió.

—Una vez entraste a trabajar aquí, ¿no te insinuaron que les consiguieras información?

Jules recordó la noche en la que su hermano Viktor se había presentado en su casa, aún más borracho de lo que ahora estaba el alcalde, pidiéndole exactamente lo que Roshan estaba diciendo.

—Mi hermano lo insinuó, sí —admitió.

—¿Tu hermano gemelo?

—Sí —respondió—. Pero le dejé claro que eso jamás ocurriría, señor. Puede creerlo.

—Lo creo. No obstante, eso me lleva a otra cuestión. ¿Sabías que tu padre pensaba presentarse a gobernador del estado?

Jules cerró los ojos y suspiró. Debía decir la verdad y, cuando lo hiciera, su carrera estaría terminada.

—Lo sabía, señor —dijo al fin.

—¿Y decidiste guardarte esa información para ti?

La tensión y la rabia volvieron a hacer mella en las entrañas de Jules.

—Decidí hacer solo mi trabajo, señor. Nada más. No me pagan para ser el espía de nadie. —Estuvo a punto de dejarlo ahí, pero, ya que se había lanzado, decidió continuar. El daño estaba hecho. Lo único que le quedaba era tener una salida digna—. Entiendo que no puede confiar en el hijo de su oponente, por mucho que este le diga cuánto detesta a ese hombre. Lo

comprendo. Así que presentaré mi carta de renuncia. No tendrá que volver a preocuparse por mí nunca más, señor. Ahora, si me disculpa, tengo algunas cosas que arreglar antes de marcharme.

—¡Espera un poco, muchacho! —demandó el alcalde antes de que Jules hubiera tenido la oportunidad de girarse.

Se miraron y, tras unos segundos de incómodo silencio, el alcalde le sonrió.

—Siéntate, por favor.

Jules obedeció, algo sorprendido.

—¿Una copa?

—No, gracias.

—Tengo una pregunta que hacerte.

—Usted dirá.

—¿Hasta qué punto quieres convertirte en un político de primera línea?

—Depende.

—¿Depende? No es la respuesta que esperaba, muchacho.

—Quiero dedicarme a la política, señor, pero no estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

—Respeto eso —dijo el alcalde—. Te formularé la pregunta de otro modo. ¿Hasta qué punto te gustaría evitar que tu padre llegue a convertirse en gobernador?

Jules no respondió, pero tampoco hizo falta. Su expresión fue un libro abierto. Ver a su padre ostentando el cargo con mayor poder del estado sería insoportable.

—¿Quieres ayudarme a impedírselo?

—¿Qué tendría que hacer?

—Nada ilegal. Nada ilegítimo. Solo contar la verdad.

—Señor alcalde… Entiendo que estamos discutiendo algo muy serio. Le ruego que sea claro conmigo.

—Por supuesto —respondió Roshan entre risas—. Tú conoces a tu padre mucho mejor que la mayoría. Al fin y al cabo, es tu padre. Quiero que cuentes esa verdad a nuestros queridísimos votantes. Que cada occidental sepa quién es Deian Wellington en realidad.

—¿Quiere que dé un discurso aireando los trapos sucios de mi padre?

—No exactamente. Quiero que des más de un discurso. De norte a sur del estado. En las cinco capitales y en cada pueblo que encuentres de camino.

Jules bajó la cabeza y frunció el ceño. No estaba seguro. Una cosa era alejarse cuanto pudiera de la figura de su padre y otra muy diferente atacar su reputación a lo largo y ancho del estado.

—Le detestas, ¿no es cierto?

—No se trata de eso, señor.

—¿De qué se trata entonces?

—No quiero tener nada que ver con ese hombre. Absolutamente nada. Lo que me pide que haga…

—¿Tienes miedo de enfurecerle, tal vez? ¿De que se pueda enojar contigo?

—Usted no le conoce.

—Pero tú sí, hijo. Ahí está la clave. Es hora de ser un hombre. De enfrentarte a tu padre. ¿Quieres verlo gobernando este estado?

—¡No!

—Entonces ayúdame a derrotarlo.

Salió de aquel despacho con la promesa de hacer lo que el alcalde le había pedido, aunque le temblaban las piernas mientras abandonaba el edificio. Por lo visto, la conversación no había sido casual, ni la petición

tampoco. Respondía a un plan elaborado por el gobernador y el alcalde, y Jules había caído en sus redes. Según supo tras aceptar el encargo, en el norte del estado ya se habían iniciado los preparativos para todos los discursos que tendría que dar durante las próximas semanas. Un mes entero destinado a ello. El invierno fuera de Viendavales.

Lo primero que hizo fue planear una última noche con su amante. Brendan se mostró entusiasmado cuando le contó su decisión, no tanto por el hecho de apoyar al alcalde como por el hecho de que aquella sería la primera vez en la vida de Jules que, de verdad, se enfrentaría a su padre. Brendan estaba tan orgulloso de él que hicieron el amor hasta caer rendidos en la cama, para despedirse cuando el alba despuntaba sobre el horizonte.

Jules preparó una maleta y alquiló un coche de cuatro caballos para poder viajar cómodamente. No se engañaba, era un viaje de trabajo y tendría que trabajar. Preparar los discursos sería lo de menos y darlos sería lo menos laborioso. El alcalde no había sido demasiado específico en cuanto a qué se esperaba de él, pero había dado a entender que, tras los discursos, muchas personas importantes de cada ciudad o municipio querrían hablar con él, le invitarían a fiestas, cenas y demás y él, por supuesto, no podría negarse. Las próximas semanas serían una locura y, para colmo, nadie le acompañaría. Tanto el alcalde como el gobernador coincidían en que el efecto de sus vejatorias palabras sería mayor si los votantes no veían a personas de la campaña del oponente del señor Wellington al lado de Jules. Quizá tuvieran razón. La única compañía que tendría sería el cochero y parecía ser un campesino parco en palabras.

Sin embargo, el día que estaba preparado para marcharse, al abrir la puerta, se encontró con un anirio esperando en el pequeño porche. Reconoció su rostro al instante.

—¿Güido? ¿Qué haces aquí? —preguntó.

El anirio tenía la mirada clavada en el suelo y parecía nervioso.

—El señor Wellington me ha ordenado que le acompañe en su viaje.

—¿Cómo? ¿Que mi padre ha dicho qué?

—Me ha ordenado que le diga que necesitará ayuda, así que me ha enviado a mí.

—¿Cómo demonios sabe él que me voy a ninguna parte?

Jules estaba furioso. Aquello era una gran faena. Su padre no tendría que haber sabido nada acerca de sus planes. ¿Cómo se había enterado? La única persona ajena a la alcaldía a la que se lo había contado era Brendan y dudaba mucho que él hubiera filtrado la información. Al parecer, su padre no le necesitaba a él para espiar al alcalde.

Lo que sí tenía claro era que no podía dejar que Güido le acompañara. Era posible que su padre supiera que tenía que viajar, pero eso no significaba que conociera los motivos. Además, solo había una razón por la que su padre prescindiría de un esclavo: sacar algún tipo de provecho. En este caso, imaginaba, querría que Güido le espiase. No podía permitirlo.

—Vete a casa, Güido. No voy a necesitar tu ayuda.

Güido levantó la cabeza. Parecía asustado.

—Pero el señor Wellington me ha ordenado…

—¡Me da igual! ¿Me oyes? Vuelve y dile a mi padre que se vaya al infierno y que me deje en paz con mi vida. Sé cuidarme solo.

Güido cerró los ojos y sus dientes empezaron a castañear. Estaba temblando.

—Por favor, señor —suplicó.

A Jules se le partió el alma. ¿Qué demonios estaba haciendo? Puede que su padre fuera un auténtico hijo de perra, pero aquel pobre anirio no tenía la culpa. Si le enviaba de vuelta sabía lo que le esperaba. Además, era Güido. Jules apenas le conocía, pero sabía lo importante que era para su hermana.

¡Qué demonios! El chico había visto cómo ahorcaban a su madre y no había podido ni siquiera protestar. Le debía algo. Tal vez no fuera su responsabilidad el dárselo, pero sentía que era la única persona que iba a hacerlo. Además, le había hecho una promesa a Mara y ya era hora de cumplirla.

—Espera aquí —le dijo al fin.

Entró en su casa, en la habitación que utilizaba como despacho, y rebuscó en uno de los cajones. Cuando encontró el trozo de papel, se lo guardó en uno de los bolsillos y salió al exterior. Sonrió a Güido.

—Espero que hayas traído algún abrigo. En el norte hará frío.

—Aguanto bien el frío, señor.

—De acuerdo, entonces. Sube al coche.

Güido fue a subir junto al cochero, pero Jules le agarró del brazo y le detuvo.

—¿Qué haces? No voy a dejarte ir ahí arriba, con el viento y el frío. Tú te vienes conmigo en la caja. Ya que te han obligado a venir, al menos me harás compañía.

OceanofPDF.com



Durante los últimos días, a lo largo y ancho de Viendavales, la gente solo había hablado de dos cosas: el gran discurso del señor Wellington y la enorme incapacidad de su oponente para hacer frente a un asesino anarquista y abolicionista. Ambas cosas deberían haber hecho sonreír a Annelyn. Ambas cosas deberían haber hecho que su orgullo creciera en su interior como espuma de mar. Pero nada de eso había sucedido.

Annelyn estaba de luto. Su anciano maestro, quien le había enseñado todo cuanto sabía, quien le había mostrado el camino de la sabiduría y le había dado todo su poder, quien le había apoyado y amado incondicionalmente desde que sus padres fallecieron, había muerto. El pobre hombre no había soportado el frío del invierno y, una mañana, una de las esclavas que le atendía le encontró sin vida bajo las mantas de su lecho. Annelyn le había llorado, había maldecido y, por último, le había hecho una promesa. La misma promesa que le hizo al cadáver de su padre después de que el traidor lo asesinara.

Ese mismo día informó al señor Wellington de que ciertas circunstancias imprevistas la obligaban a marcharse de Viendavales durante unos días. Al juez, cómodo y seguro con su éxito, apenas le importó.

Annelyn anotó aquel detalle en su mente y supo que, más pronto que tarde, debería hacer frente a esa situación.

Contrató un coche de seis caballos y se llevó el cuerpo de su maestro al extremo occidental de la Cordillera Quebrada, el lugar que le había visto nacer. Buscó a un guardián de la Orden Sanctorum, conocidos vulgarmente como sacerdotes, y realizó todos los preparativos para concederle a su maestro un entierro digno. Eligió la sepultura, la lápida, las inscripciones, compró rosas blancas y moradas, y mandó tallar un broche de plata con la forma del linaje de su maestro en La Escuela: un ojo.

El entierro fue un acto sencillo y solitario. Las únicas personas que asistieron fueron el sacerdote, el enterrador y la propia Annelyn. El día acompañaba con un tono grisáceo y una gélida brisa.

Ayudado de unas rudimentarias poleas, el enterrador introdujo el ataúd apuntalado en su sepultura y el sacerdote, vestido de negro, capa gris y brazaletes azules, extrajo de su bolsa un ejemplar del *Libro del Camino* y procedió a leer uno de sus salmos.

Tras la lectura, guardó el ejemplar en su bolsa, cabeceó en dirección a Annelyn y se marchó, con paso lento y tranquilo. Annelyn permaneció de pie hasta que el sacerdote hubo desaparecido y, solo entonces, se atrevió a dejar caer el broche de plata sobre la madera del ataúd.

—Cúbralo, buen hombre —le dijo al enterrador.

Le observó trabajar alrededor de un minuto, sumergiendo la pala en el montón de tierra fresca, alzándola y dejándola caer sobre el agujero y, cuando el ataúd desapareció bajo el manto de tierra, Annelyn se dio la vuelta y comenzó a marcharse.

El viento le azotaba el rostro y el velo se le pegaba a la cara y le dificultaba ver y respirar. En un ataque de ira lo agarró y se lo arrancó. Lo dejó volar. Cuando levantó la vista, a lo lejos, apoyada contra un árbol,

divisó una figura humana. Era un hombre vestido con un traje negro, sombrero y bastón. Parecía observarla. Un escalofrío le recorrió la espalda y sus pasos se detuvieron. Después recordó quién era, se sintió una estúpida por haberse visto paralizada por el miedo, se irguió cuanto pudo y reanudó la marcha.

El cuerpo del hombre estaba inclinado, con el hombro izquierdo apoyado sobre el tronco de un solitario y viejo roble. No le quitaba la vista de encima y la sonreía.

Annelyn apartó de su mente todo rastro de duda o precaución y avanzó directamente hacia él. Era delgado, de piel pálida, labios rojos y mirada oscura. Sonreía con arrogancia, en un gesto que Annelyn conocía bien, pues era el mismo que ella solía utilizar con aquellas personas que consideraba inferiores.

—Siento mucho su pérdida, Annelyn —saludó el hombre. Se agarró el sombrero e hizo una sutil reverencia.

—Gracias, señor… —respondió Annelyn con fingida cortesía—. ¿Nos conocemos?

—No lo creo. Jamás olvidaría a una mujer de tamaña belleza. Soy Andreas Lumiere.

—Y sabe quién soy —dijo Annelyn. No era ninguna pregunta.

—Me temo que sí.

—¿Sabe quién soy? —preguntó entonces Annelyn.

—Así es. No debe preocuparse. Sabemos guardar secretos. Hemos guardado el suyo durante más de una década y seguiremos haciéndolo.

Annelyn frunció el ceño, solo un instante, y luego dejó su rostro inexpresivo. Aguardó en silencio una explicación, nuevas palabras, nuevas pistas, pero Andreas solo sonrió. El silencio se prolongó hasta que Annelyn no pudo soportarlo más.

—¿Quién es en realidad?

—¿No lo deduce? —Annelyn chasqueó la lengua y apretó las mandíbulas—. ¡Qué decepción! Me dijeron que era usted inteligente.

Aquel insulto atravesó el corazón de la mujer como una daga ardiente.

—¡Váyase al infierno! —profirió—. ¿Quiere jugar a adivinanzas? Ande, juegue, pero tendrá que hacerlo solo.

Se giró y echó a andar. Un par de pasos después una fuerte garra se cerraba sobre su muñeca. Al volverse se encontró con la asquerosa sonrisa de aquel hombre.

—Discúlpeme, señorita. No era mi intención ofenderla.

—¿Y cuál era, señor?

—¿La verdad? Me hablaron acerca de su temperamento. Solo deseaba explorar sus límites. Trataré de no ser tan atrevido, si me lo permite.

Annelyn dio un pequeño tirón y se soltó del agarre. Aún estaba furiosa. De hecho, la condescendencia de aquel hombre la enfurecía mucho más que sus insultantes insinuaciones.

—¿Quién demonios es usted?

—Su maestro era un hombre sensato y precavido y deje que le diga que, por encima de todo, sentía un sincero amor por usted. Su falta de confianza y su deseo de protegerla han impedido que pudiéramos conocernos. Sin embargo, el anciano ha muerto. Comprenderá que nuestra inversión no pueda morir con él.

—¿Piensa responder mi pregunta?

Las comisuras de los labios de Andreas se ensancharon descubriendo unos dientes amarillentos.

—Somos su apoyo. Sus recursos —respondió por fin—. Los hombres detrás del telón. Los titiriteros de sus planes. ¿O acaso pensaba que ese anciano manejaba y controlaba todos los hilos? ¿Cree que un moribundo

tenía la capacidad para influir en unas elecciones en el oeste, en decisiones militares del norte y en la mismísima Cámara de los Maestros? Quizá no sea estúpida, pero sí demasiado ingenua.

Annelyn no podía esconder su rostro. Esta vez no. La repugnancia que comenzaba a sentir por aquel hombre se mezcló con la vergüenza. Algo dentro de ella se resquebrajó. Sabía lo que era: su confianza. Su seguridad. ¿Quién era sin eso? No lo sabía y no quería descubrirlo.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó Andreas con cierto tono de burla.

—¿Qué quiere de mí?

—¡Avanzamos, por fin! Solo queremos asegurar el éxito de nuestra inversión.

—¿Qué inversión?

—La que hicimos en usted, señorita —respondió Andreas—. Hace unos años su maestro acudió a nosotros con un plan que, según dijo, había elaborado su pupila; la hija del maestro Izan. Nos pareció plausible, así que invertimos en él. Y no solo eso. Extendimos nuestros tentáculos más allá del oeste. Creamos nuevas relaciones, hicimos nuevas amistades y allanamos el camino. Estamos llegando a un punto decisivo y la situación se está acelerando. Para desgracia suya, pero también nuestra, su maestro ha fallecido. Para nosotros era importante en su papel de mediador. Ahora que ya no está, alguien debe ocupar su puesto.

—Y ese es usted.

Andreas aplaudió.

A Annelyn le atravesó el sarcasmo de aquel aplauso.

—Como imaginará, tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Imagino que sí —respondió Annelyn, ahora más segura. Ya tenía la información que necesitaba y, con ella, el poder—. Lo que imagino que

quieren es conocer mi estrategia para que el señor Wellington llegue a convertirse en gobernador del oeste. Lo que imagino es que quieren que comparta con ustedes todo tipo de información relevante. Lo que imagino es que quieren cobrarse su inversión y mi forma de pago debe ser cederles todo control.

—Yo no lo habría expresado de esa forma, pero sí. Básicamente, así es.

—¿Y qué le hace pensar que lo haré? ¿Qué necesidad tengo yo de hacer algo así?

—¡Por supuesto que sí! —dijo Andreas. Había pasión en sus palabras —. Esto también me lo advirtieron. La rabia, la ira. Es usted una tigresa. De lejos puede parecer un gatito complaciente y asustado, pero hay fuego en su corazón. No hay duda de quién fue su padre. Protege lo que es suyo. Lo que tanto esfuerzo le ha costado construir. Me gusta usted, Annelyn. ¡Demonios, me encanta!

Annelyn retrocedió un par de pasos. No le gustaba aquel derroche de cumplidos.

—Me alegro —comentó—. Creo que no tenemos nada más que hablar.

—¡Oh, no! No, no, no. No tan rápido, señorita. Me gusta su fiereza, pero no puede ser. Lo siento. Nos necesita mucho más de lo que nosotros la necesitamos a usted. Debe comprenderlo.

—No necesito nada de ustedes. Muchas gracias.

—¿Qué me dice de la información de sus espías? ¿Cree que no necesita esa información?

¿Los espías? ¿Qué espías? Por un momento Annelyn se sintió perdida y al momento siguiente cayó en la cuenta. ¡Los espías! Hacía semanas le había pedido a su maestro que espiara el entorno del señor Wellington. ¿Cómo había podido olvidarlo?

—¿Eran sus espías?

—Como le he dicho, somos las personas tras el telón. Cuando su maestro necesitaba algo, acudía a nosotros.

—No importa. El señor Wellington es un candidato viable. Con un solo discurso ha logrado colocarse en cabeza. Nada podrá cambiar eso.

—¿Está segura?

—Sí.

—Entonces no me equivocaba. Es usted estúpida.

Era la segunda vez que la insultaba. No habría una tercera. A Annelyn no le gustaba hacer uso de sus dones. Utilizar el poder de los mentalistas dejaba huella; una huella que otros maestros eran capaces de seguir. Su supervivencia radicaba en su anonimato. Por eso casi nunca los usaba, pero estaba cansada de aquella conversación. Estaba harta de aquel hombre. No soportaba más insultos. Se concentró, fijó su mirada en la de Andreas y empujó con su mente hacia la de él.

No sucedió nada. ¡Nada! Annelyn se sintió desnuda y después sintió pánico. Andreas debería haberse retorcido de dolor antes de caer desmayado. En lugar de eso, la sonrisa desapareció de su cara y sus ojos la miraron con la palabra muerte escrita en ellos.

—No vuelva a hacer eso —advirtió.

—¡Es un maestro! —exclamó Annelyn.

Era la única explicación posible. Solo un poderoso y bien entrenado maestro habría sido capaz de detener aquel ataque.

—Solo soy un hombre precavido, maestra Annelyn.

—¡Patrañas! —dijo.

Andreas introdujo la mano por el cuello de su camisa y extrajo un colgante azul en forma de corazón. A Annelyn se le cortó la respiración.

—El corazón de la mente —susurró pasmada.

—Así es.

—¿Cómo…? ¡Está enterrado junto al último de los grandes reyes! —señaló—. ¡En la tumba perdida! ¿Cómo es posible que usted…?

—¿De veras creyó que me enfrentaría a una maestra mentalista sin un escudo? ¡Daxal, Dyara y Rótalo! Es usted estúpida. Tres veces estúpida.

—¡Deje de llamarme eso! —gritó Annelyn.

—Entonces deje ya de comportarse como tal. Nadie vendrá a socorrerla, maestra. Tiene mucho poder, es cierto, pero no sirve de nada contra alguien con esta joya colgada al cuello. Solo le queda su intelecto. Úselo o las consecuencias serán nefastas.

—¿Se atreve a amenazarme? —le gritó.

—Ya ve que sí —respondió Andreas sin un atisbo de duda.

—¿Quiere que el señor Wellington gane las elecciones? Entonces me necesita. Si me pasara algo a mí…

—Lo solucionaríamos. Podemos hacerlo. El camino está muy allanado. Pero tiene razón en algo. Usted es nuestra opción más sencilla y… barata. Perderla supone nuevos costes, nuevas inversiones. No es lo que queremos. Por favor, no nos deje sin más opciones, maestra Annelyn.

—Deje de llamarme maestra. Nunca fui a la maldita Escuela. Nunca vestí sus asquerosas capas celestes. Tengo su poder, pero ni soy una de ellos ni lo seré nunca.

—Tiene otra cosa, además de su poder. Su soberbia y su arrogancia.

—¿Se atreve a hablarme de soberbia y de arrogancia? ¿Usted, que me llama estúpida, que me denigra, que me sonríe de esa…? ¡Por los Tres, quite esa sonrisa de su cara!

Andreas no lo hizo. Solo sonrió aún más.

—La soberbia y la arrogancia son armas poderosas, señorita. Pero solo si uno las sabe usar.

—¿Sí? ¿De qué le están sirviendo ahora mismo?

—Ahora sé cuán oscuro es su corazón. Ahora sé que no dudaría un solo instante en matarme y puedo estar preparado. Si hubiera venido a pedirle su ayuda y colaboración seguramente se habría dejado convencer. La manipulación es un arte que domina sin fisuras. Se habría ganado mi confianza. Habría sido dócil y, cuando creyera no necesitarme, me habría matado. Eso es lo que hace. Lo sé bien. Llevamos mucho tiempo observándola. Sin embargo, mi soberbia y mi arrogancia la han despojado de su máscara. Ahora podemos hablar. Podemos ser sinceros. Así que hagámoslo. ¿Le parece?

—En una cosa tiene razón, señor Lumiere. Le mataría sin dudarlo.

El dorso de la mano de Andreas salió disparado, impactó sobre el rostro de Annelyn y llevó su cuerpo al suelo. Permaneció tendida boca abajo, controlando unas irrefrenables ganas de llorar.

—Levántese —ordenó Andreas.

Annelyn, con actitud sumisa, obedeció. El pecho le temblaba.

La sonrisa había desaparecido por fin del rostro de Andreas y ahora su semblante daba miedo.

—Empecemos de nuevo, ¿le parece? —dijo—. Queremos que nos siga ayudando, queremos que ese hombre gane las próximas elecciones y queremos que ocupe el cargo de gobernador. ¿Nos ayudará? —Annelyn cogió una gran bocanada de aire y espiró, pero no dijo nada—. Nos gustaría que nos ayudara. Que nos mantenga informados, nos pida los recursos que necesite y desarrolle sus planes junto a nosotros. Es lo único que necesitamos. Si lo hace bien, si acepta nuestras condiciones, será feliz. Nos encargaremos de que lo sea.

—¿Y si no lo hago?

—No será feliz. También nos encargaremos de que así sea.

Annelyn, con el corazón desbocado, la rabia en su punto de ebullición y la mente muerta e inútil, asintió.

—Lo haré.

—Me alegra oírlo —respondió Andreas—. Comencemos, pues.

—¿Ahora?

—Sí. No hay tiempo que perder, señorita. Su candidato es un desastre.

—Eso es… Es un hombre de leyes, es honorable, tiene un historial impecable, tiene…

—Tiene un hijo alcohólico, un hijo invertido y un espía del Inferus trabajando a su lado.

—¿Qué? —suspiró Annelyn sorprendida.

—Debió investigarle bien antes de presentarle como candidato y conseguirle todos esos apoyos. Ahora ya es demasiado tarde. Debemos cargar con él, tanto si nos gusta como si no. Pero no podemos dejar esas variables sin controlar. Confío en que sabrá manejarlo.

Por un momento Annelyn se olvidó de con quién estaba hablando y se centró en el daño potencial que aquella información podía hacer en la carrera a gobernador. Annelyn había vendido a Deian como un hombre inteligente, un héroe familiar, una persona leal a la cultura del oeste. Todo eso caía con aquellas revelaciones.

—En su casa encontrará un sobre con toda la información recogida por nuestros espías. ¿Sabe qué va a hacer?

—Tengo algunas ideas —respondió sintiéndose asqueada. La habían derrotado y, para alguien como ella, no existía mayor deshonra.

—Bien. Antes de hacer nada, consúltelo conmigo. Iré a verla cada pocos días. No se preocupe, sabré encontrarla. Otra cosa más. De momento nos conviene que el Inferus continúe sembrando el pánico.

—Lo sé —respondió Annelyn.

—No haga nada con respecto al esclavo que espía para él. Nos ocuparemos de eso cuando el señor Wellington haya ganado las elecciones. —Annelyn asintió—. Ahora márchese a casa. Necesita descansar. Nos veremos pronto. —Al oír aquello, Annelyn respiró. Quería perder de vista a ese hombre. Lo necesitaba—. ¡Ah, otra cosa! Además del informe le he hecho llegar otro obsequio. ¿Le suena el nombre de Giacomo Modeline? —Annelyn negó con la cabeza, exhausta—. Es un pintor. Sureño y anirio. Natural de Ikrane y muy bueno, por cierto. Mandé que hiciera una pintura para usted. Espero que le guste. Que tenga buen viaje, señorita.

El regreso a Viendavales fue un recorrido de ira desbocada, desesperanza y dolor. Jamás en toda su vida se había sentido tan pequeña e impotente como entonces. Despojada de sus dones y enfrentada a un hombre cruel e inteligente. ¿Qué podía hacer? ¿Era así como se sentía la gente normal día tras día? Si era así, no entendía cómo no se suicidaban.

La noche ya había caído cuando llegó a Viendavales. Atravesó la ciudad por la avenida central, ideando planes con los que asegurar su venganza. Tuvo muchas ideas y descartó la mayoría. No le importaba. Algo así llevaba tiempo. Solo era cuestión de esperar. Mientras tanto, haría su trabajo. Solucionaría los problemas de los malditos hijos del juez Wellington, le convertiría en gobernador, obedecería todo lo que Andreas le ordenara e iría tejiendo una telaraña cruel.

Al entrar en el salón de su casa encontró el sobre sobre una mesa, debidamente cerrado. Rompió el sello y leyó su contenido. Viktor era alcohólico. Lo había sido hacía años y ahora había recaído. Le gustaba emborracharse con whisky barato, apostar en las peleas clandestinas y hacer mucho el idiota de aquí para allá. Jules era homosexual y mantenía un romance con Brendan Lascanter. Aquel apellido le sonaba, pero no lograba situarlo. Por último, un esclavo llamado Güido se había reunido en varias

ocasiones con el Inferus. Cuando terminó de leer el informe, lo rompió en decenas de trocitos y lo echó a las llamas de la chimenea. Luego se giró y se encontró con un cuadro tapado sobre un caballete. El obsequio del que le había hablado Andreas. Se acercó a él, lo destapó y su mundo, tal y como lo conocía, se quebró por completo.

Esta vez sí, Annelyn lloró. Las piernas le temblaron, perdieron toda su fuerza y su cuerpo cayó al suelo. De rodillas continuó llorando.

En el cuadro aparecía una familia. Un hombre atractivo de pelo y ojos castaños. Un niño de catorce años rubio y de ojos azules. Otro niño de seis años, también rubio y también con los ojos azules. Y una niña de apenas tres años. Preciosa. El pelo castaño y los ojos verdes.

Aquello no era ningún obsequio. Era una advertencia. Una amenaza.

OceanofPDF.com



—Me gustaría hacerte una pregunta, Güido, pero temo que puedas asustarte o creer que si respondes con sinceridad voy a castigarte —dijo Jules. Güido permaneció en silencio, con la mirada fija en el gélido paraje que atravesaban—. Bueno, allá voy. Quiero que sepas que puedes decidir no confiar en mí. Puedes mentirme o no responder. No habrá consecuencias. Eres un esclavo, pero en esto tienes toda la libertad que puede tener un hombre. ¿Lo comprendes? —Güido asintió. Fue un leve cabeceo vertical, casi tímido, pero suficiente para que Jules se lanzase a preguntar—. ¿Qué te pidió mi padre que hicieras al venir conmigo?

Güido inspiró y espiró. Una, dos y tres veces. Jules le estaba mirando y aún le sonreía. Parecía sincero. Su comportamiento desde que salieran de Viendavales era indicativo de que no era como el resto de los irios. En ningún momento se había sentido Güido tratado como un esclavo. Jules conversaba con él, le pedía su opinión, le contaba chanzas, compartía su comida, le conseguía buenos alojamientos y nunca le ordenaba nada. Compartían las tareas y el trabajo y, cuando terminaban, le agradecía la ayuda. Ningún irio, salvo Mara, le había tratado nunca así. Nunca.

Al cabo de unos segundos, Jules se encogió de hombros, chasqueó la lengua y apartó la mirada de la de Güido. Empezó a silbar una melodía.

—No me pidió nada, señor. Me ordenó que le espiara —confesó Güido durante la segunda estrofa de la melodía de Jules.

—Eso ya me lo imaginaba —respondió Jules interrumpiendo su silbido. Volvió a girarse hacia Güido y le mostró un rostro envuelto en ternura—. ¿Concretó de qué forma?

—Dijo que quería saber qué iba a hacer usted al norte del estado. Con quién se reunía, de qué hablaban, si le daban alguna cosa…

—Ya veo —sopesó Jules—. Oye, este viaje va a ser muy incómodo para ti si tienes que estar espiando cada uno de mis movimientos, ¿no crees? —Güido lo creía, es más, lo sabía. Aún recordaba lo mal que lo había pasado durante el viaje a la capital—. ¿Qué te parece si hacemos un trato? No me espíes.

—Yo no quiero espiarle, señor —dijo Güido arrepintiéndose de haberle contado la verdad. ¿Cuánto le costaría aprender? Un anirio jamás podría confiar en los irios. Como decía el Inferus, para ellos, los anirios no eran más que bestias. Su valor radicaba en su trabajo. Nada más.

—Entonces no tienes por qué hacerlo, Güido —insistió Jules.

—Si no lo hago…

—¿Sabes lo que es un trato?

—Sí, señor —respondió Güido extrañado.

—No pareces saberlo demasiado bien, la verdad. Cuando dos personas cierran un trato se supone que ha habido una negociación. En caso contrario sería una imposición. Lo que yo te ofrezco es un trato.

—Yo… no entiendo.

—Bueno, no pasa nada. Verás, ¿qué te parece si hacemos lo siguiente? Tú no me espiarás, pero yo te contaré qué he hecho, a quién he visto y de qué hemos hablado. De esta forma, tú tendrás mucha información que

contarle a mi padre y yo podré guardarme para mí aquella que no quiero que le llegue. Ambos ganamos. ¿Qué te parece?

Güido lo meditó durante algunos segundos. Podía ser una trampa. Podía ser una mentira. Pero deseaba que no lo fuera. Asintió y vio una mano tendida hacia él. Se quedó quieto, sin saber qué hacer. Jamás, ningún hombre, le había estrechado la mano.

—Cuando dos personas cierran un trato suelen darse la mano. Es como una forma de sellarlo. Aunque no tenemos que hacerlo si no quieres —aclaró Jules.

Se la estrechó. Al sentir la presión, casi se sintió orgulloso. Una sensación extraña para su corazón.

Siguieron el curso del río Pinaut durante algunos días y, cuando a lo lejos se divisaron las ocho torres de Terentena, variaron su rumbo en dirección Norte. Unas horas más tarde, cuando el sol estaba en la vertical del cielo, llegaron a un alto en el camino y Jules ordenó al cochero que detuviera el carruaje.

—Sal, Güido, quiero enseñarte algo.

Güido se apeó detrás de Jules, le siguió unos cuantos pasos hasta el punto más elevado del camino y dirigió la mirada en dirección a lo que Jules le señalaba.

Un enorme valle repleto de hileras de viñas se extendía en la lejanía, más allá de lo que la vista era capaz de alcanzar. Era un mar de plantas y uvas. La inmensidad de la naturaleza en contacto con el hombre.

—El valle de Terentena —dijo Jules—. Bonito, ¿verdad? De estas uvas sale el mejor vino de toda Ylandra. ¿Has probado alguna vez el vino?

Güido torció la cabeza, sin saber qué responder. Por supuesto que lo había probado, pero, como otras tantas cosas, lo tenía prohibido. Las únicas bebidas que se le permitían eran agua y leche. Los amos consideraban un

desperdicio darle a una bestia cualquier otro líquido. No obstante, decidió sincerarse con Jules. Una parte de él le seguía diciendo que no confiara, pero una parte aún más fuerte le gritaba lo mucho que necesitaba hacerlo.

—Lo he probado, señor. No me gustó.

Jules soltó una carcajada.

—Es lo que pasa con el vino. Hay que educar el paladar y la mejor forma de hacerlo es con un buen vino. Iremos a las bodegas, compraremos una botella de las buenas y luego veremos el atardecer mientras damos cuenta de ella. ¿Qué te parece?

—Como quiera, señor —respondió.

Jules chasqueó la lengua.

—¿Sucede algo? —preguntó Güido.

—Señor por aquí, señor por allá. Lo que usted quiera, como desee —dijo con tono burlón—. Me llamo Jules, Güido, no señor. Por el amor de los Tres, me gustaría compartir este viaje con una persona de verdad. Si quisiera tener un esclavo, me habría comprado uno y habría hecho feliz a mi padre, pero resulta que detesto la esclavitud y todo lo que representa. ¿Podrías dejar de comportarte de esa forma?

Güido agachó la cabeza. Era un esclavo y cada día de su vida alguien se lo había recordado. ¿Cómo dejar de serlo de la noche a la mañana? ¿Cómo desprenderse de esos hábitos, de todos los miedos, del pánico a ser castigado, reñido o asesinado?

—Soy un esclavo, señor —susurró Güido.

—Hoy no. Mañana tampoco. Ni todos los días en los que estés conmigo.

Güido le miró con los ojos bien abiertos, asintió y, sin pretenderlo, una tímida sonrisa acudió a sus labios.

—¿Qué pasa? —quiso saber Jules.

—Me he acordado de algo.

—Algo gracioso, espero. ¿Me lo cuentas?

Güido se encogió de hombros.

—A Mara también le sacaba de quicio que la llamara señorita. No lo soportaba.

—E imagino que no le costó convencerte de que dejaras de hacerlo.

Siguiendo el camino, rodeado de vides, llegaron hasta un enorme caserón con un cartel que anunciaba «Bodegas de Terentena». Jules ordenó al cochero que atendiera a los caballos, le dio algo de dinero para que comiera lo que quisiera y le dijo que pasarían la tarde en aquella zona.

Un gran fuego calentaba la sala principal del caserón y una cantidad considerable de hombres y mujeres gritaba, charlaba, cantaba, se reía y maldecía. Todo ese ruido cesó cuando se dieron cuenta de la presencia de Güido.

—¡Qué demonios! —advirtió un hombre barbudo, con los dientes podridos y la cara grasa—. ¿Qué hace un *anno* aquí dentro?

—¿Disculpe, caballero? —dijo Jules.

—Aquí no se admiten perros, señoritingo. Y aunque se admitieran seguiríamos prohibiendo la entrada a los anirios. ¡Lara! —gritó—. Se te ha colado un piojo en el local.

Una mujer alta y gorda apareció como un rayo desde el otro lado de la sala y, al ver a Güido, se le torció el gesto. Se acercó a él y le agarró del brazo.

—¡No, no, no! Los anirios deben quedarse fuera. Aquí solo entran las personas. ¡Vamos, fuera!

Jules se giró hacia Güido, acercó los labios a su oreja y le susurró que, por favor, obedeciera.

—Con gente así es mejor evitar problemas —terminó de decirle.

Al cabo de unos minutos, apareció Jules, con una botella en una mano y una empanada de carne en la otra. Sonreía de oreja a oreja.

—¡Que se vayan al infierno! —bramó—. Puede que no te dejen estar ahí dentro, pero no pueden impedirte que te bebas su vino. ¿Vamos?

Subieron por una colina empinada, a través de los viñedos, hasta llegar a un pequeño bosque plagado de olmos. Una vez allí, Jules se quitó el abrigo, lo tiró sobre el suelo y se sentó sobre él. Estaba sudando. Frente a ellos se extendía el valle de Terentena en toda su inmensidad y, más allá, la luz del sol parecía bañarlo todo de tonos violetas y naranjas.

Jules abrió la botella, le dio un buen trago y se la pasó a Güido.

—Te diría que lo olieras primero, que captaras su fragancia y saborearas su aroma, pero esos bastardos no se merecen que tratemos con tanto respeto su producto, así que bebe un buen trago y disfrútalo.

En apenas media hora dieron cuenta de la botella y de la empanada de carne y solo cuando Güido no tuvo nada más que llevarse a la boca o a los labios se dio cuenta de que la cabeza le daba vueltas, que la boca se le torcía en una sonrisa ante la más mínima provocación y que la lengua se le soltaba, por mucho que hiciera por intentar refrenarla.

—¿Qué tal? —le preguntó de pronto Jules.

—Mareado —dijo Güido con la voz titubeante, lenta y pastosa.

—Así que habías probado el vino, pero nunca antes te habías emborrachado, ¿eh? —Jules soltó una sonora carcajada y le dio un par de palmadas.

Sin saber por qué, Güido también se rio. Sentía la desinhibición extendiéndose por cada fibra de su cuerpo, escalando y destruyendo los muros de la prudencia que durante tantos años se había esforzado por levantar. Se veía alegre, casi feliz, y apenas recordaba los motivos por los

que, antes de aquella tarde, se había sentido tan triste y desgraciado. ¿Qué era lo que había pasado? ¡Bah! ¿A quién le importaba?

Jules estaba hablando. Llevaba un rato haciéndolo, pero Güido no le escuchaba. Estaba perdido en sus agradables sensaciones. Entonces escuchó una palabra que capturó su atención.

—¿Qué? —dijo.

—Te preguntaba por el Inferus. ¿Qué opinas de él?

—No sé de qué habla —manifestó a la defensiva.

—El Inferus, Güido. «Libertad para los anirios». ¡Vamos, lo conoce Viendavales! ¡Demonios, estoy seguro de que todo el oeste lo conoce a estas alturas! ¿Qué opinas de lo que hace, de lo que quiere conseguir?

—Es un asesino. Solo eso —respondió. Era lo que el juez siempre decía de él.

—¡Oh, no me cabe duda! Ha matado a muchísimas personas en los últimos meses. Traficantes de esclavos en su mayoría. ¿Crees que eso está mal?

—Sí —respondió.

—¿Has estado alguna vez en Maremar?

—No.

—Tiene el mercado de esclavos más grande de Ylandra. Cada día llegan cientos de anirios capturados en el Continente Ciego, de más allá de las islas, de más allá del Océano Negro, de lugares que los Ylandreses apenas se atreven a pisar, salvo para cazar anirios. Traen a tantos, Güido, que cuando no consiguen vender a un anirio durante los primeros siete días de subasta, los matan y se los dan de comer a los cerdos. ¿Sabías eso?—Güido negó con la cabeza, horrorizado—. Pues ocurre. A los comerciantes de esclavos les sale más barato utilizarlos como comida para cerdos que mantenerlos vivos hasta poder venderlos. El Inferus… ¿un asesino? No sé,

no sé. Parece que está trayendo algo de justicia a un mundo que ha perdido completamente el norte. Aunque esa es solo mi opinión y estoy seguro de que si fuera pregonándola por ahí terminarían por acusarme de traición, me condenarían y me ahorcarían, así que esto tendrá que ser una de esas cosas que no le contaremos a mi padre, ¿te parece?

—Claro.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué piensas del Inferus?

El alcohol, la necesidad de poder confiar en alguien, el hecho de que Jules parecía sincero al decir que detestaba la esclavitud, le hicieron decir la verdad.

—¡Ojalá lo logre! —gritó—. Ojalá consiga liberar a los anirios y terminar con la esclavitud.

—¡Bien dicho! —dijo Jules—. Y ahora que nos estamos sincerando, Güido, quiero darte algo que te pertenece.

—¿Algo que me pertenece?

—¡Sí! No me mires con esa cara de asombro —le espetó.

—¿Qué tiene mío? —preguntó Güido.

Su única posesión, la única cosa en el mundo que era realmente suya, era la esfera que le había regalado Mara y que llevaba en uno de sus bolsillos. ¿Qué otra cosa podía tener Jules que le perteneciera?

—Una carta.

—¿Para mí? ¿Quién…?

—¿De verdad creíste que se iría sin despedirse? —preguntó Jules—. No pudo hacerlo. Tú estabas llorando, sufriendo demasiado para que pudiera despedirse. Por eso me dio esto y me dijo dos cosas. La primera es que te vigilara. Que cuidara de ti y que te ayudara. No lo he hecho demasiado bien. La segunda cosa que me dijo es que, cuando estuvieras mejor, te diera

esta carta. Así que aquí la tienes. —Se la tendió y Güido la cogió con manos temblorosas—. Sabes leer, ¿verdad?

Los esclavos tenían prohibido aprender a leer. Güido asintió, desdobló la carta y devoró su contenido.

Güido:

Lo siento. Lo siento mucho. No puedo ni imaginar cómo te sientes ahora mismo, mientras escribo esto. Estoy furiosa y en lo único en lo que pienso es en salir ahí fuera y acabar con él. Mamá Cazi ha sido una madre para mí. A su lado, él no es nada. ¡Ojalá se muriera! ¡Ojalá hubiera podido evitarlo! Lo he intentado, Güido, pero no he podido.

Me voy. Ahora mismo. Vuelvo a La Escuela. No puedo seguir aquí. No después de esto. Soy egoísta. Te dejo solo. Lo siento. Lo siento mucho.

Volveré. Aguanta. Me convertiré en maestra. Lo haré rápido. Seré fuerte y poderosa y volveré y cumpliré mi promesa. Conseguiré que seas libre y no importará quién se oponga. Lo juro. Por favor, aguanta y espérame.

Te quiero,

Mara.

Güido lloró, al tiempo que aplastaba esa carta contra su corazón.

—Yo también te quiero —susurró al viento.

OceanofPDF.com



Había soñado con la guerra. Era joven y bonita. Una belleza negra de ojos penetrantes y rostro engastado en dulzura. A su lado estaba él, alto y fuerte, seguro y ardiente; observando la lejanía con el gesto adusto, valorando los peligros y anticipándose a todos ellos.

—Haré todo lo que tenga que hacer, amor mío, pero solo si prometes permanecer a mi lado —le decía.

—Jamás me separaré de ti. Lo sabes —respondía ella.

Había soñado que volvían a luchar y vencer juntos. Había soñado con celebraciones abarrotadas de vino y canciones. Había soñado con bailes, con besos y con sexo. Había soñado que no le perdía.

Todo eran sueños, nada más.

La realidad la golpeó al despertar. Aleyn estaba muerto y ella estaba sola. No, sola no. Aún tenía gente. Tenía a esa jovencita medio loca y tenía a su mejor amiga: Enara. ¡Enara!

Un relámpago surcó su mente y de pronto lo recordó todo. Aquel extraño maestro, la pelea, la espada sajando el pecho de Enara, el maestro Senén diciéndole que estaba al borde de la muerte y después… ¿qué había pasado después?

Abrió los ojos y la habitación en la que se encontraba, un lugar desconocido, bailó ante su mirada. Al intentar incorporarse se mareó, sintió náuseas y desistió de hacer ningún movimiento brusco.

—Con cuidado, Siara —dijo una voz conocida.

Le llegaba desde la lejanía, como si estuviera al final de una cueva y solo pudiera escuchar el eco.

Movió la cabeza siguiendo el consejo de aquella voz y divisó la afable cara del director Kremy.

—¿Director? —dudó extrañada—. ¿Dónde estoy?

—En el sanatorio.

—¿En el…? ¿Por qué?

—¿No recuerdas nada? —preguntó el director con el ceño fruncido.

Siara cerró los ojos y trató de acordarse de los últimos acontecimientos. Se cortaban en el momento en el que dejaba a Enara a cargo de Senén.

—¿Enara está…?

—Está bien atendida.

¿Qué significaba eso? ¿Significaba que estaba viva? Desde luego no significaba que estaba bien. En tal caso le habría dicho que estaba bien. ¿Qué significaba que estaba atendida?

—¿Qué quieres decir? —preguntó y, al tratar de moverse, se mareó nuevamente.

—Tranquila, Siara. Está viva. El maestro Senén se encarga de ella. Deberías preocuparte por tu estado.

—¿Mi estado?

¿Qué le había pasado? ¿Cómo había llegado a ser una huésped del sanatorio?

—Te desmayaste al poco rato de traer a Enara. Estabas herida.

—Mi mejilla —recordó—. Tenía un corte en la mejilla. No era grave.

—No lo era, tienes razón. Pero tenías dos costillas rotas y un pulmón perforado. El maestro Senén no entiende cómo pudiste llegar hasta aquí cargando con Enara. Según ha dicho, ambas deberíais estar muertas.

—Me alegro de que de vez en cuando ese hombre se equivoque.

—Yo también, créeme —dijo.

Siara le sonrió, bajó la cabeza y, con mucha delicadeza, comenzó a incorporarse. Esta vez las náuseas la respetaron y, con la ayuda del director, logró sentarse en el borde de la cama.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Un poco mareada, pero bien. Quiero ir a ver a Enara.

—Por supuesto —respondió el director sin demasiada seguridad—. Pero antes hay algunas personas que quieren hacerte unas cuantas preguntas.

—¿Qué preguntas? —inquirió Siara, en actitud defensiva. No le gustaba el tono que el director estaba empleando. Demasiada cautela, como si fuese peligrosa o quisiese protegerla.

—Será mejor que sean ellos quienes te las hagan.

—¡Déjate de intrigas! ¿Qué preguntas?

—Sobre lo ocurrido.

—Está bastante claro, ¿no? Ese maestro nos atacó. Hirió a Enara. Creí que la había matado. Después nos enfrentamos los dos. Creí que me mataría, pero conseguí vencerle. ¿Alguien le ha reconocido?

—No han encontrado a nadie, Siara.

—¿Cómo? En el patio que da al despacho de Enara. Dejé allí su cuerpo. Tiene que estar.

El director negó con la cabeza.

—Si puedes andar, será mejor que vayamos. Llevan dos días esperando y no son personas a las que les guste esperar.

El cuerpo de Siara estaba magullado y le dolía al caminar, especialmente la zona en la que sus costillas se habían quebrado, pero era un dolor soportable. La cabeza era otra cosa. Siara suponía que durante el tiempo que había estado inconsciente le habrían dado alguna poción, seguramente alguna basada en la esencia de la amapola que, aunque calmaba el dolor, embotaba la mente. Permitió que el director la ayudara a caminar. Llegaron a una sala grande y solitaria, con asientos de piedra dispuestos en hilera y grandes ventanas por donde entraba la luz.

—Te dejo aquí, Siara. Están al fondo de la sala. ¿Podrás ir tú sola?

Siara aseguró sus pies, levantó la cabeza y se concentró por avanzar. Titubeó en sus primeros pasos, pero luego fue ganando confianza. Cuando llegó a la altura de los demás maestros, ya se sentía casi capaz de correr.

Había siete maestros y Siara solo reconoció la cara de uno de ellos. El gran maestro Andiles Syndevile. Aquello sí que suponía una sorpresa. Los otros seis maestros pertenecían cada uno a una disciplina diferente, lo que asustó a Siara. La composición no había sido elegida al azar. Era la misma que se llevaba a cabo cuando se realizaba un juicio contra algún maestro.

—¡Maestra Roscharch! —dijo Andiles al verla llegar con paso inseguro —. ¿Cómo se encuentra?

Sonreía, pero era una sonrisa falsa y cruel. Siara observó a cada uno de los maestros que ya la auscultaban, avanzó hacia ellos y se dejó caer sobre uno de los asientos de piedra.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió.

—¿Conoce a mis acompañantes? —preguntó Andiles.

—No.

—Déjeme que haga las debidas presentaciones.

—Andiles, estoy cansada y mi mente algo aletargada. Olvidaré los nombres de sus acompañantes segundos después de haberlos escuchado.

Ahórreme esa vergüenza y dígame qué quieren de mí.

El gran maestro se giró hacia sus compañeros y se encogió de hombros, con una sonrisa burlona cruzándole el rostro.

—Como prefiera —dijo al fin—. Queremos hacerle unas preguntas.

—¿Acerca de qué?

—Nos gustaría saber cómo dos maestras de La Escuela han terminado malheridas en una de nuestras villas —aclaró el maestro cronista.

—Nos atacaron —respondió Siara—. Un joven con la túnica de los maestros brebajistas.

—¿Os atacó un joven con la túnica esmeralda? —repitió el gran maestro totalmente incrédulo.

—Así es.

—Profesora Roscharch, por favor, cuéntenos qué fue lo que pasó —preguntó la maestra sanctorum.

En su caso, no había odio ni incredulidad en su voz. No parecía una pregunta capciosa, sino solo una pregunta. Siara comenzó a hablar. Les contó cómo se habían encontrado a aquel hombre revolviendo los estantes de Enara, cómo se había lanzado al ataque sin que mediase provocación alguna, cómo había herido de gravedad a Enara y cómo, in extremis, Siara había logrado vencerle. Llenó el relato de cuantos detalles pudo recordar. Al terminar, la maestra sanctorum parecía satisfecha.

—¿Cómo era el maestro que les atacó? ¿Qué aspecto tenía? —preguntó el maestro brebajista.

—Sucio. La túnica estaba rota y manchada. Tenía el pelo un poco largo y desgreñado. Era joven. No tendría más de veinti pocos años. La mandíbula cuadrada y pronunciada. Los ojos negros, creo. Un poco más alto que yo, pero no mucho. —El maestro brebajista asintió y después

comenzó a negar con la cabeza. Algo le rondaba la mente—. ¿Le suena? —preguntó Siara.

—Podría ser. —Todos los demás se giraron hacia él, casi exigiéndole algún tipo de explicación—. Hace unos meses, casi un año ya, desapareció un maestro recién nombrado en Villa Pádano. Un chico llamado Azael. Encaja con la descripción.

—¿Qué más saben de él?

—Poca cosa. Tendría que hablar con el profesor brebajista de mi villa y con su mentor. Lo haré a mi regreso y veré si consigo sacar algo en claro.

Siara se lo agradeció con una sonrisa, antes de que Andiles, que había permanecido en segundo plano, volviera a colocarse al frente, entre Siara y el resto de los maestros.

—¿Qué tal luchador era ese tal Azael? —preguntó.

—¿Luchador? No lo recuerdo —respondió el maestro brebajista.

—Maestros, seamos lógicos —prosiguió Andiles—. Estamos hablando de una persona capaz de vencer a dos maestras consagradas en el arte de la lucha armada. Si ese tal Azael fuera capaz de hacer tal cosa, todos lo conoceríamos. Alguien así no habría pasado desapercibido para La Escuela. ¿Un joven de veinti pocos años? Me cuesta mucho creerlo.

—¿Insinúa que estoy mintiendo, gran maestro? —preguntó Siara.

—Insinúo que no existe nadie que, con tan poca experiencia, fuera capaz de malherir a dos maestras, más aún si una de ellas es usted, maestra Roscharch.

—¿Entonces qué? ¿Me he vuelto loca? Porque aunque eso fuera cierto, seguiría sin explicar las heridas que la profesora Stapel y yo hemos sufrido.

—A no ser que… —comenzó a decir Andiles.

—¿Que qué? ¿Qué demonios está insinuando?

Andiles permaneció en silencio. El maestro mentalista se adelantó.

—A no ser que su locura la llevara a atacar a la profesora Stapel.

—¿Cómo dice? —dijo Siara encolerizada.

—Es mi opinión, maestra Roscharch. Todos conocemos cómo han sido sus últimos catorce años, desde que el traidor fuera ejecutado. Encerrada en su laboratorio, sin contacto con el resto de los maestros, haciendo Daxal sabe qué. Y aunque todos nos alegramos mucho cuando supimos que volvería a ocupar una plaza en la cámara, algunos también nos preocupamos. La tensión no es una buena compañera para una mente dañada como la suya. Quizá no aguantó las demandas de su nuevo cargo. Quizá su mente se quebró y…

—¿… y traté de matar a mi mejor amiga? ¿Han perdido el juicio? Tiene razón, maestro mentalista, he pasado catorce años sin contacto con casi nadie. ¿Sabe cuál ha sido casi la única persona con la que he hablado durante todo este tiempo? ¡Enara! Jamás le haría daño.

—Nuestra locura a menudo afecta a aquellos que más amamos.

Siara se quedó sin réplicas. Le estaban acusando de atacar y malherir a su mejor amiga. Era una locura y, aun así, veía en los rostros de los maestros mentalista, cronista y sanador que lo creían. También en la mirada complaciente de Andiles. Los otros tres parecían no tenerlo tan claro. No la creían, no del todo, pero al menos tenían la decencia de dudar.

Siara apretó los puños y, entre dientes, repitió:

—Yo no he atacado a Enara.

—Me gustaría creerlo, Siara —dijo Andiles—. Pero tu historia no se mantiene. No conozco a ningún maestro tan joven capaz de acabar con dos maestras consagradas, no hemos encontrado su cuerpo a pesar de que usted afirma que lo dejó inconsciente y, bueno, todos sabemos cuál ha sido su estado mental durante todos estos años, así como lo fuertes que pueden ser sus arrebatos de ira.

Siara rio al escuchar aquello. En eso Andiles sí tenía experiencia. Hacía catorce años le había roto la nariz tras el juicio de Aleyn. Pensó que tal vez tendría que repetir su hazaña.

—Yo no he atacado a Enara —repitió.

El maestro mentalista volvió a intervenir en la conversación.

—Comprobémoslo, entonces.

—¿Cómo?

—Muy fácil. Déjeme entrar en su mente. Averiguaré qué fue lo que sucedió.

Siara se echó a reír. ¿Dejar entrar a un mentalista en su mente? No se le ocurría ninguna forma más estúpida de ponerse en peligro. Una vez bajara las defensas y ese hombre estuviera en su interior, ya no podría echarle. Estaría a su merced.

—Parece que no soy la única que ha perdido el juicio —dijo.

—¿De qué tiene miedo? —le preguntó Andiles.

Mientras buscaba la forma adecuada de responder a aquella estúpida pregunta, sintió un aguijón intentado perforar su mente. Era fuerte, pero no sutil. Como una gran maza intentado golpear un mosquito. Le dejó llegar hasta las capas superiores de su conciencia, se concentró y envío allí todo el dolor, la ira y el odio de su corazón. Durante catorce años había alimentado aquellas emociones y, aunque en los últimos tiempos intentaba desprenderse de ellas, aún podía sentirlas coleando en su interior.

El maestro mentalista cerró los ojos con fuerza, apretó las mandíbulas y emitió un aullido de dolor.

—¡Ya basta, Siara! —exigió Andiles y Siara paró.

—Si quieres entrar en una mente ajena sin su permiso debes estar preparado para lidiar con los fantasmas que la habitan.

—¡Es un monstruo! —dijo sudoroso el mentalista.

—Soy buena protegiéndome de monstruos fisgones como tú.

—¡Esto es absurdo! Si no tuvieras nada que ocultar, permitirías…

—No. Nunca. Jamás. Mi mente es mía. Nadie la toca.

—Nos dejas en una situación muy complicada, Siara —comentó Andiles—. Desde mi punto de vista, la única explicación plausible para lo que ha ocurrido es que perdiste el juicio y atacaste a la profesora Stapel. Tu relato de lo sucedido es ilógico y no nos permites comprobarlo.

Siara se levantó de su asiento. Ya no estaba mareada. Ya no sentía su mente embotada. La adrenalina corría por cada fibra de su ser, expectante, esperando un ataque y preparándose para repelerlo. Al ponerse en pie, Andiles y los demás se callaron. A Siara aquella reacción le complació.

—¿Qué hace, maestra? —preguntó Andiles.

—Acabo de recordar que aún no he ido a ver a mi amiga. Han estado a punto de asesinarla. Quiero ver qué tal está.

—¡Aún no hemos terminado!

—Ya lo creo que sí.

—Esto es serio, Siara. ¿Crees que vamos a dejarte ir a visitar a tu víctima?

—¡No es mi víctima, imbécil! —gritó.

—Demuéstralo.

Siara negó, totalmente incrédula.

—Hemos terminado, maestros.

—¡No, Siara!

—¿Van a prenderme? —preguntó entonces, atravesando con la mirada a Andiles—. ¿Alguno de ustedes va a prenderme? —Se detuvo en cada uno de ellos, retándoles a acercarse a ella. De repente casi pudo oler el miedo que emanaba de sus cuerpos—. ¿No? Bien. Hemos terminado.

Se dio la vuelta y empezó a marcharse. Esta vez nadie la detuvo. Oyó los cuchicheos de los maestros a su espalda, pero supo que ninguno pensaba hacer nada. Después de todo, aquella era La Escuela. Habían ganado la peor de todas las guerras y después habían asesinado a su salvador. Aquel día perdieron todo valor para enfrentarse a sus enemigos. Siara lo sabía y, hasta donde lo creyera justo, pensaba utilizarlo.

—¡Esto no termina aquí, maestra! —le advirtió Andiles cuando estaba a punto de salir por la puerta.

—Desde luego que no, gran maestro —respondió Siara. No lo dijo en voz alta. Se lo dijo a ella misma, en un susurro. Era una promesa.

Al salir de la sala se sintió sucia y asqueada, como si la hubieran traicionado, golpeado y usado. Movió la cabeza de un lado a otro, con la intención de apartar de su mente aquella especie de juicio infundado y los pensamientos que ya sentía que le carcomían las entrañas.

No lo consiguió hasta que vio a Senén caminando por uno de los pasillos. Al ver a Siara, arqueó las cejas y se acercó a ella.

—¿Qué haces levantada? Deberías guardar reposo —le reprendió.

—¿Cómo está Enara?

Senén suspiró. El gesto no gustó a Siara. Presagiaba cosas malas, aunque con Senén nunca se sabía. Aquel hombre no era amigo del optimismo.

—¿Senén?

—Está estable, pero débil —dijo al fin—. Hiciste bien en traerla tan rápido. Unos minutos más y habría muerto. No obstante, las heridas eran profundas y había perdido mucha sangre. Hice cuanto pude, Siara. Espero que haya sido suficiente.

—¿Es posible que muera?

Senén asintió.

—También es posible que viva.

—¿Y a qué esperas para hacer algo? ¡Eres el mejor sanador de La Escuela!

—Y tú la mejor alquimista, pero no por ello puedes hacer lo que se te antoje —le reprochó—. Mira, Siara, la vida de Enara pende de un hilo. Si estuviera más fuerte, podría hacer más. Pero, dado su estado, lo único que nos queda es esperar. Los próximos días serán decisivos. En estos casos, creo que es la fuerza de la persona lo que determina el resultado. Enara es fuerte. Siempre lo fue. Confiemos en que con eso baste.

Siara cerró los ojos y asintió un par de veces.

—¿Puedo verla?

—Claro. Te acompaño.

Por el camino, el maestro Senén le preguntó por su estado. La hizo valorar el dolor que sentía, localizarlo en su cuerpo y describirlo. Luego le dio recomendaciones para asegurar una buena curación, le dijo qué brebajes y mejunjes debía utilizar y volvió a reprenderla por haberse levantado tan pronto de la cama. En ningún momento le preguntó por lo que las había llevado a necesitar sus servicios. El maestro Senén era así. Un hombre dedicado a los enfermos y las enfermedades. El resto lo dejaba a los políticos, a los jueces y a los alguaciles.

—Hemos llegado —anunció en mitad de una gran sala. Había camas y enfermos a ambos lados y algunas estaban tapadas por cortinas blancas—. Allí está. Si pasa cualquier cosa me avisas.

—Gracias, Santro.

—Enara tiene suerte de tenerte como amiga —dijo antes de marcharse.

Siara apartó la cortina y se sorprendió al ver a un hombre sentado en un taburete. Llevaba la túnica esmeralda y una poblada barba. Siara lo reconoció al instante.

—¿Kolvak? —exclamó sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Entonces se fijó en sus manos. Agarraba con ellas una de las manos de Enara. Además, tenía ojeras, indicio de no haber dormido, y expelía un olor a sudor rancio. Así que resultaba que la amante del profesor Kolvak Lombard era Enara. Siara entendió por qué le había molestado que le dijera que era un hombre sin sentido del humor. Se sintió estúpida por el comentario y, por alguna razón, también culpable.

—¿Cómo estás, Siara?

—Bien —respondió—. Entonces, tú y Enara… —Kolvak se encogió de hombros—. ¿Cómo estás?

Kolvak cerró los ojos, llenó los pulmones y espiró lentamente.

—No lo sé —dijo—. No puedo… no quiero pensar en que no despierte.

—Senén dice que ahora depende de ella. No conozco a ninguna persona con tantas ganas de vivir.

Siara se acercó a su amiga y le apoyó una mano en la frente. La encontró febril.

—Siento no haber sido más rápida. Más fuerte —lamentó.

—¿Qué pasó, Siara? —preguntó Kolvak, clavándole la mirada.

Era la tercera vez que se veía obligada a responder aquella pregunta. Ni sabía qué respuesta debía dar.

—Nos atacaron —respondió al fin.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Quién pudo haceros esto?

La rabia que había dejado aparcada volvió a cubrirle el corazón.

—¿Tú también crees que esto lo he hecho yo?

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! Ya se lo dije a ese engreído de Andiles. Enara y tú os quéreis como si fuerais hermanas. Jamás os haríais daño.

Aquello aplacó toda la ira.

—Te lo agradezco —dijo Siara—. Vengo de que me acusen de intentar asesinar a mi amiga y de que me llamen loca.

—Los locos son ellos. Podrías volverte loca y podrías intentar matar a Enara y te aseguro que ella ni siquiera se defendería. Desde luego no te rompería las costillas. Te quiere demasiado.

—Y yo a ella. Si no la hubiera tenido a mi lado todos estos años…

—¿Quién fue?

—¿Te suena el nombre de Azael?

Kolvak negó con la cabeza.

—¿Quién es?

—No lo sé. Un joven maestro de Villa Pádano. Desapareció tras ganarse su túnica. Según el maestro brebajista que me ha interrogado, encaja con la descripción que les he dado. Aunque te aseguro que no van a buscarle. Están más interesados en demostrar que yo he sido la culpable.

—¡Ese inútil de Andiles! Jamás te perdonará lo que le hiciste.

—¡Que se vaya al infierno! —expresó Siara—. Aunque tiene razón en una cosa. ¿Cómo un joven maestro del que nadie ha oído hablar es capaz de moverse como lo hacía ese hombre? Hay algo que no cuadra. Pero si no fue él, ¿quién fue? ¿Quién nos atacó?

Entonces de los labios de Enara salió un sonido apenas audible. Tanto Kolvak como Siara se giraron hacia ella. Enara mantenía los ojos cerrados y la cara inexpresiva, pero sus labios no paraban de moverse. Una y otra vez. Al acercar su oreja, Siara pudo oír lo que decía:

—*Róoooooootalo.*

OceanofPDF.com



—*Aleeeeeeeyyyyyyyn* —repetía Mailen. Un eco constante, con la expresión aterrorizada y el sudor cayéndole a chorros por la cara.

Ocurría cada noche desde que Allyson regresara de La Escuela. A las 03:33 de la madrugada empezaban los gritos, los temblores, los sudores y después su anciana y catatónica maestra repetía aquel nombre una y otra vez hasta que despertaba y volvía a su estado de imperturbabilidad e inconsciencia.

La primera noche las emociones de Allyson viajaron desde la esperanza a la preocupación. Por un lado, eran las primeras palabras que emitía su maestra en más de veintidós años. Por otro, tanto el contenido del mensaje como la forma de emitirlo eran preocupantes. Después de un par de días, toda esperanza pereció. Su mentora hablaba en sueños, pero por el día continuaba siendo un cascarón vacío de toda voluntad.

No obstante, cada noche se levantaba al oír sus gritos, se sentaba a su lado, le secaba la frente con un paño y le susurraba suaves palabras al oído.

Allyson no sabía qué más podía decir. ¿Qué era eso que soñaba donde Aleyn era tan importante? Cuando eran jóvenes, Aleyn había sido el protegido del maestro brebajista Somerset, pero solo porque su prueba fue la primera que realizó. Todo el mundo sabía que cualquier maestro habría

admitido a Aleyn entre sus protegidos, entre ellos Mailen. Al fin y al cabo, había que remontarse décadas atrás para encontrar a otro maestro capaz de dominar dos disciplinas. Sí, no cabía duda de que Aleyn había sido un aspirante especial. Después había sido un maestro especial. Más tarde se convirtió en un gran maestro extraordinario y finalmente en el traidor más grande de todos los tiempos. A Allyson le encargaron darle caza y matarlo, pero llegado el momento…

Tras varias noches de constantes gritos, Allyson comenzó a preocuparse de verdad. No parecía ser una fase de su enfermedad, ni una pesadilla pasajera. Cada noche, a las 03:33 comenzaban los gritos. Los mismos gritos. Se sentía impotente, así que recurrió a sus colegas mentalistas para que le prestaran su apoyo, conocimiento y consejo.

Le costó encontrar a uno que quisiera ayudarla. Era el precio del éxito y de la fama. Muchos de sus colegas no veían con buenos ojos su ascenso a representante de La Escuela en el oeste. Muchos de ellos pensaban que no estaba cualificada para desempeñar semejante rol. Muchos de ellos continuaban defendiendo la tesis de que ella era una burda mentirosa. Y podía ser cierto, pero a Allyson le habría encantado saber qué habrían hecho todas esas personas en su lugar. ¿Se habrían enfrentado a Aleyn, aun a sabiendas de que aquello les costaría la vida, o habrían hecho un trato con él, en el que todos salieran beneficiados? Eran todos unos hipócritas desagradecidos, pero aquello no cambiaba el hecho de que Allyson les provocara antipatías. Muchas veces se sentía sola.

Cuando por fin encontró a uno dispuesto a ayudarla, este le dejó claro que no lo hacía por ella, sino por la maestra Mailen Lumeni y lo que representaba para La Escuela. En otro contexto, con otras circunstancias, Allyson le habría mandado al infierno, pero no se trataba de ella, ni de su

orgullo. Era su maestra la que necesitaba ayuda, así que agachó las orejas y permitió que la denigrara.

No sirvió de mucho. El maestro mentalista, un chico diez años más joven que Allyson y no demasiado experimentado, visitó a Mailen durante el día, colocó las manos rodeando la cabeza de la anciana, cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Ahí dentro solo hay oscuridad. Ni el mentalista más poderoso podría extraer nada útil de su mente. Está vacía o, al menos, tan sumergida en tinieblas que es imposible encontrar nada. Lo siento.

—Por las noches habla —confesó Allyson.

—¿En sueños o despierta?

—Mientras duerme. Parece aterrorizada.

—¿Qué es lo que dice?

—Cosas sin sentido —mintió—. Nombra a personas. Muchas de las cosas que dice no se entienden.

—Los sueños suelen ser solo eso: sueños. No obstante, en un caso así… ¿Quién sabe? ¿Quieres que me pase alguna noche a ver si veo algo?

Allyson meditó durante algunos segundos, valorando sus opciones. De haber tenido una relación más cercana con aquel maestro, habría aceptado, pero la realidad era bien distinta. ¿Qué contaría aquel joven cuando supiera que las únicas palabras que repetía Mailen eran el nombre de Aleyn? ¿Qué conclusiones extraería? ¿Qué rumores se extenderían por toda Ylandra? ¿Serviría de algo? Allyson estaba agotada de tener que lidiar siempre con lo mismo, así que lo rechazó, le agradeció sus servicios y, por supuesto, le pagó por ellos. Cinco piezas de bronce. Los maestros mentalistas no eran para nada baratos.

—Pregúntale —dijo el joven antes de marcharse.

—¿Cómo dices?

—Hazle preguntas cuando empiece a hablar. Si habla, es posible que también escuche y, si escucha, es posible que responda. Las personas dormidas a menudo lo hacen. Puede que no funcione con la maestra Lumeni. Puede que responda cosas sin ningún sentido, pero no pierdes nada por probar.

—Gracias, maestro.

—¡Ah! Y Allyson, te agradecería que no comentaras en nuestros círculos que he estado aquí.

Allyson le sonrió, en un intento de ocultar su dolor y su rabia y, sin dar una respuesta, le cerró la puerta en las narices.

—¡Niñato engreído! —murmuró entre dientes.

Comió un guiso de codorniz con cebolla, lombarda, puerro y anarcados, se vistió con la túnica escarlata y salió a la calle en dirección a la ciudadela del regimiento de Viendavales.

Ese era el segundo asunto que la había tenido ocupada desde su regreso de La Escuela. Tal y como había prometido a la cámara había iniciado una investigación para tratar de esclarecer quién estaba detrás de su visión acerca de la caída de Lanti’s Cloe. Desde que volviera había interrogado a, por lo menos, doce personas política o militarmente relevantes. Había hablado con senadores, terratenientes con intereses económicos en el norte, con el alcalde Roshan, el gobernador Barbrow, el candidato Deian Wellington y con algunos militares de la ciudad, capitanes y tenientes en su mayoría. Para su desgracia, ninguna de aquellas conversaciones había arrojado ningún resultado.

El problema de Allyson era que no tenía ningún plan. Se reunía con todas esas personas porque existía la posibilidad de que, de alguna forma, estuvieran implicadas en la caída de Lanti’s, pero lo cierto era que no lo sabía. Y tampoco podía hablar de ello de una forma directa pues no podía

decirles nada acerca de su visión. Era como cazar patos en plena noche, con los ojos vendados y sin el apoyo de un buen mosquete. Era una locura. De hecho, ni siquiera estaba segura de que nadie del oeste estuviera implicado en aquella desgracia. Lo había deducido ya que ella formaba parte de la política del oeste, por lo que tenía sentido que una visión así involucrara a dicha política. Pero no era seguro. No tenía nada palpable y, sin embargo, no podía dejarlo estar. Las preguntas estaban ahí y debían hacerse.

Allyson indagaba sobre inversiones económicas, movimientos militares, logística militar, cambios políticos y sociales, rumores, murmullos, secretos, agendas ocultas y misterios. Lanzaba flechas a la oscuridad rezando porque alguna alcanzara algo, cualquier cosa. Pensaba que, quizá, al estrechar una mano, oler un perfume, tocar un objeto o beber un vino, una nueva visión irrumpiría en su mente. De ocurrir aquello, tendría por dónde continuar. Pero, para ser justos, Allyson solo había tenido dos visiones en toda su vida. Había cronistas que tenían decenas, pero no ella.

Su especialidad nunca había sido la de predecir el futuro, sino la de averiguar el pasado. Tocando un objeto podía saber dónde había estado, qué lugar había ocupado en el desarrollo de los acontecimientos y si había sido testigo de algo relevante para sus objetivos. Era una excelente investigadora. Por eso la habían designado para liderar la búsqueda de Aleyn. Pocas personas hubieran seguido un rastro tan bien como ella. Pero solo era buena investigadora cuando los hechos habían ocurrido, no cuando iban a ocurrir. Podía tocar el cadáver dejado por un asesino y que este casi le hablara. Lo que no podía saber era cuándo y dónde se iba a producir un asesinato. Esos dones quedaban fuera de su alcance. En su mente, el pasado era algo tangible, pero el futuro era complejo y difuso. ¿Cómo averiguar quién estaba detrás de la caída de Lanti’s? Allyson no tenía ni idea. Hubiera pedido ayuda a otros maestros cronistas, pero sabía que, en el mejor de los

casos, la habrían ignorado y, en el peor, se habrían burlado de ella, utilizando su petición de ayuda para desacreditarla más aún. No. En aquello estaba sola. Sola y perdida. El cuadro de su vida.

En la ciudadela de Viendavales había mucho más movimiento que la última vez que la había visitado. Incluso habían apostado a dos guardias armados en las entradas para controlar el flujo de personas, lo que provocaba atascos y retrasos. Allyson adelantó al gentío y entró sin detenerse y sin que los guardias revisaran sus pertenencias. Al menos, pensó, entre las personas sencillas su capa escarlata continuaba siendo un símbolo de poder y respeto.

En el pabellón del alto comandante, un soldado curtido, con aliento agrio, se interpuso en su camino.

—Debo ver al comandante Derek Nutz —anunció Allyson.

El soldado la repasó de arriba abajo y se hizo a un lado.

—Le encontrará en los establos. Ala derecha, al fondo.

Allyson avanzó por un pasillo iluminado por antorchas, giró a la derecha y continuó adelante. Atravesó un patio interior con un pozo en el centro construido con grandes piedras de granito hasta llegar a los establos. El olor que despedían las bestias le hizo arrugar la nariz.

El comandante Derek Nutz, recién ascendido a alto comandante de Viendavales, repasaba el estado de los animales con el palafrenero. No parecía contento, aunque Allyson sabía que esa era su fachada habitual. No conocía demasiado bien a ese hombre, pero había oído rumores de que era tan duro y frío como el acero.

Al fijarse en la presencia de Allyson, Derek frunció el ceño y apretó las mandíbulas. Le dijo algo al encargado de los establos y avanzó hacia ella con la espalda recta y el paso firme. Se llevó el puño al pecho en señal de saludo formal.

—El estado de estos caballos es deplorable. Si mañana estallara una guerra la mitad de ellos moriría en el camino —dijo en un tono seco.

—¿Cree que mañana va a estallar una guerra, comandante?

—Como alto comandante, mi misión durante los tiempos de paz es asegurarme de poder ganar la próxima guerra. Eso hago. ¿Qué hace aquí, maestra Lumeni?

—Podría decirle que tratar de evitar que haya próximas guerras —respondió.

—Entonces ha fracasado. La guerra es inevitable. Tarde o temprano, siempre estallan. Por eso fabricamos arcabuces, cañones, espadas y entrenamos un ejército.

—Puede que tenga razón. Desde su punto de vista, ¿quién será nuestro próximo enemigo?

—¡Bah! ¿Cómo saberlo? Cualquiera que esté descontento con su posición y crea que puede mejorarla a base de acero. Aunque, en este momento, lo que me preocupa es una revolución.

—Enhorabuena por su ascenso, por cierto.

—Es un honor y estoy satisfecho con mis nuevas responsabilidades.

Derek había sido ascendido y, tras la destitución del comandante Rommel Edvard en la caza del Inferus, también había asumido esa responsabilidad. Parecía encantado con el resultado.

—Espero que tenga usted más suerte que el comandante Edvard —comentó Allyson en una muestra de cortesía.

—¡Suerte! —dijo con desprecio y escupió al suelo—. No es cuestión de suerte, sino de competencia. Atrapar a ese vulgar asesino no me llevará más de un par de semanas. A lo sumo un mes. Ya está todo en marcha, maestra. Hemos perdido un tiempo muy valioso, pero eso se acabó. Conmigo al mando ese cobarde no tiene nada que hacer. Eso mismo le dije al

gobernador. Fue un error nombrar al comandante Edvard para arreglar los asuntos del oeste, por muy héroe de guerra que digan que es. ¡Maldita sea! Yo también luché en esa guerra.

—No me cabe duda, comandante. Sin duda es usted más que competente para alcanzar el éxito en esta misión y poner fin a los asesinatos de ese hombre. —Derek asintió y, por primera vez durante aquella conversación, esbozó una ligera sonrisa—. No obstante, mi presencia hoy aquí responde a otras causas.

—Dígame, maestra. Le prestaré la ayuda que pueda.

—Se lo agradezco —respondió—. Me gustaría tener acceso a sus órdenes de aprovisionamiento, planes militares y política militar con el resto de la república, en especial con el Estado del Norte.

—¿Y eso por qué?

—Información confidencial, comandante.

—Lo que me pide es información confidencial.

—¿Incluso para la representante de La Escuela?

—Incluso para ella, sí —respondió tajante el comandante—. ¿El gobernador está informado de esto?

No lo estaba. La había despachado a una velocidad vertiginosa de su despacho, sin siquiera darle tiempo a hacer una mínima petición. Allyson lo comprendía. Dar su apoyo al contrincante de Roshan no había sido visto con buenos ojos.

—Comandante, como representante de La Escuela no estoy suspeditada a la oficina del gobernador.

—Maestra Lumeni, como comandante del gran Estado del Oeste y alto comandante de la ciudad de Viendavales, yo tampoco estoy suspeditado a los designios o intereses de su escuela. Si quiere que comparta información

confidencial con usted, debe ser el gobernador de este estado quien me lo ordene.

Allyson cerró los ojos y agachó la cabeza. ¿Por qué era todo tan difícil? ¿Por qué no podían colaborar con ella sin más? Era una maestra. Era la última representante de la línea Lumeni. Hacía algunos siglos, durante la Edad de los Grandes Reyes, las palabras de los maestros se obedecían como si fueran ley tallada en roca. Desde la llegada de la república, las palabras de los maestros eran solo eso: palabras.

—De acuerdo, comandante. ¿Le importa que le haga algunas preguntas?

—Siempre que a usted no le importe que no responda aquellas que no pueda responder.

En ese momento, un numeroso grupo de soldados irrumpió en el patio. Cada pareja de ellos trasladaba a pulso un barril de madera envejecida. Había al menos doce barriles. Derek, al ver aquella procesión, se puso rígido, se disculpó con Allyson y se dirigió hacia sus subordinados.

—¡Soldados!

En cuanto el grupo se percató de la presencia del oficial, dejaron los pesados barriles en el suelo y se llevaron el puño al pecho.

—¡Comandante! —gritaron casi al unísono.

—¿Qué demonios es todo esto? —Los soldados se miraron los unos a los otros, sin que ninguno se aventurara a responder—. ¡He hecho una pregunta, soldados!

Entonces uno de ellos tosió y todas las miradas se volcaron en él. El hombre, nervioso, adivinó que debía decir algo.

—Son barriles de vino, señor.

—¿Vino?

—Sí, señor. Para la celebración de esta noche.

—¿Qué demonios se celebra esta noche? ¿Por qué no estaba informado?

Los soldados volvieron a mirarse inquietos.

—Señor, usted envió una circular esta misma madrugada.

—¿Que yo qué? —Derek estaba rojo de ira y completamente perdido—. ¿Qué decía esa circular?

—Que, en honor del nuevo alto comandante de Viendavales, esta noche se llevaría a cabo una celebración en su nombre. Invitaba a todos los soldados de la ciudad a asistir, salvo aquellos que tuvieran alguna misión encomendada.

—¡Eso es una estupidez, soldado!

—Pero, señor…

—¡Cállese! ¡Cállense todos! Yo no he mandado ninguna circular. No habrá ninguna celebración. Y, por el amor de los Tres, saquen estos barriles de aquí y devuélvanlos a su propietario. Asegúrense de recuperar hasta la última pieza de cobre. El Ejército del Oeste no malgasta sus recursos económicos en vino.

Los soldados obedecieron al instante. Se agacharon y volvieron a levantar a pulso los barriles. El comandante se giró hacia donde estaba Allyson. En su mirada había una profunda furia y también algo más. Algo extraño, como si fuera sangre. Al coger aire, Allyson percibió el olor a humo. Y entonces lo supo. Levantó su cabeza y observó las ventanas de los pisos superiores del barracón hasta dar con lo que buscaba. Una persona con el rostro tapado, un arco y una flecha con la punta envuelta en llamas.

—¡Son explosivos! —gritó—. ¡Huid!

Salió corriendo, pero nadie la siguió. Los soldados la miraron sorprendidos por la extraña reacción y el comandante únicamente frunció el ceño. Entonces la flecha salió disparada, se clavó en uno de los barriles y el patio interior del barracón del alto comandante explotó, convirtiéndose en

un infierno de miembros sanguinolentos, fuego, rocas caídas, gritos y algo más. Algo de metal. Eslabones de hierro.

Lo que vino a continuación fue una auténtica pesadilla de soldados arremolinados a las puertas del pabellón, quitando escombros, tratando de llegar a los heridos, apartando partes arrancadas de cuerpos, olor a productos químicos, sangre, caos, lágrimas y dolor.

Una profunda y punzante tos la despertó. Antes de abrir los ojos intentó moverse, pero algo pesado le aplastaba las piernas. Condujo sus manos hasta ellas y acarició una madera chamuscada. Abrió los ojos. Apenas era capaz de vislumbrar nada. El polvo lo oscurecía todo. Con un enorme esfuerzo logró zafarse de la viga y se arrastró hasta que un grupo de soldados pudo dar con ella y ayudarla a llegar al exterior. Tenía la cara embarrada y su preciosa túnica escarlata estaba hecha jirones. Cuando intentó ponerse en pie, estuvo a punto de caer, pero un soldado la sostuvo a tiempo.

—¿Está herida?

Allyson sabía que sí, ya que notaba dolor en cada articulación de su cuerpo, pero también sabía que ninguna de sus heridas revestía mayor gravedad. Su gran preocupación eran sus oídos. Un pitido constante le impedía escuchar con claridad la voz del soldado que gritaba palabras frente a ella.

—Agua —logró decir.

—¡Traed agua!

Casi al instante, otro hombre le tendía una jarra de barro. Allyson bebió hasta atragantarse y luego tosió. Tosió hasta que consiguió escupir una masa negra y sanguinolenta. Después permaneció sentada, en estado de conmoción y con las lágrimas a punto de dejarle dos surcos bien visibles entre la suciedad de su cara.

No supo cuándo el alcalde Roshan hizo acto de presencia en el escenario de aquella masacre. En un momento dado miró hacia arriba y se lo encontró observándola, con los ojos desorbitados.

—Maestra Lumeni —dijo.

Allyson asintió.

—El Inferus —logró pronunciar.

—¿El Inferus? ¿Qué quiere decir?

—Ha sido él. Ella. Ha sido ella. Disparó una flecha y… Debí verlo venir. ¡Oh, Daxal! ¿Por qué no lo vi venir antes? Estarían todos vivos.

—Tranquilícese, maestra.

Le apoyó una mano en el hombro y se marchó en otra dirección. Allyson aguardó unos minutos más, viendo a los soldados trabajar en las labores de rescate y, cuando sintió que estaba recuperando cierto control sobre su mente y su cuerpo, se puso en pie. Fue directamente a una fuente y se quitó toda la suciedad de la cara, del pelo y de las manos. Al girarse se encontró con el gobernador y con un oficial del ejército cuyo nombre no era capaz de recordar.

—Maestra Lumeni, ¿se encuentra bien? —preguntó el gobernador. Allyson asintió, aunque sin demasiada convicción—. Dicen que estaba usted en el patio donde sucedió la explosión. —Asintió de nuevo—. El comandante Mael desea hacerle unas preguntas, pero le he dicho que puede esperar, si no se encuentra bien.

—No, responderé lo que sea.

Se marcharon en un carruaje mientras dos soldados a caballo les despejaban el camino. Atravesaron toda la fortaleza de punta a punta, hasta que el barullo que había provocado la explosión hubo cesado.

Más tarde, Allyson no recordaría apenas nada de aquel pequeño camino. De repente estaba subida a la carroza, observando ensimismada el ir y venir

de decenas de hombres asustados y furiosos y de repente estaba sentada en un cómodo sillón, con una copa de un licor fuerte entre las manos.

—¿Recuerda qué ha ocurrido? —preguntó el comandante Mael.

—¿Hay algún otro superviviente? —preguntó a su vez Allyson—. ¿Algún soldado? ¿El comandante Nutz?

—Allyson, será mejor que… —comenzó a decir el gobernador.

—Nada de momento —interrumpió Mael—. Derek Nutz ha muerto, eso es seguro. Y la mayoría de los soldados también. Es probable que todos.

—¡Santo Daxal!

—¿Qué recuerda?

—Traían barriles y decían que había vino en ellos, pero no era cierto. Era algún tipo de explosivo.

—¿Quién llevó los barriles?

—Los soldados.

—¿Por qué?

—Hablaban de una celebración. Decían que el comandante Nutz había enviado una circular esa misma mañana.

—¡Eso es ridículo! —dijo Mael con la voz envuelta en una repugnancia tangible—. Derek detestaba las celebraciones.

—Lo sé. Lo dijo. Fue el Inferus.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo vi. Vi cómo lanzaba la flecha sobre los barriles. Además, los eslabones…

—Está todo plagado de eslabones. Creemos que los explosivos estaban mezclados con ellos. ¿Así que vio al Inferus?

—Sí.

—¿Cómo era?

—No le vi la cara. Tenía el rostro tapado. Pero… —se quedó pensativa unos instantes—, pero era una mujer.

—¿Una mujer? —preguntó asombrado el gobernador.

—¿Cómo lo sabe, si no pudo verle la cara? —cuestionó Mael. Había cierto escepticismo en su voz.

—¡Porque lo sé! ¡Porque soy una maestra cronista y soy capaz de saber esas cosas! Si eso se les metiera en la cabeza a todos ustedes, tal vez esos hombres estarían ahora vivos. ¡Les advertí! Les dije que corrieran y solo se quedaron mirándome con cara de alelados. ¡Menudos soldados!

El comandante y el gobernador cruzaron las miradas al tiempo que Allyson se arrepentía de cada palabra que había utilizado. Le hubiera gustado decirles que no era ella la que hablaba, sino las circunstancias que estaba viviendo, pero tampoco fue capaz de hacerlo.

El gobernador se puso en pie y el comandante Mael le siguió.

—Gracias, maestra Lumeni —dijo el gobernador—. Vaya a casa y descanse.

Allyson también se puso en pie.

—Lo haré. Gracias a ustedes.

Cruzó el umbral de su casa cuando ya había anochecido, con el peso agotador de haber acumulado cien años de experiencias en un solo día. Despachó a sus sirvientes con malos gestos y peores palabras y fue directa a la cama. Quería dormir, descansar y, de alguna forma, olvidar. Había demasiados horrores que olvidar.

Consiguió dormir con cierta facilidad. En un momento de la noche tuvo pesadillas en las que cuerpos desmembrados le susurraban al oído, mientras ella, encadenada, sufría por no poder ayudarles. Se despertó sobresaltada un par de veces, pero logró conciliar de nuevo el sueño y a las 03:33 empezaron los gritos en la habitación contigua.

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

—Esta noche no, por los Tres —murmuró Allyson viendo cómo el sueño se le escapaba de entre los dedos.

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

Se levantó, sintiendo cuchilladas alrededor de todo su cuerpo. Se puso una bata de satén violeta y anduvo hasta la habitación de Mailen. Su anciana maestra se retorcía en la cama, con gotas de sudor perlando su frente.

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

Allyson se acercó, humedeció un paño en la tina y le limpió el sudor. Le dijo algunas palabras tranquilizadoras, que no obtuvieron resultado alguno y después decidió seguir el consejo de aquel joven maestro mentalista engreído.

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

—¿Estás soñando con Aleyn, maestra?

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

—¿Quieres ver a Aleyn?

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

Allyson probó con varias preguntas más. ¿Recordaba a Aleyn? ¿Le echaba de menos? ¿Le hacía daño en sus sueños? Todas las preguntas tenían la misma respuesta. Solo su nombre. Repetido una y otra vez sin descanso. Allyson, hastiada, se levantó y gritó el nombre de una de las criadas. Cualquier otra noche querría quedarse a cuidar de su maestra, pero esa no. Ya había vivido demasiadas cosas malas aquel día. Necesitaba dormir.

Cuando la criada apareció en la puerta, con cara de sueño aunque gesto displicente, Allyson se levantó y señaló a Mailen.

—Esta noche tendrás que cuidarla tú. Yo estoy agotada. Humedece ese paño y límpiale el sudor cuando veas que se acumula. Si ocurriera cualquier

cosa rara, despiértame. Solo en caso de que sea necesario, ¿de acuerdo?

—Claro, maestra.

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

La criada se acercó a Mailen, tomó entre sus manos el paño húmedo y lo restregó por la cara de la anciana.

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

—¿Por qué repetirá ese nombre? —preguntó la criada—. ¿Quién es Aleyn?

Allyson negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que alguien no supiera quién era el gran maestro Aleyn Somerset? Más aún estando al servicio de la persona que, supuestamente, le había dado muerte.

—*Aleeeeeeeyyyyyyyn*.

—¡Por Daxal, qué fijación con Aleyn!

—*Daaaaaaaaaxal*… —dijo entonces Mailen.

Allyson, que ya estaba marchándose, se quedó petrificada. ¿Su maestra había dicho Daxal? Se dio la vuelta. La expresión de Mailen continuaba siendo de sufrimiento, pero algo había cambiado en ella. Allyson no sabía qué era.

—¿Daxal? —interrogó Allyson.

—Están aquí. Aleyn. Aleyn. Aquí. Ellos. Aleyn. Uno. Ella. Y él. *Aleeeeeeeyyyyyyyn* —repetía Mailen.

Un escalofrío recorrió la espalda de Allyson y, de pronto, Mailen abrió los ojos, arqueó la espalda en un ángulo imposible y gritó. Su grito atravesó las paredes y se fundió con la oscuridad de la noche.

OceanofPDF.com



Samael carecía por completo de paciencia. Tras cuatro días de marcha por las lindes del Bosque Rizado intentó escapar. Durante esos cuatro días apenas había hablado. Avanzaba al ritmo que imponía Aleyn, comía junto a él lo que la tierra les proporcionaba y se acostaba a su lado para dormir, siempre con gesto malhumorado, reticente, nervioso y desconfiado.

Aleyn tampoco le decía nada. Únicamente le proporcionaba los alimentos, le daba órdenes y le observaba, a la espera de que el chico hiciera alguna estupidez y seguro de que, tarde o temprano, lo haría. Lo que le sorprendió fue que, presa de la desesperación, lo hiciera tan pronto.

Sucedió en mitad de la noche. Habían cenado cebollas asadas e higos a la luz de una hoguera encendida en un hoyo. Luego se acostaron y, pasadas un par de horas, con la hoguera ya en ascuas, Samael se levantó sin hacer ruido, comprobó que Aleyn continuara durmiendo y se marchó. Debió correr un tramo, hasta que se sintió lo bastante lejos como para descansar y enlentecer su marcha. Anduvo alrededor de media hora y se detuvo en un arroyo. Se enjuagó el rostro, bebió un generoso trago y cuando se puso en pie se encontró con la imponente figura negra de Aleyn apoyada sobre el tronco de un árbol, mirándolo con expresión de absoluta decepción.

—Correr da sed —dijo.

—Mierda —farfulló Samael. Miró en todas direcciones y se encaminó con disimulo hacia uno de los flancos de Aleyn.

—No eches a correr, chico —le advirtió Aleyn.

—¿Va a matarme?

—No.

La postura de Samael se relajó y entonces comenzó a negar con la cabeza.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Porque eres estúpido.

—¡No soy estúpido!

—Sí lo eres —insistió Aleyn—. Llevas toda tu vida viviendo en una ciudad que conoces al dedillo, pero no tienes la menor idea de orientarte en el campo. Supuse que, si escapabas, seguirías el mismo camino que habíamos hecho hasta aquí. La verdad, de todas las cosas que pensaba que eras, vago y descuidado no estaba entre ellas.

Se acercó hasta el arroyo, se arrodilló y se echó agua por la cara y los brazos. Sonreía cuando se puso en pie de nuevo.

—¿Creías que no iba a estar vigilándote?

—Creía que estaba dormido —respondió Samael.

—Y lo estaba. Pero tengo el sueño ligero, más aún si debo vigilar que mi presa no se escabulla en mitad de la noche.

—Bueno, ya sabía que iba a pasar, ¿no?

—Sí, sí lo sabía. Y tú sabías que lo sabía. De ahí mi insinuación de que eres vago y descuidado. —Samael soltó un bufido. Negaba continuamente con la cabeza, sin atreverse a mirar a Aleyn a los ojos. Era un cervatillo malhumorado—. ¿Nos ponemos en camino?

Aleyn echó a andar, desandando todo el camino que, con tanto esfuerzo, Samael había recorrido. Este lo siguió, a unos metros de distancia, con los

hombros caídos y los puños apretados.

—Te diré qué haría yo en tu posición —dijo Aleyn al cabo de un rato.

—¿Obedecer al hombre que asegura tener intención de matarme? No, gracias.

Aleyn sonrió. El chico podía actuar de forma descuidada, pero tenía valor y ese ligero toque de cinismo le hacía gracia.

—¿Te parece que soy de los que obedecen? —preguntó Aleyn a su vez —. No obstante, me aseguraría de que mis planes tuvieran éxito. No embestiría cual toro cabreado. Atiende, anda, y a lo mejor aprendes algo útil. Primera regla: conoce a tu enemigo. ¡Daxal, es tan antigua y obvia que hasta se me cae la cara de vergüenza! A ti debería pasarte lo mismo. Tu enemigo soy yo, chico: el gran maestro Aleyn Somerset. Demonios, soy toda una eminencia histórica. No se llega hasta ahí siendo torpe e incompetente, así que dudo mucho que puedas escapar de mí con planes simples e improvisados, ¿no crees?

—Si usted lo dice…

—Así que, conoce a tu enemigo. Fortalezas, debilidades y todas esas patrañas.

—¿Debilidades? —preguntó de pronto Samael—. ¿Cuáles son sus debilidades?

Aleyn soltó una sonora carcajada.

—Oye, chico, tendrás que esforzarte un poco más. Aunque preguntar es un buen comienzo. Segunda regla: conoce el terreno. Avanzamos por las lindes del Bosque Rizado, alejados de caminos, poblaciones, granjas y demás rastro de civilización. Si piensas vagabundear por aquí tú solo, deberías saber de qué vas a alimentarte, dónde puedes establecer un puesto de vigilancia, cuál es el carácter de las personas con las que, eventualmente, te puedes cruzar, qué peligros hay y cuál es la mejor forma de sortearlos o

afrontarlos. ¿Comprendes? En estos bosques hay lobos. Lobos grandes, acechando en manadas. ¿Te has fijado en el líquido que vierto en las hogueras? Es para que los lobos se mantengan alejados de nosotros. —Aleyn le había visto observarle con curiosidad cada vez que encendía el fuego, pero nunca le había preguntado por lo que hacía. Según Aleyn, aquello era un grave error.

—¿Y cómo demonios iba a saber yo eso?

—Una vez más: preguntar es un buen comienzo —respondió—. Tercera regla: conócete a ti mismo. Puede que seas el mejor ladrón de Ylandra, pero solo cuando juegas en tu terreno. Esos callejones, tejados y recovecos del puerto de Cienaguas estaban grabados a fuego en tu mente, pero este bosque es completamente nuevo para ti. De hecho, esta vida es totalmente nueva para ti. No sabes cazar, no sabes guiarte por las estrellas ni por las plantas, no sabes seguir rastros, no sabes defenderte de los animales salvajes, no sabes luchar, no sabes encender una hoguera… En resumen, no tienes la menor idea de sobrevivir en un terreno como este. Tienes buena memoria, eso te lo concedo. Quizá incluso serías capaz de regresar hasta Cienaguas por la ruta que hemos seguido hasta aquí, pero un error y estás perdido. Y una vez te pierdas aquí, algo te matará.

—He oído eso tantas veces…

—Y nunca ha sido así. Eres un superviviente. Está bien. Un superviviente sabe ver dónde tiene más probabilidades de vivir y eso ahora mismo, chico, es a mi lado.

—¿Al lado del hombre que quiere matarme?

—Al lado del hombre que quizá te mate y quizá no. Creí que ya lo habíamos dejado claro. Y hablando de esto, llegamos a la cuarta y última regla: consigue que tu captor vea más allá de sus objetivos. Que te vea como una persona inocente. Es más, que te vea como un amigo. Gánate su

confianza. Tienes que lograr que, llegado el momento, tu captor dude sobre si matarte o no. Sé agradable, simpático, hazle reír. ¡Demonios! Si me fueran esas cosas te diría que intentaras seducirme. —Aleyn pudo ver cómo se le escapaba una risilla a Samael—. En fin, gánate mi confianza. Si lo consigues; si lo consigues de verdad, es posible que una noche dentro de un tiempo esté tan dormido que ni siquiera me dé cuenta de que te has largado. Aunque espero que, de llegar ese día, seas capaz de sobrevivir en todo tipo de ambientes. No me gustaría que nada que no fuera yo te matara.

Aleyn le dio un par de palmadas en el hombro y siguió su camino, sin nada más que añadir. Samael tampoco dijo nada, aunque Aleyn casi podía oír los engranajes de su mente funcionando. Bien, era lo que quería. El camino estaba siendo demasiado aburrido y ya no lo soportaba. Había sufrido la soledad durante catorce años antes de que los *addais* fueran a buscarle, después había hecho un corto viaje con Kevyn quien, como buen soldado, apenas le había hablado. Tras la masacre en el torreón de la orden, Aleyn había vuelto a caminar solo y, finalmente, se había topado con Samael. Lo que menos necesitaba era más silencio. Ya que tenía que hacer aquel viaje, prefería hacerlo con una compañía más amena. Esperaba que su discurso diera resultado.

Samael aún tuvo que vencer algunas reticencias, pero durante los siguientes días de marcha se mostró mucho más colaborador e, incluso, afable. Cada cierto tiempo le hacía alguna pregunta a Aleyn de carácter práctico y, lo mejor de todo, atendía a las respuestas que, con mucho mimo, le eran dadas. En poco tiempo aprendió a orientarse a través de las estrellas, a seguir rastros de animales, cazó su primer conejo y encendió su primera hoguera.

Una semana después de la charla de Aleyn nadie hubiera sido capaz de reconocer al joven tímido, asustado y callado que había sido. Hablaba tanto

que Aleyn, en alguna ocasión, debía pedirle que se callara. Aunque por lo general era una compañía agradable, repleta de anécdotas divertidas y reflexiones interesantes. Había veces que, incluso, Aleyn se olvidaba de que era su prisionero, algo que le hacía dudar sobre la conveniencia de haberle dado tanta información. No obstante, Aleyn era Aleyn, así que, si finalmente el chico lograba escapar, casi se lo habría ganado.

Al no tener que estar pendiente de las idas y venidas de Samael, Aleyn comenzó a tener más tiempo para dedicarlo a la búsqueda de plantas y compuestos con los que rellenar los frascos vacíos que se escondían entre los pliegues de su túnica. Al fin y al cabo, el poder de los brebajistas residía en aquellas pociones tanto como en el conocimiento para crearlas. Cada día se desviaba de su ruta en busca de los elementos necesarios para crear sus brebajes y cada noche invertía tiempo en preparar los compuestos. Dado que no contaba apenas con instrumentos de laboratorio sofisticados, sus brebajes eran básicos y toscos, pero no por ello menos útiles. Logró crear una poción curativa, otra poción atrayente y una repelente, pociones de fuerza y también de ingenio.

La joya de la corona fue hacerse con una pluma de halción dorado, por la que tanto un maestro brebajista como un alquimista habrían dado sus dos ojos, algo que podía pasar fácilmente si uno cometía el mínimo error al intentar conseguirla.

El halción dorado era un ave similar al halcón, pero entre diez y quince veces más grande. De naturaleza noble, sumamente desconfiado y hostil, se decía que la fuerza de su pico podía quebrar un cráneo humano en menos de un segundo. Su hábitat natural se encontraba en los altos picos escarpados de la Cordillera Quebrada, pero de vez en cuando descendían hasta los bosques para cazar alguna jugosa pieza, principalmente ciervos y jabalíes. Aleyn jamás lo habría visto de no ser por sus dones. El alma de aquellos

animales emitía un halo de fulgente luz que perduraba en el aire durante días. Aleyn había seguido aquella estela hasta dar con el animal.

—¿No deberíamos estar yendo hacia poniente? —preguntó Samael, que por fin era capaz de distinguir los puntos cardinales.

—Silencio. —Se escondió entre el follaje e indicó a Samael que se acercara—. Estás a punto de ver algo increíble, chico. Mira allí.

Samael obedeció, pero no logró ver nada.

—¿Qué estoy mirando?

—No mires. Observa bien.

Al cabo de unos segundos los ojos del chico se abrían más allá de su capacidad.

—¿Qué es eso?

—Eso es un halción dorado. Una de las aves más majestuosas que existen en este mundo. Y también de las más peligrosas. Si aprecias tu vida lo más mínimo, y me consta que así es, no hagas ni un solo ruido. Si puedes evitar respirar, hazlo —dijo, le sonrió y avanzó hacia el animal.

El halción le vio al instante y le clavó los ojos; unos ojos más grandes que la cabeza de Aleyn. Era un animal precioso. De color toscana con dibujos dorados en sus plumas, pico plateado, ojos negros como la noche y enormes y afiladas garras. Aleyn se acercó hasta estar casi a un metro del ave y se irguió cuanto pudo. Parecía un enano frente a aquel animal.

El halción, con lentitud y parsimonia, extendió las enormes alas y soltó un gañido. En ese momento, Aleyn se arrodilló, puso las manos en el suelo y bajó su cuerpo. El ave dio un brinco y las garras se posaron frente al frágil cuerpo del gran maestro. Tocó con su pico la cabeza de Aleyn y, cuando este no se movió, plantó un ala sobre él. Al desplegarla había una pluma enredada entre su pelo. El halción volvió a dar un brinco y se alejó. No le quitaba los ojos de encima a Aleyn.

Se puso en pie con cuidado y paciencia, se irguió, miró a los ojos del animal e hizo una profunda reverencia. Entonces el halción batió las alas y desapareció en las alturas. Aleyn suspiró aliviado.

—¿Qué ha sido eso? ¿Está loco? Ese bicho podría…

—¿… haberme aplastado la cabeza? —concluyó Aleyn—. Sí, sin duda alguna. Pero no lo ha hecho. En lugar de eso me ha entregado un obsequio.

Y has de saber que es un obsequio valiosísimo.

—¿Por qué? ¿Por qué se lo ha dado?

—Ahora soy su súbdito.

—¿Cómo?

—El halción dorado es un ave noble. Dicen que por sus venas corre la sangre de los Grandes Reyes. Según las leyendas, fueron los alquimistas quienes crearon esta especie cruzando la sangre de Jeremy I con halcones comunes. Después se reprodujeron y, bueno, hasta hoy. Les gustan las mismas cosas que a los reyes. Que dobles la rodilla y les jures pleitesía. Y, si lo haces bien, te regalan cosas. Los Grandes Reyes regalaban tierras y los halciones dorados regalan plumas. Prefiero las plumas. Son más bonitas y te las puedes llevar de un sitio a otro.

—¿Me la deja? —preguntó Samael.

—¿Acaso te has arrodillado?

—Bueno, no, pero…

—Es broma —dijo Aleyn riéndose—. Toma.

La pluma era tan pesada como una roca. Parecía una lámina de oro ennegrecido.

—De hecho, es una lámina de oro ennegrecido —le confirmó Aleyn—. Cosas de reyes. Dame. —Samael se la devolvió, asombrado ante aquel extraño objeto—. Y recuerda una cosa: es mía, no tuya. Sé que eres un

ladrón y todo eso, pero hay algunas cosas que incluso en tu gremio deben respetarse. Esta es una de esas cosas, ¿estamos?

Samael levantó los brazos.

—No pensaba robársela.

—Advertido quedas.

Cruzar el río Azuliato les retrasó un día, pues el puente que Aleyn conocía hacía tiempo que había sido derribado y el vado más próximo se hallaba a varias leguas de distancia, rumbo Norte. Tuvieron que adentrarse en los terrenos de la Cordillera Quebrada para encontrarlo, con lo que el camino se hizo más difícil y accidentado. Por las noches, cuando por fin paraban y encendían una hoguera, se notaban exhaustos.

—¡En mi vida había estado tan cansado! —se quejó Samael una noche —. Tengo ampollas en las ampollas de los dedos de los pies.

—Te acostumbrarás.

—¿Si?

—No, pero llegará el día en que comprendas que quejarte sirve de bien poco.

—No quejarme. Eso sí lo sé hacer bien. Llevo practicando toda la vida.

El tono de Samael osciló entre la rabia y la tristeza. Aleyn percibió aquel detalle y se incorporó en dirección a su prisionero.

—¿Has sido huérfano toda tu vida? —preguntó.

Samael le miró durante un segundo, con los ojos inseguros y la respiración entrecortada, y después apartó su mirada. Aleyn esperó, prolongando el silencio y, cuando no obtuvo respuesta, se encogió de hombros y siguió a lo suyo. De alguna manera sentía que era su deber capturar al chico y averiguar cuán peligroso podía llegar a ser. Incluso se decía que tenía derecho a ejecutarle en caso de necesidad, pero al mismo

tiempo pensaba que no tenía derecho a indagar en sus emociones. Podía preguntar, pero debía aceptar una negativa como respuesta.

—Mi madre era una aniria pura y mi padre un mestizo —dijo Samael al cabo de un rato—. Durante el asedio a Cienaguas mi padre fue llamado para alistarse a la guardia de la ciudad, así que lo hizo. Era carpintero, pero cuando lo llamaron, acudió.

—¿Murió en combate? —preguntó Aleyn.

—Unas fiebres se lo llevaron durante el invierno, igual que a otros muchos. En la ciudad no había apenas comida, ni medicinas, así que el que enfermaba, moría. Tendría yo cinco o seis años. Apenas le recuerdo. Después de eso mi madre y yo nos quedamos solos, hasta que dos años después el ejército acampado a las puertas de la ciudad decidió atacar. Era un ejército occidental. Su comandante no le tenía demasiado aprecio a los anirios. Para él, nosotros solo éramos esclavos con delirios de grandeza.

—El comandante Wellington —susurró Aleyn.

—El comandante Wellington, sí. Cuando la ciudad cayó, el pueblo anirio, hombres y mujeres libres, sufrió sus inclemencias.

—Tenían órdenes de respetar la legislación vigente en el este en lo referente a anirios, homosexuales y demás —aclaró Aleyn.

—¿Órdenes? ¿Órdenes de quién?

—Mías —musitó Aleyn.

—¿Sí? Pues qué bien. Es un alivio. Los soldados que entraron en mi casa y golpearon a mi madre hasta matarla no debían estar enterados de sus órdenes, alteza.

—Lo siento mucho, chico —dijo Aleyn.

Sabía lo que había pasado en la ciudad. Sabía lo de las torturas, los saqueos, las palizas y los asesinatos. Lo había sabido siempre, incluso antes de que la ciudad cayera. En aquel momento, más centrado en materializar

su victoria que en ninguna otra cosa, tomó la decisión de dejarlo estar. Mirar para otro lado y continuar hacia adelante. Si no le hubieran condenado tras la caída de Ciudad Gloria quizá habría exigido responsabilidades a la república por los crímenes de guerra cometidos por algunos altos oficiales, entre los que se contaban el comandante Wellington. Sin embargo, fue a él a quien terminaron juzgando.

—Aprendí a guardarme las lágrimas para mí mismo, a ocultarme de los guardias occidentales y a sobrevivir. Unos meses después se declaró la paz y el ejército abandonó la ciudad. Fue entonces cuando encontré un refugio en el orfanato. Aunque nunca lo consideré mi hogar. Solo una guarida.

—¿Dónde estabas al cumplir los diez años? —preguntó de pronto Aleyn.

—No sé. En la calle. En el orfanato. ¿Qué importa?

—Intentando que ninguna figura de autoridad te atrapase, imagino.

—Imagino que sí. ¿Por qué?

—Sabes que todos los niños de diez años tienen la obligación de visitar a un guardián sanctorum, ¿no?

—Algo he oído, sí.

—Sin embargo, tú no lo hiciste —afirmó Aleyn.

—No. ¿Qué importa eso?

—Si lo hubieras hecho tu vida habría sido muy diferente —dijo Aleyn —. Tienes el don de los maestros, Samael. Lo supe en cuanto te vi. De haber visitado a algún guardián, este te habría incluido en su lista y al cumplir los once años habrías terminado en La Escuela. Es posible que hoy vistieras una túnica coloreada.

Samael sonrió, con más nostalgia que felicidad.

—Así que podría haber tenido una juventud mejor de la que tuve.

—No estoy tan seguro de eso. Los primeros años en La Escuela son los más duros y crueles en la vida de cualquier persona. Los aprendices apenas interactúan con los maestros, ni con los aspirantes ni con los monjes de Ka'andra. Todo eso viene después. Son los guardianes quienes se encargan de su educación y entrenamiento hasta que su mente y su cuerpo llegan al límite, día tras día. Es una tortura, la verdad. Si hiciéramos pasar por ese mismo entrenamiento a las personas comunes la mayoría se volvería loca.

—¿Por qué se hace entonces?

—Porque es la manera más eficaz de que los aprendices se conviertan en maestros.

El rumor del aire a su alrededor comenzó a vibrar, el manto de la noche se oscureció y una cuerda, a lo lejos, se tensó. Las orejas de Aleyn se levantaron y, antes de que hubiera transcurrido un segundo, saltó en dirección hacia Samael. Le empujó, recibió el impacto de una flecha en el hombro izquierdo y calló de bruces contra el suelo. Emitió un quejido doloroso.

—¿Qué demonios hace? —gritó Samael mientras se incorporaba. En primer lugar vio la sangre que emanaba de la herida de Aleyn y después vio la punta de la flecha atravesándole el músculo.

—Corre y no pares por nada —le ordenó Aleyn.

Samael dudó un solo instante, se dio la vuelta y salió disparado justo en el momento en el que una nueva flecha se clavaba en el suelo donde había estado sentado.

Aleyn le vio desaparecer y luego trató de auscultar la oscuridad, en busca de su atacante. A lo lejos, percibió el movimiento de varias sombras, moviéndose en la dirección en que Samael había huido. Aguardó algunos segundos, tumbado sobre la fina hierba, a la espera de nuevos proyectiles. No los hubo.

La flecha le había entrado por la espalda, a la altura del hombro, y la punta le sobresalía varios centímetros por la parte delantera. La partió, se llevó una mano a la espalda, respiró un par de veces, y se la arrancó. La tiró al suelo con rabia.

Cerró los ojos mientras se deshacía de su túnica. Tiró al suelo la prenda, extrajo su yatagán y echó a andar. Un paso y después el otro, sin apresurar sus movimientos. Caminaba a la luz de la luna, sin ocultarse. Su respiración estaba serena y su corazón latía lento y fuerte. Pum. Pum. Pum. En su rostro no había atisbo de expresión. Los párpados estaban caídos, así como las comisuras de los labios. Parecía un ser con un único objetivo, dispuesto a atravesar montañas para lograrlo.

Primero fue a por el arquero. Lo encontró agazapado en un terreno elevado desde donde se divisaba una pradera de altas hierbas. Le atravesó con su sable por la espalda antes de que el hombre se percatara de su presencia. Agarró el cuerpo sin vida por el cuello y lo lanzó varios metros ladera abajo. Se estrelló en las lindes de la pradera, alertando al resto de los enemigos que aguardaban allí.

Los hombres buscaban entre las hierbas a Samael. Cuando el cuerpo de su compañero cayó, uno de ellos buscó en las inmediaciones, mientras los otros dos se apresuraban por encontrar a su víctima.

Aleyn bajó a la pradera y empezó a avanzar hacia el hombre que lo buscaba. Este, al verlo, se quedó paralizado. Levantó la espada —una pobre arma de medio metro de calidad más que cuestionable— y murió tras el primer tajo de Aleyn. Mientras el sable descendía, Aleyn escuchó un ruido de pasos apresurados a su espalda. Un quinto hombre que no había visto. Antes de que pudiera llegar hasta él, le dejó inconsciente de una patada.

Se dirigió hacia el siguiente: un joven asustado armado con una espada corta. El otro, el cuarto hombre, portaba un arcabuz. Antes de que Aleyn

pudiera despachar al de la espada, su compañero tropezó con algo, Samael se puso en pie intentando escapar y este aprovechó la ocasión, apretó el gatillo y una bola de metal impactó en el estómago de Samael. Todo se llenó de humo y del olor de la polvareda.

—¡No! —gritó Aleyn.

Corrió hacia Samael. Por el camino mató al de la espada de un tajo vertical, se separó de él y lanzó el sable en un movimiento preciso que atravesó el pecho del arcabucero. Consiguió llegar a tiempo para sostener a Samael antes de que se precipitara hacia el suelo.

Le tumbó sobre la hierba con cuidado. Samael trató de decir algo, pero solo le salían borbotones de sangre por la boca. La bala le había atravesado, dañando el estómago, el páncreas, algún riñón. Las heridas eran graves; mortales.

Aleyn buscó los frascos con los brebajes, hasta que se dio cuenta de que los tenía en la túnica y esta estaba lejos. El chico no aguantaría con vida tanto tiempo.

Le tocó la cara y le obligó a mirarlo a los ojos.

—Voy a hacer algo que no te va a gustar. Si no lo hago, morirás. Pero necesito que te concentres en vivir y solo en vivir. No importa cuánto te duela, cuán insufrible sea. Prométeme que no dejarás de pensar en vivir. Júrame que no te rendirás.

Samael abrió mucho los ojos y asintió. Entonces Aleyn se concentró y pronunció un conjuro:

—*Samaeji guyá*.

Samael empezó a gritar como si las llamas de los tres infiernos estuvieran lamiendo su piel y reptando por su interior.

—¡Aguanta!

Esta vez sí, corrió. Todo cuanto pudo. Recogió la túnica y volvió a la carrera. Los gritos del chico le acompañaron en su camino de ida, pero cesaron en el de vuelta. Aleyn se temió lo peor y aceleró el paso. Sabía que no moriría. No con aquel conjuro destinado a fijar su alma en su cuerpo, pasara lo que pasase. No obstante, las consecuencias podían ser incluso peores que la muerte si el chico se rendía. La locura extrema o, peor aún, la rotura del alma, eran posibilidades mucho más crueles y tenebrosas.

Llegó a la altura del chico, se lanzó de rodillas a su lado y pronunció un nuevo conjuro:

—*Samaeji gayú*.

El chico cogió una gran bocanada de aire y Aleyn vertió toda su poción curativa sobre la herida. Un pus blanco y maloliente inundó por completo la tripa del muchacho. Gritó de dolor y luego se desmayó.

Aleyn se levantó, mucho más agotado de lo que pudiera parecer. Respiró profundamente, avanzó dos pasos a su derecha y arrancó el sable del pecho del arcabucero. Luego caminó hacia el quinto hombre. Continuaba inconsciente, por supuesto. Seguramente tendría la nariz rota y un buen cardenal recorriéndole la cara. Le despertó con una patada en el estómago.

Aquel hombre no era un hombre. Solo un crío de no más de catorce años. En cuanto vio a Aleyn, comenzó a suplicar por piedad.

—¿Qué sois? —preguntó Aleyn.

—No quería, señor. Mi hermano mayor me obligó. Yo no quería venir.

Lloraba y moqueaba mientras hablaba, haciendo incomprensible su mensaje.

—¿Os pagaron por matarnos? —interrogó Aleyn.

—Yo…yo…

—¿¡Os pagaron!? —gritó, con voz profunda y tajante.

—Solo teníamos que matarle a él, señor. Lo juro. Nos dijeron que a usted no le hiciéramos nada.

—¿Cuánto os pagaron?

—Cuatro platas. Solo cuatro platas. Necesitábamos comprar comida, señor. Por favor. Lo juro. Solo soy un niño. Era mi primera vez. Lo juro. No lo volveré a hacer.

—De rodillas.

—Señor, por favor. Yo no quería. Les dije que no era buena idea.

—De rodillas.

El chico tembló y lloró y se orinó encima, pero obedeció.

—Baja el cuello.

—Solo soy un niño, señor. Clemencia, por favor, se lo suplico.

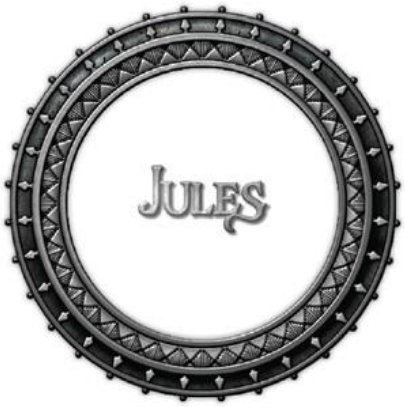
—Dejaste de ser un niño el día que te convertiste en mercenario. Ahora, baja el cuello y muere como un hombre.

Por un momento pareció que el chico iba a continuar con sus súplicas, pero, al ver la mirada perdida en una ira serena de Aleyn, cerró los ojos con fuerza y bajó la cabeza.

—Yo, Aleyn Somerset, quien en su día ostentara el cargo de gran maestro de La Escuela, te condeno a ti, mercenario, a morir por los crímenes de intento de asesinato y mercenarismo y, tal día como hoy, ejecuto la sentencia.

El sable bajó, cortando viento, carne y hueso. La sangre manchó la hierba y la cabeza de aquel joven rodó por ella.

OceanofPDF.com



La última parada era Terentena. Su última gran arenga antes de regresar a Viendavales y comprobar las repercusiones de las duras palabras dirigidas a la población sobre el supuesto gran héroe Deian Wellington. Conocía el discurso de memoria. La población de Helia, Maremar y sus alrededores ya lo conocía. Ahora les tocaba a los de Terentena.

A la sombra de una de las ocho torres de Terentena, Jules se irguió y se secó el sudor de la frente. Tal y como esperaba, la cantidad de ciudadanos reunidos en la plaza era varias veces mayor que en Helia y Maremar. Terentena era la segunda ciudad más poblada del oeste y, desde el punto de vista de Jules, resultaba impresionante. Según se decía, desde la Torre de los Héroes se podía ver la inmensidad del valle de Terentena. A Jules le habría encantado comprobarlo. Maremar, en cambio, era una ciudad sucia, cuyo único atractivo estaba en el puerto y, para aquellos a los que les gustara el maltrato y asesinato de personas, el mercado de esclavos. Helia, por su parte, era una ciudad perdida entre lo peor de dos identidades enfrentadas. Terentena se erigía en símbolo de gloria y prosperidad, de ahí que fuera la última parada en el itinerario de Jules. El morbo de su discurso movería a las masas y su mensaje calaría en la población.

—Es responsabilidad de nuestros gobernantes no engañarnos —comenzó Jules—, no manipularnos, no pedir nuestra confianza en base a palabras huecas y promesas vacías. Mi nombre es Jules Wellington, hijo de Deian Wellington. Estoy hoy aquí para hablaros de ese hombre. Os han contado que es un hombre de leyes. Os han convencido de que su familia le adora. Os han dicho que salvó a sus seres queridos durante la noche del levantamiento. Y yo, como su hijo, también quiero deciros algo. Han abusado de vuestra confianza y de vuestra bondad. La historia que os han vendido sobre mi padre es mentira. ¿Un héroe de guerra? Lo único que hizo fue fracasar en la toma de Cienaguas.

»¿Es incorruptible, moralmente impertérrito? ¡Es rígido! Es la mente más rígida que una persona jamás podrá encontrarse. Incapaz de adaptarse, incapaz de cambiar. Su único deseo es recuperar el pasado, sin atender a las circunstancias del presente.

»Y la mayor mentira de todas: ¿Un hombre de familia? ¿De qué familia? No será de la nuestra. Ese hombre ha escupido sobre todas las cosas buenas que, en algún momento, nuestra familia tuvo. La ha destruido. ¡No estoy dispuesto a permitir que haga lo mismo con la cultura del oeste! Por eso estoy aquí y, humildemente, os digo: No le votéis. No le concedáis ese poder.

La multitud aplaudió, más por educación que por emoción. Algunos sectores vitorearon ciertas consignas, pero otros permanecieron en silencio. Luego empezaron a dispersarse por las calles. A Jules no le importaba que no lo vitorearan. No estaba ahí para ganarse adeptos, sino para crear dudas.

Esperó pacientemente hasta que la plaza estuvo despejada. Cuando por fin iba a marcharse, un hombre de aspecto fiero, vestido con un chaqué elegante y sombrero, a la moda actual del valle, se apresuró a interceptarle.

—¡Señor Wellington!

—El señor Wellington es mi padre, señor. Yo soy simplemente Jules.

—El alcalde Rian desea invitarle a tomar el té en los salones de la Torre Roja.

A Jules le sorprendió la invitación. Tanto en Helia como en Maremar su presencia había pasado inadvertida para las altas esferas.

—Su esclavo deberá esperar fuera, no obstante. No está permitida la entrada de anirios en la torre, a menos que desempeñen sus labores allí.

Aquello disgustó a Jules, pero lo dejó estar.

—Güido, dile a nuestro amable cochero que te lleve de vuelta a la posada. Yo iré en un rato.

La Torre Roja estaba destinada principalmente al ocio de la alta sociedad. Había teatros, restaurantes y una posada tan elegante y cara que Jules no quiso ni saber sus precios.

El alcalde Rian se levantó de su mesa al verle llegar, le tendió la mano y le guio hasta la mesa que compartirían. Una mujer de bonitas y serias facciones les sirvió el té.

—Espero que mi invitación no le haya importunado.

—Para nada, señor. Es un honor conocerlo, de hecho.

—El honor es todo mío. ¿Está disfrutando de los placeres de Terentena?

—¿Se refiere al vino? —preguntó Jules en tono amistoso. Rian sonrió ante el comentario.

—Entre otros.

—Sí, señor alcalde. Me encanta su ciudad. Desde que era pequeño.

—Igual termina usted viviendo aquí.

Jules torció el gesto ante aquellas palabras. ¿Eran una broma o una advertencia?

—Es usted un joven valiente, hijo. He escuchado su discurso. Por supuesto, no podía dejarme ver en esa plaza, pero lo he escuchado. Un

discurso muy dañino.

—Un discurso muy sincero.

—Sin duda —dijo Rian—. La verdad tiene la extraña cualidad de provocar dolor. Aunque, como todo en esta vida, está sujeta a interpretaciones. Apostaría mi ciudad a que su señor padre no está de acuerdo con las cosas tan feas que ha dicho sobre él. Le conozco desde hace años, ¿sabe? No somos íntimos. Creo que ni siquiera nos agradamos, la verdad. Pero sé cómo es.

Y de algo estoy seguro. El hombre detesta a aquellos que tratan de dañar su reputación. Me pregunto qué pasaría si esa persona fuera su propio hijo.

Jules escuchaba con el ceño fruncido y la mente despierta. El alcalde Rian tenía fama de ser inteligente, amable, sofisticado y tremendamente reservado. No obstante, en los círculos más ilustrados se le describía con otros apelativos, no tan bienintencionados: embaucador, clasista y corrupto.

—¿Qué quiere decirme, señor alcalde?

—Que es usted un joven muy valiente.

—Gracias.

Su interlocutor le sonrió con malicia.

—No obstante, no deja de resultar curioso que, además de ser el hijo de uno de los candidatos a ocupar el sillón de gobernador, esté empleado en la oficina de su oponente. Me pregunto si no habrá sido mi colega Roshan quien ha orquestado esta empresa suya de desacreditación.

Jules se encogió de hombros.

—Eso me temía. Bueno, joven, ya que trabaja usted para Roshan, quiero que le lleve un mensaje. Es confidencial, por supuesto. Dígame que puedo confiar en usted.

—Puede hacerlo.

—Como sabrá, me presento para la alcaldía de Terentena. Mi oponente más fuerte es un molesto terrateniente con tierras en el valle. Un traidor, a decir verdad. Durante seis años mi política ha favorecido sus intereses comerciales y, ahora que lo tiene todo, aspira a quitarme lo que es mío. Es inaceptable. La gente de esta ciudad me quiere, pero no puedo competir contra un hombre con tantos recursos económicos. Al fin y al cabo, solo soy un humilde servidor público.

—Comprendo —dijo Jules.

Las arcas de Terentena estaban vacías. Lo sabía todo aquel que no quisiera ponerse una venda en los ojos. Y la razón había sido la mala, y seguramente corrupta, gestión llevada a cabo por el equipo del alcalde Rian. Ahora tocaba hacer campaña, destinar fondos a cartelería, discursos, comprar columnistas, hacer favores y un largo etcétera de costosos quehaceres.

—Me gusta Roshan —continuó Rian—. Es un buen hombre. No tiene un carácter demasiado firme, pero eso no tiene por qué ser necesariamente malo. La verdad, creo que el oeste se beneficiaría de tenerle a él como gobernador.

—Le alegrará saber que cuenta con su apoyo.

Rian sonrió y apretó las mandíbulas. Jules había corrido antes siquiera de empezar a gatear, pero lo había hecho adrede. Rian no era de los que regalaban nada y Jules quería saber cuánto le costaría a Roshan conseguir su apoyo.

—Me encantaría apoyarle, la verdad que sí. Pero, por encima de todo, mi deber es para con mi pueblo. Solo puedo ayudarles si me reeligen y para eso necesito cierto apoyo financiero.

Rian se quedó callado y Jules le imitó. Se miraron, sonrieron y bebieron un sorbo de su té.

—¿Eso es lo que quiere que le diga a Roshan, que obtendrá su apoyo si le ofrece cierto apoyo financiero? —Rian se encogió de hombros—. Sería una declaración más efectiva si supiera de cuánto estamos hablando.

—Eso no es importante. Son pormenores. Hablar de cifras me agota.

—A mí me encanta y tengo entendido que al alcalde Roshan también.

La expresión de Rian se tornó seria. Era un hombre algo mayor, de piel oscura, pronunciados surcos en la cara y nariz afilada. Poco a poco sus labios fueron ensanchándose en una sonrisa.

—Por un momento olvidé con quién estaba hablando.

—¿Si? ¿Con quién está hablando?

—Puede odiar a su padre, pero no hay duda de que es hijo suyo. No le gustan los juegos, igual que a él. Es firme y directo. Un Wellington de pura cepa. De acuerdo, joven, seré franco. Necesito ciento cincuenta piezas de oro.

A Jules se le cortó la respiración al oír aquella cifra. Era la mitad del presupuesto destinado a la campaña del alcalde Roshan; una campaña cuyos derroches se convertirían en legendarios. ¿Para qué demonios necesitaba un candidato a alcalde tantísimo dinero?

—Con esa generosa contribución se asegurará mi apoyo, el de todos mis conocidos, mis buenas palabras, los mejores espacios de representación en el valle y, por supuesto, mi propio voto.

Jules sabía que el alcalde no disponía de tamaña fortuna para regalar, pero no era su trabajo hacérselo saber al alcalde Rian.

—Le haré llegar su mensaje, señor.

—Se lo agradezco. Esperaré impaciente su respuesta.

—¡Rian! —dijo un hombre gritón, bajito y barrigudo a su espalda.

—¡Senador Dugor! —le respondió el alcalde, levantándose y tendiéndole la mano—. ¿Conoce a Jules Wellington?

—Lo cierto es que no, pero he oído hablar mucho de él. Especialmente estos últimos días. ¡Maldita sea, chico, la que estás liando! —comentó—. Desde luego no vamos a aburrirnos los próximos meses.

—Senador —saludó Jules empequeñecido ante su figura.

Clay Dugor también tenía cierta fama. Se decían muchas cosas de él y la única que podía considerarse positiva era que tenía más poder que el presidente de Ylandra. Según había oído, aquel hombre conocía los trapos sucios de toda la Cámara de Representantes y del Senado, lo que le otorgaba un inmenso poder. Y, aparte, le había dado su apoyo a su padre.

—Si me disculpan, señores, creo que debería marcharme.

—Le he intimidado —afirmó Clay—. ¿Te he intimidado, chico?

—No, es solo que…

—Espero que esa excusa termine con algo creíble, como que vas a ir a echarle un polvo a alguna de las guarras de la Torre Bendita. Aún sigue ahí el burdel del eunuco, ¿no, alcalde? Oí hace unos meses que estaban pensando en cerrarlo.

—Y seguimos pensándolo —dijo Rian sonriendo.

—Y que se siga pensando durante cientos de años. Brindo por ello.

Jules aprovechó la distracción para levantarse y tender una mano en dirección al alcalde.

—Señor, debo marcharme. Gracias por el té. —Se giró hacia el senador —. Senador.

Salió de allí confuso y nervioso. Era la primera vez que cruzaba una palabra con el senador Dugor y parecía todo lo que jamás hubiera imaginado que un político de su talla podría ser. Mientras caminaba hacia su posada, se preguntó qué demonios sabía él realmente de política. Había estudiado en la universidad de las islas, se había licenciado en Ciencias Políticas con honores y se había ido abriendo un hueco en el mundillo y,

después de todo, se daba perfecta cuenta de que aún no entendía nada. Clay Dugor era un gritón, maleducado e impertinente hijo de perra. Bastaban dos minutos a su lado para darse cuenta. Y sin embargo era uno de los hombres más poderosos de la república. ¿Cómo demonios podía ser aquello cierto?

Al llegar a su posada su mente regresó a Viendavales. Empezó a ponerse nervioso. Tal y como el alcalde Rian y el senador Dugor le habían hecho saber, sus palabras tendrían consecuencias. Su padre estaría furioso e intentaría hacérselo pagar. No obstante, ¿qué podía hacerle? No dependía económicamente de él. No tenía una posición social gracias a él. No le debía nada ni necesitaba nada de él. Además, si le atacaba en público, la única cosa que podía hacerle, la propia reputación de su padre también se vería dañada. En el tablero, las piezas de Jules estaban en una posición inmejorable y las de su padre arrinconadas en una esquina, impotentes. Entonces, llamaron a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Jules.

—Le traigo su cena, señor Wellington —le dijo una voz masculina al otro lado.

¿Su cena? No había pedido ninguna cena. Tal vez Güido… Abrió la puerta y se encontró con la esbelta y atractiva figura de Brendan mirándolo. Este se lanzó a sus brazos y empezó a comérselo a besos.

—Espera, espera, espera —demandó Jules, haciendo un esfuerzo por apartarlo de su cuerpo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? He escuchado tu discurso. Esta tarde. ¡Por los Tres, jamás me había sentido tan orgulloso! ¡Has sido muy valiente!

Jules sonrió y empezó a besarle el cuello.

OceanofPDF.com



Cerca de Viendavales, el camino se encontraba abarrotado de carros, carruajes, transeúntes a pie y gente a caballo. Era una procesión lenta y tediosa de personas hacia el interior de las murallas. Si bien no era inusual tanto tráfico, sí lo era la lentitud con la que se avanzaba.

Jules estaba nervioso.

En la puerta del camino norte, un grupo de soldados detenía a todas las personas, les pedían los papeles y les interrogaban y registraban antes de dejarles avanzar.

—¡Qué demonios…! —masculló Jules entre dientes—. ¿Sucede algo, soldado? —preguntó cuando llegaron a su altura.

—Tiene que bajar, señor. Debemos registrar su carruaje.

El soldado iba vestido con un jubón de cuero teñido de amarillo y morado. Por uno de sus lados colgaba una espada corta y por el otro un puñal curvo y afilado. Era un chico más bien joven, de ojos grises, barba recortada y mandíbula cuadrada. Guardándole sus espaldas, otro soldado aguardaba con un mosquete cargado para la ocasión.

Jules indicó a Güido que bajara y se mantuviera en silencio. En cuanto tocaron el suelo, otros dos soldados se introdujeron en él y comenzaron a rebuscar entre sus pertenencias.

—¿Por qué están registrando mi carroza? ¿Qué esperan encontrar?

—Déjenos trabajar, señor —respondió el soldado y Jules obedeció.

Al cabo de un par de minutos los dos guardias bajaron del carro.

—¡Limpio!

—Bien. ¿El anirio es suyo? —preguntó.

—Su nombre es Güido.

—Me importa una mierda cómo se llame. ¿Es suyo?

—Pertenece a mi padre, el juez Deian Wellington.

—¿Tiene sus papeles aquí?

Jules miró a Güido y este negó con la cabeza.

—No sabíamos que fueran necesarios.

—¿Eso quiere decir que no los tiene?

—No, no los tenemos.

—En ese caso no puedo dejarle atravesar las murallas, señor.

—¿Cómo dice?

—Todos los anirios tienen la obligación de tener sus papeles en regla y llevarlos encima en todo momento.

—¿Desde cuándo? No llevo tanto tiempo fuera de Viendavales y cuando me fui nada de esto era necesario.

—La ley se aprobó hace cinco días. Y ahora, por favor, si puede apartar su carroza del camino… Tenemos que seguir con los registros.

—¿Que lo aparte del camino? ¿Y qué quiere que haga? ¡Yo vivo en Viendavales!

—Usted puede entrar, si quiere. El anirio no. Le recomiendo que vaya a buscar sus papeles. Cuando los hayamos visto le dejaremos pasar.

Las cejas de Jules se levantaron en un signo claro de incredulidad. Güido no era estúpido. Era plenamente consciente de la rabia con la que el señor Wellington recibiría a su hijo en cuanto lo viera. Jules no podía

presentarse en la granja familiar pidiendo favores. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

—¿Cuál es su nombre, soldado? —preguntó Jules.

—Ébado, señor.

—Ébado, ir a la casa de mi padre y volver con los papeles me llevaría demasiado tiempo. Tiempo del que, con toda sinceridad, no dispongo. ¿No habría alguna forma de que lo dejara pasar, solo por esta vez?

—No hay excepciones, señor. Órdenes del alcalde.

Jules sonrió.

—¿El alcalde Roshan? Resulta que soy Jules Wellington, consejero en la oficina del alcalde. Estoy seguro de que no le importará que haga una excepción conmigo.

El soldado frunció el ceño y, por primera vez, se detuvo a observar a la persona con la que estaba conversando. Se llevó una mano a la barba y empezó a acariciársela.

—¡Avanzamos o qué! —gritó un hombre en la fila, montado sobre un carro repleto de manzanas. Ébado se adelantó un par de pasos en su dirección. Le señaló con el dedo.

—¡Avanzaremos cuando avancemos! Ahora cállese y asegúrese de que su burro no llena el camino de mierda. Si vuelve a tocarme las narices esta tarde no tendrá ni una sola manzana para vender. ¿Queda claro?

El hombre rebuznó, emitió una silenciosa maldición y apartó la vista del soldado.

—¿Trabaja para el alcalde?

—Así es.

—¿Y su padre es Deian Wellington? ¿El candidato a gobernador?

—Así es. Y ese esclavo es suyo. No le gustará que se retrase.

Ébado suspiró.

—Lo siento, señor, pero no puedo dejarle entrar si no lleva los papeles de propiedad encima. No es por mí. Tenemos orden de pedir los papeles a todos los anirios que vemos solos por la ciudad. Si alguno no los tiene…

—Comprendo —dijo Jules—. ¿A qué se debe todo esto?

—Ese hijo de perra del Inferus.

—¿El Inferus?

—¿No lo sabe? Ha asesinado a dos de nuestros comandantes en las últimas semanas.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Jules casi tanto como en el de Güido.

—¿Cómo? ¿Cómo ha podido…?

—El comandante Nutz murió al explotarle unos barriles con alguna sustancia explosiva. También murieron una decena de soldados. Al comandante Mael lo asesinó en su propia casa.

—¡Santo Daxal! —exclamó Jules—. ¡Es horroroso! ¿Qué más leyes se han aprobado?

—A la guardia de la ciudad se le han otorgado poderes y total libertad para registrar, interrogar y detener a cualquier anirio que se considere sospechoso de ser o conspirar con el Inferus. Se ha establecido un toque de queda para todos los anirios y se les obliga a llevar los papeles en regla. Por lo demás, estamos patrullando la ciudad día y noche. Ese Inferus no tendrá dónde esconderse. En cuanto salga de su cueva lo atraparemos y se lo haremos pagar.

—Les deseo suerte, soldado —dijo Jules—. En cuanto a este anirio, puedo asegurarle que no es ni conspira con ningún Inferus. Apenas ha cumplido la mayoría de edad. ¿No existe ningún pase provisional para que pueda llegar hasta su plantación?

—Me temo que no, señor —respondió el soldado—. No obstante, podría prescindir de alguno de mis hombres y ordenar que le escolten hasta la plantación Wellington. —Jules sonrió y asintió—. Y si me permite el atrevimiento… Con todos estos asesinatos del Inferus, imagino que se acometerán numerosos ascensos en las próximas semanas. Llevo siendo soldado de primer rango un par de años. Me gustaría ascender a primer oficial.

Jules le puso la mano en el hombro.

—Veré qué puedo hacer. Gracias por su ayuda. —Se giró hacia Güido y lo condujo tras el carro, donde pudieran tener algo de intimidad—. Te van a acompañar dos soldados hasta casa. Te acompañaría yo mismo, pero no creo que sea buena idea. Mi padre estará furioso. Una cosa más. Esos soldados están bastante irritados. Obedéceles en todo lo que te digan, no les mires a los ojos y no hagas ni digas nada que pueda hacer que se enfaden. No creo que tengan ningún escrúpulo en darte una paliza por el camino o algo mucho peor.

¡Como si necesitara aquel consejo! Jules no era un esclavo, pero Güido sí. Ya sabía él que hacer enfadar a cualquier irio podía acarrearle palizas, latigazos o la soga. No era ninguna novedad.

—Tendré cuidado, señor.

—De acuerdo. Y una última cosa… Gracias, Güido. Por la compañía, la conversación y la ayuda. Me ha gustado compartir esto contigo.

Aquello cogió desprevenido a Güido y lo dejó sin palabras. Sin saber cómo responder, sonrió y asintió. Jules se subió a la carroza y ordenó al cochero que se pusieran en marcha.

—Ébado, dígales a sus hombres que cuiden bien de este anirio. No quiero que llegue magullado a casa de mi padre.

—Descuide, señor.

Al entrar en los terrenos de su amo, escoltados por dos jóvenes soldados, los anirios que trabajaban el campo comenzaron a mirarlo y a cuchichear. Quizá creían que se había metido en algún lío y que iban a castigarle, pero esta vez Güido sabía que no tenía nada que temer. En la puerta les abrió Naría, la aniria que había sustituido a Cazi como ama de llaves. Les indicó que esperaran en el vestíbulo y se fue a buscar al señor Wellington. Este apareció acompañado de Mac.

—Disculpe la molestia, señor Wellington —dijo uno de los soldados que escoltaban a Güido—. Su hijo Jules nos dejó a este anirio en la puerta de la ciudad. No tenía los papeles encima.

—¿Y le han traído ustedes?

—Así es, señor.

—Sin duda mi hijo ha hecho valer sus influencias —comentó el juez en tono pensativo—. Le agradezco el servicio. Pueden marcharse.

El soldado que se había adelantado carraspeó y miró a su compañero.

—En realidad, señor, necesitaríamos ver los papeles de su esclavo.

El juez cruzó una mirada despectiva con aquel soldado y finalmente asintió.

—Mac, ve a mi despacho y tráele los papeles de Güido a estos señores.

—Claro, señor.

—Ahora les traerán la documentación. Güido, acompáñame.

Subieron las escaleras, se cruzaron con Mac, que bajaba, y se adentraron en el despacho del juez, quien tras servirse una copa de vino se sentó en su trono particular. Güido permaneció de pie, inseguro.

—Siéntate, Güido —le ordenó. Güido se acercó a una de las sillas y, aunque dudó sobre la conveniencia de sentarse, decidió que no le quedaba otra opción—. ¿Quieres una copa de vino? —le preguntó el juez—. Es de la cosecha de la familia de Danea, en el valle de Terentena. Un vino excelente.

—No… no podemos beber vino, señor —respondió al fin.

El juez sonrió, enseñando los dientes. Cuando sonreía su cara se llenaba de arrugas, especialmente en los bordes de sus ojos. No obstante, no era una expresión alegre, sino cruel.

—Tienes razón, Güido. Los esclavos tenéis prohibido beber vino.

El juez apartó la mirada de su esclavo, apuró la copa y la dejó con suavidad sobre la mesa. Abrió un cajón y extrajo un folio escrito por ambas caras. Empezó a leer. Güido le observaba en silencio y con el corazón acelerado. Cuando la puerta se cerró a su espalda, se sobresaltó.

—Listo, señor.

—Estupendo —dijo el juez dejando la hoja sobre la mesa—. Bien, Güido, es hora de que me cuentes todo lo que hayas descubierto.

Güido asintió, recordó su pacto con Jules y, a sabiendas de que no traicionaba su generosidad, empezó a hablar.

—El señorito Wellington y yo fuimos primero a Helia, luego a Maremar y finalmente a Terentena, parando en los pueblos que encontrábamos por el camino. Dio muchos discursos y habló con algunas personas que parecían importantes y…

—¿Estuviste con él todo el tiempo, tal y como te ordené?

—Casi todo el tiempo, señor —respondió Güido.

Mac bufó a su espalda.

—¿Mac? —preguntó entonces el juez.

—Miente, señor.

—Mac dice que mientes, Güido.

Güido se giró hacia el guardia y este le retó con una mirada de suficiencia.

—Todos los anirios sois iguales —criticó el juez—. Desleales y traicioneros. ¿Ves por qué no te puedes fiar de ninguno de ellos, Mac?

—Lo veo, señor.

—¡No, señor! —protestó Güido con el terror escalándole las costillas—. Hice lo que me dijo. Acompañé al señorito en su viaje e intenté no despegarme de él, pero a veces no pude acompañarle. No es culpa mía.

—¿Mac?

—Miente, señor.

—¿Qué fue lo que ocurrió realmente?

—Le acompañaba en sus viajes, pero cuando Jules le decía que se fuera a su habitación, se iba.

—¿Es eso cierto, Güido?

—Yo solo le obedecí.

—¿A quién perteneces, Güido?

—A usted, señor. Yo no he hecho nada malo.

El juez se puso en pie, agarró la copa de vino vacía y volvió a llenarla. Un líquido del color de la sangre se extendió hasta los bordes del cristal. Se lo tendió a Güido.

—¿Señor?

—Bebe.

—Señor, yo…

—Bebe o te juro por los Tres que llenaré esa copa con tu sangre.

Güido cerró los ojos y bebió un pequeño trago. Cuando volvió a abrirlos la mano del juez reclamaba el recipiente. Al cogerlo, unas gotas de vino cayeron sobre las piernas de Güido.

—¿Reconoces el sabor? —preguntó—. Es el mismo vino con el que os emborrachasteis en Terentena. Pero espera, eso es imposible, ¿verdad? Los anirios tenéis prohibido beber vino, ¿me equivoco?

Los ojos de Güido se estremecieron en un parpadeo suplicante, pero lo único que encontró en su amo fue el desprecio que sentía hacia él.

—¿Qué más me estás ocultando?

—Nada, señor —mintió.

Empezó a notar cómo un líquido rojizo caía sobre su cabeza. Sintió que le calaba el pelo por completo y que se le introducía por debajo de la camisa. Se estremeció y apretó los puños, pero no se movió.

—La próxima vez que me mientas, Güido, será tu sangre la que vierta. ¿Lo has entendido?

Asintió con los párpados apretados.

—¿Por qué me desobedeciste?

—Me lo dijo él —susurró.

—¿Qué te dijo?

Güido empezó a llorar.

—Me dijo que sabía que me habían ordenado espiarle. Me dijo que no lo hiciera. Que luego me contaría algunas cosas para que yo se lo contara a usted.

—¿Mac?

Mac golpeó a Güido en la cara con tal fuerza que cayó al suelo. Luego lo pateó varias veces en el estómago hasta que el juez le indicó que se detuviera. Güido quedó tendido en el suelo, acurrucado de medio lado, con las manos cubriendo las zonas que habían recibido los golpes.

—¡Levántate! —exigió.

Güido hizo ademán de obedecer, pero le dolía demasiado. Al intentar levantarse quedó tendido boca arriba. Mac fue a ayudarle, pero el juez le detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando el pecho de Güido.

Mac se agachó, buscó entre los bolsillos interiores de la camisa de Güido y extrajo un trozo de papel. Al principio Güido no supo qué era, pero

al mirar hacia el juez lo recordó. La carta de Mara. Estaba manchada de vino, pero aún era legible.

La expresión del señor Wellington reflejó la sorpresa y después el odio. Al terminar cogió el trozo de papel y lo estrujó.

—Llévate a este saco de mierda abajo, Mac —ordenó masticando cada palabra—. Átale a un poste y azótale. Quince latigazos. Azótale hasta que la espalda le cuelgue en jirones.

Fueron más de quince latigazos. Mac le azotó hasta que los golpes perdieron impulso por el cansancio de su brazo. Cuando llegaron a los veinte, Güido dejó de contar. El látigo caía sobre su espalda, él gritaba, sus piernas flaqueaban y tenían que ser las cuerdas con las que tenía atadas las muñecas las que sostuvieran el peso de su cuerpo. Cuando el golpe de dolor menguaba lo suficiente como para que Güido recuperara el ánimo y la esperanza de haber terminado, el látigo volvía a caer. Al final se desmayó, aunque aquel estado no le impidió sentir, en algún lugar de su mente adormilada, cómo el látigo continuaba lamiendo su espalda.

Despertó caída ya la noche. El cuerpo de su amo permanecía a su lado, observándole. Sonreía.

—Toma. Puedes quedarte esto —dijo tirándole la carta arrugada de Mara—. Léela cada noche, dará igual. Nunca serás libre, Güido. Nunca. Mara no comprará tu libertad y yo no te venderé. Serás mi esclavo toda tu vida. Óyeme bien. Serás mi esclavo toda tu vida. Y cuando me muera, dejaré escrito que te entierren junto a mí, en mi misma tumba. No sabrás cuál es el sabor de la libertad y, si alguien intenta liberarte, lo mataré. Mara o cualquier otro. Lo mataré —sentenció—. Mac, lleva a esta basura hasta su agujero.

Lanzó su cuerpo sobre el camastro, le insultó, le escupió y se marchó riéndose. Güido permaneció tumabado boca abajo, incapaz de moverse,

buscando una postura en la que el dolor solo fuera un rumor constante e incómodo. Temía lo que pudiera sentir si se movía. Lo que sí hizo fue llorar. Abandonarse al consuelo de las lágrimas. Al menos eso nadie podía arrebatárselo.

Oyó un ruido cercano a su cama y giró el cuello. Aunque la espalda le ardió, el miedo y la curiosidad amortiguaron el dolor. Allí estaba. De pie frente a él, observándolo, sin decir palabra. El Inferus.

Algo dentro de Güido estalló. Una súplica rencorosa.

—¿Cuándo vas a liberarnos? —gritó entre lágrimas y mocos—. ¿No ves lo que nos hacen? ¿Cuándo vas a liberarnos?

El Inferus se acercó a la cama de Güido con un movimiento rápido y le cubrió la boca con una mano enguantada en piel.

—Silencio —dijo y Güido notó algo. La voz. No era la misma voz de otras veces. Esta vez era la voz de una mujer. Una voz rasgada y falsa, pero femenina. Al fijarse mejor vio que los ojos también eran diferentes. Esta vez dentro de aquella mirada no había ningún iris embelleciéndola. La que le tapaba la boca en ese momento era una aniria. No obstante, vestía las mismas extrañas ropas que el Inferus.

—¿Quién eres? —preguntó Güido en cuanto la mujer apartó la mano de su boca.

—Soy el Inferus.

—¡Mientes! El Inferus es un hombre irio. ¿Quién eres?

—El Inferus, Güido —insistió la mujer—. ¿Sabes por qué vestimos así? ¿Por qué cubrimos nuestro rostro?

—Para que nadie pueda reconocerte.

—Solo en parte. El Inferus, Güido, es mucho más que una persona. Mucho más que un hombre o que una mujer. Es un concepto creado con un objetivo: que los anirios luchen y ganen su libertad. El Inferus puede ser un

hombre, una mujer, un anirio, un irio, da igual. El Inferus es todo aquel que luche por la libertad de nuestro pueblo. Pueden matar a uno de nosotros y cuando nos quiten la máscara solo quedará el nombre de la persona a la que han asesinado y, al día siguiente, se darán cuenta de que el Inferus continua vivo. ¿Lo comprendes? El Inferus es inmortal.

Güido lo comprendía.

—Llévame contigo —suplicó—. Por favor, no lo soporto más. Llévame contigo. Seré un Inferus. Haré lo que me pidas, pero por favor…

—Ya eres un Inferus, Güido —le interrumpió—. Uno muy útil.

—Pero yo…

—No puedo llevarte conmigo —le interrumpió de nuevo—. Lo siento. Cada uno de nosotros tiene un papel que cumplir y te necesitamos luchando aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo irme? ¿No entiendes que si me quedo me van a matar?

—Creí que no te importaba morir.

—¿Qué?

—Cuando colgaron a tu madre, ¿recuerdas? Estabas dispuesto a no ceder. Estabas dispuesto a morir.

—Sí, pero…

—¿Sabes qué ha cambiado desde entonces? —Güido la miró anhelante y tras un segundo de vacilación, negó con la cabeza—. Nada, Güido. No ha cambiado nada. Los hombres que asesinaron a tu madre siguen ahí. Sus crímenes continúan impunes y el pueblo anirio sigue bajo el yugo de su crueldad. Te necesitamos. Es probable que Deian Wellington gane las elecciones. De ocurrir eso, necesitaremos tener a alguien cerca que nos informe sobre sus intenciones y tú has demostrado tener un don especial en lo que a espiar se refiere.

—Me va a matar.

—Es posible. Muchos de nosotros moriremos antes de que esto termine. Pero esa no es razón para detenernos. De donde yo vengo, la muerte solo es un nuevo comienzo. ¿Estás con nosotros, Güido? —Güido asintió con la cabeza—. Bien, ahora cuéntame todo lo que recuerdes del viaje con el hijo de Deian.

Güido empezó a hablar.

OceanofPDF.com



Su padre estaba de un humor de perros. No era extraño verlo así: distante, silencioso y con la ira asomando. Viktor no quería causarle molestias, así que lo dejó solo en el despacho de la Alta Corte y se fue a trabajar a su mesa. Leyó y releyó, tal y como llevaba haciendo durante los últimos meses, la documentación relativa a las sentencias y los juicios pendientes, de cara a derivar los casos más complejos de su padre a otros magistrados antes de la cita electoral. Se trataba de un trabajo tedioso para el que Viktor se sentía incapaz de mantener la concentración.

Necesitaba beber. En los últimos días bebía desde que se levantaba. Siempre al amparo de la soledad. Siempre a escondidas. Siempre con un frasco de hierbabuena preparado para disimular el olor a alcohol de su aliento.

Aquella mañana había bebido. Dos whiskys acompañando al desayuno. Llegado el mediodía sentía la necesidad de tomarse otra copa para concentrarse en los aburridos papeles que tenía delante. Sus manos comenzaban ya a temblar.

Una joven secretaria, de rostro plano y alargado y melena negra, se acercó a su mesa con un grueso sobre en la mano.

—Un sobre dirigido al juez. Lo envía la Alta Corte de Astra. ¿Te importaría dárselo?

Cuando el humor de su padre caía hasta las puertas de los tres infiernos era normal que las personas a su cargo se dirigieran a él para que hiciera de intermediario. Nadie quería enfrentarse a un Deian Wellington furioso. El problema era que a Viktor tampoco le hacía demasiada gracia.

—¿No puede esperar?

—En el sobre dice que es urgente —dijo ella.

Viktor dudó. Por un lado, no quería molestar a su padre con un pesado sobre de contenido desconocido. Por otro no quería que en aquella oficina la gente supiera que le temía.

—Déjalo sobre mi mesa. Ahora se lo doy.

Viktor lo agarró y lo sopesó. Había sido enviado hacía una semana y llevaba escritas las palabras «Urgente» y «Confidencial» con letra bien grande y visible. Viktor maldijo entre dientes, se levantó de su silla, se acomodó la camisa y la chaqueta y recogió el pesado sobre. Llamó con los nudillos antes de entrar al despacho de su padre y esperó. Al cabo de unos segundos, volvió a llamar.

—¡Pasa! —oyó que gritaba su padre.

Viktor abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Qué quieres?

—Han traído un sobre a su nombre.

—¿Y qué?

—Lo envían de la Alta Corte de Astra.

Su padre suspiró y bajó los párpados. La noticia le había disgustado. Al volver a abrir los ojos hizo un aspaviento con las manos.

—¡Pero vamos, no te quedes en la puerta y dame el sobre!

Viktor entró, cerró la puerta tras de sí, atravesó el amplio despacho y le tendió el paquete.

—¿Qué demonios querrán ahora? —masculló Deian.

Sacó un afilado abrecartas de uno de los cajones de su escritorio, rompió el sello y dejó caer sobre la madera su contenido: decenas de páginas encuadernadas por un lado y una carta por otro. Cogió la carta y comenzó a leerla.

Cuando concluyó su lectura dejó la hoja sobre la mesa y miró a su hijo.

—Quiero que redactes hoy mismo una carta dirigida a la Alta Corte de Astra. Expresa mi pesar al no poder asumir la tarea que se me exige y agradece la confianza que han depositado en mí. Escribe que, dada mi nueva posición como candidato a gobernador del oeste, no puedo asegurar la imparcialidad en la emisión de juicios referentes a la política de la república.

—Lo tendré listo antes del almuerzo —dijo Viktor.

—Tiene que salir en el correo hoy mismo. No es un tema que pueda aplazarse.

—Me aseguraré de que así sea. ¿Puedo preguntarle de qué se trata?

Deian enarcó las cejas y torció el gesto.

—Quieren que participe como uno de los seis juristas en la causa del valle de Caldaso.

—¿En la Causa Caldaso? —preguntó Viktor.

Había oído ese nombre en alguna otra ocasión durante los últimos días, pero últimamente le costaba demasiado fijar recuerdos en su embotada mente.

—La Escuela quiere recuperar los derechos territoriales del valle de Caldaso. Denunciaron ante los tribunales de la Alta Corte la ocupación del norte y exigieron que la república juzgara el caso.

—Si me lo permite, padre, parece ser un caso importante. ¿Por qué lo rechaza?

—¡Santo Daxal, Viktor! ¿Eres imbécil? Soy candidato a gobernador. He ganado el apoyo de La Escuela. Si participara en este proceso cualquiera podría decir que la resolución ha estado motivada por mis intereses políticos. ¿Es que no aprendiste nada en la facultad de leyes?

—Comprendo. Si me disculpa, iré a redactar esa carta ahora mismo.

Se dio la vuelta y empezó a marcharse, pero antes de que pudiera abandonar el despacho su padre alzó la voz.

—Por cierto —dijo—, he hablado con tu mujer.

—¿Con Neire?

—¿Tienes más mujeres de las que no me has informado?

—No.

—¿Seguro? Porque al parecer mis hijos no dejan de ocultarme cosas. ¡Demonios! ¡Hasta mis esclavos me ocultan cosas!

—Yo no le oculto nada, padre —mintió Viktor. Su voz titubeaba.

—¡No me fastidies, Viktor! ¡Tú no! De Jules me espero cualquier cosa. ¿Sabes todas las patrañas que ha ido esparciendo sobre mí por todo el norte del estado?

—Jules está… No sabe lo que hace.

—Lo sabe muy bien y lo va a pagar caro. No intentes defenderlo. Se acabó eso de tratarle como a una víctima. Le he dado muchas oportunidades. No le daré ni una más.

—Está bien —dijo Viktor. No sabía por qué le hablaba de su hermano. Él no era Jules. Él no había renegado de su familia, ni de su padre, ni se había aliado con su contrincante electoral. ¿Qué tenía que ver él con lo que hiciera su hermano?—. ¿Puedo marcharme?

—No. Como ya te he dicho, he hablado con tu mujer. De ti y de tus problemas con la bebida. —Viktor palideció y empezó a sudar—. ¿Creíste que podrías ocultármelo?

—Yo no tengo ningún problema con la bebida —volvió a mentir, con la mirada fija en el suelo y la voz susurrante.

—¡Eres patético! Está harta de ti. Está pensando en abandonarte y regresar a la plantación de su familia. Está pensando en llevarse a la niña.

—Eso no va a pasar.

—¡Por supuesto que no va a pasar! —gritó el juez—. No te conseguí esa mujer para que ahora, cuando más necesito que tengas una vida normal, lo destruyas todo. ¿Me oyes? Te diré qué es lo que vas a hacer.

Por un momento, Viktor vio a su padre como su hermano decía que era. Un déspota, más interesado en mantener su reputación que en ayudar a su familia. Al verlo así, una imagen acuchilló su mente. La imagen de su padre con las manos manchadas de sangre. Gritos por doquier. Caos, dolor, sufrimiento y muerte. Las pesadillas que lo atormentaban cada noche que no bebía. Se esforzó por apartarlas de su mente, pero solo consiguió darles más fuerza. Eran imágenes inconexas e irracionales, pero no se marchaban.

—… de la bebida —concluyó su padre.

—Soy un hombre. Mi familia es asunto mío —dijo Viktor.

Un bofetón le cruzó la cara. Trastabilló y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Yo te conseguí esa familia. Te conseguí a tu mujer, te conseguí la casa en la que vives y el trabajo que tienes. Pagué tus deudas y te saqué del agujero en el que te habías empeñado en caer. No dejaré que vuelvas a arruinarlo todo. —Había serenidad en la voz de su padre—. No volverás a beber en tu vida. Te disculparás con tu mujer y serás lo que ella espera que seas. No me importa cómo lo hagas, pero hazlo. Y hazlo ya.

Aquella tarde se emborrachó. Fue a una posada de mala muerte donde nadie le conocía y se tomó un whisky tras otro. Trago a trago. Vaso a vaso. No habló con nadie. No tenía nada que decir. Ponía las piezas sobre la barra, el camarero le servía la copa y él se la tomaba. Quería olvidar. Quería olvidar la conversación con su padre, las extrañas imágenes que habían acudido a su mente, la traición de su mujer, sus amenazas, a su hermano, a su hermana y su vida entera. Solo quería que los pensamientos y las preocupaciones desaparecieran. Dejar de sentir y de existir.

Llegó a casa pasada la medianoche. Quiso acceder a su despacho sin que nadie notara su presencia, pero a la entrada tropezó con una mesa y cayó al suelo. Neire acudió al cabo de un rato. Y Ford, su esclavo, también.

—¿Viktor?

—¿Qué? —gritó.

—Estás borracho.

—Estoy borracho, ¿y qué? ¿Vas a ir corriendo a contárselo a mi padre? ¡Sucia ramera!

—Señor, le acompañaré a su despacho —dijo Ford, inclinándose sobre su cuerpo y agarrándole del brazo.

Viktor permitió que lo ayudara hasta que estuvo en pie, luego se desembarazó del agarre y le empujó.

—¡Quítame las manos de encima, miserable *anno*!

—Viktor, por favor —le reprendió su mujer.

—¡Tú cállate, furcia! Ir con cuentecitos a mi padre. ¿Cómo se te ocurre?

—Yo no he ido a contarle nada a tu padre. Fue él quien vino a verme.

—¿Y tú le contaste todas nuestras miserias? ¿Le contaste que había vuelto a beber? ¡Eres una furcia de mierda!

Se acercó a ella y la golpeó con el dorso de la mano. El golpe no fue fuerte y apenas consiguió desestabilizar a su mujer. Aquello le cabreó aún

más, así que volvió a golpearla, esta vez con el puño cerrado. El cuerpo de Neire se desplazó hasta estrellarse contra un armario en la pared. Rompió unos cristales y se cortó las manos con las que se había protegido de la caída. La sangre empezó a manar.

—¡Él ya lo sabía! —gritó Neire entre sollozos. En el piso de arriba la pequeña Aulyn empezó a llorar—. ¡Ya sabía que habías vuelto a beber!

—¡Qué iba a saber! —protestó Viktor—. ¡Se lo dijiste tú!

—¡Yo no te haría eso!

—Claro que sí. Nunca me has querido. ¡Nunca! Te casaste conmigo porque te obligaron a hacerlo.

—¡Igual que tú!

Viktor volvió a acercarse y a golpearla. Una, dos y tres veces. Hasta que Ford le separó de ella. Le agarró por debajo de las axilas y lo arrastró lejos de Neire.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Sucio bastardo, suéltame!

Ford no le hizo caso. Era más corpulento y fuerte que Viktor y le tenía bien agarrado. Viktor podía patalear, maldecir y mandar golpes al aire pero, a menos que lo quisiera, Ford no le soltaría.

—Sujétalo —le pidió Neire—. Sujétalo hasta que me vaya.

—Lo haré, señora.

Neire desapareció por las escaleras. Viktor trató de zafarse, hasta que comprendió que era inútil. Entonces comenzó a calmarse y, cuando los brotes de ira dejaron de estallar en su corazón, se dio cuenta de lo que había hecho. Miró a su alrededor. Se encontró con el mueble astillado, los cristales rotos y la sangre de su mujer extendida por el suelo. ¿Qué demonios le había ocurrido?

Neire bajó llevando a la niña en brazos, cubierta con una manta y acompañada de Elba, su otra esclava.

—Suéltame, Ford —le ordenó con la voz apagada y tranquila.

—¿Señora? —preguntó Ford en dirección a Neire.

—No le sueltes. Está loco.

—¡Que me sueltes! ¡Te juro que si no me sueltas…! Soy tu amo, anirio. Ford titubeó y a punto estuvo de obedecer, pero Neire le frenó.

—Por favor. No dejará que me vaya.

—Claro que no dejaré que te vayas, maldita furcia. No lo permitiré.

—Márchese, señora. Rápido.

Neire miró una última vez a Viktor, negó con la cabeza y desapareció por la puerta, acompañada de su hija y de Elba. Aun así, Ford no le soltó. Mantuvo su agarre mientras Viktor gritaba amenazas y sollozaba incoherencias. Por momentos se disculpaba a gritos y luego volvía a amenazar a su mujer, al anirio que lo agarraba y al mundo entero.

Pasaron los minutos, los gritos se ahogaron y el silencio envolvió el ambiente.

—Voy a soltarle, señor —anunció Ford al cabo de un rato silencioso.

—De acuerdo —dijo Viktor, extrañamente sereno.

—Solo quería proteger a la señora.

—Lo sé.

—¿Va a castigarme?

—Sí —respondió Viktor sin un atisbo de duda—. Ahora suéltame. Suéltame ya o el castigo será mucho peor.

Ford le soltó y Viktor permaneció sentado. El anirio se apartó de él, expectante.

—¿Sabes lo que mi padre te haría si le hubieras hecho esto a él, Ford? —preguntó Viktor—. Mandaría que te colgaran. Te mataría sin piedad. Pero yo no soy como él. No voy a matarte —dijo.

—Gracias, señor. Es usted…

—Di a Peny que venga.

—¿Mi hija? Señor, no. Ella no tiene nada que ver con esto.

—¡Dile que venga, maldita sea!

—No, señor. Déjela a ella en paz.

—O le dices que venga o saldré ahí fuera, buscaré al primer soldado que vea y le pagaré para que os mate.

Ford desapareció de su vista. Viktor se levantó del suelo y anduvo hasta su despacho. No sabía quién era ni qué estaba haciendo. Pero no podía parar. Lo había perdido todo y le daba igual. Lo único que necesitaba era otro trago. Sacó la botella de whisky que escondía en el cajón y bebió hasta que la garganta le ardió. Al girarse se encontró a Ford y a la joven Peny. Una muchachita aniria, bonita y delgada, con los pechos firmes. Planeaba azotarla, castigarla por la traición que habían cometido sus padres, pero al verla ahí sintió otra clase de deseos. Le dijo que avanzara y ordenó a su padre que cerrara la puerta del despacho. Lo primero que hizo fue arrancarle la ropa y después ya no se detuvo hasta que se hubo desahogado.

OceanofPDF.com



El Torneo de Primavera se celebraba desde hacía más de mil años, en conmemoración por la mediación de los maestros entre la corona y los monjes de Ka’andra que puso fin a una década de guerra y muerte entre ambos pueblos, durante los reinados de Jeremy III y Yasser I.

Era todo un acontecimiento. Quizá la fiesta más gloriosa y mutitudinaria que celebraba La Escuela y un escaparate para que los ylandreses pudieran comprobar las enormes bondades de maestros y aspirantes. Cada año se determinaba el lugar de celebración en base a la procedencia del último ganador en la disciplina reina: la lucha armada. Esta vez el honor había recaído en Villa Wader.

Una semana antes del comienzo del torneo, los guardianes se afanaban en preparar la villa para acoger a miles de visitantes y proporcionarles todo tipo de atenciones, actividades ociosas y supercherías varias que hicieran su estancia inolvidable. A las afueras se habían montado cientos de tiendas de lona, algunas imperiales, pulcramente ornamentadas y decoradas, con muebles tallados en la más rica madera, escudos antiguos hilvanados en oro y plata y juguetitos extravagantes. También había otras humildes y sencillas, destinadas a personas sencillas y humildes. Se habían trasladado miles de barriles de vino y cerveza, de licores exóticos, cerdos, aves de

corral, terneros, cabras, pichones, verduras, frutas y todo lo que una persona con la bolsa llena pudiera desear comprar en beneficio de La Escuela y, principalmente, de la villa que tan generosamente los acogía.

Varias compañías teatrales se habían instalado en los alrededores y ensayaban para ofrecer el mejor espectáculo. Había una compañía teatral formada por bardos procedentes de todos los rincones de la república para recitar y cantar preciosas y antiquísimas canciones. Había malabaristas, actores y actrices, domadores de serpientes, trapecistas, funambulistas, prestidigitadores, titiriteros e, incluso, una compañía que aseguraba ser capaz de controlar el fuego. No obstante, la mayor atracción, a ojos de Mara, era la compañía Gorila Negro. Mara recordaba haber visto su número siendo aún muy niña, en una de las celebraciones del Día de la Liberación en Viendavales. Durante la actuación, dos enormes gorilas, de más de cuatro varas de altura, capturados en la selva de Wanda, luchaban en un combate frenético y violento. Se golpeaban con sus grandes puños, saltaban el uno sobre el otro y se debatían en empujones hasta que uno de los dos caía derrotado. Todo era fingido. Al final de la actuación el gorila derrotado se levantaba y ambos hacían una reverencia ante el público. Descubrir cómo simples hombres habían conseguido capturar y entrenar a dos gorilas para que realizaran aquello era todo un misterio, pero tras ver la cantidad de piezas de bronce, plata y oro que recogían los artífices del número, parecía haberles merecido la pena.

Mara apenas recordaría nada de lo sucedido durante los tres días de duración del torneo. Nala, la única de su grupo de amigos seleccionada para participar, cayó derrotada en su segundo combate ante un aspirante armado con un látigo de nueve secciones; un arma tan versátil que, en las manos adecuadas, parecía imposible de doblegar. Buscando lamerse las heridas infligidas, físicas y emocionales, todo el grupo decidió entregarse a la noche

y a los placeres más mundanos que ofrecía La Escuela aquellos días. Comieron hasta estar saciados, bebieron todo tipo de exóticos y alcohólicos brebajes y bailaron las sinfonías que desde los cuatro extremos del continente les recitaron.

Mara no recordaba una noche como aquella, desinhibida, libre y sin cargas pesadas en la espalda, sin remordimientos ni responsabilidades. Solo música y movimiento fluyendo a través de cada fibra y partícula de su ser, guiándola a un mundo de emociones puras y salvajes. Rio mucho, sudó aún más, se le escaparon algunas lágrimas y después volvió a sonreír y a reír. De aquella noche recordaría ver a Max, cruzar con él un par de palabras mal intencionadas y no darle ninguna importancia. Ni siquiera él podría quitarle la sensación de felicidad que el alcohol, la festividad, los amigos, la música o los Tres sabían qué, le habían regalado.

Las primeras en despedirse y marcharse rumbo a la tienda fueron Amilia y Otylia, como solía ser costumbre. Kiara desapareció poco tiempo después, embriagada por los piropos de un aspirante de segundo año. A continuación, fue Tate quien quiso marcharse, pero ni Mara ni Ezra se lo permitieron y, finalmente, la pobre Tate, incapaz de contrariar a ninguna de las personas a las que apreciaba, cedió. En un momento dado, mientras Ezra y Nala se fundían en un baile al ritmo de la conocida canción popular Gato gaitero dale gaitas a montón, Ezra empezó a encontrarse mal, trastabilló y vomitó sobre el vestido de Nala, provocando el estallido avergonzado de esta y las risas del resto. Así pues, Ezra terminó marchándose por el mal cuerpo y Nala porque se veía y olía mal.

Cerca del amanecer, la música decayó, el alcohol dejó de repartirse y los tres amigos supervivientes decidieron dar un paseo hasta alejarse lo suficiente de la villa como para poder presenciar el amanecer sin nadie que los molestara. Anduvieron varios minutos hasta que se tumbaron boca

arriba sobre un húmedo césped, en un claro del campo, las tres cabezas unidas y las piernas formando una estrella de tres puntas mientras las luces del cielo iban desapareciendo.

—Cuando era pequeño me encantaban los amaneceres —reflexionó Lewis—. Recuerdo las travesías con mi padre, desde Lantinia hasta Alecio. En un barco se madruga mucho y a mí me gustaba. Sentir la sal impregnando el aire. Sentir el sol en la cara. A veces lo echo de menos.

Una de las reglas no escritas de La Escuela era no hablar y ni siquiera pensar sobre lo que uno dejaba atrás. Era demasiado para afrontar. Un padre, una madre, unos hermanos, amigos, una ciudad, un pueblo o una granja, una cultura y una parte de uno mismo dejaban de existir. Te convertías en aprendiz a los once años, siendo solo un crío. Siete años más tarde te permitían elegir y, si decidías quedarte, rompías con todo y pasaban a llamarte aspirante. Finalmente te convertías en maestro. Un viaje tan duro que solo un mínimo porcentaje de la población nacía con ese esquivo don para afrontarlo y superarlo. No obstante, pensar en lo que se dejaba atrás podía destrozar cualquier alma, así que La Escuela te enseñaba a olvidar.

—Querría verles de nuevo —continuó Lewis—. Pude haber ido. Debería haber ido. Les he rechazado para convertirme en maestro. No me arrepiento, pero se merecían una última vez. Una última visita. Un último adiós. Yo me lo merecía.

—Nunca conocí a mis padres —comentó entonces Tate—. Murieron durante la guerra.

—No lo sabía, Tate —dijo Lewis.

—Lo sé. No pasa nada. Me crié en un orfanato. Era un lugar sucio. Para mí venir aquí fue una liberación. No tuve lo que se dice una infancia sencilla.

Mara había estado callada, esforzándose por ausentarse de la conversación y sintiéndose desbordada por el esfuerzo. No quería recordar Viendavales. No quería recordar las últimas cosas que había vivido allí.

—¿Mara? —preguntó Lewis, pero fingió no oírle—. ¿Mara? —insistió.

—¿Qué?

—¿Echas de menos a tu familia?

El rostro desdibujado por el tiempo de su madre acudió a su mente y una tímida sonrisa apareció en sus labios. Luego recordó a su padre y toda sensación de felicidad, sosiego o tranquilidad desapareció. Recordó a su hermana Eyra, recordó a Jules y a Viktor y no encontró en su corazón nada que quisiera recuperar. Y de pronto pensó en Güido y entonces pensó en Cazi y las lágrimas anegaron sus ojos. Las retuvo como pudo y al cabo de un segundo se puso en pie.

—¿Adónde vas? —interrogó Lewis.

—Es muy tarde y tengo sueño.

—¿Estás bien? —preguntó Tate.

Mara se encogió de hombros.

—Sí —dijo y se marchó.

Desde su llegada a La Escuela había sido capaz de evadirse de los recuerdos de Viendavales. Había estado ocupada con entrenamientos, clases y con su mentoría. Pero ahora que tenía algo de tiempo todos esos recuerdos habían regresado y hacían daño. Mucho daño.

Anduvo acompañada por la soledad y la tristeza, pensando en sus promesas, embargada por la culpa y el resentimiento, tan ajena a todo que, cuando un maestro con la capa escarlata cerró sus duros y fríos dedos sobre su tobillo, se sobresaltó. Sin siquiera reparar en ello, Mara había pasado por encima del cuerpo ebrio y dormido de ese maestro y solo al sentir su agarre

se detuvo. Observó la capa escarlata, intuyó el alcohol que anegaba sus venas y suspiró.

—Eres la maestra del enorme pájaro de fuego —balbució entonces el maestro, tan ebrio que parecía estar poseído por un trance divino—. Una de los otros tres. —Una emoción de repugnancia acudió al estómago de Mara. Apartó la pierna, se soltó del agarre y permaneció a la espera—. La maestra del pájaro de fuego —repitió el maestro en una media risa.

—No soy ninguna maestra —objetó Mara.

Como si una piedra le hubiera golpeado la cabeza, el maestro parpadeó, se sacudió e incorporó con la mirada fija en Mara. Un pensamiento moría en sus ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó entonces.

—Creo que ha bebido usted demasiado, maestro —respondió Mara aún algo asqueada—. Decía incoherencias.

—¿Sí?

—Eso creo. —Esperó unos segundos y luego, al ver que el maestro se perdía en sus tribulaciones, se encogió de hombros—. Me marcho. Que tenga un buen día.

Empezó a alejarse, pero antes de haber logrado avanzar un par de pasos, la voz del maestro la detuvo.

—Espera, Mara —dijo—. Te llamas Mara, ¿verdad?

—Mara Roscharch, sí.

La utlización de su nuevo apellido no había sido casual. A Mara no le gustaba aquel hombre, maestro o no. Había algo amenazante en su forma de mirarla. En su forma de hablarle. Mara no sabía qué era, pero lo sentía. Una sensación brumosa e incoherente que escondía una suerte de premonición peligrosa.

—Estoy muy borracho —confesó el maestro.

—¿Quiere que vaya a buscar ayuda?

El maestro negó con la cabeza, tuvo una arcada y después sonrió. Escrutó a Mara, con alevosía, hasta que esta se estremeció.

—¿Quieres oír una historia? —preguntó—. Es una historia antigua. Casi nadie la recuerda ya. —Antes de que Mara tuviera tiempo de responder, el maestro inició su relato—. Ocurrió hace mucho tiempo. Madre no tenía nombre, pues nunca nadie la había llamado. Viajó en solitario, pues no existían otros, durante varias vidas, hasta que lo conoció todo. Entonces se encontró con el niño y lo llamó Umaty. Umaty llenó su alma, al principio de curiosidad y, después, de amor. Conforme más le amaba, menos capaz se sentía de controlarle.

»Umaty era solo un niño. Débil, incauto, salvaje. Un niño osado. Conforme menos le controlaba, más osado se volvía. Un día, desoyendo las palabras de Madre, Umaty se alejó de su lado, dispuesto a explorar más allá de lo que le estaba permitido. Al caer la noche aún no había vuelto. La preocupación se instaló en el estómago de Madre y, al amanecer, salió a buscarlo.

»Buscó en cuantos lugares conocía, que eran todos, sin encontrarlo y solo entonces supo dónde estaba. Con el corazón atenazado por el miedo y la culpa se acercó a la puerta de los tres infiernos y, sintiéndose incapaz de iniciar aquel duro y cruel sendero, se sentó, colocó tres piedras frente a sí —una obsidiana, un zafiro y una esmeralda—, pidió ayuda y esperó.

»El primer día apareció Él y le entregó la obsidiana. El segundo día apareció Ella y le entregó el zafiro. El tercer día apareció Él y le entregó la esmeralda. Madre sabía que también eran sus hijos. Sabía que le ayudarían. Les pidió lo que deseaba y los tres se marcharon, cada uno a un infierno, en busca del niño.

El maestro se quedó en silencio y suspiró. En sus labios apareció una sonrisa bobalicona.

Mara, sentada frente a él, con el ceño fruncido, enarcó las cejas.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Ojalá lo supiera —respondió.

—¿No conoce el final de su propia historia?

—Aún no hay un final para ella. Puede que los tres hijos del hombre encuentren al niño. Pero no podrán salvarle. Llevan miles de años ardiendo en el infierno, consumidos por las llamas. Si lo encuentran, intentarán salvarle, pero ya no podrán. Solo le harán más daño.

—¿Entonces, el niño?

—Puede que él solo encuentre el camino de vuelta. Puede que encuentre otro camino. Puede que no necesite a nadie para salvarse.

—¿Y qué pasa con Madre?

—Sigue observando. Esperando el regreso de su niño.

OceanofPDF.com



Un rumor de voces apagadas se extendía en la lejanía, amortiguado por un punzante y recalcitrante dolor de cabeza. Si se esforzaba; si hubiera podido esforzarse, quizá habría reconocido alguna de esas voces, pero su mente estaba demasiado embotada y dolorida. Se abstrajo de todo lo que le rodeaba y se abandonó de nuevo al sueño.

Despertó un rato más tarde, al oír que la voz que debiera reconocer se refería a él en un tono nada agradable. No le prestó demasiada atención. En su lugar, se afanó por tratar de recordar los sucesos de la noche anterior. Recordaba haberse enfurecido contra su padre y contra su mujer. Recordaba haberse escondido en la cantina más cochambrosa que pudo encontrar. Recordaba haber bebido hasta no recordar nada más. ¿Qué demonios había pasado después? ¿Había vuelto a casa? ¿Había discutido con su mujer? ¿Se había refugiado en su despacho y había seguido bebiendo hasta caer desmayado? Una palpitante sensación en su estómago le decía que aquello no era todo.

Se esforzó cuanto pudo por recordar y no consiguió nada. En su mente todo continuaba nebuloso, pero su estómago… Se esforzó aún más y entonces sí. Recordó unos gritos, una discusión, un mueble rompiéndose y la voz de un esclavo suplicándole alguna cosa.

—Viktor —oyó que alguien decía.

—Sigue ebrio, señor —le contestaba otra voz. Después silencio—. ¿Se encuentra bien, señor?

—¿Tienes hijos, Mac?

—No.

—Mejor. No te dan más que disgustos.

—¿Quiere que le despierte?

—No. No tengo nada que decirle. Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Hazlo, pues. No perdamos más tiempo.

—Como ordene.

—¿Lo de Jules está arreglado?

—Eso creo.

—Bien. Estaré en mi despacho. Sospecho que va a ser un día interesante.

Unos pasos se alejaron y a continuación otros se acercaron hasta llegar a su lado. Notó que alguien le agarraba del brazo y tiraba de él con intención de levantarle.

—Si estás por ahí dentro, chico, intenta no moverte mucho. Pronto habremos terminado.

Levantaron el cuerpo inerte de Viktor, lo trasladaron y volvieron a dejarlo en un suelo cubierto de paja. Solo entonces entreabrió uno de sus ojos. Aún era de noche pero vislumbró paredes de madera a su alrededor. ¿Dónde le habían metido? Su nuevo hábitat echó a rodar. Le habían metido en un carro húmedo y cerrado. Se preocupó, y cuando intentó incorporarse se dio por vencido, decidió que nada de lo que estaba sucediendo le importaba y volvió a dormirse.

Al entreabrir los ojos de nuevo, unos minutos o unas horas más tarde, se encontró con unas botas de cuero frente a él. Una arcada llegada de ninguna parte irrumpió en su boca y el vómito etílico salió despedido, manchando aquellas botas.

—¡Maldita sea! —oyó decir a su propietario—. ¿Nadie te ha enseñado a no destrozarle el calzado a otro hombre, muchacho?

Viktor tosió, tuvo otra arcada e hizo el soberano esfuerzo de limpiarse la boca con el dorso de la mano. Solo entonces levantó la mirada en busca del hombre que le había hablado. Este le observaba, con una sonrisa complaciente y maliciosa en sus labios.

—Buenos días, señorito —dijo—. ¿Ha dormido usted bien?

—Te conozco —consiguió responder Viktor.

—Por supuesto que me conoce.

—Te llamas Mac. Trabajas para mi padre —observó—. ¿Dónde demonios estoy?

—En un carro en el Camino del Oeste.

Una oleada de ansiedad le atenazó cada músculo.

—¿En el Camino del Oeste? ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Calma, chico —dijo Mac apoyando las manos en sus hombros.

—¿Qué? ¡Suéltame! ¿Qué demonios es esto?

—Supongo que esto es lo que pasa cuando la cagas hasta el fondo.

—¿Cuándo la qué? ¿Qué estás diciendo? ¡Quiero hablar con mi padre! ¿Dónde está?

—No tengo la menor idea de dónde está tu padre, chico. En su despacho, en los tribunales, en su casa o solucionando las otras miserias de tu hermanito. No lo sé y, para serte sincero, me importa una mierda. Yo estoy donde tengo que estar y con saber eso me vale.

—¿Sí? Me parece muy bien. Ahora ordena al conductor que dé la vuelta. Tengo que hablar con mi padre.

Mac levantó las cejas y empezó a reírse a carcajadas. A Viktor se le revolvió el estómago.

—Creo que no lo estás entendiendo, chico.

—¿Entender qué?

—Eres más inútil que una piedra. Puede que tu hermano sea marica, pero por lo menos es inteligente. En cambio, tú…

Viktor escuchó el insulto. El dirigido a él y el dirigido a Jules y le molestó y se enfureció, pero no hizo nada más. Aquel hombre era un empleado de su padre. Obedecía todo lo que Deian Wellington le ordenaba. Si se atrevía a insultarle a él, a Viktor Wellington, era por una razón, y Viktor no tenía demasiado claro si quería conocerla.

—Por los Tres, ¿qué demonios está pasando? —susurró.

—Anoche la fastidiaste bien.

—¿Anoche?

Mac sonrió al ver la confusión expresada en los ojos de Viktor.

—Ni siquiera lo recuerdas. Al bastardo de mi padre le pasaba lo mismo. Se lo bebía todo y se convertía en una asquerosa bestia. Al día siguiente no se acordaba de nada. El alcohol te destroza la cabeza, ¿sabes?

—¿Qué pasó anoche?

—Te lo he dicho. La fastidiaste bien. Te emborrachaste, fuiste a casa, le diste una buena zurra a tu mujer y abusaste de esa esclava. Has echado un montón de mierda sobre tu cabeza y tu padre quiere asegurarse de que no le salpique.

Conforme Mac hablaba, Viktor recordaba y la vergüenza y la culpa se abrían paso, enjaulando su alma.

—Necesito hablar con mi padre —dijo tras unos segundos de silenciosa meditación.

—Eso no va a ser posible, chico.

—¿Por qué no? ¡Necesito hacerlo! Tengo que explicarle…

—¡No! —zanjó Mac.

De pronto cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo. Miró a su alrededor y se empezó a hacer preguntas. Estaba en el interior de un carro en el Camino del Oeste en dirección a, ¿dónde?

—¿Adónde nos dirigimos?

—A un lugar en el que podrán ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Tus problemas con la priva, ya sabes. Te quitarán todas esas tonterías de encima. Ojalá hubiéramos podido llevar a mi padre allí. Internarlo hasta que dejara la bebida o muriera. Pero el sanatorio para los trastornos del comportamiento Santro Filmore no es barato, chico.

—¡No pueden llevarme allí! ¿Me oye? ¡No pueden internarme sin más! ¡Tengo mis derechos!

—Y yo tengo una carta firmada por el juez Deian Wellington que dice que, dado tu estado mental, tus derechos no valen una mierda.

—Mi padre jamás haría algo así. ¡Soy su hijo!

—Eres una mierda insolente, alcohólica y destructiva. Las elecciones a gobernador están a la vuelta de la esquina y tú vas por ahí jodiéndolo todo. ¿Quieres un consejo, chaval? Si tu padre te dice que saltes, pregunta hacia dónde. Si te dice que trates bien a tu mujer, trátala como si fuera la mismísima Rayner Bragdamel. Si te dice que no pruebes una sola gota de alcohol, cósete los labios y obedécele.

—¡Maldito bastardo!

Mac se puso en pie y abofeteó la cara a un Viktor roto por la sorpresa de aquel golpe.

—¡Cómo te atreves!

—Compréndelo de una vez, chico. Se terminaron tus privilegios. A partir de ahora harás todo aquello que tu padre te ordene. Me acompañarás a ese apestoso sanatorio y te esforzarás por hacer las cosas como debes.

—¡No podéis obligarme!

—Seguramente tu padre se proclame gobernador de este estado. Puede hacer lo que le venga en gana, ¿entiendes?

—¡Hay leyes!

—¡A la mierda tus leyes! ¿No sabes cómo funciona este mundo? ¿Aún no lo entiendes?

La cabeza de Viktor aún funcionaba a un ritmo lento y tedioso, pero en ese momento se le ocurrió lo que creyó que era una genialidad.

—Si me encierra en el sanatorio todo el mundo lo sabrá. Todo el mundo sabrá que su hijo ha sido internado. No creo que eso guste demasiado a los votantes.

—Por eso no encerraremos a Viktor Wellington en ninguna parte, sino a Edris Ty.

—¿Qué? —preguntó un Viktor descompuesto.

—Ni te esfuerces, chico.

—No podéis hacerlo. ¡Es ilegal!

—¿Volvemos con lo mismo? —se burló Mac—. Acepta mi consejo. No cabrees a tu padre. Sé un buen chico, sé el hijo que necesita que seas y todo esto acabará pronto. De no hacerlo terminarás como tu hermano.

—¿Mi hermano? ¿Jules? ¿Qué le ha pasado?

—No sabría decirte, la verdad. Pero nada bueno, eso seguro. Es lo que te sucede cuando viajas por todo el estado difamando el buen nombre del

juez Wellington.

Algo estalló en el pecho de Viktor, desbordándolo de odio y rabia. Cerró el puño derecho y, sin tiempo para pensarlo, golpeó con todas sus fuerzas sobre la cara de Mac, que gruñó y cayó hacia un costado, situación que Viktor aprovechó para lanzarse hacia el final del carro y echar la puerta abajo.

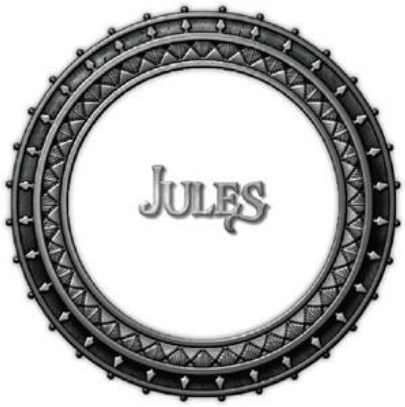
Cayó desde un metro de altura. Se magulló las muñecas, los codos y las rodillas y respiró una gran bocanada de polvo. El cielo lucía despejado, con un enorme y rebosante sol presidiendo la escena. Viktor tosió un par de veces, se puso en pie y echó a correr por el borde del camino.

Tras unos metros sintió pinchazos en el estómago, ganas de vomitar y la amenaza de una fuerte jaqueca, pero no se detuvo. Siguió corriendo hasta que una cuerda lanzada se anudó entre sus piernas. Cayó de bruces contra el suelo. Rodó y quedó tendido boca arriba, gruñendo de dolor.

Un rayo de sol le penetró el iris grisáceo de sus ojos hasta que una cabeza humana se puso delante. Una bota de cuero se apoyó sobre su pecho.

—¿Quieres llegar de una pieza al sanatorio, hijo? —preguntó Mac —. Porque no me importaría cortarte algunos trozos. —Mac sacó un machete ancho y afilado y lo blandió frente a sí—. Cuando ya no supongas un problema, podrás volver, pero entretanto deberemos inventar alguna historia para explicar tu ausencia de la ciudad y, en esa historia, pueden ocurrir muchas cosas. Puede haberte ido todo bien o pueden haberte ocurrido algunas cosas terribles como, por ejemplo, perder un dedo, una mano o, en caso de que me vuelvas a poner un dedo encima, la verga. ¿Lo has comprendido? —Viktor mantuvo firme la mirada todo cuanto pudo, pero finalmente asintió —. Bien, ahora vuelve al maldito carro. No quiero oírte una sola palabra más hasta que lleguemos al sanatorio.

OceanofPDF.com



El pecho de Brendan subía y bajaba a un ritmo lento y constante. Jules, apoyado sobre los pectorales de su amante, trataba de acompasar sus respiraciones con las de Brendan, en un intento de unirse aún más a él. Cuando lo hubo conseguido pensó que aquello no era suficiente, así que giro el cuello y empezó a acariciar con sus labios la piel perfumada de Brendan. Después las caricias se convirtieron en besos y entonces Brendan se despertó.

—¿Qué haces? —preguntó aún somnoliento.

—Amarte.

Brendan cerró los ojos, echó la cabeza atrás y suspiró satisfecho, mientras Jules continuaba sembrando besos, pensando que aquella sensación que le embargaba de arriba abajo no podía ser otra cosa que la más pura y sincera esquiva felicidad. Y al fin la había encontrado. Por fin tenía un lugar donde dejarse llevar, donde no tenía que preocuparse en fingir.

Porque así había sido su vida. Una huida hacia delante y sin mirar nunca hacia detrás. Negando sentimientos, ilusiones y esperanzas. Negando el constante murmullo de su mente diciéndole que él no era como los demás.

En definitiva, negándose a sí mismo, cada átomo de su persona siendo negado por esa misma persona.

—Me haces cosquillas —dijo Brendan sonriendo.

—¿Quieres que pare?

—No, por los Tres, no pares. Solo… no me hagas cosquillas.

Jules enseñó los dientes y mordió la carne de Brendan, provocando una queja sosegada.

—De acuerdo, ya paro —dijo Jules fingiéndose ofendido—. Además, va a amanecer enseguida. Debería irme.

Se levantó de la cama, buscó su ropa y comenzó a vestirse, mientras Brendan apartaba la mirada de él y suspiraba.

—¿Cómo fue el regreso? —preguntó Brendan y Jules se detuvo durante unos segundos, pensativo.

Aquella era la primera noche que se veían desde su encuentro en Terentena. Debido al toque de queda impuesto en la ciudad de Viendavales, Jules había tenido que esperar hasta muy entrada la noche para poder llegar a la casa de su amante sin riesgo a ser descubierto. Apenas cinco segundos después de abrir la puerta, Jules ya se había despojado de su camisa. Hicieron el amor con pasión y ternura y después se echaron a dormir. Cuando despertaron unas pocas horas después, apenas se habían dicho un par de palabras.

—El regreso fue… intenso. Pero bien. Roshan me reunió en su despacho y me dio las gracias por lo que había hecho. Parecía satisfecho.

—Me alegro —sonrió Brendan—. ¿Crees que puede ganar?

Jules se encogió de hombros.

—¿Quieres saber qué pide el alcalde Rian para darle su apoyo a Roshan?

—Querrás decir cuánto pide.

—¿Por qué demonios esa gente llega a tener tanto poder?

—La democracia en acción, nada más —respondió Brendan—. ¿Cuánto?

—Ciento cincuenta piezas de oro. ¡Nada menos! Me lo suelta entre broma y broma mientras comemos al lado de decenas de personas.

—Eso es tener valor.

—Y cara. Cara sobre todo.

—¿Qué va a hacer Roshan?

—¡No puede pagar esa cantidad! —sentenció Jules—. Santo Daxal, si pudiera hacerlo no le haría falta el apoyo de Rian, ni de nadie. Las elecciones serían suyas.

—Entonces, ¿crees que tiene alguna posibilidad de ganar?

—No lo sé. No está en su mejor momento. El Inferus le está destrozando.

—No solo el Inferus. Apenas está consiguiendo apoyos externos.

—Si consiguiera Terentena…

—¿Y cómo va a pagar esa cantidad de dinero?

—No lo sé, Brendan, pero te juro por la gloria de los Tres que si veo a mi padre sentado en el sillón del gobernador yo me cuelgo —dijo Jules sonriendo a medida que avanzaba en su discurso—. Y no bromeo. Me rajo el cuello, me destripo o lo que haga falta, pero me niego a tener que llamarle gobernador.

Brendan rio.

—No creo que debamos ser tan dramáticos —opinó.

—No lo sé. Te juro que no lo sé —negó en un tono serio y se encogió de hombros—. Me iría lejos. Si gana las elecciones me iré lejos de aquí. De Viendavales y del oeste.

—¿Hablas en serio? —preguntó Brendan con la misma seriedad.

—Creo que sí.

Se dio la vuelta y comenzó a abrocharse los botones de la camisa.

—No es mala idea —convino Brendan.

—¿Qué? ¿Irme si mi padre gana las elecciones?

—No. Solo irnos. Lejos de Viendavales y lejos del oeste.

Jules se dio la vuelta sorprendido y frunció el ceño en dirección a Brendan.

—¿Quieres que nos vayamos? ¿Juntos?

Brendan asintió un par de veces.

—Sí. Juntos.

—¿Dónde iríamos? —preguntó Jules sonriendo.

—No lo sé. Donde quisiéramos. Al este, a las islas. A cualquier lugar en el que estar juntos no fuera un problema.

—Escuchándote decir eso, creo que mi padre se ha ganado un nuevo votante.

Brendan negó con la cabeza.

—No, no lo estás entendiendo. No voy esperar a las elecciones. Quiero que nos vayamos pronto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé, Jules. Tengo la sensación de que nuestro tiempo aquí está llegando a su fin.

Jules enarcó las cejas entre sorprendido y divertido.

—Por Daxal, acabas de ponerte de un misterioso que…

—¡Eres idiota! —respondió Brendan mientras reía—. Esto es serio, cariño.

Jules levantó los brazos en señal de rendición y se sentó en el borde de la cama.

—Está bien. ¿Qué ocurre?

—Tú mismo crees que tu padre ganará las elecciones.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Lo sé, pero da igual. Sabes que es verdad.

—Crea yo lo que crea, ¿qué más da? He demostrado que de política sé bien poco.

—Pues esta vez no te equivocas. Tu padre va a ganar estas elecciones. Sabemos que será así.

—Yo no lo sé. Aún hay tiempo. Aún pueden ocurrir muchas cosas.

—¿Y sabes por qué lo sabemos? —preguntó Brendan ignorando las palabras de Jules—. Por esa mujer que le acompaña. Annelyn Vyvas.

—¿La señorita Vyvas? ¿Qué tiene que ver ella? Solo es una heredera solterona con ganas de tontear con la política.

—No es solo eso.

—¿No?

—Creemos que puede ser…

—Oye, amor, si sigues hablando en plural para referirte a ti mismo me vas a empezar a preocupar.

Brendan sonrió; una sonrisa empapada en pena.

—Lo siento.

—¿Quiénes sois los que creéis en… lo que sea?

Brendan suspiró, se levantó de la cama y comenzó a vestirse, siguiendo los pasos de Jules, quien ahora le observaba sentado desde los pies de la cama.

—No puedes contarle esto a nadie, Jules.

—¿El qué?

—Prométemelo. A nadie.

—Sí, lo que sea. ¿Qué pasa?

—Sabes de sobra a qué familia pertenezco. Sería difícil precisar, pero no creo equivocarme si digo que mi fortuna familiar es una de las mayores fortunas del este.

—Y por eso te quiero —bromeó Jules.

—Hacemos negocios a lo largo y ancho de toda Ylandra. Abastecemos de telas, hilos, lanas y artículos de confección desde Porterris hasta Alecio. Pero nuestros mayores beneficios los obtenemos de este estado. Los intereses comerciales de mi familia con el oeste son masivos. Hablo de mucho más dinero que ciento cincuenta piezas de oro.

—Comprendo —dijo Jules.

—Así que mi familia, allá en el este, está siguiendo muy de cerca estas elecciones. Llevan desde que terminó la guerra negociando acuerdos con Barbrow y esperaban continuar haciéndolo seis años más. Sin embargo, creen que si tu padre gana sufriremos grandes pérdidas. El comandante Wellington no dejó una buena huella a su paso por Cienaguas.

—No me cabe ninguna duda.

—Pues eso —dijo Brendan reafirmándose en su discurso—. No fui a Terentena solo a verte a ti, Jules.

—¿No? ¿Hay otro hombre? —bromeó nuevamente.

—A decir verdad, sí. Mi hermano.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Jules. Brendan era el pequeño de nueve cachorros, tres hembras y seis machos.

—Mi hermano Ian, el mayor. Estuvimos charlando sobre la situación política y me contó algunas cosas —confesó, calló y permitió que un silencio tenso se extendiera por la habitación.

—¡Por los Tres! ¡Se me acusa a mí de dramático! —protestó Jules.

Brendan, a pesar de los intentos, terminó riendo al tiempo que negaba con la cabeza, otra vez.

—Está bien, impaciente. Pero insisto. Esto no se lo puedes contar a nadie. Ni a Roshan, ni a nadie.

—De acuerdo —dijo Jules.

—Annelyn Vyvas no es quien dice ser. No sabemos quién es, pero sí que su historia no es cierta. Mi hermano ha investigado su pasado y no ha encontrado nada anterior a tres años, cuando la señorita Vyvas hacía su entrada en sociedad como invitada de un empresario del sur del estado. Antes de eso, ni su nombre ni sus apellidos aparecen recogidos en ningún registro. Para alguien de su fortuna y clase social eso es muy extraño.

—¿Una familia amante de su privacidad, tal vez?

—Mi padre y mi hermano también lo pensaron, así que escarbaron un poco más. Apenas descubrieron nada.

—Quizá no haya nada.

—¿Qué sabes del maestro Izan?

—Lideró los ejércitos rebeldes —respondió y, al ver que Brendan esperaba más, continuó—: Partió desde Ciudad Gloria, tomó Puerto del Sur, Porterris, avanzó hacia el norte, tomó Cienaguas y continuó hasta Astra.

Cuando se proponía tomar Lanti’s Cloe fue derrotado por el traidor y después fue cosechando derrota tras derrota hasta que se batió en duelo con Aleyn, perdió y murió —explicó Jules de seguido y se detuvo para coger aire—. No está mal para un pacifista, ¿no crees?

—¿Y qué más sabes de él? Estaba casado con otra maestra.

—Sí. La esposa de Aleyn acabó con ella.

—En ciertos círculos se asegura que Izan tuvo descendencia. Hay quien dice que tuvieron un hijo varón, otros que dicen que fue una niña y otros que defienden la tesis de que tuvieron mellizos. Un niño y una niña. En cualquier caso, todos los estudiosos de la materia coinciden en que Izan tuvo descendencia.

—Me alegro por ellos. ¿Qué tiene que ver eso con la señorita Vyvas?

—Creemos que es su hija.

—¿Del maestro Izan?

—Sí y, si es así, ella hará que tu padre gane las elecciones. Los hijos de los maestros nacen con el don muy sensible y desde muy jóvenes desarrollan sus habilidades, solo que para ellos es algo instintivo. Son poderosos y crueles. Albergan locura en su interior. Por eso los maestros tienen prohibido tener hijos y, por eso, se sacrifica al niño cuando la regla se incumple.

—Sí, lo había oído. La oscura realidad de La Escuela.

—Si Annelyn es la hija del maestro Izan, hará lo que sea para alcanzar sus objetivos. Y en lo que sea que tenga planeado, tu padre gana las elecciones, y si algo trata de impedírselo… evitará que ocurra —dijo Brendan y después miró a Jules con ternura—. No creas que no estoy orgulloso de lo que has hecho. Has plantado cara a tu padre. Has contado la verdad que hay detrás de tanta mentira e hipocresía y le has hecho daño. Ahora cientos de miles de votantes están pensando que, quizá, tu padre no sea el mejor candidato para gobernarlos.

—Eso espero —respondió Jules.

—Yo lo sé. Te has convertido en una amenaza.

Jules meditó aquello unos segundos y asintió.

—Seguramente sea así. ¿Qué importa eso?

—Que creo que estarías más seguro lejos de aquí. Al menos hasta que pasen las elecciones.

Entonces Jules bufó.

—¿Esa es la razón por la que quieres que nos vayamos? ¿Te preocupa mi seguridad? —preguntó en torno de sorna.

—Me preocupo por ti, por supuesto —se defendió Brendan—. Y creo que tu idea de marcharte de aquí es buena. Pero la razón por la que yo quiero acompañarte no tiene nada que ver con tu seguridad, sino por lo que siento por ti.

Jules, a pesar de aquellas últimas palabras, negaba con la cabeza.

—Tú no lo entiendes. Ahora no puedo irme. No después de lo que he hecho. No pienso huir como un cobarde. Yo no soy así.

—Lo sé, pero…

—No corro ningún peligro —continuó Jules—. Mi padre no puede hacerme nada. Le tuve miedo durante mucho tiempo, pero se acabó. Si quiere enfrentarse a mí solo tiene que venir a verme.

—No le temes —dijo Brendan.

—No. Ya no.

—Eso es lo que me preocupa —sentenció—. Siempre ha podido dominarte a través del miedo. ¿Qué hará ahora que ya no le temes?

—Sea lo que sea, lo afrontaré.

—¡A la mierda! —exclamó Brendan—. ¡Yo no quiero que lo afrontes! ¡No tienes que demostrarle nada a nadie! ¡Y quiero estar contigo! ¡Quiero estar de verdad contigo! —bramó un acalorado Brendan—. ¡No me importa tu padre, ni estas elecciones! ¡Solo tú! ¡Y no quiero perderte! ¡No quiero que te pase nada malo! ¿Me oyes? Quiero… quiero…

—Está bien —susurró Jules con la voz tranquila y sosegada y una absurda y complaciente sonrisa en los labios.

—¿Qué? —preguntó confuso.

—Que sí, que vale. Que nos iremos juntos.

—¿Que nos iremos…? ¿Por qué has…?

—Porque yo también te quiero.

Brendan avanzó hasta llegar a Jules y se lanzó a sus brazos y a sus labios. Jules aceptó aquella ofrenda hasta que comenzó a sentir demasiado deseo. Se apartó sonriendo.

—Debo irme. Está a punto de amanecer. Hoy dejaré todo arreglado. Mañana podremos irnos, ¿te parece bien?

—Sí.

—Te quiero.

—Yo sí que te quiero.

Se besaron y entonces alguien llamó a la puerta. Tres golpes, secos y rudos. Se separaron y cruzaron una mirada asustada.

—¿Qué hora es? —preguntó Brendan en un susurro.

—Aún no ha amanecido —respondió Jules—. ¿Quién puede ser?

Brendan negó con la cabeza, atento a los sonidos del exterior.

Esta vez fueron cinco golpes, más fuertes e insistentes que los anteriores.

—¡Alguacil de Viendavales! ¡Abran la puerta! —gritó una voz fiera y masculina.

—¿Alguacil? —cuestionó Brendan dirigiéndose a la puerta.

—¿Qué haces?

Brendan se encogió de hombros.

—Abrirles y ver qué es lo que quieren. Tú no salgas del cuarto.

Un estruendo retumbó en el pasillo cuando el ariete atravesó la madera de la puerta, haciéndola añicos. Brendan se detuvo asustado, mientras Jules avanzaba hacia él.

El ariete atravesó otra vez la puerta y luego una vez más, hasta que las bisagras cedieron y el alguacil, un hombre corpulento y con un apreciable gesto de cabreo, se adentró en el pasillo y avanzó hacia la pareja, seguido de cuatro soldados vestidos de amarillo y morado.

—¿Quién es Brendan Lascanter? —interrogó el alguacil.

Jules y Brendan intercambiaron las miradas en un gesto de interrogación.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó finalmente Brendan.

—Tengo una orden de detención contra Brendan Lascanter. ¿Quién de ustedes es?

—¿Una orden? —dijo Jules.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Brendan.

—¿Es usted?

—Sí y quiero saber qué cargos se me imputan.

El alguacil se giró hacia sus hombres y les hizo un gesto con la cabeza.

—Prendedle.

Las cejas de un sorprendido Brendan se elevaron más allá de su frente y su cuerpo comenzó a retroceder al tiempo que sus manos se levantaban para protegerse.

—Yo me lo pensaría, chico —le advirtió el alguacil.

Brendan le miró, primero con rabia y después con miedo, y los brazos, los hombros y la esperanza se le desplomaron.

Dos soldados, igual de rudos que su capitán, agarraron a Brendan, le obligaron a arrodillarse y le colocaron los grilletes. Aquello fue la gota que colmó la paciencia de Jules.

—¡Alguacil! Soy Jules Wellington, asesor del alcalde Roshan. —Los soldados se pararon en seco y miraron primero a Jules y después a su capitán—. ¡Exijo saber de qué se acusa a este hombre!

—Depravación, comportamiento sexual invertido e incitación sexual a otro hombre.

—¡Es ridículo! —gritó Jules. Miró a Brendan y se lo encontró con la cabeza alicaída y los ojos cerrados. Aquello le dio fuerzas para continuar—.

Está cometiendo un error, alguacil —dijo con mucha más convicción de la que en realidad sentía.

—Esta orden dice que usted se equivoca, señor. Aquí no hay ningún error. ¿Dónde está el error? ¿Dónde?

—Se giró hacia sus soldados y les ordenó que continuaran con el arresto.

Jules avanzó hacia el alguacil y le señaló con un dedo tembloroso.

—¿Cree que no está cometiendo un error? ¡Estupendo! Haremos lo siguiente. Dejará libre a este hombre, ya que es inocente de todo por cuanto se le acusa, y usted y yo iremos ahora mismo a ver al alcalde. Creo recordar que el cuerpo de alguaciles de Viendavales está bajo las órdenes de su oficina, ¿no es cierto?

El aguacil asintió, sonrió y llevó la mano al interior de una alforja. Sus dedos mostraban una carta con el sello oficial de la Alta Corte de Ylandra.

—Esto, señor, es una orden firmada por un juez de la Alta Corte. La oficina del alcalde no tiene autoridad para decidir nada.

—¿Quién la firma?

Los labios del alguacil se curvaron en una mueca siniestra.

—El juez Deian Wellington.

Jules tragó saliva y miró a Brendan suplicándole un perdón que no sabía si merecía.

—Llévenselo de aquí, muchachos —dijo el alguacil y sus hombres comenzaron a arrastrar a Brendan, mientras este intentaba ponerse en pie.

—¡Solucionaré esto! —gritó Jules.

—¡No! —respondió Brendan—. Busca a mi hermano. A Ian. Cuéntale qué ha ocurrido. Él sabrá qué hacer.

Se miraron una última vez y después los ojos de Brendan se perdieron en el ocaso de la noche.

OceanofPDF.com



Durante los primeros días Aleyn llegó a creer que, a pesar de todos sus esfuerzos, el chico terminaría perdiéndose en las oscuras profundidades de la muerte. No obstante, continuó proporcionándole meticulosos cuidados, con la esperanza de que alguno de ellos, o todos en conjunto, dieran resultado. Cada día quitaba el vendaje, untaba con un ungüento que él mismo elaboraba la cicatriz que le había dejado el disparo en su estómago y volvía a vendarla con los jirones de las ropas de sus agresores, ahora muertos y enterrados. También se afanaba por dar de beber y comer a un Samael sumergido en delirios y alucinaciones. Más de una vez se dirigió a Aleyn como si de su padre se tratase. Le hacía preguntas que Aleyn no comprendía, se reía y lloraba y después gritaba, a veces de pura rabia y otras de dolor o pánico. Aleyn no era maestro sanador, pero había sido curado tantas veces por sus colegas que sabía lo básico para atender a un enfermo.

Pasados unos días, la fiebre, los sudores y las alucinaciones remitieron y Aleyn supo que el chico se salvaría. Aquella fue la primera noche que logró conciliar un sueño reparador. Algún tiempo después, el chico despertó.

—Bienvenido de vuelta —dijo Aleyn. Samael parpadeó un par de veces y miró en derredor—. ¿Cómo te encuentras?

Samael cerró los ojos, intentó moverse y su gesto se crispó en una mueca de dolor.

—Despacio —le advirtió Aleyn—. De momento es mejor que no intentes moverte.

La mano derecha de Samael, titubeante, buscó su estómago y se apoyó sobre el vendaje.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Nos atacaron. Querían matarte —informó Aleyn.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Quiénes eran?

—Mercenarios. Asesinos a sueldo. Por su forma de moverse, yo diría que algunos fueron soldados.

—¿Dónde están ahora?

—Muertos —respondió Aleyn, haciendo un gesto en dirección a varios montones de arena fresca bajo los que descansaban los cadáveres.

—¿Los mató a todos?

Aleyn levantó la cabeza, cogió una gran bocanada de aire y asintió. Samael apartó la mirada.

—Recuerdo que le hirieron —dijo.

—Una flecha me atravesó el hombro izquierdo. Está solucionado ¿Tú cómo estás?

—Mareado. Tengo la boca seca.

Aleyn alargó el brazo y le acercó una cantimplora oxidada. Samael la rechazó.

—No tengo sed.

—Por supuesto que tienes sed —reabatió Aleyn—. Bebe. Aunque no quieras. Te sentará bien.

Volvió a ofrecerle la cantimplora y no la apartó hasta que Samael la agarró, se la llevó a los labios y dejó caer un pequeño chorro sobre su boca. Tosió y le devolvió la cantimplora a Aleyn. Este se puso en pie, bebió un trago y lanzó la cantimplora junto a los restos de un fuego extinto.

—Te pondrás bien, aunque hemos tenido suerte. Casi podría decirse que has vuelto de entre los muertos. ¿Te sientes diferente?

—Me siento como una mierda —dijo sonriendo. Tosió, se quejó del dolor y después suspiró—. Preferiría no tener que volver a hacer esto.

—De momento estamos a salvo. Me he asegurado de que no hubiera más rezagados y he borrado nuestro rastro. Mientras estemos aquí nadie nos atacará.

—Quedémonos aquí, entonces —sugirió Samael sin convicción.

Aleyn meditó algunos segundos.

—No. Debemos continuar. En cuanto puedas caminar partiremos. Los primeros días caminaremos a paso lento y conforme vayas recuperando las fuerzas iremos más rápido. Esto nos está retrasando demasiado.

—Pues lo siento. Ojalá nadie hubiera intentado matarme.

Aleyn se encogió de hombros.

—En realidad soy yo quien lo siente. Te prometí que junto a mí estarías a salvo. Te he fallado y te pido perdón.

Pronunció las últimas palabras con la mirada fija en los ojos de Samael. Tal era la intensidad de sus ojos que Samael no tuvo más remedio que asentir.

—Me ha salvado la vida —dijo.

—Sí, pero…

—¿Cómo lo hizo? —preguntó de pronto Samael. En sus ojos una chispa indicaba el recuerdo de alguna cosa—. Estaba muriendo. Casi había muerto y usted… ¿qué fue lo que hizo?

—Una insensatez —respondió un Aleyn seco—. Algo que jamás debería haber hecho.

—Sentí como si no pudiera abandonar mi cuerpo. Como si estuviera encadenado a él.

Aleyn frunció el ceño.

—Pronuncié un conjuro. Ordené a tu alma que no abandonara tu cuerpo.

—¿Eso se puede hacer?

—Sí, eso se puede hacer. Pero como he dicho, es una insensatez, además de ser una práctica prohibida formalmente desde la fundación de La Escuela. Si alguien descubriera lo que he hecho, yo sería juzgado, condenado y seguramente ejecutado. Lo cual no cambia en absoluto mi situación actual.

—¿Por qué está prohibida?

—¿Conoces la fábula de Pedro el pastor y los cien cazadores?

—No.

—Por supuesto que no —comentó Aleyn—. Está bien, hice lo que hice porque necesitaba unos minutos y no se me ocurrió otra forma de conseguirlos. Tu alma prisionera lucharía por mantener el estado natural de las cosas. Es decir, lucharía por mantener tu cuerpo con vida. Recuerdas esa lucha, ¿verdad? —Samael asintió—. Dolor. Como si algo estuviera a punto de quebrarse en lo más profundo de tu persona. Tú aguantaste hasta que pude deshacer el conjuro. Otros no lo hubieran hecho y, entonces, sus cuerpos habrían muerto, para siempre, mientras su alma se hacía añicos. Llegado ese punto los cadáveres de esos pobres diablos se pondrían en pie, sentirían hambre y buscarían presas. La fábula de Pedro el pastor relata, en modo de cuento infantil, cómo cien de esos muertos aterrorizaron una población antes de ser destruidos. Según los archivos de La Escuela, algo

parecido ocurrió en la Edad de *Addai*. Podría haberte ocurrido a ti y considero que no tenía derecho alguno a ponerte en esa posición.

Al coger aire, Samael comenzó a toser y casi a convulsionar. Aleyn esperó con gesto de preocupación hasta que el acceso de tos pasó.

—Deberías descansar. Saldré a cazar y traeré el almuerzo. Si puedes, duerme hasta entonces.

La recuperación se alargó algunas semanas, algo que Aleyn terminó por agradecer. Ser el atento cuidador de aquel chico derribó sus últimas defensas y la sinceridad y la confianza comenzaron a fluir entre ellos. Samael resultó ser un joven de risa fácil, chanzas absurdas y relatos pintorescos donde inexcusablemente una dama en apuros era salvada por las manos de un audaz ladrón.

Todas las noches Alyen encendía una hoguera, vertía una gota de tres brebajes diferentes sobre las llamas, preparaba la cena y se sentaba a escuchar alguna de las historias de su prisionero. Rara era la noche en la que no reía y rara era también la noche en la que no se recordaba que, tal vez, su destino fuera ejecutar a aquel chico.

A pesar de ello, sentía cómo cierto aprecio iba fijándose en su interior. Quizá fuera por ser la primera persona con la que establecía una relación en más de catorce años o tal vez aquel chico mereciera la pena, pero en Aleyn ciertas emociones ya entumecidas empezaron a brillar. No se habría aventurado a hablar de felicidad pero sí de pequeñas alegrías. De momentos puntuales en los que olvidaba todo lo que en el fondo sabía que era. Un fugitivo. Alguien condenado por unos crímenes que, indudablemente, había cometido.

Aceptó aquel regalo con cierta cautela y después se dejó llevar.

Al cabo de unos días, a Samael parecieron terminársele las historias y poco a poco fue rellenando los silencios con preguntas que Aleyn no

dudaba en responder.

—¿A qué se dedican los maestros? —repitió Aleyn—. A muchas cosas, en realidad. Al final solo es una forma más de ganarse la vida.

—¿A qué se dedicaba usted?

—Apenas tuve tiempo para escoger un oficio después de vestir el verde. A los pocos meses de ganarme la capa me eligieron para capitanear el ejército en la defensa de Lanti’s Cloe. Después fui comandante y finalmente gran maestro. Mi vida como maestro transcurrió entre batallas. Físicas y dialécticas.

—¿Y si no hubiera sido así?

—¿Si no hubiera habido una guerra? —preguntó Aleyn pensativo. Meditó unos segundos y luego sonrió con nostalgia—. Me gustaba la música.

—¿La música?

—Sí. Dominaba con soltura el laúd y la guitarra sureña. Habría sido músico. Seguramente habría continuado creando brebajes y sin duda esa habría sido mi principal fuente de ingresos, pero también habría tocado en cualquier posada, taberna o cantina donde quisieran escucharme.

Aleyn cerró los ojos, ladeó la cabeza y recordó aquellos preciosos acordes que sólo él era capaz de componer e interpretar.

—¿Ya no toca? —preguntó Samael.

Negó con la cabeza.

—No —respondió.

Aleyn ahogó sus palabras y agudizó los sentidos. Cuando estuvo seguro de haber oído pisadas, sus músculos se tensaron y todo su cuerpo se preparó para el combate.

—¿Qué ocurre?

Aleyn le mandó callar y desapareció de su vista. Avanzó con toda la cautela de la que era capaz, sintiéndose atravesado por cada una de las hojas secas, ramitas o plantas que aplastaba y crujían. Cabía la posibilidad de que fuera una nueva remesa de mercenarios. En tal caso, esta vez no les sorprenderían con la guardia baja. Morirían mucho antes de llegar a su campamento. Por otro lado, también era posible que fueran soldados de la Orden de *Addai*. De ser así, matarlos no sería tan sencillo. Durante siglos, los *addais* habían dado caza a los maestros y durante todo ese tiempo habían perfeccionado sus habilidades para el asesinato. Un grupo numeroso de soldados de la orden podría acabar con sus vidas. No podía cometer error alguno.

Conforme se aproximaba a la fuente de los sonidos notó tres presencias escondidas entre la frondosidad de aquel bosque. Una de ellas era fuerte y segura; las otras dos no tanto. No eran *addais*, eso seguro. Continuó avanzando y al rodear el grueso tronco de un pino se plantó frente a un niño de no más de siete años que le miraba impresionado.

—Hola, señor —dijo con el cuello estirado y la voz firme.

—Buenas tardes, jovencito —respondió Aleyn—. ¿Dónde está tu papá?

El niño se giró y señaló en la dirección en la que había venido.

—Estoy jugando a seguir el rastro con mi hermano. Es mayor, pero se le da fatal.

Entonces una sombra se movió en la lejanía.

—Parece que a tu padre no se le da tan mal —murmuró Aleyn fijándose en la figura que se aproximaba.

El hombre rondaría la misma edad que Aleyn. Era alto, delgado y fuerte. Su piel parecía estar hecha de cuero viejo endurecido por el paso del tiempo, el sol del campo y el frío de numerosos y crudos inviernos.

Vestía con un abrigo de lana, peto, pantalones de cuero y botas de piel de topo. A su espalda cargaba con un enorme saco repleto de diferentes plantas y flores y en el cinto le colgaban una espada corta y un puñal de buen acero.

Cuando estaba lo bastante cerca como para no tener que gritar, Aleyn levantó una mano, en gesto de saludo. El hombre le correspondió, pero se apresuró a interponerse entre Aleyn y el cuerpo de su hijo.

—Buenas tardes, señor —dijo Aleyn inclinando la cabeza.

—Buenas sean sus tardes también, señor —correspondió el hombre, utilizando una antigua fórmula característica del norte. Entonces agarró el hombro de su hijo y lo atrajo hacia sí—. Te dije que no te alejaras demasiado —le reprendió.

—No lo hice, padre. Solo tomé un atajo. Si James supiera seguir el rastro…

—¡Basta! —le ordenó su padre—. El bosque es peligroso. No debes alejarte tanto.

—Haz caso a tu padre, jovencito —intervino Aleyn.

El hombre volvió a centrar su atención en Aleyn y sonrió con amargura.

—Discúlpeme. Es un niño salvaje. No hay forma de que aprenda algo de cordura. Soy Ben, por cierto. Este es mi hijo Ty y aquel que aparece por allí es mi hijo James.

Aleyn se giró hacia donde le señalaba Ben y vio a un joven alto y delgaducho aproximarse con gesto de hastío.

—Soy Matt —dijo al fin—. Un placer. ¿Puedo preguntarle qué hace un hombre con sus dos hijos en medio del bosque Rizado?

Ben agarró las cuerdas del saco que cargaba en su espalda y lo colocó en el suelo frente a él.

—Venimos del valle de Olat, de recoger roendritas.

—Roendritas —repitió Aleyn impresionado.

—Sí. La verdad, no tengo la menor idea de para qué se usan, pero sé que son caras y difíciles de encontrar. Florecen solo una vez al año y se marchitan al cabo de seis horas, salvo que se arranque la flor. Una vez arrancada puede mantenerse fresca durante un año. Son impresionantes.

Y de verdad lo eran, pero aquello solo suponía una pequeña parte de lo que las roendritas podían aportar. Entre sus diferentes usos, el más codiciado por los maestros brebajistas era el de ser un canalizador de esencias. Una gota del extracto de aquella flor permitía dejar de lado la química de cualquier mezcla y trabajar con la imaginación del brebajista. Era más que una flor.

—Mi mujer era quien se encargaba de las ventas —continuó Ben—. Yo subía hasta aquí, le llevaba un saco lleno y ella las vendía.

—¿Y ya no las vende?

—No —respondió Ben.

—Mamá se fue hace dos años —dijo el niño entristecido.

—Unas fiebres —matizó Ben.

—Lo siento mucho.

—Mis hijos se quedaban con su madre cuando yo subía aquí. Pero desde que no está debo traerlos conmigo.

—Sí, nos encanta la montaña —añadió el hijo mayor de Ben al llegar al grupo. El tono denotaba sarcasmo y hastío a partes iguales.

—Hijo, este hombre de aquí es Matt.

—Hola —respondió sin desviar la mirada de su padre—. ¿Podemos parar por hoy? Está a punto de anochecer y estoy cansado y tengo hambre. ¿Podemos?

—Deberíamos avanzar un poco más, James. Aún quedan un par de horas de luz para…

—¡Estoy cansado, padre! Ya es demasiado duro subir hasta aquí y vivir en el bosque un mes al año como para no poder perder ni siquiera un par de horas. ¿No está de acuerdo conmigo?

Aleyn estaba absorto cuando se dio cuenta de que la pregunta iba dirigida a él.

—¿Disculpa?

—No le haga caso. Es un idiota impertinente e irrespetuoso —dijo Ben.

—¿Quién es usted, por cierto? —preguntó James.

—Matt —respondió Aleyn.

—Sí, ya, pero, ¿qué está haciendo aquí, en medio del bosque? ¿También se dedica a buscar flores o qué?

Aleyn sonrió y negó con la cabeza.

—No. En realidad, no. Mi sobrino y yo viajábamos hacia el oeste y nos topamos con un puente destruido, así que seguimos el curso del río con la esperanza de encontrar un vado por el que cruzarlo. Por desgracia, mi sobrino sufrió un accidente y nos vimos obligados a parar.

—¿Un accidente? —preguntó el niño—. ¿Cómo?

Aleyn replicó su sonrisa anterior.

—Como ha dicho tu padre, jovencito, el bosque está lleno de peligros.

—No para de repetirlo, en realidad —se quejó James—. Oiga, señor… Matt, ¿no tendrá algo de carne que…?

—¡James! —bramó su padre—. Discúlpeme, señor.

—¿Qué? —respondió James indignado—. Solo he preguntado si tiene algo de carne. Hace días que no conseguimos cazar ni un mísero conejo. Estoy cansado de alimentarme a base de plantas y raíces. Si usted tuviera alguna pieza de carne podríamos pagarle por ella. ¿No es así, padre?

—No creo que este buen hombre quiera que le molestemos.

Ben tenía razón. Hacía mucho tiempo que Aleyn había dejado de alegrarse con las visitas inesperadas. Sin embargo, en los ojos de Ben había un brillo nervioso y Aleyn habría jurado que aquel hombre estaba sudando, a pesar de las bajas temperaturas.

—En realidad, sí tengo alguna pieza de carne —dijo Aleyn esbozando una enorme sonrisa—. Pero jamás dejaría que tres viajeros cansados y hambrientos pagaran por ello. Estoy seguro de que a mi sobrino no le importará.

—Muchas gracias, señor —respondió Ben—. Pero deberíamos seguir nuestro camino.

Ben adelantó un paso, agarró las cuerdas del saco y se lo echó a la espalda.

—Vamos, niños.

—¡Pero padre! —protestó James.

—Su hijo tiene razón —intervino Aleyn—. El sol está cayendo y usted mejor que nadie sabe lo oscuro que puede ser este bosque por la noche. Necesitará encender una hoguera que aleje a las criaturas que lo habitan y eso le llevará tiempo. No me gustaría que algo les ocurriera por no haber insistido. Así pues, insisto, señor. Para nosotros sería un placer que nos acompañaran esta noche.

Ben miro a Aleyn, después a sus dos hijos y finalmente a la lejanía, donde los árboles se perdían en la oscuridad. Se encogió de hombros, cerró los ojos y asintió.

—Muchas gracias, señor —dijo al fin.

Aleyn les guio de vuelta al lugar en el que Samael reposaba junto a una hoguera mientras charlaba con el joven James sobre la comida. Tras ellos, interesado en la conversación y con las tripas rugiendo, caminaba el joven Ty y unos metros más atrás, con paso cansado y errático, les seguía Ben.

Cuando Samael vio aparecer a Aleyn con sus acompañantes se incorporó cuanto pudo y sus ojos esbozaron una pregunta. Aleyn se apresuró a responder antes de que el chico tuviera la oportunidad de abrir la boca y delatarlos.

—He encontrado unos viajeros cansados y hambrientos —anunció Aleyn—. Pasarán la noche con nosotros.

—¿Sí? —respondió Samael con absoluta incredulidad.

—Sí —repitió tajante Aleyn—. Este joven es James, nuestro intrépido seguidor es el pequeño Ty y este buen hombre es su padre, Ben —se giró hacia Ben y señaló a Samael—. Mi sobrino, Samy.

—¿Samy? —preguntó Samael.

—Sí, Samy —dijo Aleyn.

—Encantado de conocerle, muchacho —saludó Ben—. ¿Cómo se encuentra? Su tío nos dijo que había sufrido un accidente.

Aleyn fulminó con la mirada a Samael.

—Voy recuperándome. No soy un hombre de campo.

—Eso seguro —comentó Aleyn y se echó a reír, acompañado de un cada vez más nervioso Ben—. Siéntense, por favor. Prepararé la cena.

Se acercó a Samael y se inclinó sobre él.

—¿Tu sobrino? —le preguntó este entre dientes.

—No cometas ningún error, ¿de acuerdo?

—¿Tu sobrino? El color de nuestra piel es claramente diferente, al igual que nuestros ojos. Nadie se creería que eres mi tío.

—Lo sé —dijo Aleyn—. Ahora sé un buen chico y pórtate bien.

La cena transcurrió en un clima agradable, aunque se apreciaba cierta tensión de fondo. Ben habló sobre sus tiempos de cazador, antes de enamorarse profundamente de la que se convertiría en su mujer. Samael

apenas hizo algún que otro comentario y Aleyn centró su atención en el pequeño Ty, quien gozaba de una mente aguda y risa fácil.

—¿Para qué van al oeste, señor? —preguntó James.

Aleyn giró la cabeza y se esforzó por elaborar una mentira.

—Hijo, no es de buena educación interesarse por el destino de un caballero.

—No, da igual —respondió Aleyn—. Samy es violonchelista. Uno bueno, espero. Nos dirigimos a Benize. Quizá un mecenas pueda hacerse cargo de él.

—Debe ser un gran músico si pretende abrirse camino en esa ciudad.

—Bueno, ya veremos.

James se acercó a su padre y le susurró algo al oído. Entonces Ben giró la cabeza y la detuvo sobre los montículos de tierra donde el cuerpo sin vida de los mercenarios yacía. Aleyn fingió no percatarse de aquel detalle.

—Está bien, niños. Es hora de acostarse —dijo Ben.

Ni James ni el pequeño Ty protestaron. Se levantaron, dieron las buenas noches, y se alejaron unos metros antes de tumbarse sobre el tupido césped. Aleyn aprovechó aquellos momentos para avivar la hoguera, aliviar la vejiga y caminar hasta un manantial cercano. Cuando regresó al campamento, la respiración de los niños era lenta y uniforme y Samael y Ben cruzaban algunas parcas palabras.

—Buenos chicos —opinó Aleyn sentándose frente a Ben—. Se nota que saben lo que es la disciplina.

—Lo son.

—Siempre pensé que esa es la mejor cualidad de los norteños. Su férrea disciplina. A diferencia de lo que sucede en el resto de los estados…

—Mis hijos no son norteños. Nacieron aquí, en el este.

—Pero usted sí lo es, Ben. Usted no nació aquí —advirtió Aleyn, en un tono calmado y serio.

—No.

—Nació en el norte.

—Sí. En un pueblo de montaña.

—E imagino que, como casi todos los norteños de su edad, participó en la guerra. —Ben esbozó una mueca nerviosa y triste y asintió—. E imagino que sabe quién soy —dijo al fin.

Cruzaron las miradas y no las apartaron hasta que Ben asintió.

—Así es, maestro —respondió Ben cabizbajo—. Luché bajo su mando desde la defensa de Lanti's Cloe hasta el asedio de Cienaguas. En una ocasión, incluso hablé con usted.

—¿Sí? —preguntó Aleyn sonriendo.

—Sí. Estábamos acampados a dos días de Astra. Un grupo de seis soldados rodeando una hoguera. Yo tocaba la flauta.

—La flauta —repitió Aleyn tratando de recordar.

—Era una canción compuesta por mi madre. De esas que te tocan muy adentro. —El rostro de Ben tembló, al igual que su voz—. Usted pasó y se acercó a nosotros. No dijo nada. Saludó inclinando la cabeza y se quedó de pie ahí parado, escuchando la canción.

—Lo recuerdo —dijo Aleyn.

Recordaba aquella noche, fría y húmeda. Los soldados, cansados de luchar y ver morir a sus compañeros, de días y días de caminata bajo una persistente lluvia helada. Aleyn había discutido con sus oficiales porque estos querían detener el avance, asegurar el norte y esperar a la primavera para atacar Astra. Querían esperar a que el comandante Wellington se decidiera a apoyar el asalto a la capital. Aleyn quería avanzar y así se lo había dicho. Discutieron y Aleyn salió de aquella reunión llevado por mil

demonios. Cuando escuchó aquella melodía, suave y tierna, el corazón se le detuvo.

Aleyn sonrió con amargura.

—Le dije algo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué fue?

—«Si todos los hombres pudieran escucharte, hijo, sus corazones no les dejarían ir a la guerra». Eso dijo. Luego se marchó.

Aleyn asintió, entrecruzó los dedos y tomó aire, satisfecho. Le gustaba aquel hombre.

—No haga nada a mis hijos —dijo entonces Ben.

—¿Qué?

—Mis hijos… Son buenos chicos y no saben quién es usted. Por favor, ellos…

El gesto de Aleyn se había crispado en una mueca de enfado y repugnancia. ¿De verdad aquel hombre le estaba pidiendo que no matara a dos niños? ¿De verdad aquel hombre, junto con quien había luchado, creía que Aleyn sería capaz de cometer tamaña brutalidad? Furioso, se levantó y le dio la espalda.

—Maestro, por favor…

—Vaya con sus hijos, soldado —respondió Aleyn sin siquiera mirarlo —. Se sienten mucho más seguros cuando su padre está cerca de ellos.

Ben se levantó, con las piernas temblorosas, avanzó hasta donde sus dos pequeños dormían y se tumbó entre ellos. Los abrazó antes de cerrar los ojos.

Samael presenció aquello con el ceño fruncido y una queja en la lengua.

—¿Estás bien? —preguntó.

Aleyn cogió una gran bocanada de aire y lo expulsó lentamente.

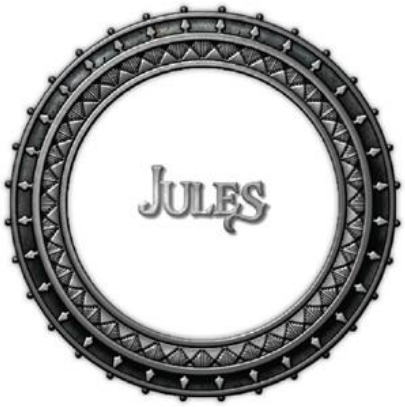
—Deberías descansar. Mañana partiremos.

—Espera, ¿mañana? —protestó—. Aún no estoy listo para…

—Me da igual. Partimos mañana.

Dejó a Samael con la palabra en la boca y se internó en el bosque. A cada paso que daba, cada vez que parpadeaba, unos acordes del pasado acudían a su cabeza. La preciosa melodía arrancada de una flauta. Cuando supo que se había alejado tanto como para no ser oído se sentó en el césped, escondió la cabeza entre las manos y dejó que las lágrimas regaran sus mejillas.

OceanofPDF.com



Quiso gritar, y llorar, y maldecir, y destrozar todo cuanto veía. Y, a lo largo de demasiado tiempo, hizo todas aquellas cosas, hasta que por fin se sintió cansado, agotado y la última emoción con la que tendría que lidiar, la culpa, se le agarró al pecho.

Era culpa suya. Y aquello quebró todo raciocinio y prudencia.

Terminó de calzarse y enfurecido salió disparado a las calles de la ciudad. Con la mirada perdida en el futuro enfrentamiento, no se fijó en ninguna de las caras, anirias o irias, con las que se cruzaba. Solo veía frente a sí el rostro frío y calculador de su padre.

Entró en el imponente edificio de piedra gris de la Alta Corte e, ignorando a las personas que le miraban, avanzó en dirección al despacho donde esperaba encontrarse con su progenitor.

En el momento en el que se acercaba a la puerta doble del despacho, una joven secretaria se interpuso en su camino.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—¡No! —rugió Jules sin detenerse, obligando a la muchacha a apartarse de él.

—¡Señor! ¡Ahí no puede entrar, señor! —le gritó la muchacha.

Jules apenas la oyó. Apoyó las manos sobre la madera y empujó.

—¡Guardias! ¡Guardias! —gritó la muchacha.

Jules entró, dejó las puertas abiertas y se plantó en medió del despacho. Su padre continuó escribiendo con su pluma como si nada inusual estuviera ocurriendo.

—¡Maldito miserable hijo de perra! —profirió Jules; las palabras masticadas con rabia en cada sílaba.

Dos guardias, espada en mano, atravesaron las puertas.

—¡Alto! —gritó el juez, levantando la mano en dirección a los guardias.

—¿Señor?

—No es ninguna amenaza. Solo es mi hijo —dijo—. Cierren las puertas al salir, por favor.

En cuanto lo hubieron hecho y padre e hijo estuvieron solos, Jules se acercó hasta la mesa que se interponía entre ambos y estampó su puño sobre ella.

—¡Hijo de perra! —repitió.

Deian levantó la mirada y la enfrentó con la de Jules.

—Te advertí que esto pasaría, hijo. Te dije que no te convirtieras en mi enemigo y tú lo hiciste. Ahora debes asumir las consecuencias.

—¿Quieres castigarme? ¡Entonces castígame! ¡A mí, maldito cobarde!

—Ya lo hago —dijo Deian poniéndose en pie. Era, al menos, media cabeza más alto que su hijo. Rodeó la mesa con paso tranquilo y se plantó frente a Jules—. Así que eres homosexual —observó con tanto asco que este no cabía en el mensaje—. Mi propio hijo disfruta haciendo felaciones a otros depravados, dejando que le sodomicen como a cualquier sucia ramera. Tienes suerte de estar aquí y no con tu amigo.

—Si le haces algo…

—Ya le he hecho algo, hijo. Pero puedo hacerle muchísimo más. Depende de ti.

Jules clavó sus ojos en los de su padre y los apartó cuando una lágrima pugnó por caer.

—Suéltale y nos iremos. No volverás a saber de mí. Te lo juro —dijo Jules y, al decirlo, supo que ya había perdido. Así de fácil. Había ido a enfrentarse a su padre y en menos de un minuto ya había perdido la batalla. Se sintió pequeño, roto e inútil.

—Sí, eso ocurrirá. Pero aún no. Antes necesito mucho más de ti. —Se acercó aún más a su hijo y se quedó a un palmo escaso de su rostro. Jules podía oler el café en el aliento de su padre—. Necesito que des un discurso retractándote de todas las difamaciones con las que has manchado mi buen nombre. En el discurso dirás que tu motivación estuvo impuesta por mi rival, Roshan. Que fue él quien te obligó a hacerlo.

—No haré nada de eso —negó Jules.

—Las penas por depravación sexual, incitación sexual a otro hombre y comportamiento sexual invertido van desde una multa hasta la castración. Y, como sabrás, el criterio que prima a la hora de establecer una u otra pena es el del juez instructor del caso. ¿Quieres ponerme a prueba, hijo? —Jules le miró y después bajó la cabeza—. Dirás todo eso. Permanecerás en Viendavales hasta las elecciones y después podrás largarte. Ya sabes cuáles son las consecuencias de no obedecerme.

El juez dio la espalda a su hijo, rodeó la mesa de nuevo y se sentó en su sillón.

—El discurso será hoy mismo, a mediodía. Deberías ir a prepararte.

Jules cogió una gran bocanada de aire, lo expulsó tratando de guardar la calma, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Y, Jules… —continuó su padre—. Cierra al salir, por favor.

Jules salió y cerró la puerta.

OceanofPDF.com



Sentado en la antesala del despacho del alcalde, Rommel releyó aquella carta que había portado durante doce años. Era una tarea a la que se obligaba a enfrentarse con cierta frecuencia. Una dolorosa penitencia.

A la atención del comandante Rommel Edvard:

He oído que te llaman héroe. He oído que dicen que nos salvaste a todos de la tiranía, que salvaste esta república, que defendiste la libertad de todos y cada uno de nosotros. He oído que van a hacerte una estatua, que le han puesto tu nombre a una calle de la capital de este país, que en la estatua pondrán una placa donde se explicará quién eres y lo que hiciste. Espero que digan toda la verdad. Espero que digan que asesinaste a todos los hombres honrados de un pueblo por el solo hecho de protestar frente a tu cara, que permitiste que azotaran a sus mujeres y torturaran a sus hijos y ancianos, que, al igual que el traidor, ordenaste reducir un pueblo a cenizas, que mataste a mi padre porque tenías miedo de que te condenaran por lo que realmente eres. Espero que en esa placa quede escrito que torturaste a una niña aterrorizada solo para evitar que los hombres a los que capitaneabas se rieran de ti. Espero que en esa placa quede reflejado lo cobarde y miserable que eres.

¿Te preguntas quién te escribe esto? Te lo escribe la niña a la que se lo arrebataste todo. Su padre, sus amigos, su hogar, su virginidad, su felicidad y su futuro. Cuando escriban quién eres, que también escriban eso.

No te escondas tras el velo de un héroe, porque sabes bien que no lo eres. Eres un asesino y un torturador. Eres una mala persona. Si este mundo fuera justo, tú estarías muerto y las estatuas las levantarían en honor de todos aquellos que alguna vez tuvimos la mala suerte de sufrirte.

Terminó a tiempo para que una secretaria le indicara que, después de la larga espera, por fin podía pasar. Entendía el juego que el alcalde Roshan le estaba proponiendo. Había pedido su regreso a Viendavales con cortesía y educación y, ahora que lo había conseguido, esperaba maltratar la figura y el honor de Rommel con el objetivo de fijar los diferentes roles que tendrían que desempeñar. Por eso le había hecho esperar. El alcalde quería establecer que, a pesar de todo, el mando y el control lo ejercía única y exclusivamente él. Rommel disentía de aquello.

Desde su destitución en el cargo de oficial superior en la búsqueda y caza del Inferus, la ciudad había perdido a tres comandantes y a decenas de soldados y comerciantes de esclavos. La población tenía miedo y, de una forma más o menos directa, culpaban a sus representantes electos de lo sucedido. Por supuesto, la situación más incómoda era la del propio Roshan quien, o bien lograba solucionar la situación y terminar con la amenaza que suponía el Inferus, o jamás llegaría a ocupar el sillón de gobernador.

Rommel avanzó siguiendo la estela perfumada que dejaba aquella muchacha. Atravesaron la antesala, carente de mobiliario y con unos tapices de escenas bélicas como única decoración, y se pararon frente a la doble puerta del despacho.

—Le esperan.

El despacho del alcalde estaba oscuro y la atmósfera cargada. Olía a sudor, nervios y cansancio. El alcalde descansaba sobre un cómodo butacón, concentrado en unos papeles. El gobernador, por su parte, desviaba su mirada y su atención a lo que fuera que hubiera más allá de la ventana que daba a la calle.

—Buenas tardes, caballeros —saludó Rommel apoyando su puño derecho sobre el pecho izquierdo.

—Buenas tardes, comandante —respondió el gobernador.

—Comandante, por favor, siéntese —le ordenó Roshan.

Rommel avanzó hasta colocarse detrás de las sillas que se le prestaban y se irguió.

—Con su permiso, preferiría permanecer en pie.

—Como quiera —musitó Roshan.

—Le agradecemos que aceptara nuestra invitación —dijo el gobernador.

—Soy comandante de la República de Ylandra. Cuando un cargo electo reclama mi presencia, acudo.

—¿Y cuando reclama su servicio? —preguntó Roshan, tamborileando la mesa con los dedos.

Rommel giró la cabeza en dirección al alcalde y sonrió.

—¿Eso hacen? ¿Reclamar mi servicio?

—¿Acaso no estamos hablando? —contraatacó Roshan.

—Hay un enorme abismo entre hablar y reclamar.

El gobernador fingió un par de toses, rodeó la mesa y se quedó a escasos dos metros del cuerpo erguido de Rommel.

—Nadie le está reclamando nada, comandante. Le hemos pedido que viniera porque creemos que el trato que esta oficina le ha dispensado no ha sido justo y nos gustaría que nos diera la oportunidad de redimirnos.

—Discúlpeme, gobernador. No estoy muy versado en la retórica política. ¿Quiere decir que me han hecho venir para disculparse por cómo me trataron?

El gobernador torció el gesto y meditó la respuesta.

—No tenemos nada por lo que disculparnos —dijo Roshan—. Se hizo lo que se tenía que hacer. No pediré perdón por ello.

—Eso puede decírselo a la familia del comandante Nutz, del comandante Mael y del comandante… —Rommel titubeó—. No recuerdo su nombre. Pero es a ellos a quienes tiene que convencer de que no ha cometido errores. Aunque, si no me hubieran destituido, saboteado y socabado mi autoridad, si me hubieran permitido realizar mi trabajo, el Inferus estaría muerto y todos estos asesinatos no habrían tenido lugar. En lugar de eso, decidió utilizarme como un chivo expiatorio y complicó aún más una situación ya de por sí difícil. No quiero sus disculpas, alcalde. Para mí no valen nada. Quiero terminar lo que empecé. Por eso estoy aquí.

Roshan se había ido poniendo rojo conforme Rommel hablaba. Cuando concluyó su discurso, estaba tan nervioso que su mandíbula temblaba.

—¿Insinúa que soy el responsable de la muerte de…?

—¿Qué? ¡No! —le interrumpió Rommel—. Insinúo que las malas lenguas podrían afirmar tal cosa. E insinúo que un hombre incapaz de asumir sus responsabilidades jamás podrá atajar un problema como el que aquí se plantea.

El alcalde estaba fuera de sí, a punto de estallar en gritos, blasfemias, reproches y amenazas. Rommel se fijó en lo mucho que aquel hombre había envejecido desde la primera vez que lo viera, apenas unos meses antes. Por aquel entonces el problema del Inferus representaba únicamente una preocupación menor. Un loco asesino con una idea estúpida en la cabeza. «Libertad para los anirios». Tan alocada era aquella idea que nadie se la

tomó en serio. De cara a las elecciones, el actual gobernador aconsejó a su protegido que requiriera los servicios de un héroe de guerra para aquella misión. Los votantes, le había dicho, lo agradecerían en las urnas. No obstante, el Inferus resultó ser mucho más inteligente, diestro y meticuloso de lo que nadie había previsto. La noche del levantamiento de Viendavales, el problema pasó de ser algo menor a ocupar las mentes de todos los posibles votantes. Y a partir de ese momento las relaciones de Rommel con el alcalde se habían ido deteriorando, inmersas en diferentes luchas de enfoques sobre la mejor forma de proceder. Rommel quería dedicar cuantos recursos hubiera disponibles para terminar con la amenaza, mientras que Roshan quería que la amenaza se hiciera invisible a sus votantes, al menos hasta pasadas las elecciones. Aquello había destrozado la relación de los dos hombres. Y ahora, a pesar de las circunstancias, ambos se necesitaban.

—Cometimos errores, Rommel —dijo el gobernador—. Y somos capaces de asumirlo. El Inferus nos sobrepasó a todos. Y, aunque no necesite nuestras disculpas, quiero que sepa que las tiene. —Rommel le observó, vio sinceridad en el arrugado rostro del gobernador, y asintió—. Ha dicho que ha venido para terminar aquello que comenzó.

—Sí, lo he dicho.

—Nos gustaría volver a contar con sus servicios.

—Está bien —dijo Rommel.

—¿Acepta? —preguntó Roshan incrédulo.

Rommel le miró y asintió.

—Estas son mis condiciones. Uno: seré presentado oficialmente como el oficial superior al mando de las tropas de Viendavales. Eso significa que todo soldado a cargo de la ciudad estará bajo mi mando. Dos: se me permitirá elegir a mis oficiales. Estos serán hombres de mi confianza, oficiales de la República de Ylandra y no del oeste.

—¡No podemos hacer…! —bramó Roshan, antes de que Rommel le interrumpiera.

—¡Tres! —gritó—. No me interrumpa, alcalde. Tres: la logística de víveres, armas, uniformes, etcétera, estará a mi cargo. Y, por último, mis honorarios serán duplicados.

Cuando se hubo callado, un silencio incrédulo se apoderó de la sala.

—No podemos… —susurró el alcalde.

—Por supuesto que pueden —respondió Rommel.

—Sea razonable, comandante —intervino el gobernador—. No podemos cederle el control del ejército. No podemos dejar que oficiales de la república reemplacen a los nuestros. La palabra «impopular» ni siquiera describe el alcance que tendría tomar esa medida.

—Lo comprendo —dijo Rommel.

Cabeceó un par de veces en dirección a los dos hombres, se giró y comenzó a avanzar hacia la salida.

—¿Qué hace? —cuestionó el alcalde.

Rommel ignoró la pregunta y continuó avanzando.

—Aguarde un poco, Rommel —le imploró el gobernador.

Rommel se paró en seco, suspiró y se dio la vuelta.

—Están asesinando a sus oficiales, gobernador. A sus soldados y a sus ciudadanos, y ustedes continúan planteando esto como un problema político. Están más concentrados en ganar las elecciones que en solventar esta situación. No formaré parte de ello. Si quieren mis servicios, esas son mis condiciones. No son negociables ni están condicionadas por nada.

—No podemos… —repitió el alcalde, ahora mucho menos convencido.

—Está bien, comandante Rommel. Tendrá todo cuanto pide —concedió el gobernador.

—¿Cómo? —dijo Roshan—. Gobernador, con el debido respeto, no podemos ceder a este chantaje. Podemos buscar otro oficial.

—Lo sé, Shanti, pero, ¿qué ocurrirá cuando él también muera?

—No sabemos si…

—¿Pero y si ocurre? No podemos arriesgarnos.

—Tal vez el Inferus mate también a este hombre. No veo ninguna diferencia.

—Yo sí —intervino Rommel—. La diferencia soy yo. Soy un héroe de guerra, señor. Gracias a mí y a mi estrategia acabamos con los ejércitos del maestro Izan. He luchado junto a los mejores guerreros de esta tierra, incluido Aleyn, y siempre he vencido. El Inferus puede atacarme cuando estime oportuno. Ese será el día en el que por fin le atrapemos.

—Se tiene en demasiada estima, comandante —le reprochó Roshan—. Pero ya estuvo al mando de esta misión y fracasó.

—Y no pienso dejar que eso vuelva a ocurrir. De ahí mis exigencias.

—Suficiente, señores —dijo el gobernador—. Confío en usted, Rommel. Trataremos de proporcionarle toda la ayuda que necesite.

—Gracias, señor.

—¿Shanti? —El alcalde miró al gobernador, el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Negó con la cabeza y entrecerró los ojos. Los puños, tensos. Las piernas, temblando—. ¿Shanti? —insistió el gobernador.

—Quiero garantías —dijo al fin y se giró hacia Rommel—. ¿Me oye? Quiero garantías. Antes de las elecciones la cabeza del Inferus será mía. Tiene tres meses para conseguirlo.

Aquella delirante idea provocó la risa de Rommel.

—¿Garantías? —repitió alzando las cejas—. Garantías… Sí puedo garantizarle algo, alcalde. Desde la noche del levantamiento cientos de anirios han desaparecido. La mayoría de ellos en las plantaciones y granjas

de las afueras de Viendavales. Imagino que un número importante ha sido asesinado por sus dueños o por cualquier otro irio como represalia por lo que ha hecho el Inferus. Pero otros muchos, no. Otros muchos han desaparecido y nadie, absolutamente nadie, se ha preocupado por saber dónde demonios están. Le garantizo que, si no empieza a dedicar todos los recursos posibles a terminar con esto, en menos de lo que piensa un ejército de anirios se presentará ante las murallas de la ciudad y lo que comenzó como una ola de asesinatos terminará como una revolución. Entonces, su carrera política dejará de importarle y su única preocupación será su supervivencia.

OceanofPDF.com



La Escuela estaba de celebración. Los más altos tribunales de la república habían fallado a su favor en lo referente a la pertenencia y a los derechos de explotación del valle de Caldaso. Casi quince años después del final de la guerra, todas las injurias e injusticias cometidas contra la sagrada escuela llegaban a su fin. El norte debía abandonar las instituciones del valle en menos de dos meses. Era una sentencia firme, sin derecho a recursos, quejas y todo maestro, aspirante o guardián lo celebraba aquella noche.

A Siara le habría encantado sumarse a los bailes, las chanzas, las risas y las felicitaciones, pero hacía tanto tiempo que no participaba en nada que solo el hecho de pensarlo le hacía sentirse incómoda. Al fin y al cabo, la esencia de las personas residía en su comportamiento y la Siara capaz de bailar y divertirse había muerto hacía mucho tiempo, en el mismo momento en el que la cámara condenó a Aleyn a colgar del cuello hasta morir.

Sin embargo, sí se sentía invadida por una sensación de satisfacción y plenitud. Casi alegría. Casi felicidad. Incluso sonreía. Desde la escalinata de piedra donde estaba sentada, tomando a pequeños sorbos su licor de hierbas, con la visión de la plaza principal de Villa Lumeni donde decenas y cientos de personas celebraban, Siara sonreía.

La voz potente de un veterano maestro brebajista retumbó por encima de cualquier otro ruido, pidiendo a todas las personas espacio. Encendió una cerilla, miró a su alrededor con una sonrisa a la que le faltaban tres dientes, hizo una reverencia y prendió una mecha. Se alejó apresurado mientras la mecha ardía. En apenas cinco segundos un rayo de intensa luz blanca salió despedido hacia la negrura de la noche y, cuando parecía a punto de tocar la luna, estalló, iluminando todo el horizonte. La boca de Siara se abrió y en sus ojos algo chispeó. Aquello podía no ser alquimia, pero aun así era un espectáculo bello. Cuando el cielo volvió a tornarse negro, todas las personas de la plaza aplaudieron.

—Bonito espectáculo —oyó a sus espaldas.

—¿Qué mejor día que hoy para hacer uso de él? —respondió Siara.

—¿Le importa si la acompaño, maestra Roscharch?

—Hay escalera suficiente para que pueda apoyar su trasero, director Kremy.

El director bajó un par de escalones y, con quejas y esfuerzo, tomó asiento junto a Siara.

—Renquea como un viejo.

—Soy un viejo, maestra, y a los viejos se nos permite renquear cuanto queramos, mojar nuestras ropas íntimas con gotitas de orín, soltar alguna que otra ventosidad, ser rígidos, cabezones y entrometidos.

—Parece todo un lujo.

—No te creas. También se nos priva de muchas cosas. Ni recuerdo lo que es tener una erección y empiezo a entrar en una edad en la que oler a ser vivo es todo un privilegio. Por suerte, hemos avanzado mucho en lo que a perfumes se refiere. Ojalá hubiera una solución para el otro problema.

—¿Un buen par de pechos, tal vez?

—¡Ojalá! Pero me temo que ni los pechos más maravillosos de este mundo serían capaces de levantarme el… ánimo —dijo el director antes de echarse a reír—. ¿Qué haces aquí, Siara? ¡Estamos de celebración! Creí que te unirías a la fiesta.

Siara enarcó las cejas y miró de reojo a Kremy.

—¿De verdad lo creías?

Kremy se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Me hubiera sorprendido, la verdad. Aunque me habría gustado verte bailar y cantar de nuevo.

—Me estoy emborrachando —dijo Siara, levantando la botella con el licor de hierbas. Se la llevó a los labios y dio un par de buenos tragos. Tosió antes de bajarla—. ¿Le sirve, director?

Kremy alargó el brazo, le arrebató la botella e imitó los movimientos de Siara. Pero él no tosió.

—Por el valle de Caldaso y la última supuesta victoria de La Escuela.

Siara le miró extrañado.

—¿Supuesta? —preguntó—. La república ha fallado a nuestro favor, director. El valle vuelve a pertenecernos. Es una victoria completa y no hemos tenido que derramar ni una sola gota de sangre para conseguirlo. ¿Hace cuánto que La Escuela no obtiene una victoria como esta?

Desde luego Siara no recordaba ningún acontecimiento como aquel. Todas las victorias de La Escuela, desde que ella podía recordar, se habían logrado a base de lucha, muerte, dolor y sacrificios.

—Puede que tengas razón, maestra. Pero también es posible que estés equivocada.

—¿Eso crees?

—Los jóvenes, por desgracia, no tenéis mucha memoria. Por suerte aún quedamos viejos con los recuerdos intactos.

—¿Y a quién demonios pueden interesarle los recuerdos intactos de unos cuantos viejos?

—Solo a los sabios.

—¿Insinúa que yo no lo soy, director?

—Algo así —dijo Kremy sonriendo—. Créeme, Siara, recuperar el valle de Caldaso no es ningún tipo de victoria. Solo un quebradero de cabeza más. Antes de la guerra, mucho antes de que Aleyn cediera el valle al Estado del Norte para su protección, el gobierno del valle era una fuente de discordia y conflicto. La capital de La Escuela siempre ha sido Lanti's Cloe. Todo buen maestro que se preciara quería asentarse en esa ciudad. Allí es donde el mercado florece y donde el conocimiento y la sabiduría explota y se expande. Caldaso solo es un barrizal inmundo. Está más allá de nuestras fronteras naturales y era una ciudad sucia y pobre, sin apenas comercio o innovación. Si uno de los maestros destinado allí conseguía destacar se le mandaba rápidamente a Lanti's. Al final se crearon clases. Los maestros que residían en La Escuela eran maestros de primera categoría y se daba por hecho que los destinados a Caldaso eran, cuanto menos, ineptos. Insuficientemente capaces para la vida de La Escuela.

—De todo tiene que haber en este mundo. Incluso entre los maestros —argumentó Siara.

—El valle apenas generaba ingresos para La Escuela —continuó Kremy —. ¡Qué demonios! Soy incapaz de recordar un tiempo en el que el valle no fuera una fuente de déficit y deuda. Siempre pidiendo más ayuda, más dinero, más, más y más. Como un pozo sin fondo. Aleyn cedió el valle para protegerlo de las hordas del maestro Izan, pero no solo lo hizo por eso. Como comandante en jefe de los ejércitos de La Escuela, quiso deshacerse de su apéndice más débil e inútil. Y lo consiguió sin hacer nada de ruido. Aquello fue una genialidad. Si nos viera ahora… Celebrando un retroceso.

—No creo que Aleyn… —empezó a decir Siara, malhumorada, antes de ser interrumpida por el director.

—Aleyn tuvo suerte de tenerte a su lado, maestra —dijo Kremy—. Sin ti dudo mucho que hubiera ganado la guerra. Pero estarás de acuerdo conmigo en que nadie entendía la política de este mundo mejor que él. ¿Realmente necesitaba ceder el valle al norte para su protección?

—Nos permitió centrarnos en lo que realmente importaba: vencer al ejército del maestro Izan antes de que este destruyera La Escuela.

—Supongo que sí, Siara, pero no has respondido a mi pregunta. ¿De veras crees que era necesario ceder el valle? ¿No podía haber vencido sin tomar esa decisión? —Cruzaron las miradas y esperaron. Un silencio profundo y prolongado—. Al tomar aquella decisión consiguió muchísimas cosas. Logró deshacerse de nuestra mayor debilidad y consiguió la lealtad de todo un estado, su ejército y su gobierno. Una lealtad que le acompañó durante años, hasta que decidió tomar Ciudad Gloria.

—Si eso es cierto, director, ¿por qué no lo dijo? Yo estuve ahí cuando propuso a la cámara ceder el valle y no le oí blandir ninguna de esas razones.

—Como he dicho, Aleyn fue un gran político. Y un gran político sabe cuándo y cuánto debe mentir. Algunos dirán que eso es malo, pero en política… Lo único que se juzga son los resultados de nuestras decisiones, nunca nuestras decisiones.

—¡Odio la política! —bufó Siara.

—Lo sé. Pero debemos convivir con ella. Puede que la decisión de ceder el valle no fuera la más correcta, pero el resultado sí lo fue. Y el gobierno del norte supo sacar buen provecho de ello. Hoy en día, Caldaso es una de las ciudades más poderosas y rentables del estado. Ha pasado de ser un barrizal a ser, bueno, lo que es hoy en día. Un lugar agradable, bonito

y con futuro. Hasta hace unos días. Cuando La Escuela recupere su gobierno volverá a ser el mismo barrizal que siempre fue.

—Aun así —insistió Siara— el valle nos pertenece. La justicia debe ser justa e imparcial. Aleyn cedió el valle con la intención de que, una vez terminara la guerra, este fuera devuelto. De eso hace ya casi quince años. Son quince años de insultos y agravios. La Escuela no puede permitirse eso.

—Eso es muy subjetivo. Lo que sí sé es que con esta decisión todos perdemos. Pierde el norte, pierde La Escuela y pierde la república. Solo un necio consideraría eso una victoria.

—Entonces estamos rodeados de necios —dedujo Siara.

—Tal vez —admitió Kremy—. Aunque también dicen que los tontos y los necios terminan siendo los más felices, así que… ¡qué sé yo! —dijo, dio un sorbo al licor de hierbas y le devolvió la botella a Siara—. En otro orden de cosas —empezó a decir—, he oído que esa niña a la que tienes bajo tu protección está mostrando unas habilidades poco habituales.

—¿Mara? —dudó Siara—. No es tan incompetente como el resto, si es a eso a lo que te refieres. Creo que está bailando en la plaza. Celebrando, al igual que el resto. Una necia más.

—Una aspirante a alquimista con posibilidades de llegar a maestra. Buenas noticias, en cualquier caso. Igual que la recuperación de Enara.

Un espinazo recorrió la espalda de Siara. Se giró y se enfrentó con gesto de incredulidad al director.

—¿Recuperación? ¿Qué recuperación? Enara continúa inconsciente.

—Despertó esta mañana, Siara. Creí que lo sabías.

—Creíste, ¿qué? ¿Enara está despierta?

—Sí. Abrió los ojos esta mañana. Imaginé que…

Siara se puso en pie. Estaba furiosa, pero también feliz. Sentía como si una gran losa de granito se hubiera precipitado desde su espalda.

—¿Has estado aquí hablándome de tonterías sobre el valle y demás chorradas y no se te ha ocurrido mencionar que mi mejor amiga se había recuperado? De verdad, director, eres un pésimo mentalista.

—¡Y ahí está de nuevo, señores, la encantadora Siara Roscharch! —dijo Kremy alzando las manos—. Siempre es un placer hablar con ella.

—¡Vete al infierno! —profirió antes de alejarse.

—¡Vamos, Siara! ¿Dónde vas?

—¡A ver a mi amiga! ¿Dónde demonios iba a ir si no?

Apuró el paso, se alejó del centro de la villa, atajó por algunos callejones oscuros donde jóvenes aspirantes daban rienda suelta a su juvenil fogosidad y se plantó frente al sanatorio. Irrumpió en él y avanzó hasta la sala donde había estado reposando el cuerpo dormido de Enara. Estaba vacía. Salió de allí y abordó al primer guardián que encontró.

—¿Dónde está el maestro Senén?

—Buenas noches, maestra Roscharch —le respondió el guardián realizando una breve reverencia.

—Sí, sí, buenas noches. ¿Senén?

—Creo que está atendiendo a un aspirante. Demasiado alcohol.

—¿Y se puede saber dónde está?

El guardián retrocedió un par de pasos ante las demandas de la maestra. Siara avanzó, a su vez.

—Siga ese pasillo hasta el final y gire a la derecha. Luego continúe avanzando hasta llegar a una sala grande. Tiene que estar allí.

No dio las gracias y tampoco se despidió. Solo siguió las indicaciones que le había dado. Encontró a Senén junto a dos aspirantes de túnica blanca que atendían a otro joven inquieto y delirante. Se acercó a sus espaldas y llamó la atención del maestro sanador tocándole el hombro.

—¿Dónde está Enara?

—Buenas noches para ti también, Siara —respondió Senén en su habitual tono calmado.

—Déjate de buenas noches. ¿Es cierto? ¿Enara ha despertado?

—Esta mañana, sí —le confirmó. Se giró hacia su paciente y hacia sus aspirantes—. ¿Alguno puede decirme qué hacer ahora?

Los dos aspirantes se miraron, giraron hacia el enfermo y luego hacia su maestro.

—¿Esperar a que se le pase la borrachera? —dijo uno de ellos con voz titubeante.

—¿Solo esperar? Tened en cuenta su estado. Está delirando y, por las cosas que dice, podría ser agresivo.

El paciente gritaba incoherencias sobre personas que le perseguían para hacerle daño.

—¿Quizá ha perdido el juicio?

—¡Oh, por los Tres! —gritó Siara—. Únicamente ha mezclado alcohol con setas de la pasión y ha tenido un mal viaje. Atadle a la cama y dadle un antagonista de la kadoce. Mañana estará como nuevo.

Senén se giró hacia Siara con expresión malhumorada.

—Tienen que aprender, ¿sabes?

—Ya deberían saber eso. ¿Dónde está Enara? No está en su cuarto.

Senén se giró hacia sus dos aspirantes.

—Haced lo que dice la maestra alquimista y, yo que vosotros, dedicaría un tiempo a estudiar las interacciones que puede tener la ingesta de diferentes narcóticos. Es vergonzoso que un alquimista sepa más que vosotros, por muy aspirantes que seáis. —Agarró a Siara del antebrazo y la condujo al pasillo. Siara notó una presión excesiva en su brazo, aunque no hizo nada por liberarse—. Y a ti, maestra, te agradecería que no interfirieras

en mis lecciones. Salvo que sea una cuestión de vida o muerte, te pido esa pequeña señal de respeto.

Los dos a solas, con la mirada incendiada del maestro Senén atravesándola y juzgándola, Siara se sintió avergonzada. En ocasiones dejarse llevar por las emociones no traía nada bueno.

—Tienes razón, Santro. Perdóname.

Senén asintió.

—Enara está bien, si es eso lo que te preocupa. Sus heridas sanaron y su fuerza de voluntad hizo el resto. Podía no haber despertado nunca, pero lo hizo.

—¿Y dónde demonios está?

—Comió y dijo que debía irse a meditar.

—¿A meditar? ¿Y se lo permitiste?

—No había ninguna razón médica para no hacerlo.

—Está bien. ¿Sabes dónde ha ido?

—Val’tres.

—¿El valle de los Tres? ¡Eso está a tres horas a caballo de aquí!

—Veo que se te da bien la geografía, al igual que la medicina. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—¿Por qué ha ido hasta allí para meditar?

—Como verás, Siara, mi capa es dorada, no celeste. No me interesan los motivos por los cuales la gente hace lo que hace. Solo sus heridas y sus enfermedades. ¿Puedo hacer algo más por ti?

Siara negó con la cabeza, le agradeció la información, se disculpó una última vez y se marchó.

En las cuadras se hizo con una montura veloz y la espoleó en dirección a la negrura de la noche. Lo que menos le apetecía era cabalgar tantas horas, pero sentía que debía hacerlo. Enara era su amiga. La única que, aun

en los momentos más difíciles, había permanecido fiel a su lado. Cuando alguien así vuelve de entre los muertos, hay que ir a verlo, por muy lejos que esté. Además, sentía curiosidad por entender ese arrebato que había llevado a Enara a meditar en Val'tres en plena noche. Sin duda, era un comportamiento de lo más extraño.

Llegó cuando el cielo comenzaba a clarear. Aún faltaba para que el astro rey se levantara por encima de las montañas, pero sus ecos ya manchaban la tierra. Desde lo alto de la colina, Siara vislumbró las tres enormes estatuas de los Tres, formando un triángulo isósceles. La estatua de Daxal, tan alta como diez hombres, se elevaba en el punto más alejado del valle. Una estatua tallada sobre una enorme roca volcánica. Negra, imponente y con una espada tan larga y afilada que aún era capaz de cortar cualquier material. Las estatuas de Rótalo y Dyara eran más pequeñas. Ambas compartían la misma distancia con la estatua de Daxal y su nivel de detalle y cuidado eran claramente inferiores. La de Dyara estaba esculpida sobre mármol y la de Rótalo sobre granito. Ninguna de las tres tenía la cara detallada. Ahí se difuminaba su figura.

Siara se fijó en los pies de las tres esculturas y encontró a Enara sentada frente a la de Rótalo, con la mirada puesta en los supuestos ojos de aquel dios. Se apeó de su montura, ató las riendas a un poste y se acercó andando. Hubiera corrido a abrazarla, pero algo en su interior le advirtió que no lo hiciera. Se acercó con cautela y sigilo.

—Hola, Siara —dijo Enara. Mantuvo los ojos cerrados, la expresión serena y la respiración profunda.

—¿Y ya está? —preguntó Siara—. ¿Regresas de entre los muertos y eso es todo lo que se te ocurre decirme? ¿Hola, Siara?

—Gracias por salvarme la vida. Estaría muerta si no fuera por ti.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué estás tan… rara? —inquirió.

—¿Estoy rara?

—Ni siquiera me has mirado aún.

Enara suspiró, bajó la cabeza, la escondió entre las manos y, tras desperezarse, se puso en pie y miró a su amiga. Una tímida sonrisa se deslizó entre sus labios.

—Debías tener muchas ganas de verme para cabalgar todo este trecho.

—Me duele el culo, si es eso lo que te preocupa —bromeó, pero no causó ningún efecto en Enara. Aquello sí era extraño. Por lo general su amiga no solía perder ocasión para reírse de una burla—. ¿Estás bien? —preguntó Siara, esta vez con el semblante serio.

—Físicamente sí. El maestro Senén dice que todas mis heridas han sanado bien.

—¿Y mentalmente?

—Mejor aún. Por fin entiendo… —Suspiró antes de continuar—. Por fin comprendo, Siara. Puede que sea la única persona que lo hace.

—Está bien. Así que por fin comprendes. ¿Puedo preguntarte el qué?

—Todo. Nuestra historia. Todas las incoherencias que intentamos rellenar con cuentos, fábulas, leyendas y demás. Ahora todas esas cosas tienen sentido.

—Ya veo —dijo Siara—. ¿Te importaría compartirlo conmigo?

Enara se giró hacia la enorme estatua de Rótalo y negó con la cabeza.

—¿Sabes quién nos atacó?

—Sí —respondió Siara—. Un joven maestro llamado Azael. Desapareció tras ganarse la capa.

—No fue él.

—La descripción coincide.

—Eso es porque el cuerpo pertenecía a ese maestro. Pero ya no. Su alma fue destruida o exiliada y algo mucho más terrible ocupó su lugar. Eso

fue lo que nos atacó. Lo que a punto estuvo de matarnos. ¿Recuerdas qué dijo antes de atacarnos? —Siara miró al suelo—. «Mi libro». Buscaba su libro.

—Lo recuerdo —respondió Siara.

Se sentía perdida, ausente, en un terreno desconocido en el que ni siquiera sabía si quería estar. Se suponía que debía haber sido un momento feliz —el retorno de una amiga— pero por alguna extraña razón, no estaba siéndolo.

—Buscaba un libro. ¿Qué más da?

—Buscaba su libro, Siara. No un libro cualquiera. Su libro. El libro de Rótalo. El libro que me dio aquel comerciante de tres al cuarto. El libro que alguien le pagó para que me lo diera a mí. Ese libro. El libro de Rótalo. ¿Lo entiendes, Siara? Fue Él quién nos atacó.

—¿Quién?

—Él —dijo Enara señalando la imponente estatua de Rótalo.

Siara estuvo a punto de perderse en una profunda carcajada. Lo único que la frenó fue la seriedad con la que los ojos de su amiga la auscultaban.

—¿Quieres decir que el mismísimo Rótalo intentó matarnos? ¿Es eso?

—Sí.

—Oye, Enara, has estado mucho tiempo inconsciente, al borde de la muerte en realidad y ni siquiera soy capaz de entender lo que puede ocurrirle a una mente en ese estado, pero esto que estás diciendo no tiene ningún sentido. Los dioses no existen —sentenció—. Solo son leyendas para dar coherencia a nuestra historia más remota. Y aunque en su momento hubieran existido, que lo dudo mucho, desde luego no van a aparecerse de pronto en nuestro mundo para robarnos un libro en cuya portada aparece escrito su nombre. Hay miles de explicaciones mucho más sencillas y lógicas que esa.

—Y todas son falsas. Fue Rótalo, Siara. Lo sé. Lo sentí.

—Lo sentiste.

—Y no solo eso. Sentí la esencia de su ser, de su alma. Era la cosa más oscura a la que jamás me haya enfrentado. Era puro odio. Ni siquiera eso. Nos veía como si fuéramos seres inferiores. Como nosotros vemos a las hormigas. Al menos así es como sentía que debía ser. Y le enfadaba ver que no era así. Estaba furioso con nosotros. Contra toda nuestra especie. Quería vengarse.

—Bueno, eso sí tiene sentido. Si yo fuera una diosa también me cabrearía que un par de simples mortales consiguieran hacerme frente —señaló Siara en tono jocoso.

—¿No me crees?

Siara cogió una gran bocanada de aire y lo expulsó al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, Enara. Lo siento. Creo que te equivocas. Creo que lo que dices no tiene ningún sentido.

—Soy una maestra sanctorum, Siara. Y una muy buena. Te digo que sentí el alma de Rótalo dentro de aquel cuerpo. Si Aleyn hubiera estado ahí también lo habría visto.

—No le metas a él en esto.

Esta vez no había sido un desliz. Mencionar a Aleyn de aquella forma había sido un ataque directo. Sus músculos se tensaron y todo intento de comprensión y empatía se esfumó rápidamente.

—De haber sido él quien te dijera esto le habrías creído.

—Puede ser. Pero tú no eres él —respondió Siara.

—Pero tengo sus mismos conocimientos. Te pido que confíes en ellos.

—Me pides que crea en una auténtica locura.

Las comisuras de los labios de Enara se curvaron hacia el suelo. Su cabeza y sus párpados se vinieron abajo, como sus hombros. Suspiró. Luego se sentó y cruzó las piernas.

—¿Sabes, Siara? Me creería cualquier cosa relacionada con la alquimia que me dijeras. Cualquier cosa, por inverosímil o estúpida que pudiera parecerme. ¿Sabes por qué? Porque, por encima de todo, te respeto. Creí que ese sentimiento era mutuo, pero me equivoqué. Ahora, si no te importa, me gustaría continuar meditando a solas.

—Venga, Enara, no digas tonterías. Te respeto y mucho. Pero que uno de los Tres nos atacara reencarnado en el cuerpo de un muchacho…

—Es increíble. Me da igual. Yo sé que es cierto. Ahora márchate, por favor. El tiempo de Ylandra está llegando a su fin y necesito prepararme. No puedo perderlo tratando de convencer a una persona que no está dispuesta a creer.

—Enara, yo…

—Márchate, por favor.

Siara suspiró una última vez, se encogió de hombros y obedeció.

OceanofPDF.com



—Los resultados de los sondeos, señor —dijo Annelyn mientras le entregaba al juez Wellington una voluminosa carpeta repleta de papeles.

Deian, sentado en su silla, se mesó la poblada y canosa barba y aceptó la carpeta. Annelyn se sentó al tiempo que el juez pasaba las hojas, leía y asentía. Había cambiado. Annelyn sabía las difíciles decisiones que se había visto obligado a tomar con respecto a sus dos hijos y no solo eso, también conocía las crueles verdades por las cuales había tenido que tomar dichas decisiones. Uno de sus hijos era un alcohólico empedernido y el otro un traidor homosexual. Desde entonces el juez no se afeitaba. Su aspecto estaba descuidado, así como sus modales. Lo único que continuaba empoderándole era su ambición política, la cual se hacía día tras día más incontrolable, incluso para una persona como Annelyn.

Deian le devolvió la carpeta y suspiró malhumorado.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Señor?

—No tengo tiempo para repasar hojas repletas de cifras. Trabaja para mí, ¿no es cierto? Pues hágame un resumen de estos resultados.

Annelyn no trabajaba para el juez. Una descripción más acertada hubiera sido decir que era el juez quien trabajaba para Annelyn, dado que

había sido ella quien le había convocado reuniones con todos los posibles donantes y apoyos, había sido ella quien había lanzado su candidatura electoral y había sido ella la que había manejado cada asunto, problema o éxito cosechado por el juez.

Además, Annelyn era consciente de que la hostilidad del juez obedecía única y exclusivamente a sus inseguridades. Deian Wellington era un hombre inteligente, de eso no cabía duda, pero era un hombre de letras, negado para los números. Por suerte o por desgracia también era un hombre orgulloso, incapaz de reconocer frente a ninguna otra persona una debilidad. Pedía un resumen de los resultados por la simple razón de que no entendía dichos resultados.

Annelyn no se lo reprochaba. El nivel de concreción y profundidad de los mismos podía resultar apabullante. Había invertido dos piezas de oro, una auténtica fortuna, en su desarrollo, por lo que el producto final debía ser y era muy exhaustivo. Estaban representadas las cinco regiones del estado: Helia, Maremar, Terentena, Viendavales y Alambra; y los resultados podían dividirse en función de los estratos sociales, el sexo, la edad, las ideologías políticas, el lugar de residencia y un largo etcétera. Hojas y hojas repletas de valiosísima información. Annelyn podía haberle dicho al juez que, como resumen, su campaña electoral estaba siendo todo un éxito, pero sabía que aquello no lo satisfaría, así que, adelantándose a sus quejas, decidió dar una explicación más detallada.

—El titular es que cuenta con una ventaja en intención de voto de ocho puntos.

—Bien —dijo el juez con el gesto inmutable—. ¿Qué más?

Annelyn se esforzó por sonreír.

—Vayamos región a región. En Helia vence por diez puntos. Es una ciudad con una tradición militar muy relevante y su pasado como

comandante gusta, y mucho.

—Comprendo. Continúe.

—En Maremar, Roshan obtiene una ventaja de seis puntos sobre usted.

—¡Seis puntos! ¿A qué se debe? ¿Qué tiene esa región contra mí?

Annelyn tamborileó con los dedos sobre la mesa, debatiendo consigo misma la mejor manera de responder a aquella pregunta.

—La principal fuente de ingresos de Maremar es el comercio de esclavos.

—Lo sé. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—No quiero ofenderle, Deian, pero cualquier persona que no le conozca podría afirmar que el trato que daba a sus esclavos hace no tantos años era demasiado libertino y benevolente. Eso no gusta a los maremarenses. Temen que, si vence las elecciones…

—¿Qué? ¿Piensan que voy a abolir la esclavitud? Fue mi mujer, que en paz descanse, la responsable de ese buen trato. ¿No llegaron a Maremar las últimas noticias, lo ocurrido durante la noche del levantamiento? Maté con mi propia espada a varios anirios y mandé colgar a otros muchos como represalia. ¿Eso les parece ser demasiado benevolente?

—Estamos hablando de política, Deian. La gente se deja llevar por chismorreos y rumores. Pero no tenemos por qué preocuparnos. Mientras en Maremar perdemos influencia por estos rumores, en Helia, una ciudad sin demasiada cultura esclavista, conseguimos una importante ventaja. Creo que, en conjunto, estos rumores le convienen.

Deian cerró los ojos y apretó la yema de los dedos contra sus párpados, como si quisiera atravesarlos. Acto seguido abrió uno de los cajones de la mesa, extrajo un recipiente repleto de polvo blanco y vertió una cucharada sobre un vaso de agua. Lo removió y se lo bebió.

—Continúe.

—Terentena… Los sondeos indican un empate táctico. Es el lugar donde el voto puede ser más voluble.

—¿A qué demonios se refiere con «voluble»?

—La cantidad de indecisos es demasiado grande. El alcalde Rian aún no se ha decidido a apoyar a ninguno de los candidatos y es bien sabido que, en esa región, la palabra de ese hombre puede llegar a ser determinante. Por desgracia, no estamos en posición de obtener su apoyo.

—¡Ciento cincuenta piezas de oro! ¡Miserable! Cuando sea gobernador hundiré a ese malnacido —dijo Deian golpeando la mesa con el puño.

—Por fortuna, Roshan tampoco tiene tal cantidad de dinero.

—¿Está segura de eso?

—Bastante segura.

—¿Bastante segura? —repitió el juez con desprecio—. Quiero certezas, Annelyn, no suposiciones.

Por un momento algo echó a arder en el interior del pecho de Annelyn. Por un momento pensó en lanzar todo su poder contra la mente de aquel pobre e inútil desgraciado hasta dejarla hecha pedazos.

—No cuenta con esa cantidad, señor. Estoy segura.

—Eso espero —advirtió el juez—. Continúe.

—Alambra, en el sur, es la región de procedencia del actual gobernador. Roshan le saca una considerable ventaja, pero ya contábamos con ello. Por eso hemos centrado nuestros esfuerzos en otras regiones.

—¿Qué hay de Viendavales?

—Viendavales es nuestra joya más preciada y todo gracias al Inferus. La región no podía estar más en contra de su actual alcalde. Vencemos por quince puntos, lo que, si me permite decirle, es un dato histórico. Por lo general, el sillón de gobernador lo ocupa aquella persona que consigue vencer en Terentena y Viendavales. Maremar, Alambra y Helia no son más

que ecos en la montaña. Teniendo en cuenta nuestra posición actual, las elecciones están ganadas.

—Salvo que el comandante Edvard atrape al Inferus y el alcalde Rian se decida por apoyar a mi oponente. ¿Es eso?

—Nada de eso pasará.

—Eso no lo sabe.

Por supuesto que lo sabía. Aquel era su trabajo y se le daba francamente bien. Si ella decía que algo no ocurriría, no ocurría. Pero el problema no era ese. Deian no la respetaba. Cuando la miraba lo único que veía era a una mujer. Débil, sumisa e incapaz de lograr nada. La lacra del machismo. Una lacra capaz de desangrar un estado misógino como el oeste.

Annelyn podría haber cambiado todas esas creencias. Únicamente tendría que modificar un par de finas cuerdas. Obligarlas a vibrar de un modo sutilmente diferente. Sería sencillo. No podía entrar a través del respeto, ni tampoco de la educación, pero sí del deseo. Annelyn solo tenía que arquear la espalda para sentir la erección del juez a punto de atravesarle el pantalón. Ese sería el acceso a su mente y, una vez dentro, aumentaría la sumisión, la humildad y la propensión a escucharla. Así de sencillo. Por desgracia y, a pesar de todo, sabía lo desafortunada y estúpida que podía ser aquella idea. Todos los cargos electos eran evaluados por maestros mentalistas expertos en el reconocimiento de las intromisiones. Eso quería decir que, de entrar en su mente y realizar alguna modificación, por pequeña que fuera, La Escuela lo sabría. Al cargo electo se le evaluaría el alcance de la manipulación y, de ser demasiado alta, se invalidarían los resultados de las elecciones. Y lo peor de todo: el responsable de los actos sería buscado, juzgado y condenado a morir. No. Entrar en la mente del juez no era una opción. Aquello debía hacerse sin el uso de sus dones divinos.

—Aventaja a Roshan en ocho puntos a menos de tres meses de las elecciones, Deian. Cualquier candidato daría su vida por tener esa ventaja —dijo al fin.

—Yo no soy cualquier candidato. Soy Deian Wellington, juez de la Alta Corte y antiguo comandante de los ejércitos del oeste. Detesto las sorpresas. Detesto los imprevistos. Estoy pagando un alto precio por estas elecciones y quiero asegurarme una victoria.

—En política nada es seguro.

—Pues encuentre la forma de que lo sea o encontraré a alguien capaz de hacerlo.

Apretó tantísimo las mandíbulas que terminaron por dolerle. También sintió las lágrimas acumularse en sus ojos. Lágrimas de rabia y frustración. La única persona que se había atrevido a hablarle de esa forma había sido aquel misterioso hombre para el que, supuestamente, estaba trabajando. Andreas Lumiere. Que el juez también lo hiciera la desquiciaba por completo. Pensó que cualquier otro, en su lugar, ya estaría muerto o loco o en un perpetuo estado de inenarrable sufrimiento.

Agarró la carpeta, guardó los documentos y se puso en pie.

—Aseguraré su victoria —concluyó—. Si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

—No me cabe duda.

Annelyn asintió, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, fingiendo que sus músculos no temblaban.

Cuando se disponía a alcanzar el pomo de la puerta, este giró solo, la puerta se abrió y la joven secretaria del juez entró apresurada.

—Discúlpeme, señor —dijo—. Alguien quiere verle.

Acto seguido, un hombre corpulento, calvo, de ojos negros, nariz y labios anchos, cabeza cuadrada y ropajes caros y elegantes hizo su

aparición. En uno de los lados colgaba un puñal curvo y en su jubón, a la altura del corazón, colgaba un broche de oro en forma de «L».

—¿Qué demonios ocurre? —gritó el juez.

Annelyn miró al desconocido, entrecerró los ojos y, al descubrir la verdad expuesta en ellos, bajó la cabeza y maldijo entre dientes. Problemas. Eso ocurría.

—Soy Ian Lascanter —anunció el desconocido—. Usted ha firmado una orden de detención contra mi hermano: Brendan Lascanter.

Annelyn retrocedió un par de pasos y se apartó de la trayectoria visual de los dos hombres.

—¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí? —preguntó el juez, poniéndose en pie, pero con una sonrisa extraña en sus labios—. Aquí no se puede entrar sin cita previa.

—Con dinero, señor —respondió Ian—. Con dinero se puede hacer lo que uno quiera y yo tengo mucho dinero.

Deian sonrió, enarcó las cejas y se mordió el labio inferior. Parecía satisfecho.

—Está bien, señor Lascanter. ¿Quiere sentarse?

Con paso firme se acercó hasta la mesa, rodeó una de las sillas y se sentó.

Annelyn observó la escena, indecisa. Miró a la secretaria del juez, ahí de pie, sin saber muy bien qué hacer, y luego miró a Deian. Antes de obtener ninguna afirmación por su parte, le dijo a la secretaria que le dejaran solos y se acercó a la mesa. Rodeó la silla que quedaba vacía y se sentó, al lado de Ian.

—Buenas tardes, señor. Soy Annelyn…

—Sé quién es usted —respondió Ian.

Había tanto desprecio en su voz que Annelyn tragó saliva. Un destello le atravesó la mente y entonces lo supo. Aquel hombre la odiaba a la par que la temía. La razón estaba clara. Sabía quién era Annelyn. Conocía su verdad. Annelyn se estremeció.

—¿Podríamos hablar a solas, señor Wellington? Como caballeros. Sin mujeres.

—No veo por qué no —respondió Deian, desquiciando nuevamente a Annelyn—. Señorita Vyvas, ¿le importa…?

—En realidad, sí me importa —dijo tajante—. Considero conveniente mi presencia en esta improvisada reunión.

Annelyn y el juez cruzaron una mirada cargada de recelo y reproches. Annelyn no entró en su mente, pero sí envió un mensaje. El mensaje de que no podría echarla educadamente. El mensaje de que, o cedía o la perdía. Y aunque no la respetaba, Deian era lo bastante inteligente como para saber que aún la necesitaba.

—¿Qué desea, señor Lascanter? —preguntó finalmente el juez, ignorando la presencia de Annelyn.

—Ha ordenado la detención de mi hermano. Quiero que lo libere.

—No antes de que sus crímenes sean juzgados.

—¿Qué crímenes?

—Imagino que ya conoce los crímenes de los que se le acusa.

—En mi tierra…

—Pues vuelva a su tierra, señor. Aquí, en el glorioso Estado del Oeste, ser un pervertido sexual sí está penado.

—Entonces encierre también a su propio hijo.

—¡Cómo se atreve! ¿Tiene idea de con quién está hablando?

—Sí, por supuesto que sí. A ningún oriental se le olvidará jamás el paso del comandante Wellington por nuestras tierras. ¿Y usted? ¿Tiene usted idea

de con quién está hablando?

—Con un incauto, estoy seguro.

—Añada rico y poderoso. Tan rico y poderoso que con pronunciar una palabra podría hacerle perder estas elecciones.

Annelyn clavó sus ojos azules sobre los de Ian, buceó y encontró lo que buscaba. Bien expuesto. Había un barco. Cerca de la costa. Un barco de velas blancas, quince metros de eslora, cargado de telas y… ¡oro! Muchísimo oro. El suficiente oro como para comprar el resultado de unas elecciones. Annelyn, una vez más, se estremeció. Antes de que el juez continuara con su perorata, desbancando todos los planes y esfuerzos que tanto le había costado levantar, tosió, haciéndose visible.

—Entiendo su posición, señor Lascanter. Esto ha sido un desafortunado incidente. Estoy segura de que podemos llegar a algún tipo de acuerdo.

Sintió cómo toda la furia del juez se le clavaba en las mejillas y se ruborizó.

—¿A qué clase de acuerdo se refiere?

—¡A ninguno! —gritó Deian—. Brendan será jugado por sus crímenes.

—Deian, escúcheme —dijo Annelyn. Era una súplica, sincera y desesperada—. Por favor.

—Quizá debería hacerlo, señor Wellington.

Annelyn aprovechó la distracción producida por Ian para continuar esbozando sus argumentos.

—No podemos liberar a su hermano, señor Lascanter. Ha sido acusado de crímenes que, como bien afirma el juez Wellington, han de ser juzgados. Sin embargo, la gravedad de la condena puede ser del beneficio de todos.

—Le escucho, señorita Vyvas.

No tuvo ni que cruzar la mirada con el juez para saber que se estaba excediendo en sus competencias. No obstante, no tenía otra alternativa que

continuar.

—Se le condenará por los crímenes de los que se le acusa. Se le impondrá una multa económica y se le condenará al exilio.

—No puede ser.

—Es un trato justo.

—Demasiado restrictivo. No puede existir una condena. Mi familia no puede verse envuelta en un caso como este. Nuestro mayor aval es nuestra reputación. Si se condenara a un miembro de nuestra familia por comportamiento homosexual, muchos de nuestros clientes en este estado buscarían nuevos proveedores. No podemos permitirlo.

—¡Tendrá valor! —exclamó el juez.

—Lo tengo, señor. Quiero que lo liberen y quiero que emitan una carta de disculpa por el error cometido. Una vez solucionado, Brendan abandonará estas tierras y jamás volverá a pisarlas. Creo que ese sí es un trato justo.

A Annelyn le parecía un buen trato. No estaba segura sobre la aplicación de la palabra «justo», pero desde luego era un trato que satisfacía a ambas partes. Observó al juez. Meditaba, con la mirada perdida en algún punto lejano y la respiración alterada. Entonces se puso en pie y comenzó a caminar hasta la puerta de su despacho. Ni Ian, ni Annelyn se movieron. Una interrogación se dibujó en sus semblantes.

Deian abrió la puerta e hizo unos gestos con la mano. Al cabo de unos segundos dos guardias armados aparecieron frente a él.

—Saquen esa basura de mi despacho. No me importa cuánto dinero les haya dado o cuánto les ofrezca. Si no me obedecen, mañana serán acusados de desacato y les encerraré en la celda más oscura y pútrida que encuentre.

Annelyn agachó la cabeza, cerró los ojos y maldijo entre dientes.

OceanofPDF.com



La atmósfera se presentaba cargada de misticismo y espiritualidad. Los rayos del atardecer incidían sobre unos espejos preparados para reflejar la luz en un tono celeste, inundando el salón Memorial de un azul intenso. Mara miró en derredor, incapaz de evitar que los latidos de su corazón retumbaran en sus oídos. Era el clamor del más puro y sincero respeto. Respeto hacia La Escuela, respeto hacia los maestros y, por encima de todo, respeto hacia su amiga, Nala Kote, quien estaba a punto de ser vestida con la capa celeste de los maestros mentalistas. Aquella era su ceremonia y Mara se sentía feliz. Si no hubiera creído cometer una enorme falta de respeto, incluso habría sonreído.

Nala, aquella chica de pelo rubio, ojos anirios y sonrisa fácil que, ajena a prejuicios, se había arrimado a un grupo de novatos tras las pruebas de mentoría. Una amiga. Una buena persona. Una aspirante habilidosa. Nala, quien hacía dos días se había quebrado, dejando que todo su poder se expandiera por cada célula de su cuerpo. Tras esa ceremonia dejaría de ser Nala para convertirse en la maestra Nala Kote.

Y ninguno de sus amigos había querido perdérselo. Todos ellos con el mismo semblante serio y formal. Todos ellos expectantes y nerviosos. En el centro de la sala había una pequeña mesa de roble cubierta por un trapo de

color blanco y, frente a frente, arrodillados, Nala y su mentor, el maestro y profesor mentalista Sairon Kote. Tras este, en la misma postura, otros siete aspirantes, también protegidos del maestro Sairon, esperaban el devenir de la ceremonia. Entre ellos se encontraba Max quien, cómo no, miraba a Mara y le sonreía con cierto desdén. En otro momento, Mara podría haberse dejado llevar por esa insana rivalidad, pero no entonces. No mientras una de sus amigas se ganaba su capa de maestro.

—Bienvenidos —saludó el maestro Sairon en un tono ceremonioso y profundo—. Es mi responsabilidad estar hoy aquí, frente a la aspirante Nala Kote quien, a sus veintidós años de edad, ha demostrado estar preparada para soportar el peso de la capa celeste. A partir de hoy, tu vida, Nala, pasará a estar al servicio de La Escuela. ¿Comprendes la relevancia, el impacto y la responsabilidad de llevar esta capa sobre tus hombros?

—Sí, maestro —dijo Nala.

—Procedamos con la ceremonia, entonces.

La ceremonia de entrega de la capa era quizá uno de los primeros rituales que el mesías, hacía más de mil años, había establecido. Los archivos de La Escuela databan la primera ceremonia solo días después de su constitución oficial. Era algo que había acompañado a los maestros durante siglos.

—Nala Kote, hace dos días se te cedieron tres gemas, ¿es eso cierto? —preguntó el maestro Sairon.

—Así es, maestro.

—Y se te pidió que utilizaras tus nuevos poderes para guardar, en cada una de ellas, algo valioso y precioso. ¿Lo has hecho?

—Sí, maestro.

—En ese caso, coloca las gemas sobre este tapete.

Nala introdujo la mano derecha en la manga izquierda, agarró algo y extrajo el puño cerrado. Con sumo cuidado colocó las tres gemas formando un triángulo equilátero y suspiró. Entonces las gemas comenzaron a brillar, con parpadeantes e hipnóticos destellos rojos, verdes y azules. Preciosos, místicos e íntimos.

—En estas gemas has guardado un pensamiento, una emoción y una conducta. El triángulo que conforma toda mente. La esencia de lo que somos. Por favor, Nala, explica qué has guardado en cada una de ellas.

Nala señaló la primera de las gemas, aquella que brillaba con una intensa luz roja.

—Aquí he guardado una conducta. Medité durante horas qué conducta era la más adecuada para entregar a La Escuela. Cuál, de entre todas las cosas que he hecho, podía serle más útil a esta institución, a la cual amo. No hace mucho fui derrotada en combate. Antes de luchar me creí vencedora. Durante el combate me vi vencedora. Y cuando fui derrotada la rabia inundó mi cuerpo y embotó mi mente. Gracias a ello fui capaz de aprender una lección muy valiosa y eso es lo que deseo compartir con La Escuela. La conducta que entrego con total humildad no es otra que mi derrota. Todos y cada uno de los movimientos que me llevaron hasta allí.

—Es una conducta valiosa y valiente. La Escuela agradece la ofrenda.

Nala señaló entonces la gema verde.

—Un pensamiento —dijo y suspiró—. Millones de pensamientos han cruzado mi mente. Algunos eran buenos y otros no. Algunos eran inteligentes y otros no. Cuando era una niña tuve un pensamiento. No era inteligente, ni era bueno, ni estúpido, ni malo. Pero sí era sincero. Un grupo de niños mayores jugaban a soldados con palos de madera. Yo transportaba una tinaja de barro llena de agua. Recuerdo que les vi y pensé que también

quería jugar con ellos. Fue sincero. «Quiero jugar». Ese pensamiento es el que ofrezco a La Escuela.

—¿Por qué?

La fila de protegidos, arrodillados tras su mentor, se estremeció. No solía haber preguntas durante esas ceremonias. Todo estaba previamente marcado y establecido y que el maestro Sairon ignorara el protocolo e improvisara significaba algo. Bueno o malo, pero algo.

Nala, a diferencia de sus compañeros, ni se inmutó. Solo respondió.

—Es un pensamiento sincero. Algo me dice que sinceridad es lo que este lugar necesita.

Sairon frunció el ceño y asintió.

—La Escuela agradece la ofrenda, Nala.

Nala se fijó entonces en la última de las gemas, aquella que brillaba con una intensa luz azul.

—Ha sido muy difícil escoger una emoción. Había tantas… Decidí entregarle a La Escuela la ternura, pues fue esta emoción la que me guio en mi búsqueda de… algo más.

El maestro Sairon sonrió.

—Bonita emoción. La Escuela agradece la ofrenda y ahora hace uso de su poder para reclamar conducta, pensamiento y emoción.

El maestro sacó una pequeña gema y la colocó en el baricentro del triángulo que formaban las tres cedidas por Nala. En un instante, las gemas perdieron su brillo y la colocada por el maestro se inundó de una luz de extraños colores. Sairon asintió, recogió la piedra y la guardó en una bolsita de cuero.

—Bien, Nala, has hecho entrega de tres grandes virtudes. Es hora de que recibas algo a cambio. —Sairon sacó una segunda bolsita, soltó las cuerdas que la cerraban y dejó caer sobre la mesa seis brillantes alhajas—.

Estas seis gemas custodian un pensamiento, una emoción y una conducta regalada por un maestro que, como tú, realizó esta ceremonia. Han sido seleccionadas por mí de entre cientos y miles. Cualquiera de ellas te otorgará un valioso conocimiento, pero has de saber que tu elección será el inicio de tu senda como mentalista. Así pues, elige bien.

Nala se echó sobre la mesa y observó las piedras; una a una. Detenía su mirada en una, acercaba la mano y, cuando estaba a punto de tocarla cerraba los ojos, giraba la cabeza y parecía escuchar alguna cosa. Luego apartaba la mano, a veces titubeante, otras veces más segura. El proceso se prolongó durante un rato demasiado largo. Mara, cansada de la postura en la que se encontraba, comenzó a inquietarse. El maestro Sairon aguardaba atento y sus protegidos observaban con una inaudita curiosidad.

Finalmente se decidió por una; aquella con un fuerte brillo blanco. La cogió entre los dedos y la colocó donde antes había estado la dejada por el maestro, en el baricentro del triángulo equilátero. Al levantar la cabeza, Nala se encontró con la sorprendida y severa mirada del maestro Sairon.

—¿Estás segura de que esa es la gema que deseas coger? —preguntó.

Su tono había cambiado. Durante el resto de la ceremonia había mantenido una cadencia y una entonación protocolaria. Ahora parecía furioso.

—Sí, maestro —respondió Nala.

—No te creo —dijo Sairon—. Elige otra gema.

—¿Maestro?

—No has elegido bien, Nala. Te pido que elijas de nuevo.

—Yo… no lo entiendo.

—Este es el inicio de tu camino. Debes elegir y debes elegir bien.

—Creo haberlo hecho —respondió Nala.

Al oír aquello, el rostro del maestro Sairon se crispó en una mueca dolorosa. Sus ojos y sus mandíbulas se cerraron con fuerza y su cabeza cedió hacia el suelo.

Todos los aspirantes se alarmaron al ver aquello. Algunos de sus protegidos se pusieron en pie y se acercaron hasta su mentor. Nala, por el contrario, se alejó de él con expresión asustada. Ni Mara, ni ninguno de sus amigos, hicieron nada. Solo esperaron.

—¡Maestro! —exclamó uno de sus protegidos apoyando una mano sobre su hombro—. ¿Qué ocurre, maestro?

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Max a Nala en un tono claramente acusatorio.

—¡No estoy haciendo nada! —se defendió ella.

—¡Ya basta! —gritó Sairon. Apartó la mano de su protegido y volvió a erguirse—. ¿¡Qué demonios hacéis!? —gritó—. A vuestros sitios. ¡Ahora!

Todos sus protegidos obedecieron la orden, aunque la expresión de miedo no desapareció del semblante de ninguno.

El maestro Sairon se frotó los ojos y sacudió la cabeza. Cuando volvió a mirar a Nala, sonreía.

—Discúlpame —dijo.

—¿Se encuentra bien, maestro?

—Sí —respondió—. Es hora de hacerte entrega de tu capa, Nala.

Max, detrás de su mentor, se puso en pie y le entregó un fardo envuelto en un fino papel. Se alejó en cuanto el maestro cogió el fardo, recuperando su posición inicial.

El maestro Sairon, con sumo cuidado, deshizo la envoltura y extrajo una preciosa capa celeste. Se incorporó y la extendió. Era una capa de seda sencilla, sin estampados ni ninguna otra floritura. Rodeó el cuerpo de Nala y la colocó sobre sus hombros. Entonces le indicó que se levantara.

—Es un honor para mí presentaros por vez primera a la maestra mentalista Nala Kote —anunció Sairon y, esta vez sí, todos aplaudieron.

Apenas una hora después, mientras todo el grupo esperaba la llegada de la nueva y flamante maestra para ir a celebrar el nombramiento a Lanti's Cloe, surgió un debate sobre qué disciplina tenía la mejor ceremonia de entrega de la capa. Todos estaban de acuerdo en que la de los mentalistas contaba con cierta atmósfera que la hacía interesante, pero ninguno de ellos pensaba que fuera la mejor.

—La de los cronistas y la de los sanadores es un muermo —opinó Ezra.

—La de los brebajistas me gusta —dijo Lewis.

—¡Qué gran novedad! Un aspirante a brebajista defendiendo las virtudes de su disciplina —se mofó Kiara.

—No tiene nada que ver con eso. En la ceremonia de entrega de la capa esmeralda se permite una gran improvisación. Eso es lo que la hace especial.

—¡Bah!

—Bah, ¿qué?

—¡Bah! Solo tú defenderías que la mejor ceremonia es la de los maestros brebajistas.

—Muy bien. ¿Para ti cuál es la mejor?

Kiara miró a Ezra y a Mara.

—Cuando estos dos se conviertan en maestros lo verás.

—¿Alquimistas y sanctorum?

—Efectivamente.

—Así que te excita lo raro y lo sangriento… Me alegra saberlo —se burló Lewis.

—¿Y vosotros?

Ezra opinaba que la mejor ceremonia era la de los maestros sanctorum, mientras que Amilia y Otylia se decantaban por la de los alquimistas. Tate, como de costumbre, se mantenía al margen del debate, al igual que Mara.

—¿Y tú, Mara? ¿También crees que la ceremonia de los alquimistas es la mejor?

Mara se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Solo he visto la de los maestros mentalistas y, a decir verdad, me ha gustado bastante. Todo ese rollo de dar algo a La Escuela y recibir algo a cambio está bien. Aunque me he aburrido un poco mientras Nala escogía su piedra.

—¿No has ido a ver ninguna otra ceremonia?

Mara negó con la cabeza.

—¿Debería? —preguntó.

—Esta chica no tiene remedio —dijo Lewis.

—¡Claro que deberías! —reprendió Amilia.

—¡Vale, vale! ¡Lo haré! Lo prometo.

—¡Está casi anocheciendo! Si queremos llegar a una hora prudente a Lanti’s deberíamos salir ya —advirtió Ezra—. ¿Dónde demonios se ha metido Nala? No sabía que se tardara tanto tiempo en trasladar cuatro cosas de una habitación a otra.

—Pues es verdad, llevamos esperándola más de una hora —protestó Kiara.

—Igual se ha quedado dormida —dijo Tate—. ¿Os habéis fijado en las ojeras que tenía? Seguro que la pobre lleva dos días sin dormir. Entre los nervios y elegir las gemas y eso…

—Ya, pues menuda gracia —comentó Ezra—. Habíamos quedado en ir a Lanti’s y pasar la noche, pero como no salgamos ya poco vamos a poder aprovechar.

—Voy a buscarla, ¿vale? —decidió Mara.

—¿Y si se ha quedado dormida? —preguntó Otylia.

—En ese caso tendré que despertarla y traerla a rastras si hace falta. Pero celebrar que se ha ganado la capa, lo celebramos sí o sí.

—¡Así se habla! —dijo Lewis—. Recordadme que luego hagamos un brindis por Mara.

—¡Y otro por Nala! —exclamó Mara.

—Si salimos ya podemos brindar por todas las personas que conocemos —propuso Ezra—. Pero hay que salir ya.

—Ya voy, angustias —dijo Mara riéndose.

—Te acompaño. —Kiara la siguió.

Se alejaron del grupo y al cruzar una esquina dejaron de escuchar sus discusiones. Caminaron en silencio, apurando el paso, en dirección a las nuevas dependencias asignadas a Nala. Aquella era otra de las ventajas de ganarse la capa. Durante el primer año de aspirante todos los alumnos dormían en barracones comunitarios. A partir de entonces, aquellos que pudieran pagárselo tenían permitido alquilar alguna habitación, aunque las más asequibles solían ser tan pequeñas que apenas sí se notaba una mejoría. Pero todo cambiaba al ganarse la capa de maestro. En ese momento, La Escuela proveía de una habitación con todo tipo de comodidades, señal de haber alcanzado una posición relevante dentro de la institución.

En el caso de Nala, le habían cedido una en el tercer piso de la residencia de maestros Norte de Villa Lumeni. Su situación no era ni de lejos de las mejores, pero sí contaba con una ventana con buenas vistas de la villa. Algo era algo.

Entraron en el edificio ante el nada disimulado escrutinio de tres maestros que fumaban en pipa sentados en la escalera y subieron hasta el tercer piso. Buscaron el nombre grabado de la maestra Nala Kote sobre las

placas de las puertas y, al encontrarlo, llamaron. Nadie les respondió, así que volvieron a insistir, con un poco más de fuerza.

—¿Se habrá ido? —preguntó Mara.

—Nos la habríamos cruzado. A lo mejor está dormida de verdad.

—¿Entramos? —Kiara se encogió de hombros, Mara torció la cabeza, puso una mano sobre el pomo y abrió la puerta.

El interior estaba oscuro. Apenas entraba luz por la ventana y no había ninguna vela o lámpara encendida.

Tanto Mara como Kiara esperaron hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y entonces vieron a Nala sentada en la cama, observándolas.

—¿Te has dormido? —preguntó Mara—. Ezra se está…

Un profundo ruido gutural salió de la garganta de Nala. Mara se quedó en silencio y cuando el ruido cesó, empezó a reírse con nerviosismo.

—¿Estás bien?

Se acercó hasta ella y le puso una mano sobre el hombro. Su muñeca se quebró en mil pedazos y antes de que pudiera gritar de dolor unos nudillos de acero se estamparon en sus costillas. Chocó contra la pared del fondo y cayó al suelo. Escupió sangre y supo que, además de la muñeca, Nala le había roto una costilla y esta se había incrustado en su pulmón.

Cuando levantó la cabeza de nuevo se encontró el cuerpo de su amiga Kiara tendido en el suelo. El cuello estaba girado más de ciento ochenta grados. La lengua se le salía de la boca y los ojos miraban a ninguna parte. Entonces miró a Nala. Ahí de pie, junto al cadáver de su mejor amiga. El cuello apuntando hacia el cielo y una expresión de extremo regocijo y complacencia anegándole el rostro.

—¡Santo Daxal! ¿Qué demonios has hecho, Nala? —consiguió balbucear Mara mientras sentía cómo la vida se le escapaba en cada palabra.

Nala se giró hacia ella y se acercó.

—Ni Daxal, ni Nala.

—¿Qué?

Una tenebrosa sonrisa surcó su cara. Se acercó más a Mara y cuando sus manos se dirigieron a su cuello un ruido proveniente del pasillo la alertó. Chasqueó la lengua, se levantó y asintió.

—Para todo habrá tiempo —dijo—. Tengo toda la eternidad. Por fin.

Debía tener miedo. Debía estar aterrorizada por lo que acababa de suceder. Pero lo único que Mara era capaz de sentir era odio. Un odio que envalentonaba cada músculo de su ser. Tragó saliva y se aseguró de que sus palabras fueran claramente comprensibles.

—Te mataré por esto.

—Si tan solo pudieras… —respondió Nala y, en lo que dura un parpadeo, desapareció.

OceanofPDF.com



Sobre la enorme mesa descansaban informes de rendimiento, contabilidad, logística y diversos mapas de Viendavales y sus afueras. Cifras y cifras con las que tendría que convivir. Aquello no era lo suyo. De haber sido capaz de entender los números, quizá nunca habría entendido la espada. Necesitaba la presencia de sus hombres, hombres en los que confiar de verdad, y estos aún tardarían en llegar.

Al menos la actitud de los soldados a los que comandaba en Viendavales había mejorado con respecto a la última vez, en gran parte gracias al capitán Gael, que no permitía ni burlas ni quejas entre sus hombres. Rommel le apreciaba, pero temía encariñarse con él. Al fin y al cabo, la misión podía terminar con la cabeza de ese pobre muchacho cercenada del resto de su cuerpo. No quería que aquello le afectara.

Rommel se levantó de la mesa y estiró la espalda, apoyando las manos en los riñones. Después se agarró la palma de la mano derecha con la izquierda y estiró el antebrazo. Repitió la acción con el otro brazo y a continuación dedicó unos minutos a calentar y estirar los hombros, el cuello, las muñecas, la cintura y todos los músculos, grandes y pequeños, de las piernas. Dedicó más de media hora a aquella actividad, al tiempo que la luz de un sol en decadencia iba dejando paso a una profunda oscuridad.

Por último, antes de abandonar sus dependencias en la fortaleza de la ciudad, se colocó una cota de cuero guarnecida con clavos y anillos de hierro y, sobre ella, cubriéndola, se vistió con la casaca de comandante del oeste. Varias líneas gruesas recorrían la tela descendiendo en diagonal, intercambiando el morado y el amarillo. En los hombros, tres perlas moradas estaban engastadas en sendas láminas de metal fino señalizando su rango de oficial superior y, sobre el corazón, el blasón de Viendavales: tres líneas onduladas y horizontales con la silueta del palacio de Valar de fondo. Suspiró y antes de salir se apretó el cinturón con la cimitarra colgando en uno de los lados.

Avanzó por el patio con la espalda recta y la cabeza altiva, ignorando los saludos de cuantos hombres cruzaba. Al llegar a las murallas de la fortaleza se introdujo por una puerta y subió hasta lo más alto de la atalaya, donde sabía que el capitán Gael estaría oteando el horizonte.

—Comandante —saludó este nada más verlo.

Los dos soldados que le acompañaban se irguieron y se llevaron la mano derecha al pecho izquierdo.

—Descansen, soldados —ordenó Rommel—. Capitán, ¿le importaría acompañarme?

—Por supuesto, señor —dijo, pero antes de obedecer se giró hacia los soldados—. Continúen con la vigilancia, muchachos. Cubran continuamente los puntos siete y nueve y, ante cualquier señal de amenaza, toquen la campana. ¿Me han oído?

—A sus órdenes, capitán.

Rommel asintió satisfecho, se dio la vuelta y empezó a bajar las escaleras, seguido de Gael.

—¿Alguna novedad, capitán?

—No, señor.

—¿Nada?

—Nada —repitió Gael—. Es una buena noticia.

—¿Usted cree?

La primera medida de Rommel como comandante de Viendavales había sido acabar con las rondas y las guardias rutinarias de los soldados. Sus antecesores habían demostrado que para lo único que servía ese método era para que el Inferus pudiera ir matando a los soldados poco a poco, sembrando de cadáveres la ciudad y contribuyendo al pánico generalizado de la población. Así pues, Rommel decidió decantarse por una estrategia mucho más esquiva. Grupos de soldados habían sido colocados en improvisadas atalayas a lo largo y ancho de Viendavales. Desde cualquiera de ellas se podían visualizar, al menos, otras dos, de forma que si el Inferus se atrevía a atacar alguna posición, las más cercanas alertarían a la ciudad y la caza comenzaría. Por desgracia, desde que la medida fuera puesta en marcha, ninguna atalaya había sido atacada. El Inferus había dejado al margen de su guerra al ejército y volvía a centrarse en los comerciantes de esclavos. Los asesinatos sobre este grupo se habían incrementado desde la llegada de Rommel en un catorce por ciento. Cifras poco halagüeñas. La única solución que se le ocurrió a Rommel, o al menos la mejor, había sido salir a patrullar él mismo la ciudad, en plena noche, acompañado únicamente por tres soldados rasos. La esperanza era que el Inferus intentara asesinarlo, tal y como había hecho con sus tres antecesores y que, por supuesto, fallara en su empresa. Algunos de sus hombres creían que era un acto de valentía, si bien la mayoría preferían describirlo como una auténtica locura.

—¿Volverá a salir esta noche, señor?

Rommel tocó la empuñadura de su cimitarra y asintió con la cabeza.

—Déjeme acompañarle.

—Ya hemos hablado de esto, Gael. No pondré en peligro más vidas que las estrictamente necesarias.

—Pero podría ayudar a capturarle.

—Lo sé, capitán. Y lo hará. Hemos repasado el plan decenas de veces. Patrullaré a la vista de los oteadores. Si el Inferus me ataca, estos darán la voz de alarma. Confío en que sea usted capaz de llevar un contingente de soldados a mi posición antes de que, eventualmente, ese hombre o mujer me mate. Aunque no creo que sea necesario. Si me ataca, espero poder acabar con él.

—Como ordene, señor —dijo Gael a regañadientes.

—¿Mi escolta está preparada?

—Sí, señor. Kimy, Valié y Erniestonie. Están preparados.

—¿Los conozco?

—Solo a Valié. Patrulló con usted el segundo día. Kimy maneja bien la espada larga y Erniestonie es muy ducho con el arcabuz. Su cadencia de disparo es de las más altas.

—Por desgracia, la velocidad de disparo no es demasiado útil con un arma de tan escasa precisión, salvo que se esté en una batalla —reflexionó Rommel—. Pero bueno, hágales venir.

—Sí, señor.

Rommel observó los pasos de Gael y cuando este desapareció de su vista suspiró y negó con la cabeza. Acto seguido se puso en marcha. Ordenó abrir las puertas de la fortaleza; cerradas como método de prevención a toda persona ajena al ejército, y esperó al otro lado, a solas, contemplando el fluir del río Pinaut. Apenas unos segundos más tarde, tres soldados, con yelmo, cota de malla, calzones reforzados de cuero y espadas cortas, hicieron su aparición.

—Comandante —saludaron, llevándose el puño al pecho.

Rommel les miró uno a uno, deteniéndose en sus titubeantes ojos. Eran unos críos. El mayor de los tres no debía tener más de veinte años y, aunque disimulaban, se les notaba nerviosos y asustados.

—Está bien, muchachos. Estas son las órdenes. Me seguirán a una distancia de cuatro pasos y deberán dejar entre ustedes una distancia mínima de dos. Estarán atentos a edificios, ventanas y tejados. También a los callejones. Tengan especial cuidado en las zonas oscuras. Esta noche hay novilunio, por lo que no contaremos con luz ni para guiarnos ni para ver. No obstante, nos moveremos bajo las antorchas, por lo que estaremos en una clara desventaja ante un eventual ataque. Habrán oído que soy de naturaleza paciente y empática. Esta noche, no. Esta noche mis palabras deberán ser consideradas órdenes directas. Si les digo que salten, pregunten en qué dirección y obedezcan. ¿Está claro?

—Sí, señor —dijeron los tres al unísono.

—No quiero regresar con el cadáver de ninguno de ustedes a cuestas. —Clavó los ojos en los de aquellos críos. Primero en uno, después en otro y finalmente en el tercero. La mirada fría y furiosa y la mandíbula apretada. Ninguno de ellos pudo evitar estremecerse—. ¡En marcha!

El recorrido de la patrulla era el mismo que el de las últimas semanas. Atravesaban el centro de la ciudad por la calle Real hasta la puerta del Norte, giraban entonces a la derecha y seguían el camino De las Murallas hasta la calle de las Sidrerías, que los retornaba al centro de Viendavales. Avanzaban recto por el barrio Antiguo, desembocaban en la puerta Grande y después serpenteaban por la maestría hasta llegar al palacio de Valar. A paso lento, aquel recorrido podía llevarles cinco horas. Cinco horas de aburrido y tedioso silencio sin rastro alguno de amenaza. Frente al palacio de Valar, Rommel se acercó a la fuente y se echó un poco de agua por la cara y la nuca. Sus hombres se acercaron a él y le imitaron.

—Muchachos, acercaos —dijo Rommel—. Vamos a improvisar. Debemos hacerlo. Le hemos dado todas las facilidades a ese asesino para atacarnos y no lo ha hecho. Y no lo hará, porque sabe que es una trampa. Seguramente conozca la posición de nuestras atalayas y sabrá que cualquier punto de nuestro recorrido está cubierto por alguna o varias de ellas. Por eso no nos ataca. Así pues, saldremos del campo de visión de nuestros oteadores.

—Pero, señor… si nos ataca entonces… ¿quién dará la voz de alarma? —preguntó Kimy. Le temblaba la voz, los músculos y el alma.

—Somos soldados, muchacho. Si nos ataca, lucharemos y venceremos. O moriremos. Pero esto debe cambiar —proclamó Rommel, enfatizando sus palabras con el dedo índice apuntado al suelo—. ¿Quién es el más rápido de los tres?

—¿Señor?

—¿Quién es el más veloz de ustedes?

Valié dio un paso al frente.

—Soy rápido, señor.

—¿Conoces la posición de todas nuestras atalayas?

—Sí, señor.

—Bien, si nos ataca el Inferus quiero que eches a correr hasta la atalaya más próxima y que des la voz de alarma. Y vosotros dos, salvo que yo lo ordene, si nos atacan, no hagáis nada.

—¿Señor?

—Es una orden, soldado.

—Sí, señor —respondieron al unísono.

—En marcha.

En lugar de retomar por la calle Real y continuar hasta la fortaleza, como estaba planificado, Rommel se adentró en las angostas calles del

Barrio Níveo. Apenas faltaban un par de horas para el amanecer y ni una sola alma se asomaba a la noche. Solo la de ellos cuatro. Oscuridad y silencio. Cualquier otra noche las fachadas blancas de los edificios del barrio les hubieran concedido algo de luz, pero no aquella. La luna se había ocultado y la única luz era la de las antorchas, dispuestas cada demasiados pasos como para serles de utilidad.

Rommel no perdía ojo a las sombras que su mente creaba para él. Sombras parapetadas en los callejones más oscuros, en los tejados más altos y en las ventanas más profundas. Tras él, tres corazones latiendo extenuados, a punto de ebullición. Si se concentraba podía escuchar cada golpe en el pecho. Pum, pum, pum. Pum, pum, pum. Rápidos y fuertes. Tres jóvenes vidas a punto de…

Solo fue capaz de escuchar un silbido rasgando el aire a menos de dos centímetros de su oreja y cuando se dio la vuelta se encontró con la flecha clavada sobre el corazón del joven Kimy. Sus latidos se apagaban, amortiguados por una gran cantidad de sangre espesa.

—¡Al suelo, al suelo! —ordenó Rommel—. ¡Cubríos!

Valié y Erniestonie saltaron tras un barril de brea, mientras Rommel se apoyaba contra una pared y desenfundaba la cimitarra.

—Valié, corre y da la alarma. Informa de nuestra posición. —El chico tenía la mirada perdida y su cuello se giraba de un lado a otro, negando. Estaba aterrorizado—. ¡Valié! ¡Soldado! —gritó Rommel y el muchacho volvió la cabeza hacia él—. ¡Vamos, corre!

Asintió y echó a correr. No había avanzado ni dos pasos cuando una flecha le impactó en la parte baja de la espalda, lanzándolo al suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó Erniestonie a punto de echarse a llorar—. Vamos a morir. Vamos a morir.

—¡Cállate! —gritó Rommel.

Una flecha silbó y se clavó en la pared en la que se apoyaba Rommel, a un palmo escaso de su cara. Bufó, desesperado, y se puso a tiro.

—¡Cobarde! —gritó entonces. Los brazos abiertos y la cabeza alta—. ¡Ven y lucha, cobarde!

Otra flecha se clavó en el suelo, junto a las botas de piel de armiño de Rommel.

—¡Estoy esperándote, asesino! —bramó Rommel—. ¡Y ya tenemos público! —dijo señalando alguna de las ventanas, por las que algunos rostros curiosos se asomaban—. Si no bajas a luchar, mañana todo Viendavales sabrá que eres un cobarde.

—¿Qué hace, señor? —preguntó Erniestonie.

—¡Cúbrase, soldado!

Otra flecha surcó el aire, rozó el hombro de Rommel y atravesó la pierna de Erniestonie. Este aulló de dolor.

—¡Miserable! —masculló Rommel.

Y de pronto el Inferus aterrizó frente a él. Seda negra cubriendo torso y rostro; al descubierto dos pequeños agujeros rasgados sin rastro alguno de iris. Giró su cuerpo hasta colocarse de perfil a Rommel y entonces mostró un sable fino, largo y afilado. Bajó el cuello, como si saludara, y blandió el arma frente a sí. Rommel hizo lo propio.

El Inferus atacó. Saltó, movió el sable en el aire y lo estrelló contra la cimitarra de Rommel. Saltaron chispas y, cuando el comandante quiso devolver el ataque, una patada se estrelló en su pecho, lanzándole al suelo. Sus pulmones se quedaron sin aire, pero no tuvo tiempo de boquear. Rodó hacia la derecha y oyó cómo el metal se estrellaba sobre los adoquines en el lugar en el que apenas un instante antes había estado su cuerpo. Ignoró el sonido, aprovechó la fuerza del giro y con un tirabuzón volvió a ponerse en pie. Y entonces fue él quien atacó.

El Inferus retrocedió ante la violencia, la velocidad y la destreza de las estocadas de Rommel. Lanzó un par de tajos mortales, pero el Inferus detuvo ambos, reforzando su postura tras cada defensa. Los golpes de Rommel se volvieron más forzados, más desesperados, y cuando su cuerpo se inclinó demasiado, el Inferus escapó a un flanco y lanzó un tajo contra su abdomen. La hoja cortó el cuero de la cota de Rommel y lamió la carne, pero apenas penetró. Rommel ni siquiera sintió el corte. En su lugar aprovechó para agarrar la muñeca del brazo armado de su oponente y le estampó un cabezazo, y luego otro y otro más. En el cuarto, el Inferus agachó la cabeza y la nariz de Rommel se estrelló contra una superficie demasiado dura. La oyó crujir y supo que el hueso se había quebrado. Soltó la muñeca y se alejó un par de pasos.

Ambos luchadores aprovecharon el interludio para reponerse y coger aire. Cruzaron miradas y entonces la campana de la atalaya más cercana a ellos empezó a sonar.

—Se acabó —dijo Rommel.

—Aún no —respondió el Inferus. Voz femenina y entrecortada por el esfuerzo.

Se llevó la mano libre al cinturón, cogió tres cuchillos y los lanzó en dirección a Rommel. Moviéndose con una diabólica velocidad, Rommel esquivó dos de ellos y paró el tercero con el filo de su cimitarra. Pero se distrajo de su oponente y cuando se fijó en él lo tenía encima. Consiguió detener dos estocadas más, pero su posición estaba comprometida y el tercer tajo superó sus defensas, cortando cuero y hierro y produciendo un profundo corte horizontal en la parte baja de la espalda. Cayó al suelo, los ojos abiertos de par en par, casi en una expresión de sorpresa y desconcierto.

Estuvo en el suelo menos de un segundo. Gritó, despertando a media Ylandra, se puso en pie y se lanzó al ataque. En tres movimientos, ambos oponentes perdieron sus armas y entonces sí, Rommel se aprovechó de su fuerza y envergadura para machacar a puñetazos a su oponente.

—¡Allí, vamos, rápido! —oyó que alguien gritaba cerca de ellos.

Rommel se giró y vio al capitán Gael, acompañado de otros cinco soldados que ya corrían hacia ellos. El Inferus aprovechó la distracción para empujar a Rommel y alejarle de él, corrió hacia donde había caído su sable, lo recogió y corrió hacia los cinco soldados. Al primero le cortó el cuello, al segundo le cercenó un brazo, al tercero le envío al suelo de una patada, esquivó el golpe del cuarto y atravesó el pecho del quinto con la espada. Luego hizo uso de unos barriles para impulsarse, trepó por la pared y desapareció, ante un pasmado e inmóvil capitán Gael.

—¡No! —gritó Rommel—. ¡No, no, no! ¡Idiotas! ¡Le tenía! —maldijo a voz en grito.

Acto seguido el dolor del corte producido en la espalda estalló en su mente, sus rodillas flaquearon y todo su cuerpo cayó al suelo. Se desmayó mientras decenas de soldados aparecían.

—¿Qué ha pasado, Erniestonie? —oyó preguntar a Gael desde las profundidades de un lugar muy doloroso.

—¡Santo Daxal! ¡Han luchado! Jamás vi nada igual. Luchaban como si fueran… dioses.

OceanofPDF.com



Un despojo humano. En eso era en lo que le habían convertido. Sentado en una silla forrada de áspero fieltro, vestido con una bata maloliente y raída de algodón, con la cabeza echada hacia delante, el cuello torcido y la baba precipitándose desde sus labios, Viktor miraba una mota en el suelo tablado con tal atención que parecía que su vida dependiera de ello.

Aquellos médicos le habían dicho que lo peor ya había pasado. Entre convulsiones habían tratado de explicarle los efectos del síndrome de abstinencia, entre los que se incluían náuseas, vómitos, insomnio, jaquecas, temblores, dolores, fiebre, ansiedad, alucinaciones, convulsiones y un largo etcétera que Viktor no quería ni recordar. Durante los primeros días de abstinencia había padecido todo eso y alguna cosa más. Ni siquiera era capaz de recordar el número de veces que había vomitado o, peor aún, que se había cagado y meado encima. Hubo un momento en que creyó que moriría e incluso le pareció ver las manos bondadosas de Dyara invitándole a acurrucarse en su vientre. Sin embargo, pasados unos días, los peores síntomas remitieron. Las altas fiebres desaparecieron y, con ellas, las alucinaciones y las convulsiones. Poco a poco, los diversos dolores se extinguieron, así como los vómitos y las náuseas. Tras dos semanas de ingreso, Viktor empezó a comer por sí solo. Pero era un autómata, carente

de voluntad o esperanza. Debería haberse sentido furioso y enrabiado contra su padre, sus guardias, su mujer y todas las personas que le habían llevado a esa situación, pero ni para eso tenía fuerzas. Era un cascarón vacío. Su padre por fin lo había conseguido. Le había costado veintitantos años, pero ahí lo tenía. Un trofeo. Una persona dispuesta a obedecer todas y cada una de las órdenes que dictara, sin plantearse ninguna de ellas.

Lo peor eran las pesadillas. Desaparecido el alcohol, esas imágenes de horror, sangre y gritos habían regresado a su cabeza. Aquellos medicuchos le decían que era un síntoma de su abstinencia y Viktor, aún consciente de su error, no les corregía. ¿Para qué? Asentía y se evadía. Esas pesadillas le habían acompañado desde su adolescencia y solo con el alcohol había logrado acallarlas. Le impedían dormir y, por lo general, le impedían vivir. Estaba agotado y necesitaba dormir. Pero no podía, así que babeaba inmóvil sobre su silla forrada de fieltro.

En los escasos momentos en los que algo de volición invadía su cuerpo, se atrevía a pensar en lo que había hecho y en todo lo que había perdido. Jamás había llegado a sentir amor por su esposa Neire, lo mejor que su padre pudo encontrar rebuscando entre los paletos terratenientes de las tierras de Maremar. Una muchacha sin atractivo, de pechos, trasero y caderas mundanas. Pelo negro, dentadura imperfecta y ojos aburridos. Y, a pesar de ello, Viktor tragó, obedeció las ordenanzas del juez, puso una sonrisa y en la noche de bodas se agarró un miembro en dudosa erección y se obligó a embestir a esa desconocida hasta lograr eyacular. De ese patético e insatisfactorio esfuerzo surgió lo mejor que había tenido en su vida: su pequeña Aulyn. Y le habría encantado ser un buen padre. Disfrutar de la sonrisa y la mirada siempre atenta de esa niña. Pero ni siquiera eso pudo hacer. Continuamente escondido en su despacho, vaciando botellas y botellas de whisky, escapando de las pesadillas. Ese padre había sido. E

incluso así, Neire había permanecido a su lado, soportando los silencios, reproches y enfados. Pero no aguantó los golpes. Ese era el límite. El de Neire y el de su padre. La realidad era que, mal que le pesara, merecía su destino.

Unos fuertes aldabonazos recorrieron los pasillos y las habitaciones de todo el hospital. Viktor odiaba aquella aldaba y el ruido que producía y que parecía serpentear por cada grieta de cada sucia pared de aquel horrible edificio. Uno de los locos con quien compartía la habitación se puso en pie al oír la llamada y empezó a pasear nervioso por la estancia, dando vueltas y mascullando algunas palabras.

—Son los demonios. Me han descubierto y vienen a por mí. Es el final. Beberán mi sangre y se comerán mis ojos y entonces… entonces, yo seré uno de ellos y tendré que matar. Yo no quiero, pero me obligarán, me obligarán a matar. A hacer cosas terribles. Y también arrebataré la pureza de cuantas niñas encuentre en mi camino y las desangraré y entonces yo también beberé sangre y… y…

—¡Cállate! —le ordenó Viktor.

Aquel pobre diablo soltaba la misma perorata cada vez que la aldaba repicaba en la puerta. Varias veces al día. Todos los días.

—Tú no lo entiendes, porque no eres el elegido. Yo sí, yo sí, y cuando llegue… —Se echó a reír, con los ojos girando de un lado a otro y una horrible mueca sembrada en su rostro.

—¡Ojalá sean los demonios y se te lleven de una condenada vez! —gritó Viktor.

La ira le inundó y unas salpicaduras de sangre se estrellaron contra sus ojos. Gritó asustado, se llevó la mano a la cara y comprobó que no había sangre. No había nada. Cerró los párpados y evitó llorar.

Entonces la puerta se abrió. Una cuidadora se apartó y dejó entrar a un hombre vestido con ropajes caros y elegantes. Una casaca de color negro recubierta de pasamanería de oro y plata advertían de la clase social a la que pertenecía. Unos dientes pulcros y una media melena encerada rebelaban el resto. Aquel hombre no pintaba nada en esa habitación y, o bien era el demonio o bien había ido a ver a Viktor.

—Es aquel de allí, señor.

—Ya veo. ¿Existiría la posibilidad de hablar a solas con él?

—Por supuesto. —La cuidadora se acercó al loco, le agarró de la mano, le susurró unas palabras al oído que lo tranquilizaron y se marchó.

—Avíseme cuando haya acabado —dijo la cuidadora al cerrar la puerta.

—Seré breve, se lo garantizo.

Aquel hombre se acercó a la espalda de Viktor, esperó unos segundos y después continuó avanzando hasta una de las sillas, la agarró como quien sujeta una palada de estiércol, la plantó frente a un Viktor inmóvil, extrajo un paño de seda de color lila de uno de sus bolsillos, lo extendió sobre su asiento y, con una expresión en extremo asqueada, se sentó.

—Buenas tardes —dijo.

Viktor ni siquiera levantó la cabeza. La mota había desaparecido, pero su vista volvía a estar clavada en ese mismo lugar.

El hombre se impacientó ante la inactividad de Viktor y empezó a darse pequeños golpes en el labio.

—¿Puede oírme? —Viktor continuó ignorándole y entonces una palmada le sobresaltó. Aquel hombre sonrió—. Así que sordo no está. Volveré a intentarlo. Buenas tardes.

—Déjeme en paz —susurró Viktor.

—No, no funciona así, señor. Usted y yo pertenecemos a una clase en la que las cortesías y el protocolo deben estar por encima de cualquier

sufrimiento, injusticia, desacuerdo, rencilla o conflicto. Un saludo debe corresponderse con otro saludo, señor. Así pues, buenas tardes, señor Wellington.

Viktor levantó la cabeza y miró a aquel hombre.

—¿Sabe quién soy?

—Viktor Wellington, segundo hijo de Deian Wellington, candidato a gobernador del Estado del Oeste.

—¿Le envía mi padre?

—No —respondió el hombre mientras apartaba con un aspaviento a una molesta mosca que se había posado en su brazo.

—¿Quién es usted entonces?

—Andreas Lumiere.

—¿Y le conozco?

—No.

—¿Y qué hace aquí?

Andreas chasqueó la lengua, apretó las mandíbulas y dejó que el aire silbara al pasar entre sus dientes.

—Es pronto para llegar a eso —respondió.

—¿Trabaja para Shanti Roshan? ¿Para el gobernador? ¿Quiere desacreditar a mi padre?

—¿Eso le gustaría?

—¿Qué?

—No importa —dijo al fin—. No trabajo ni para Roshan, ni para el gobernador. De hecho, aunque no me envía su padre, podría decirse que actualmente trabajo para él. No hoy, por supuesto. Hoy estoy trabajando para mi verdadero empleador.

—¿Y quién es su empleador?

Andreas bufó, negó con la cabeza y finalmente sonrió.

—Desde luego, es muy pronto para eso.

—Muy pronto, ¿para qué?

—Olvídelo.

—¿Que lo olvide? —preguntó Viktor muy confuso.

—Sí. ¿Sabe? Hace demasiadas preguntas y todas ellas inadecuadas. Me sorprende que sea usted magistrado —dijo—. La pregunta que debería hacer es: ¿Qué es lo que quiero de usted? Esa debe ser su única preocupación por el momento.

—¿Qué quiere usted de mí? —repitió Viktor. No lo estaba preguntado, solo repitiendo.

—¡Exacto! —indicó Andreas chasqueando los dedos—. Y la respuesta es que queremos su ayuda.

—Mi ayuda.

—Es todo un lince, ¿no es así?

—Mi ayuda en qué.

—Bueno, como ya le he dejado entrever, los intereses de mi empleador están ligados a la figura de su padre, el juez Wellington, y me avergüenza decir que, recientemente, hemos descubierto cierta rigidez y salvajismo en su carácter. Para no extenderme demasiado, solo añadiré que su padre es una persona muy impredecible, difícil de manejar y controlar.

—Sí —afirmó Viktor, asintiendo lentamente con la cabeza—. Ese es mi padre.

—¡Exacto! Aunque no es necesario que yo se lo diga, ¿verdad? —dijo, señalando la estancia—. Un lugar de lo más horrible, por cierto. Incluso el olor… es nauseabundo.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Viktor.

—¡Oh, sí, claro! Discúlpeme, a menudo tiendo a divagar. —Andreas sonrió—. Suponemos que tarde o temprano saldrá de este lugar y, cuando

eso ocurra, su padre querrá tenerle cerca. Entendemos que su relación, dados los últimos acontecimientos, se ha visto muy deteriorada, pero confiamos en el poder de la familia para producir una catarsis redentora. Una vez producida, usted estará en disposición de influir en ciertas decisiones. Eso es lo que queremos. Información e influencia. Sencillo, ¿no cree?

Viktor arrugó el gesto, movió los labios en busca de las palabras adecuadas pero no encontró ninguna, así que frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Qué? —dijo finalmente.

—Ya, bueno, han debido de ser un par de semanas de lo más duras… Si le parece, reformularé mi propuesta. Queremos que, llegado el momento, espíe a su padre al tiempo que influye en sus decisiones con el objetivo de que estas favorezcan los intereses de mi empleador. ¿Comprende?

Viktor asintió un par de veces, muy lentamente.

—¿Está loco? —preguntó.

—No.

—Sí debe estarlo… ¿De veras cree que traicionaría a mi propio padre?

—Es la persona que le ha encerrado aquí —respondió Andreas encogiéndose de hombros—. Yo adoraba a mi padre, pero si me hubiera encerrado en un sitio como este le habría rajado el cuello de oreja a oreja en la primera ocasión que se me hubiera presentado. No obstante, soy capaz de entender que mi carácter es… lo que los académicos denominan… «estadísticamente infrecuente». Así pues, estamos dispuestos a pagar por sus servicios.

—¿Me ofrecen dinero por traicionar a mi sangre?

—No, dinero no. Ofrecería dinero a un pobre. Pero usted ya tiene suficiente dinero. Podría tener más, por supuesto, pero aun así seguiría

siendo tan infeliz como lo ha sido hasta ahora. Lo que le ofrezco es algo que nadie más le ofrecerá nunca.

Andreas se detuvo y una sonrisa de suficiencia apareció reflejada en sus labios. Los ojos se le rasgaron y unas profundas patas de gallo surcaron su piel.

—¿El qué? —preguntó Viktor.

—A cambio de sus servicios y llegado el momento, le ofrezco conocer la razón de sus pesadillas, así como la verdad que ocultan.

Algo en el pecho de Viktor hizo explosión, obligando a su corazón a latir desbocado. Un escalofrío le recorrió la espalda y perlas de sudor se instalaron en su frente.

—¿Cómo demonios sabe lo de mis pesadillas?

Andreas arrugó el rostro y ladeó el cuello.

—Si le parece, podemos incluirlo en el trato… A cambio de sus servicios y llegado el momento, también le contaré cómo sabemos lo de sus pesadillas.

—¡Váyase al infierno! ¡Cuéntemelo ahora! —dijo Viktor poniéndose en pie e inclinándose sobre Andreas.

Andreas ni se inmutó. Ni siquiera miró el cuerpo erguido de Viktor. Se limitó a cerrar los ojos e inspirar una profunda bocanada de aire.

—Vuelva a sentarse, señor Wellington —advirtió.

—¡No! Quiero que me diga cómo lo sabe.

Andreas negó con la cabeza.

—Antes de decir nada más, señor Wellington, medite sus opciones. Está encerrado en esta letrina bajo una identidad falsa. Para el personal de este lugar, usted no es absolutamente nadie. Solo un patético alcohólico más. Ahora obsérveme a mí. Parezco alguien importante, ¿verdad?

Andreas hablaba con una mano apoyada en el puente de la nariz y los ojos cerrados, seguro del rumbo que tomaría aquella conversación.

—Dígamelo, por favor —suplicó Viktor, ya sin ira en su voz.

—Siéntese, señor Wellington. —Viktor obedeció—. Me encantaría hacerlo —dijo y rápidamente se corrigió—. No, es mentira. Lo cierto es que me da igual. Es una información que solo a usted le interesa y, o saco algo por ella, o por mí puede caer en el más absoluto olvido. Es decisión suya. ¿Y bien? ¿Qué decide, señor Wellington?

Viktor tragó saliva. No entendía lo que estaba pasando. No comprendía quién era ese hombre, ni qué era lo que realmente quería de él. ¿Cómo sabía lo de sus pesadillas? ¿A qué se refería con la verdad que ocultaban? ¿Qué estaba pasando?

—Le ofrezco la verdad. Su verdad, señor. ¿Existe algo más valioso? La vida.

Por un momento, Viktor se imaginó a sí mismo aceptando aquella propuesta. Luego vio a su padre frente a él, acusándole de traición. Por último, una imagen de su cuerpo colgando inerte de una soga le atravesó las retinas.

—No traicionaré a mi padre —dijo, más aterrorizado que convencido.

Andreas chasqueó la lengua y se puso en pie.

—Una lástima —comentó—. No obstante, si en algún momento cambiara de parecer, puede buscarme en la taberna Las Tres Espigas, en Astra. Vaya allí y pregunté por mí, Andreas Lumiere. ¿Será capaz de recordarlo?

Viktor no dijo ni hizo nada. Solo observó a aquel hombre parado frente a sí.

—Las Tres Espigas, recuérdelo —insistió—. Y, señor Wellington, le agradecería profusamente que esta conversación no se filtrara. A nadie.

—¿Como a mi padre?

—¡Exactamente! Especialmente a su padre. Y puedo comprender la tentación de relatarle este encuentro pero, antes de hacerlo, párese y piense sobre lo que hemos hablado. Luego piense qué querría contarle. Apenas podría concretar nada. Solo esparciría la bruma y, si conozco a su padre como creo que lo conozco, eso le cabrearía —dijo—. Que duerma usted bien, señor Wellington, aunque dudo mucho que pueda hacerlo.

Viktor no se despidió. Solo dio vueltas y vueltas a la conversación hasta que cayó en la cuenta de que aquel hombre tenía razón. ¡Diablos! Incluso era posible que su nombre no fuera real. Aun antes de decidir si quería o no compartir con su padre esa experiencia, decidió que no podía hacerlo.

Aquella noche, igual que las últimas, no durmió. Cuando cerraba los ojos, la sangre, los gritos y el horror volvían a inundar sus pensamientos.

OceanofPDF.com



Antes siquiera de despertar, de ser consciente de su estado, de que los recuerdos le acribillaran la mente, una gran oleada de dolor se le instauró en el pecho y le perforó el corazón. Antes de abrir los ojos, una lágrima pura se vertió de entre todas las que sus ojos guardaban, se arrastró por las pequeñas imperfecciones de su piel y mojó las sábanas de la cama en la que su cuerpo, herido y maltrecho, reposaba. Un suspiro acompasado de pena y desesperación fue el primer sonido que salió de la garganta de Mara. Luego llegaron el llanto, los temblores, el esfuerzo por tragar, el sabor de los mocos y el recuerdo del asesinato de Kiara a manos de su amiga Nala.

Alguien en la habitación tragó saliva. Mara entreabrió un ojo, pero todo estaba oscuro, así que se rindió a la negrura y continuó sembrando de lágrimas aquellas sábanas blancas. El invitado se acercó a la ventana de la habitación y abrió los postigos, con lo que intensos rayos de un sol traicionero incidieron en el rostro azorado de Mara.

—Vuelve a cerrar —masculló entre sacudidas producidas por el llanto.

—Estás despierta, niña. Es bueno que te dé el sol —respondió Siara. No había dulzura en su voz, ni compasión, ni cariño o calor. Solo seriedad.

Mara abrió los ojos y, entre la película de lágrimas instaladas en sus pupilas, pudo apreciar el cuerpo de su mentora, observándola con el ceño

fruncido, en una expresión muy similar a la del enfado.

—¿¡Qué!? —gritó Mara expulsando lágrimas, saliva y mocos.

—Nada —respondió Siara.

—¿Nada? —repitió una Mara perpleja—. ¿Acaso no va a decir nada?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué está haciendo?

Las lágrimas caían una detrás de otra, en un desfile de tristeza y desesperación.

—Tu mejor amiga ha sido asesinada por otra de tus amigas —dijo Siara —. ¿Qué te gustaría que te dijera, niña?

Al oír aquello Mara explotó en un grito desgarrador. Cerró los párpados con fuerza para evitar que nuevas lágrimas continuaran vertiéndose, pero fue un esfuerzo baldío, pues parecían dispuestas a abrirse camino a través de cualquier cosa. Se dejó llevar durante unos segundos más y luego decidió que ya bastaba. Se sorbió los mocos, se limpió las lágrimas con la mano cuya muñeca no estaba vendada y entablillada y se afanó por respirar profundamente, hasta que los pulmones pudieron encontrar algo de calma. Entonces se enfrentó a la mirada de su mentora.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

Siara observó el cuerpo de Mara, tendido, débil e inocente y, por un momento, pareció que disfrutaba con el sufrimiento que emanaba de él.

—Soy tu mentora, Mara Roscharch —respondió Siara—. Estoy aquí para asegurarme de que aprendes, claro.

—¿De que aprendo? Han matado a…

—Lo sé.

—¡Frente a mí! —Siara asintió—. ¡Y yo no hice nada para evitarlo! —rugió entonces Mara.

—Así que culpa… —fue todo lo que Siara dijo—. Bien.

—¿Bien? ¿Pero qué demonios le pasa? ¿Está loca?

—No, Mara. Soy una maestra alquimista.

Por primera vez desde que había despertado, Mara dudó. Entrecerró los ojos y abrió la boca dispuesta a protestar, pero no encontró las palabras para hacerlo. Calló y esperó.

—Sé que es difícil, Mara —dijo Siara y se encogió de hombros—. Este mundo lo es. La vida lo es. Pero esto que te ha ocurrido no puede ser solo una mayúscula tragedia. No para un alquimista. Sin embargo, es posible que este no sea tu destino y no me creo con derecho a imponértelo. Así pues, te lo preguntaré una vez más… Mara Wellington, ¿de verdad deseas convertirte en una maestra alquimista?

Mara tragó saliva, consciente del uso de su apellido de origen. Esperó unos instantes para responder, aun sabiendo cuál sería su respuesta.

—Por supuesto que sí —respondió decidida.

—En ese caso, te diré qué tienes que hacer con la aflicción, la pena, el odio, el rencor, la culpa, las ganas de venganza y con todo lo demás en lo que ahora mismo te has convertido. ¡Abrázalo! —rugió—. Agárralo tan fuerte como puedas y no lo sueltes nunca. Todas esas emociones moldearán tu fuerza y tu poder. Así pues, no las evites, ni reprimas, ni suprimas. No importa cuánto duelan. No importa si agujerean tanto tu corazón que temes ser incapaz de volver a respirar. Deja que lo hagan. Deja que te hieran. Deja que te maten, Mara. Son vida y de la vida procede nuestro conocimiento y nuestro poder. ¿Lo comprendes, Mara Roscharch?

Mara asintió. Sus mandíbulas apretadas, masticando cada enseñanza.

—Bien. Ahora llora, pues una de tus amigas ha asesinado a otra y tú, ahí al lado, no pudiste hacer nada que consiguiera evitarlo.

Entonces se dejó llevar por todas esas emociones y lloró, permitiendo que cada una de ellas hundiera sus afilados colmillos a lo largo y ancho de

su estrecho y menudo cuerpo. Al cabo de un rato, cuando ya no quedaban lágrimas que derramar, se abandonó a un sueño tenebroso en el que, una y otra vez, volvía a perderlos, a todos.

Pasado un tiempo, con un atardecer enrojecido colándose por el vidrio de la ventana, sus oídos captaron unos susurros.

—¿Cómo está? —oyó decir al maestro Senén.

—Sufriendo —respondió Siara—. ¿Sus heridas?

—Sanarán bien. No son mucho peores que las que tú le infligiste. ¿Ha despertado?

—Antes. Solo un rato.

—Cuando vuelva a hacerlo, avísame. También hay algunos maestros que quieren hacerle unas preguntas.

—¿Kremy? —preguntó Siara.

A Mara no le extrañó que el director de la villa quisiera hablar con ella. Al fin y al cabo, una de sus aspirantes había perdido la vida a manos de una maestra recién nombrada. Mara se armó de valor y abrió los ojos. Lo menos que le debía a Kiara era ayudar a esclarecer lo ocurrido.

—Estoy despierta —susurró con la voz ronca.

Tosió y, por vez primera, sintió el dolor de sus heridas. Cerró los ojos y protestó en silencio.

—¿Te duele mucho? —preguntó Senén.

—Bastante —dijo.

Senén se acercó y, con una delicadeza exquisita, apoyó las manos sobre las costillas de Mara.

—Tienes rota una de las costillas flotantes y perforado el pulmón izquierdo.

—Lo sé —respondió Mara.

—Buena chica. ¿Sabrías decirme cuál es el tratamiento?

Mara sonrió. Le caía bien Senén y sabía que el maestro sanador también la apreciaba. Dado que era el mentor de Tate, Senén había permitido que Mara la acompañara en algunas de sus lecciones y siempre había quedado satisfecho con sus habilidades para la sanación.

—Lo primero es cortar la hemorragia —explicó Mara—. Después operar sobre el hueso y soldarlo. Brebajes para favorecer la junta y, eventualmente, brebajes para el dolor. Estos últimos no los necesito.

—Cortamos la hemorragia mientras estabas inconsciente, aunque fatigó en extremo tus reservas. Esperaremos tres días antes de soldar el hueso. Luego nos encargaremos de esa muñeca.

—Gracias, maestro —respondió Mara.

—Ahora, si te sientes con fuerza, hay unos maestros que quieren hacerte algunas preguntas. Voy a decirles que entren.

Mara asintió y, en un suspiro, giró hacia Siara. Esta le sonrió y apartó la mirada.

El primero en entrar fue el director Kremy, tal y como Siara había predicho. En segundo lugar, compartiendo algunas palabras con el director, caminaba el maestro Sairon Kote, el mentor de Nala. Tras ellos avanzaba muy concentrado el maestro cronista Gale Hondo, quien hasta hacía unas horas había sido el mentor de Kiara. Cruzaron algunas palabras con Siara y finalmente se giraron hacia Mara, cada uno con una extraña expresión en el rostro. Compasión, culpa y preocupación. Antes de que el director Kremy diera inicio a la conversación, por la puerta aparecieron dos maestros más vestidos de negro. Mara reconoció a la maestra sanctorum Enara Stapel, a quien conocía por ser la que, creía, era la única amiga de su mentora. Sin embargo, no consiguió reconocer al otro sanctorum. Era un hombre de porte esbelto y gesto hierático, pelo y ojos oscuros y piel lechosa. Desde el

momento en el que entró en la habitación, fijó su mirada en Mara y ya no la despegó.

—¿Maestro Arkness? —preguntó Siara—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Sucesos extraños, maestra Roscharch. Requieren la atención de maestros más allá de Villa Lumeni.

—¿Y le han enviado a usted?

—No exactamente —respondió Arkness.

—Estaba de paso en la villa cuando ocurrió todo esto, Siara —intervino el director Kremy—. Me pidió si podía asistir al interrog… —Se mordió la lengua y sonrió afable en dirección a Mara—. Me pidió si podía estar presente cuando habláramos con Mara —dijo al fin—. Espero que te parezca bien.

—Claro —afirmó Siara encogiéndose de hombros. Se giró hacia Enara y suspiró. Su amiga no le devolvió la mirada.

—¿Qué quieren saber? —preguntó entonces Mara.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —interrogó el maestro Kote.

Kremy levantó una mano y le pidió a Kote que esperase.

—Mara, el maestro que te encontró dice que estabas herida e inconsciente al lado del cadáver de la aspirante Kiara Hondo. También dice que en el pasillo se cruzó con la maestra Nala Kote, quien le empujó para abrirse camino y escapar de la escena. Creemos que fue Nala quien te golpeó y mató a Kiara. ¿Estamos en lo cierto?

Mara tragó saliva y respiró hondo.

—Íbamos a ir a celebrarlo a Lanti’s Cloe. Se estaba retrasando y pensé en ir a buscarla. Kiara se ofreció a acompañarme. Cuando llegamos allí y abrimos la puerta, estaba sentada en la cama. Parecía tranquila. Me acerqué y le apoyé una mano sobre el hombro y ella… ella me rompió la muñeca sin

ningún esfuerzo y me golpeó. Después mató a Kiara —dijo y se echó a llorar. Solo dos lágrimas ardientes sembrando dolor.

—¿Llegó a decirte algo? —preguntó Sairon.

Mara asintió con la cabeza, muy lentamente, tratando de recordar.

—Dijo que tenía tiempo para todo…

—¿Nada más?

—No sé. No lo recuerdo bien.

El maestro cronista Hondo, quien aún no se había pronunciado, dio un paso y se aclaró la garganta. Todos le prestaron atención.

—Tras haber asesinado a Kiara, tú, Mara, dijiste «Santo Daxal» y le preguntaste qué había hecho. Ella te respondió que ni Daxal, ni Nala, solo ella. Luego te dijo que no tenías ni idea, que para todo habría tiempo y que tenía toda la eternidad. Por último, amenazaste con matarla por lo que había hecho y ella te respondió… «Si tan solo pudieras».

Mara asintió a las palabras de Hondo y todos los allí presentes aguardaron intranquilos una respuesta que no llegó. Fue la maestra Enara Stapel quien, en ese momento, se acercó a Mara. Le agarró la mano.

—No era Nala, ¿verdad? —preguntó.

—¿Por qué lo hizo? —respondió Mara.

—Escúchame, Mara —insistió Enara—. Era su cuerpo, pero no era ella, ¿no es cierto? Intenta recordarlo. ¿Qué sentiste cuando la viste? Cuando te habló, ¿era su voz? ¿Su forma de expresarse?

—¿A qué viene esto, Enara? —interrogó Sairon.

Enara soltó la mano de Mara y se giró hacia su compañero. Mara sintió el interés que aquellas preguntas despertaban en el maestro Arkness y, por alguna razón, se estremeció.

—Ayer fue su ceremonia de entrega de la capa —dijo Enara—. Estuviste ahí, Sairon. ¿Ocurrió algo extraño?

Sairon frunció el ceño y negó con la cabeza.

—La gema que eligió le disgustó —intervino Mara en tono acusatorio.

—¿Y eso? —se interesó Enara.

—No fue nada. En ocasiones sucede. Los aprendices escogen la gema que su mentor cree inapropiada.

—Tampoco es frecuente —intervino el director Kremy—. ¿En qué estás pensando, Enara?

Siara y Enara cruzaron una rápida mirada y después Enara centró su atención en el director y en el resto de sus compañeros, evitando a Siara.

—Creo que la primera víctima no fue Kiara, sino la propia Nala. Y creo que el mismo ente que segó su vida ocupó su cuerpo y lo utilizó para matar a Kiara y herir a Mara.

Sairon y Hondo se movieron inquietos. Arkness, por su parte, se inclinó hacia Enara, con los oídos bien abiertos.

—¿De qué estás hablando, Enara? —preguntó Kremy.

—Hablo de que…

—Ya vale —le interrumpió Siara—. No sigas por ahí.

—¿Por qué tendría que frenarme?

—Porque estás equivocada.

Enara quiso protestar, pero el director se le adelantó.

—¿Equivocada en qué, Siara?

Siara se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Díselo —le propuso Enara.

—¿Equivocada en qué, Siara? —repitió el director.

—Está bien. Imagino que Enara cree que Dyara… —al llegar ahí se interrumpió y suspiró— que Dyara se ha reencarnado en el cuerpo de Nala. Cree que fue ella quien mató a Kiara e hirió a Mara.

Todos los presentes guardaron silencio y al cabo de unos segundos centraron su atención en Enara. Esta les retó a contradecirla.

—¿Por qué cree eso, maestra Stapel? —preguntó Arkness.

—Hace un tiempo un maestro nos atacó, a Siara y a mí. Estuvo a punto de matarnos. Le encontramos rebuscando entre los libros de mi despacho. Sentí que no se trataba de un ser normal. Más tarde supe quién era. La reencarnación de Rótalo.

—Comprendo.

—¡Es absurdo! —dijo Siara.

—A pesar de lo que la maestra alquimista Roscharch opine sobre ese suceso, yo sé bien lo que vi. Dada la disciplina a la que pertenezco, mis palabras deberían tomarse más en cuenta que las de una alquimista.

En apenas unos segundos, una pegajosa tensión se había impregnado por todo el ambiente de aquella habitación. Una vez más, fue Kremy el único con la valentía suficiente como para romperla. Para sorpresa de ambas maestras.

—Tienes razón, Enara. Dada la disciplina a la que perteneces, tu opinión debe ser tenida en cuenta. Y lo haremos. Sin embargo, debes comprender que tus palabras suenen desconcertantes para los no iniciados en las artes sagradas. Abriré una investigación para esclarecer lo ocurrido y tendremos en cuenta tus opiniones. Propongo, no obstante, no airear este asunto de momento. Al menos hasta que tengamos algo más de información. ¿Todos de acuerdo?

Todos asintieron, salvo Enara.

—¿Enara?

—Esto es extremadamente grave, director, y se nos acaba el tiempo. La cámara debería ser informada de inmediato.

—Sé que lo piensas, Enara, pero créeme, te digo esto para ayudarte. Si tienes razón, debemos ser capaces de presentar pruebas ante la cámara. En caso de no hacerlo, ninguno de esos maestros creerá ni una sola palabra de lo que les digas. —Enara fue a protestar, pero Kremy la detuvo agarrándola del brazo—. Sabes que es cierto. Respeto tu disciplina y tus conocimientos. Te pido que hagas lo mismo conmigo.

Enara se apartó de Kremy.

—Encontraré esas pruebas.

—Entonces volveremos a hablar.

No tardaron mucho más en marcharse de allí. Cruzaron algunas palabras más con Mara, departieron sobre los medios que se estaban invirtiendo en buscar a Nala, le dijeron a Mara que sentían lo ocurrido, le animaron a ser fuerte y se marcharon.

Un rato después, Senén entró en la habitación, se lavó las manos con el agua de una sencilla jofaina de barro y se acercó a la cama. Colocó la parte superior de la mano sobre la frente de Mara y cerró los ojos.

—No hay fiebre —dijo—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mejor —respondió Mara.

—Me alegro, porque hay otras personas que también quieren verte.

—Hola, Mara —saludó Tate desde la puerta—. ¿Podemos pasar?

Mara sonrió a su amiga y les indicó que entraran. Estaban todos. Lewis, Ezra, Otylia, Amilia y Tate. Todos ellos con el gesto compungido. Tate y Amilia tenían los ojos rojos de haber llorado.

—¿Cómo estás? —preguntó Tate.

Mara se encogió de hombros.

—¿Y vosotros?

Tate imitó el gesto de Mara y sonrió apenada.

—Hoy es el funeral —comentó Lewis—. Mara, fuimos a hablar con los guardianes para ver si podían retrasarlo algunos días, hasta que estuvieras recuperada para asistir.

—Gracias, chicos —dijo Mara.

—Nos dijeron que no podían hacerlo —continuó Lewis azorado.

Los labios de Mara se curvaron en un mohín de disgusto.

—Hemos pensado que, cuando te recuperes, podemos acercarnos al estanque de la Rodela y encender unas velas —añadió Tate—. A Kiara le habría gustado.

Tardó cinco días más en poder erguirse sin riesgo para su salud. Senén, tan diligente y profesional como acostumbraba a ser, la colmó de cuidados y le aplicó la cura de sus manos, provocándole tal grado de dolor que Mara creía morir cada vez que sentía que sus huesos dentro de ella se desplazaban y soldaban.

Cuando por fin pudo ponerse en pie, le pidió a Tate, a cargo también de sus cuidados, que lo planificara todo para ir al estanque ese mismo día. Tate, lo primero que hizo, fue hablar con su mentor y pedirle su autorización. Senén aceptó la propuesta, con la única condición de que Tate no se separase de Mara ni un momento, que no hiciera ningún esfuerzo físico y que regresaran directamente al sanatorio tras la ceremonia. Ni Mara ni Tate pusieron pega alguna a las condiciones.

Atardecía cuando el grupo de amigos, ahora con dos personas menos que lo integraran, llegó renqueando a la orilla del estanque, a media milla del centro de la villa. Mara anduvo todo ese silencioso camino apoyada en los hombros de Tate y Lewis, a pesar de lo cual no pudo evitar obligar al grupo a parar un par de veces. Ninguno protestó por ello.

El estanque de la Rodela era un lugar muy codiciado por los aspirantes, especialmente los de primer año, quienes aún se veían obligados a

compartir su intimidad con otra decena de compañeros. Rara era la noche que alguna pareja de fogosos amantes no acudía a resguardarse bajo los arcos de las verdes enredaderas que rodeaban el lugar. Mara sabía que Kiara había acudido allí acompañada de algún chico en más de una ocasión aquel año y siempre había dicho que no existía un lugar más bello en toda la villa.

Alcanzaron la orilla del estanque y Mara pidió a sus dos amigos que la soltaran. Tate dudó y le preguntó si estaba segura de poder aguantarse, a lo que Mara asintió. Entonces, Ezra y Amilia fueron extrayendo unas velas blancas de entre los bolsillos de sus túnicas, las encendieron y las pasaron hasta que todos tuvieron una llama encendida entre sus manos, en memoria de su amiga fallecida.

Los rayos del atardecer incidían en el agua estancada, reflejando toda la belleza que la naturaleza era capaz de crear.

—¿Alguno quiere decir algo? —preguntó Lewis. Nadie le respondió—. ¿Mara?

Mara negó con la cabeza, concentrada en evitar que una lágrima se fugase de sus ojos.

—Era una buena amiga —dijo Amilia—. Y una buena persona. Y se hubiera convertido en una gran maestra. La echaré de menos.

—¡Pero qué tenemos aquí! —se oyó una voz a sus espaldas.

Al girarse, vieron a Max acompañado de otra aspirante a la que ninguno conocía. Rodeaba su cintura con un brazo.

—No es el momento, Max —respondió Lewis.

—¿El momento para qué?

—Para tus payasadas —intervino entonces Mara—. Así que lárgate y déjanos tranquilos.

Max torció el cuello y soltó a su acompañante. Se acercó a Mara y se detuvo cuando Ezra se interpuso entre ambos.

—¡Apártate, mestizo!

—Lárgate —le dijo Ezra, sin mirarle a los ojos.

—Apártate o…

—¡Hazlo, Ezra! —le animó Mara. Ezra se giró hacia ella, vio la determinación cruzando su rostro y obedeció—. ¿Qué quieres, Max?

—He oído decir que fue Nala quien mató a vuestra amiga.

—Así fue —aclaró Mara.

—El asunto es que yo conocía a Nala y no la veo capaz de una cosa así.

—Hay muchas cosas que tú no eres capaz de ver —respondió Mara.

—Lo que creo que de verdad ocurrió es que tú, esclavista, tú, le hiciste algo a Nala y…

—¿Por qué demonios iba a hacerle nada a Nala? ¡Era mi amiga!

—Es aniria —observó Max.

—¡No me importa de qué raza fuera! —masculló Mara luchando por no gritar.

—Te molestaba que una aniria como ella ganara su capa de maestro.

—Estaba orgullosa de ella.

—Ya, seguro que sí —dijo Max—. Lewis, Ezra, ¿sabéis qué hizo el padre de vuestra querida amiga del oeste antes de que ella volviera a La Escuela? Me lo contaron hace algunos días. ¿Quieres contárselo, Mara?

Los cabellos cobrizos de Mara le caían sobre los ojos, pero no hacía falta verlos para intuir el fuego que amenazaba en su interior. Las mandíbulas estaban apretadas y la respiración agitada. Todos sus músculos estaban tensos, así como el puño con el que sujetaba la vela.

—¡Cállate!

—Su padre montó un cadalso improvisado frente a su casa y ordenó que colgaran a decenas de anirios inocentes. Ella estaba a su lado y no hizo nada para evitarlo.

Los recuerdos de las súplicas aterrorizadas de Cazi acudieron a su memoria, así como de los angustiados gritos de Güido cuando le apartaron de su madre.

—¡Eso no es cierto! —gritó Mara a punto de estallar en lágrimas—. ¡Intenté evitarlo, pero no pude!

—¿Es eso lo que te dices por las noches? ¿Lo mismo que te dirás acerca de la muerte de tu amiga?

Una furtiva lágrima se desprendió y descendió por su rostro. La visión de Mara se nubló. Todo se volvió oscuro y su atención se dirigió, como si algo muy poderoso la atrajera, hacia tres únicas cosas. Max frente a ella, la lágrima descendiendo por su mentón y la vela que sostenía en las manos. En un movimiento instintivo, Mara movió la vela justo en el momento en el que la lágrima se desprendía de su rostro. La pequeña gota cayó sobre el pabilo y extinguió la llama. Mara levantó la mirada y un segundo después una llamarada venida de ninguna parte se fundió con el cuerpo de Max. Lenguas de fuego se elevaron.

Max gritó, así como su acompañante. Los amigos de Mara retrocedieron un paso y se quedaron embobados observando cómo las llamas abrasaban el cuerpo de Max. Mara estaba anquilosada en su postura, incapaz de entender lo que estaba ocurriendo.

—¡Santo Daxal! —oyó decir a Tate a su lado.

Reaccionó. Soltó la vela y, cuando esta chocó contra el suelo, el cuerpo de Max se apagó. Cayó al suelo temblando e inconsciente, con lenguas de humo desprendiéndose de su cuerpo.

OceanofPDF.com



Annelyn amarró las correas de la yegua a un árbol cercano y anduvo hasta encontrar el camino empedrado de la ruta de Monyúa, aquella que unía Viendavales con Alambra, en el sur del estado. La ruta discurría por el centro del corredor con el que compartía nombre, a lo largo de decenas de leguas en las que violentas rachas de viento golpeaban los árboles hasta obligarlos a ceder y caer. El camino se utilizaba principalmente para el comercio con las islas, siendo la principal ruta comercial del oeste.

El camino medía en su punto más ancho alrededor de ocho varas, luego se extendía una pequeña planicie de hierba y a continuación un par de leguas de pinos. Más allá, por ambos lados, la tierra comenzaba a elevarse, a veces de una forma tan pronunciada que ningún animal podía escalarla. Durante años, el oeste había abandonado esos pueblos a su suerte, a sabiendas de que las duras condiciones de sus tierras dificultaban su sola supervivencia. Cuando el hambre y las enfermedades comenzaron a diezmar la población, unos cuantos renegados decidieron unirse y sacar provecho de lo único rentable que tenía su tierra: la ruta comercial. Asaltaron y robaron cuanto pudieron, durante el tiempo que Viendavales lo permitió. Cuando la capital se cansó de los ataques de los renegados, reunió un ejército y lo lanzó contra ellos.

Todos sus ataques, envites y empeños chocaron contra la dura roca de aquellas montañas. Los clanes de Monyúa, como se hacían llamar, repelieron cada ataque, al tiempo que los comerciantes continuaban perdiendo fortunas, rezando por no perder también la cabeza cuando sus acreedores le exigieran un pago al que no podían hacer frente.

En una asamblea extraordinaria decidieron sobornar a las poblaciones de las que, pensaban, procedían los muchachos alistados como soldados de los clanes. El plan funcionó, aunque no como ellos habían previsto. Los clanes, que hacía años se habían creado para utilizar los recursos económicos en beneficio de la comunidad, se habían vuelto codiciosos y salvajes, enajenados por el poder que les otorgaba haber sido capaces de vencer a los ejércitos de Viendavales. Los jóvenes no eran capaces de recordar una época en la que los clanes compartieran sus botines, así que la población, cansada de años de injusticias, decidió utilizar el soborno de los comerciantes para armarse y acabar con los clanes. Se aliaron con Viendavales y, en menos de dos meses, disolvieron todo vestigio de renegados. Desde entonces, el corredor de Monyúa era un lugar seguro, tan seguro que Annelyn sabía a ciencia cierta que Ian Lascanter lo utilizaría para transportar su enorme cantidad de oro hasta Shanti Roshan y Rian Mezerade. Si eso llegaba a ocurrir, Deian Wellington perdería las elecciones.

No importaba la ventaja obtenida durante meses de duro esfuerzo, inquinas y manipulaciones. Ese cofre de oro compraría el apoyo del alcalde Rian y, por extensión, el de una gran parte del condado de Terentena, y con lo que sobrara Roshan podría comprar tantos votos como necesitara para vencer. Annelyn no tenía intención de permitir que aquello ocurriera.

Esperó sentada, con la mirada clavada en las montañas que se levantaban al finalizar el camino. Se sentía serena y al mismo tiempo

nerviosa e impaciente. Para la ocasión había prescindido de joyas y vestidos. No sería su belleza la que la conduciría al éxito. Ian sabía quién era. Jamás podría demostrarlo, pero lo intuía, por lo que jamás le daría su confianza. En lugar de mostrar belleza, Annelyn debía exudar determinación y así vestía. Botas y pantalones de cuero, un jubón negro y ajustado, reforzado con láminas de metal y el pelo recogido en una larga cola de caballo. En la espalda, cruzado a la altura de su cintura, descansaba un afilado puñal.

Por fin, tras una fuerte racha de viento que levantó el polvo del camino, hizo aparición un convoy de caballería. Annelyn contó veintiseis soldados a caballo, doce protegiendo el frontal de un carro tirado por mulas, cuatro en los flancos y el resto detrás, cerrando la marcha. Los caballos iban envueltos en una armadura que les cubría la testera, el lomo y los cuartos traseros. Los soldados iban aún más preparados; con espadas, picas, alabardas y mosquetes. Annelyn tragó saliva al presenciar aquel despliegue. Esperaba cierta protección, pero no había sido capaz de prever el miedo que era capaz de generar. Sonrió para sí misma y, cuando el convoy estuvo lo bastante cerca, salió a su encuentro.

—Sooooo —dijo el soldado que abría la marcha, deteniéndose a escasos tres metros de Annelyn—. ¿Le importa apartarse, señora?

Annleyn cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—¿Sabe quién soy, soldado? —El aludido desvió la mirada hacia el suelo y escupió un chorretón de saliva marrón. Annelyn hizo un mohín de asco y se enfrentó a él—. Quiero hablar con Ian Lascanter.

—Me parece genial. ¡Ahora, largo!

—Soy Annleyn Vyvas.

El soldado chasqueó la lengua e hizo un ruido de desprecio.

—¡Eh, tú! Ve atrás y avisa al patrón. Dile que la furcia que estaba esperando ha llegado.

El caballo empezó a trotar, se detuvo junto al carro y volvió acompañado de un semental alazán. Llegó trotando y se detuvo guardando las distancias con Annelyn.

—Así que ha venido.

—Veo que me estaba esperando.

—¿Qué quiere, Annelyn?

El soldado con el que había hablado Annelyn en primer lugar se acercó a su patrón.

—Señor, debemos avanzar. Cuanto más tiempo permanezcamos aquí, más vulnerables seremos a una emboscada.

—Lo sé, capitán… —dijo Ian—. ¿Es eso lo que ha planeado, Annelyn? ¿Piensa atacarnos?

—Jamás se me ocurriría atacarlos aquí —respondió Annelyn—. Solo he venido a hablar con usted sobre negocios, señor Lascanter. Usted y el señor Wellington lo convirtieron en algo personal, pero no tiene por qué serlo.

—Mi hermano está en una mazmorra. Por supuesto que esto es personal.

—No para mí. Podemos ayudarnos, señor.

—¿Ayudarnos? Antes le confiaría mi vida al diablo.

—Que así sea —susurró Annelyn con la mirada clavada en el suelo.

Se echó a un lado, salió del empedrado y aguardó en la hierba, viendo el convoy avanzar frente a ella. Ian no se movió. Fijaba su atención en Annelyn y en sus movimientos.

Cuando el carro que transportaba el cofre de oro pasó por delante suyo, Annelyn sonrió y silbó. Las mulas se detuvieron y giraron el cuello en dirección a la fuente del sonido. Entonces, Annelyn volvió a silbar en un

tono mucho más agudo, y las dos mulas echaron a correr en dirección contraria a donde estaba Annelyn.

Ian giró para ver qué ocurría y maldijo cuando el carro desapareció entre los pinos.

—¡Síganlo! —ordenó a sus hombres, clavó el talón en el caballo y con la ayuda de las correas hizo que se girase. Annelyn ya corría campo a través en dirección a su montura—. ¡Es ella! ¡Capitán!

—¿Señor?

—Que sus hombres se encarguen del oro. Quiero que usted me traiga la cabeza de esa ramera.

El capitán desenvainó una espada larga y reluciente, la alzó y ordenó a su caballo salir al galope.

Annelyn corrió entre los pinos sin perder de vista su espalda. Llegó al lugar donde había amarrado a su yegua, soltó la cuerda y, cuando se disponía a montar, apareció el capitán blandiendo la espada.

—¡Alto ahí, señora!

Annelyn enfrentó su cuerpo al del capitán y soltó los amarres. La yegua quedó libre. El jinete se acercó por un lateral a Annelyn y le apuntó con la espada.

—Póngase de rodillas —le ordenó.

Annelyn obedeció, puso las manos sobre la cabeza, miró al capitán y silbó. Su yegua se lanzó contra el caballo del capitán, lo embistió, este trastabilló, se levantó sobre sus cuartos traseros y lanzó al capitán al suelo. Annelyn saltó sobre él, pateó la mano con la que sujetaba la espada y extrajo el puñal de su espalda.

—No soy ninguna furcia, capitán —dijo antes de rebanarle el cuello sin piedad.

El capitán se llevó las manos a la herida, trató en balde de frenar la hemorragia y murió ahogado por sus propios fluidos.

Annelyn se incorporó mirando a un lado y a otro. Escuchó los ruidos del bosque y, tras comprobar que no había más enemigos a la vista, montó en la yegua y cabalgó en dirección al punto de encuentro. El mismo al que había ordenado dirigirse a las mulas.

Cuando llegó allí, la lucha había terminado. Annelyn se percató de algunos cadáveres, tanto soldados a sueldo del señor Lascanter, como mercenarios renegados a los que había contratado para aquella misión. El líder de aquellos bandidos se acercó a ella cuando la vio aparecer. Vestía de resistente cuero de arriba abajo y blandía una enorme hacha salpicada de sangre.

—Tenemos el cofre, señora.

—Bien —respondió Annelyn—. ¿Han atrapado a Ian Lascanter?

—Y lo hemos abierto —continuó el líder del clan.

—No debió hacerlo, Daniel.

—Mis compañeros y yo lo hemos estado hablando y que me jodan si diez piezas de oro nos parecen suficientes.

—Eso fue lo acordado.

—¡Al infierno lo acordado! ¡No nos habló de caballería con armadura! ¡Ni de tal cantidad de soldados! ¿Sabe cuántos hombres de los míos han muerto?

—Acordamos diez piezas de oro. De las cosas que sé, es la única relevante en este asunto.

—A mí me parece que no —dijo—. Ese cadáver de ahí es el hijo de mi hermana y le aseguro que no le va a gustar nada enterrarlo. Merece que alguien pague por su sacrificio.

—Y lo hago, Daniel. El sacrificio de un paleto renegado incapaz de aprender a luchar como un hombre me cuesta diez piezas de oro. En cualquier otra circunstancia no habría dado más que un chelín de cobre por ese bastardo.

—¡Será furcia! —gritó Daniel, con los ojos a punto de estallarle.

Annelyn levantó la mano, tensó los dedos y formó una garra con ellos. Daniel, frente a ella, empezó a gritar, mientras se llevaba los brazos a la cabeza. Perdió el sentido del equilibrio y cayó de bruces contra el suelo. Entonces Annleyn relajó la mano. Se quitó los guantes que llevaba y saltó al suelo.

—Acordamos diez piezas de oro, Daniel —le repitió apoyando una de las botas de cuero sobre su pecho—. ¿Estamos de acuerdo?

Daniel, con el rostro compungido y los ojos aterrorizados, asintió. Annelyn levantó la bota, pasó por encima del cuerpo y continuó su camino.

—¿Dónde están los prisioneros? —preguntó al aire.

Cuatro renegados vigilaban a ocho soldados arrodillados, la mayoría con heridas de diversa índole recorriéndoles el cuerpo. El único que parecía intacto era el propio Ian Lascanter. Annelyn no dudó en acercarse e inclinarse sobre él.

—¿El capitán? —preguntó Ian.

—No lo consiguió —respondió Annelyn—. Igual que usted.

—Es una asesina.

—Debió aceptar el acuerdo.

—Lo lleva en la sangre. Una mancha de la que jamás podrá desprenderse. Debería estar muerta.

—¿Sabe por qué hago todo esto, Ian?

—Es una asesina.

—Lo hago por personas como usted, señor —continuó Annelyn—. Desde que mi padre falleció, me he visto obligada a vivir con miedo de que personas como usted, incapaces de comprender nada, me capturaran y asesinaran. —Se acercó aún más a Ian, puso los labios al lado de su oreja y susurró—: Me prometí hace años que no permitiría que mis hijos vivieran el mismo miedo.

—Bruja —dijo Ian.

Annelyn extrajo el puñal y le rebanó el cuello. Dejó la mano cerca para sentir el calor de la vida que acababa de arrebatar hasta que el cuerpo de Ian cayó al suelo.

Se levantó y miró al resto de soldados arrodillados y a los renegados que los vigilaban.

—¡Mátenlos! —dijo Annelyn—. Y les daré una pieza de oro a cada uno.

OceanofPDF.com



Poco le importaba a Siara que su protegida hubiera abrasado vivo a un compañero. Max se recuperaría. Según el maestro Senén, las cicatrices y las llagas producidas por el fuego perdurarían en algunas zonas de su cuerpo durante el resto de su vida, pero no habría mayores consecuencias que las puramente estéticas. A Siara lo que de verdad le importaba y lo que le hacía sentirse orgullosa era que Mara, una aspirante de primer año, había hecho alquimia.

No se había equivocado con esa chica.

—Lo siento, maestra —dijo Mara en cuanto pudieron estar a solas.

—¿Exactamente qué es lo que sientes? —respondió Siara—. ¡Has hecho alquimia, Mara! Deberías sentirte orgullosa. Yo me siento orgullosa.

De aquello hacía ya dos días. Dos días en los que el nombre de Mara Roscharch se había popularizado entre maestros y aspirantes, otorgándole una fama que, desde el punto de vista de Siara, merecía.

Se quitó esos pensamientos de la cabeza y volcó su atención en la fórmula en la que llevaba semanas trabajando. Se trataba de una rosa roja a la que quería dotar de la capacidad de retener y guardar el calor del sol, sirviendo como una suerte de artilugio calefactor en las frías noches de invierno. Hasta entonces había logrado que fuera capaz de perdurar en el

tiempo sin marchitarse, todo un logro para cualquier alquimista. Sin embargo, no había conseguido dar con la forma de que fuera capaz de retener y expulsar el calor. La receta emocional, el grado de implicación y los conocimientos técnicos eran tan complejos que Siara se pasaba horas meditando sobre qué paso dar a continuación.

Se le ocurrió una idea, evocó un recuerdo, le sobrevino una emoción y, con ella instalada en su corazón, se dispuso a regar la rosa. Fue entonces cuando una aspirante apareció en la puerta del laboratorio. El recuerdo se escabulló de su mente, la emoción perdió intensidad y Siara maldijo entre dientes, dejando la regadera sobre el suelo.

—¿Maestra Roscharch? —preguntó aquella chica con timidez.

Siara la reconoció como una de las amigas de Mara y protegida del maestro Senén.

—Eres Tate, ¿verdad?

—Sí, maestra.

—Cuéntame.

—El maestro Senén me ha mandado llamarla. Le pide que acuda al sanatorio cuanto antes.

Siara se irguió y levantó las cejas.

—¿Le ha ocurrido algo a Mara?

—No, Mara está bien. Continúa recuperándose —dijo Tate—. Pero han ido algunas personas a hablar con ella. El maestro Senén supuso que usted querría estar presente.

—¿Quiénes han ido a hablar con ella?

Tate dudó, pero no pudo evitar responder.

—Son cinco maestros. Yo solo conozco a dos de ellos. El maestro Sairon Kote. —Siara asintió; entraba dentro de lo plausible que Sairon

quisiera saber de primera mano lo ocurrido—. Y el gran maestro Andiles Syndevile.

—¿Andiles? —preguntó Siara extrañada—. ¿Qué demonios ha venido a hacer aquí Andiles?

Tate se encogió de hombros y Siara le indicó con un gesto que no se preocupara. Se abrochó la capa plateada al cuello y echó a andar en dirección al sanatorio. De camino se encontraron con Kremy, quien también parecía dirigirse hacia allí.

—Si esa aspirante tuya sigue metiéndose en problemas vamos a tener que hacer algo, maestra Roscharch. Yo ya estoy viejo para ir de acá para allá —protestó Kremy nada más verla.

—¿Por qué ha venido Andiles?

Kremy negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea, Siara. Pero tratándose de un asunto en el que tú y él estáis implicados, nada bueno puede traer.

—Ese papanatas sería incapaz de traerle nada bueno a nadie.

—¡Siara! —reprendió el director, haciendo un gesto hacia Tate, quien no había abierto la boca en todo el camino.

Siara se giró hacia ella y suspiró.

—Discúlpame, niña —dijo Siara—. El gran maestro Andiles Syndevile es un ególatra incompetente y estúpido. —Kremy bufó al oír aquello—. Pero también es el gran maestro de nuestra gloriosa escuela, por lo que el director de esta humilde villa, aquí presente, cree que deberíamos guardar las formas y hablar de él con cierto respeto. De ahí que me haya reprendido por llamarlo papanatas. ¿Es eso lo que ha ocurrido, director?

—Eres incorregible, Siara —comentó—. Tate, no te dejes llevar por los argumentos de la maestra Roscharch. El gran maestro Andiles Syndevile es

un buen dirigente, elegido por todos los maestros para guiarnos. Como integrantes de La Escuela, tenemos el deber de respetarlo.

Entraron en el sanatorio con decisión, anduvieron por los pasillos y se encontraron con el grupo, al que el maestro Senén intentaba convencer de que aguardaran hasta la llegada de Siara. Ella adelantó a todos y se interpuso entre el grupo y la habitación de su protegida.

—Gracias, Santro —indicó en dirección a Senén—. Buenas tardes a todos. ¿Qué dudoso placer le ha traído hasta aquí, Andiles?

El gran maestro se plantó frente a Siara.

—Hemos oído que su protegida abrasó vivo a otro aspirante. ¿No le parece un asunto lo bastante grave como para explicar mi presencia?

—No.

—No me sorprende, la verdad. En lo que se refiere a usted, nunca considera ningún asunto como suficientemente grave.

—Curioso que sea usted quien lo diga, gran maestro, dado que, en lo concerniente a mí, usted siempre parece querer otorgarle una gravedad extraordinaria.

—Nuestra relación, maestra, no tiene nada que ver con mi presencia aquí. Consideramos que es justo para el aspirante Max Kote, protegido del profesor Sairon Kote, que se abra una causa contra la aspirante Mara Roscharch por felonía.

—¡Qué estupidez! —exclamó Siara.

—¿Niega usted que la aspirante Mara Roscharch hiciera uso de los dones divinos que proporcionan los conocimientos de La Escuela para dañar a otro ser humano?

—Digo que abrir una causa por ello es estúpido —dijo Siara.

—Si se le declarara culpable, su protegida se enfrentaría a la expulsión de La Escuela.

—¿La expulsión? ¿El criterio para expulsar a un aspirante es que sea capaz de hacer aquello que queremos que aprendan a hacer? Una magnífica decisión, gran maestro. Empiezo a comprender por qué, desde que usted ocupa su cargo, esta escuela se ha convertido en el hazmerreír de toda Ylandra.

—No voy a permitirle estas faltas de respeto.

—Ni yo que pretenda enjuiciar a esa pobre joven.

La relación de Siara y Andiles se remontaba a los últimos años de la guerra. Después de que el capitán Rommel Edvard acudiera para pedir la ayuda de Aleyn y que este volviera a ponerse al frente de los ejércitos de la república, Andiles había conspirado para ganarse apoyos entre aquellos afectados por las purgas de Aleyn. Al terminar la guerra fue quien más empujó por condenar a su salvador a colgar por el cuello hasta morir. El día de la votación, tras finalizar su infame discurso, Siara dejó atrás toda precaución y le atacó, rompiéndole la nariz. Desde entonces su relación había sido rematadamente complicada.

—Siara, con todo respeto, me parece que no entiendes las implicaciones de lo que tu protegida ha hecho —intervino Sairon en un tono apaciguador —. Un aspirante ha resultado herido y tiene derecho a que se juzgue este suceso.

—¿Ese aspirante desea convertirse en maestro? —preguntó Siara.

—Así es.

—Entonces dile que se acostumbre al dolor —dijo Siara—. Mara está estudiando para convertirse en una maestra alquimista. No sé cómo será el camino del resto de las disciplinas, pero conozco bien la senda del alquimista y recuerdo lo que se siente la primera vez que uno invoca ese poder. Les aseguro que es imposible de controlar. Las emociones se apoderan de tu cuerpo sin que puedas hacer nada para evitarlo. Mara dejó

que ese poder le recorriera y lo utilizó y, cuando se dio cuenta de lo que había hecho, le puso fin. No es responsable de lo sucedido, Sairon, y no se merece ningún juicio.

—No es a ti a quien le corresponde decidirlo —discutió Andiles—. Queremos hablar con Mara y vamos a hacerlo.

Siara sonrió y colocó su cuerpo en la mitad del pasillo, impidiéndoles el paso.

—Me parece que no, gran maestro —dijo—. Podría enumerarles decenas de acontecimientos como este ocurridos desde la fundación de La Escuela y nunca, en ningún caso, se abrió una causa por felonía. En el siglo II un aspirante de Brebajes hizo explotar el laboratorio de su villa, con lo que dos de sus compañeros perdieron la vida. Nadie le acusó de felonía. En lugar de eso, se le animó a continuar con su trabajo. Aquel joven inventó la polvareda. En el siglo VII una aspirante de Alquimia heló la sangre de otro compañero. Días más tarde murió de una hipotermia. Nadie la acusó de felonía. ¿Quiere que continúe?

—Eran otros tiempos, maestra Roscharch —alegó Andiles—. Quizá es hora de que algunas cosas cambien.

—Quizá. Pero esta no será una de ellas.

—Por favor, Siara, no compliques más la situación —dijo Sairon.

Siara se giró hacia él e hizo un mohín de desprecio.

—Y tú, Sairon, no sabes cuánto me decepcionas. Dejando a un lado rencillas infantiles, tu aspirante acusó a Mara de ser responsable de la muerte de su amiga. Lo hizo a sabiendas de todo el dolor que le provocaría y, aun así, lo hizo. ¿Es esa la clase de maestros que desea esta escuela, crueles y cobardes?

Sairon bajó la cabeza.

—¡Ya está bien! —gritó Andiles—. Soy el gran maestro de esta institución y deseo hablar con una de mis aspirantes. Nadie puede evitar que lo haga y menos la mujer de un traidor genocida.

Siara apenas se inmutó al oír los insultos dirigidos a Aleyn. Con calma se llevó una mano al costado y extrajo su palo. Dio un par de sacudidas y los extremos se extendieron. Apoyo una punta en el suelo y dejó que el resto descansara sobre su hombro.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —interrogó Andiles retrocediendo un par de pasos.

—Hasta aquí, Andiles, hasta aquí —señaló—. No hablará con Mara y, desde luego, no difamará la memoria del gran maestro Aleyn Somerset. No en mi presencia.

—¿Y qué hará? ¿Piensa atacarnos con su arma? ¿Y luego qué?

Siara cerró el puño sobre el palo y, al ver su expresión, Kremy salió a su encuentro.

—Yo diría que sí. Eso es lo que la maestra Roscharch está pensando —dijo Kremy—. Y debo admitir que sería algo digno de ver.

—¿Disculpe, director?

—No, disculpe usted, gran maestro, pero, en mi humilde opinión, la maestra Roscharch tiene razón. A mí también me cuesta mucho entender la razón de su presencia aquí, pero hace rato que decidí que no me importaba. Esta es mi villa y, en lo que a su justicia se refiere, tengo mucho que decir. Fue una falta de respeto que no me avisara de su llegada ni de sus intenciones. Y este enfrentamiento dialéctico con una de mis profesoras no termina de agradarme. Así pues, debo pedirle respetuosamente que deje de interferir en asuntos que no le conciernen. Seré yo quien decida el trato que ha de dársele a la aspirante Mara Roscharch. Si todos estamos de acuerdo, es tarde y tengo otros asuntos que atender.

—Director, no le conviene… —dijo Andiles.

—No, gran maestro. Los asuntos de esta villa competen a su director. Lo sabe tan bien como yo.

Andiles fue a protestar, pero el maestro Senén se le adelantó.

—Es hora de irse, maestros —advirtió—. Mis pacientes deben descansar y, dado que no se va a proceder a ningún interrogatorio, lo que sea que tengan que tratar pueden hacerlo fuera. No hagan demasiado ruido al salir, por favor.

Andiles echó una última mirada endemoniada a todos los presentes y se marchó de allí mascullando maldiciones y seguido del resto de su séquito. Senén, Kremy y Siara aguardaron hasta quedarse solos.

—Gracias, a los dos —murmuró Siara.

—Esto es un sanatorio, Siara —le dijo Senén claramente molesto—. Aquí curamos a la gente. La próxima vez deja en la puerta las rencillas políticas o personales que tengas con quien sea. No quiero más discusiones y, desde luego, no quiero peleas aquí. ¿He hablado claro?

—Sí, maestro —respondió Siara con el rostro azorado.

—Director —dijo Senén antes de marcharse.

Kremy cogió aire y lo expulsó agotado.

—¿Me puedes explicar qué ha sido eso, Siara?

—¿El qué?

—Amenazar al gran maestro. ¿Cómo querías terminar con esto, con un baño de sangre?

—No puedo con ese hombre —confesó Siara.

—¿Y crees que eso te otorga alguna potestad para hacer lo que has hecho?

—Si cree que lo que he hecho ha sido un error, ¿por qué me ha apoyado?

—Porque tenías razón —dijo Kremy desesperado—. Pero te pierden las formas. Y, por si te interesa, es la última vez que intercedo por ti y tus desaires. Buenas noches, Siara.

Siara se quedó casi como petrificada viendo marchar al director. Otra amistad que también se tambaleaba. ¿Qué haría cuando por fin los perdiera a todos? Sacudió el palo para encogerlo y lo anudó a las correas de su pecho, en el costado izquierdo. Cabizbaja, se dirigió a la salida.

El sol se escondía tras las lejanas montañas y la noche se presentaba fresca y dócil.

Siara respiró el aroma de la villa y trató de tranquilizarse.

—Hola, Siara —saludó una voz a su espalda.

Sairon se acercó a ella con paso precavido.

—¿Qué quieres?

—Supongo que excusarme por mi comportamiento. Tienes razón, Mara no es responsable de lo sucedido.

—Bien, gracias a los Tres alguien lo comprende.

—Por supuesto que lo comprendo. Sin embargo, eres tú quién no parece querer comprender cómo funcionan las cosas.

—Comprendo muy bien cómo funcionan las cosas. Gracias.

—¿Sí? ¿La gran alquimista Siara Roscharch? No tienes la menor idea, ¿sabes por qué?

—Sé que no está bien hacer sufrir a una pobre muchacha en un proceso baldío solo para guardar las apariencias.

—Entonces te equivocas. ¿Eres consciente de quién es el joven al que tu protegida ha herido?

—Un aspirante cruel que necesita cierto toque de atención.

—Es posible —respondió Sairon—. También es el primogénito de nuestros mayores proveedores de acero de exda’dal. Es el mejor acero de

Ylandra y, gracias al padre de ese chico, somos casi la única institución que puede forjar sus armas con ese material. No podemos perder ese contrato. ¿Crees que yo quería aceptar a Max bajo mi cargo? Cuando se supo que el chico quería ser mi protegido sufrí todo tipo de presiones para que lo aceptara. Porque, por encima de todo, servimos a La Escuela y esta escuela se beneficia de ese acero.

—¿Quieres decirme que soy una traidora o que tú eres un cobarde?

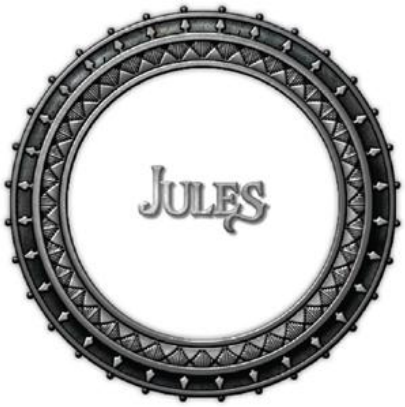
La incredulidad sembró de dudas las palabras de Sairon.

—Eres increíble, de verdad —dijo al fin—. Lo digo literalmente. Eres extraordinaria, Siara. Ojalá todos fuéramos como tú. En serio te lo digo. Ojalá tuviéramos tu poder y tu determinación. Pero no es así. El resto no tenemos un palo que adquiere las fortalezas del más duro acero sin perder las mejores propiedades de la madera. Tampoco podemos crear un ciclón con el simple timbre de nuestra voz para destruir cientos de naves enemigas. Quizá no te des cuenta, maestra, pero de no haber sido por las últimas decisiones de Aleyn, tus proezas habrían pasado a la historia y tú con ellas. No entiendes este juego porque no te hace falta jugarlo. Estás por encima de él. Puedes sacar tu palo, amenazar a quien quieras, y todos retrocederán asustados.

—Eso no es… —susurró Siara.

—Lo que me encantaría que comprendieras es que el resto no podemos hacer lo mismo. Al resto nos toca participar en un juego de reglas confusas, injustas y manipuladas. Si entendieras eso, quizás aún alguien te querría. —Sairon esperó la respuesta de Siara y, al ver que no llegaba, se despidió—: Felicita a tu protegida, por cierto. Es un gran logro el que ha conseguido.

OceanofPDF.com



La sala número diez del tribunal del condado de Viendavales estaba abarrotada de espectadores. Una marea de curiosos y columnistas se había visto atraída por los jugosos rumores que pululaban alrededor del proceso. Jules, sabedor de su importancia en algunos de esos rumores, decidió buscar un lugar alejado de miradas indiscretas. Escogió el último banco de la fila de seis y se sentó cerca del pasillo que dividía la sala en dos.

A excepción de la sala magna, dedicada a procesos de alta importancia, el resto de las salas del tribunal eran prácticamente iguales. Rectangulares, con seis filas de bancos de pulcra madera de nogal distribuidos en dos columnas que partían la sala, dos mesas, una a cada lado, destinadas a la acusación y a la defensa, un hueco con trece sillas acolchadas para el jurado y, por último, presidiendo la sala, el estrado de su señoría. Tras él colgaba un enorme escudo con el emblema de Viendavales, coronado por la frase: «Bajo la mirada de los Tres».

Jules se giró al oír que la puerta de la sala se abría. Entraron dos alguaciles y a continuación dos guardias agarrando a Brendan. Lucía un aspecto desaliñado; pelo sucio y desgreñado y barba poblada y salvaje. Lo peor era su olor. Una repugnante mezcla de suciedad, sudor, orín y excrementos. Jules tembló al verle de aquella estampa. Sabía que en un

calabozo se sufría, pero hasta entonces había evitado visualizar cuánto. No habría podido sobrevivir de haber hecho lo contrario.

Condujeron a Brendan hasta el asiento de la defensa y allí saludó a su abogado, un buen hombre procedente de los barrios pobres de la ciudad. Lo mejor que habían podido encontrar. Se suponía que Ian, el hermano de Brendan, se encargaría de contratar los servicios de un buen letrado, pero hacía días que nadie sabía nada él. Con tan poca antelación, Jules solo había logrado encontrar al señor Tattel, abogado defensor con un porcentaje de victorias claramente inferior que el de derrotas.

—¡Todo el mundo en pie! Preside el honorable juez Deian Wellington —anunció a voz en grito el alguacil. Toda la sala obedeció. Todos, salvo Jules, que permaneció sentado, oculto tras el resto de asistentes.

El juez entró en la sala, con la toga pulcramente colocada, el *Libro del Camino* en una mano y un mazo en la otra. Dejó el libro sobre su mesa y dio dos golpes en el estrado.

—Gracias —dijo cuando todos los asistentes tomaron asiento—. Se abre la causa contra Brendan Lascanter, natural de Cienaguas, acusado de depravación, comportamiento sexual invertido e incitación sexual a otro hombre. ¿La acusación tiene algo que alegar a la lectura de cargos?

El fiscal, un joven despierto y delgado, se puso en pie.

—No, señoría.

—¿Y la defensa?

El señor Tattel hizo lo propio y negó con la cabeza.

—Bien, estando ambas partes de acuerdo, se procede con este proceso. Señor Tattel, ¿cómo se declara el acusado?

Brendan solo tenía que decir «culpable» y aquello terminaría. Su padre le impondría una cuantiosa multa y le abocaría al exilio. No suponía ningún

problema. Huirían juntos y pasarían el resto de su vida alejados de aquel condenado lugar.

Jules vio que el señor Tattel se inclinaba sobre Brendan y le susurraba algo. Brendan asintió con vehemencia y su abogado se irguió, inseguro.

—El acusado se declara inocente de todos los cargos, señoría.

—El tribunal admite su declaración. Letrado, puede llamar a su primer testigo —dijo el juez casi satisfecho en dirección al fiscal.

El fiscal hizo llamar a tres testigos, personas cercanas laboralmente a Brendan, para que relataran algunas experiencias incómodas en las que se habían visto envueltos. El primero de ellos, un tal Dave Enso, dijo que, durante una transacción comercial, Brendan le había insinuado su pretensión de mantener relaciones sexuales con él.

—¿Recuerda cuándo sucedió aquello? —preguntó el fiscal.

—Hace siete meses. Lo recuerdo porque fue el día siguiente a la fuerte tormenta que mandó siete de nuestras galeras a pique en el mar del Hierro. Perdimos una fortuna en aquel temporal.

—Y el señor Lascanter se ofreció a cubrir el seguro del resto de sus naves durante tres meses, hasta que su posición económica se viera recuperada, ¿no es cierto?

—Así fue.

—Es un hombre muy generoso.

—Fue un trato comercial, señor. En mi mundo no existe la generosidad. El señor Lascanter necesitaba cubrir la ruta del norte, pero dado el escaso volumen de materia que recogía allí, no le resultaba rentable dedicar unos cuantos barcos a ella. Nos subcontrató para esa empresa.

—¿Diría usted que fue un trato justo?

—¡Protesto! Es irrelevante —objetó el abogado de Brendan.

—Intento establecer precedentes sobre el hábito del señor Lascanter de aprovecharse de personas en situación de desventaja —explicó el fiscal.

—Protesta denegada —sentenció el juez—. Puede contestar, señor Enso.

—No, no fue un trato justo. Conocía nuestra situación, sabía que estábamos desesperados y a punto de arruinarnos. El acuerdo al que llegamos nos supuso unas pérdidas a largo plazo del quince por ciento de nuestra capacidad total. A él le salió gratis.

—No tengo más preguntas, señoría.

—¿Señor Tattel? —dijo el juez.

El abogado se levantó, caminó hasta el corralito en el que se sentaba el testigo y apoyó la mano sobre la madera.

—¿Se considera usted un hombre de negocios?

—Así es.

—¿Qué diría de un hombre que intenta disminuir los costes añadidos de su empresa? ¿Diría que es una buena práctica para su negocio?

—Para su negocio, sí —respondió.

—Si no hubiera sido por la intervención de mi cliente, ¿qué le habría pasado a su empresa?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Hace un momento ha dicho que perdieron una fortuna y que el señor Lascanter les salvó, ¿es cierto? —El interrogado permaneció callado, mirando al suelo—. ¿No lo recuerda? Gracias a los Tres nuestra taquígrafa sí lo recuerda. ¿Puede leer la respuesta del señor Enso a la pregunta…?

—Seguramente sí, nos habríamos arruinado —dijo Enso.

—Entonces, casi podríamos afirmar que el señor Lascanter salvó su empresa.

—Tal vez —respondió entre dientes.

—¿Cree usted que, cuando un hombre salva a otro, tiene derecho a algún tipo de recompensa?

—¡Protesto!

—Retiro la pregunta —corrigió Tattel—. Señor Enso, ha dicho aquí que en una de sus reuniones con el señor Lascanter este le mostró su predisposición a tener relaciones sexuales.

—Así es.

—¿Cómo fue exactamente ese encuentro?

Enso torció los labios y negó repetidas veces con la cabeza.

—Ocurrió hace siete meses, ¿cómo quiere que lo recuerde?

—¿Recuerda alguna de las cosas que le dijo?

—Nada concreto.

—¿Entonces tenemos que fiarnos de su palabra?

—Los que me conocen saben el valor que tiene mi palabra.

—¿De veras? —respondió Tattel—. Discúlpeme, yo no le conozco, pero acepto que pueda ser así. Entonces, además de su palabra, ¿debemos fiarnos de sus interpretaciones?

—¿Cómo dice?

—Usted dice que mi cliente le incitó a mantener relaciones sexuales, pero no es capaz de proporcionar ningún dato específico de cómo hizo tal cosa. ¿Se desnudó frente a usted? ¿Intentó tocarle o besarlo?

—¡Me sonreía demasiado! Era demasiado amable.

—Ah, claro, fue demasiado amable. Yo también estoy siendo amable con usted. Dígame, ¿cree que me atrae?

Enso sonrió entonces y miró a la sala.

—No me extrañaría nada, teniendo en cuenta a quién defiende.

La sala estalló en una sonora carcajada. Brendan se encogió en su asiento y Jules se encendió como la pólvora.

—¡Orden! ¡Orden! —gritó el juez golpeando el mazo.

Hubo un pequeño revuelo, pero la sala pronto regresó a su obligado silencio.

—No tengo más preguntas, señoría —dijo Tattel.

—¿Letrado? —señaló el juez en dirección al fiscal.

—Sin preguntas, señoría.

Sucedió lo mismo con los dos testigos siguientes. Personas que tenían o habían tenido cierto trato con Brendan que confundían rumores con hechos. El fiscal se entregó a fondo en la defensa de los cargos, pero Tattel, muy seguro de sí mismo, despachó ambos testigos con cierta facilidad. Por un momento Jules se atrevió a pensar que, si rumores era lo único con lo que contaban, Brendan incluso podría ser declarado no culpable. Todo un logro.

—¿La fiscalía quiere presentar algún testigo más? —preguntó el juez.

—Uno más, señor. Dom Miller —dijo.

Jules no conocía ese nombre, al igual que no conocía el del resto de los testigos, pero supo, al ver la cara de Brendan, que su amante sí lo conocía y le preocupaba. Un joven entró acompañado de un alguacil. Tenía los ojos verdes y los pómulos marcados y caminaba con una leve cojera. Estaba limpio, aunque la mugre entre sus uñas indicaba que solo se había limpiado para aquella ocasión. Se sentó en el asiento de los interrogados y miró al juez cuando este le habló.

—Coloque la mano sobre el *Libro del Camino* —le ordenó, y el chico obedeció.

—¿Jura decir la verdad con ayuda de los Tres?

—Lo juro, señoría.

—Bien, podemos proceder.

El fiscal se puso en pie y se acercó hasta el corralito.

—Señor Miller, ¿conoce al acusado? —Dom miró a Brendan y asintió con la cabeza—. Debe responder en voz alta para que conste en acta.

—Le conozco, señor.

—¿Puede decirnos de qué?

—Sí, señor —respondió y tragó saliva. Observó a todas las personas allí reunidas antes de continuar—. Mantuvimos una relación hace algún tiempo.

—¿Una relación de qué tipo?

—Amorosa.

—¿Quiere decir sexual?

—Sí, señor.

—Bien, quizás mi colega desee en su turno indagar sobre las prácticas exactas de esas relaciones, pero yo prefiero ahorrarle a esta sala los detalles depravados —puntualizó mirando a Brendan—. Señor Miller, ¿le importaría decirnos cuál es su residencia actual?

—Vivo en la celda seis ocho de la prisión Pasto Pascual.

—¿Desde hace cuánto vive allí?

—Seis meses.

—¿Cuál fue el motivo de su condena?

—Me encontraron con otro hombre.

—¿No fue condenado por los mismos cargos que se le imputan al señor Lascanter?

—No lo sé. No sé qué cargos se le imputan.

—Depravación, comportamiento sexual invertido e incitación sexual a otro hombre.

—En ese caso, sí.

—Y dígame, ¿los mismos depravados comportamientos que incitaron su condena fueron llevados a cabo por usted y el señor Lascanter en el tiempo

que duró su relación?

—Sí, señor.

—Sería justo que el señor Lascanter también fuera condenado, ¿no cree?

—¡Protesto! El testigo no está capacitado para responder esa pregunta.

—Tiene razón, letrado —dijo el juez—. Si este hombre pudiera responder esa pregunta, ninguno de nosotros haría falta. Se acepta la protesta.

El fiscal asintió en dirección al juez y después se giró hacia el interrogado.

—¿Le importaría decirnos cuál fue su condena?

—Dos años de prisión y una multa de diez piezas de plata.

—Una sentencia dura, pero justa —opinó el fiscal—. Una última cosa: ¿Se declaró inocente o culpable de los actos?

—Era culpable, señor.

—Y se declaró culpable ante el juez.

—Sí, señor.

—No tengo más preguntas, señoría.

El fiscal se sentó y el juez llamó al abogado de Brendan. Este pidió unos momentos, discutió algo con su cliente y finalmente negó con la cabeza.

—La defensa declina interrogar al testigo.

—En ese caso pospongo la sesión hasta mañana a las nueve. La defensa deberá tener preparados a sus testigos. Buenos días —se despidió el juez, golpeó el mazo dos veces, se levantó y se marchó, mientras la sala se llenaba de murmullos.

Jules abandonó aquella sala sintiendo que toda esperanza se marchitaba. Ese último testimonio les había tumbado. Era imposible que se recuperaran. Si se hubiera declarado culpable desde el comienzo… ¿Qué demonios había

ocurrido? ¿Por qué no lo había hecho? Tattel le había asegurado hacía dos días que Brendan estaba dispuesto a ceder. ¿Qué había cambiado?

Jules esperó la salida del abogado en la escalinata de los tribunales. A su espalda estaba el imponente edificio de piedra blanca, con sus tres enormes columnas sosteniendo un arco envuelto en una exquisita tracería. Los capiteles habían sido cincelados para que representaran alguno de los símbolos de la justicia y en la entrada del edifico dos gárgolas flanqueaban la escena.

Abordó a Tattel en cuanto entró en su campo de visión.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Por qué no se ha declarado culpable?

—Decidió cambiar su declaración en el último momento. No pude convencerlo, señor Wellington.

—¿Pero por qué lo hizo? ¿No entiende que…?

—Las últimas noticias acerca de su hermano le han perturbado. Es lo único que puedo decirle.

—¿Qué noticias? ¿Ha hablado usted con Ian?

—¿No se ha enterado? —preguntó Tattel sorprendido—. Ian Lascanter ha muerto. Fue asaltado por un grupo de renegados en el corredor de Monyúa.

—¿Muerto?

—Sí. Él y un grupo numeroso de soldados que lo acompañaban.

Jules retrocedió un par de pasos y se sentó en los escalones.

—¡Santo Daxal! —dijo—. ¿Asaltado? Creía que los clanes estaban acabados.

—Se ve que no todos —respondió Tattel—. Señor Wellington, siento decirle que, después de los testimonios de hoy, la situación de Brendan es complicada.

—¿Qué quiere decir?

—Será encontrado culpable y se le condenará.

—¿Qué va a pasarle? —preguntó Jules con la voz quebrada.

—Las penas van desde una multa económica hasta la castración. Depende del criterio del juez instructor.

Su padre. El futuro de su amante estaba en las manos de su padre. Un hombre que detestaba a los anirios, a los homosexuales, a los cobardes, a los paletos, a las mujeres y a todo aquel que no se arrodillara a su paso.

—Está bien, Tattel. Gracias por lo que está haciendo.

—Lo siento mucho, señor Wellington —dijo antes de marcharse.

Jules miró el imponente edificio y se aventuró hacia él, dispuesto a entablar un combate dialéctico contra su padre. Antes de alcanzar la puerta, un hombre le agarró del brazo.

—¿Dónde crees que vas? —le detuvo una voz repleta de desprecio.

—¿Qué hace? ¡Suélteme! —demandó Jules dando un tirón.

Mac le soltó y después sonrió.

—Relájate, jovencito —dijo—. Solo quiero cruzar unas palabras contigo.

—¿Y tú eres?

—No hemos tenido el gusto… Soy Mac, trabajo para tu padre. Me ha ordenado que te haga llegar un mensaje.

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo? ¿Por eso no puede dármelo él en persona? ¿Ha tenido que enviar a su baboso perro a hacer el trabajo sucio?

—Cuidado, chico. No serías el primer Wellington al que enseño modales —amenazó avanzando un paso hacia Jules—. Cuando tu padre me dice que haga algo, yo lo hago. Así funciona este mundo. Y me ha pedido que te diga que no intentes hacer nada. Tu amiguito ha clavado los últimos clavos de su ataúd con esa actitud rebelde. La última condena del juez Wellington debe ser ejemplar, por lo que…

—No lo permitiré —le interrumpió Jules—. No dejaré que le castréis como a un animal.

—¡Entiendes las cosas mucho más rápido que tu hermano! ¡Muy bien! Veamos si también entiendes esto. Sí, tu amiguito perderá sus preciadas pelotas y, aun así, tú te quedarás al margen. Si no lo haces… bueno, ¿sabes la de complicaciones que puede tener una operación como esta? Brendan podría desangrase o coger una infección y morir tras muchos días de fiebre y dolor. —Mac sonrió ante el gesto estupefacto de Jules. Le acercó los labios a la oreja—. Piénsalo, no será tan malo. Aún tendrás un agujero donde meterla —le susurró.

Jules le agarró de las axilas y quiso empujarle, pero Mac aguantó su posición y cuando recuperó el equilibrio se lo quitó de encima.

—Relájate, chico. No queremos montar ninguna escena —dijo Mac, escupió a los pies de Jules y se dirigió al interior del edificio.

Jules no le siguió. Se fue a casa, se tumbó en la cama y lloró.

OceanofPDF.com



Cualquier otra persona lo habría confundido con un sueño y, al cabo de unas horas, lo habría olvidado. Un maestro cronista, por su parte, habría sido capaz de interpretarlo como lo que en realidad era: una visión. Del pasado, en este caso. Un pasado remoto que Allyson no había conocido.

En la visión, unas nubes cargadas ocultaban un cielo estrellado. En el interior de una fortaleza amurallada construida aprovechando los accidentes del terreno y resguardados de la lluvia, un matrimonio discutía con vehemencia. El hombre, de cabellos castaños, preparado para el combate, con cota de malla bajo un jubón raído y una espada cayendo por su costado izquierdo, trataba de convencer a su joven esposa, vestida con un deshabillé blanco casi transparente, de algo que consideraba de vital importancia.

—Debéis iros —le repetía una y otra vez—. Es la única forma, Sophia.

—No os abandonaré, majestad —respondía ella.

Se habían estancado en aquel punto y ya apenas hablaban. La desesperación embargaba al hombre y la determinación a la mujer. Una gélida lluvia caía en el exterior, angustiando a los caballos, que no paraban de relinchar y cocear en los establos. Los perros ladraban y multitud de hombres gritaban órdenes.

La puerta de la alcoba real se abrió y un hombre ataviado con los colores de la dinastía Bragdamel asomó su cuerpo.

—Majestad —dijo—. El carruaje está listo. No podemos esperar más. Esta lluvia está anegando los caminos de barro. Debemos salir antes de que nos sea imposible avanzar.

El hombre asintió con la cabeza.

—Gracias, lord Lumient —respondió—. Denos solo unos minutos.

—Lo que preciséis, majestad.

Lord Lumient abandonó la sala y cerró la puerta. El hombre se giró hacia su esposa, que permanecía sentada en un sillón, con la mirada volcada en la ventana. Se acercó y agarró con suavidad su mentón. La mujer dio un respingo al sentir el duro cuero contra su piel.

—Es la hora, amor mío —dijo el hombre y su mujer se estremeció.

—No deseo abandonaros, majestad.

—No lo hacéis por mí, ni tampoco por vos, mi señora. Sabéis muy bien qué harán mis sobrinos si lo encuentran.

—¡Esos sucios bastardos! —maldijo la mujer—. ¡Debisteis matarlos a todos!

—Tal vez, pero el amor que sentía por mi hermano me impidió llevar a cabo tan desagradable tarea.

—Siempre fuisteis el mejor de los dos, Abdiel. La única cosa que Gabriel hizo bien fue engendrar bastardos. Y ahora van a destruir el reino. Repartirlo como si fuese ganado. Un pedazo para cada uno de los traidores.

El hombre cerró el puño sobre la empuñadura de la espada.

—Ese será su final, Sophia —aseguró irguiéndose—. Pronto su causa común desaparecerá, dividirán el reino en seis partes y sus relaciones comenzarán a marchitarse. Guerrearán, lucharán entre ellos hasta despedazar lo que queda del reino. Será entonces cuando su legítimo rey

vuelva para vengarse. Pero, para que eso suceda, su legítimo rey debe seguir vivo.

—Cuando su causa común desaparezca… —susurró la mujer—. El día que os maten, majestad…

—Mi vida no importa. He sido rey durante tres años y he luchado en más batallas de las que puedo recordar. Mañana lucharé la última.

—Y moriréis.

—Así es. Con el honor intacto. Las gentes de Ylandra reconocerán mi pureza, mi entrega y mi honor. Los bardos escribirán canciones sobre mí. Y, cuando llegue el momento, nuestro hijo recuperará su corona. Pero debéis marcharos ahora, mi señora.

Después todo se difuminaba.

Allyson supo al instante que aquello era una visión. Pero no entendía qué quería mostrarle. Los estudios de los maestros cronistas incluían un gran volumen de datos históricos, aunque para la mente de Allyson algunos años habían caído en el olvido. Sin embargo, sí fue capaz de reconocer los nombres. El hombre preparado para el combate era Abdiel III, hermano menor de Gabriel III, el último de los grandes reyes. Los bastardos a los que este se había referido eran los hijos bastardos de Gabriel III, quien tras la muerte de su padre se alzaron contra los derechos de herencia de su tío y le declararon la guerra. Durante tres años llevaron la rebelión a todos los puntos de Ylandra y, finalmente, lo derrotaron. Después dividieron el reino en seis partes, creando las actuales fronteras estatales de la República de Ylandra. El único dato que Allyson no recordaba haber estudiado era el nacimiento del infante de Abdiel III.

La pregunta que le había carcomido durante una semana entera era ¿qué relación tenía aquella visión con ella? Todo cronista sabía que las visiones no surgían de una forma aleatoria y casual. Algo en la vida del cronista

estimulaba a su mente dormida para que buscara en los pliegues del tiempo una respuesta y, cuando esta la encontraba, surgía la visión. ¿Pero qué relación podían tener las últimas horas de un rey moribundo con los vericuetos de su vida?

La idea más sensata que tuvo fue conectar su investigación con el contenido de la visión. Pero parecían dos asuntos tan lejanos que, después de mucho pensar, decidió que no podían estar relacionados. Allyson estaba investigando la posible y futura destrucción de La Escuela, un hecho que aún no había ocurrido, que nadie sabía cuándo terminaría ocurriendo o si ni siquiera ocurriría. ¿Qué relación podía tener con otros hechos ocurridos hacía más de tres siglos? Esa parte de la historia era tinta seca. No podía influir en los hechos del presente y, mucho menos, en los del futuro.

Y, sin embargo, tras tomar aquella decisión, el mismo sueño se repitió. Otra vez a la noche siguiente. Y otra vez a la siguiente. No entendía por qué, pero, después de la cuarta noche, decidió que tampoco tenía que comprenderlo. Solo debía saber que era importante. Su mente dormida intentaba comunicarse con ella y Allyson debía aprender a escuchar. Su mentora, la maestra Mailen Lumeni, siempre le insistía con lo mismo.

—Cuando ocurra debes escuchar. Aunque no sepas cómo. Solo escucha y déjate llevar por lo que te dicen.

Allyson siempre creyó que aquellas palabras estaban vacías de toda lógica. Solo cháchara mística para apaciguar la frustración. ¿Cómo ibas a escuchar algo si no sabías cómo hacerlo? Al parecer, ahora debía intentarlo.

Acudió a la biblioteca de Viendavales y pidió a dos secretarios que le proporcionaran libros que tratasen las conocidas como Guerras Bastardas. No hubo nada que alertara sus sentidos. El único dato que seguía sin encajar era el infante de Abdiel III. No lo mencionaban en ningún libro, aunque en ninguno se decía de forma explícita que no hubiera existido.

Cuando terminó la lectura de *Tiempo de guerra*, escrito por el guardián Tomelo Cordeba, se acercó al mostrador de los secretarios.

—Deje el libro en la mesa. Nosotros lo recogeremos —dijo uno de ellos al verla acercarse. Ninguno de los dos secretarios rebosaba simpatía, aunque este era sin duda el más áspero de los dos.

—¿Tienen algún libro sobre la descendencia de Abdiel III?

—¿Abdiel III? ¿Quién fue? —preguntó el secretario con la vista fija en un legajo de papeles antiguos.

—El hermano de Gabriel III —respondió Allyson—. Reinó algunos años tras la muerte de este, hasta que fue derrotado por sus sobrinos bastardos.

—¿Ese Abdiel III, eh? —recordó el secretario en tono de burla—. Ya le hemos enseñado las estanterías dedicadas a las guerras y reinos bastardos.

—Pero yo estoy interesada en el estudio de la dinastía Bragdamel tras la muerte de Abdiel III.

El secretario se encogió de hombros.

—¿No desaparecieron?

—Es lo que trato de averiguar —respondió Allyson y sonrió, en un intento desesperado de ganarse la confianza de aquel hombre.

—Pues no sé qué decirle, señora.

—Maestra, por favor —le corrigió Allyson.

—Todos los textos históricos referidos a esa época están en esas estanterías. Puede buscar cuanto guste, maestra.

Allyson suspiró y apretó las mandíbulas.

—¿No es posible que haya más textos en algún otro sitio?

—No me cabe la menor duda. En el Museo de Historia Nacional de Astra tienen que tener textos para no aburrirse en toda una vida. Pero aquí, maestra, esos textos ocupan esas estanterías, y ninguna más.

Allyson lanzó *Tiempo de guerra* sobre el mostrador y echó a caminar hacia la salida.

—Le dije que lo dejara en la mesa, señora —protestó el secretario.

—¡Maestra! —gritó Allyson sin detener su paso.

Esa misma tarde hizo todos los preparativos, se aseguró de dejar a Mailen en buenas manos y partió en dirección a Astra. Se detuvo a unas leguas de Viendavales cuando la noche empezaba a caer y alquiló una habitación en una posada. Durmió sin visiones y, al despertar, supo que su camino era el correcto.

Tardó aún un par de días más en llegar a la capital de la república y, una vez allí, no se demoró ni un segundo. Aún con el polvo del camino en sus botas, sin haber tenido ocasión de darse un baño y acicalarse, se dirigió al Museo de Historia Nacional. Pagó los tres chelines de bronce que costaba la entrada y se dejó arrastrar por el deambular del resto de los visitantes.

El museo se había erigido hacía casi un siglo y en sus salas y pasillos, todos ellos bien iluminados, se exponían pinturas, utensilios, grabados, piezas de cerámica y esculturas de las diferentes edades por las que Ylandra había pasado. Bajo cada una de estas obras, los historiadores y conservadores del museo habían clavado placas explicativas con la información histórica más relevante de cada obra.

Allyson deambuló por los primeros pasillos, fundiéndose con el resto de los asistentes, hasta que una joven de abultados y firmes senos se paró frente a ella.

—¿Maestra cronista? —preguntó.

—Maestra Allyson Lumeni —dijo.

—Allyson Lumeni —repitió la joven—. Debo señalar que su visita nos enorgullece.

—¿Sabe quién soy?

—Por supuesto, maestra. Usted dio caza al traidor.

—Ya. ¿Y usted quién es?

—Mi nombre es Linda Vons. Soy historiadora y guía del museo. Al ver su capa de cronista no he podido resistirme a venir a conocerla. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Lo mismo que el resto, supongo —respondió Allyson—. Disfrutar con el conocimiento que nos brinda el pasado.

—Déjeme decirle, en nombre de todos los que trabajamos en este museo, que es un gran honor tenerla entre nosotros. De hecho, ¿quiere que yo sea su guía?

—No creo necesitar…

—No se arrepentirá, garantizado. Conozco cada detalle de nuestra historia y tengo buenas habilidades para el relato. Espero que con el tiempo me consideren para el puesto de directora del museo —dijo Linda arrugando el gesto.

—Está bien. Como guste.

—Estupendo, empezaremos por la Edad de los Dioses.

Linda desanduvo algo del camino que Allyson ya había recorrido y con una precisión y dicción exquisita comenzó a relatarle la historia de Ylandra.

De la Edad de los Dioses no había mucho que contar. Todo cuanto se sabía de esa época había sido plasmado por el mesías en el *Libro del Camino* y las pinturas o esculturas a ella referidas habían sido creadas con posterioridad, principalmente durante los primeros años de la Edad de los Grandes Reyes, tras la fundación de La Escuela. A Rótalo, Dyara y Daxal se los conocía como los Tres y, según las leyendas, los Tres, responsables de un enorme poder, habían luchado por terminar con los males que anegaban Ylandra de hambre, enfermedades, guerra y muerte. Unificaron todos los pueblos y reinaron durante siglos, dotando de paz y prosperidad

las tierras cuya divinidad llegaban a alcanzar. La Edad de los Dioses concluía en el momento en el que un paje llamado *Addai* rechazaba su amor y los manipulaba y engañaba hasta obligarlos a desaparecer. En la última pintura expuesta en la galería destinada a los Tres, *Addai* estaba representado bajo una huesuda mano que simbolizaba al demonio. El único vestigio real que había podido recuperarse de esa época era un trozo de piedra esculpida con el mismo texto escrito en tres lenguas diferentes: antiguo irylio, la lengua común y la lengua de Ka'andra.

La siguiente galería estaba destinada a la exposición de obras de la Edad de *Addai*. Linda relató cómo, tras la desaparición de los Tres, la anarquía azotó el continente. Los pueblos que los dioses habían logrado unificar y gobernar se separaron. Diferentes caudillos surgieron con la intención de ocupar el puesto que los Tres habían dejado vacante, sin que ninguno de ellos consiguiera aunar un imperio capaz de doblegar al resto. Los llamados «hijos de los Tres», que contaban con una mínima parte del poder divino, trataron de restablecer el orden y alcanzar la paz, pero fueron incapaces de conseguirlo. Al mismo tiempo, en el sur del continente, se fundaba la Orden de *Addai*. Poco se sabía de aquel hombre, aparte de que era un excelente estratega militar, un brillante líder de masas y un experto embaucador. En lugar de erigirse como caudillo supremo, formó un consejo de varias decenas de personas, les adoctrinó bajo unos ideales crueles y homicidas y les envío a todos los rincones de Ylandra para que difundieran su mensaje de odio contra los dioses y contra sus hijos.

—La orden tuvo éxito y gran parte del continente tomó por cierto su mensaje y se unió a sus filas —prosiguió Linda—. Los hijos de los Tres se vieron obligados a vivir en la clandestinidad, aterrorizados ante la perspectiva de ser acusados y asesinados. Cuando el fundador de la orden

murió, esta eligió a sus nuevos líderes y su poder, lejos de desaparecer, aumentó.

»La Orden de *Addai* gobernó el continente durante más de dos mil años, impartiendo su enfermiza justicia, pero trescientos años antes de la llegada del mesías, entró en decadencia. Utilizada como instrumento político de terror por todos los ylandreses, muchos hombres y mujeres comenzaron a cuestionarse sus métodos, credos, enseñanzas y legitimidad para gobernar el mundo.

»Levantamientos, revueltas y disturbios comenzaron a surgir en diferentes lugares del continente. La orden respondió al descontento generalizado con mano dura y afilado acero. Sus miembros más fieles lideraron un ejército contra aquellos lugares que se sospechaba podían rebelarse, dejando a su paso enfermedades, hambre, muerte y mucho miedo.

»El pueblo, aterrorizado, echó mano de su historia y recordó la paz y la seguridad que habían disfrutado durante la Edad de los Dioses y, entonces, giraron su mirada hacia los hijos de los Tres y les pidieron ayuda. Los hijos habían perfeccionado sus dones durante siglos, aumentado sus conocimientos y transmitido el arte del combate. Sin embargo, su número era insignificante en contraste con la orden, por lo que, una vez aceptados por parte de la población, se convirtieron en nuestros maestros y así se les comenzó a llamar.

»Con los años formaron un gran ejército y se enfrentaron a los *addais*. Ganaron y perdieron a partes iguales y, durante dos siglos, pareció que la guerra se prolongaría indefinidamente. Entonces llegó el mesías.

»De nombre desconocido y habilidades extraordinarias, logró reunir el mayor ejército jamás visto y en apenas ocho años de lucha, aplastó a la orden.

»Tras ganar la guerra, el mesías escribió el *Libro del Camino* y en el año 0 d. F. fundó La Escuela, un centro destinado al entrenamiento y gobierno de los maestros. Las enseñanzas del Libro se extendieron por todo el continente y se decretó que adherirse a ellas sería obligatorio para todo hombre, mujer y niño. La Orden de *Addai* fue prohibida y los pocos miembros que quedaban, perseguidos. Estos pasaron a actuar en la clandestinidad, centrándose en un único objetivo: el asesinato de maestros.

»En su acta de constitución, La Escuela señala que su creación y sus actividades se limitarían a la guía y consejo de los hombres, nunca a su gobierno. Bajo este precepto, en el año 8 d. F., el mesías se reúne con los líderes de los hombres y tras seis días de parlamento toman la decisión de instaurar una monarquía y nombrar a uno de ellos, sin duda el más valiente y honorable de cuantos allí se reunían, Jeremy Bragdamel, como rey de Ylandra, convirtiéndose en Jeremy I.

»La coronación de Jeremy I se considera el final de la Edad de *Addai* y el comienzo de la Edad de los Grandes Reyes.

Allyson permaneció unos segundos más admirando la pureza de los trazos de la pintura que representaba la coronación de Jeremy I. Cuando Linda le preguntó si deseaba continuar, apartó la mirada de la pintura y siguió el lento bambolearse de las caderas de aquella muchacha.

La siguiente galería, la más grande y luminosa de cuantas habían pasado, estaba dedicada a la Edad de los Grandes Reyes. Era donde se concentraba casi toda la belleza del museo, en un intento, suponía Allyson, de dotar a la galería de la grandeza de aquella época, sin duda la más espléndida que Ylandra recordaba.

—La Edad de los Grandes Reyes —comenzó Linda—, también conocida como la Edad Próspera, se prolonga desde el año 8 d. F. hasta el año 847 d. F. Durante los ocho siglos que duró, la paz y la prosperidad

inundaron el continente, siendo numerosos los avances culturales, económicos, artísticos y científicos.

»El gobierno quedó dividido entre el poder que ostentaba la corona y el que ostentaba la Cámara de los Maestros, lo que garantizó una enorme estabilidad, traduciéndose en bienestar para los habitantes. Sin embargo, la época no está exenta de disputas entre los diferentes nobles, algunas menores y otras de mayor gravedad, así como de otro tipo de conflictos que, en su día, pusieron a la corona al límite de su supervivencia. Cabe destacar la sublevación de las islas contra la corona en busca de su independencia durante el reinado de Gabriel II, en el año 289 d. F., que llevó a la desaparición de la Casa Pérsimont, las guerras entre los gemelos Nil y Fulein por hacerse con la corona, que terminó pacíficamente tras la mediación de La Escuela o la Gran Epidemia de peste que acabó con un tercio de la población de Ylandra, provocando una década de inestabilidad en el reino que concluyó endureciendo las penas contra el pillaje y los saqueos, así como ejecutando a un porcentaje considerable de la población superviviente.

»A pesar de ello, la Edad de los Grandes Reyes alcanzó numerosos y variados logros, entre los que caben destacar las mejoras en educación, el desarrollo de las artes y las ciencias y la proliferación de diversos oficios. Así mismo, los exploradores vivieron sus años dorados, destacando dos grandes descubrimientos: la Isla de Ka’andra y el Continente Ciego.

—¿Cuándo termina? —preguntó Allyson impaciente.

—En el año 847 d. F.

—Sí, eso lo sé. Gabriel III murió sin un heredero legítimo, pero con siete hijos bastardos. El mayor de ellos se reveló contra Abdiel III durante su coronación y fue ejecutado. Entonces sus seis hermanos se unieron y se sublevaron contra su tío, venciéndole tres años más tarde.

Linda miraba a Allyson sorprendida.

—Eso es. Parece que conoce la historia —dijo desalentada.

—¿Sabe usted si Abdiel III tuvo descendencia?

—¿El hermano del rey? No, no tuvo —respondió Linda—. En los primeros años de la Edad de los Reinos Bastardos algunos académicos barajaron esa hipótesis, pero con los años quedó descartada.

—¿Está segura?

—Bastante. No es un dato que se le pase a uno. ¿Continuamos?

—No, gracias —dijo Allyson—. Debo irme. Muchas gracias por su tiempo. Buenas tardes.

Una oscura noche de primavera amenazaba Astra cuando Allyson abandonó el museo, con más preguntas en la cabeza que aquellas con las que había entrado. La historia decía que Abdiel III había muerto sin descendencia, pero Allyson sabía que aquello no era cierto. El rey y la reina guardaron con celo ese secreto, pusieron a salvo al infante y… ¿y qué? No se sabía nada más. En los años posteriores no hubo ninguna revolución, no apareció ningún hijo legítimo a reclamar su corona. Era posible que ese infante muriera durante el trayecto o que, finalmente, el ejército de los bastardos diera con la reina y sacrificara al niño. Cabían todo tipo de especulaciones y ninguna arrojaba un ápice de información sobre la futura destrucción de La Escuela.

Agotada por el viaje, por la investigación y por sus propios pensamientos, decidió terminar la jornada al amparo de una posada, donde pudiera darse un baño y descansar la mente. Esta vez no escatimó en gastos y se dirigió al barrio financiero de la capital, donde bancos y comerciantes traficaban con dinero. Allí se decidió por la posada Los Tres Ciervos, pagó por una habitación con bañera y exigió que la llenaran con agua caliente.

A solas en el baño, se desprendió de la capa, la casaca, los pantalones de seda, la camisa y las botas; se deshizo de todas las preocupaciones y se fundió con el calor purificador del agua.

Su cuerpo acusó el estrés de las últimas jornadas y, mientras sus músculos deshacían las múltiples contracturas, una profunda sensación de agotamiento empezó a mecerse al compás del agua. Allyson cerró los ojos y se durmió.

No hubo visiones, ni premoniciones, ni sueños, pero cuando el agua estaba tibia los ojos de Allyson se abrieron de par en par. Tenía la respiración agitada y el corazón bombeaba a toda velocidad. Se llevó la mano al pecho y sintió los golpes del órgano contra las costillas. No sabía qué ocurría, pero sabía escuchar a su cuerpo y este le decía que algo malo estaba a punto de suceder. Miró en derredor y, al volverse hacia su espalda, una mano fuerte se posó sobre su cabeza y la hundió hasta el fondo de la bañera.

Allyson quiso gritar, pero lo único que consiguió fue tragar algo de agua. Pataleó, llenó de salpicaduras el suelo y agarró las muñecas de los brazos que la mantenían ahí abajo. Quiso fijarse en el rostro de su atacante, pero el movimiento ondular y violento del agua no le dejaba tener una imagen clara. Intentó vencer el agarre de aquellos brazos, pero eran demasiado fuertes. Golpeó las muñecas, pero el agarre no cedió. Intentó coger aire y tragó más agua. Entones comenzó a desesperarse. Se estaba ahogando y no podía hacer nada. Apenas le quedaba tiempo y mucho menos fuerza. Pataleó bajo el agua, intentó girar el cuerpo, encogerse, temblar, cualquier cosa que hiciese que su atacante la soltase, pero fueron esfuerzos baldíos. Cuando volvió a tragar agua, a punto de desmayarse, recordó las lecciones de los monjes de Ka’andra. Sin dudarlo, buscó entre los dedos de las manos que la empujaban hasta dar con el más pequeño de

todos ellos. Cerró su puño sobre él y, con las pocas fuerzas que le quedaban, dio un tirón. El chasquido del hueso al romperse recorrió el agua y cuando llegó a los oídos de Allyson, esta se impulsó con las piernas, consiguió sacar la cabeza y aprovechó para acertar un cabezazo en el mentón de aquel desconocido.

Se asomó por el borde de la bañera y tosió toda el agua que había tragado. Por cada chorro de agua que escupía, una bocanada de oxígeno aligeraba la tensión en sus pulmones. Antes de recuperar su máxima capacidad, el atacante, un hombre alto y fuerte con el rostro tapado, saltó sobre ella, blandiendo un puñal de cazador.

Allyson saltó fuera de la bañera, esquivó la primera estocada y cayó de bruces en la mojada madera. Se dio la vuelta cuando el puñal caía sobre su pecho. Logró detenerlo a un escaso dedo de su piel, pero el peso del hombre superaba sus fuerzas, y el puñal continuó descendiendo. La punta se posó sobre su esternón y abrió una pequeña herida, de la que comenzó a manar sangre.

—No, no, no —masculló Allyson.

Los ojos del hombre parecían a punto de explotar. A su alrededor se marcaban las venas. Su mirada no conocía la duda o la compasión. Allyson soltó una mano del puñal, sintió cómo este entraba aún más en su cuerpo y lanzó su dedo índice sobre uno de los ojos del asesino. Al sacar el dedo, el ojo del hombre salió también.

La tensión del puñal se relajó, movimiento que Allyson aprovechó para arrebatárselo y clavárselo en el corazón. Notó cómo la hoja se hundía hasta el fondo. La sacó y volvió a hundirla. Siguió haciéndolo hasta que notó que el alma de aquel asesino abandonaba su cuerpo. Luego empezó a toser.

Cuando su estado se lo permitió, se aproximó al cadáver de su atacante y lo registró. No tenía más que ese puñal, ropa pobre y una bolsa anudada a

la cintura. Cortó la cuerda y la bolsa cayó al suelo, se abrió; tres piezas de oro rodaron por el entablado.

—¿De dónde has sacado tú eso, hijo de perra? —dijo Allyson con voz ronca.

Agarró una de las piezas y una imagen estalló en su mente.

—… me prometí hace años que no permitiría que mis hijos vivieran el mismo miedo —decía una voz femenina en su visión.

Allyson reconocía la voz, pero no lograba situarla donde correspondía.

Después aparecía el reflejo de una granja, al oeste de Viendavales, y a continuación una familia. Un hombre y tres niños. Sus caras le recordaban a alguien, pero no sabía decir a quién.

OceanofPDF.com



Aleyn detestaba Viendavales, su cultura, sus gentes, sus leyes y su historia. Podía aceptar la esclavitud. De niño, su familia había sido propietaria de dos anirios. Entendía el efecto que tenía sobre la economía y aceptaba que hubiera personas que se enriqueciesen con ello. ¡Maldita sea! En el mundo la gente se enriquecía con todo tipo de cosas. ¿Por qué la carne humana iba a ser diferente? Trabajadores dóciles y baratos. Podía convivir con ello. Pero lo que no soportaba de la cultura del oeste era su innata arrogancia. Se vanagloriaban de su incultura, de su forma de hacer negocios, de las torturas y el asesinato de miles de anirios.

Durante la guerra solo habían acudido a la llamada de Aleyn cuando quedó claro que el maestro Izan estaba replegando sus tropas. No defendieron el norte, ni La Escuela, ni lucharon en las calles de Astra contra el destacamento que el maestro Izan dejó para ganar tiempo en su retirada. Retrasaron cuanto pudieron su participación en la guerra y, para cuando acudieron, con sus uniformes impolutos y sus tropas descansadas, quisieron ponerse al frente de las conquistas más importantes. Aleyn jamás se lo perdonaría.

Pero ahí estaba, en la capital del oeste, moviéndose furtivo por las sombras de una ciudad enloquecida por los actos de un terrorista y con un

anirio a su cargo. Y para colmo de males, la persona a la que había ido a buscar se había largado sin decir dónde ni cuándo regresaría.

Cada noche desde hacía dos días, se guarecía al amparo de los árboles del jardín y esperaba la llegada de su presa. Por el día, se ocultaban en edificios abandonados, Aleyn conseguía comida en los mercados cercanos y dormían.

—¿Y si nunca aparece? —preguntó Samael cuando se disponían a salir de su escondite. Aleyn se rascó la mejilla y continuó vistiéndose—. Las calles están a rebosar de soldados. Si alguno nos ve rondando en plena noche… Yo no tengo ningún papel que acredite mi libertad. Si me cogen por ahí me pondrán unas cadenas. ¡No quiero ser un esclavo!

—No digas sandeces —le dijo Aleyn—. Si los soldados te cogen no te encadenarán. Te matarán.

—Pues es un consuelo.

—Chico, ¿cuántas veces tengo que decirte que no permitiré que eso ocurra? Yo seré quien decida sobre tu vida. Nadie más. Mucho menos un apestoso soldado de esta asquerosa ciudad.

—No le caen muy bien, ¿eh? —señaló Samael.

—¿Y a ti sí? —respondió Aleyn—. Andando, que ya es de noche.

Como cada noche, se arrastraron por los callejones más inmundos de la ciudad, sortearon algunas patrullas y saltaron el muro de la mansión que el oeste había cedido a la representante de La Escuela en su estado.

Aleyn se sentó a esperar.

Samael se tumbó en la hierba y cerró los ojos.

—Despiérteme cuando amanezca —le pidió.

—¿No te aburres de dormir?

—Yo no. ¿No se aburre de mirar a ninguna parte?

No. Las vigilancias nunca le habían aburrido. Le permitían escuchar sus pensamientos. Pero, aunque no estaba aburrido, sí sentía una constante e inquietante sensación de decaimiento. Quizás incluso depresión. La había sorteado durante catorce años de destierro y soledad y, ahora que volvía al mundo, se deprimía al ver lo que había dejado en él.

En el camino hasta la ciudad de Viendavales incluso se había sentido tentado de huir de aquel chico y de las responsabilidades que suponía. Podría volver a su destierro y esperar hasta que los Tres reclamaran su alma. Habría sido más sencillo que enfrentarse al terror que su sola presencia despertaba incluso entre quienes habían compartido tiempo, palabras y sangre con él.

El sonido de las herraduras al golpear el suelo le sacó de su ensimismamiento. Sus oídos se pusieron alerta y su espalda se encogió.

—Parece que vamos a tener suerte, chico —dijo, pero nadie le contestó. Samael yacía dormido, con la baba colgándole por la barba. Aleyn maldijo y le dio una patada.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—¡Cállate! —le espetó—. Ahí llega.

—¿Sí? —dudó incorporándose—. Pues qué suerte.

—Cállate y sígueme.

—¿Seguirle? —Le agarró del brazo—. ¿Qué piensa hacer? ¿Irrumpir en la casa? Se pondrá a gritar y alertará a toda la ciudad. Vendrán tantos soldados que…

—¿Pero no escuchas, chico? ¡Dije que te callaras! —le ordenó con vehemencia—. En cuanto esa mujer me vea cerrará la boca. No le conviene que nadie más sepa que sigo vivo y mucho menos que me encuentren junto a ella.

—¿Por qué?

—Porque, en teoría, ella fue la que me mató.

—Genial —dijo Samael—. Seguro que estará encantada de volver a verle.

Aleyn se encogió de hombros y guiñó un ojo en dirección a Samael.

—Ahora lo sabremos —sonrió—. Vamos, sígueme.

Corrieron agachados por el jardín hasta la fachada lateral de la mansión y se detuvieron de espaldas a la pared, bajo una ventana.

—¿Crees que puedes encargarte del cierre? —le preguntó Aleyn.

Samael examinó la ventana y torció las comisuras hacia abajo. Escaló y al cabo de un par de segundos miró en dirección a Aleyn.

—¿No puedes?

—¡Claro que puedo! ¡Ya está!

—¿Ya?

—Oiga, no me trate como a un crío. Soy un profesional. Un buen profesional.

—Tampoco es para sentirse orgulloso.

—¿Sí? ¡Váyase al infierno! Ser un ladrón es mil veces mejor que ser un genocida.

Aleyn ignoró el comentario, ganó unas zancadas, corrió hacia la ventana y con la ayuda de un apoyo en la pared consiguió alzarse hasta el alfeizar. Escaló y entró en la biblioteca de la mansión, seguido de Samael, quien se arrastró hasta una esquina oscura, tal y como habían planeado. Entonces Aleyn cogió un grueso libro de una estantería, ojeó la portada y, con una mueca de desprecio, lo lanzó al suelo. Cayó sobre la alfombra pero, aun así, el ruido le pareció suficiente. Permaneció a la espera.

La puerta se abrió y una mujer vestida con una capa escarlata entró en la habitación, espada en mano. Aleyn no había previsto aquel detalle. ¿Una

espada? ¿En su casa? ¿Por un simple ruido? ¿Desde cuándo Allyson se había vuelto tan paranoica?

Aleyn avanzó un paso, Allyson se percató del movimiento y levantó la espada, apuntando con el filo hacia su vanguardia.

—Seas quien seas, has cometido un error viniendo aquí esta noche —le amenazó Allyson. Aleyn se hubiese estremecido de no ser por el temblor que arrastraban esas palabras.

—Es posible —comentó Aleyn, aún al amparo de la oscuridad.

—Es seguro.

—Creo que estás cometiendo un error, Allyson.

—Yo creo que no —respondió y entonces avanzó hasta donde estaba Aleyn y lanzó una estocada descendente.

Aleyn se apartó a un lado, esquivó el golpe y empujó el cuerpo de Allyson. Esta trastabilló, recuperó su posición y se preparó para atacar. Entonces, gracias a la luz que entraba por la puerta, reconoció la silueta de Aleyn. Bajó la espada.

—¿Aleyn?

—¡Cuánto tiempo!

—¿¡Aleyn!? —repitió—. ¿Qué demonios haces tú aquí? ¿Sabes qué? No quiero saberlo. ¡Me da igual! ¡Lárgate! Vuelve a la roca en la que deberías estar.

Aleyn levantó los brazos y se acercó un par de pasos.

—Sería conveniente que nos relajáramos, Allyson.

—¿Tienes idea de lo que ocurriría si alguien te viera aquí?

—Me hago una idea, sí.

—¿Cómo eres tan miserable? Está claro que no se puede confiar en un traidor.

Aleyn bajó las manos y cerró los puños.

—Bueno, ya está bien, Allyson. O te calmas y lo hablamos o intentas clavarme esa espada que apenas sabes utilizar.

Aquel tono no admitía réplica alguna. Era el punto en el que la escasa paciencia de Aleyn se agotaba. A partir de ahí, cualquier cosa era posible. Allyson lo sabía. Conocía ese tono y conocía las consecuencias de no tenerlo en cuenta. Bajó la espada, se dirigió a la puerta de la biblioteca y la cerró con pestillo. Luego encendió un par de lámparas de aceite y se sentó. Hizo todo aquello sin dejar de mirar el cuerpo de Aleyn.

—¿Te encuentras bien, Allyson? —preguntó Aleyn al percibir demasiada tensión en los movimientos de la maestra.

—No, la verdad —respondió acomodándose en un sillón e invitando a Aleyn a hacer lo mismo—. ¿Por qué estás aquí, Aleyn?

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué? ¿Para salir de la ciudad sin que nadie descubra que aún sigues vivo? ¡Maldita sea! ¡Hicimos un trato! ¿O es que se te ha olvidado?

—Recuerdo el trato que hicimos, Allyson. Me he acordado de él cada día durante catorce largos años.

—¿Estás seguro? Porque, si mi memoria no me falla, acordamos que desaparecerías para siempre. Nadie más volvería a saber de ti. ¡Nadie!

—Me hago cargo. No tienes de qué preocuparte.

—Eso no me sirve, Aleyn. De haber sabido que harías esto, yo…

Aleyn ahogó una carcajada y se irguió hacia Allyson.

—Tú, ¿qué? ¿No habrías aceptado el trato? Recuerdo muy bien por qué nos sentamos a negociar, Allyson. Me suplicabas por tu vida. ¿Recuerdas? Herida y derrotada, me suplicabas entre lágrimas que no te matara. Y no solo no lo hice. Te proporcioné una salida digna. Solución que veo que has sabido rentabilizar muy bien —dijo señalando la biblioteca y todo lo demás —. Así que no me fastidies, Allyson. Te hice un favor. Pude matarte y, en su

lugar, te hice el mayor favor de tu vida. —Relajó la postura y se apoyó sobre el acolchado del sillón—. Estoy aquí porque necesito tu ayuda. Podría acudir a decenas de maestros cronistas mucho más competentes que tú, pero resulta que para todos ellos yo estoy muerto. Así que perdóname por decantarme por la única persona a la que no le sorprendería verme vivo.

Allyson bajó la cabeza y la apoyó sobre las manos, se masajeó las mejillas y se atusó la melena negra. Suspiró al volver a mirar a Aleyn.

—¿Estás seguro de que no te ha visto nadie?

—¿Tú qué crees?

—¿Qué clase de ayuda necesitas?

Aleyn levantó el brazo.

—Samael, acompáñanos, por favor.

—¿Quién demonios es? —preguntó Allyson incorporándose—. ¡Dijiste que estabas solo!

—No, no lo dije. Tú lo diste por hecho.

—¿Lleva ahí todo este rato?

—¿Qué quieres que te diga? El chico es un ladrón profesional. Sabe cómo parecer invisible.

—Señora —saludó Samael inclinando la cabeza.

—En realidad es maestra —le corrigió Aleyn.

—Claro. Maestra, entonces.

—¿Quién es? ¿Sabe quién eres? Bueno, desde luego que sabe quién eres. ¿Quién es?

—Samael Río. Un ladronzuelo de Cienaguas —dijo y permaneció atento a la reacción de Allyson.

—Samael Río. ¿Debería conocerlo?

—No —respondió Aleyn—. Pero habría sido interesante que lo hicieras.

—Ya, lo que sea. ¿Qué quieres que haga con él?

—Tu trabajo, solo eso. Quiero que examines su futuro y me digas qué aparece en él.

—¿Por qué?

—Porque yo te lo pido —aclaró Aleyn.

—¿Quién es, Aleyn?

—Nadie. Un chico con muy mala suerte…

—Suscribo totalmente esas palabras —intervino Samael.

—Un grano en el culo, en realidad —dijo Aleyn—. Pero también puede tratarse de algo un poco más importante. Necesito saber si es así.

Allyson observó al chico desde los pies hasta lo alto de la cabeza y frunció el ceño.

—Es un mestizo.

—Eso ya lo había adivinado yo solito.

—Tampoco debería estar en Viendavales, teniendo en cuenta la situación actual con el Inferus.

—Estoy totalmente de acuerdo con la maestra —intervino Samael.

—¿Sabes que tu viejo amigo, el comandante Edvard, se enfrentó a él? Estuvo a punto de matarlo.

Aleyn no tenía ni idea de nada de aquello. Al llegar a la ciudad había averiguado lo básico para pasar desapercibido un par de días y no se había interesado por el resto de los chismes provincianos.

—¿Rommel estuvo a punto de matar a ese Inferus o al revés?

—No, no, el Inferus fue quien a punto estuvo de matar al comandante.

—Eso sí es interesante —dijo Aleyn—. Pero si te soy sincero, no me importa. Los vericuetos del oeste me dan igual. Me interesa el futuro del chico. ¿Puedes ayudarme?

—¿Qué esperas que pueda encontrar?

Aleyn suspiró, frustrado. ¿Tan difícil era hacer lo que le estaba pidiendo sin cuestionarse cada pequeño detalle?

—No sé qué vas a encontrar, Allyson. Si lo supiera, no estaría aquí, ¿no crees?

—¿Qué me puedes decir de él?

—Solo lo que ya te he dicho.

—¿Y por qué…?

—¿Puedes, por el amor de los Tres, examinarle y cerrar la condenada boca, Allyson?

Allyson aguantó el rebuzno con entereza. Cuando Aleyn se relajó, alargó una mano y la apoyó sobre la de él. Este la apartó tan rápido como pudo.

—¿*Addais*? —preguntó Allyson desconcertada—. ¿En qué andas metido?

Aleyn se hizo un ovillo, se protegió la cabeza con las manos y luchó por no gritar. Cuando creyó conseguirlo, volvió a enfrentarse a Allyson.

—Es largo de contar e imagino que más difícil de entender, Allyson.

—¿ *Addais* ? —repitió.

—Sí, *addais* , Allyson, *addais* . La condenada Orden de *Addai*. La misma orden que ha pasado su historia persiguiéndonos y matándonos. Esa orden. ¿Siempre eres igual de insufrible? Imagino que debes sentirte muy sola, ¿no?

Algo se crispó en el rostro de Allyson.

—Eso ha sido cruel —dijo.

—Ya me conoces —respondió Aleyn.

—Sí. Desgraciadamente, sí.

Allyson se fijó en Samael y le indicó que se colocara frente a ella. Le pidió que doblara el codo y que pusiera las palmas de las manos hacia

arriba, suspiró, apoyó las manos sobre las del chico. Luego cerró los ojos y quedó anquilosada. Samael y Aleyn se miraron, pero no dijeron nada. Al poco, Allyson se apartó del chico.

—¿Qué? —preguntó Aleyn.

Allyson negó.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No he visto nada. No hay nada que ver, supongo.

—¿Eso qué quiere decir?

—¡No lo sé, Aleyn! Tú eres quien ha venido con él. Saca tus propias conclusiones.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —preguntó Samael.

—Por mi parte, es todo —dijo Allyson.

—¡Ni hablar! —discutió Aleyn—. Tiene que haber algo más. ¿Sabes el camino que he tenido que hacer para…?

—Pues lo siento mucho, Aleyn, pero no hay más.

Aleyn bufó, se levantó y paseó por la habitación. Allyson se apiadó de él.

—Lo siento.

—Da igual —dijo Aleyn—. Da igual —repitió—. Nos vamos, Sam. Gracias, Allyson.

Cuando ya se dirigía a la puerta, Allyson le interrumpió.

—Vi a Siara no hace mucho.

Aleyn se detuvo en seco al escuchar aquel nombre y su mente decidió castigarle con el recuerdo de su sonrisa y el aroma de su piel. Se dio la vuelta.

—¿Está bien? —preguntó—. ¿Es feliz?

Lo ocultó tan bien como pudo, pero aun así los ojos se le anegaron de lágrimas.

—Sí —respondió Allyson restándole importancia—. Parecía contenta cuando hablé con ella.

—¿De qué hablasteis?

—De ti, claro. Eres lo único que nos une —dijo—. Me preguntó si de verdad te había matado.

Aleyn cerró los ojos y la última de las losas que pesaban sobre su corazón terminó de aplastarlo.

—¿Después de catorce años sigue pensando que estoy vivo?

Allyson se acercó a él; no tanto como para llegar a tocarle, pero sí lo suficiente para sentir su presencia.

—No sé si esto es lo que quieres escuchar o no, pero al menos será la verdad —comenzó Allyson—. Creo que lo único que quería era verificar que estabas muerto. Creo que quería pasar página, dejarte atrás y seguir adelante.

Aleyn asintió unas cuantas veces, hizo un mohín con los labios, apretándolos hasta que se volvieron blancos, se frotó los ojos con los dedos y sonrió a Allyson.

—He oído que aún continúas cuidando de Mailen.

—Sí, aunque no ha cambiado nada. Solo se ha hecho más vieja.

—¿Podría verla?

—Es un cascarón vacío, Aleyn.

—No importa. Fue una maestra excepcional. Merece que le muestre mi respeto.

Allyson dudó unos momentos y, maldiciendo, terminó por asentir.

—Esperad aquí y no hagáis ruido. Iré a buscarla.

—Gracias.

En los lejanos tiempos en los que Aleyn era un aspirante nunca se interesó por el estudio del tiempo. Aleyn quería convertirse en alquimista y, como la mayoría de los aprendices que lo intentaban, terminó más interesado en las fórmulas mensurables que describían los brebajistas. A pesar de ello, la maestra Mailen Lumeni, toda una celebridad, siempre le concedió audiencia cuando lo necesitó. A Aleyn le gustaba oírla hablar sobre el tiempo y, aunque consciente de su incapacidad para esos dones, acudía con frecuencia a pedirle consejo. De haber estado más interesado, habría terminado vistiendo el rojo, en lugar del verde o el negro. Tras la tragedia que asoló la mente de la brillante maestra, Aleyn se sintió solo y perdido, hasta que Siara llenó ese vacío.

Allyson abrió la puerta de la biblioteca y entró llevando una silla de ruedas con el cuerpo de una anciana catatónica. A Aleyn se le cayó el alma a los pies al ver aquella estampa y por un momento se arrepintió de su petición.

—¿Estás bien? —preguntó Allyson.

—No esperaba verla así —respondió.

—Ya. No es justo.

Aleyn asintió a las palabras de Allyson y se acercó a Mailen. Hincó una rodilla en el suelo y le agarró la mano.

—Maestra… —dijo.

Mailen alzó los párpados, fijó su mirada en Aleyn y saltó sobre él, agarrándole del cuello y apretando contra la tráquea. Aleyn cayó de espaldas al suelo y se defendió del ataque, mientras Allyson emitía un grito y se apartaba.

—¡Nos condenarás a todos, Aleyn! —balbuceó tumbada sobre él—. ¡Tú nos condenarás!

Aleyn soltó las pinzas que apretaban su cuello, tomó aire y empujó a la anciana. Esta salió despedida varios metros y Allyson gritó al verla quebrar una mesa al caer.

—¿Estás loco? ¡Es una anciana! —le gritó a Aleyn.

Aleyn se puso en pie y miró hacia Mailen.

—Yo no la he lanzado tan lejos —masculló.

—¡Lo he visto, Aleyn!

Mailen se puso en pie. Tenía las rodillas colocadas mirando hacia afuera, los hombros caídos hacia delante, los manos firmemente colocadas al costado y la cabeza hacia un lado, con las hebras de pelo blanco y sudoroso tapándole el rostro. Levantó el brazo derecho y apuntó con un dedo índice enhiesto a Aleyn. Fue a decir algo, pero se interrumpió, echó la cabeza atrás y empezó a retroceder.

—Nooooo —bramó envuelta en miedo—. Nooooo. Aléjate de mí. —Su dedo había dejado de apuntar a Aleyn y ahora señalaba unas estanterías—. ¡Déjame tranquila! —gritó y pareció que algo la golpeaba.

Cayó al suelo. Aleyn y Allyson se miraron un segundo y echaron a correr hacia Mailen. Estaba tumbada boca arriba, con las piernas en una posición imposible y el cuello ladeado. Parecía querer respirar y no conseguirlo.

—Maestra, ¿qué ocurre? —preguntó Allyson desesperada.

Mailen giró el cuello y se fijo en Aleyn.

—Aún puedes salvarnos —balbuceó entre ruidos de agonía y dolor—. Vuelve a casa. Busca el arco, Aleyn. Y sálvanos.

Fueron las últimas palabras de Mailen. Aguantó un par de segundos más y falleció.

OceanofPDF.com



Las escasas piezas de su vida que hasta entonces habían funcionado se estaban desmoronando como un edificio viejo y cochambroso. Enara esquivaba su compañía, el director Kremy también, Andiles había presentado una queja contra ella en la Cámara de los Maestros por injurias y amenazas; queja que sería investigada, y, por si fuera poco, el asunto del valle de Caldaso había adquirido un camino de guerra y sangre.

El gobierno del norte había decidido no ceder ante la sentencia de la Alta Corte. No habían abandonado el valle. En lugar de eso, un ejército formado por seis mil soldados distribuidos entre caballería, infantería y arcabuceros, había levantado su campamento frente a las murallas que limitaban La Escuela con el valle de Caldaso. Todos los maestros y guardianes residentes en el valle, unas dos mil personas en total, habían sido puestas bajo vigilancia o trasladadas a un campo de concentración a las afueras de Caldaso. El norte le había declarado la guerra a La Escuela.

En cuanto la noticia traspasó las fronteras, la Cámara de los Maestros se reunió para debatir su postura y decidir una línea de actuación. En una jornada que se alargó mucho más que cualquier otra, se realizaron discursos, se analizaron diferentes argumentos, se propusieron soluciones y se gritó y se discutió mucho más de lo aconsejable. Había quien quería

responder a las amenazas con acero, otros aconsejaban recurrir a la diplomacia y el grupo menos numeroso abogaba por abrir un proceso de arbitraje entre La Escuela y el norte, donde la república actuara como mediador. Las tres propuestas contaban con el apoyo de argumentos sólidos y, tras la pausa para el almuerzo, todas las posturas continuaban enfrentadas.

Antes de reabrir la sesión, un guardián trajo las últimas novedades. Subió al estrado y le entregó un escrito a Andiles. Tras leerlo, Andiles dirigió unas palabras al guardián, este asintió y Andiles le despachó. Golpeó el mazo un par de veces y, tras un breve barullo, la cámara quedó en silencio.

—Hermanos, me informan de que el gobierno del norte ha puesto bajo arresto domiciliario a nuestros representantes en el estado —anunció Andiles, provocando el silencio en la cámara—. No podemos seguir tolerando esta situación. Sé que muchos de ustedes no desean un enfrentamiento abierto, pero se nos acaba el tiempo. Si no hacemos algo ya, todos los pueblos de Ylandra pensarán que somos débiles. Como gran maestro, no permitiré que eso ocurra. Propongo reunir un ejército de mil maestros encabezando a nueve mil guardianes y atacar el campamento del general Deacort.

—¡Lo secundo, maldita sea!—gritó un maestro mentalista.

Siara levantó la cabeza y se fijó en aquel hombre. Si nadie decía nada, la proposición sería votada y, dada la tensión de la cámara, sería aprobada. En menos de unos minutos, La Escuela entraría oficialmente en guerra contra el Estado del Norte y en apenas unos días atacarían el campamento del general Deacort. Siara se puso en pie.

—Maestros —dijo—. ¡Maestros, por favor! —insistió al ver que el revuelo de la sala no remitía.

Andiles cogió el mazó y golpeó la madera cuatro veces, pidiendo silencio.

—Maestra Roscharch, ¿quiere decir algo?

—Sí, gracias —respondió—. Se han dicho muchas cosas hoy y muchas de ellas son muy ciertas. El valle de Caldaso nos pertenece por derecho propio. Y las últimas decisiones del gobierno del norte ponen en duda nuestra amistad y nuestra alianza con ellos. Y, sinceramente, maestros, jamás creí que llegaría a ver algo semejante. El norte siempre ha sido nuestro mejor aliado. ¿Cómo hemos dejado que ocurra esto? ¿Cómo es posible que el general Deacort haya ordenado establecer un campamento amenazando nuestras fronteras?

—Podrá preguntárselo cuando destruyamos su ejército, maestra —contestó Andiles.

—Preferiría hacerlo antes de que eso ocurriera, gran maestro —comentó Siara airada—. Esa es mi propuesta. Este conflicto tiene demasiadas cosas que responder si quiere prosperar. Antes de tomar una decisión que impactará directamente en nuestro futuro, debemos asegurarnos de conocer todos los hechos.

—¿Y cómo propone que hagamos tal cosa? Conviene que le recuerde que hay un ejército amenazando nuestras fronteras.

—Conozco al general Deacort —alegó Siara—. Hablaré con él.

—¿Está loca? ¡Está rodeado de un ejército!

Siara torció el cuello.

—Me dejarán hablar con él.

—¡De ninguna manera! —se alzó Andiles serio y furioso—. No le daré un rehén más, maestra.

Siara quiso protestar, pero una maestra sanadora sentada en el otro extremo de la cámara se le adelantó.

—Creo que la maestra Roscharch tiene razón —opinó—. Recuerdo que ella y Deacort estaban muy unidos durante la guerra, ¿no es cierto, maestra? —Siara asintió—. El general Deacort siempre ha destacado por ser un hombre taimado y orgulloso. Si Siara solicita un salvoconducto, estoy segura de que se le concederá.

—Aunque eso fuera así… —comenzó Andiles.

—Lo que quiero decir —le interrumpió la maestra sanadora—, es que secundo la proposición de la maestra Roscharch. Retrasaremos la decisión de atacar hasta después de que Siara haya hablado con Deacort. Mientras tanto, nos prepararemos para cualquier eventualidad.

La cámara quedó en silencio. Andiles buscó entre los asistentes alguien que propusiera un debate o una declinación y, tras un par de minutos de tenso silencio, Andiles permitió que la propuesta se votase.

Aquellos hechos habían llevado a Siara a plantarse frente a un regimiento de cuarenta soldados bien parapetados para escoltarla hasta el campamento. Tras ella estaban las gloriosas Puertas de Piedra. Una estructura de quince varas de altitud y doce codos de espesura de granito gris que se abría y cerraba gracias a una impresionante obra de ingeniería y alquimia. Uno de los soldados espoleó su montura en dirección a Siara, quien iba a pie.

—Maestra Siara Roscharch, soy el capitán Armand Mertin. Nosotros la escoltaremos hasta el campamento.

Siara asintió y empezó a caminar. El capitán tiró de las correas de su montura y se interpuso en su camino. Dos soldados se acercaron.

—Maestra, si fuera tan amable de entregar sus armas…

Siara paseó su mirada de un soldado a otro, miró hacia la seguridad que le proporcionaban las Puertas de Piedra y suspiró. Entregó su palo al

capitán. Cuando este lo hubo cogido, Siara dio un pequeño tirón. El capitán la miró con el ceño fruncido.

—Pase lo que pase, recuperaré mi arma, ¿comprende? —aclaró.

El capitán dio otro tirón y terminó de arrebatársela.

—Por supuesto, maestra. ¿Es todo?

—Sí.

—¿Está segura? No me gustaría que mis hombres la registrasen y encontrasen un puñal escondido del que no se acuerda.

Siara bajó la cabeza. La actitud arrogante de aquel capitán rayaba en lo delirante.

—Es mi única arma, capitán —dijo Siara—. Y no permitiré que nadie me registre. Si se siente más seguro así, le diré que, si hubiera venido dispuesta a asesinar a alguien, no necesitaría puñal alguno para hacerlo.

Levantó la cabeza y le retó a decir una cosa más. El cuerpo del capitán, montado sobre esa enorme bestia, duplicaba la altura de Siara. Era más musculoso, estaba mejor armado y protegido y tenía a veinte hombres a sus espaldas dispuestos a atacar a una orden suya y, sin embargo, Siara pudo oler las partículas de miedo que exudaba con cada respiración. El norte había conocido a Siara. Había luchado junto a ella y sabía muy bien de lo que era capaz. Ninguno de aquellos soldados se atrevería jamás a tocarla.

—Acompáñeme —indicó al fin el capitán.

Siara se puso en marcha, con el capitán a su lado derecho y el regimiento de soldados rodeándolos. Conforme se acercaban al campamento, Siara pudo ver el despliegue de tropas y parapetos. No había máquinas de asedio, ni escaleras para las murallas ni artillería pesada. Pero sí vio numerosos fosos y estacas. El general Deacort no había ido allí con la intención de atacar La Escuela, solo deseaba mantener el valle. Aquello no tenía sentido. Si la guerra estallaba y La Escuela enviaba su ejército desde

Lanti’s Cloe, aplastarían al general contra las murallas. Era una pésima estrategia. O Deacort se había vuelto senil o allí había algo que no cuadraba.

Cuando llegaron a la tienda del general, cubierta de rojo y con el escudo del norte ondeando sobre ella, la escolta de Siara se disolvió entre el resto de la soldadesca.

El interior de la carpa era oscuro y austero. Había un mapa del norte colgado sobre una de las paredes, varios sillones y una enorme mesa de roble en el centro de la sala. A su alrededor, el general Deacort compartía asiento con dos hombres más.

—Qué desagradable volver a vernos en estas circunstancias, ¿no cree, maestra?

—En eso estamos de acuerdo, general —respondió Siara.

—Los caballeros que me acompañan son el señor Maxial, subsecretario del gobernador, y su secretario. Caballeros, esta es la maestra Siara Roscharch.

El general Deacort era un hombre construido para otros tiempos. Tenía un profundo respeto por las normas, era protocolario en extremo, testarudo en las disposiciones y serio. Tan serio que Siara no conocía su sonrisa. Hablaba con una cadencia ceremonial, como si apuntalara cada sílaba. De ahí que nunca hubiera congeniado con Aleyn. Lucharon juntos y vencieron, pero jamás compartieron nada más que su siguiente estrategia de combate. A Siara fue a quien le tocó lidiar entre ellos y mantenerles concentrados en ganar una guerra. Sin ella mediando en cada comunicación, el liderazgo de ambos habría estallado como un polvorín.

—Señores, es un placer conocerlos —saludó Siara.

—El placer es nuestro, maestra —respondió el subsecretario—. Por favor, siéntese. ¿Desea tomar algo? ¿Café?

—No, gracias. Estoy bien.

Los modales del subsecretario eran correctos, pero sus gestos y sus frases eran rudos. El norte estaba plagado de hombres así. Fuertes y duros, forjados a base de nieve, hielo, hambruna y oscuridad.

—Usted dirá, maestra. ¿Para qué ha venido? —dijo el subsecretario.

Siara se sintió desarmada con tan simple pregunta y, finalmente, decidió probar con la verdad.

—Supongo que para entender qué está pasando.

Deacort se rascó la mejilla y se inclinó para prestar toda su atención. El subsecretario, a su lado, sonrió.

—¿Tengo que explicárselo?

—Entiendo que quieren provocar una guerra contra La Escuela, pero no entiendo por qué.

—Consideramos que están violando nuestra autonomía territorial y nos defendemos.

—¿Con ese ejército? —preguntó Siara, dejó a un lado al subsecretario y se centró en Deacort—. ¿Seis mil hombres para luchar contra La Escuela? General, usted sabe que es una locura. Si La Escuela decidiera atacar…

—Eso es problema nuestro —interrumpió el subsecretario, silenciando el mensaje.

—Sí, lo será —observó Siara tras unos segundos de reflexión—. ¿Se da cuenta de las consecuencias? —El subsecretario enarcó las cejas—. ¿Y entonces por qué lo hacen?

—Ese también es nuestro problema.

—¿Está de acuerdo con esto, general? —cuestionó Siara.

Deacort se giró hacia su compañero y ambos hombres se mantuvieron la mirada. Un rato largo, hasta que el subsecretario la desvió.

—La opinión del general no es relevante aquí. Como parte de la Armada del Norte, obedece los designios del pueblo, no los suyos propios, igual que el resto de nosotros.

Deacort hizo una mueca enseñando los colmillos y apartó la mirada del subsecretario.

—Van a violar una sentencia de la Alta Corte de la República de Ylandra. Son conscientes, ¿verdad? La república nunca les apoyará. No pueden ganar.

—Lo descubriremos a su tiempo —respondió el subsecretario—. También pueden abandonar su reclamación. Realizar una declaración oficial en la que se manifieste que La Escuela renuncia a sus derechos sobre el valle de Caldaso.

Se hubiera reído si no pensase que una guerra podía depender de ello. Lo que le pedía era imposible y todos en esa carpa lo sabían.

—¿Así es como quiere declararle la guerra a La Escuela, subsecretario?

—Ya conoce nuestras condiciones.

Deacort se aclaró la garganta.

—Maxial, un segundo —dijo—. Necesito hablar con la maestra Roscharch. A solas.

—Eso no va a pasar, Robert.

—Prefiero que te levantes y te marches por tu cuenta, pero si me obligas tendré que ordenar a mis hombres que te escolten hasta la salida.

—¿Qué está haciendo, general?

—Le pido que se marche.

—No tiene autoridad.

—Es mi campamento. Son mis hombres. Su supervivencia depende de mí. Tengo toda la autoridad que necesito. ¿Va a marcharse?

El subsecretario se levantó airado y señaló a Deacort.

—El gobernador será informado de esto.

—Salga de mi carpa, señor.

Deacort esperó hasta que se hubieron marchado y entonces se relajó.

—¿Qué ocurre, general?

—Buena pregunta, Siara —respondió, rebajando los formalismos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó—. ¿Por qué has traído un ejército a las puertas de La Escuela?

—Alguien iba a hacerlo de todas formas. ¿Cómo estás, Siara? —La pregunta la cogió desprevenida—. Oí algunas cosas sobre ti hace algún tiempo.

—Estoy segura —afirmó Siara—. Estoy bien, Robert. Pasé por una mala época, pero estoy bien. Gracias por preguntar.

—No tienes que darlas. Por cierto, nunca tuve la oportunidad de darte mi pésame. Sentí mucho todo lo sucedido.

—Gracias. Sé que te mantuviste al margen cuanto pudiste. Te lo agradezco, de veras.

Deacort asintió, tamborileó con los dedos sobre sus labios y enarcó las cejas.

—Bien… ¿Por qué estamos aquí, Siara?

—Eso me gustaría aclarar.

—¿Cómo ha respondido la cámara?

Siara suspiró.

—Quieren ir a la guerra. Preparan un ejército de diez mil hombres. Destrozarán este campamento y recuperarán el valle.

—Comprendo.

—¿Por qué parece que sea eso lo que tu gobierno quiere que ocurra?

—No lo sé —respondió Deacort—. Pero me siento como una marioneta. Nunca me gustó sentirme así. Yo no quería este destino, Siara.

Asistí a la reunión en la que se planificaba la estrategia militar y, tras valorar las alternativas que se estaban proponiendo, decidí ponerme al cargo de la situación. Como el general de mayor antigüedad tengo el derecho de elegir mi destino. Y aquí estamos. ¿Qué va a pasar ahora?

—Antes de pasar a eso, deberíamos intentar esclarecer qué está ocurriendo, ¿no crees?

—No. El tiempo apremia. Debemos resolver esta situación e investigar luego. Es obvio que tanto sectores del norte como de La Escuela quieren que nos enfrentemos. No somos capaces de comprender los motivos, pero no podemos negarlo. Confío en ti, Siara. Confío más en ti que en el subsecretario, el gobernador o cuantos políticos aparezcan. ¿Confías tú en mí?

—Sabes que sí.

—Bien. Ese chupatintas cree que tiene el control de mi ejército. Quizá en otros lugares de este país sea así, pero no aquí, no en el norte. En este estado aún se respeta al alto mando.

—¿Qué propones? —preguntó Siara.

—Ordenaré la retirada.

—¿Puedes hacerlo?

—Mis hombres me seguirán. Es posible que me enfrente a un consejo de guerra. Pero os daré el tiempo suficiente para ocupar el valle.

Siara negó con la cabeza, extrañada.

—¿Por qué harías eso?

—No quiero tener en mi conciencia la muerte de seis mil buenos muchachos. Haré lo que sea para evitarlo. Pero, Siara, esto no termina aquí. Fue La Escuela quien inició este conflicto.

—Eso es decir demasiado, Robert —le reprochó Siara.

La Escuela únicamente había reclamado lo que le pertenecía por derecho propio. Siara aún recordaba haber votado a favor de la recuperación hacía unos meses.

—Siara, el valle de Caldaso era un vertedero sombrío hasta que el norte se hizo cargo. Invertimos esfuerzos, tiempo y mucho oro. Y logramos levantar una ciudad rentable. Cuando denunciasteis la situación ante la Alta Corte alguien esperaba que el norte se enfureciera. Necesito que encuentres a esas personas.

Siara levantó los brazos y negó con la cabeza.

—Aunque estés en lo cierto yo no soy la persona más cualificada para esa empresa. Por mucho que lo intente, soy incapaz de comprender la política.

—Pero entiendes a las personas. Deberá bastar con eso, porque no confiaría en nadie más para hacerlo. Apoyaste a Aleyn durante las purgas. Estuviste a su lado. Imagina qué habría hecho él en esta situación y haz lo mismo.

—Yo no soy Aleyn —dijo Siara.

—Lo sé. Siempre fuiste mejor que él.

Cerraron el trato. Una gran victoria para La Escuela, no cabía duda. Una victoria completa. Recuperaban el valle sin enterrar un solo cadáver. Siara se sentía satisfecha con el resultado. Había ido buscando información y había encontrado una enorme veta de oro.

Deacort, no obstante, insistió en que si La Escuela deseaba recuperar el favor de su aliado debía poner en marcha la diplomacia. El valle no caería en el olvido y la única forma de superar ese capítulo era encontrando alguna manera en la que tanto el norte como La Escuela pudieran beneficiarse de él.

En ese mismo momento debía estar explicando al subsecretario las decisiones que había tomado. Siara imaginó una violenta conversación, repleta de amenazas, tacos y desagravios. Deacort había tenido la cortesía de ahorrarle esa escena a Siara.

Volvía a casa victoriosa y, sin embargo, sentía una ligera bruma de amenaza instalándose en su estómago.

OceanofPDF.com



Allyson hizo todo cuanto se le ocurrió para recuperar a Mailen. Gritó su nombre, le golpeó levemente las mejillas, acunó su cuerpo y suplicó a los Tres que no se la llevasen. Pero el cuerpo de la anciana, camino de la corrupción, no respondió.

Aleyn apoyó la mano en su hombro y apretó.

—Está muerta, Allyson —dijo.

—No —respondió ella.

—Lo siento mucho.

La disculpa se le clavó en el corazón. De no haber sido por Aleyn, ella seguiría viva. Apartó su gesto con un manotazo y se levantó.

—¡Todo esto es culpa tuya! —le acusó.

Aleyn retrocedió un par de pasos.

—Entiendo que lo creas.

—¡No tiene nada que ver con lo que yo crea! ¡No deberías estar aquí! ¡Hicimos un trato! Y si lo hubieras cumplido nada de esto habría ocurrido.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Aleyn con un porte y una mirada altiva y arrogante.

¡Cuánto detestaba eso de él! El hombre de las mil maravillas. El gran maestro Aleyn Somerset. Envuelto en un halo de grandeza y magnificencia,

siempre rodeado y seguido de miles de patanes como si fuera la reencarnación del mesías.

Su mentora acababa de morir ante ella, bajo su atenta mirada. ¿No tenía derecho a ser irracional, a culpar a cuantas personas quisiera? ¿Aleyn no podía, simplemente, permitírselo durante unos minutos? No. El hombre maravillas no podía. Su paciencia se había agotado. O lograbas relajarte o pagabas un alto precio.

—No voy a hacer nada, maldita sea —dijo finalmente—. No tienes la culpa de nada. Sería mejor que te marcharas.

—¿Le darás un entierro digno?

Allyson miró el cadáver de su maestra, tan enjuto y demacrado que apenas reconocía la belleza y juventud de otros tiempos.

—No creo que yo pueda dárselo.

—¿Tienes algo más importante que hacer? —preguntó Aleyn con sorna.

Allyson le atravesó con la mirada.

—Sí.

—No digo nada, entonces. —Se volvió hacia el anirio que le acompañaba y se encogió de hombros—. Creo que es hora de irse, Sam.

—¿Crees que no es cierto? ¿Crees que te estoy mintiendo? —inquirió Allyson.

Aleyn se giró y negó con la cabeza.

—Tienes otras cosas que hacer. Lo entiendo. Todos estamos ocupados —dijo.

—Eres despreciable, Aleyn. Jamás entendí cómo pudo Siara enamorarse de ti.

—Cuidado, Allyson.

Ahí estaba otra vez. Ese tono. El de si cruzas el límite te quedas fuera.

—Lárgate, ¿vale?

—Sí. Vamos, Sam.

—¿Adónde? —preguntó este.

—¿Te importa mucho? Cualquier lugar será mejor que este.

—¿Qué lugar? —insistió Samael.

Las preguntas estaban incomodando a Aleyn. Intentaba controlar sus impulsos, pero después de toda una vida sin la necesidad de hacerlo le resultaba harto complicado.

—¿Podemos irnos y discutirlo fuera?

—¿Volvemos a Cienaguas?

—No —respondió tajante.

—Me dijiste que vendríamos aquí y después me dejarías en paz.

Allyson se rio.

—Acostúmbrate, muchacho. Con Aleyn siempre es igual.

—¡Cállate! —le ordenó él.

—Dijiste que…

—Sé lo que te dije. Hemos venido a por respuestas. ¿Te parece que las haya encontrado? De haberlo hecho, quizá… —se detuvo.

—¿Quizá me habrías matado? ¿Eso ibas a decir?

—Sí —admitió Aleyn.

«Desde luego que sí», pensó Allyson. No había relaciones normales en lo que Aleyn se refería. La muerte siempre estaba presente, como una constante presencia acechando en cada recoveco del camino.

—Así que le has secuestrado.

—No te metas, Allyson —le advirtió Aleyn—. Sam, nada es diferente del día que te conocí. Las mismas incógnitas continúan presentes y no podemos volver hasta que las resolvamos. Además, no soy el único interesado en dar contigo y los demás no vacilarán a la hora de matarte.

—¿Los demás? ¿Quién es este chico? —preguntó Allyson.

—No te incumbe.

—¡No quiero seguir con esto! ¡No es mi problema! Yo no tengo la culpa de que quieran matarme.

—¿Y qué demonios importa eso? —dijo un Aleyn con la mecha casi totalmente quemada—. ¿Crees que yo quería hacer esto? ¿Crees que me gusta vagabundear por el mundo arrastrando a un mocoso desagradecido, escondiéndome de toda presencia humana? ¿Crees que yo quería venir aquí? ¡Pero lo hice! Porque eso es lo que hacemos —alegó y miró a Allyson —. ¿Crees que a ella no le gustaría guardar unos días de luto por su mentora? Estoy convencido de que sí, pero no lo hará, porque tiene otras obligaciones más importantes, sean cuales sean.

Suponía que las palabras de Aleyn respondían a una búsqueda de aliados para el combate. Dado que sus argumentos no estaban exentos de fallas, buscaba el escudo que una mayoría solía proporcionar.

—Quiero descubrir quién ordenó que me asesinaran hace dos días —respondió Allyson apesadumbrada—. Tal vez sean los mismos que quieren destruir La Escuela.

Y de pronto toda la tensión se disipó. La discusión y los hechos que la habían motivado quedaron en el olvido y tanto Samael como Aleyn se centraron en Allyson.

—Por eso estabas tan nerviosa —observó Aleyn—. Me sorprendió que entraras aquí blandiendo una espada. Imagino que esto lo explica.

—Imagino que sí.

—¿Qué es eso de que alguien quiere destruir La Escuela?

—Nada —respondió Allyson tras darle un par de vueltas.

—No me parece que sea nada.

—Para ti lo es, Aleyn. No te incumbe. No sé en qué enredos andas metido, pero sé que esto no es de tu interés.

Por una vez, Aleyn se rindió. Aceptó las palabras de Allyson con sumisión y no ahondó en el tema.

—Te deseo suerte —fue lo único que dijo.

—¿Tú qué vas a hacer? —preguntó Allyson.

—Hacer caso a Mailen. Volveré a casa y buscaré el arco —respondió y, acto seguido mostró la suficiente decencia para pedir el beneplácito de Samael—. Acompáñame hasta allí, ¿vale? Después decidiremos.

—¿A tu casa?

—Los cronistas siempre tienden al misterio cuando hablan de profecías. Que me cuelguen si sé por qué lo hacen, pero es así. ¿Cierto, Allyson? —Allyson se encogió de hombros—. Imagino que por «casa» la maestra Mailen se refería al condado de Odris y el «arco» hace referencia a una cadena montañosa conocida como el arco por la forma de uno de sus picos. Así que ahí es donde vamos. ¿Qué me dices?

—¿Tengo alguna opción?

—Ya sabes que muy pocas. Yo no voy a volver a Cienaguas y a ti te será muy difícil salir de este estado por tus propios medios. Más aún llegar hasta allí. Y, por cierto, Allyson, he visto los establos. Tienes buenas monturas. ¿Te importaría prestarnos dos?

Allyson no regateó con Aleyn. ¿Para qué? Dos caballos eran un precio muy bajo que pagar por terminar con todo aquello. Acordó un lugar en el exterior de las murallas de Viendavales para entregarles los caballos y esperó a que se hubieran ido para realizar todos los preparativos.

Despertó a los criados, cuyas habitaciones estaban afortunadamente situadas en el extremo opuesto a la biblioteca, inventó un breve relato de lo ocurrido y les dejó instrucciones sobre cómo proceder con respecto al fallecimiento de la maestra. Cuando se hubo asegurado de que sus palabras

habían calado, se dirigió a los establos, preparó tres caballos —dos sementales y una preciosa yegua parda— y se marchó de Viendavales.

La despedida con Aleyn fue rápida y seca. Apenas cruzaron un par de palabras en las que se desearon suerte y poco más. Ninguno de los dos miró atrás.

Una vez sola, Allyson acarició el cuello del animal, miró hacia el cielo estrellado y espoleó a la yegua. Frente a sí tenía una dura jornada de marcha, casi tan dura como la que había concluido hacía apenas unas horas en su camino a Viendavales desde la capital. Esta vez tendría que atravesar bosques, ríos y pasos montañosos. Recorrería menos leguas, pero dados los accidentes del camino tardaría casi lo mismo.

Todo estaba relacionado con las tres piezas de oro encontradas en la bolsa de su asesino. De alguna forma estaban conectadas con aquella cruel voz que no conseguía colocar en el rostro que le correspondía. Y esa voz estaba conectada con una familia de lo que parecían ser simples granjeros. El único problema era localizarles. La visión indicaba un lugar al oeste de Viendavales, pasadas las montañas, pero mucho antes de llegar al mar del Hierro. Sus habitantes conocían aquella zona como los Altos Silenciosos. Aunque Allyson no sabía nada de la etimología del nombre, imaginaba que tenía que ver con la escasa densidad de habitantes que poblaban aquella zona. Se trataba de una extensa llanura en la que la tierra y el cielo se fundían en el horizonte. No había apenas arboledas, ni ríos, ni lomas que dificultaran la visión, ni ningún otro accidente geográfico a destacar. Solo leguas y leguas de tierras en perpetuo barbecho. Había una razón para tal despropósito. Los Altos Silenciosos presumían de un clima amable, tierras propensas a la agricultura y grandes terrenos para el pasto del ganado, pero también sufrían las inclemencias de fuertes rachas de viento que, en ocasiones, terminaban convertidas en fuertes y violentas espirales que

arrasaban plantaciones, edificios y animales. Vivir en los Altos era una actividad de alto riesgo.

Allyson estaba buscando una familia de cuatro integrantes; un hombre y sus tres hijos. Aquello podría llevarle días enteros. Durante las primeras horas de lento avanzar, con el sol lamiendo la tierra, visualizó cinco granjas abandonadas y destruidas y otras dos aún en funcionamiento. La primera pertenecía a un anciano sordo y testarudo para quien sus hijos, unos bastardos traidores y desagradecidos, perecieron el día que le abandonaron para buscar fortuna en otra parte. Allyson perdió en aquella visita media hora, escuchando las quejas de un pobre hombre demasiado mayor para las tareas que se le requerían. Al despedirse de él, Allyson supo que no soportaría el siguiente invierno. La segunda granja que visitó fue la que buscaba. Apenas podía creérselo cuando reconoció la cara del padre.

«Al fin algo de suerte», pensó.

Se acercó al muro que lindaba con la granja y allí se bajó de la yegua. El hombre del interior, sentado en el brocal del pozo mientras sujetaba un cubo lleno de agua, fijó su atención en Allyson y en su caballo. Se levantó al ver que Allyson se aproximaba a la entrada de la granja, dejó el cubo en el suelo y se acercó a ella.

—Buenos días, señor —dijo Allyson.

Una puerta con varios tablones cruzados se interponía entre ellos. Allyson se situó a una distancia prudencial de la puerta, intentando mantener una sonrisa amable bajo el peso de unas ojeras escandalosas. El hombre se acercó y se apoyó sobre los tablones.

—¿Quiere algo, maestra? —preguntó el hombre.

Era apuesto, musculoso y de buenos modales. El pelo castaño le caía ondulado por los lados y el intenso azul de su mirada era capaz de despertar

la libido de cualquier muchacha. Por un momento, Allyson se quedó sin habla, casi hechizada por aquellos ojos.

—Estamos realizando un censo —improvisó.

—¿Un censo aquí?

—Sí. La Escuela quiere conocer el número de niños menores de once años que habitan estas tierras. ¿Tiene usted hijos?

El hombre negó con la cabeza y, al tiempo que realizaba una profunda inspiración, repasó con la mirada el cuerpo de Allyson de arriba abajo, casi como si la estuviera manoseando.

—No tengo hijos, maestra —respondió al fin, cerrando las mandíbulas.

—¿No? ¡Es extraño! Me pareció ver unos niños correteando por aquí.

—Mis sobrinos.

—¡Ah, son sus sobrinos!

—Hijos de mi hermana. Yo los cuido.

—Su hermana está… ¿fuera?

—Falleció.

—Siento oír eso.

El hombre asintió.

—¿Desea alguna cosa más?

—¿Sus sobrinos tienen menos de once años?

—Sí.

—En ese caso tendré que hablar con ellos.

—¿Por qué? —preguntó el hombre, sin intención de dejarla pasar.

—Se lo he dicho, señor. Estamos realizando un censo.

—No estamos interesados en aparecer en ningún tipo de censo de La Escuela, maestra.

—Eso es irrelevante —respondió Allyson incómoda, pero aún sonriente —. La Escuela debe conocer a la población menor de once años, señor. Solo

serán algunos datos básicos. Nombre, edad, localización. Ya sabe. Nada invasivo ni dañino. No tiene de qué preocuparse. ¿Me deja pasar?

—Me parece que no.

—Oiga, señor. No es decisión suya. Según la ley, todos los niños de Ylandra tienen la obligación de dejarse examinar por…

—Por un guardián, lo sé, conozco la ley. Si son elegidos pasarán los siguientes siete años de su vida entrenando en La Escuela.

—Exactamente. Ahora, si me permite la entrada…

A Allyson se le estaba terminando la paciencia.

—Creo que no. Solo los niños de diez años tienen esa obligación. A mis sobrinos aún les queda tiempo.

El hombre tenía razón. Allyson no contaba con ningún apoyo legal para entrar en esa granja y, desde fuera, poco podría averiguar.

—Será solo un segundo, señor —aclaró casi suplicante.

—Lo siento, pero no.

—¿Qué guarda con tanto celo? —dijo Allyson, se acercó y le tocó. Solo un suave roce en el hombro. Lo suficiente para alcanzar su objetivo.

El pasado de aquel hombre se paseó por sus retinas. Su madre, agotada de un alumbramiento anterior, sudorosa y jadeante, empujando para sacarle al mundo. Una cómoda y feliz infancia en Ciudad Gloria.

Entrenamiento para la batalla. Peleas y discusiones familiares. Llanto y pena y rabia por la muerte de su padre y aún peores sensaciones por la de su madre. Miedo y soledad. Solo al final aparecían esos tres niños. Solo un segundo. Una imagen que se mezclaba con una enorme responsabilidad asumida, con amor y rencor. El amor para sus sobrinos, el rencor para su hermana. Y ahí estaba ella. De cabellos dorados y ojos azules. Dispuesta a todo. A mentir, manipular, secuestrar, torturar y asesinar para lograr su

objetivo: destruir La Escuela. Allyson la conocía por el nombre de Annelyn Vyvas.

Disimuló su visión cuanto pudo y, para cuando sus ojos volvieron a mostrarle solo el presente, se encontró con la misma cara desganada frente a ella. Al verle así reconoció no solo el parecido que tenía con su hermana, sino también el que ambos tenían con su padre. El maestro Izan había engendrado dos criaturas preciosas. Condenadas desde su concepción, pero preciosas. Si alguien supiera de su existencia, los matarían, a ellos y a sus hijos. De ahí la sequedad y brusquedad de aquel encuentro.

—No es exceso de celo, maestra. Valoro mi intimidad.

Allyson asintió y, nuevamente, se obligó a suavizar los gestos.

—No le molesto más, señor —dijo—. Que pase un buen día.

El hombre no se despidió. En su lugar, permaneció impávido observando los movimientos de Allyson. Esta desató su yegua, montó sobre la silla y, esta vez sí, la espoleó al máximo.

Debía alcanzar Viendavales y poner en conocimiento de todas las autoridades, republicanas y escolares, la verdadera identidad de Annelyn Vyvas. Debían detenerla antes de que pudiera escapar. Luego, un regimiento tendría que ser enviado a los Altos Silenciosos y capturar al hermano y a los tres niños. Por último, serían trasladados a La Escuela y, una vez allí, ajenos a miradas curiosas o juiciosas, tendrían que ser ejecutados. Los maestros no engendraban hijos. Era una regla antigua. Demasiado antigua como para romperla. Ylandra en todo su conjunto la aceptaba y la ejecutaba.

Calló de bruces contra el suelo tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de saber qué había ocurrido. Un fuerte dolor se extendió por su cabeza y cuando se palpó el pelo descubrió un buen reguero de sangre. Aquella herida no era producto de la caída. La caída había sido consecuencia de lo que fuera que le había hecho eso.

Quiso levantarse con la mayor premura posible, pero el peso de una bota sobre su espalda se lo impidió.

—¿Por qué no podéis dejarnos tranquilos? —dijo la voz del hombre.

Apartó la bota de la espalda y permitió que Allyson girara sobre sí misma hasta colocarse con la vista hacia el cielo. Aquel hombre iba armado con una afilada hacha. Del pantalón le caía la honda con la que le había lanzado la piedra que la había derribado.

—Por favor, señor, no sé qué cree que…

—¡Cállate! Sé perfectamente quién eres y lo que ibas a hacer. ¿Quieres saber algo? Lo habrías conseguido. En menos de dos meses esos tres niños, mi hermana y yo hubiéramos sido ejecutados por la mano de La Escuela a la que sirves. Y tú te habrías convertido en toda una celebridad. Todo lo de Aleyn… ¡puf! ¡Olvidado! La Escuela te habría otorgado un buen puesto en sus tierras, quizá de profesora de estudios cronistas, y tu vida habría dejado de ser tan patética como es ahora. No es eso lo que tú has visto, ¿verdad? Pero has visto lo suficiente para saber que aquello podría pasar. No puedo permitir que ocurra.

El hombre levantó el hacha.

—No, por favor —suplicó Allyson.

—Relájese, maestra —dijo y dejó caer el brazo.

Golpeó con el mango su cara y Allyson se desmayó.

OceanofPDF.com



La vuelta a la rutina supuso para Mara una suerte de alivio comedido en el que refugiarse de sus últimas y desagradables experiencias. Tras su larga recuperación, descubrió que la vida de la villa continuaba tal cual la había dejado. Los maestros, aspirantes y guardianes parecían haber olvidado las tragedias y las muertes y solo un persistente eco de amargura resistía el día a día.

El maestro Senén permitió la salida de Mara unos días antes de los exámenes finales. Eran tiempos duros para cualquier aspirante. Escondidos entre montañas de libros, la mayoría se pasaba horas refugiado en la biblioteca, poniendo a punto sus conocimientos al tiempo que aprendían a controlar sus nervios. El resultado de los exámenes no determinaba la permanencia en La Escuela, pero sí tenía un impacto directo en la relación con los mentores. Un mentor podía desprenderse de uno de sus protegidos si consideraba que sus calificaciones eran demasiado pobres. Así mismo, un aspirante destacado podía optar a cambiar de mentor, en busca de otro con mejores habilidades.

El examen consistía en una serie de preguntas que el aspirante debía responder frente al tribunal, presidido por el director de la villa y compuesto por los profesores de cada una de las seis disciplinas. Al llegar, el aspirante

elegía las materias de las que sería evaluado, los profesores debatían el orden de las preguntas y luego comenzaban.

Mara pronunció el nombre de Siara Roscharch, por supuesto, y luego nombró a la profesora de Sanación Desislava Jawo y al profesor de Brebajes Kolvak Lombard. El orden no había sido elegido por casualidad. La confianza de Mara en sus conocimientos de alquimia y sanación era fuerte, pero se sabía negada para los brebajes y esperaba poder retrasar su humillación cuanto fuera posible. Sin embargo, fue precisamente el maestro Kolvak quien preguntó en primer lugar.

Preguntó sobre compuestos, fórmulas, teorías y definiciones de términos. Las respuestas de Mara estuvieron a la altura en cuanto a teorías y definiciones, pero erró casi todas las fórmulas y reconoció no haber estudiado en profundidad los compuestos. El maestro Kolvak se mostró duro, recalcó la importancia del estudio y la concentración e insinuó que no estaba satisfecho con el rendimiento de Mara. Ella bajó la cabeza y se disculpó. Era consciente de que no había hecho un buen trabajo.

El ambiente mejoró cuando la profesora Desislava procedió con sus preguntas. Mara mostró un claro dominio de la biología humana y sus afecciones. Detalló tratamientos y métodos de evaluación y se atrevió con algunas teorías médicas sobre las que Tate le había puesto al corriente. La profesora Desislava quedó complacida, la felicitó e hizo un gesto hacia Siara, reconociendo su mentoría.

Siara se lo agradeció y miró a Mara. Una media sonrisa cruzaba su rostro.

—Durante este año he visto todo lo que quería ver, Mara. Has colmado mis expectativas. Solo tengo una pregunta para ti. ¿Sabes lo que son las seis pruebas del alquimista?

—No —respondió Mara sonrojada.

—Lo sabrás muy pronto —dijo su mentora con voz pícara, como si estuviera ocultando un secreto.

Por lo general, los exámenes fueron bien para el resto del grupo. Quien peor parecía haberlo hecho era Ezra, cosa que no sorprendió a ninguno de ellos. Ezra había estado más tiempo en Lanti's Cloe conquistando jovencitas que en clase y Mara dudaba que conociera el interior de la biblioteca. Aun así, su mentora, la profesora de Artes Sagradas Enara Stapel, había quedado suficientemente satisfecha. Y, aunque apenas quiso reconocerlo o hablar de ello, la más valorada por los profesores fue Tate. Bordó las preguntas sobre sanación, superó con creces las expectativas del profesor de Brebajes y dejó satisfecha al profesor de Mentalismo.

—¡Lanti's Cloe! —gritó Ezra—. No olvidaréis esta noche, os lo garantizo. Conozco un par de lugares que… ¿sabéis qué? Lo sabréis cuando lo veáis.

Lanti's Cloe se vestía de fiesta en aquellos días. Maestros y aspirantes abandonaban la cómoda rutina de la villa y se dejaban hechizar por las bondades y lujurias de la capital de La Escuela. Los locales contrataban músicos, las posadas se preparaban para una ocupación masiva y las calles se llenaban de luces y comerciantes.

La taberna Las Tres Conjuras estaba abarrotada cuando llegaron, pero Ezra se las arregló para conseguir una mesa en un lugar discreto. Al cabo de unos minutos, un camarero acudió entre malabarismos con seis jarras de cerveza, las dejó sobre la mesa y dio un fuerte apretón de manos a Ezra.

—Pulio, estos son mis amigos. Lewis, Tate, Otylia, Amilia y una paisana tuya, Mara.

—¡Bienvenidos todos!

—Este es Pulio. Es el primo del dueño del local, así que tratadle bien o no me dejarán volver por aquí —bromeó Ezra riendo.

—En realidad, mi madre es la prima de la madre del dueño, así que… —dijo Pulio—. Del oeste, ¿eh? —preguntó en dirección a Mara.

—Viendavales, sí.

—Terentena. Y perdona que te lo pregunte pero, ¿qué hace una chica de Viendavales con un anirio tramposo como este?

Ezra le dio un manotazo.

—¿A quién llamas tramposo, hombre? ¡Vamos! ¡Creí que éramos buenos amigos!

—No te dejes engañar, Mara. Te robará el alma y luego te la revenderá.

—¡Así soy yo! —gritó Ezra riéndose—. Oye, Pulio, preocúpate de que la cerveza siga llegando, ¿de acuerdo? No quiero ir a beber un sorbo y darme cuenta de que está vacía.

—¿Desea algo más el señor?

—¿Cuándo va a empezar la música? He hablado mucho y muy bien de este antro esta noche. Espero que no me decepcione.

—Los músicos tocarán cuando les apetezca. ¡Ah! Y si quieres las cervezas te levantas tú y vas a por ellas. Estas que te he traído han sido solo por cortesía hacia tus amigos. En serio, muchachos, alejaos de este tipejo. No vale la pena.

Removió el pelo de Ezra y se marchó.

—¡Guau! —exclamó Lewis—. ¿Quién demonios eres tú? ¿De qué conoces a esta gente?

—¿Esta gente? Son mi gente. Desde que la esclavitud fue abolida en el norte, mi familia ha llevado cantinas, tabernas, posadas… Cualquier negocio en el que se venda alcohol, mi familia lo ha probado. Sé hablar con ellos. Eso es todo. Nos entendemos.

—¡Guau! —repitió Lewis.

—Bueno, ¿qué? ¿Brindamos? —Ezra levantó la jarra y el resto, como en un acto reflejo, le imitó. Luego se lo pensó mejor y volvió a apoyar la jarra sobre la mesa—. Hagamos algo. Que cada uno diga una cosa por la que brindar y brindaremos por todas ellas. ¿Os parece? —Todos asintieron, con las jarras en alto—. Empiezo yo, chicos. Brindo por los buenos amigos.

—Yo brindo por la gran oportunidad que nos han dado al permitirnos estar aquí —dijo Otylia.

—Maldita sea, yo brindo por todos nosotros, chicos —añadió Lewis—. Porque somos geniales y por los buenos momentos que hemos pasado juntos.

—¿Me toca a mí brindar por el amor? —preguntó Amilia—. Por el amor, entonces.

—¡Y por el sexo! —exclamó Ezra y se echaron a reír—. ¡Tate! ¡Te toca!

—Por Kiara —dijo esbozando una mueca de tristeza.

—Por Kiara —susurraron todos casi al unísono.

—Por Nala —terminó de decir Mara.

Todas las miradas se giraron hacia ella. A ojos de sus amigos, Nala se había vuelto loca y había asesinado a Kiara, pero después de escuchar a la profesora Stapel Mara no estaba tan segura. No sabía si Nala había actuado de esa forma debido a una posesión divina o simplemente porque había perdido totalmente el juicio, pero sí sabía que la persona que la había atacado no era su amiga. No solo habían perdido a Kiara, sino también a Nala, y Mara creía que, al menos, merecía ese brindis.

Ninguno de sus amigos dijo nada. Levantaron aún más las jarras y bebieron. Ezra terminó con ella, al igual que Otylia, pero el resto fracasaron en el intento.

—¿Otra ronda? —propuso Ezra en pie y se marchó a la barra.

Antes de que pudiera regresar con la bebida, una banda formada por un laúd, un arpa y un percusionista se subió a una tarima elevada y, tras un breve lapso de tiempo, se arrancaron con una melodía alegre y enérgica.

—¿Bailamos? —preguntó Amilia.

Otylia se levantó, Tate y Mara declinaron el ofrecimiento y Lewis se hizo de rogar, pero al final se rindió a la insistencia de las dos chicas.

—¡Devolvedlo de una pieza! —gritó Mara.

Les vio alejarse hasta el centro del local, se hicieron un hueco, esperaron el compás adecuado de la melodía y comenzaron a bailar.

—¡No lo hacen nada mal! —observó Tate sorprendida.

—¡Ni siquiera conocen el baile, Tate! Esto es El mejor piñón de cuantas piñas. Es una canción muy antigua y hay una forma de bailarla. Esos tres no saben ni uno de sus pasos.

—Pues no lo parece.

—Tienen cierto encanto, lo reconozco. Pero el baile no es así.

La canción terminó entre aplausos, vítores y alguna que otra obscenidad y la banda se arrancó con otra mucho más pausada, pero de bello contenido. Mi única conquista relataba las andanzas de un joven bardo esclavizado por un malvado rey para que le escribiera preciosos poemas con los que conquistar a una doncella. Cuando la muchacha descubre la verdad, libera al bardo y huye junto a él. Su romance nace y crece durante tres días y, al cuarto, el rey les encuentra. A él le mata y a ella la encierra en una torre y le prohíbe cualquier compañía. Una canción triste de la edad de los Reinos Bastardos. A Tate, sin embargo, le encantaba. Muchos días se la encontraban tarareando y susurrando algunas estrofas, así que cuando los dedos del arpista empezaron a golpear las cuerdas, Otylia y Amilia hicieron gestos para que Tate se les uniese. Esta declinó la oferta con algunos aspavientos.

Mara le animó a unirse al baile.

—No quiero. No sé bailar —respondió.

—¡Claro que sabes! ¡Te vi bailar en el torneo!

—Eso fue diferente.

—¿Por qué?

—Bebimos muchísimo —dijo Tate.

—Bien, bueno, pues eso tiene arreglo —cogió la jarra de Tate, sopesó cuánto le quedaba y la rellenó con su propia cerveza—. ¡Vamos, bebe!

—Pero…

—Nada de peros. Has estado tres semanas encerrada en ese sanatorio para asegurarte de que yo estaba bien. No creas que no me he dado cuenta. Te mereces divertirte. Así que bebe o no bebas, pero vas a salir a bailar.

Tate protestó, cogió la jarra, bebió casi tres cuartas partes de su contenido y se marchó a bailar. Los chicos la acogieron con aplausos y gritos.

Mara les vio dar vueltas, reírse de ellos mismos y hacer el tonto. Le habría gustado unirse, pero el maestro Senén le había prohibido, de forma explícita, que bailara, corriera o luchara. Lo único que se le permitía era caminar y montar a caballo y, por fortuna, beber alcohol.

Ezra llegó con seis jarras de cerveza y con la frente cubierta de gotas de sudor. Se sentó al lado de Mara y se secó el rostro con un pañuelo.

—¿Dónde está el resto?

Mara les señaló. Lewis levantaba a Tate por encima de su cabeza y esta no hacía más que gritar mientras los demás reían.

—Ve con ellos —dijo Mara.

—¿Y tú?

—No puedo. Órdenes de Senén.

—Senén no está aquí, Mara.

—Pero Tate sí, Ezra. Senén le hizo prometer que cuidaría de mí y, créeme, no da esa impresión, pero cuando quiere es dura.

—¿Tate?

—Dura como mil demonios —dijo, y se echaron a reír.

—En cualquier caso, no pienso dejarte aquí sola. Considéreme esta noche su paladín, mi señora.

Tras tres canciones más, la banda se despidió y una pareja de chicas, una con una flauta y la otra sin instrumento alguno, subieron a la tarima. Los camareros apagaron algunas de las lámparas de aceite y el local quedó en penumbra. Era el turno de los enamorados. El grupo regresó a la mesa.

—¿Qué tal? ¿Cómo hemos estado? —preguntó Lewis limpiándose los labios con la manga.

—Nada mal —respondió Ezra.

Charlaron, bailaron y bebieron hasta la extenuación. Ezra cumplió su promesa, apenas se separó de Mara para ir a por más alcohol y se mostró atento y gracioso.

—Así que eres todo un seductor, ¿eh?

—Ni siquiera es necesario, la verdad —comentó Ezra—. A las chicas de la ciudad les encantan los aspirantes. Saben que no podemos atarnos, que es cosa de una noche y que tendremos algún remedio para el embarazo. Además, les encanta ir por ahí contando que han seducido a un maestro. ¿Te lo puedes creer? En Lanti’s, los que vivimos en las villas, somos casi como reyes. Imagino que con los hombres será igual. ¿Qué me dices, chica del oeste? ¿Alguna conquista que quieras compartir?

—¿Algún chico? —preguntó Mara.

—O chica. Ya sabes que en La Escuela eso no está mal visto.

—No, Ezra. Ni chicos ni chicas. He estado ocupada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Tú, Mara Roscharch? Podrías tener al chico que quisieras. De hecho, sé de buena tinta que al menos dos aspirantes están interesados en ti.

—¿En serio? —comentó Mara sonrojada.

—Es un secreto. Pero quizá podría interesarte.

—No lo creo —dijo Mara.

—¿No? ¿Por qué?

—No lo sé. Nunca me ha interesado… ya sabes, todo eso.

—¿Nunca? —preguntó Ezra horrorizado—. Mara, ¿me estás diciendo que tú nunca…?

—¿Tan raro es? Cuando eres aspirante apenas tienes tiempo ni fuerzas para otra cosa que no sea el entrenamiento y los estudios. ¿Quién tiene tiempo para…?

—¡Santo Daxal, Mara! ¡Todos tienen tiempo para aventuras! Y si no tienen, lo buscan.

—¿Todos? No te creo.

—Todos, Mara. Esos cuatro que están bailando ahí… En fin, todos. Es casi lo mejor que tiene este lugar. La gente no le da importancia a con quién te levantas. Se respira libertad. No tengas hijos, es la única norma. Si te casas la has fastidiado, eso desde luego. El matrimonio entre maestros es una cosa muy seria, pero el resto es lujuria y libertad. Es increíble que aún no hayas… ya sabes.

Mara no se lo había planteado. Nunca.

—Así que hay dos aspirantes que están interesados en mí. ¿Quiénes?

—Uno de ellos me mataría si descubriera que te lo he dicho y prefiero no tentar a la suerte —dijo Ezra—. Y el otro soy yo.

—No bromees —respondió Mara sonriendo.

—No lo hago —confesó Ezra devolviéndole la sonrisa.

—¿Tú?

—Sí, yo. Creo que eres encantadora. Por eso la gente quiere estar contigo. Y además eres humilde. Tan humilde que ni siquiera eres consciente de lo encantadora que eres. Lo cual es un encanto, por cierto. Estoy diciendo demasiadas veces la palabra encanto, ¿verdad?

Ezra bajó la cabeza y escondió el rostro tras la cerveza.

—Yo… Ezra. No tenía ni idea.

—Eso pensaba. Estaba esperando a que captaras el mensaje, pero al ver que no lo hacías… he decidido decírtelo.

—Bueno, pues me siento… no sé muy bien cómo me siento, la verdad —se sonrojó Mara evitando mirarle a los ojos.

—¿Te gusto?

—Bueno, eres mi amigo… —balbució Mara y antes de que pudiera continuar sintió el roce de unos labios sobre los suyos.

Se le erizó la piel, se le aceleró el corazón y al notar cierto placer, se dejó llevar. Y entonces una cara acudió a su mente. ¡Güido! ¿Hacía cuánto no pensaba en él? ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría bien? ¿Estaría vivo?

Todo rastro de placer quedó enterrado bajo esos pensamientos, los labios de Mara quedaron congelados y una mano empujó el cuerpo de Ezra, apartándolo de ella.

—Lo siento —dijo Mara—. Yo…

Pensó en Güido. Recordó su sonrisa y recordó su voz. Recordó los momentos en los que se sentaban a leer en voz alta y Mara le corregía y enseñaba. Recordó lo que sintió cuando aquel guardián le dijo que su futuro estaba en La Escuela. La última noche juntos, siendo aún dos críos, tallando sus iniciales en un árbol con la navaja que le habían quitado al juez. Y recordó lo que pasó después, cuando Mara se puso de puntillas y dejó un beso en la comisura de los labios de Güido.

—Te quiero —le había susurrado y Güido, con los ojos enrojecidos, la había abrazado.

OceanofPDF.com



Una gran roca de cuarenta varas y forma de media luna se elevaba sobre el punto más álgido de la montaña. Del extremo más alto caía una delgada línea de rocas, lo que le confería una forma de arco. El Arco de la cordillera de Odris, uno de los lugares más recónditos de Ylandra. Tan al norte y tan elevado que los inviernos se extendían a lo largo de la primavera y el otoño, dejando un constante manto de nieve en su superficie. Afortunadamente para Aleyn y Samael, la proximidad de la canícula había derretido la mayoría de la nieve de los caminos, regalándoles un viaje sosegado y tranquilo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Samael observando la imponente roca frente a sí—. Este es el arco al que se refería la anciana, ¿no?

—Estoy pensando —respondió Aleyn.

—¿Por qué te hizo venir aquí?

—No lo sé.

—Y ya que mencionamos lo que te dijo la anciana… ¿Qué quiso decir con lo de que nos condenarías a todos?

Aleyn se encogió de hombros. Tampoco lo sabía. Había evitado aquella conversación desde que salieron de Viendavales, pero no había logrado

sacarla de su cabeza. Mailen había intentado matarle mientras le gritaba que él les condenaría a todos.

—No es una anciana, Sam. No la llames así —le reprendió—. Es… fue la maestra cronista Mailen Lumeni. Merece nuestro respeto.

—Intentó matarte.

—Lo sé.

—De acuerdo, está bien. ¿Pero qué quiso decir con lo de que nos condenarías a todos?

Aleyn suspiró y apretó los puños.

—Lo más probable es que no signifique nada.

—Muy conveniente, ¿no te parece?

—¿El qué?

—Bueno, cuando te dicen que soy yo quien va a condenar este mundo, vienes a por mí, me secuestras y amenazas con matarme. Cuando eres tú el que guarda ese honor… lo más probable es que no signifique una mierda. Es muy conveniente. Para ti, quiero decir.

Samael pateó una piedra y observó cómo se despeñaba colina abajo.

—¿Quieres un consejo, chico? —dijo Aleyn molesto—. Nunca te fíes de las palabras de quien conoce el futuro. Sabrá qué decir y qué hacer para que tú hagas lo que él quiere. Sería como entrar en una partida de un juego amañado. Ganar es imposible.

—Y sin embargo aquí estamos. Unas palabras muy coherentes.

—Un día de estos voy a meterte todo ese sarcasmo por… — Al fondo del valle, casi cubierto por las faldas de una montaña, le pareció ver algo—. ¿Ves eso?

Samael levantó la mirada, se acercó a Aleyn y se cubrió del sol con una mano.

—Parece un, ¿edificio?

—Sí, ¿verdad? En marcha, pues.

—¿Quieres ir allí? Un edificio quiere decir que habrá gente. Y no creo que por aquí pasen muchos forasteros. Todo el que nos vea se quedará con nuestros rostros y apostaría mi vida a que hablarán de ello por lo menos un año.

—No te preocupes por eso. Si no encontramos nada interesante mataré a todos los habitantes del pueblo. Ninguno podrá reconocerme. Ahora, andando.

—Bendito sarcasmo —susurró Samael, poniéndose en marcha.

Les costó llegar al pueblo mucho más de lo previsto. Ningún camino llegaba hasta él, por lo que tuvieron que moverse por un frondoso bosque en el que la luz del sol apenas llegaba a tocar el suelo. Aleyn se guio gracias a la posición del astro y finalmente divisaron el primer edificio, un chamizo de adobe que hacía las veces de humilladero. No había nadie y no se escuchaba sonido alguno.

Aleyn sacó su sable.

—¿Qué ocurre? —preguntó Samael.

—Demasiado silencio. Debería haber gente y no la hay.

—¿Y eso qué significa?

Aleyn sacó un puñal con la mano que tenía libre y se lo tendió a Sam. Insistió para que lo cogiera al verlo dudar.

—Camina dos pasos por detrás de mí, como si fueras mi sombra. Si avanzo, avanzas. Si me agacho, te agachas. ¿Comprendes?

—Sí.

—Y guarda silencio.

Echó a andar y tras varios segundos escuchó los pasos de Sam a su espalda.

Conforme se adentraban en el pueblo, la densidad de árboles menguaba. En su lugar, diferentes chamizos, casetas, casas y edificios iban apareciendo. Sin embargo, no se escuchaba nada. Ningún sonido que delatase vida. Todo parecía pulcro y reluciente. Las malas hierbas no se abrían camino entre el empedrado de las calles y el polvo no inundaba el interior de los edificios. Era un pueblo fantasma.

La plaza, frente a la oficina del alcalde, formaba una estructura circular, rodeada de diferentes edificaciones, con una fuente en su centro. Aleyn se acercó a ella y miró el agua. Estaba limpia. Metió las manos y se mojó la cara y la nuca. Cuando abrió los ojos una sombra tembló frente a él, entre los recovecos de los edificios. Se separó de la fuente y empuñó el sable.

—No estamos solos —dijo.

Samael miró en todas direcciones, repasó los escondites potenciales y negó con la cabeza.

—Yo no veo a nadie.

—Están ahí. Son dos y tienen miedo —respondió Aleyn—. Deja el puñal aquí y aléjate de la fuente.

Aleyn apoyó el sable sobre el granito, esperó a que Samael hiciera lo propio con su arma y ambos retrocedieron varios metros.

—¿Qué estamos haciendo? —masculló Samael—. Si nos atacan….

—Tienen mucho miedo, Sam. Solo nos atacarán si creen que somos una amenaza, así que no hagas ninguna estupidez y deja que sea yo quien hable —le advirtió.

Se separó de Sam y miró al frente.

—¡Podéis salir! —gritó, y el eco se levantó en las montañas—. ¡Estamos desarmados!

Nada se movió. Una ligera brisa de viento levantó algo de polvo, pero nada más.

—Nada —recalcó Samael.

Aleyn le mandó callar y señaló a uno de sus flancos. En la oscuridad de un recoveco una flecha les apuntaba. Al verla, Samael retrocedió un par de angustiados pasos y levantó los brazos. Aleyn también los levantó.

—No estamos armados —repitió en dirección a la flecha—. No queremos haceros daño.

Un muchacho castaño de no más de trece años, de raza aniria y ropas desgajadas, salió del escondite, sosteniendo una robusta ballesta. Apuntó al pecho de Aleyn.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

La voz le temblaba, pero la mano se mantenía firme apuntando a su objetivo.

—Me llamo Aleyn —respondió—. Él es Samael. ¿Por qué nos estás apuntando?

—Tengo que protegerme.

—Lo entiendo, pero no somos ninguna amenaza. ¿Quién más está contigo?

—¡Nadie! —respondió el muchacho.

Mentía. Aleyn había sentido una presencia más débil a su lado. Les unía un fuerte vínculo emocional.

—Tu hermana, ¿tal vez? —indicó Aleyn.

El muchacho permaneció en silencio, con el dedo sobre el disparador de la ballesta.

—Quiero que se vayan —dijo al fin—. Cojan sus cosas y márchense. O les mataré.

Samael chasqueó la lengua y el muchacho le apuntó.

—¿Sabes usar eso? —le preguntó.

—¿Quieres verlo?

Aleyn avanzó un paso y el muchacho cambió de diana. Aleyn se detuvo.

—Parece que sí sabes usarla —comentó Aleyn—. Pero somos dos. Si disparas no tendrás tiempo de recargar.

—Ya veremos —respondió el chico—. ¿Por qué no se van? ¿Quieren que les mate? ¡Porque lo haré! ¡A los dos!

—Estás asustado, lo entiendo —dijo Aleyn—. Cuando estamos asustados es cuando hacemos estupideces y, en una situación como esta, una estupidez es la diferencia entre la vida y la muerte. ¿Cómo te llamas?

—Bren —titubeó, con perlas de sudor en la frente.

—Quieres vivir, ¿verdad, Bren? —El muchacho asintió, sin dejar de apuntar a Aleyn—. Bien, continúa apuntándonos si te sientes más seguro, pero no cometas la estupidez de disparar. No sobrevivirías y ninguno de los que estamos aquí querría eso. ¿Comprendes?

—Váyanse —les suplicó Bren—. Por favor. Sigan su camino.

—Lo haremos, pero antes necesito respuestas —respondió—. ¿Dónde está el resto de la gente?

—Se fueron.

—¿Todos? ¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Por qué se fueron?

—No lo sé.

—¿Y vosotros? ¿Por qué no os fuisteis con los demás?

Bren vaciló, pero terminó negando con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Hay algo que sepas? —se burló Samael.

Bren le apuntó y en su rostro apareció la humillación y la rabia.

—¡Cállate, Sam! —le gritó Aleyn—. Perdona a mi amigo, Bren. Deja de apuntarle y apúntame a mí. Vamos. —Bren obedeció—. Creo que no nos

estás contando la verdad. Sí sabes algunas cosas.

—¿Qué importa eso? —preguntó desesperado.

Aleyn le tenía donde le quería. El chico estaba aterrorizado. Era solo un niño con el anhelo de encontrar una figura de autoridad en la que confiar.

Aleyn solo tenía que empujar en ese sentido.

—Tal vez podríamos ayudarte.

—¿En qué?

—Es obvio que tienes miedo —observó—. Has visto cosas malas y temes que lo que ha deshabitado este pueblo vuelva a por ti y a por tu hermana. Podemos ayudarte a protegerla. Podemos protegerte.

—Sé protegerme bien —respondió.

—¿Qué harás? Nosotros no vamos a irnos y tú no puedes disparar sin comprometer tu propia vida. Parece que no tenemos muchas alternativas, ¿verdad? Sin embargo, se me ocurre que si estuvieras convencido de que no suponemos ninguna amenaza podrías bajar la ballesta y podríamos hablar. ¿Me equivoco?

—No me convencerán de eso.

—Imagino que hablando no. Pero qué dirías si, por ejemplo, estuviéramos atados con las manos en la espalda.

—¿Y cómo voy a atarlos? ¿Cree que soy estúpido? ¿Está intentado engañarme?

Bren avanzó hacia Aleyn y apuntó hacia su cabeza con firmeza y determinación. Apoyó el dedo sobre el disparador. Esta vez, Aleyn no retrocedió.

—Piensa en tu hermana, Bren —dijo—. Si disparas, mueres. Tu hermana no sufrirá ningún daño, pero te perderá y, si no me equivoco, eres lo único que le queda. No me gustaría hacerle eso, así que relájate. Sigue apuntando si quieres, pero relájate. —Bren titubeó, pero terminó apartando

el dedo del disparador—. ¿Qué te parece si yo ato a mi compañero y después tú me atas a mí? Tu hermana puede apuntarme con la ballesta mientras tanto.

—No sabe manejarla.

—Puede atarme ella.

—No la meta en esto.

—Puedes atarme, ¿verdad, pequeña? —preguntó Aleyn elevando la voz. Una cabeza de mirada curiosa sobresalía de un recoveco.

—¡Mía! ¡Vuelve a esconderte! —reprendió su hermano.

—Puedo atarle, Bren.

—Buena chica —dijo Aleyn.

—¡No! No se acercará a usted.

—¿Se te ocurre alguna otra forma de solucionar esto y que todos terminemos vivos?

—Ya se lo he dicho. ¡Váyanse!

—¿Alguna otra? —insistió Aleyn.

—Sé hacer nudos, Bren. Papá me enseñó.

La niña, aniria y de pelo castaño, con rasgos muy parecidos a los de su hermano y varios años menor que él, salió de su escondrijo, se sacudió el polvo de su vestido floreado y caminó hasta él. Bren intentó persuadirla de que no lo hiciera, pero la niña no cedió.

Aleyn sacó una cuerda de uno de sus bolsillos y le indicó a Samael que se acercara a él.

—No vas a atarme.

—Te aseguro que sí —le respondió Aleyn.

Samael ni siquiera luchó. Conocía lo suficiente a Aleyn para saber cuándo luchar no servía de nada. Se aproximó a él, se puso de espaldas y

dejó que Aleyn le atara las muñecas. Luego le empujó para que se alejara un poco. Sacó otra cuerda y la tiró a los pies de la pareja de hermanos.

—Te toca, pequeña —señaló mirando a Mía.

La niña avanzó ignorando las palabras de su hermano, agarró la cuerda y avanzó hasta Aleyn. Bren la siguió. Cuando la niña estuvo a pocos pasos de Aleyn, su hermano le ordenó que se detuviera. Mía obedeció, en parte asustada por la envergadura de Aleyn.

—Si hace un solo movimiento apretaré el disparador. Se lo juro.

Aleyn se llevó las manos a la espalda y sonrió en dirección a Mía.

—¿Sabes hacer muchos nudos?

—Mi papá me enseñó —respondió la niña.

—Muy bien. Quiero que te pongas detrás y me ates las muñecas con el nudo más fuerte que puedas hacer, ¿vale?

La niña rodeó a Aleyn en un arco demasiado amplio y después se acercó a su espalda. Aleyn notó que colocaba la cuerda alrededor de sus muñecas, que intentaba atarla y que se le caía al suelo. La niña se quedó petrificada en su sitio y Bren se aproximó, con la cabeza de Aleyn en el centro de la diana.

—Se te ha caído —dijo Aleyn—. No pasa nada. A todos se nos caen las cosas a veces. Respira hondo y recógela, ¿vale? —Mía asintió, respiró hondo y se agachó a recoger la cuerda—. ¿La tienes?

—Sí.

—Muy bien. Lo estás haciendo muy bien. Ahora tienes que atarme las muñecas. No tengas miedo de agarrarlas y colocarlas para que te resulte fácil. —Mía, más decidida que la vez anterior, colocó la cuerda, enrolló bien las muñecas y las anudó. Tiró con fuerza para cerrar el nudo—. ¡Guau! ¡Qué fuerza! ¡Casi me arrancas las muñecas!

La risa de la niña se dejó oír en la plaza.

—Lo he hecho bien, ¿a que sí?

—Mejor que bien —respondió Aleyn.

—¡Mía! ¡Ven aquí! —le ordenó Bren y su hermana, algo reticente, obedeció. Cuando estuvo a su lado, Bren observó a los dos hombres y bajó la ballesta—. ¿Qué quieren?

Antes de que Aleyn pudiera responder, Mía se le adelantó.

—¿Quieren cenar? —preguntó—. Tenemos estofado de ternera.

—No, Mía.

—¿Por qué no?

—Lo cierto es que estamos hambrientos —dijo Samael.

—¿Lo ves? —reprendió Mía a su hermano.

La discusión no se prolongó mucho más. Bren cedió a las demandas de su hermana, aunque les advirtió que no hicieran nada estúpido. Les condujeron hasta una casa de dos plantas en la que Aleyn no podía estar completamente erguido y les sentaron a una mesa.

—Esperen aquí y no se muevan. Tengo que encender el fuego —exigió Bren—. Si oigo algún ruido volveré con la ballesta.

Una luz en pendiente entraba por la ventana, iluminando aquella pequeña estancia.

—Sabes que puedo soltarme, ¿verdad? —preguntó Samael en cuanto estuvieron a solas.

—Sí —respondió Aleyn—. Yo también puedo. Pero no lo hagas. Además, están a punto de soltarnos ellos. No creo que a ninguno de los dos les apetezca darnos de cenar.

Al cabo de un rato volvieron Bren y su hermana. Llevaban cuatro cazos con el guiso y cucharas de madera. De los cazos aún salía una humareda y, acompañándola, el mejor aroma con el que podrían soñar. Las tripas de

Samael rugieron y, acto seguido, las de Aleyn le superaron. Mía empezó a reírse.

—Si les suelto… —empezó a decir Bren—, si les suelto ¿me prometen que no harán nada malo?

—Te lo prometo, Bren —afirmó Aleyn.

Bren miró a Samael y este asintió.

—Está bien.

Bren se levantó de la mesa, pero antes de que llegara a Aleyn este ya se había soltado. Cuando se fijó en Samael vio que también lo había hecho. Al principio desconfió de aquel gesto, pero luego lo comprendió. Volvió a sentarse.

—¿Podían haberse soltado todo este rato?

—Desde el principio, sí —respondió Aleyn.

—¿Y por qué no lo hicieron?

—La confianza es un bien muy escaso y muy preciado. Y como todo lo que es escaso y valioso cuesta mucho esfuerzo conseguirlo. Me gustaría que confiaras en nosotros, Bren, y quería mostrarte que haremos todo lo que nos digas para conseguirlo.

—A mí me caen bien —balbuceó Mía con los carrillos llenos de ternera.

—¡Santo Daxal! —dijo Samael—. ¿Soy yo o este estofado está delicioso?

—No eres tú —le respondió Mía—. La receta es de mi mamá, pero este lo he hecho yo.

—No te creo —dijo Sam.

—¡Que sí! ¡Que lo he hecho yo! ¡Díselo, Bren!

Bren sonrió, acarició el pelo de su hermana en un gesto tierno y asintió en dirección a Samael.

—Pues me inclino ante usted, señorita. Esto está para mojar pan y darse un par de paseos por la plaza después.

Mía se echó a reír con tanta fuerza que un trozo de ternera salió despedido, hasta caer sobre la camisa de Sam. Todos se echaron a reír y las dudas y remilgos quedaron enterrados.

La cena transcurrió entre bromas y anécdotas distendidas. Mía, a pesar de su corta edad, tenía una mente aguda y despierta y un don para las chanzas. Cuando reía, el resto la acompañaba y entonces ella reía más.

La oscuridad se extendió por todos los alrededores, Bren acompañó a Mía a la cama y Aleyn y Samael se encargaron de recoger y enjuagar los cuencos y las cucharas. Luego salieron a la oscuridad de la noche y se sentaron en los peldaños de la entrada de la casa. Bren apareció poco después y se sentó a acompañarles.

—Esa niña es un encanto —comentó Aleyn—. Entiendo que quieras protegerla.

—Solo le quedo yo —respondió Bren—. No puedo perderla.

—¿Y tus padres? —preguntó Samael.

—Se fueron.

—¿Igual que el resto de la gente del pueblo? —interrogó Aleyn.

—Sí.

—Es momento de que nos cuentes qué ha pasado aquí, Bren.

El chico se movió incómodo, se rascó el brazo y se puso en pie.

—No sé qué pasó.

—Cuéntanos lo que sepas.

Bren cerró los ojos y suspiró.

—Está bien —dijo—. Empezó hará un mes. En el pueblo apenas somos cien personas. Todos nos conocemos y si alguno desaparece, todos nos enteramos. El primero en irse fue el señor Abot. Desapareció en plena

noche. Luego empezaron a desaparecer otros. El carnicero, el mozo de las cuadras, el regente de la mercería, la hija del herrero… Todos los días desaparecía alguien. Y lo más extraño fue que, después de un tiempo, empezó a no importar, ¿entiende?

»Recuerdo que se levantó cierto revuelo cuando desapareció el señor Abot. Incluso salieron a buscarle. Pero cuando desapareció la hija del herrero a todo el pueblo le dio igual. ¡Incluso al herrero!

»La gente empezó a comportarse como si no tuviera voluntad. Un día llegué a la plaza del pueblo y no oí ni un sonido. Había personas a mi alrededor enfrascadas en sus tareas, pero nadie hablaba con nadie y cada vez había menos personas con las que hablar.

—¿Y la gente de fuera? ¿Comerciantes, agricultores, ganaderos? Un pueblo así debe recibir muchos visitantes de los pueblos cercanos, ¿no?

—Dejaron de venir —respondió Bren sorprendido, como si fuera la primera vez que pensaba en ello—. Todos los días venía alguien de fuera, pero después de que esto empezara, dejaron de venir.

»Hace una semana quedábamos solo treinta y tres personas. Todos los anirios del pueblo.

—¿Solo los anirios?

—Sí.

—¿Y siguieron desapareciendo?

—No. Ninguno se fue. Pero hace tres noches…

La voz de Bren se extinguió. Su mirada quedó clavada en un punto cualquiera de la habitación y su respiración se agitó.

—Tranquilo —le susurró Aleyn.

—Hace tres noches volvieron —concluyó al fin—. Todos los vecinos del pueblo aparecieron por la noche. Llevaban espadas y no parecían ellos. Caminaban muy rectos y muy rápido. Cogieron… nos persiguieron a todos

y lucharon contra los que se enfrentaron a ellos. Mi padre me dijo que me escondiera y que cuidara de mi hermana. Así que yo me escondí. A la mañana siguiente estábamos solos. Hemos estado solos desde entonces.

¿Qué sentido tenía todo aquello? Todos los irios de un pueblo del norte se habían marchado, habían vuelto y se habían llevado a todos los anirios. ¿Por qué? Aleyn no encontraba lógica en aquella historia y, sin embargo, no dudaba un ápice de su veracidad.

—¿Nadie ha venido al pueblo desde entonces?

—Solo vosotros —respondió Bren.

—¿Por qué no os habéis ido? —preguntó Aleyn—. ¿No tenéis miedo de que puedan volver a por vosotros?

—No.

—¿Por qué?

—Se han ido. Los que hicieron esto se han ido. Tanto Mía como yo lo sabemos. Cuando salimos a la calle esa mañana sentimos que había terminado. Fue extraño, pero de verdad que lo sentimos. Así que lo que sea que haya hecho esto, ahora está en otro sitio. Este lugar es más seguro.

Aleyn continuó haciendo preguntas, pero apenas consiguió ninguna respuesta. Al cabo de un rato, Bren se fue a acostar, no sin antes indicarles dónde podían dormir ellos y Aleyn y Samael se quedaron solos, al amparo de la noche.

—¿Me explicas qué significa esa historia? —preguntó Samael sacando de su ensimismamiento a Aleyn.

—¿Qué quieres que te explique?

—Por qué los habitantes de un pueblo desaparecerían y después volverían para secuestrar a todos los anirios.

—¡Ah, eso! No lo sé.

—Perfecto —dijo Samael—. ¿Estamos seguros de que no aparecerán esta noche? Podrían habernos seguido.

—Bren está seguro y Mía también. Confío en ellos.

—Solo son dos niños.

—Que sepamos son las dos únicas personas que han sobrevivido a esto. Sea lo que sea.

—¿Y qué es esto?

Aleyn suspiró y miró a Samael.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Me encantaría, gracias.

—Alguien está formando un ejército. El chico lo ha descrito muy bien. «Como si no tuvieran voluntad». Alguien les está arrebatando su voluntad y les está utilizando como soldados. Y, por alguna razón, el poder de quien esté haciendo esto no funciona con los anirios, así que los soldados vuelven y los secuestran.

—¿Algo de lo que has dicho es siquiera posible?

—No lo sé. Quizá. Quizá no. Pero se acerca una guerra. Y no será como ninguna otra.

Samael le observó incrédulo, chasqueó la lengua y se rascó la barbilla.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber.

Aleyn se levantó y estiró la espalda mientras bostezaba.

—Eres libre —dijo al fin—. Mañana te acompañaré hasta Puerto Níveo. Te conseguiremos un pasaje hacia el este y desde ahí podrás volver a casa.

Samael frunció el ceño y arrugó la cara.

—¿Y ya está? —preguntó.

—¿Ya está? Es lo que querías, ¿no?

—Sí, no, bueno… —balbuceó—. ¿Y qué pasa con todo esto? Con la guerra. Con los *addais*.

—Tendrás que estar atento por si la orden reaparece. El resto no es cosa tuya, Sam.

—¿Y suya sí?

Aleyn le apuntó con el dedo índice.

—Si tengo razón, esta guerra será mucho peor que cualquier otra. Haré todo lo posible por evitar que ocurra. Tú no tienes por qué involucrarte.

—¿Y si falla? ¿Y si no consigue evitarla? ¿Hasta dónde se extenderá la guerra?

—Engullirá Ylandra entera.

—En ese caso ya estoy muy involucrado. Quizá pueda ayudar a evitar que suceda.

Aleyn soltó un bufido y se rio.

—Ni siquiera sabes luchar, Sam.

—Entonces enséñeme.

Una brisa se levantó entre ellos y una oleada de gélido viento les golpeó.

OceanofPDF.com



Alrededor de las muñecas de Allyson se cerraban dos grilletes unidos a una cadena bien asegurada en las argollas incrustadas en la pared del granero. Su cuerpo estaba tendido sobre el suelo y un reguero de sangre seca se extendía por sus cabellos y su rostro. Dos personas, un hombre y una mujer, de edad similar y rasgos fraternales, observaban el cuerpo de Allyson, pensativos.

—¿Qué sabe?

—Suficiente —respondió el hombre—. ¿Cómo ha sido posible, Annelyn? Me prometiste que tendrías cuidado.

—Lo sé.

—¡Son tus hijos a quienes estamos protegiendo!

—¡Lo sé!

—Entonces explícame por qué tengo a una maestra en el suelo de mi granero.

—No lo sé, Matty.

—Si no la hubiera detenido…

—Te lo agradezco.

—Sabes que yo…

—Sí y lo siento. Esto no debería haber pasado. Es un error. Uno muy grave. Pero no hace sino confirmar mis palabras. Corremos peligro y seguirá siendo así mientras La Escuela siga en pie.

Un silencio se prolongó entre los dos hermanos.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Matty.

—Cometió un error viniendo aquí.

—No puedes matarla, Annelyn.

—¿Qué otra cosa podemos hacer si no?

—Tanto si la matas y descubren su cadáver como si desaparece de un día para otro, La Escuela abrirá una investigación. Esa investigación les llevará hasta aquí y entonces se acabó. Piensa en qué otra cosa puedes hacer, hermana. Y hazlo rápido.

—¡Silencio! —dijo Annelyn levantando un dedo. Se acercó unos cuantos pasos al cuerpo de Allyson y sonrió—. Sé que estás despierta.

Así era. Allyson había escuchado toda la conversación. Ahora conocía los motivos de Annelyn y también sus limitaciones. Allyson se hallaba en una posición de total desventaja, pero ahora contaba con un arma. Abrió los ojos y se levantó sin apartar la mirada de Annelyn. Allyson se fijó en que su perpetua sonrisa, esa dulce mueca tan llena de arrogancia y desprecio, había desaparecido. Allyson estaba a punto de conocer a la auténtica hija del maestro Izan.

—Piensas que el hecho de saber que no voy a matarte te proporciona una ventaja, ¿verdad? —comentó Annelyn. Se acercó a Allyson y le clavó unos dedos tiesos y firmes en la barbilla—. Hay cosas mucho peores que la muerte, maestra. Solo debo encontrar la adecuada.

La soltó con desdén, se alejó de ella e hizo un gesto a su hermano para que la siguiera fuera del granero.

Lo primero que hizo en cuanto se cerraron las puertas fue tratar de liberarse de sus grilletes. Dobló la muñeca, probó a sacarlos a la fuerza y se planteó romperse el pulgar para favorecer la movilidad del hueso. A continuación tiró de las cadenas, pero tras no apreciar ninguna fisura en la sujeción de las argollas desistió de su empeño. Entonces se sentó a esperar.

Horas más tarde, Annelyn apareció con un vaso de agua y un cuenco de insípidas gachas. Lo dejó cerca de Allyson y se apartó a observar. Allyson se arrastró, bebió el agua y luego comió las gachas con las manos.

—¿Cómo diste con este lugar? —preguntó Annelyn.

—Soy una maestra cronista entrenada en La Escuela. Tenemos nuestros métodos y vendrán más. Es inevitable.

—Sí eres estúpida, sí —bufó Annelyn—. ¿No te das cuenta de que, si eso fuera cierto, mi única salida sería huir? ¿Crees que te dejaría viva en tal caso? —Allyson tembló y las piernas le flaquearon—. Volvamos a empezar. ¿Cómo diste con este lugar, Allyson?

—No pienso decirte nada.

Annelyn tomó una gran bocanada de aire y lo expulsó lentamente. Tenía los músculos tensos y los ojos furiosos. Se puso en pie y se acercó a la maestra.

—Sois unos asesinos —dijo—. Hasta el último rincón de tu escuela está manchado por la sangre de cientos de niños inocentes. ¿Alguna vez lo has pensado, Allyson? ¿Cómo sería que te arrancaran a tu niño de los brazos y le mataran? ¿Puedes imaginar qué sentirías?

—No, no puedo —respondió Allyson—. Renuncié a ello el día que me entregaron la capa de maestra. Juré que nunca tendría descendencia.

—Mis padres también lo hicieron. Pero después se enamoraron y pensaron que aquél era un juramento estúpido. Huyeron de La Escuela el día que supieron que mi madre estaba encinta. Solo para evitar que La

Escuela asesinara a sus hijos. ¿Fue un delito tan grave? Yo creo que no. He visto a maestros hacer cosas horribles y salir indemnes. La Escuela no es más que un agujero de hipocresía, odio y mentiras.

Tres palabras que describían muy bien la existencia de Allyson. Desde el día en que Aleyn le perdonó la vida y ella le dejó marchar, solo había experimentado hipocresía, odio y mentiras.

—Así que Aleyn está vivo… —murmuró Annelyn sonriendo.

Allyson levantó la cabeza y empezó a sudar por cada poro de su cuerpo.

—¡Sal de mi cabeza, bruja!

—Tarde, Allyson. Demasiado tarde —respondió—. Intentaste matarlo, pero te venció. Y le suplicaste que no te matara. Mentiste a todo el mundo, luchaste contra aquellos que pusieron en duda tu historia y te beneficiaste de esa mentira. Eres el vivo retrato de lo que representa La Escuela. ¿Qué crees que haría la cámara si descubriera que mentiste?

Allyson se vio con grilletes en los brazos y las piernas, escuchando una condena a muerte entre gritos e insultos. Al cerrar los ojos regresó al granero. En la garganta empezó a formársele un nudo y pronto se le extendió al corazón.

—¡Fuera de mi mente! —gritó desesperada.

Annelyn sonrió, sin esconder su arrogancia y crueldad.

—¿Tienes miedo, Allyson? ¿Quieres hacer un trato? —preguntó. Allyson le mantuvo la mirada, mordiéndose la lengua para no hablar—. Aún puedes salvar tu vida. Te olvidarás de nosotros y nosotros de ti. La Escuela no sabrá la verdad sobre Aleyn y tampoco sobre mí. Es un buen trato.

—Jamás haría un trato con alguien como tú. Tendrás que matarme.

Annelyn asintió, se acercó a una mesa cercana y se hizo con un martillo.

—De pronto no tienes miedo a la muerte, ¿eh? Era de suponer. Eres vieja y has sido infeliz durante los últimos catorce años. Morir supondría un complaciente descanso para ti.

La mente de Allyson se vio inundada por las alucinaciones que le enviaba Annelyn. Estaba sobre un cadalso y tenía una soga anudada al cuello. Un hombre a su derecha leía una cruel sentencia y decenas de asistentes asentían a cada palabra. Notó que perdía el control de los esfínteres y se orinaba encima. La multitud prorrumpió en carcajadas.

—Y ese día la historia de Allyson Lumeni llegará a su fin —dijo Annelyn—. La última Lumeni con vida.

La mente de Allyson viajó hasta Mailen. Revivió su muerte y el calvario que supusieron los veintidós años que se prolongó su enfermedad.

—¡Y ahí está! —exclamó Annelyn, triunfante.

Un enorme poder irrumpió en su mente y, casi como si fuera una enfermedad, se extendió por cada emoción, recuerdo y pensamiento. Todo se inundó de tenebrosas imágenes en las que los maestros de La Escuela la juzgaban, condenaban y sacrificaban. Imágenes de Aleyn perdonándole la vida. Imágenes de su maestra Mailen en la silla, catatónica, babeando y sin capacidad alguna para controlar sus esfínteres. Las imágenes aumentaron su velocidad. Cada vez más y más, hasta convertirse en meros borrones. La mente de Allyson se esforzó por mantener la cordura y, entonces, Annelyn chasqueó los dedos, todo se volvió oscuro y su cuerpo cayó al suelo.

El último recuerdo que tendría sería el de unos pocos intercambios entre Annelyn y su hermano.

—¿Solucionado?

—Sí.

—¿Qué le has hecho?

—Juzgarla por sus mentiras y encerrarla en una prisión hecha a su medida.

—Si un maestro la examinara…

—No encontraría nada sospechoso. Solo una maestra que sigue los pasos de su mentora.

Después, oscuridad y silencio.

OceanofPDF.com



Almos, preboste de la orden de los guardianes vidrieros de La Escuela, examinó la rosa, la maceta en la que estaba plantada y midió la altura y el diámetro. Se mesó la barba y rebuscó con unas uñas negras entre los huecos irregulares de sus dientes hasta que dio con un trozo de comida. Lo observó fijamente y finalmente se lo comió. A Siara se le revolvió el estómago. Había pedido los servicios de un vidriero altamente cualificado y se había sentido dichosa al saber que el preboste de la orden se encontraba en Villa Lumeni, realizando un trabajo para otro maestro. Al verle llegar, desgreñado, con una hirsuta barba gris, la piel grasienta y la sotana anaranjada luciendo grandes y numerosos lamparones, toda dicha quedó enterrada.

—¿Desea usted encerrar esta rosa en un recipiente de vidrio? —preguntó con cortesía y educación.

—Así es. Pero necesito que sea un espacio al vacío. No puede haber intercambio de aire con el exterior. También necesito que los ángulos que formen el recipiente y que el tipo de material elegido sean los más óptimos para atrapar los rayos del sol. Imagino que un recipiente de forma ovalada, carente de aristas, puede ser la mejor solución —explicó Siara apresurada.

Quería poner fin a aquello cuanto antes. Puede que fuera el mejor vidriero de Ylandra, incluso era posible que mereciera el puesto de preboste de su orden, pero nada de aquello tapaba o disminuía el pestazo a sudor rancio con el que que Siara tenía que lidiar.

Almos examinó nueva y detenidamente la rosa y la maceta para desesperación de Siara.

—La flor no sobrevivirá a este encargo. Las altas temperaturas y la falta de oxígeno la pudrirán en menos de un día —dijo.

—Ya me he ocupado de eso. Lo único que necesito es un recipiente capaz de absorber y retener el calor del sol y en el que, por supuesto, quepa esta flor. ¿Puede hacerlo?

—Mañana a primera hora podría tenerlo hecho.

—Eso sería estupendo, guardián.

—Así se hará entonces, maestra.

—Y ahora, si me disculpa, debo continuar con mis labores —se despidió Siara. Sonrió evitando mostrar sus verdaderas emociones y se giró hacia el banco de trabajo, a la espera de que el guardián se marchase. Sin embargo, no oyó movimiento alguno—. ¿Deseaba algo más? —preguntó Siara girándose hacia él.

Almos asintió.

—Darle la enhorabuena y también las gracias.

—Disculpe, pero no comprendo…

—Logró una victoria en el valle de Caldaso. Creo que es mi deber, como preboste de mi orden, darle la enhorabuena. Por otro lado, mi hijo es guardián de la orden militar. Personalmente le doy las gracias porque haya evitado un conflicto bélico con el norte. Prefiero a mi hijo en casa que luchando en una guerra.

Por un momento Siara se olvidó de la suciedad y el mal olor y vio al guardián como un simple ser humano a quien las noticias y premoniciones de una guerra le atenazaban el corazón.

—Nadie desea que haya una guerra, aunque, si debo ser sincera, yo apenas hice nada. Sería mucho más acertado que dirigiera sus agradecimientos al general Deacort.

Almos asintió, hizo una pequeña y breve reverencia y se marchó. En cuanto se hubo ido, Siara se acercó a las ventanas y se apresuró a abrirlas. Todas ellas. Temía que, de no hacerlo, aquel aroma a sudor reconcentrado, vómito y muerte se quedara impregnado en las paredes para toda la eternidad. ¿Cómo era posible que un guardián tuviera tal carencia en la higiene más básica? Más aún cuando era un hombre de gran talante, exquisitos modales y envidiada probidad.

Tras unos minutos de corrientes, Siara realizó una profunda inspiración y, cuando quedó convencida de que aquel aroma había desaparecido, cerró las ventanas. Al contrario que otros alquimistas, sabía del efecto que unas simples corrientes de aire podían tener sobre las fórmulas. Al fin y al cabo, el aire estaba formado por partículas capaces de transmitir una historia repleta de emociones y, por tanto, repleto de potencialidades y valencias alquímicas.

Volvió a tomar asiento en el taburete frente a la rosa y acarició uno de sus pétalos.

—Es el último intento. Tu última oportunidad —dijo—. Si esto falla te convertirás en el quincuagésimo proyecto que intento desarrollar y que termina en un estrepitoso fracaso. Así que hazme un favor y funciona. Me encantaría no tener la necesidad de encender el fuego en las noches de invierno.

—¿Maestra Roscharch? —preguntó una voz a su espalda.

Se trataba de un guardián al que Siara no conocía. Tenía la frente perlada de sudor y la respiración agitada y jadeante. Custodiaba un sobre con el sello del norte.

—Un despacho urgente, maestra —comunicó tendiéndole el sobre.

—¿Del norte?

—Del general Deacort.

Siara le arrebató el sobre y lo examinó. Estaba en blanco, excepto por el sello del estado impreso sobre la cera del cierre y la fecha en la que había sido escrito; cinco días después de su encuentro.

—¿Por qué no ha llegado a través de los cauces habituales? —quiso saber Siara.

—Me lo entregó un soldado del norte en las montañas. Soy un guardián ganadero, maestra. Me crucé con este soldado. Estaba muy nervioso. Dijo que lo estaban siguiendo y que debía entregar esta carta a la maestra Siara Roscharch de Villa Lumeni y solo a ella. Sin embargo, pensó que quizá yo supiera moverme más rápido por esos caminos y me traspasó la misión.

—¿Quién le estaba siguiendo?

—No lo dijo, maestra.

Tras agradecerle sus servicios y obsequiarle con una pieza de cobre, despachó a aquel guardián, rompió el sobre y extrajo una carta. Lo primero que le llamó la atención fue la caótica y descuidada caligrafía con la que había sido escrita. Deacort era, seguramente, uno de los hombres más pulcros que Siara había conocido; incapaz de entregar un escrito con tachaduras, líneas desiguales y torcidas y manchas de tinta. Sin embargo, eso era lo que Siara tenía entre las manos.

Querida Siara,

hace una semana fui un satisfecho testigo de cómo mis tropas obedecían el mandato de abandonar el valle. Temo que aquella orden haya

precipitado una serie de acontecimientos de los que será imposible escapar imposibles de eludir.

Siempre he creído y defendido la división del control del ejército. Fue motivo de orgullo y honor para el norte. Eso se ha terminado. Voces de traidor se alzan en mi contra en los últimos días. Fuera del ejército, en los estamentos más altos de la clase política, pero también, y esto es lo que más dolor me provoca, en el seno de mis tropas.

Veo cómo se manipula y miente y la guerra es inevitable, Siara. El gobernador y su séquito han convocado un ejército de treinta mil soldados. Caballería, infantería, arcabuceros y mosqueteros, máquinas de asedio y artillería de gran calibre. Calculo que atacarán en menos de un mes.

Yo no podré presenciarlo. Sé que mi muerte está próxima. Oigo rumores y susurros a mis espaldas. No llegaré a ser juzgado por traición. Me asesinarán antes de eso. Puede que cuando recibas esta carta, yo ya haya muerto.

Eres la persona en quien deposito mi confianza Dos razones me llevan a depositar mi confianza en ti. La primera es el poder que sé que eres capaz de reunir. La segunda es la bondad que siempre encontré en tu corazón. Ni el norte ni La Escuela vencerán en esta contienda; uno perderá más rápido que el otro, pero ambos perderemos. Sospecho que sea ese el objetivo de las fuerzas ocultas que nos acechan.

Confío en ti para descubrir esas fuerzas y evitar que esta guerra nos destruya.

Tu leal amigo, Robert Deacort,
general del Estado del Norte.

Releyó la carta una vez más y luego la dejó sobre la mesa. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. La carta había sido escrita hacía menos de una semana. Que Siara supiese no había informes de ningún gran ejército

amenazando la integridad de La Escuela. Tampoco se había oído nada acerca de la muerte o asesinato del general Deacort. En realidad, lo único que se sabía del norte era que habían abandonado el valle, aunque el resto de las medidas impuestas contra los maestros se habían mantenido, a la espera de una negociación entre ambos gobiernos. Según esa carta tal negociación no existiría. En su lugar, un ejército de treinta mil efectivos se preparaba para la guerra.

Siara era la única que conocía esos hechos. En su mano y astucia quedaba la toma de decisiones. ¿Qué debía hacer? ¿Informar a la cámara? Si lo hacía, La Escuela se prepararía para la guerra. Convocaría un ejército superior en número, fuerza y táctica al de su enemigo y lo aplastaría. Aquello jamás sería olvidado ni perdonado. La Escuela perdería a su aliado más antiguo y su supervivencia en Ylandra quedaría en entredicho.

Pero no podía no hacer nada. No podía sentarse a esperar que ese ejército les atacara. ¿Qué debía hacer entonces?

—No lo sé —se respondió a sí misma en su susurro.

Aleyn lo habría sabido. Aleyn habría tenido un plan de contingencia elaborado y listo para ser activado. Haría un extraordinario uso de la política, de la diplomacia y de la fuerza para solucionar aquella situación.

Y lo lograría. Pero a pesar de lo que pensaran el general Deacort o el director Kremy, Siara no era Aleyn y, desde luego, no era mejor que él. Nunca lo fue.

Negó con la cabeza y se fijó en la inútil brújula con la que, tiempo atrás, creyó poder localizarle. Nunca había funcionado. A pesar de todos sus esfuerzos e intentos, la aguja magnética nunca se había desviado del norte. Siara no había fracasado en su proyecto. Simplemente era imposible encontrar a una persona fallecida.

—Si estuvieras aquí… —dijo alargando el brazo y cogiendo la brújula.

La aguja tembló y quedó fijada unos grados a la derecha del Polo Norte. A Siara se le cortó la respiración. Movió la brújula, la sacudió y permaneció a la espera de que la aguja volviera a fijarse en su lugar. No apuntaba al Norte.

—Aleyn —musitó Siara, con el corazón atenazado por una esperanza marchita.

Guardó la brújula en uno de los bolsillos de su túnica, guardó el palo recogido en su espalda y salió de su laboratorio apresurada y con la mente volcada en recuerdos de un pasado remoto. Al dar la vuelta a la esquina tropezó con Mara.

—Lo siento, maestra —se disculpó Mara.

—Ha sido culpa mía —dijo a su vez Siara—. Tengo algo de prisa, Mara.

—¿Y nuestra clase?

—¿Qué clase?

—Me dijo que viniera ahora. ¿No lo recuerda?

—¡Claro! —mintió Siara—. ¿Sabes qué, Mara? Ahora no tengo tiempo. Vuelve mañana.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mara con el gesto preocupado.

Siara ya había emprendido su camino cuando Mara hizo aquella pregunta y no se detuvo. ¿Qué podía responderle, que llevaba quince años esperando ese momento y que no pensaba dejarlo escapar?

Llegó a los establos y buscó al guardián encargado de los caballos. Dado su trabajo con los potrillos conocía bien a todos los guardianes de las caballerizas y estaba segura de que, entre ellos, alguno había que la apreciaba.

—¡Mona! —gritó al reconocer a la guardiana de turno—. Necesito una de tus bestias.

—Buenas tardes, maestra —respondió Mona inclinando cortésmente la cabeza—. Claro, dígame, ¿para qué la quiere?

—No estoy segura. Necesito un animal fuerte. Que sea capaz de aguantar cuanto le pida.

—¿Busca velocidad o resistencia?

Siara se encogió de hombros. Ni siquiera sabía el lugar al que se dirigía.

—Lo mejor que tengas, Mona. Y lo necesito ya —dijo agotando su paciencia.

Mona entendió la premura incrustada en la voz de Siara y se dejó invadir por ella.

—Tengo la yegua perfecta, maestra. Fuerte, resistente y rápida. Pero es demasiado agresiva. Si interpreta que es más fuerte que el jinete, será imposible doblegarla. Yo aún no he conseguido montarla.

—Muéstramela.

Nunca había sido una gran amazona. Si podía elegir, prefería viajar en carro, pero en ese momento necesitaba una montura. Y no se conformaría con nada que no fuera lo mejor.

Mona la guio entre los establos y la dejó frente a una enorme yegua parda, de envergadura y musculatura imponentes. Siara se acercó a ella y le colocó las manos a los lados de la cabeza. Apretó.

—Necesito que me lleves a un sitio y lo vas a hacer —le susurró.

La yegua se encabritó, sus cuartos traseros empezaron a repiquetear en el suelo y su respiración se agitó. Siara imprimió más fuerza a sus manos y la yegua se calmó.

—Me la llevo. Prepárala.

Apenas unos minutos después galopaba con el viento en contra siguiendo la dirección de una brújula que no apuntaba al Norte. ¿Hacia dónde apuntaba entonces? ¿Hacia las montañas fronterizas? ¿Hacia el paso

subterráneo del río Arquetos? ¿Hacia Isla Ka’andra? Más allá no había nada salvo glaciares y muerte.

Siara alcanzó Villa Adahy caída ya la noche, pero no se adentró en ella. En su lugar quiso rodearla y continuar hacia las montañas, pero entonces la aguja de la brújula empezó a girar. Detuvo a la yegua y oteó frente a sí en la dirección que indicaba su instrumento. Villa Adahy, en las faldas de las montañas, se extendía ante ella; arquitectura y entorno en perfecta fusión. A unos escasos minutos tenía los edificios destinados a la enseñanza, los pabellones de los aspirantes, las residencias de los maestros y las casas de aquellos que podían permitirse pagar por gozar de una mayor intimidad. Una legua más alejada del centro neurálgico de la villa se elevaba la Cámara de los Maestros y, próxima a ella, la mansión del gran maestro. Siara habría apostado su vida a que era allí donde su brújula apuntaba. Le clavó los talones a la yegua y se puso en marcha.

No se equivocaba. La aguja indicaba el interior de la mansión, un edificio con un estilo arquitectónico propio de los años posteriores a la fundación y abandonado en todas las villas salvo en Villa Adahy y Villa Lumeni. La construcción, de base pentagonal y tres pisos de altura, era de estilo sobrio, carente de ornamentación y tracería. Los tejados de los tres pisos sobresalían formando unas líneas curvas que simulaban el meandro de los ríos.

Siara amarró las correas de su montura a un árbol, a apenas una docena de pasos de la entrada, acarició el cuello del animal y le susurró que no hiciese ningún ruido. Luego caminó hacia uno de los laterales de la mansión, siguiendo el camino indicado.

Conocía perfectamente la mansión y sus alrededores. Había vivido allí durante algunos años, durante el tiempo en el que Aleyn ostentó el cargo de gran maestro. Allí había pasado, quizá, los mejores y más felices años de su

vida. También los más sombríos. Un lugar manchado por múltiples paradojas. Ahora, aquella brújula que durante más de una década se había negado a funcionar la devolvía allí.

La aguja, al fin, quedó fijada en una dirección. Siara comprobó que, se moviera hacia donde se moviera, indicaba el mismo punto, y la guardó. Escaló un par de metros por la pared hasta auparse al alféizar de una ventana y trató de abrirla. Estaba cerrada con pestillo por el interior. Siara maldijo.

Sacó el palo y golpeó el vidrio de la ventana. Esperó en silencio, auscultando las sombras, tratando de escuchar el menor ruido que delatara una presencia. Salvo algunos grillos, el resto parecía estar en calma. Introdujo una mano en el agujero que había hecho, giró el pestillo y abrió la ventana. Se adentró en el despacho personal del gran maestro.

La decoración había cambiado, y mucho. Con Aleyn todo había sido austeridad, sobriedad y minimalismo. Lo que Siara tenía ante sus ojos se parecía demasiado al despacho de un rey. Demasiados adornos de oro y plata. Demasiada ostentación y lujosa bisutería. Siara bufó. De Andiles se hubiera imaginado cualquier cosa, pero confirmar sus sospechas no hacía que se sintiera mejor.

Sacó la brújula y observó que esta le señalaba una mesa de trabajo. Entonces una fuerte sensación de decepción la invadió por completo. Aquella mesa no era Aleyn. Observó la brújula y quiso aplastarla contra su puño, lanzarla lejos y destrozarla. En su lugar tragó saliva y respiró, dejando que una lágrima impotente se deslizara por sus mejillas. Se acercó a la mesa.

Unos papeles desordenados se extendían por su superficie. Siara dedicó unos segundos a ojearlos, pero no perdió más tiempo. Se trataba de asuntos rutinarios de La Escuela. Competencias habituales del gran maestro. Se fijó

en los cajones y, al querer abrirlos, se encontró con que estaban cerrados con llave. Aquello sí le resultó extraño. Buscó entre los objetos de la mesa alguno que pudiera serle útil, se hizo con un abre cartas afilado, lo introdujo por la cerradura del cajón y forzó hasta que esta se hizo añicos. Una montaña de sobres apilados descansaba en su interior. Sacó el primero y extrajo su contenido. Era una carta, fechada hacía solo unos días y remitida por el subsecretario del Estado del Norte, el señor Maxial.

Estimado G.M.:

El general Deacort ha ordenado la retirada de nuestras tropas del valle de Caldaso. He hecho cuanto he podido para evitar que tal medida, que tanto daño hace a nuestros intereses, fuera ejecutada, pero he fracasado. El ejército es fiel a sus oficiales y los soldados no temen desobedecer la orden directa de uno de sus gobernantes electos.

Resolveremos esta situación con la mayor brevedad posible. Si el general Deacort se niega a cumplir las órdenes del gobernador, será sustituido. Ya es hora de que las siguientes generaciones ocupen los puestos importantes y que las viejas glorias pasen a la historia.

Le detallaré más adelante nuestros nuevos planes para que pueda actuar en consecuencia. No obstante, sería conveniente que usted pudiera ejercer un mayor control sobre las decisiones de la cámara que preside. De ser así, toda esta situación podría haberse evitado.

Atentamente, D. M.

Subsecretario del Estado del Norte.

¿Qué demonios había leído? ¿Era cierto? ¿Andiles, gran maestro de La Escuela, estaba detrás de todo lo ocurrido con el valle de Caldaso? ¿Por qué? ¿Qué beneficios podía obtener él de una guerra que, tal vez, destruiría la institución que él mismo lideraba y presidía? Siara no tenía respuesta a ninguna de esas preguntas, así que dejó la carta sobre la mesa y cogió el

siguiente sobre. Estaba firmado por un tal Andreas Lumiere, un nombre que Siara no conocía.

Andiles:

Su fracaso pone en duda la confianza que mi empleador depositó en usted. Le advertimos hace casi un año de la amenaza que suponía que la maestra Siara Roscharch formara parte de la cámara. Intuimos que usted, a pesar de nuestras advertencias, la ha subestimado.

Es inaceptable.

Le hemos concedido toda la libertad para solventar este problema a su modo. Un año después, vemos que los resultados de sus tretas son baldíos. Mi empleador desea que este problema quede, por fin, resuelto y le exige a usted que tome las medidas oportunas para lograrlo.

Todos dormiríamos mucho mejor si supiéramos de la muerte de esa mujer.

Andreas Lumiere.

Arrugó el papel y lo aplastó en el interior de su mano. De repente entendía muchas de las cosas ocurridas durante aquel año. El empeño de Andiles por acusarla de haber atacado a Enara. Su insistencia en expulsar a Mara de La Escuela. Su denuncia por amenazas. En fin, Andiles llevaba un año buscando su ruina y, sin embargo, allí estaba Siara, alejada de todo peligro. Ahora le sugerían al gran maestro que la asesinara. ¿Quién era Andreas Lumiere?

Siara fue a coger el siguiente sobre, pero un ruido proveniente del pasillo la alertó. Guardó la carta de Andreas en su bolsillo y quedó paralizada cuando vio al gran maestro adentrarse en el despacho con una lámpara de gas de neón, un invento de los maestros brebajistas que despedía una intensa luz blanca. Avanzó hacia su mesa ensimismado en sus

pensamientos y se detuvo al ver a Siara. Se le cayó la lámpara en cuanto la reconoció y la luz se extinguió.

—¡Siara! —dijo en un titubeo nervioso. Entonces, se fijó en el cajón que estaba abierto y en la carta del subsecretario que descansaba sobre el resto de los papeles.

Siara rodeó la mesa y se acercó a Andiles.

—¿Qué es esto, gran maestro? —preguntó señalando el cajón.

Andiles retrocedió un par de pasos, tropezó con el pliegue de la alfombra y cayó de culo. Continuó arrastrándose sobre el suelo, alejándose de Siara.

—¡Traidor! —masculló ella fuera de sí.

Sacó su arma y extendió las dos puntas del palo.

—Siara, por favor.

—Eres una rata, Andiles. Un buitre carroñero. Un traidor. ¡Explícame qué son esas cartas! —gritó—. ¿Quién demonios es Andreas Lumiere?

—No lo sé —respondió Andiles.

Siara levantó el palo, lo sujetó con firmeza con ambas manos y se preparó para golpear.

—¡No, espera! —bramó Andiles, cubriéndose el rostro con las manos —. Por favor, Siara. Te lo contaré todo.

—Eso dalo por hecho. ¡Levántate!

Andiles se puso en pie y alzó las manos a la altura de su cabeza, en señal de sumisión y rendición.

—¿Quién es Andreas Lumiere? —insistió Siara—. ¿Por qué has conspirado en favor de una guerra entre el Estado del Norte y La Escuela?

—¡Eso no es cierto, Siara!

Siara colocó el palo y embistió con una de las puntas el estómago de Andiles. Se encogió de dolor, le fallaron las piernas y cayó al suelo.

Empezó a toser y a gimotear.

—Eres un sucio mentiroso, Andiles, y también un traidor. Te ejecutarán por esto.

Cuando por fin dejó de toser, Andiles se incorporó, se frotó el lugar en el que había recibido el golpe y lanzó una mirada envenenada a Siara.

—Tú no lo entiendes —dijo.

—No necesito entenderlo. Has conspirado para provocar una guerra y para asesinarme. Y solo he leído dos cartas. Daxal sabrá todo lo que encontraré en ese montón.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Andiles.

La mente de Siara viajó hasta hacía unas cuantas horas. La carta del general Deacort, la brújula y la esperanza de encontrar a Aleyn. Decidió que nada de eso era del interés de Andiles.

—Explícame qué está ocurriendo. Y te aconsejo que seas convincente.

—De acuerdo, Siara. Lo haré —accedió—. Yo solo obedezco órdenes.

—¿Órdenes? —masculló Siara con la voz inundada en asco—. ¿De ese tal Andreas?

—No. No de él. Él solo es otro intermediario.

—¿De quién entonces?

—Solo queremos lo mismo que tú, Siara. Que esta escuela vuelva a ser lo que un día fue. Que cesen las humillaciones y…

—¿¡De quién!? —gritó Siara, amenazándole con el palo.

—De Aleyn, claro.

—¡Aleyn está muerto! —dijo Siara, recalcando cada sílaba.

Andiles sonrió y negó con la cabeza.

—No, amor. No lo estoy —anunció una voz a la derecha de Siara.

Giró el cuello y vio su figura a contraluz. Todo su cuerpo tembló de emoción, las piernas se le aflojaron y a punto estuvo de caer. Mientras, sus

dedos dejaban caer el palo. Con la mirada fija en el rostro de Aleyn, tardó varios segundos en volver a respirar.

—Aleyn —susurró.

—Soy yo, Siara —respondió Aleyn.

Siara cogió una enorme bocanada de aire y empezó a llorar.

Aleyn se acercó a ella y la sostuvo por los hombros. Era tan alto y tan fuerte. Siara apretó los párpados y se dejó abrazar.

—¿Dónde has estado todos estos años? —consiguió articular.

—Cerca —respondió—. Buscando la forma de volver a tu lado.

Siara estalló en lágrimas y se abrazó con fuerza a Aleyn. La brújula había funcionado. Allí estaba él, diciéndole que la quería, disculpándose por haber estado tanto tiempo desaparecido y con una buena razón para explicarlo. Había estado buscando la forma de volver a estar juntos. Y lo estaban. Siara podía oler su fragancia, sentir su fuerza y su poder, escuchar el perfecto timbre de su voz. Podía besarle si quería y abrazarle y tocarle. Era lo que había deseado durante los últimos catorce años. Todo lo que había deseado estaba frente a ella.

¿Con cuánta frecuencia ocurre algo así? ¿Una vez en la vida? ¿Dos, tal vez? ¿Que todos tus anhelos y esperanzas converjan en un momento temporal determinado? Uno ya parecía una cifra demasiado alta.

Siara se separó unos centímetros y buscó a Andiles con la mirada. El lugar en el que había estado hacía unos segundos estaba vacío. Entonces levantó la cabeza hasta los ojos de Aleyn. Un instante más tarde un puñal se abría paso entre sus costillas.

Siara gimió, saboreando el sabor metálico de la sangre que ya se le acumulaba en la boca. Volvió a mirar a Aleyn, pero fue incapaz de reconocerle. En su lugar solo quedaba un hombre alto, de gesto feroz y mirada asesina.

El hombre recuperó el puñal y, al querer repetir el golpe, una mano involuntaria de Siara lo detuvo. Él, dos veces más pesado, intentó liberarse del agarre, pero apenas consiguió que su brazo se moviera. Entonces miró a Siara con algo más que miedo en sus ojos.

Siara gritó; el rugido de una leona a punto de lanzarse sobre su presa. Agarró el cuello del hombre con la mano que tenía libre y lanzó su cabeza contra su rostro. El primer golpe le partió la nariz. El segundo partió dos dientes y arrancó otros tres. En un intento desesperado, el hombre trató de zafarse del agarre de Siara, pero esta no se lo permitió. Se abalanzó sobre su cuello, mordió la nuez y segundos más tarde la escupió al suelo, permitiendo que el cuerpo del hombre cayera a su lado, junto a un charco de sangre.

Se alejó un par de pasos, trastabillando, con la mano presionando el agujero sangrante del costado y volvió a echarse a llorar.

—¡Idiota! —se dijo a sí misma—. ¡Idiota, idiota, idiota! Está muerto, Siara. ¡Muerto!

Y ella también lo estaría, le dijo otra voz interior. Estaba perdiendo demasiada sangre. El puñal había perforado el pulmón. Le costaba respirar, la boca se le llenaba de sangre y su corazón latía arrítmico, en un esfuerzo por continuar bombeando. No era estúpida. Sabía que o conseguía ayuda en cuestión de minutos o moriría.

Reunió todas las fuerzas que le quedaban y anduvo hacia la salida, apoyándose en las paredes para evitar caer. Un reguero de sangre se asentaba a su paso.

Consiguió alcanzar la salida y observó, en la lejanía, demasiado débil y a punto de desfallecer, a su fiel yegua. Continuó caminando, ahora sin la ayuda de pared alguna, bajó una escalinata y anduvo por el camino. A cada paso sus piernas le pesaban más. Cada respiración se hacía más y más

difícil. Sentía sus pulmones encharcados y su corazón débil y agotado, al borde de un colapso.

Consiguió llegar hasta la yegua. Consiguió sujetar una de sus correas y entonces no aguantó más y cayó al suelo. Un cielo estrellado le saludó con su belleza y, por un segundo, le hizo olvidar el dolor que sentía. Una herida por la que se le escapaba la vida. Luchó solo un segundo más. Después cerró los ojos y se preparó para su llegada a los fríos campos de la muerte.

OceanofPDF.com



Una molesta mosca rondaba a su alrededor, como si fuera capaz de percibir el olor a estiércol que emanaba de su alma. Zumbaba frente a sus ojos, junto a sus oídos y se posaba aquí y allá, sin que Viktor hiciera absolutamente nada por evitarlo. Tal era la desidia que sentía ante cualquier aspecto de su vida, por mínimo que fuera.

Hacía ya días de su regreso a Viendavales y, desde entonces, apenas había hablado, comido o dormido, sin que aquello despertase una ínfima preocupación en cuantas personas le rodeaban. Lo único que sí le habían obligado a hacer había sido votar. El resto parecía no importarle a nadie.

Había sido Mac el encargarlo de llevarlo de vuelta a Viendavales. Un viaje aburrido en el que el asalariado de su padre solo le había dicho una cosa.

—Volvemos y ya sabes… Si tu padre te dice que saltes, salta.

Le llevó a votar a última hora del día, cuando solo aquellos ciudadanos de vidas anárquicas y escasa planificación quedaban por hacerlo. Le acompañó hasta el interior del edificio electoral y le golpeó un par de veces la espalda.

—Vota. A tu padre.

Viktor obedeció. ¿Qué le importaba a él? Se habría enroscado una cobra al cuello si ese maldito y arrogante guardia se lo hubiera ordenado. Era una persona rota. Rota por los acontecimientos, por sus conductas, rota por su familia y por sus pesadillas; tan demacrado que pensaba que morir era lo único que le quedaba por hacer. Un viaje que imaginaba balsámico y catártico y que solo su extremada cobardía le hacía postergar.

Al menos, el humor de su padre no podría ser mejor. Los resultados provisionales de las elecciones, con el cincuenta por ciento de los votos escrutados resultantes de los condados de Alambra y Viendavales, daban la victoria a Deian Wellington, con un enorme margen de once puntos. Faltaban por contabilizar los votos de los tres condados del norte del estado, pero solo una catástrofe podría dar un giro a los resultados. Incluso había quien se había atrevido a acudir a felicitar a su padre, denominándole sin escrúpulo ni miramiento alguno como señor gobernador.

A Viktor le hubiera encantado formar parte de aquel ambiente festivo, pero se sentía incapaz de hacerlo. No existía esfuerzo en el mundo que pudiera sacarle de ese estado de completa abulia y anhedonia. Incluso el verse obligado a vivir en la casa de su padre, bajo la estrecha vigilancia y supervisión de los guardias, no le generaba más que una pérfida sensación de apatía, la misma que le provocaba el desdén con que su padre le había tratado desde su regreso.

—Bienvenido a casa, hijo. Te hospedarás aquí, en tu antigua habitación.

Esas habían sido las únicas palabras que se habían dirigido desde su regreso. Ni una disculpa, explicación o muestra de arrepentimiento. Frialdad y sequedad. Eso era lo único que aún existía entre ambos.

Así que ahí estaba Viktor, sentado en el porche, viendo pasar su asquerosa vida sin la menor intención de hacer ni cambiar absolutamente nada.

A lo lejos vio llegar un jinete apurado con una carta en la mano y una enorme sonrisa. Pidió hablar con el señor Wellington y, pasados unos minutos, su padre hizo aparición, se acercó al jinete, cruzaron un par de palabras, leyó la carta y la mostró orgulloso. Todos los que le rodeaban aplaudieron y le felicitaron. Viktor apartó la mirada de aquel feliz grupo y se concentró en el vuelo de la mosca. Alguien se acercó hasta él.

—Hemos ganado, señorito —dijo Mac—. Tu padre es el gobernador del Estado del Oeste. —Al ver que Viktor no reaccionaba le dio un suave puntapié en las piernas—. ¿Me has oído, chico? Tu padre ha ganado las elecciones. Ya es oficial. Deberías ir a felicitarle, ¡demonios!

Viktor se puso en pie, se acercó a su padre y, sin siquiera mirarle a los ojos, le dijo:

—Felicidades, padre.

—Gracias, hijo —respondió este.

Luego regresó a su asiento y se concentró en sus moscas.

OceanofPDF.com



Era noche festiva en Viendavales. Tumbado sobre cómodos cojines, Rommel oía vítores, gritos, música y alboroto en las calles. Todo el mundo celebraba la victoria de Deian Wellington; al menos todos los que celebraban algo. Había sido un resultado escandalosamente exitoso. Deian Wellington había vencido en cuatro de los cinco condados y, en los dos más importantes, Viendavales y Terentena, con una ventaja aplastante. Rommel se libraba de continuar lidiando con Roshan, pues se rumoreaba que la vergüenza de tamaña derrota le arrinconaba contra una inminente dimisión y abandono de la vida pública. ¿Le pondría las cosas más fáciles el nuevo gobernador? Era pronto para saberlo.

Llevaba un mes acostado, recuperándose de las heridas fruto de su enfrentamiento con el Inferus. El tajo en la espalda había cerrado bien y, aparte de una enorme cicatriz de guerra, no dejaría rastro alguno. Los soldados destinados a su protección se habían duplicado, mientras que el mando de la operación había recaído en las manos del capitán Gael. Los asesinatos, tanto de soldados como de civiles relacionados con la esclavitud, se habían reducido gracias a las medidas adoptadas por Rommel, pero su fin aún se antojaba lejano.

Niara entró en su despacho, se acercó al sofá en el que Rommel descansaba y resopló, juzgándolo en silencio.

—¿Qué? —dijo Rommel.

—Tienes visita —respondió—. Y no deberías estar tumbado todo el día. Tienes que empezar a moverte y recuperar fuerzas o los músculos se te atrofiarán y…

—Dame un respiro, Niara —protestó Rommel incorporándose con cuidado—. Estuvieron a punto de matarme, ¿de acuerdo? Merezco que se me permita reposar y recuperarme.

Niara negó con la cabeza y soltó un bufido.

—¿Hasta cuándo me lo vas a echar en cara?

Rommel se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Qué te parece hasta que la condenada espalda deje de dolerme? —respondió—. ¿Quién ha venido a verme?

—La señorita Annelyn Vyvas —respondió Niara—. Esa mujer me provoca escalofríos.

—Sí, a mí también. ¿Puedes decirle que venga?

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Estoy convaleciente, ¿recuerdas?

—Lo que usted ordene, mi comandante —respondió Niara en un tono presuntuoso.

—¡No soy tu comandante! ¡Soy tu amo! —gritó Rommel cuando Niara ya salía por la puerta.

Rommel se levantó, caminó con pesadez y esfuerzo hasta su mesa y se sentó en una de las sillas. Sirvió dos copas de whisky, rebajó el suyo con un chorro de agua y esperó. Annelyn apareció a los pocos segundos, luciendo un elegante vestido largo, escotado en forma de pico, de color marfil y con perlas engastadas en los hombros. Un hilo de plata caía por los laterales

hasta los tobillos, marcando su esbelta figura. Ni siquiera la palabra «belleza» servía para describirla. Sonrió al ver al comandante. Rommel hizo un esfuerzo por levantarse e inclinó la cabeza.

—Comandante, por favor, no es necesario que se levante.

—Créame, señorita. Es usted la más bella de todas las mujeres que jamás tendré oportunidad de ver. Sería una descortesía que no me levantara.

Tomó su mano enguantada y se la besó. Le invitó a tomar asiento frente a él. Cogió los dos vasos de whisky y le tendió uno de ellos a su invitada.

—Su candidato ha ganado, señorita Vyvas. Eso merece un brindis.

—¡Salud!

Chocaron los vasos y bebieron. Annelyn dio un sorbo cual pajarillo. Rommel apuró el vaso entero. Dejó pasar el aire entre los dientes y apoyó el vaso en la mesa, aguardando el momento en el que la garganta dejara de quemarle y le permitiera hablar.

—Creí que estaría celebrando, como el resto de la ciudad.

—Iba de camino a los juzgados, en realidad. Al parecer, el nuevo gobernador tiene preparada toda una celebración. Espero no dormir en toda la noche, de hecho. Tenía la esperanza de que, tal vez, se nos uniera.

Rommel rio, se pasó la mano por la cabellera y negó con la cabeza.

—Es usted muy amable, señorita. Pero me temo que debo declinar la oferta. Aún no estoy en condiciones de moverme demasiado. No obstante, si lo que le preocupa es la seguridad, sepa que he dispuesto una gran cantidad de soldados en las inmediaciones del juzgado. El nuevo gobernador no tendrá nada de qué preocuparse.

—Estoy segura de eso —dijo Annelyn—. Había otro asunto del que quería hablarle.

—Por favor…

—Es mi deber informarle de que a partir de ahora contará con todo el apoyo de la oficina del gobernador en lo relativo a la búsqueda y captura del Inferus. Esperamos que sea capaz de resolver este problema en la mayor brevedad posible.

—Se lo agradezco, señorita. Estamos trabajando en ello.

—No me cabe la menor duda. Sin embargo, cabría la posibilidad de que yo pudiera ayudarle en su misión.

—Bueno, toda ayuda es siempre bien recibida —respondió Rommel, frunciendo el ceño—. ¿Qué propone?

—Digamos que sé de un informador… ¿Informador es la palabra adecuada? No lo sé. Se trata de un anirio que espía para el Inferus. Sería plausible que este anirio pudiera llevarles hasta él.

Rommel se recostó en su asiento, cogió la botella de whisky y rellenó su vaso. Dio un pequeño sorbo y sonrió.

—¿Desde hace cuánto tiene esta información, señorita?

—¿Acaso importa? —Rommel no respondió, pero sí dejó que un silencio insistiera en su pregunta—. Meses, comandante —respondió Annelyn.

—¿Hace meses que tiene información relevante sobre el Inferus y no se lo ha dicho a nadie? —preguntó Rommel incrédulo.

Annelyn dio un sorbo a su bebida, dejó el vaso en la mesa y se secó los labios con una delicadeza y un decoro casi eróticos.

—Supongo que es cierto, comandante —dijo al fin.

—¡Decenas de personas han muerto durante los últimos meses! ¿Está diciéndome que usted podía haberlo evitado?

—Afirmar tal cosa es aventurarse demasiado, comandante.

—¿Entonces qué quiere decirme?

—Mi labor consiste en planificar una estrategia electoral, buscar apoyos, financiación y resolver todo tipo de problemas, siempre buscando el mayor beneficio electoral para mi candidato. Y en mi trabajo, en ocasiones, se producen situaciones en las que el beneficio de mi candidato es incompatible con el beneficio de la población. Esta es una de esas ocasiones, comandante. ¿Quiero ver cómo cuelgan a ese terrorista? Por supuesto. ¿Estoy dispuesta a permitir que mi candidato sufra una injusta derrota por ello? Creo que no, comandante.

—Está hablando de vidas humanas, señorita. Vidas de soldados, de civiles, de…

—No soy un soldado —le interrumpió Annelyn—. No soy alguacil ni trabajo en ninguna oficina mínimamente relacionada con el orden público. Debido a mis obligaciones debo conocer cierta información sensible, pero no tengo ningún deber de utilizar esa información de ninguna forma. Si el Inferus ha seguido matando, es culpa suya y responsabilidad de aquellos que no han sabido frenarle. No quiera cargarme a mí con ello.

Rommel no podía creerse lo que oía y sin embargo ahí estaba. Casi tenía lógica. La política elevada por encima de decenas de vidas. Era un mundo repugnante y cínico.

Sin embargo, casi le producía cierto alivio.

—E imagino que me cuenta esto ahora dado que…

—¿No le parecería un enorme golpe de efecto que, días después de que el señor Wellington se convierta en gobernador, el Inferus sea atrapado y su amenaza extinguida?

—Supongo que sí.

—En ese caso, ¿desea conocer la identidad del espía?

—Por supuesto —respondió Rommel.

—Su nombre es Güido. Anirio puro, de unos dieciocho años. Esclavo propiedad del señor Wellington.

Rommel asintió.

—Le conozco.

—¿De veras?

—Le interrogué tras el levantamiento, hace casi un año.

—Tiene buena memoria.

—Sí —dijo Rommel. A continuación se tomó unos segundos para asentar sus ideas. Annelyn le estaba regalando un bombón, pero temía que el licor de su interior estuviera envenenado—. ¿Y cómo le gustaría que procediese con este anirio?

—Eso entra dentro de sus competencias, comandante. Aunque imagino que al nuevo gobernador no le agradaría que se supiera que uno de sus esclavos ha conspirado con el Inferus, ¿no cree?

—Y esa es la razón por la que está aquí esta noche. Quiere que resuelva esta situación hoy mismo, ¿no es cierto?

—No me atrevería a decirle cómo hacer su trabajo, pero si esta situación se resolviera pronto y en la más absoluta intimidad, el gobernador estaría muy agradecido.

Rommel levantó los brazos, asintió y se frotó los ojos.

—Así se hará, entonces. Esta noche resolveremos el problema. Enviaré a mis hombres…

—Hombres de confianza, espero.

—De mi absoluta confianza.

Cuando Annelyn quedó complacida apuró su bebida, se despidió de Rommel y se marchó. Rommel no perdió tiempo. Gritó el nombre de su esclava y, mientras esperaba su llegada, escribió una carta. La selló antes de que Niara hiciera su aparición.

—¿Algún problema, amo? —preguntó con su clásico tono impertinente.

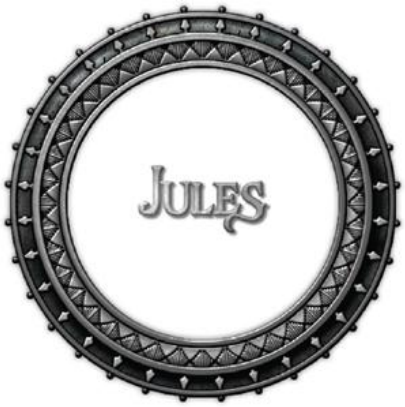
—Lleva este mensaje al capitán Gael, en la ciudadela. —Niara se acercó y cogió el sobre. Lo guardó en un bolsillo—. Y Niara, no te des mucha prisa, ¿de acuerdo?

—¿Va todo bien, Rommel? —dijo con voz cambiada. Ya no jugaba.

—No.

Esperó a que Niara se hubiera marchado, realizó un par de inspiraciones profundas y dejó que toda su ropa cayera al suelo.

OceanofPDF.com



Apenas era capaz de encontrar las palabras cuyo significado y connotación pudieran hacer honor a los actos y persona que su padre representaba. Llamarle miserable era ser demasiado benévolo. La crueldad era su insignia más valiosa y la tortura su arma más poderosa. Había incumplido sus promesas con respecto a Brendan. Jules había hecho cuanto le había pedido; se había retractado de todo cuanto dijo en sus discursos, había difamado la figura de Roshan y se había alejado de toda situación pública y, aun con todo ello, su padre había condenado a Brendan a la castración. La condena había sido ejecutada hacía semanas, pero aduciendo complicaciones en el proceso el juez Wellington había logrado retrasar la puesta en libertad hasta ese mismo día: el día que el resultado de las elecciones le proclamaba como nuevo gobernador del Estado del Oeste. Se burlaba y vengaba así de Jules.

Habían sido las peores semanas de su vida. Tras la conclusión del juicio de su amante, una lacerante sensación de congoja, culpa y aflicción había invadido su alma y desde entonces la penitencia había sido su única compañía y consuelo. Si él no hubiera cabreado a su padre… ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué le había parecido tan importante como para poner en peligro la vida de la única persona a la que realmente amaba? Podrían

haberse marchado. Podrían haber sido felices. Con levantar un triste y sucio bohío en algún lugar recóndito de Ylandra en el que poder dormir juntos todas las noches habrían sido felices.

Ya era demasiado tarde. Su padre había destrozado su vida y la de Brendan. No podía negar lo ocurrido ni su implicación en ello. La única forma de librarse del yugo de esa soga era aceptar la situación y continuar adelante. Brendan aún seguía vivo y, dada la situación, era lo único que aún importaba. Las heridas cicatrizarían con el tiempo y ambos amantes, trabajando juntos, encontrarían la forma de superar aquello y ser felices. Jules estaba convencido de ello.

Encontró a Brendan ahorcado en el salón de su casa. Creyó que cuando volviera a verle podría abrazarle, decirle que lo sentía y que le quería. Le besaría y le juraría su eterno amor y compañía. Y, sin embargo, le encontró colgando de una soga. El golpe fue tan duro que ni siquiera lloró ni maldijo. Tampoco gritó. No hizo nada. Solo observó la escena que tenía frente a sí y se marchó de allí. No es que se le hubiera roto el corazón; este se había detenido. No estaba cabreado, triste o apesadumbrado. Su estado emocional había quedado encallado en un enorme montón de nadas.

En las calles, un ambiente festivo se extendía por todos los viandantes. Jules escuchó los vítores dirigidos hacia el responsable de la muerte de su amante, las palabras que le deseaban una larga vida y un largo y fructífero gobierno y los mensajes que hablaban de justicia y merecida victoria. Vomitó en la calle. Se arrodilló y echó lo poco que había podido comer ese día. Se manchó los zapatos, soltó un par de improperios a un hombre que le quiso ayudar y, al volver a ponerse en pie, se dirigió derecho a una oscura taberna.

Empujó a unos cuantos hombres en su camino hacia la barra, ignoró sus quejas, y exigió al tabernero que dejase frente a él una botella de ron.

—¿Algún ron en concreto, señor?

—¡Ron! El que sea.

Se sirvió el primer vaso y lo apuró de un solo trago. Luego hizo lo propio con el segundo. Entonces una mano se posó en su hombro. Se giró y se encontró con un viejo sucio y desgreñado, de dentadura podrida y marcas de viruela sembrando su feo y asqueroso semblante.

—¿Estás sordo, muchacho? —le preguntó, escupiéndole las palabras.

Jules le propinó un manotazo a su brazo, se deshizo de él y volvió a girarse hacia la barra.

—¡Sucio bastardo! —dijo el viejo.

—¡Déjalo, Joan! —se oyó decir a otro hombre—. Está borracho.

—¡Me da igual! Lo menos que puede hacer es disculparse.

Jules se giró. Su sistema emocional había despertado y estaba furioso.

—¿Disculparme con una sucia y apestosa rata analfabeta picada de viruelas como tú?

Un puñetazo cruzó el rostro de Jules, pero apenas lo sintió. Lo encajó sin dolor. Cuando se sintió capaz, saltó hacia su presa. Embistió con más rabia que destreza, soltó golpes sin concierto alguno, le agarró y rodaron por el suelo, hasta que un par de tipos los separaron.

—¡Alto, alto! ¡Ya basta! —gritó uno de ellos.

—¿Nos hemos vuelto locos? ¡Por el amor de los Tres! ¡Estamos de celebración, maldita sea! No quiero peleas esta noche —exigió el tabernero.

—¡Al infierno con vuestras celebraciones! —gritó Jules, zafándose del agarre de su captor.

El tipo le dejó liberarse, aunque no se apartó de él.

—Aquí tenemos a uno de los imbéciles que votaron por Roshan, según parece —se burló el hombre.

La taberna casi al completo estalló en una sonora carcajada.

Uno de aquellos hombres, quizá el más formalmente ataviado, se acercó a Jules y reclamó silencio.

—¡Que me aspen! ¿Sabéis a quién tenemos aquí? —Jules le miró y un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo—. Es el hijo del nuevo gobernador.

—¿Qué hijo? —preguntó otro tipo, de voz rasgada y ebria cadencia—. ¿El abogado?

—No, yo diría que no. Su hermano. El sucio invertido.

Jules no lo desmintió. Observó encolerizado al hombre y luego paseó esa misma rabia por toda la taberna. Un grupo de unas trece o catorce personas se miraban entre ellas, reían y cuchicheaban insultos.

—A este también tendrían que castrarle —dijo uno de los hombres refugiado entre el resto.

Uno de los que estaba más cerca de Jules le escupió a los pies y el hombre que aguardaba a su lado lo hizo hacia su cara.

Jules saltó sobre ellos, lanzando improperios, golpes y mordiscos. Consiguió golpear en el rostro a uno y luego recibió varios puñetazos, rápidos, duros, pesados. Retrocedió cubriéndose con las manos hasta chocar contra la barra, vio cómo levantaban su cuerpo y lo lanzaban junto al tabernero.

Escupió un chorro de sangre y, cuando abrió los ojos, la reluciente hoja de un cuchillo jamonero frente a él, casi pidiéndole que lo cogiera, le sorprendió. Jules era lo bastante inteligente como para entender los límites y las consecuencias de una disputa de taberna. Los puños, patadas, mordiscos, agarrones y demás estaban permitidos. Siempre habría alguien dispuesto a seguir la pelea y muchos otros a detenerla antes de que el resultado fuera fatal. Rara era la ocasión en que la muerte aparecía de visita. No obstante, todo eso se venía abajo al incluir un arma. Los límites se difuminaban hasta el punto de desaparecer. Atacar con una navaja, cuchillo

o puñal equivalía a un suicidio. ¿Y qué podía importarle la muerte a un hombre que lo había perdido todo?

Cogió el cuchillo, saltó la barra y lanzó un tajo a un sorprendido joven que, en un intento de pararlo, vio cómo la hoja se le incrustaba en el brazo. La sangre empezó a manar, los gritos de aquel hombre acallaron el resto de voces y, al cabo de unos segundos, un silencio asesino se extendió por la taberna.

—Estás muerto, muchacho —dijo uno de los hombres.

Jules levantó el cuchillo y les apuntó con él.

—¿Quién va a ser el valiente?

—¡Nadie! —gritó una sombra desde una silla alejada del tumulto.

—¿Quién…?

—¡Se acabó la verbena! —anunció el desconocido incorporándose y abriéndose hueco—. Suficiente por esta noche, señores.

Aquel hombre, delgado y de corta estatura, ojos marrones y pelo enmarañado, iba vestido con una chupa negra de piel de oso, pantalones de cuero y zapatos de cordobán. Una cicatriz surcaba su mejilla derecha y sus labios y, en su espalda, cruzadas verticalmente, unas correas sostenían un hacha de doble filo. Avanzó hasta ponerse entre Jules y aquella muchedumbre.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó uno de ellos.

—Ahora voy a coger a este imbécil y me lo voy a llevar de aquí. ¿Alguien tiene algún problema con eso?

—¡Eh, tío! No te conozco, ¿sabes? Pero aquí si un mierdecilla ataca a un compañero con un cuchillo la palma. O al menos se lleva una paliza.

El espontáneo protector de Jules asintió.

—En mi pueblo también hacemos las cosas así. Este cerdo desviado… —dijo señalando a Jules—… se merece que lo ensartéis en la pared y

esparzáis sus tripas por el suelo. Pero me temo que, hoy, no puedo permitirlo.

—¡Que no puede permitirlo, dice! Os ensartaremos a los dos.

El hombre negó, impertérrito ante la amenaza. Miró a Jules, se acercó a él y, en un diestro movimiento le arrebató el cuchillo, le barrió las piernas y lo tiró al suelo.

—Ni te muevas, muchacho —le ordenó. Luego se enfrentó a la taberna entera—. Pensad bien sobre la decisión que estáis a punto de tomar. Si me atacáis, uno de vosotros terminará con la nariz rota, a otros dos les partiré un brazo, a otro una pierna y uno me obligará a cortarle la mano. Ojalá no tuviera que hacer nada de eso. Desde luego, no lo merecéis.

La confianza de aquel hombre rallaba en la extrema locura. Era, seguramente, el más bajo de cuantos le rodeaban y su pequeña envergadura hacía dudar sobre su capacidad para sostener y manejar el hacha que llevaba colgada a su espalda. Sin embargo, su voz se percibía segura.

Uno de ellos le atacó. El hombre se movió a un lado, esquivó el golpe, lanzó un puñetazo y una nariz crujió. Otros dos le atacaron y los huesos de sus brazos se quebraron. Por último, un incauto desenfundó una espada y embistió con ella. Perdió la espada y, acto seguido, la mano. El hombre apuntó con ella al grupo y se centró en uno de sus integrantes.

—Aún falta tu pierna. ¿Te lo has pensado mejor? —preguntó.

Aquel tipo tragó saliva, asintió y retrocedió un par de pasos. El resto le imitaron.

El protector dejó caer la espada, se agachó para recoger a Jules y le sacó en volandas de la taberna. Sin decir palabra le obligó a caminar a un ritmo acelerado hasta llegar a un parterre aislado y oscuro. Ahí le estampó contra una montonera de rocas.

—¿Qué demonios pretendías hacer ahí dentro? —le interrogó.

—¿Qué te importa?

Recibió tal bofetón que cayó al suelo. El hombre volvió a levantarle.

—Soy el maestro cronista Bryan Nypo y, si no fuera por mí, ahora estarías pasándolo realmente mal. ¿Has perdido el juicio?

—¡Suéltame!

—No me cabrees, muchacho.

Jules le empujó e intentó golpearle, pero Bryan paró el golpe y le clavó los nudillos en el estómago. Cayó al suelo, recibió una patada y empezó a toser.

—Ahora me vas a escuchar. No te he salvado porque sea un buen samaritano —dijo—. Atacar con un cuchillo a ese grupo de personas… Debes estar como una cabra.

—Yo no te he pedido que me salvaras. No te he pedido una mierda —masculló Jules.

—¿Y a quién le importa? ¿Crees que yo quería salvarte? Con gusto me hubiera unido al resto. Sin embargo, algo me dijo que debía estar allí esta noche. Y algo me dice que tú eres la razón. Así que, mal que me pese, me temo que tendré que cargar contigo. Más aún si sigues con esa actitud suicida.

—¿De qué demonios hablas?

—De que esta noche debías morir asesinado en esa taberna, pero, por algún motivo que no estoy capacitado para comprender, el destino quiere que sigas vivo. Aún te queda algo importante que hacer en este mundo, Jules Wellington, y me aseguraré de que lo hagas.

—¿De qué me estás hablando? ¿Podrías decir algo que tuviera un mínimo de sentido?

—Solo sé aquello que sé. En La Escuela, maestros más sabios sabrán qué hacer contigo.

—¿En La Escuela? —preguntó Jules. El recuerdo de Mara acudió a su mente, pero lo descartó con premura—. Yo no pienso ir a La Escuela. Mucho menos contigo.

—¡Oh, por supuesto que vendrás! Aunque tenga que llevarte a rastras. No te creas que a mí me apasiona realizar un viaje junto a un desviado suicida como tú. Pero lo haré. Y tú también.

Jules quiso protestar, pero, después de una ligera meditación, decidió que no le importaba. ¿Ir a La Escuela? ¿Por qué no? Al menos se alejaría de Viendavales, del oeste y de su padre.

OceanofPDF.com



Aun sabiendo que iba a ocurrir, dolía. ¿Cómo no iba a doler? El mismo hombre que había ordenado colgar a su madre por el cuello hasta morir, que le había jurado que jamás le dejaría ser libre, triunfaba, ganaba autoridad, poder e influencia. Mientras tanto, Güido le servía. Le espiaba, sí, pero por encima de todo le servía. Obedecía cada mandato, asentía a cada palabra y se arrodillaba ante cada mirada. Todo por alimentar la esperanza de que llegara el día en el que pudiera vengarse. La idea casi le produjo un llanto sosegado. Jamás se vengaría. ¡Jamás! Era un esclavo. Nació siéndolo y moriría siéndolo. Albergar esperanzas en sentido contrario significaba adentrarse en el sendero de la locura.

Hacía semanas que no tenía noticias del Inferus. Se sentía abandonado. Había recopilado información que creía relevante, pero que a esas alturas parecía obsoleta e inútil. Había oído los rumores y noticias de sus proezas y asesinatos, sus enfrentamientos con los soldados y con el comandante Rommel Edvard, a quien a punto había estado de asesinar, pero nada más. «Inferus» volvía a ser una palabra prohibida entre los anirios, una sombra en los corazones de todos los ilusos esclavos que creían que, en algún momento, obtendrían su libertad.

¿Cuántas personas le habían prometido eso mismo? Libertad, una palabra cuyo significado desconocía. Mara había sido la primera. Luego el Inferus varón y después el Inferus mujer. Sin embargo, ¿cuántos de ellos estaban cerca de cumplir sus promesas? Ninguno. Mara estaba Daxal sabía dónde, viviendo una vida vetada para Güido, y los Inferus parecían haberse olvidado de él. Estaba solo. Tan maltrecho como el chamizo donde vivía.

Tampoco tenía amigos entre sus compañeros anirios. La posición de Cazi como señora de la casa durante tantos años y su amistad con Mara levantaron una barrera entre él y el resto de los esclavos y, ni siquiera después del asesinato de su madre y de las brutales torturas y vejaciones que había sufrido, el muro se había derruido. El resto de los anirios tenían una vida. Mejor o peor, pero una vida más allá de su esclavitud. Amistad, bailes, música, amor, sexo y un sin fin más de experiencias eran cosechadas por sus compañeros día tras día. ¿Qué le quedaba a Güido de todo aquello? La servidumbre. Solo eso. Y una actividad de espionaje peligrosa e inútil. Debió dejarse matar. Después de la muerte de su madre debió dejar que le colgaran a él también o que le cortaran la cabeza o que le flagelaran hasta la muerte. ¿Por qué no lo había hecho?

Sabía que ahora ya no le quedaban ni la fuerza ni el valor de aquel entonces. Salvo que su amo decidiera matarle, él no lo provocaría. Después de todo y con todas las emociones reposadas, Güido se mostraba ante el mundo como lo que en realidad era: un cobarde.

Su cara debía mostrar todo eso y mucho más porque fue lo primero a lo que el Inferus hizo alusión.

—Pareces abatido, Güido —dijo.

No sabía por dónde había aparecido ni cómo había llegado a su lado sin que él se percatara de su presencia. Se trataba del hombre, de ojos irios, alto y esbelto. El primer Inferus con el que había hablado.

—¿Has vuelto?

—Sí —respondió.

—Hace semanas que… —empezó a decir Güido pero se contuvo antes de terminar—. Conseguí información.

—Hemos estado ocupados.

—¿Sí? Me parece muy bien porque no quiero seguir haciendo esto.

El Inferus resopló, se acercó a Güido y le obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Para qué? Solo conseguirá que muchos de nosotros muramos. ¿De verdad cree que podrá vencer al señor Wellington? Eso es que no le conoce.

El Inferus se rio.

—En realidad sí le conozco. Y te aseguro que vencerle sería fácil. No. Lo que importa aquí es la forma en la que venzamos. Y para eso te necesito.

—¿A mí? Solo soy un esclavo.

—No. Eres mucho más que eso. Recibiste una buena educación. Te enseñaron a leer y no solo aprendiste, sino que sospecho que entiendes la importancia de hacerlo. Diría que incluso eres capaz de disfrutarlo. Tienes valor. Eres inteligente, joven y osado. Cuando la revolución llegue, serán los anirios como tú los que lideren al resto de tu pueblo. Y créeme, no hay tantos anirios como tú. Así pues, coge aquello que quieras llevarte contigo, porque es hora de marcharnos.

—¿Qué? —preguntó Güido desconcertado.

—Era eso lo que deseabas, ¿no es cierto? Ser libre.

—No, sí, pero…

—Nada de peros, chico. Es hora de marcharse.

—¿Por qué ahora? Creí que me necesitarían para espiar al señor Wellington ahora que ha ganado las elecciones.

—Y era cierto, pero resulta que un grupo de soldados se dirige hacia aquí para apresarte y torturarte. Creen que conspiras conmigo, lo cual es cierto, y creen que con tu ayuda podrán dar conmigo. En eso se equivocan, pero te aseguro que, aun así, te torturarán hasta matarte. Preferiría que nos hubiéramos marchado antes de que ellos lleguen y calculo que, a pesar de mis esfuerzos, no tardarán demasiado en aparecer. ¿Qué me dices, Güido? La revolución espera. ¿Preparado para el siguiente paso? —Güido se puso en pie y se irguió—. Bien. ¿Algo que quieras llevar contigo?

La esfera que Mara le había regalado era lo único que consideraba valioso y la tenía en el bolsillo de su mugriento pantalón, junto a su carta.

—Ya lo llevo —respondió.

—Andando, pues. Tengo un caballo esperando en la granja de los Dreider. Debemos llegar hasta allí sin ser vistos. Luego será fácil escapar de la ciudad.

—¿Y los soldados? ¡Están por todas partes!

—Eso no es cierto. Hacen rondas para que la gente crea que son omnipresentes, pero en realidad no hay demasiados. No te preocupes, conozco sus rutinas.

Echaron a andar en dirección a la granja vecina. Güido caminaba un par de pasos por detrás del Inferus, quien parecía moverse con ciertas molestias, como si tuviera un peso enorme en la espalda que le impidiera erguirse al completo. Güido sospechaba que esa era la razón por la que no estaban corriendo. Algo le imposibilitaba hacerlo.

Abandonaron la plantación Wellington sin contratiempo alguno, ocultos bajo el manto que proporcionaba un cielo negro sin luna, y entraron en la granja vecina, aún deshabitada. Avanzaron por sus plantaciones, completamente salvajes, y se acercaron a un granero. Los meses de completo abandono, unidos a las manos de ladrones y saqueadores, habían

hecho estragos en las puertas, ventanas y maderas. Cualquiera hubiera dicho que aquella estructura llevaba abandonada años y no solo meses. En el interior estaba el caballo al que el Inferus había hecho referencia.

—No me gusta dejarlo atado donde cualquiera pueda verlo. Aquí es más seguro —aclaró.

Se acercó al animal, le acarició el lomo e hizo amago de desenfundar una espada, pero la sombra escondida fue más rápida que él y le golpeó con un martillo en el hombro. Cayó al suelo.

—¡Sabía que había oído ruidos! —dijo Mac y señaló a Güido—. Ni un solo movimiento asqueroso *anno* —le ordenó antes de fijar su atención en el cuerpo quejumbroso que se arrastraba por el suelo—. ¡Maldita sea!

Llevo vigilando este sitio meses, pero jamás imaginé que sería el Inferus a quien encontraría aquí. El gobernador va a llevarse una grata sorpresa. Puede que me nombre consejero general del estado o alguna chorrada parecida.

Mac pateó dos veces la espalda del Inferus, haciéndole gritar de dolor y luego le pisó la cabeza, hundiéndola en el barro.

—Mi padre era un bastardo, pero siempre decía que la paciencia tiene su recompensa. Que me cuelguen si no tenía razón.

Levantó el martillo y sonrió con malicia. No pudo descargar el golpe. Antes de que pudiera hacerlo, Güido, temblando pero decidido, sacó la esfera de su bolsillo y la impactó contra la cabeza de Mac. Luego enloqueció y siguió golpeando con ella sobre el rostro de aquel guardia que tantos males le había causado. Primero persiguió a un atribulado y confuso Mac en su retirada y, cuando se precipitó al suelo, se dejó caer sobre él, sin dejar de golpear. Paró cuando sintió que el brazo no le respondía y, solo entonces, se fijó en lo que había hecho. La cabeza de Mac se había convertido en un amasijo de sangre, vísceras y hueso, totalmente

irreconocible. Al ver aquella estampa frente a él, Güido vomitó sobre ella y se dejó caer a su lado.

¿Acababa de matar a un hombre?

El Inferus gateó hasta él.

—Gracias, Güido.

—Le he matado…

—Eso parece.

—Yo no quería…

—Morirán muchísimos más, Güido. Has hecho lo correcto. Es hora de irse.

El Inferus se levantó con extremada dificultad, se apretó el hombro con fuerza y gimió de dolor.

—¡Santo Daxal! ¡Qué hijo de perra! —dijo, se quitó parte de los jirones de tela que le cubrían el rostro y escupió sobre el cadáver de Mac—. No creo que pueda cabalgar. ¿Sabes montar?

Güido asintió, pero al observar el rostro en parte descubierto del Inferus se quedó petrificado. Empezó a sudar.

—¿Usted?

El Inferus le miró y sonrió.

—Supongo que ya no tiene sentido ocultarlo.

—Pero usted es…

—La persona encargada de darme caza, ¿no te parece irónico? —le tendió una mano y Güido, aún alelado, se la estrechó—. Rommel Edvard. Comandante Rommel Edvard, en realidad.

—¿Cómo…? ¿Por qué…? ¡Usted luchó hace poco con el Inferus! ¡Estuvo a punto de matarle!

—Sí, ¿verdad? Aún estoy furioso con Niara por aquello. Aunque en su defensa diré que ya conocía su temperamento y su rudeza cuando decidí

enrolarme en toda esta historia. ¿Qué te parece si respondo al resto de tus preguntas en otro momento y en otro lugar? Le dije a Niara que no se diera demasiada prisa, pero los soldados tienen que estar a punto de llegar. Sería bueno que hubiéramos desaparecido para entonces.

Güido asintió, subió al caballo, ayudó a Rommel a montar tras él y picó espuelas.

¿Quién sabía? Quizá la revolución no fuera algo tan descabellado…

OceanofPDF.com



Atravesó el umbral de la entrada de su casa tambaleándose y con una sonrisa cruzándole el rostro. No estaba segura de si había sido el éxito, el alcohol, la fiesta o los múltiples bailes que había concedido a tantos y tantos hombres cuyo deseo por su cuerpo atravesaba sus ojos y se dejaba sentir en sus pantalones, pero se sentía feliz. Casi realizada.

Volvía a contar con la confianza y el favor del nuevo gobernador y todo gracias a las piezas de oro que había arrebatado a Ian Lascanter, que le habían permitido comprar el apoyo del condado de Terentena. El cuerpo catatónico de la maestra Allyson Lumeni había sido descubierto a las afueras de Viendavales y, tras una breve exploración por parte de sus compañeros cronistas, todos habían coincidido en que se trataba de una tragedia casual. La opinión más extendida defendía que, al fallecer la maestra Mailen Lumeni, el sufrimiento de su protegida había sido tal que su cuerpo se había visto invadido por los mismos males que en su momento aquejaron a esta. El comandante Rommel Edvard había sido alertado sobre el colaborador del Inferus y, tal vez, su detención podría llevarle hasta ese asesino y solucionar de una vez por todas ese problema. Todos los planes marchaban por buen camino y, aunque este aún se antojaba largo y traicionero, Annelyn se sentía cada vez más cerca del final.

Al entrar en el salón, una mueca crispó su sonrisa y el peso de mil tribulaciones le curvó la espalda. Andreas Lumiere descansaba sentado sobre un sillón mientras disfrutaba de un vaso de aguardiente preparado a base de anís y azúcar. Annelyn movió de forma espasmódica la cabeza hacia los lados con la intención de despejarse y después se enfrentó a aquel hombre.

—¿No sabe concertar una cita? —preguntó, sentándose en una silla acolchada frente a Andreas.

—Discúlpeme, Annelyn. No era mi intención incomodarla.

—¿Y qué pretende conseguir entrando en una casa sin haber sido previamente invitado?

—Incomodarla no, eso seguro —respondió sonriendo con lo que parecía ser afecto—. Es mi deseo y el de mi empleador darle la enhorabuena. Ha demostrado ser un activo muy valioso y deseaba felicitarla.

—Gracias.

—Y no solo ha logrado que Deian Wellington aplaste a su rival, sino que también ha… —Andreas sonrió y se mordió los labios—. No está en mi naturaleza cometer errores, señorita y, como consecuencia, apenas me considero un aficionado en el arte de pedir disculpas. Sin embargo, mi empleador considera que usted las merece. Así pues, lo siento.

Annelyn abrió la boca sorprendida y después se echó a reír.

—¿Lo siente? ¿Qué es lo que siente, señor Lumiere?

—Todo lo sucedido con la maestra Allyson Lumeni.

Cualquier atisbo de amabilidad, agrado y gentileza desapareció de los gestos de Annelyn. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras una ira asesina nacía en su estómago.

—¿Qué quiere decir? —preguntó apretando las mandíbulas.

Andreas carraspeó y tragó saliva, visiblemente azorado.

—Creemos que lo que motivó la búsqueda de su familia fue un frustrado intento de asesinato que yo ordené perpetrar contra la maestra Allyson Lumeni. Algo de lo ocurrido allí le llevó hasta su familia, Annelyn.

Mi empleador estima oportuno y conveniente que me disculpe con usted.

Annelyn respiraba profundamente, con una mirada cruel y homicida clavada en los ojos de Andreas.

—¿Puso en peligro a mis hijos? —preguntó.

Andreas asintió.

—Me temo que sí. No fue un acto intencionado, pero… Podríamos llamarlo pura serendipia. Sin embargo, su forma de solucionarlo…

—¡Cállese! —le ordenó masticando cada sílaba—. Mis hijos… Usted… ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué intentó asesinar a Allyson?

—Hizo preguntas inadecuadas que amenazaban la posición de mi empleador y yo, en un intento de adelantarme a posibles consecuencias, me precipité. Lo siento de veras. Me gustaría que pudiera usted perdonarme.

—Mi familia…

—Nunca más correrá peligro. Nos aseguraremos de ello. Garantizado.

—¿Garantizado? Creo recordar que usted la utilizó como amenaza.

—Concluir eso es demasiado atrevido. La pintura de su hermano e hijos fue un regalo concedido con un propósito. Que usted entendiera el poder que ostentamos y que, por tanto, no quisiera convertirse en nuestra enemiga. En ningún momento nos planteamos provocar mal alguno a esos niños. Nosotros no somos La Escuela, señorita. Queríamos su ayuda y seguimos queriéndola. Más aún ahora que ha demostrado sus habilidades. Mi empleador está francamente satisfecho con usted.

—¿Y quién demonios es su empleador? —preguntó Annelyn hastiada de tanto misterio.

En las escasas ocasiones en las que había visto a Andreas había evitado esa pregunta, convencida de que, por mucho que preguntase, jamás se lo dirían. Además, poco le había importado saber quién se escondía detrás de aquel enigmático hombre, sus anhelos o intenciones. Sin embargo, llegados a ese punto, empezaba a sentir la relevancia que aquel dato tenía en su seguridad y en la de sus hijos.

—Estoy en disposición de compartir su identidad con usted, pero debe aceptar ciertas condiciones —dijo Andreas—. La primera es la confidencialidad, por supuesto. En aras de llegar a una desembocadura satisfactoria para mi empleador, su identidad debe permanecer en el más absoluto secreto, al menos de momento.

—Lo doy por hecho —respondió Annelyn.

—La segunda condición tiene que ver con sus planes y objetivos. No estamos plenamente seguros, pero apostaríamos a que, en última instancia, lo que desea es que La Escuela sea destruida.

—Es una apuesta muy arriesgada.

—Lo es —respondió Andreas más tranquilo y elocuente que hacía unos minutos—. Usted me recuerda a una mamá tigresa. Capaz de hacer cualquier proeza en pos de asegurar la seguridad de sus hijos. ¿Me equivoco?

Annelyn negó, muy lentamente.

—Mataría a cuantas personas hay en este mundo para protegerles.

—Y La Escuela, con sus leyes, sentencias y condenas, es una continua fuente de amenaza. Si La Escuela dejara de existir… —Andreas dio un sorbo al aguardiente y tragó con dificultad—. Imagino que su plan es manipular al gobierno de la república para que esta destruya a La Escuela por usted.

—¿Imagina o lo sabe? —comentó Annelyn.

—Lo sabemos. Su mentor siempre fue un hombre muy elocuente.

—En ese caso, ¿por qué no deja de jugar y me dice qué es lo que quiere?

Andreas sonrió y asintió.

—Queremos lo mismo que usted. Nuestros intereses convergen en la destrucción de La Escuela. Estuvimos a punto de conseguirlo junto a su padre, el maestro Izan, pero Aleyn y Siara nos lo impidieron. Después de eso, nuestras fuerzas se vieron menguadas e, incluso, llegamos a perder la esperanza. Pero entonces apareció su mentor y nos habló del plan de su protegida. Su plan, Annelyn. Decidimos apoyarlo, aún sin demasiada convicción. Los resultados hablan por sí solos. Ha conseguido cuanto se ha propuesto y confiamos en que conseguirá mucho más. Pero necesitará nuestra ayuda.

—¿Por qué quieren destruir La Escuela?

—Juraron defender la república. Mientras La Escuela exista, la república resistirá.

—Así que lo que en realidad quieren es destruir la república. —Andreas permaneció en silencio, pero no negó la afirmación. Únicamente quedó impertérrito—. ¿Por qué iba a ayudarles a hacerlo?

—¿Y por qué no? La república y La Escuela son las dos caras de una misma moneda. Puede considerar a ambas sus enemigas.

—De acuerdo. Supongamos que acepto su oferta. Supongamos que decido ayudarles. ¿Qué tendría que hacer?

—Nada que no esté haciendo ya. Consiga que la república destruya La Escuela. Nosotros la ayudaremos.

—Para conseguirlo antes debo lograr que Deian Wellington se convierta en presidente. Las elecciones son dentro de tres años. Necesitaré recursos económicos, influencias…

—Nada de eso —le interrumpió Andreas—. Tres años son demasiado tiempo. Ciertos acontecimientos nos obligan a apresurarnos.

—Las próximas elecciones generales son…

—Hay otras formas de que alguien con un enorme y reciente poder político llegue a presidente, señorita. No será necesario acudir a las urnas.

—¿Entonces cuándo…? —preguntó Annelyn, desconcertada.

—Un mes. Tal vez, dos. Deian Wellington será presidente de la república para entonces. ¿Está segura de poder manejar a ese hombre?

Annelyn asintió. La realidad era que no lo estaba. No después de todo lo que había ocurrido. En su mente planeaba aumentar su influencia sobre él durante los siguientes tres años, de una forma lenta e insidiosa, pero constante. Sin embargo, ¿dos meses? Ni siquiera ella era tan poderosa. ¿O tal vez sí?

—¿Y después qué?

—Después destruiremos La Escuela —respondió Andreas.

—Y cuando eso haya ocurrido, ¿qué harán ustedes?

—Acabar con la república.

Annelyn frunció el ceño.

—¿Y cuando la república haya sido destruida…?

—Mi empleador, Jeremy Bragmadel, descendiente de Abdiel III y legítimo rey de Ylandra, restaurará la monarquía y la edad de los Grandes Reyes volverá a alzarse sobre estas tierras.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Muchas han sido las personas que han contribuido a que Ylandra sea una realidad y no quisiera perder la oportunidad de dejar por escrito lo mucho que se lo agradezco. En primer lugar, quiero dar las gracias a los brillantes profesionales detrás de Ediciones Labnar y, en especial, a Jesús y a Samuel, pues desde el comienzo apreciaron la obra y se esforzaron para que terminara siendo la mejor versión posible de sí misma. Por mi parte, es un placer trabajar con profesionales entregados, amables, cercanos y tan valientes como para apostar por una saga de seis libros habiendo leído solo el primero. Mil gracias por todo ello.

Al recordar el momento en el que, por primera vez, me imaginé publicando una novela la persona que aparece en mi mente es JP. A él tengo que agradecerle que me enseñara a soñar y a perseguir esos sueños. Más aún en un momento de mi vida en el que me costaba verme las alas. Gracias por leer Caso Ankh, por leer El Tren y por ver lo suficiente en ellas como para animarme a seguir escribiendo. Tenías razón, Juanmi. Los sueños se pueden tocar.

Roberto Mediavilla me enseñó, casi sin que yo me diera cuenta, a escribir y lo consiguió enseñándome la belleza que tienen las palabras cuando las unes de la forma más adecuada. Rober, ya sabes que te admiro, ahora déjame darte las gracias por haber sido un referente.

A mi familia, amigos y compañeros los llevo siempre dentro y les oigo susurrar. Soy quien soy gracias a vuestros aprendizajes, vuestro aprecio y vuestro cariño. Sin esas miles de experiencias no habría crecido tanto.

Gracias a los que me habéis leído, a los que me habéis escuchado y, en general, a los que me habéis aguantado.

Pero si hay una persona que se merece un enorme gracias esa eres tú, Irene. Sin ti, Ylandra sería muy diferente y, seguramente, mucho peor. Gracias a tu optimismo y a tu confianza, esta historia se ha convertido en una parte importante de nuestros días. Has contribuido (aquí te concederé tu 25%) a que esta historia sea tan grande, compleja y entretenida como es y, en general, has hecho que escribir sea de las cosas más divertidas de nuestra vida. Eso no tiene precio.

Por último, quiero darte las gracias a ti, lector, porque aún sin conocerte sé que eres la pieza más importante de todo este asunto. Espero haber estado a la altura de lo que esperabas. Muchas gracias por llegar hasta aquí y nos leemos en la próxima ;)

OceanofPDF.com